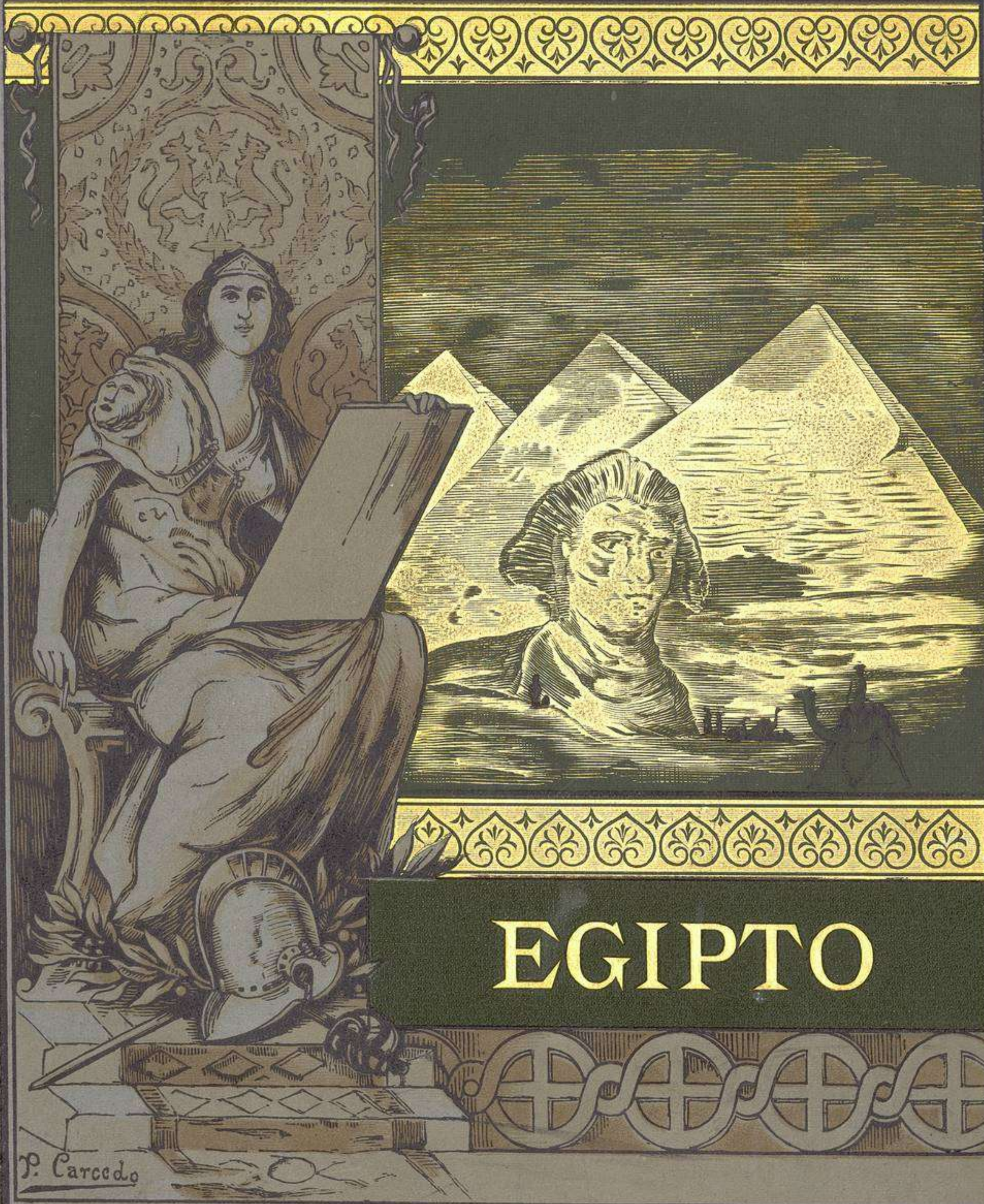
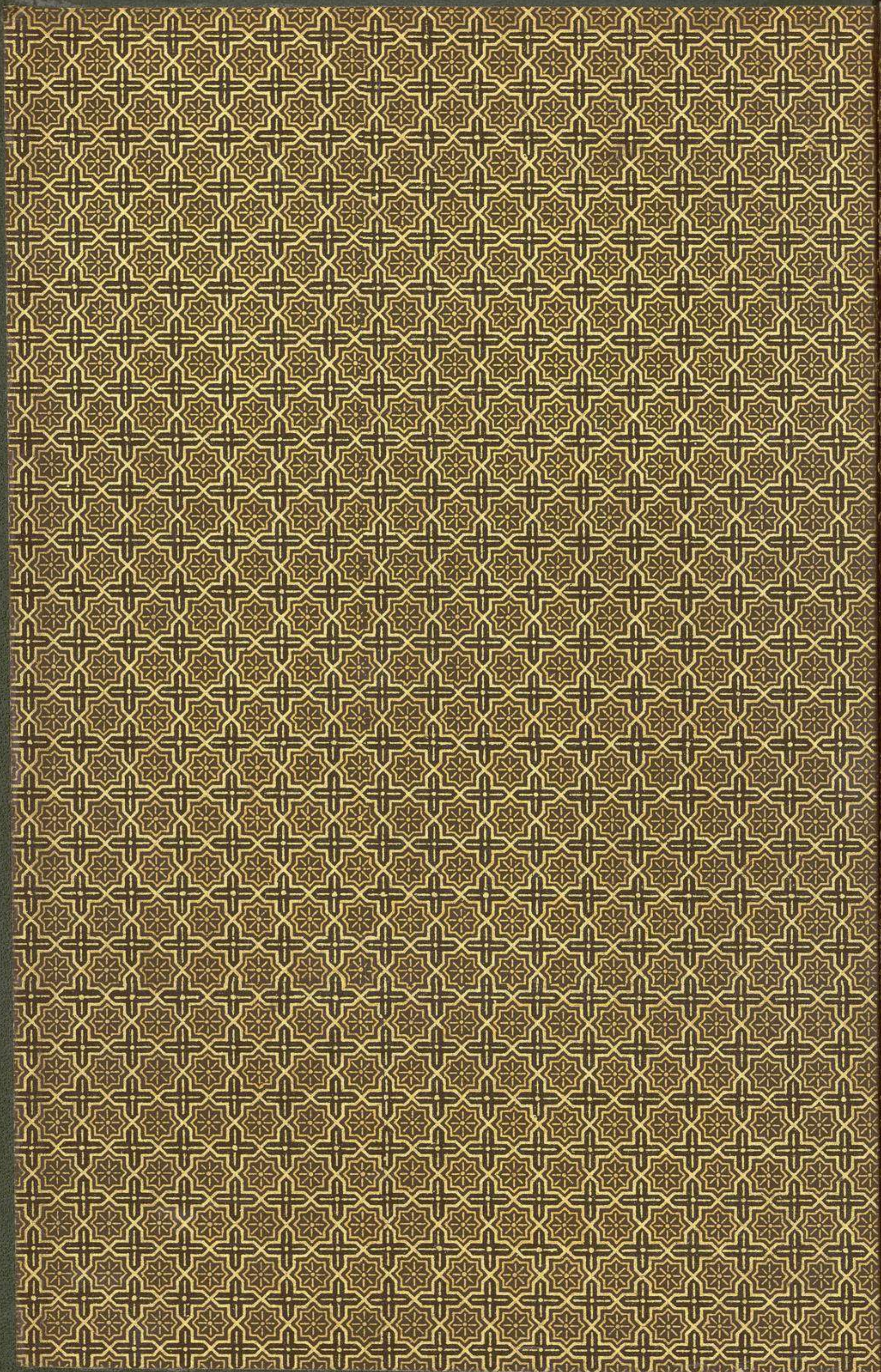


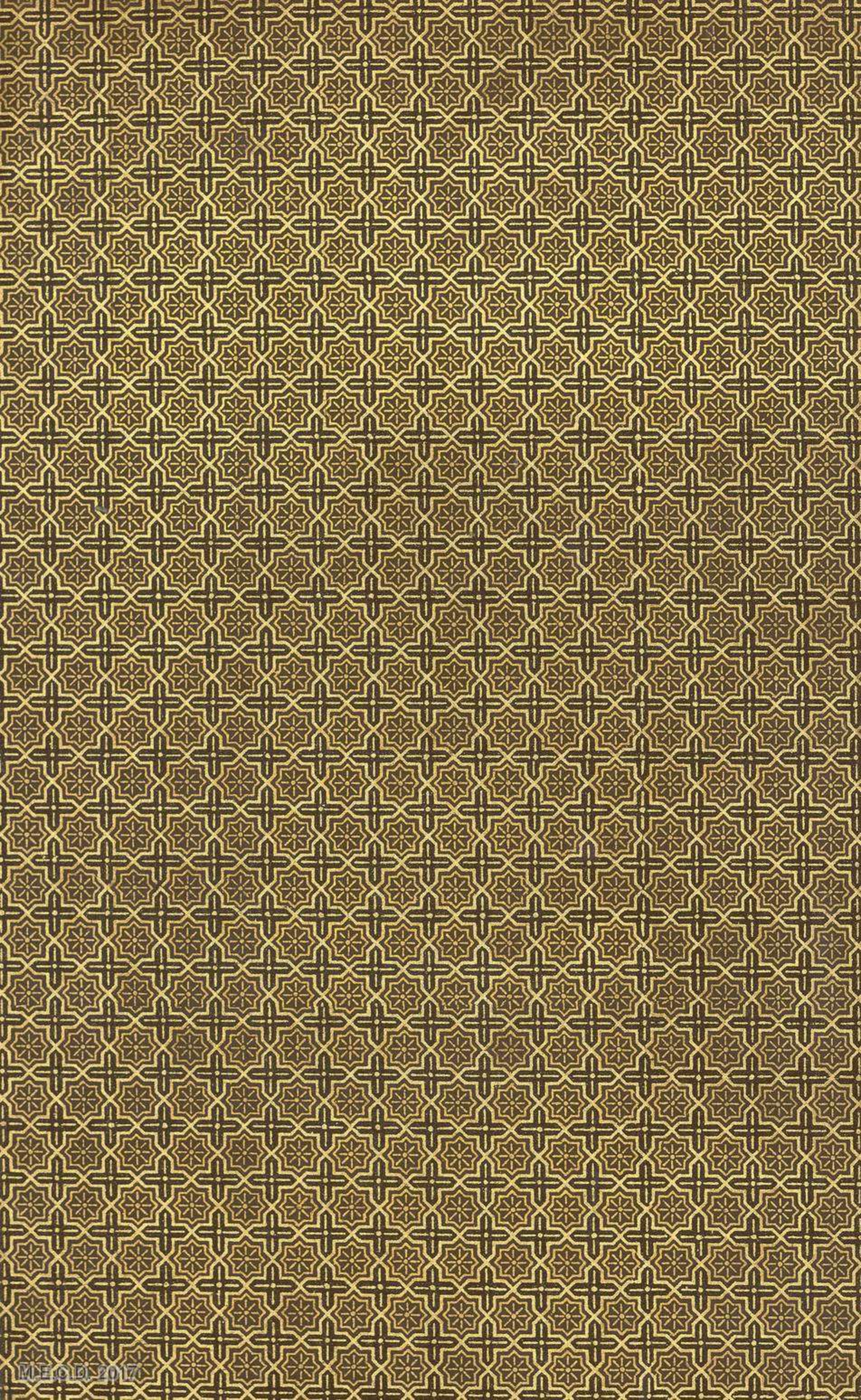
# HISTORIA DE LAS NACIONES



EGIPTO

P. Carcedo







*Historia de las Naciones*

---

I.

EL ANTIGUO EGIPTO



Tip. de EL PROGRESO EDITORIAL

---

EL PROGRESO EDITORIAL

---

Tip. de EL PROGRESO EDITORIAL, Pasaje de la Alhambra, 1 y 3.





GRAN COLUMNATA CENTRAL DEL TEMPLO DE KARNAK  
(De fotografia.)



FA00336

G-XXXII

3-17

# HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

POR

JORGE RAWLINSON

DE LA REAL ACADEMIA DE LA GRAN BRETAÑA Y CATEDRÁTICO  
DE HISTORIA ANTIGUA EN LA UNIVERSIDAD DE OXFORD

—  
VERSIÓN ESPAÑOLA Y APÉNDICE

POR

D. EDUARDO TODA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

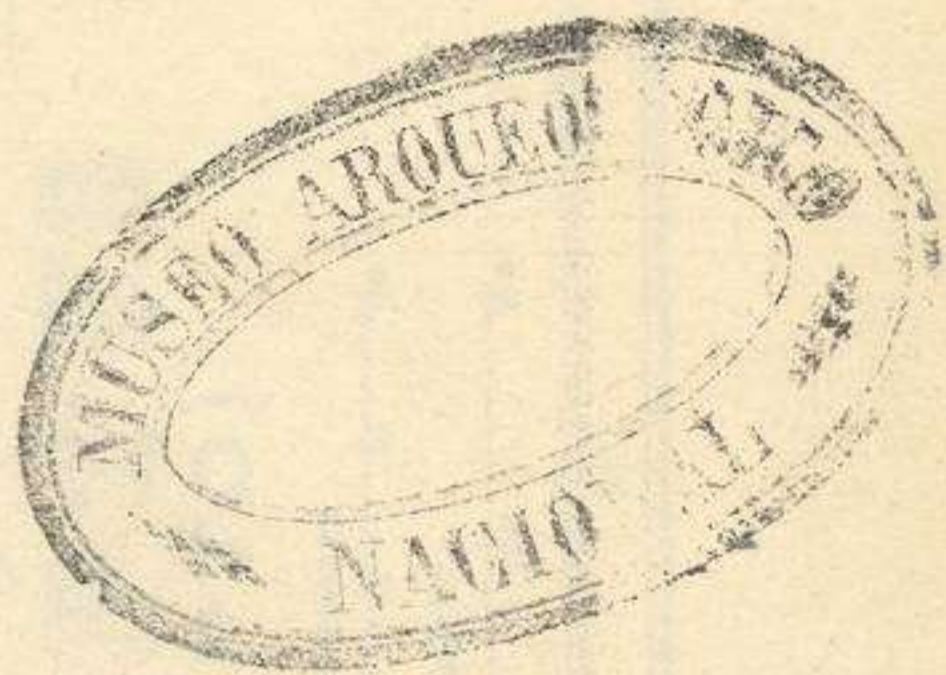


MADRID

EL PROGRESO EDITORIAL

22 — calle del Prado — 22

—  
1889



R-M-194

HISTORIA

ALFONSO FIGUEROA

1988

JORGE HAWTHORNE

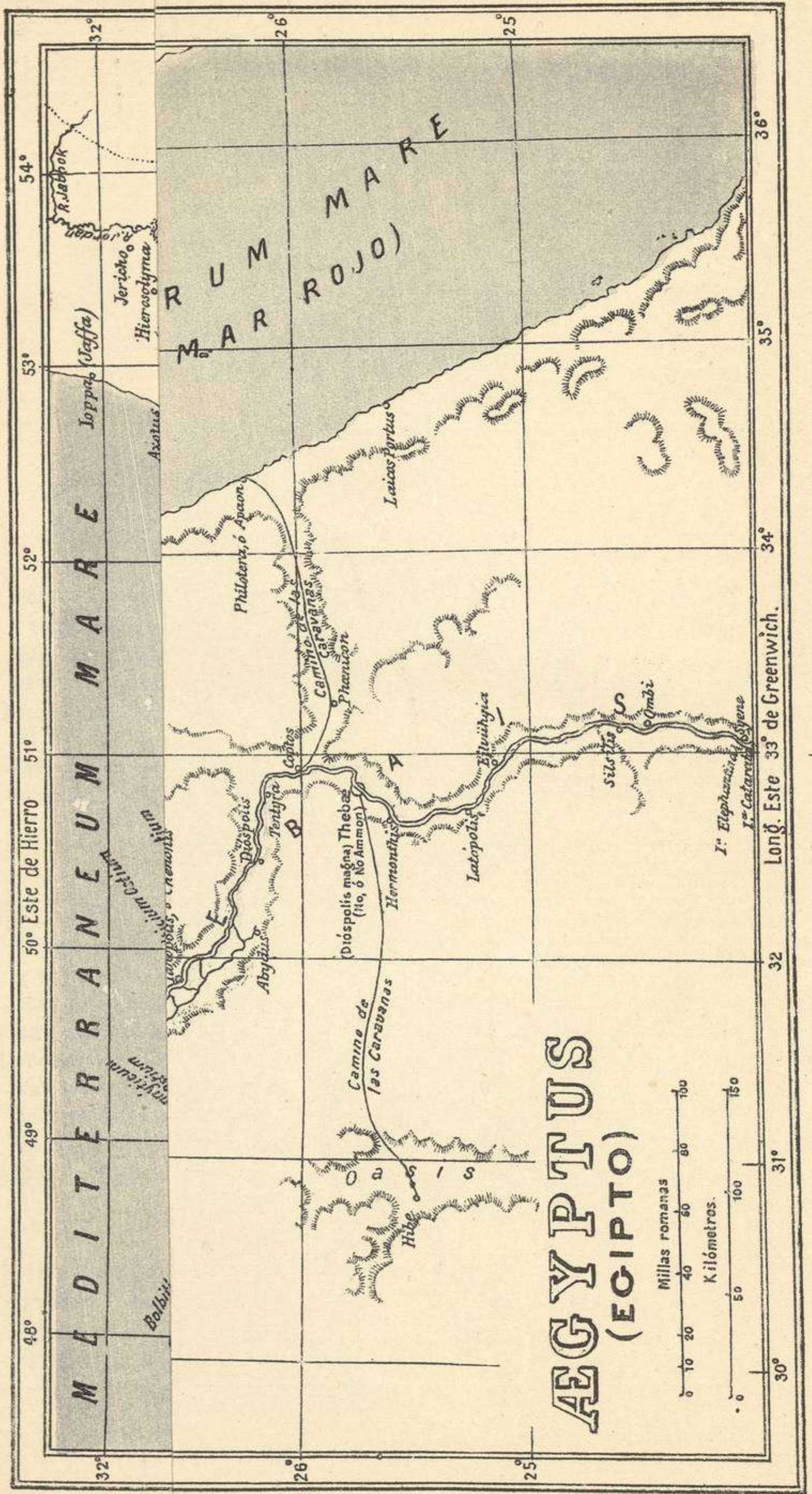
ES PROPIEDAD

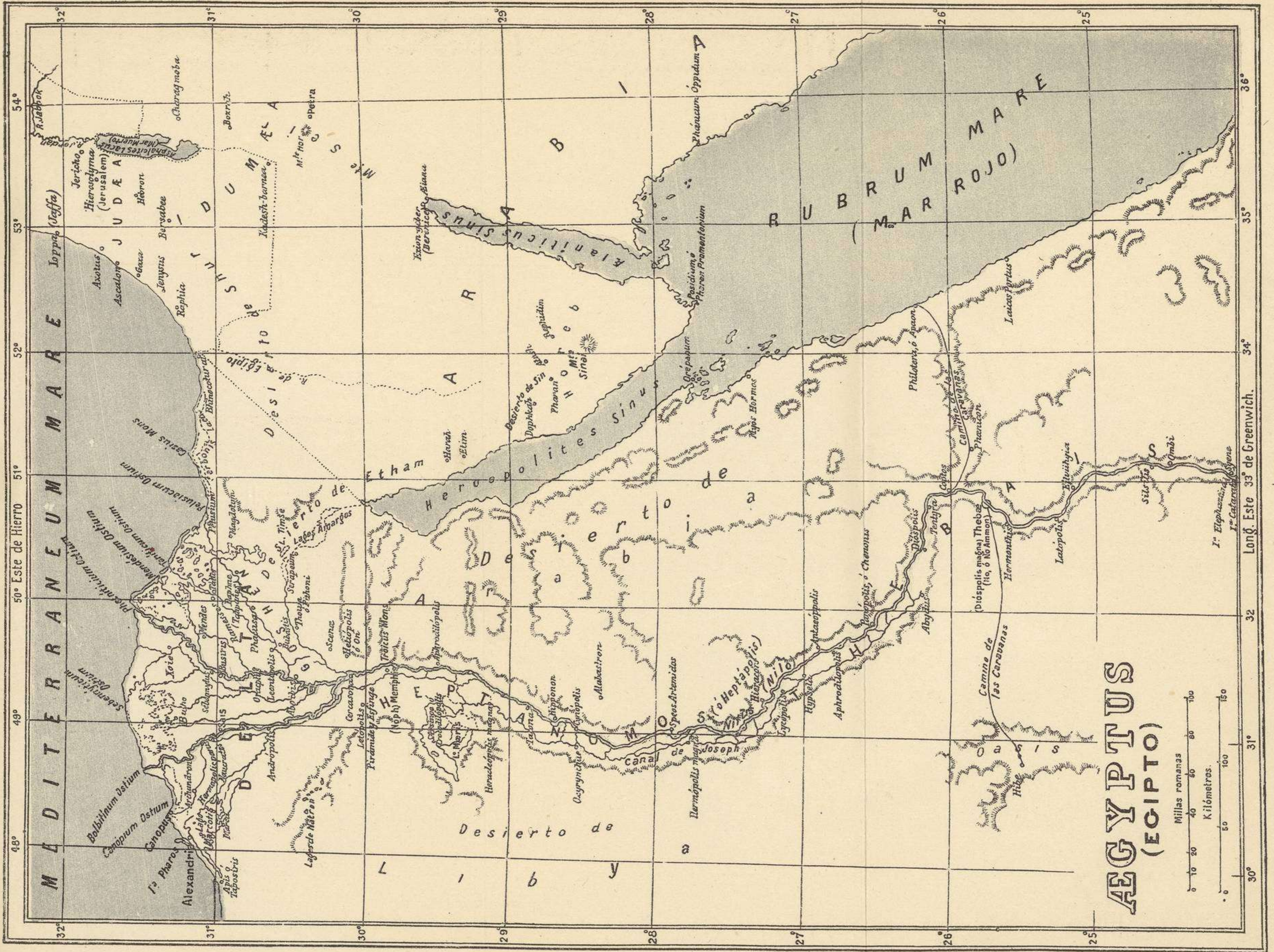
ES PROPIEDAD

ALFONSO FIGUEROA

1988

1988

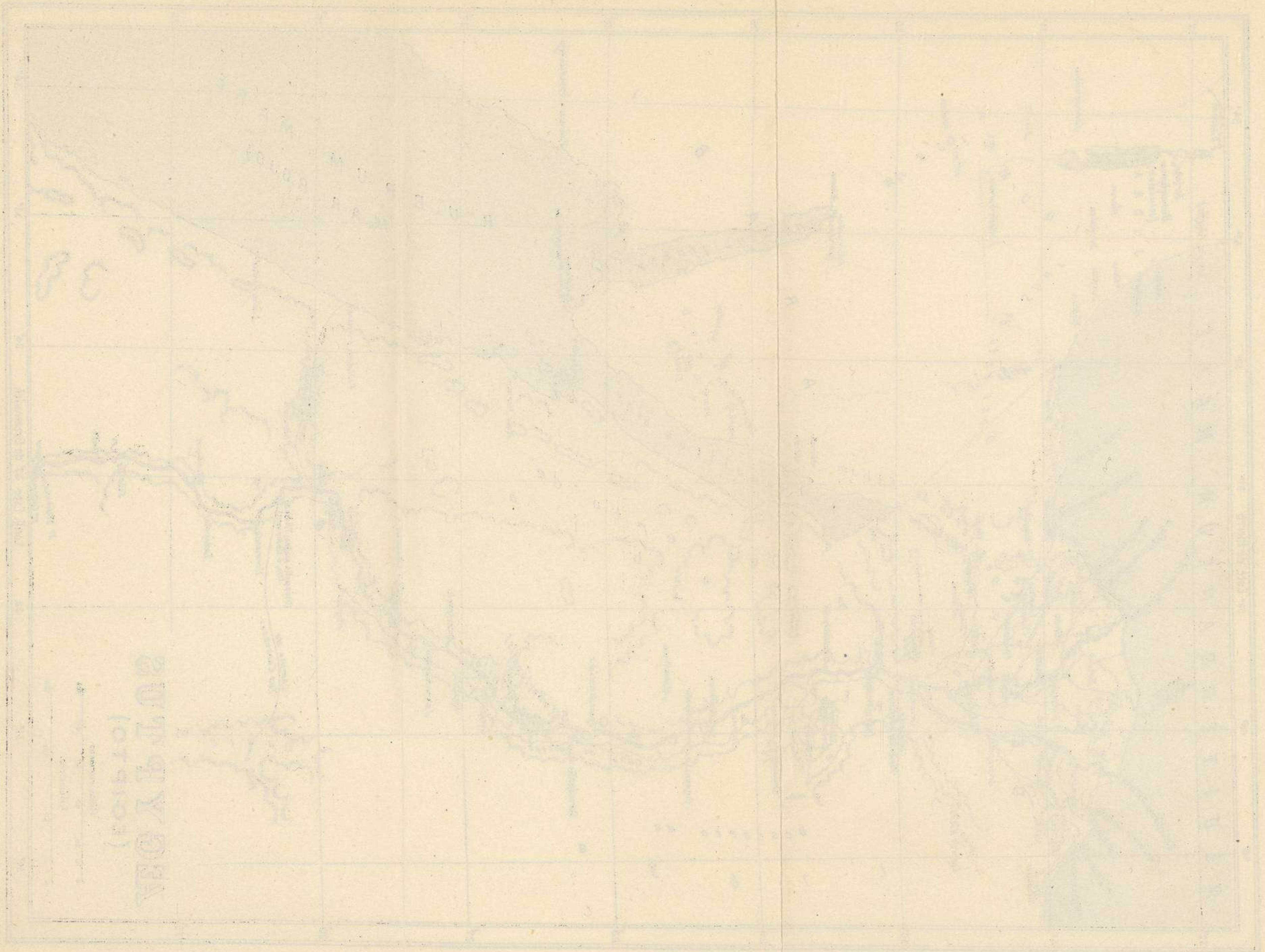




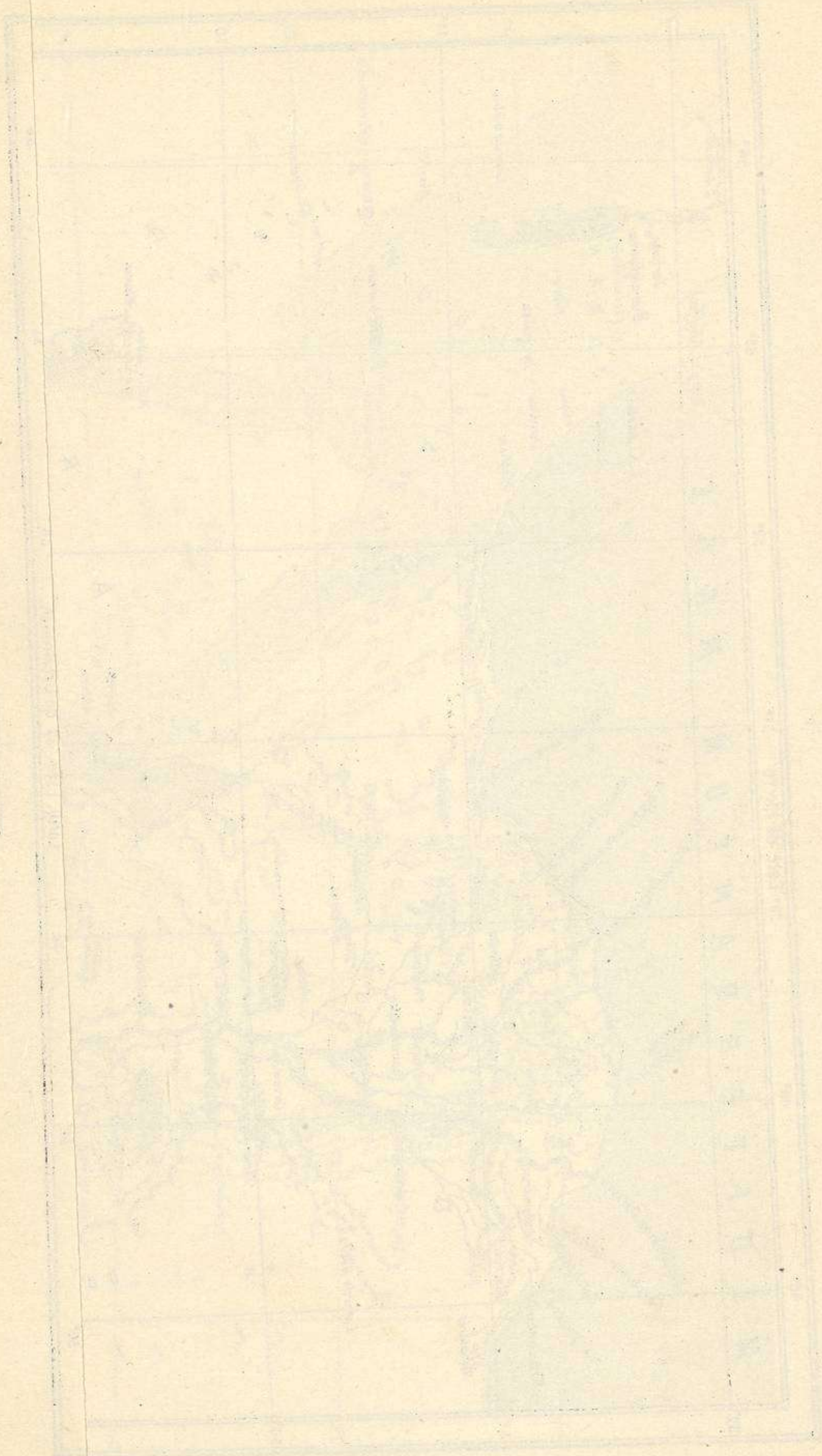
# AEGYPTUS (EGIPTO)

Millas romanas  
0 10 20 40 60 80 100  
Kilómetros.  
0 50 100 150

Long. Este 33° de Greenwich.



საქართველო  
საქართველოს რესპუბლიკა



# CONTENIDO

## I

Páginas.

LA COMARCA EGIPCIA.....	1-26
Forma general del Egipto.—Principales divisiones: doble y triple división.—Inexactitud de los mapas egipcios.—En qué sentido el Egipto procede del Nilo.—El Fayum.—Ideas egipcias acerca del Nilo.—Falta de belleza de este río.—Dimensiones del Egipto.—Fertilidad.—Situación geográfica.—El Nilo como medio de comunicación.—Fenómeno de las inundaciones.—Clima del Egipto.—Flora y fauna.—Monotonía general.—Excepciones.	

## II

EL PUEBLO EGIPCIO.....	27-60
Origen de los Egipcios.—Fenómenos relativos á su lengua y tipo.—Dos manifiestas variedades.—Dos tipos de carácter: el melancólico y el alegre.—Carácter de la religión egipcia: politeísmo.—Culto á los animales.—Adoración del monarca.—La <i>saga</i> osiriana.—Dioses malignos.—Cultos locales.—Religión de los sacerdotes: cómo se relacionaba con las creencias populares.—Creencia en otra vida después de la muerte.—Código moral.—La moralidad pública.—Rangos de la sociedad.	

## III

LOS COMIENZOS DE LA HISTORIA.....	61-82
Primeros mitos egipcios: leyendas de Seb y Thoth.—Destrucción del género humano por Ra.—Tradiciones relativas á M'na ó Menes.—Sitio donde se construyó Memphis.—	

Gran templo de Phthah en Memphis.—Nombres de Memphis.—Cuestión sobre la existencia de M'na.—Supuestos sucesores de M'na.—Primer rey histórico del Egipto: Sneferu.—El Egipto de su época.—Jeroglíficos.—Tumbas.—Primeras pirámides.—Condición social del pueblo.—Costumbres.—Posición de las mujeres.

## IV

LOS CONSTRUCTORES DE LAS PIRÁMIDES..... 83-106

Dificultad para concebir una gran pirámide.—Su significación en Egipto.—Número de pirámides: las tres principales.—Descripciones de la tercera pirámide, de la segunda, y de la primera.—Sus constructores según la tradición, Khufu, Shafra y Menkaura.—Las pirámides fueron sus sepulcros.—Grandeza de la idea de Khufu.—Crueldad que su ejecución supone.—Esperanzas defraudadas de los constructores.—Arte desplegado en la construcción.—Su efecto arquitectónico.—Inferioridad de la tercera pirámide.—Continuación del período de las pirámides.

## V

NACIMIENTO DEL PODERÍO DE TEBAS, Y PRIMEROS REYES TEBANOS..... 107-122

Cambio de capital: construcción de Tebas.—Origen de este nombre.—Primer rey tebano conocido: Antef I.—Sus sucesores, Mentu-hotep I y Antef el Grande.—Otros Antefs y Mentu-hoteps.—Sankh-ka-ra y su flota.—Dinastía de los Usurtasen y Amenemhat.—Espíritu de su civilización.—Reinado de Amenemhat I.—Sus guerras y cacerías.—Usurtasen.—Sus guerras.—Sus obras esculturales y arquitectónicas.—Su obelisco.—Reinado de Amenemhat II.—Estela perteneciente á su época.—Usurtasen II y sus conquistas.

## VI

AMENEMHAT EL BUENO Y SUS OBRAS..... 123-132

Doble peligro relacionado con la inundación del Nilo.—Exceso de inundación.—Inundación insuficiente.—Sufrimientos originados por ambas causas en tiempo de Amenemhat III.—Depósitos de agua.—El depósito de Ame-



nemhat ó sea el lago de Moeris.—Dudas acerca de sus dimensiones.—Laberinto de Amenemhat.—Su pirámide.—Su nombre de Ra-n-mat.

## VII

- ABRAHAM EN EGIPTO..... 133-140  
 Peregrinaciones del Patriarca.—Necesidad que le llevó al Egipto.—Paso del desierto.—Gran ansiedad.—Recepción en la frontera y marcha de Sara á la corte.—Bienestar material de Abraham.—El Faraón devuelve á Sara.—Fecha probable de la visita.—Otros inmigrantes.

## VIII

- LA GRANDE INVASIÓN.—LOS HYKSÔS..... 141-154  
 Falta, hasta entonces, de invasiones extranjeras en el Egipto.—Movimientos amenazadores entre los pueblos del Asia.—Cuento de Manetón acerca de la invasión de los pastores.—La realidad probable.—El Alto Egipto no fué invadido.—El primer rey Hyksô, Set ó Saites.—Dudosa duración de su poder.—Carácter de esta dominación que mejora con el tiempo.—Grandes trabajos de Apepi en Tanis.—Apepi y Ra-sekenen.—Apepi y José.

## IX

- CÓMO FUERON EXPULSADOS LOS HYKSÔS DEL EGIPTO 155-164  
 Las razas conquistadoras degeneran rápidamente.—Los Egipcios corrigen pronto los malos efectos de la invasión.—Tebas se engrandece por segunda vez.—Guerra de Apepi contra Ra-sekenen.—Sucesión de Aahmes: continúa la guerra.—Los Hyksôs abandonan el Egipto.—Aahmes probablemente auxiliado por los Etíopes.

## X

- THOTHMES I, PRIMER GRAN CONQUISTADOR EGIPCIO.. 165-176  
 Primeras guerras de Thothmes en Etiopia y la Nubia.—Su deseo de vengarse de la invasión de los Hyksôs.—Estado del Asia occidental en este período.—Noticia geográfica de las comarcas que comprendía.—Probables informes de Thothmes en estos asuntos.—Su gran expedición á Siria y

Mesopotamia.—Sus construcciones.—Insuficiente apreciación de su grandeza.

### XI

#### LA REINA HATASU Y SU FLOTA MERCANTE..... 177-190

Alta estima de las mujeres en el Egipto.—Primera situación de Hatasu gobernando con Thothmes II.—Sus construcciones en este período.—Asume el traje y los títulos de los reyes.—Su regencia nominal de Thothmes III.—Su poder efectivo.—Construcción y viaje de su flota.—Regreso de la expedición á Tebas.—Construcción de un templo para conmemorarla.—Reinado de Hatasu con Thothmes III.—Sus obeliscos.—Su nombre borrado por Thothmes III de los monumentos.

### XII

#### THOTHMES III Y AMENHOTEP II..... 191-208

Primera expedición asiática de Thothmes III.—Sus campañas posteriores.—Gran expedición en el XXXIII año de su reinado.—Aventura con un elefante.—Otras expediciones.—Saqueos y tributos.—Su interés por la historia natural.—Empleo de una armada.—Canto de victoria en las murallas del templo de Karnak.—Obras arquitectónicas.—Su actual distribución.—Thothmes comparado con Alejandro.—Descripción de su persona.—Estado de los Israelitas en tiempo de Thothmes III.—Corto reinado de Amenhotep II.

### XIII

#### AMENHOTEP III Y SUS GRANDES OBRAS. LA ESTATUA PARLANTE DE MEMNÓN..... 209-220

Los dos Colosos de Tebas.—Impresión que causan.—El Coloso oriental, llamado *Memnón parlante*.—Primeros testimonios de sus condiciones vocales.—Explicación racional del fenómeno.—Templo de Amenhotep en Luxor.—Sus demás construcciones.—Sus guerras y expediciones.—Su caza del león.—Su fisonomía y carácter.

### XIV

#### KHUENATEN Y LOS ADORADORES DEL DISCO..... 221-228

Oscura naturaleza de la herejía de los adoradores del Dis-

co.—Su relación posible con los Israelitas.—Hostilidad de los adoradores del Disco hacia la antigua religión egipcia.—Introducción de la herejía por la reina Taia.—Gran desarrollo que tuvo bajo su hijo Amenhotep IV ó Khuenaten.—Otros cambios introducidos por éste.

## XV

## PRINCIPIO DE LA DECADENCIA DEL EGIPTO..... 229-252

Extensión del poder hittita en Siria.—Guerra entre Saplal y Ramsés I.—Guerra de Seti I con Maut-enar.—Gran campaña siria de Seti, terminada por un tratado.—Otras guerras de Seti.—Su gran muralla.—Guerra hittita con Ramsés II.—Poema de Pentaour.—Consecuencias de la batalla de Kadesh.—Nuevo tratado y matrimonio.—Decadencia militar del Egipto.—El arte egipcio alcanza su mayor desarrollo: gran sala de columnas de Karnak.—Tumba de Seti.—Colosos de Ramsés II.—Ramsés II, gran opresor de los Israelitas.—Fisonomías de Seti I y Ramsés II.

## XVI

## MENEPHTHAH I, EL FARAÓN DEL ÉXODO..... 253-270

Esperanzas de paz á la subida al trono de Menephtah.—Idea general de su reinado.—Invasión de los Maxyes.—Sus aliados en el Mediterráneo.—La invasión es rechazada.—Desórdenes israelitas.—Pérdida de los carros egipcios en el mar Rojo.—Rebeliones intestinas y otras dificultades.—Revista general de la civilización en este período.

## XVII

## DECADENCIA DEL EGIPTO BAJO LOS ÚLTIMOS RAMESIDAS. .... 271-288

Desunión temporal del Egipto.—Reinado de Setnekht.—Reinado de Ramsés III.—Cansancio general de la nación en esta época.—Las invasiones líbicas.—Gran invasión de los Tekaru, Tanauna y otros.—Primer combate naval.—Parte tomada por Ramsés en la batalla.—Guerra de revancha.—Carácter pacífico de los últimos años de Ramsés.—Decadencia del Egipto.—Insignificancia de los últimos Ramesidas.—Inferioridad del arte, la literatura y la moral.

## XVIII

- LOS SACERDOTES REYES.—PINETEM Y SALOMÓN..... 289-298  
 Influencia de los sacerdotes en Egipto.—Sus relaciones ordinarias con los reyes.—El gran sacerdocio de Ammón se convierte en hereditario: Her-hor.—Reinado de Pinetem I.—Reinado de Men-khepr-ra.—Se levanta el reino de los Israelitas.—Buenas relaciones entre Pinetem II y Salomón.—Sus efectos en el arte y la arquitectura de los hebreos.

## XIX

- SHISHAK Y SU DINASTÍA..... 299-314  
 La familia de Shishak fué semítica, pero no asiria ni babilónica.—Se unió en matrimonio con los sacerdotes reyes.—Recepción de Jereboam por Shishak.—Expedición de Shishak contra Rehoboam.—Ayuda que su reino prestó á Jeroboam.—Conquistas árabes.—Inscripción de Karnak.—Sucesores de Shishak.—Guerra de Zerah contra Asa.—Resultados de la derrota de Zerah.—Decadencia de la dinastía.—División del Egipto.—Mayor decadencia en la literatura y el arte.

## XX

- EL EGIPTO BAJO LOS ETÍOPESES..... 315-332  
 Vaguedad del término *Etiopia*.—El reino etíope de Napata.—Riqueza de Napata.—Piankhi sube al trono.—Su protectorado en Egipto.—Rebelión de Tafnekht y otros.—Supresión de la revuelta.—Muerte de Piankhi y rebelión de Bek-en-ranf.—Shabak en Egipto.—Carácter general del gobierno etíope.—La Asiria avanza hacia la frontera egipcia.—Colisión entre Sargón y Shabak.—Reinado de Shabatok.—Sennacherib amenaza el Egipto.—Reinado de Tehrak.

## XXI

- ETIOPIA CONTRA ASIRIA..... 333-344  
 Esarhaddón ataca el Egipto.—Gran batalla cerca de Memphis.—Toma de Memphis y huída de Tehrak á Napata.—Esarhaddón divide el Egipto en pequeños Estados.—Tehrak continúa la lucha.—Es vencido por Asshur-bani-pal.—Su último esfuerzo.—Tentativa inútil de Rut-Ammón.—

Éxito temporal de Mi-Ammón-nut.—Cae de nuevo el Egipto bajo la dependencia asiria.—Pésimo estado del país.

## XXII

- PSAMÉTICO I Y SU HIJO NECO..... 345-364  
 Necesidad de la ayuda extranjera.—Origen líbico de Psamético.—Su rebelión al declinar el poder asirio.—Le apoya Gyges.—Sus luchas con los príncipes.—Reinado de Psamético: en qué situación coloca á los mercenarios.—Sus medidas para restaurar el Egipto.—Favorece las relaciones entre el Egipto y Grecia.—Nueva vida del Egipto.—Últimos años de Psamético: conquista de Ashdod.—Reinado de Neco: sus dos flotas.—Circunnavegación del África.—Conquistas de la Siria.—Carchemish y la profecía de Jeremías.—Acaba el imperio de Neco.

## XXIII

- ULTIMOS REYES SAITAS.—PSAMÉTICO II, APRIES Y AMASIS..... 365-372  
 Renacimiento saita del arte y la arquitectura.—Restauración del poder militar.—Expedición de Psamético II á Etiopía.—Parte tomada por Apries en la guerra entre Nebuchadnezzar y Zedekías.—Sus conquistas fenicias.—Su expedición contra Cyrene.—Invasión del Egipto por Nebuchadnezzar.—Reinado tranquilo de Amasis.—Carácter del renacimiento saita.

## XXIV

- LA CONQUISTA PERSA..... 373-386  
 Amasis tributario de Babilonia.—El poder persa se levanta bajo Ciro.—Confederación de Creso con Amasis.—Liga del Egipto, la Lidia y Babilonia.—Precipitación de Creso.—Caída de Babilonia.—Últimas guerras de Ciro.—Preparativos de Cambises contra el Egipto.—Gran batalla de Pelusa.—Psamético III es sitiado en Memphis.—Caída de Memphis y cruel tratamiento infligido á los egipcios por Cambises.—Causas de su moderación.—Medidas conciliatorias de Darío.

## XXV

- TRES REBELIONES DESESPERADAS..... 387-392  
 Primera rebelión bajo Khabash, fácilmente reprimida por Jerjes.—Segunda rebelión bajo Inarus y Amyrtaeus, ayudada por Atenas.—Suprimida por Megabyzus.—Herodoto en Egipto.—Tercera rebelión bajo Nefaa-rut.—Éxito que tuvo.—Restablecimiento de la monarquía indígena.

## XXVI

- NECTANEBO I..... 393-398  
 Estado intranquilo bajo los primeros sucesores de Nefaa-rut.—Preparativos de Nectanebo para proteger el Egipto contra los Persas.—Invasión del Egipto por Pharnabazo é Iphicrates.—Mal éxito de la expedición.—Débil renacimiento del arte y la arquitectura.

## XXVII

- ÚLTIMAS SOMBRAS..... 399-408  
 Reinado de Te-her (Tacho).—Reinado de Nectanebo II.—Rebelión de Sidón y gran expedición de Ochus.—Sidón es vendida por Tennes y Memnón de Rodas.—Marcha al Egipto: disposición de las fuerzas persas.—Encuentro en Pelusa y retirada de Nekht-nebf á Memphis.—Captura de Pelusa.—Rendición de Bubastes.—Nekht-nebf huye á la Etiopia.—Consideraciones generales.

---

 APÉNDICE
 

---

- LAS MOMIAS REALES DE BULAQ..... 409-422  
 El museo egipcio.—Sala de *Momias Reales*.—Su descubrimiento en Deir el Bahari.—Cronologías de las dinastías XVII, XVIII, XIX y de los sacerdotes reyes de Hrihor.—Por qué se ocultaron aquellas momias reales.—Bandas de ladrones.—Inspección de los cadáveres.—Operación de descubrir en Bulaq las momias de Sesostris y Seti I.—Acta oficial redactada por el profesor Maspero.

## ILUSTRACIONES

	<u>Páginas.</u>
Primera catarata del Nilo cerca de Assuán.....	7
El papiro de Egipto.....	17
La flor del loto en Egipto.....	18
Antigua representación egipcia de un estanque con palmeras.	19
Plantas, aves y animales del Nilo.....	20
Caza de aves con red en Egipto... ..	21
Antiguo cazador egipcio, con perros y gacela.....	22
Caza del hipopótamo.....	23
Pesca en el Nilo.....	24
El antílope Dorcas.....	25
El cinocéfalo.....	28
Ramsés III ofreciendo un sacrificio.....	29
Danzas del antiguo Egipto.....	33
Un convite en el antiguo Egipto.....	34
Orquesta egipcia.....	35
Bayaderas egipcias.....	36
Egipcio en oración.....	37
Ammón sentado en su trono.....	37
Ammón.....	38
Osiris.....	38
Net.....	39
Isis amamantando á Horus.....	39
Phthhah.....	40
Isis.....	40
Sebek.....	41
Horus.....	41
La Astarté egipcia.....	42
Figura en bronce del toro Apis.....	42
El Dios Bes.....	45
Diversas representaciones de Taorut.....	46
Símbolo egipcio de la luz y del derecho, en Ra y Tum. . . .	48

	<u>Páginas.</u>
Barca sagrada.....	49
Juicio del alma en el Amenti egipcio.....	50
Ataúd ó caja que contenía la momia.....	51
Viuda egipcia orando ante la momia de su marido.....	52
Antiguo cortejo fúnebre en Egipto.....	53
Manera de contar los enemigos muertos en los combates.....	55
Conducción y ofrenda de vacadas en Egipto.....	56
Grupo de esclavos negros, presos y atados.....	57
Preparación del campo entre los antiguos egipcios.....	58
Pastores con sus rebaños.....	59
La siembra entre los antiguos egipcios.....	62
Obreros egipcios trabajando el ladrillo.....	63
Trabajos de fundición.....	64
La siega y el atado de las mieses entre los antiguos egipcios..	65
Medición del grano.....	66
Inscripción de Sneferu en Wady Magharah.....	72
Pirámide de Meydum.....	75
Gran pirámide de Saccarah.....	76
Sección de la misma pirámide.....	77
Sepulcro antiguo en Saccarah.....	78
Grupo estatuario representando un marido y su mujer.....	80
Sección de la tercera pirámide, indicando los corredores ....	86
Cámara sepulcral de la tercera pirámide.....	87
Sección de la segunda pirámide.....	88
Sarcófago de Micerinos.....	90
Sección de la Gran Pirámide.....	91
Cámara del rey y techos que la protegen en la Gran Pirámide.	94
Galería de la Gran Pirámide.....	95
Ruinas de un templo, en Tanis.....	150
Cabeza de Hyksô.....	152
El Faraón Nefertari Aahmes.....	162
Busto de Thothmes I.....	166
La falange egipcia.....	174
Thothmes II.....	178
La reina Hatasu.....	179
Buque de carga de la reina Hatasu.....	183
Antigua vela de buque egipcio, con figuras.....	184
La reina de Punt.....	185
Casa edificada sobre pilotes, en la tierra de Punt.....	186
Arqueros egipcios.....	193
Busto de Thothmes III.....	196
Busto de Amenhotep III.....	219
Khuenaten adorando el disco solar.....	222

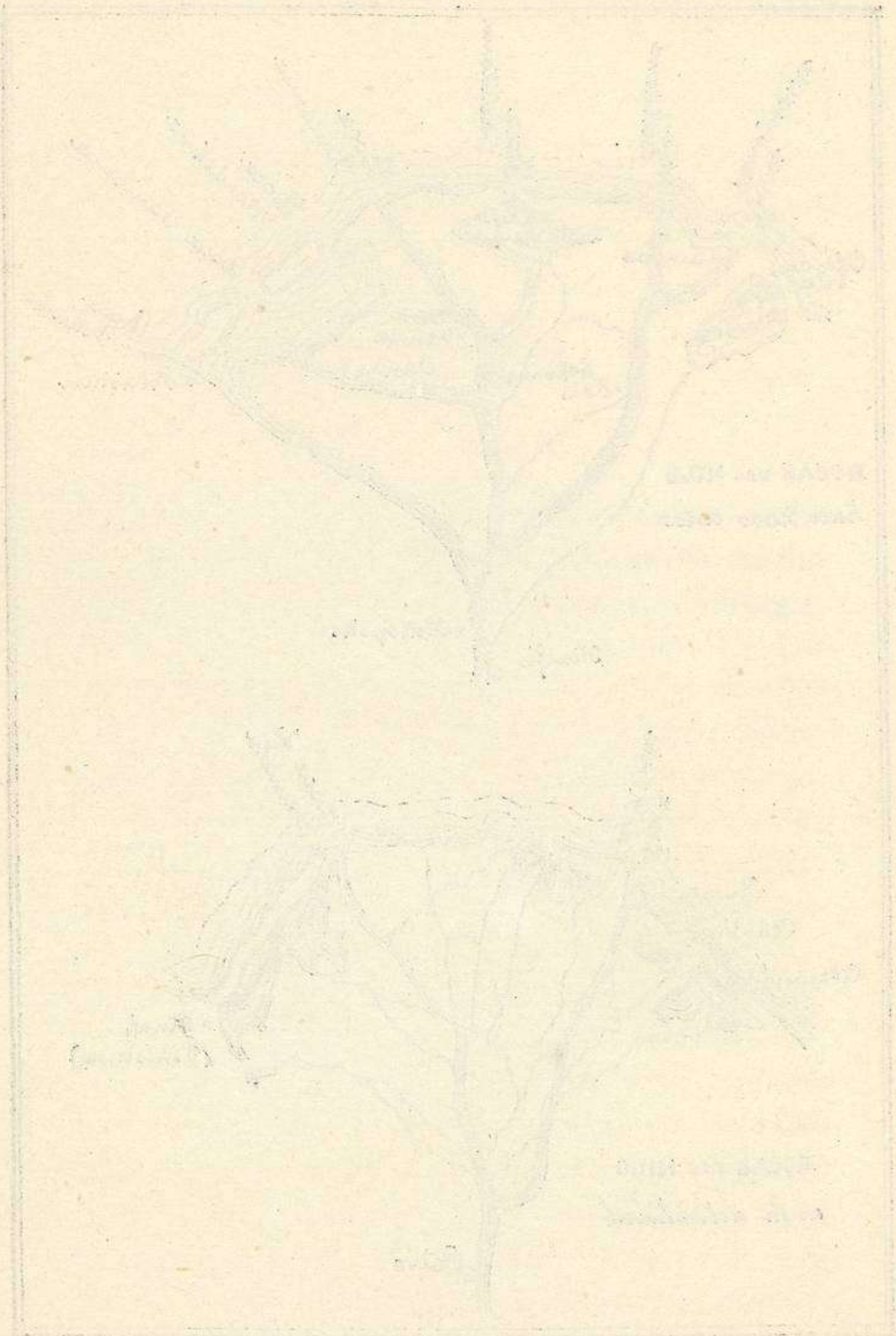


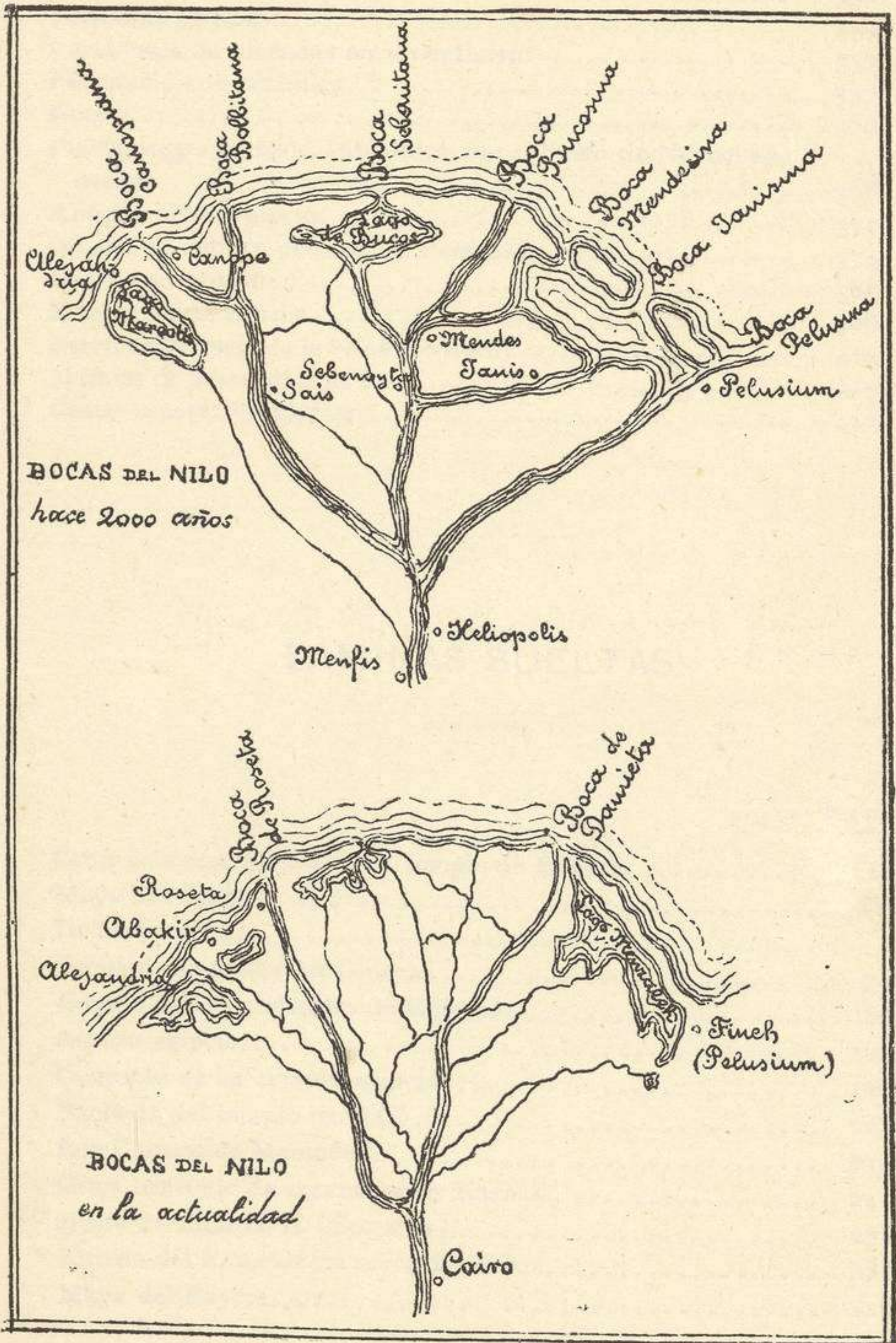
	<u>Páginas.</u>
Retrato de Amenhotep IV (Khuenaten).....	226
Bajo relieve del Ramesséum representando la derrota de los Hittitas y de sus aliados por Ramsés II, y toma de la forta- leza de Dapur.....	239
Infantería egipcia con escudo, lanza y hacha.....	241
Representación que se supone ser del victorioso Sesostris (Ramsés II). Relieve en Nahr-el-kelb.....	247
Ladrillo de arena del Nilo con el sello de Ramsés II.....	249
Seti I. ....	250
Menepthah I.....	254
Pilar osiriano.....	265
Columnas de Philoe.....	266
Columna de Luxor.....	266
Columna de capitel acampanado de flor de loto.....	267
Capitel en forma de flor de loto abierta.....	268
Objetos egipcios de tocador.....	268
Tocados de las mujeres de los Faraones.....	268
Antiguo carruaje de gala egipcio.....	269
Antiguo calzado egipcio.....	272
Buque de guerra del antiguo Egipto.....	279
Batalla naval de Pelusa, en el Delta egipcio.....	280
Caricatura del tiempo de Ramsés III.....	286
Her-hor.....	292
Antigua representación egipcia de un jardín.....	297
Figura recordando la conquista de Judea por Shishak.....	305
El rey Sheshonk.....	306
Sello de Sheshonk, en caracteres jeroglíficos.....	306
Osorkón.....	307
El nombre de Osorkón en caracteres jeroglíficos.....	307
Carro de guerra del antiguo Egipto.....	309
Caudillo cushita prisionero de guerra.....	316
Investidura de un alto funcionario egipcio.....	319
Piankhi recibe la sumisión de Namrut y otros vencidos.....	322
Sello de Shabak.....	327
Shabak (Sabaco).....	328
Terhak (Tirhakah).....	330
Antigua litera egipcia.....	331
Relieve representando á Esarhaddón en Nahr-el-kelb.....	337
Psamético I.....	347
Lagar egipcio.....	352
Sala de las Columnas del templo de Osiris, en Philoe.....	353
Joyeros egipcios del tiempo de Psamético I.....	354
Curtidores.....	355

	<u>Páginas.</u>
Telar. ....	356
Tejedoras egipcias. ....	356
Portadores de ofrendas en un entierro. ....	357
Fabricación de cerámica. ....	357
Neco. ....	360
Piedra negra grabada babilónica con el busto de Nebuchad- nezzar. ....	368
Antiguo sillón egipcio. ....	371
Imagen en relieve de Ciro, en Pasagarda. ....	374
Darío y su séquito. ....	385
Estatua de un escriba. ....	408
Estatua funeraria de la reina Hontoui. ....	412
Momias de Sesostris y de Seti I. ....	419
Cestas funerarias egipcias. ....	422

## LÁMINAS SUELTAS

	<u>Páginas.</u>
Gran columnata central del templo de Karnak. ....	II
Mapa del Egipto. ....	IV
Delta del Nilo. ....	I
Sepulcro de piedra en Ghizeh. ....	74
Campo de las pirámides de Ghizeh. ....	85
Arpista egipcio. ....	104
Conjunto de un templo egipcio. ....	180
Fachada del templo de Edfú. ....	202
Los Colosos de Memnón. ....	210
Gran vestibulo de columnas en Karnak. ....	244
Busto de Ramsés II (Sesostris). ....	273
Ruinas del Ramesséum cerca de Tebas. ....	336
Mapa del Fayum. ....	425





DELTA DEL NILO

## LA COMARCA EGIPCIA



PARÉCESE el Egipto, por su forma, á un lirio de tallo torcido. Lo termina ancha flor, debajo de la cual brota un vástago, que se inclina hacia la izquierda. La flor abierta es el Delta, extendido desde Abusir ó Abakir á Tineh á una distancia en línea recta de 180 millas, que las ondulaciones de la costa aumentan hasta 230. El vástago es el Fayum, depresión natural de las montañas que por el Oeste cierran el valle del Nilo, y que desde hace muchos millares de años está cultivada introduciendo en ella el agua del Nilo por medio del canal conocido con el nombre de *Bahr Yusuf*. El largo tallo del lirio representa el valle del río, hondonada abierta en aquel suelo de roca, en una extensión de 700 millas desde la primera catarata hasta el vértice del Delta, y cuya anchura algunas veces apenas llega á una milla, y nunca excede de 8 ó 10. No existe en el mundo pais alguno de tan extraña forma, tan desproporcionado en sus dimensiones y por consecuencia tan difícil de gobernar desde un solo centro.

Á la simple vista, parece dividirse aquella comarca en dos regiones marcadamente distintas; y esta impresión predominó ya entre sus primeros habitantes. Desde muy remotos tiempos, los indígenas llaman á su país «las Dos Tierras» y lo representan en la escritura jeroglífica por medio de un signo que contiene el carácter de *tierra* duplicado. Los reyes fueron llamados «jefes de las Dos Tierras», llevando dos coronas como si tuvieran mando en dos comarcas. Apoderáronse los Hebreos de esta idea, pues aunque algunas veces llamaban al Egipto «Mazor» en singular, con más frecuencia usaron el dual «Mizraim», que significa «los dos Mazors». Estos «dos Mazors», «dos Egiptos» ó «Dos Tierras» eran, desde luego, la flor y el tallo, la ancha llanura del confín Mediterráneo, conocida por «Bajo Egipto» ó «Delta» y el valle largo y estrecho, semejante á una serpiente verde, que se extiende hacia el Sur y lleva el nombre de «Alto Egipto» ó «Said».

Llama la atención el contraste de aquellas dos regiones. Entrando en Egipto por el Mediterráneo, ó desde el Asia por el camino de las caravanas, ve el viajero abrirse ante sus ojos una llanura, al parecer sin límites, sin una ondulación en el terreno, por lo general verde con las cosechas ó las plantas de los pantanos, llanura siempre cubierta por un purísimo cielo que se pierde en lejano y bajo horizonte. Allí impera una absoluta monotonía. No se encuentran en ninguna parte montes ni valles, prados ni arboledas, ni vertientes de colinas, ni espesos bosques, barrancos, gargantas, cascadas, torrentes impetuosos, ó murmuradores arroyuelos: dondequiera que se mire, siempre es igual la plana y vasta pradera formada por los aluviones, en la que sólo se distin-

gue la parte cultivada de la que se deja yerma. Cuando cansado de aquella monótona uniformidad el viajero se dirige hacia el Sur, á distancia de 100 millas de la costa, halla una escena enteramente nueva. En lugar del llano que se dilataba por todos lados, se encuentra en un valle relativamente estrecho; y aunque mirando hacia atrás ó hacia adelante el espectáculo es el mismo, á los dos lados aparecen las líneas de montañas pedregosas, blancas, amarillas ó tostadas, que algunas veces se acercan hasta parecer que pueden interceptar el curso del río, y otras se alejan dejando algunas millas de terrenos cultivables en ambas riberas de la corriente. Al aproximarse á aquellas cordilleras, comprende el viajero su formación repulsiva. Levántanse, en gran parte, formando sierras abruptas de desnuda grandeza: en sus escarpadas laderas no crecen las hierbas ni las breñas, ni adornan árboles sus altas pendientes. Parecen las montañas de la morada de Rasselas, hechas para encerrar los habitantes del valle en sus estrechos límites, y separarlos de todo comercio y relación con otras regiones.

Tal es la doble división de la comarca, que en un principio llama la atención del observador; pero cuando después de más larga residencia se familiariza con el país, observa en él un tercer aspecto. El valle inferior se diferencia del superior, en que aparece como tierra disputada por el trabajo, mitad llanura y mitad cañada, con mayor superficie de cultivo porque las montañas se alejan de ella. Á su mitad se abre el espacio del Fayum, con una extensión casi de 50 millas en su mayor diámetro, y conteniendo un área de 400 millas cuadradas. De aquí proviene que algunos de los antiguos poseedores del

Egipto prefiriesen dividirlo en tres partes mejor que en dos: los Griegos intercalaron la «Heptanomide» entre la «Tebaida» y el Delta, y los Árabes el «Vostani» entre el Said y el Bahari ó «región del mar».

Puede objetársenos que el Egipto que presentamos al lector no es el Egipto de los mapas. No lo es ciertamente. Los mapas dan el nombre de Egipto á un ancho espacio rectangular marcado en el Nordeste del África, con límites que por dos lados cierran el Mediterráneo y el mar Rojo, y por los otros, dos líneas imaginarias trazadas sobre las arenas del desierto. Pero este Egipto, según ya se ha dicho, «es una ficción de los geógrafos, tan falsa como la isla Atlántida de la leyenda griega ó la Leona de los romances de la Edad Media, ambas hundidas en el Océano para explicar su desaparición. El verdadero Egipto de los monumentos antiguos, de los Hebreos, de los Griegos, de los Romanos, de los Árabes y de sus actuales poseedores, es una mera fracción de esa vasta área de los mapas, representada por el valle y la llanura que riega el Nilo, en una extensión de cerca de 700 millas por el curso del río, desde el Mediterráneo hacia el Sur»<sup>1</sup>. Los grandes yermos á ambos lados del valle nilótico no forman parte del Egipto, como tampoco el desierto de arena del Oeste, ni las alturas roquizas del Este, que de colina en colina se elevan á la máxima altura de 600 pies en algunas partes. Estos terrenos están escasamente habitados por tribus de raza diferente de la egipcia, cuya sujeción al gobierno suele ser nominal, pues en su mayor parte rechazan toda idea de sumisión á los poderes constituidos.

Siendo, pues, evidente que el verdadero Egipto

<sup>1</sup> R. Stuart Poole, *Cities of Egypt*, pág. 4.



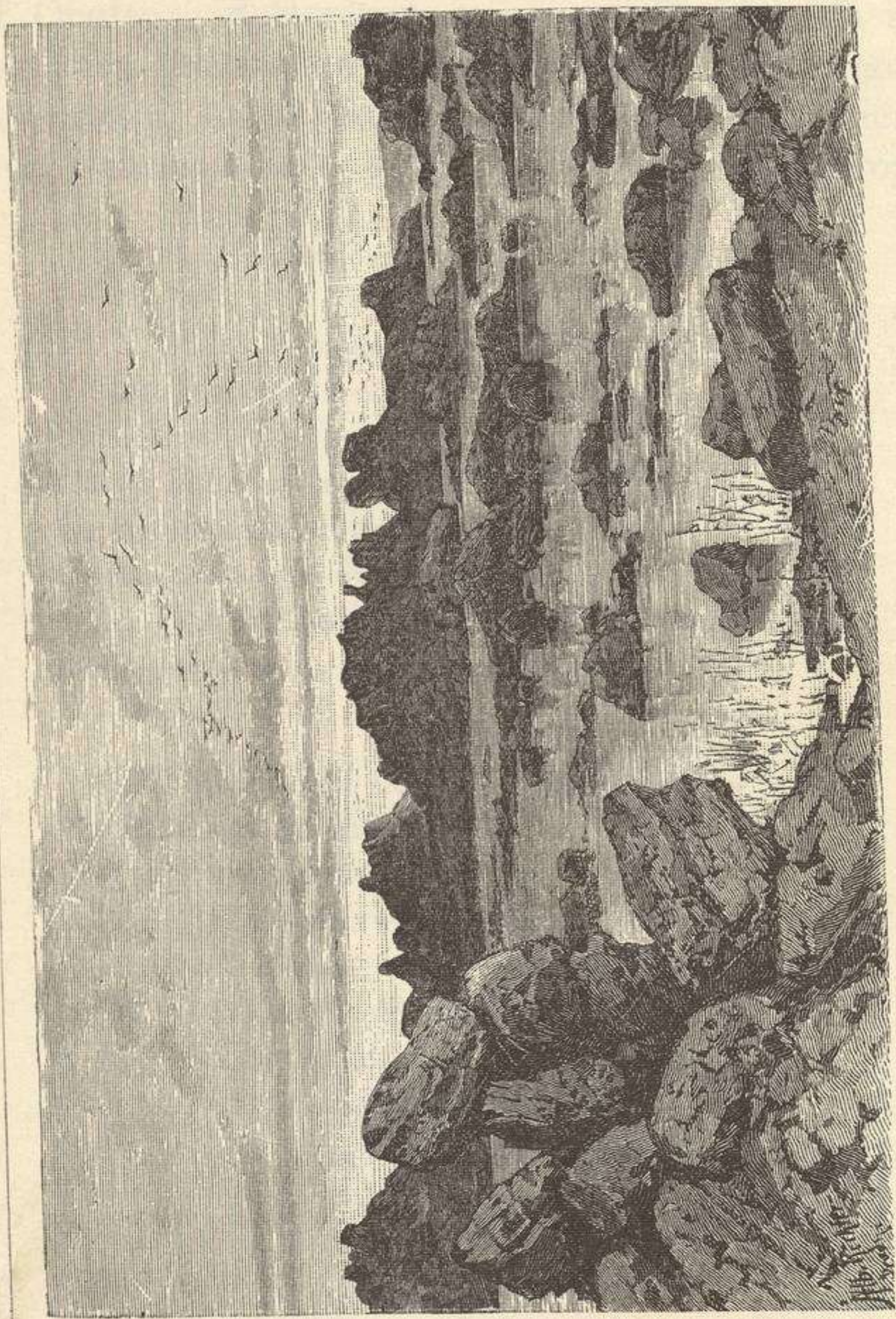
está constituido sólo por el territorio antes mencionado, el valle del Nilo, el Fayum y el Delta — es decir, el tallo del lirio, el pétalo y la flor — podemos concebir, como desde muy antiguo se ha afirmado, que «el Egipto era un dón del río». Quizás el espiritual Griego que lo dijo por vez primera, no comprendió toda la verdad científica de su frase. La fantasía de Herodoto le hizo ver el África, en su origen, separada del Asia por dos *fjords*<sup>1</sup> paralelos, uno, que del Océano Índico se dirigía por el interior hacia el Norte, siguiendo la dirección actual del mar Rojo, y otro penetrando al Sur desde el Mediterráneo, á la misma gran distancia. El Nilo, dijo, que desembocaba en este último *fjord*, lo llenó poco á poco, y luego fué haciendo otros depósitos que se fundieron en uno sólo, el «mar de los Griegos», formado por la proyección de las costas del Delta fuera de la línea general de la costa africana, á Oriente y á Poniente; y añadió «estoy convencido de que si el Nilo cambiara su actual curso, dirigiéndolo al mar Rojo, lo llenaría, y dejaría seco el otro mar en el espacio de veinte mil años, ó quizás en la mitad de este tiempo, porque es el río de mayor y más activa corriente.» Tiene razón en esta última frase, por más que la actividad del Nilo se haya aplicado á trabajos diferentes de los que supone. Saliendo el río de sus grandes depósitos de las regiones ecuatoriales, se ha abierto gradualmente un profundo lecho en las arenas y rocas del desierto que originariamente se extendían por todo el Norte de África, desde el Atlántico hasta el mar Rojo. Trazado este cauce, que en

1 *Fjords*, palabra danesa que indica un golfo poco abierto y profundo, una especie de brazo de mar que se adelanta al interior de las tierras, pero sin salida. (*Nota del traductor.*)



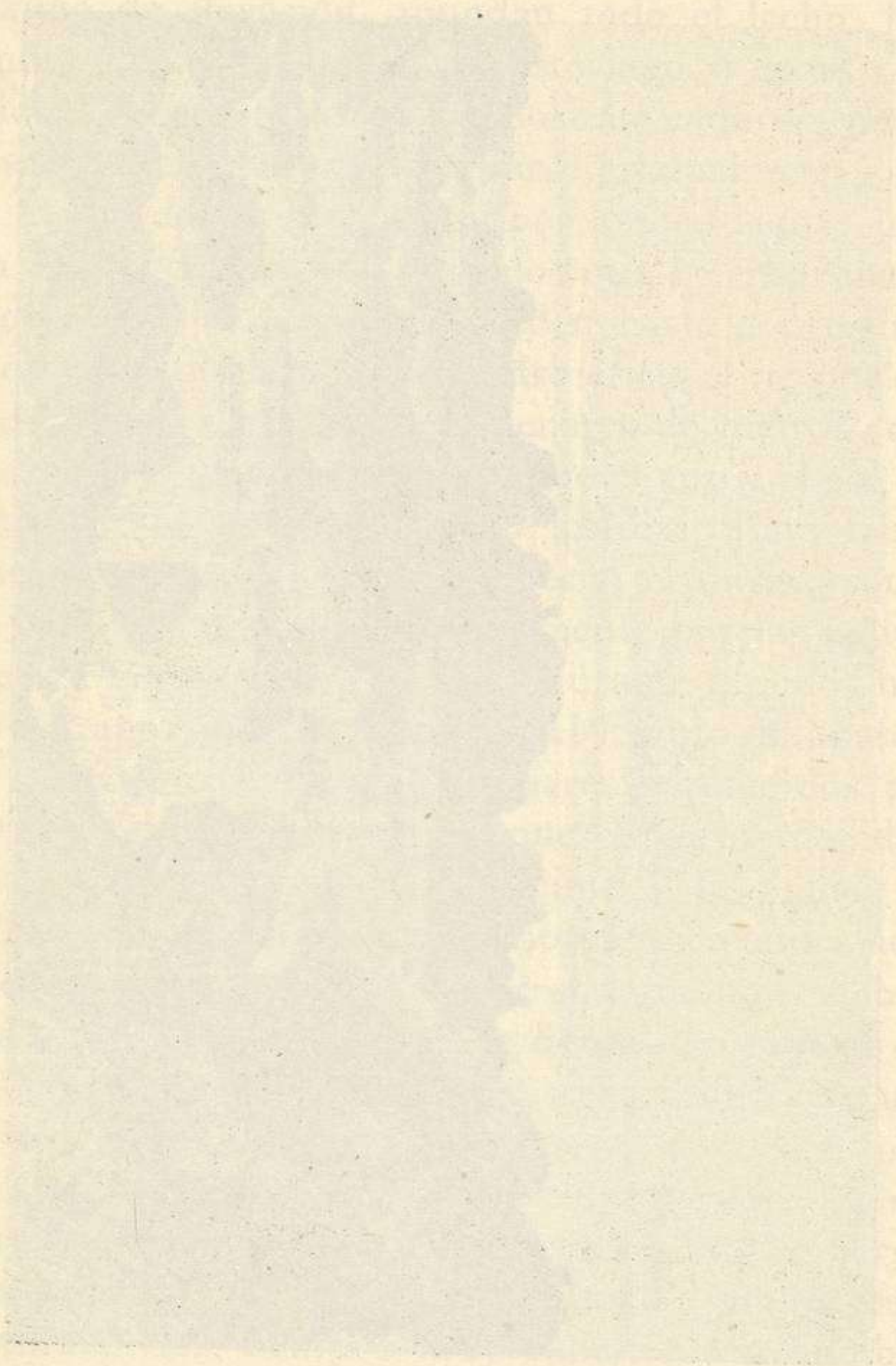
algunos sitios tiene la profundidad de 300 pies bajo el nivel del desierto, empezó á llenarlo parcialmente con el limo de sus aguas. Cuando éstas obtienen su máximo de elevación, inundan todo el lecho, haciéndolo aparecer como un vasto lago ó como una serie de lagos en los que depositan cada día parte de sus sedimentos; y al retirarse gradualmente, dejan al pie de las montañas, por ambos lados, una faja de tierra saturada de lodo, que se ensancha á medida que las aguas retroceden hasta convertirse en dilatada pradera, cuyo centro cruza el río por estrecho canal de algunos centenares de metros, dejando á los lados los campos, que el aire y el sol fecundan y el trabajo humano fertiliza. Esta tierra descubierta es el Egipto, es decir, el mismo cauce del Nilo abandonado temporalmente por las aguas, que sin embargo lo reclaman durante algunos meses del año; y en este periodo el Egipto desaparece de la vista excepto en los lugares, protegidos por alturas y diques artificiales, que cubiertos de edificios levantan su cabeza por encima de las aguas.

La sola excepción, á lo anteriormente manifestado, se encuentra en el Fayum, terreno que no se debe á la actividad del Nilo. Es una depresión natural del desierto del Este, separada del valle nilótico por una cordillera de montañas calcáreas de 200 á 500 pies de altura, que sin ayuda del trabajo humano habría permanecido árida, sin agua ni cultivo. Sin embargo, por medio del Nilo obtiene riquezas, productos y fertilidad. En tiempos muy remotos los hombres abrieron un canal al Nilo, cortando la roca para comunicar la depresión con el valle, y las aguas del río llevaron á ésta con su limo la riqueza que hoy tiene toda aquella región, parecida á un florido jardín.



PRIMERA CATARATA DEL NILO, CERCA DE ASSUÁN

REPRODUCCIÓN DE LA OBRA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ



Nunca desconocieron los Egipcios la causa de su prosperidad, y desde remotas épocas veneraron al río misterioso. Lo deificaron bajo el nombre de Hapi, «el Oculto»; declararon que «era desconocida su morada»; que era un dios inescrutable cuyo origen nadie sabía; lo señalaron como dador de todo bien, y especialmente de los frutos de la tierra. Así dijeron:

Salud ¡oh Nilo! que en tu cauce guardas  
La ventura y la vida del Egipto.  
Tú lo traes, Ammon, constantemente  
Y siempre alegre su venida el alma.  
Crea jardines Ra; pero él los riega;  
Da de beber al animal sediento;  
La extensa tierra desbordado baña;  
Cuida celoso de que brote el grano,  
Y así, ¡oh Phthah! de la familia egipcia  
Se encuentra asegurado el alimento.

---

¡Oh inundación del Nilo! mil ofrendas  
Y sacrificios de animales gozas;  
A ti fiestas solemnes, á ti gallos  
En holocausto merecido y fieras  
Que para ti en las selvas se aprisionan:  
Se te ofrece la luz de fuego puro,  
Y no hallan más ofrendas otros dioses  
Que las ofrendas que recibe el Nilo.  
Sube al cielo el incienso y con los gallos,  
Bueyes y toros arden en el ara.  
Él mismo se abre en la Tebaida simas;  
Ignórase su nombre allá en el cielo;  
Jamás se manifiesta en forma alguna,  
Ni representación externa toma.

---

Lo ensalzan los mortales y los dioses;  
 Sabe inspirar terror á los temibles,  
 Y es su hijo señor de lo creado  
 Para ilustrar al pueblo del Egipto.  
 Brilla por siempre ¡oh Nilo! eterno brilla,  
 Proporciona á los hombres vida y goce,  
 Da alimento al ganado y resplandece  
 Con el fulgor ¡oh Nilo! de la gloria <sup>1</sup>.

De tal modo el Nilo es útil, benéfico y esencial á la existencia de Egipto, aunque exteriormente no contribuya mucho á dar variedad á sus horizontes ni belleza á sus paisajes. Algo es, ciertamente, animar con su curso un país abrasado por los rayos de un sol implacable, que convierten la tierra en ardiente horno. Pero el Nilo tiene la corriente turbia. Durante la inundación arrastra una cantidad considerable de arcilla roja, recogida en las tierras altas de la Abisinia. En las otras estaciones, sus aguas están contaminadas con la materia vegetal que recibe al pasar del lago Victoria á Khartum; y esta materia, combinada con su profundidad y volumen, da á la corriente un tono de color oscuro y sucio que le quita la transparencia de más puros y claros arroyos. El nombre griego Neilos y el hebreo Sichor, parecen indicar su cualidad de gran río, y se traducen por «azul oscuro» ó «azul negro» para expresar el color ordinario de aquellas aguas. Además, el Nilo es demasiado ancho para que pueda ser pintoresco. Rara vez de ribera á ribera mide menos de una milla desde su punto de entrada en Egipto, y como se desliza entre tierras bajas, no tiene nada que reflejar en sus ondas, excepto el cielo amarillento azul de la

<sup>1</sup> Traducido del original egipcio al inglés por J. C. Cook, y del inglés al castellano por D. Francisco Pleguezuelo.

región por donde pasa, ó las velas de los barcos que cruzan su superficie.

La extensión del Egipto, dentro de los límites que le hemos señalado, es de cerca de 11.400 leguas cuadradas, es decir, menos que ningún Estado europeo, excepto Bélgica, Sajonia y Servia. Sin embargo, la extensión es un elemento insignificante para la grandeza de los Estados, según lo testifican Atenas, Esparta, Rodas, Génova, Florencia y Venecia. Egipto es la tierra más rica y productiva de todo el mundo. Sabido es que en su época más floreciente contenía 20.000 ciudades, y quizás con mayor justicia que Bélgica pudo ser comparado á «una gran ciudad». Pero sin duda alguna su superficie era pequeña. Así como hombres de pequeña estatura han sido los de más talla entre los guerreros, también los Estados pequeños han ocupado un espacio grande en la historia del mundo. La Palestina tenía la extensión de Gales; todo el Peloponeso no era mayor que el Nuevo Hampshire; el Ática tenía casi igual superficie que Cornualles; todo lo cual demuestra que el Egipto no es único en su clase, sino constituye una de las muchas excepciones, que casi podrían llamarse regla general.

Aunque pequeño en espacio, tuvo el Egipto la fortuna de su suelo y de su situación. Los ricos aluviones de su río aumentando continuamente y fertilizados por la generosa mano de la naturaleza eran inagotables, y sin esfuerzo, año tras año, rendía tres cosechas, una de grano y dos de hierbas y otros vegetales. El trigo producía el ciento por uno al labrador, y se recogía con pródiga abundancia como las arenas del desierto, hasta que los hombres se cansaban de contar (*Gén.*, XLI, 49.) Cultivábanse en gran-

de escala el lino y el maíz, y se cosechaban enormes cantidades de los vegetales más nutritivos, como lentejas, ajos, puerros, cebollas, achicorias, rábanos, melones, calabacines, lechugas y demás productos que constituían la parte más esencial de la alimentación del pueblo. Dábase el vino en varios parajes, como en las faldas de las montañas entre Tebas y Memphis, en el valle del Fayum, en Anthylla cerca del lago Mareotis, en Sebennytus (ahora Samanud) y en Plisthiné junto á las playas del Mediterráneo. La palmera, que crece espontáneamente en grupos, ó alineada en los caminos, ofrece por doquier al viajero sus dorados racimos, poniéndolos al alcance de su mano. Sin embargo, desde la más remota antigüedad, el trigo fué el producto más importante del Egipto, que por ello fué considerado como el granero del mundo, y el recurso de las naciones vecinas en tiempo de carestía; en los últimos tiempos de la República y en la época del Imperio, Roma debía casi totalmente su sustento al trigo egipcio.

Pero si su suelo era inmejorable, más ventajosa era aún su situación. Fué Egipto el único Estado del mundo antiguo que tuvo fácil acceso á dos mares, el mar del Norte ó «mar de los Griegos» y el mar del Este ó «mar de los Árabes y de los Indios». La Fenicia podía efectuar su comercio por medio del difícil paso de las caravanas atravesando el desierto en una extensión de 15°, desde sus ciudades de la costa de Levante hasta el interior del golfo Pérsico, teniendo necesidad para sostener sus relaciones comerciales con el Oriente, de mucho gasto de tiempo y de fatiga. Asiria y Babilonia, en el esplendor de su poderío pudieron hallarse en posesión de tierras



que no eran suyas, y vanagloriarse de que sus dominios se extendían desde «el mar de Levante» hasta «el mar de Poniente»; pero el Egipto en todos tiempos y circunstancias, por su posición geográfica dominó el acceso al Mediterráneo y al Océano Índico por la vía del mar Rojo, del que no se le podía privar. Suez fué siempre suyo, pues el istmo formaba su natural frontera, y con su sistema de canales lo unió al golfo Arábigo desde hace más de tres mil años; y faltando un poder fuerte en Arabia y Abisinia, debe tener bajo su influencia toda la costa occidental del mar Rojo, con sus importantes puertos y radas. Así posee el Egipto dos importantes salidas para exportar sus productos, y dos importantes entradas para recibir los de otras comarcas. Sus buques podían salir de los puertos nilóticos, y comerciar con Fenicia, ó Cartago, ó Italia, ó Grecia, cambiando sus granos, vinos, vidrios, efectos y trabajos metalúrgicos, por los vasos etruscos, las estatuas griegas, las púrpuras de Tiro, el estaño de las islas Scilas y Cornualles con los mercaderes Cartagineses; ó podían partir de Heroópolis, Myos Hormus ó algún otro puerto más al Sur, y pasando por el mar Rojo dirigirse á la región de las especias en la Arabia Feliz, ó al pie de los montes maderables de Abisinia, ó á las playas de Zanzibar y Mozambique, ó dando la vuelta á la Arabia ir á Teredón en el golfo Pérsico y acaso á Ceilán y á la India. Los productos del extremo Oriente, hasta los del «lejano Cathay» llegaron á su tierra, pues han sido encontrados en sepulcros antiguos, quedando sólo la duda de si los Egipcios los obtuvieron por medio del comercio directo ó indirecto.

La posesión del Nilo proporcionó al Egipto extra-

ordinarias ventajas, no sólo como fuente de fertilidad, sino como medio de rápida comunicación. El gran obstáculo para el progreso y la civilización que presenta al hombre la naturaleza en las regiones que éste no domina por completo, es la dificultad de locomoción y de transporte. Montañas, bosques, torrentes, pantanos, juncales, son los inconvenientes primeros de todo «país nuevo» y hasta que se han construido caminos, puentes y túneles, forman insuperables barreras que imposibilitan el comercio y asustan por la soledad en que encierran al individuo. Desde un principio, tuvo el Egipto un ancho camino que lo cruzaba de un extremo al otro, camino de 700 millas de largo y casi nunca menos de una milla de ancho, que permitía la fácil y rápida comunicación entre las partes más remotas del reino. Verdad es que no sirvieron los ríos como arterias de comercio ó vehículos de comunicación, hasta que los hombres inventaron buques, botes ó por lo menos balsas para subirlos y bajarlos; pero los Egipcios conocieron el uso de las barcas y almadias desde muy remoto periodo, y utilizaron la corriente del Nilo como si fueran manada de patos ó tribu de isleños del mar del Sur. Hace treinta y dos siglos un rey Egipcio edificó un templo en los confines del Mediterráneo, empleando exclusivamente piedra arrancada á las canteras de Assuán en Siena, que tuvo que bajar recorriendo 650 millas de río. El paso del Nilo hacia arriba, durante gran parte del año, se hacía fácilmente. Los vientos del Norte prevalecen en Egipto durante el otoño y el invierno, y tienen bastante fuerza para impulsar una vela, dando al barco buena velocidad. Sin vela, y sólo á merced de la corriente, bajan los buques llevados por ella, con lo

cual este gran camino fluvial puede recorrerse en todo tiempo sin obstáculo alguno.

En todas épocas presenta el Egipto un aspecto singular, pero nada más extraño que sus tierras en el periodo de la inundación. Cuando ésta tiene lugar, queda bajo el agua no sólo el estrecho valle de Assuán al Cairo, sino todo el Delta, que aparece como inmenso lago, sembrado de islas que aquí y allá salen á la superficie, y que recordaron á Herodoto las «islas del mar Egeo». Las alturas, producto casi todas del trabajo humano, están coronadas por los blancos muros de ciudades y aldeas que reflejan el sol ó se retratan en las aguas que bañan sus cimientos. Las palmeras y los sicomoros sobresalen de las aguas, cinco ó seis pies por encima del agua. Cuando la inundación se acerca, se ve á los habitantes de los campos huir con sus ganados buscando el abrigo de las poblaciones; y si la subida es más rápida que de ordinario, salvan á las bestias con dificultad, obligándolas á nadar ó llevándolas á veces en barcas. Una inundación muy crecida pone en peligro no sólo la vida de los animales, sino también la de las personas, comprometiendo á las mismas aldeas que pueden verse sumergidas y arrastradas por la corriente; pero en cambio una inundación deficiente no causa ningún peligro inmediato, pero limitando la producción, origina la carestía y con ella grandes sufrimientos al pueblo.

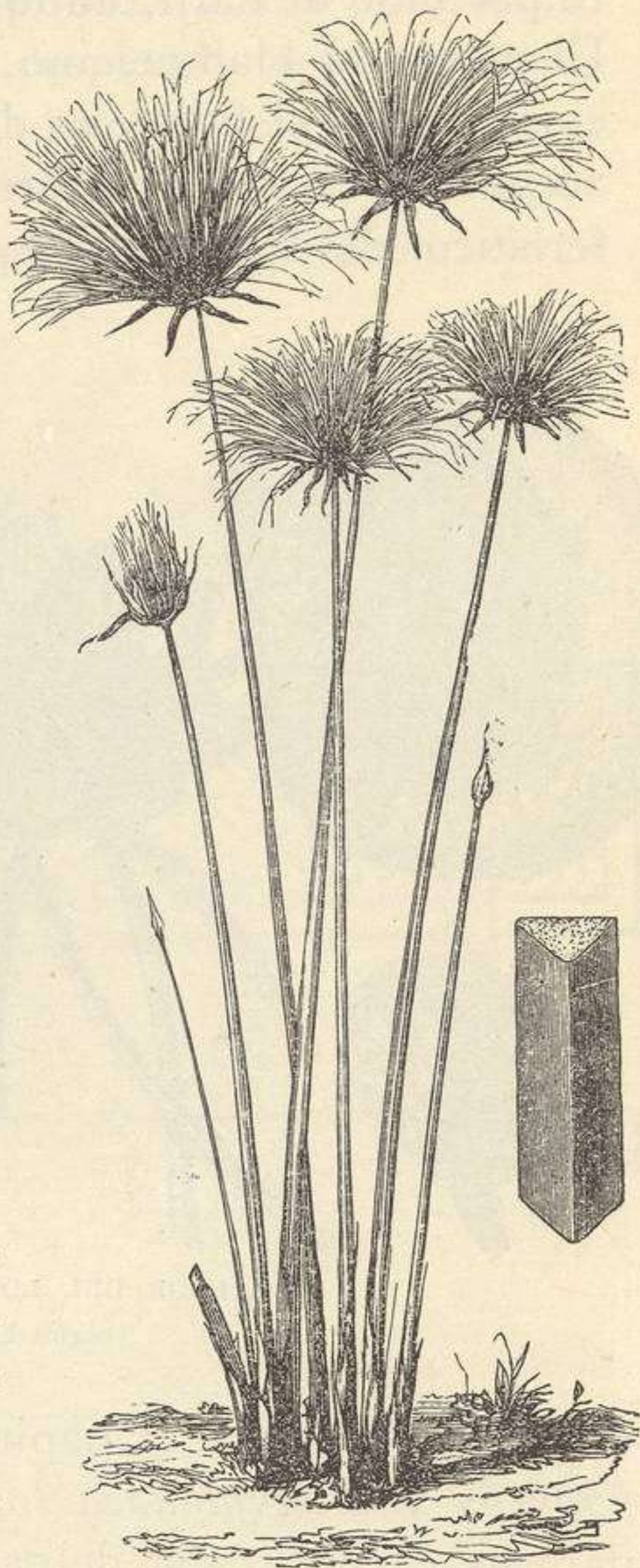
Sin embargo, es tan normal allí la marcha de la naturaleza, que rara vez ocurren estas calamidades. El Egipto tiene, mejor que ninguna otra comarca, buen clima, buena temperatura y buenos productos. Es indudable que los veranos son muy calurosos, especialmente en el Sur, y alguna que otra

vez el viento del desierto produce cierto malestar mientras dura. Pero la fresca brisa del Norte, que reina durante el verano, templada el ardor de los rayos solares aun en la peor estación del año; y durante los demás meses, de Octubre á Abril, el clima es verdaderamente delicioso. Se ha dicho que el Egipto sólo tiene dos estaciones, la primavera y el verano. La primavera dura desde Octubre hasta Mayo, y en ella crecen las plantas, nacen las flores, y dulces brisas acarician el rostro, mientras Europa sufre los rigores del invierno; en Febrero los árboles frutales están llenos de flores; las cosechas empiezan á madurar en Marzo y se recogen á últimos de Abril; la nieve y el hielo son desconocidos en todo tiempo: los chubascos, la niebla y hasta la lluvia son raros. La atmósfera del país es siempre pura y diáfana; no hay humedad en el aire, ni nubes en el cielo, ni velos de neblina en el horizonte. Se suceden los días siempre con la misma igualdad, hasta que concluye la primavera y llega el verano con su luz más viva, su sol más caliente, sus días más largos, para probarnos que acabó la parte más agradable del año.

La parte geológica del Egipto es muy sencilla. Toda la comarca llana está formada por el aluvión. Las montañas son calcáreas en el Norte, areniscas en el centro, y graníticas ó sieníticas en el Sur. La formación granítica empieza entre los 24° y 25°, pero algunas masas de piedras desprendidas invadieron las regiones secundarias, extendiéndose hacia el Norte hasta los 27° 10' de latitud. Encima de las rocas se encuentran en varios sitios depósitos de detritus y arena, endurecidos los primeros y suelta la segunda. Una parte del desierto oriental tiene metales. El oro se obtiene, hasta en nuestros

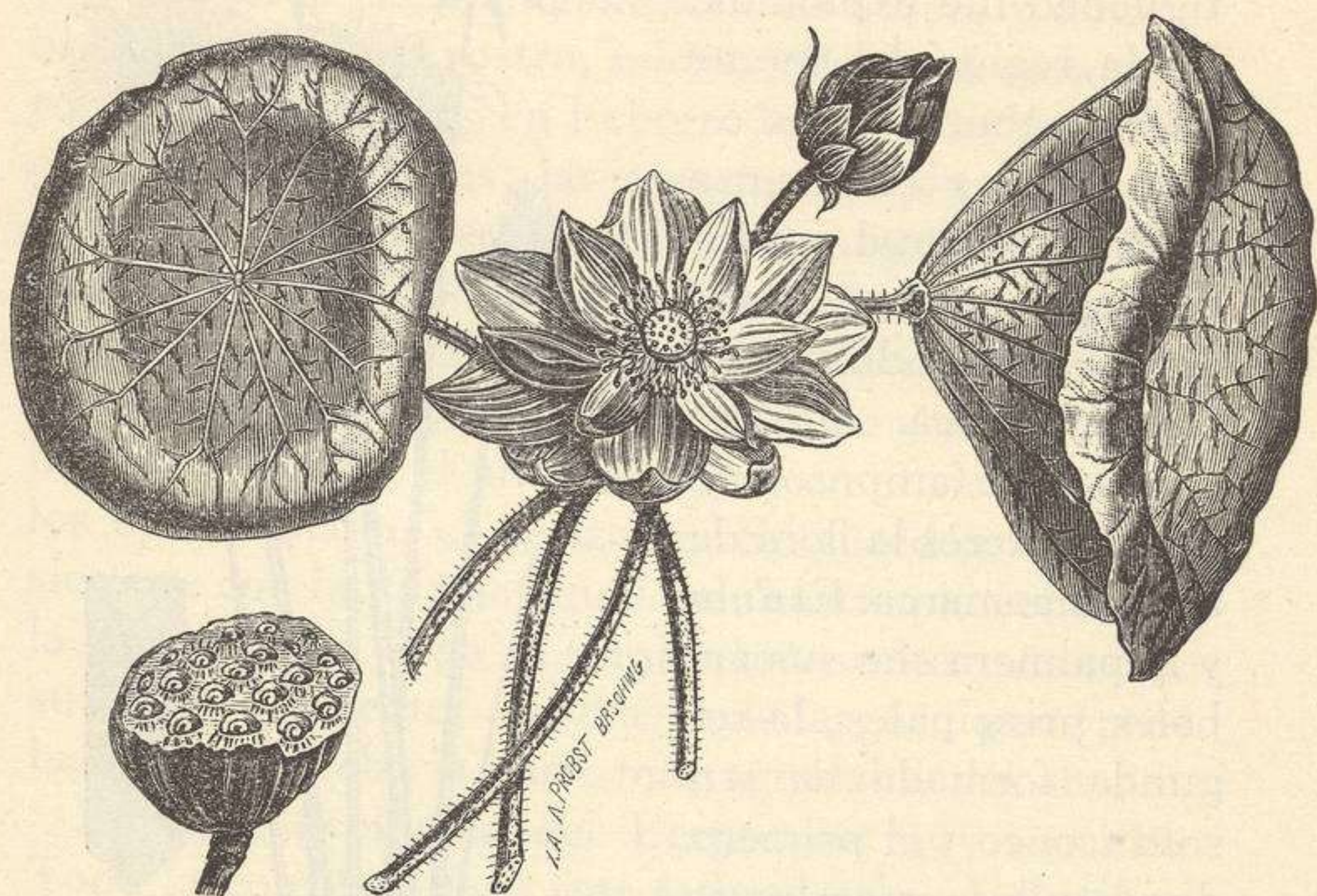
días, en pequeñas cantidades, pero parece que en tiempos pasados se hallaba en mayor abundancia. También en época moderna han aparecido el cobre, el hierro y el plomo, y las huellas de antiguos trabajos que se han hallado en una mina de hierro, prueban que ya en la antigüedad fué explotada. En la región del monte Zabara abundan las esmeraldas, y el mismo desierto oriental produce jaspes, cornalinas, ágatas, calcedonias y cristal de roca.

No ofrece tampoco particular interés la flora de aquella comarca. El *dum* y la palmera son sus árboles principales, la segunda formada de un solo tronco y el primero dividiéndose en varias ramas. El sicomoro (*ficus-sycomorus*) es bastante común, como diversas clases de acacias. La acacia *seyal*, que produce la goma arábiga del comercio, es un árbol nudoso y lleno de espinas, parecido á un escaramujo en su manera de crecer y extenderse, aunque es mucho mayor, pues su altura alcanza de 15 á 20 pies.



EL PAPIRO DE EGIPTO  
(según Ebers).

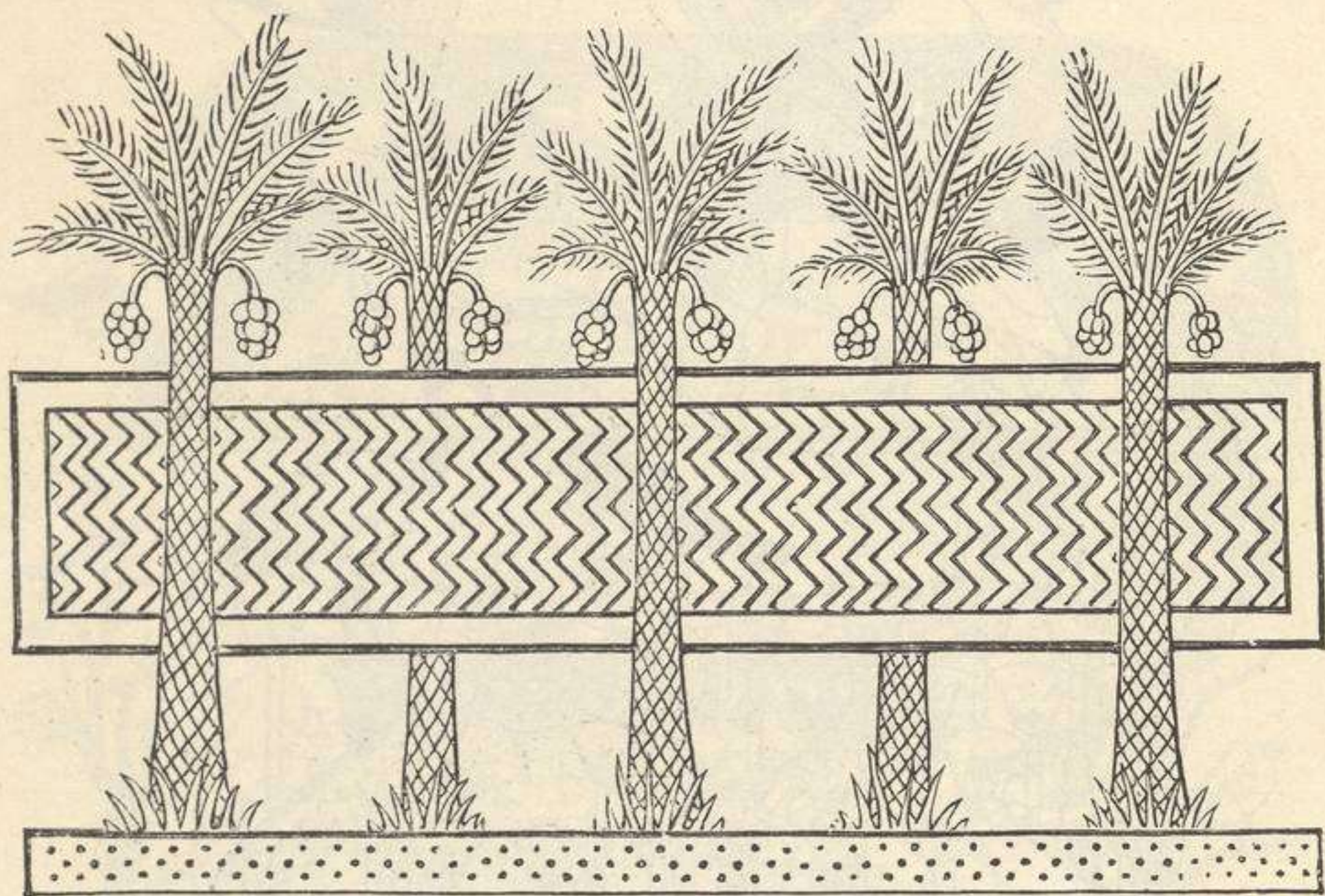
La *persea*, planta sagrada de los antiguos Egipcios, es un arbusto que en circunstancias favorables se desarrolla de 18 á 20 pies, y produce un fruto parecido al dátil, aunque tiene sabor acidulado. El tronco es blanquecino, las ramas se doblan graciosamente, el follaje es de color gris de ceniza, más acentuado en su parte inferior. Especialmente característicos del Egipto, aunque no propios ó peculiares



LA FLOR DEL LOTO EN EGIPTO  
(según Ebers).

de su suelo, eran el papyrus y el lotus, el *cyperus papyrus* y el *nymphaca lotus* de los botánicos. El papyrus es una caña delgada y lisa, de tallo largo y triangular, que encierra una delicada película, aprovechada por los Egipcios para fabricar su papel. La manufactura de este artículo era excelente, según lo prueban su conservación hasta nuestros días, y la elección que de él hicieron los Griegos y Romanos

con preferencia al pergamino. El lotus es un gran lirio de agua, blanco, de exquisita belleza. Los reyes lo ofrecían á los dioses: los huéspedes lo llevaban en los banquetes: las formas arquitecturales se modelaban según su forma, y era empleado en la ornamentación de los tronos. Puede ponerse en duda que su raíz produjera en los hombres el efecto descrito por Homero: pero nadie vió la planta sin considerarlo al



ANTIGUA REPRESENTACIÓN EGIPCIA DE UN ESTANQUE CON PALMERAS

instante como «un objeto precioso» y calificarla, por lo tanto, de «eterna alegría».

En la antigüedad, la caza no debió ser diversión muy extendida en Egipto. Ahora, durante la época de la retirada de las aguas, se persigue á las gacelas; pero antes, la densa población asustaba á las manadas de antilopes, que buscaban refugio en la región del desierto traspasando los límites del aluvión. Tampoco se puede, en el verdadero sentido

de la frase, considerar á Egipto como país de venados, corzos, leones, osos, hienas, linceos ni conejos. Animales de estas clases han podido alguna vez presentarse en las llanuras cultivadas, pero habrán sido huéspedes extraños expulsados por ham-

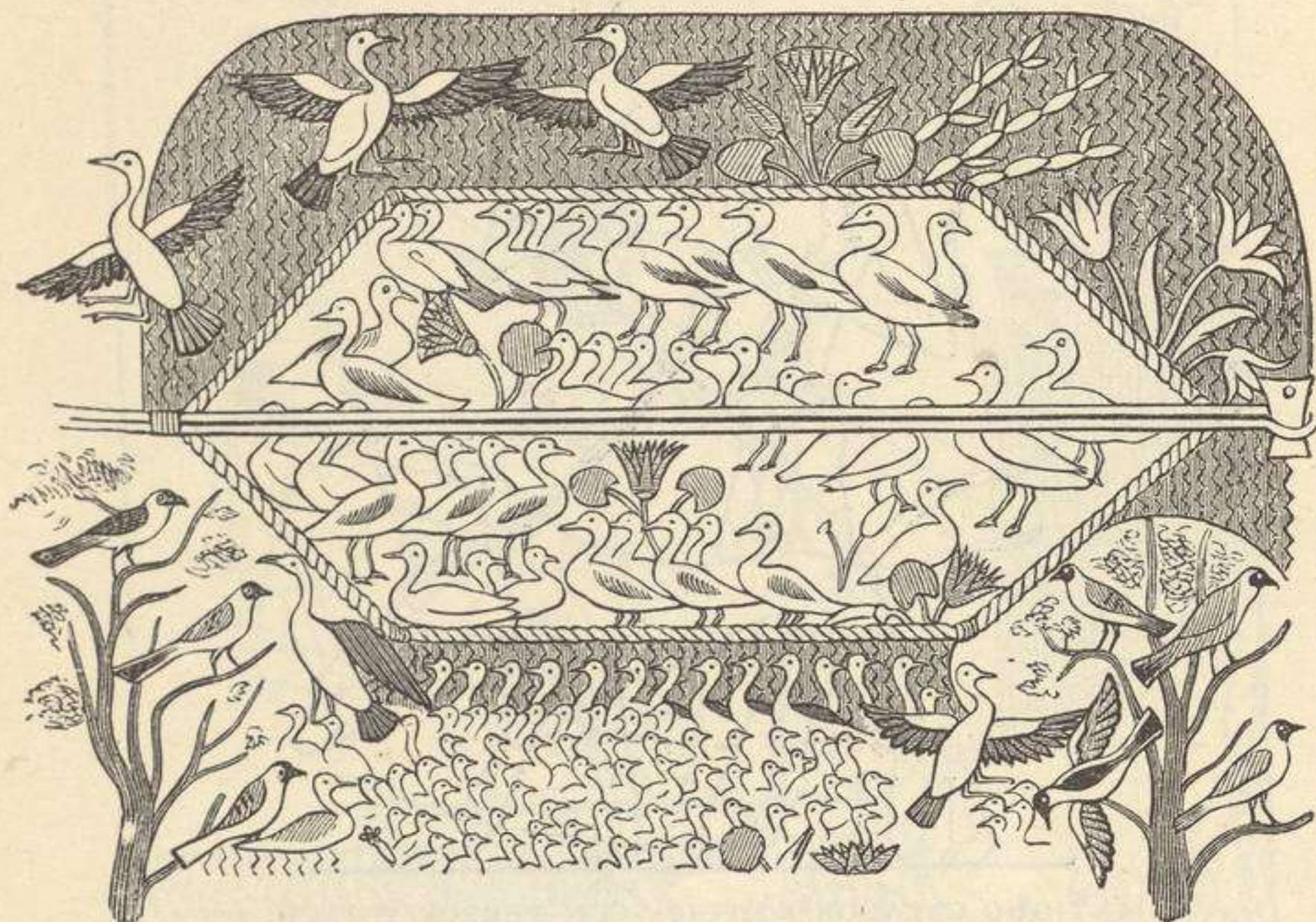


PLANTAS, AVES Y ANIMALES DEL NILO

bre de sus madrigueras en las tierras libica ó arábiga. El cocodrilo y el hipopótamo si fueron realmente perseguidos por los antiguos Egipcios, quienes extendieron además su afición á la busca de aves y pescados. En todas épocas se encuentran en las aguas del Nilo y en los charcos que deja la inundación,



muchas clases de aves acuáticas, y entre otros animales se ven pelicanos, patos, gansos, ibis, cigüeñas, garzas, chochas, alciones y golondrinas. Las codornices pasan en gran número en el mes de Marzo, pero no se presentan faisanes, agachadizas, chochas ni perdices. Los peces abundan en el río y en los canales que de su curso se derivan, sirviendo de entretenimiento y utilidad á los pescadores.



CAZA DE AVES CON RED EN EGIPTO  
(tomado de antiguas representaciones egipcias).

En suma el Egipto es una comarca de tranquila monotonía. La vista divaga siempre sobre superficies de agua, ó sobre verdes llanuras de iguales líneas. Las montañas que encierran el valle del Nilo tienen la misma altura, y sus vertientes carecen de árboles, arbustos, flores y hasta hierba. El cielo generalmente está sereno. Nunca la niebla envuelve misteriosa el horizonte; jamás la lluvia cae del cielo,

ni en el espacio se dibuja el arco iris, ni una sombra turba aquellas tranquilas perspectivas. Lo pintoresco brilla por su absoluta ausencia en aquel país. Un solo río, ancho, pero sin llevar siquiera rápidamente sus aguas dentro de los límites del Egipto; dos fajas llanas de campos verdes á su lado; dos líneas bajas de montañas detrás de éstos, y un espacio abierto



ANTIGUO CAZADOR EGIPCIO, CON PERROS Y GACELA  
(Wilkinson).

y sin límites en el cual el Nilo se divide en media docena de indolentes brazos, todo esto constituye el Egipto, tan parecido á la Holanda, en lo de «cansado, viejo y desanimado». Sin embargo, de dos maneras y por dos causas se altera esta monotonía, contribuyendo la naturaleza á variarla. Dos veces al día, por la mañana y por la noche, el cielo y el horizonte se iluminan con colores tan vivos y delicados, que las prosaicas líneas del país se transforman como

por arte mágico y ofrecen un aspecto de exquisita belleza. Al amanecer, largos rayos de rosada luz cruzan el horizonte oriental; la bruma de Poniente se convierte en fuego, esparciendo en torno sus matices rojos que inundan y al parecer encienden murallas y torres, alminares y cúpulas; las sombras de los árboles y las casas toman un color purpúreo ó vio-



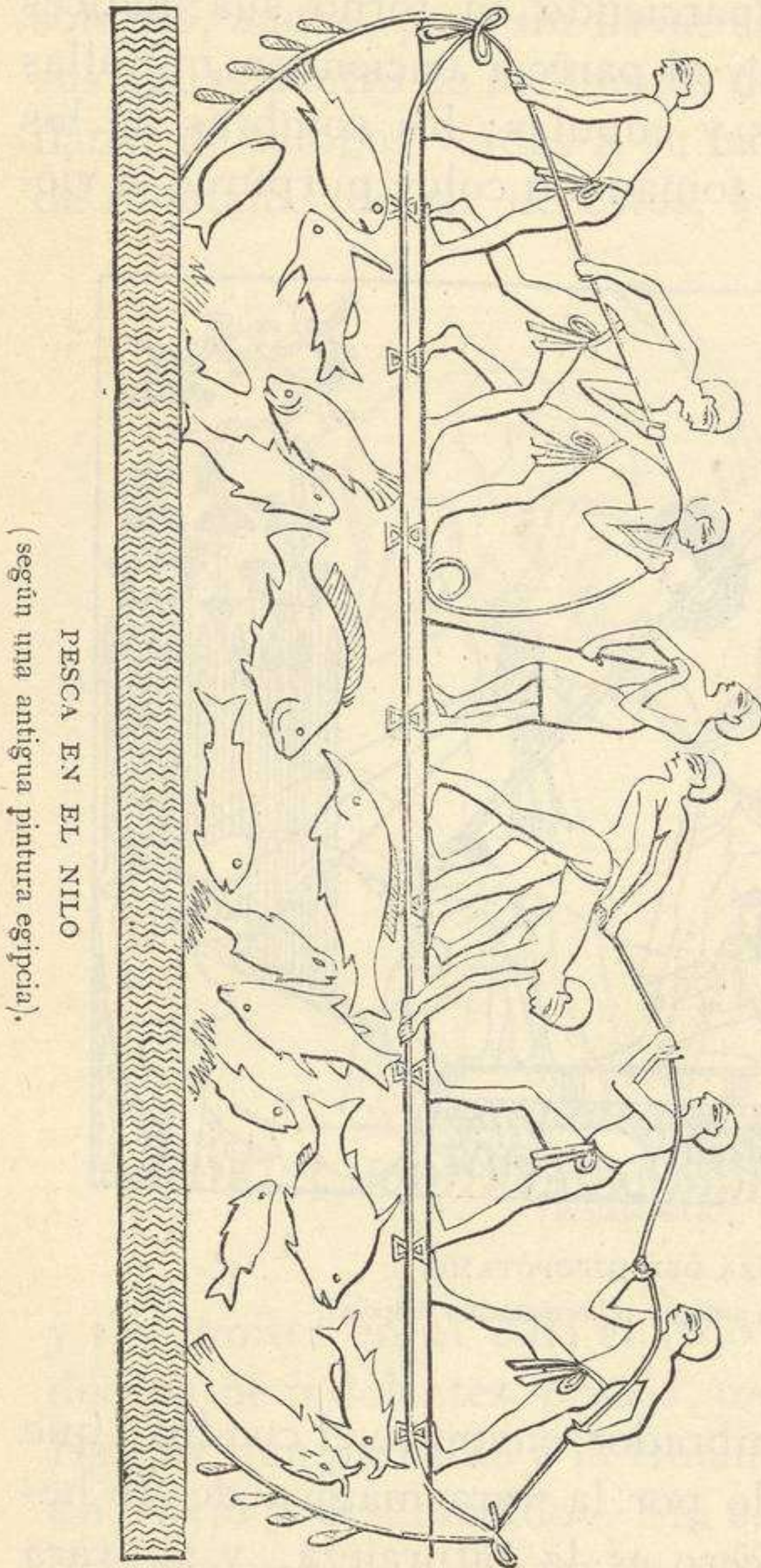
CAZA DEL HIPOPÓTAMO  
(según una antigua representación egipcia).

láceo. Brillo deslumbrador envuelve el cuadro, que parece transformado por la vara mágica de un hechicero; este hechicero es la naturaleza, y su vara mágica se compone de rayos de sol. Otra vez al anochecer se producen los mismos efectos de la mañana, aun con mayor efecto, porque «el rojo de fuego» se convierte en «rojo de rosas», y la vacilante

bruma que huyó por la mañana, aparece de nuevo ruborosa para unirse con el Dios Sol <sup>1</sup>.

La noche trae consigo otra transformaci3n. El

encendido color de la tarde se convierte en oscuro azul. La p3lida luna aparece en el vasto firmamento. Una luz dulce se esparce por tierra y cielo. La esfera de la noche avanza en el espacio de z3firo; 3 si la luna no aparece en el horizonte, la celeste b3veda se tachona de radiantes estrellas. Reina por todas partes el silencio m3s profundo. Despiertan los sentidos ante una belleza diferente de la sentida durante

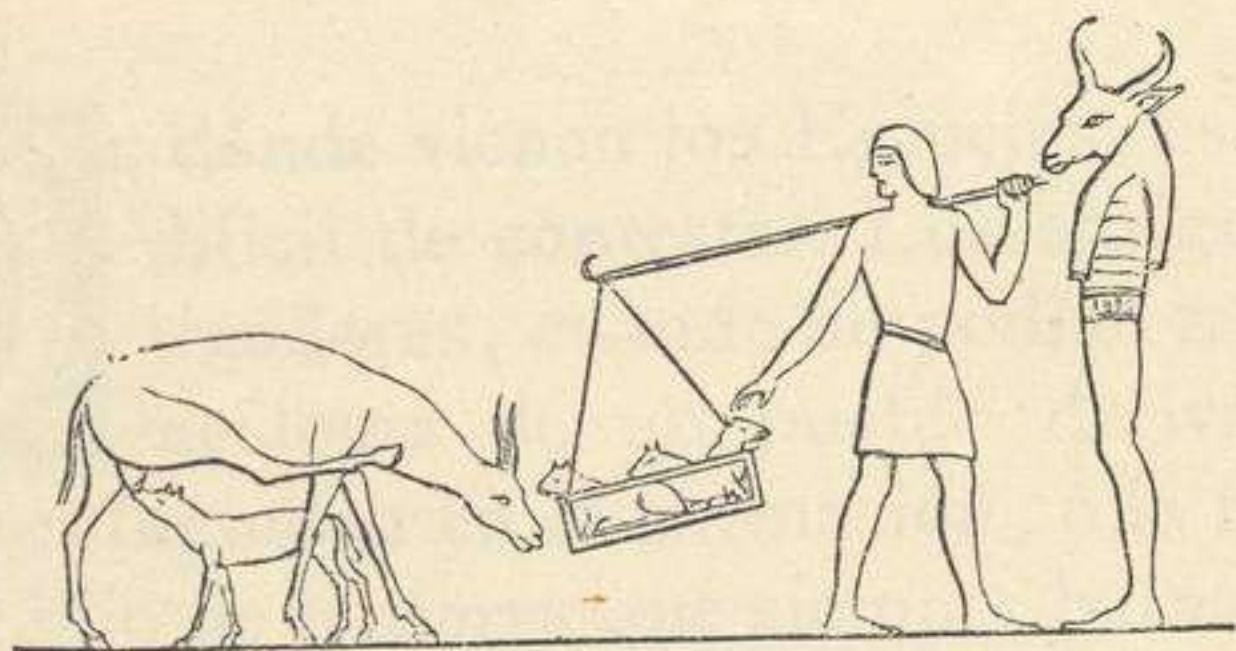


PESCA EN EL NILO  
(según una antigua pintura egipcia).

el día, y se olvidan las monotonías del país para mejor gozar el cambio y la delicia de su nuevo aspecto.

<sup>1</sup> Mr. Kinglake *Gothen*, pág. 188.

También el hombre ha puesto de su parte algo á fin de dar variedad á la tierra de Mizraim. En donde la naturaleza ofrece menos atractivos, quiso desplegar el mayor vuelo de su audacia. Como en los llanos de Babilonia proyectó la construcción de una torre que «llegase al cielo» (*Gén.*, XI, 4), en Egipto sintióse animado del deseo de sorprender á la humanidad con gigantescas obras, sus enormes empresas, sus proyectos, que parecían fuera del alcance de su poder. Aquellas obras, de todas épocas, á excepción de las más remotas, han dado gran im-



EL ANTÍLOPE DORCAS  
(según una antigua pintura egipcia).

portancia al Egipto. Allí atrae á los hombres no tanto el misterio del Nilo, ni el dulce espectáculo de la naturaleza, ni el cultivo de los campos y jardines, ni los hermosos contrastes de luz y sombra al nacer el sol y en su ocaso, ni la noche con su manto azul y sus brillantes estrellas, como las enormes masas de las pirámides, las estatuas colosales, los elevados obeliscos, los templos inmensos, los sepulcros profundos, las mezquitas, los castillos y los palacios. En la arquitectura tiene el Egipto su mayor gloria, pues la empezó muy pronto y la ha continuado hasta

muy tarde. Sin esos monumentos esparcidos por el valle del Nilo, el Egipto habria tenido escasa participación en los estudios humanos, y es muy posible que su historia jamás hubiera sido considerada como parte integrante de «la Historia de las Naciones».



## II

### EL PUEBLO EGIPCIO

**D**E dónde vienen los Egipcios, es pregunta difícil de contestar. Los antiguos investigadores, cuando no podían trazar la genealogía de un pueblo derivándolo de otro, se refugiaban en la afirmación, ó la ficción, de que era hijo de la tierra que siempre había ocupado. Los teóricos modernos pueden decir, si así les agrada, que los antiguos Egipcios son el resultado de progresivas evoluciones de los monos que tuvieron su primitiva residencia en aquella parte de la superficie terrestre. Sin embargo, no se encuentran monos en todas partes; y carecemos de pruebas de que fueran indígenas en Egipto, aunque como los perros, eran allí muy comunes; pues los Egipcios los criaban. Tenemos pruebas de que el hombre fué anterior al mono en la tierra de Mizraim, y esto nos vuelve á la primera cuestión.—¿De dónde viene el hombre, ó la raza de hombres que se encuentra en Egipto al empezar su historia?

Contéstase generalmente que vino del Asia, pero esto es sólo una conjetura. El tipo físico de los Egip-

cios es distinto del de todas las naciones asiáticas conocidas. Los Egipcios carecen de tradiciones relacionadas con las de Asia. Ciertamente, en los tiempos históricos, su lengua era en parte semítica y relacionada con el hebreo, el fenicio y el arameo; pero este vínculo, era remoto y puede explicarse por las relaciones posteriores, sin acudir á derivaciones primitivas. El carácter fundamental del Egipcio, con



EL CINOCÉFALO Y EL MONO  
(antigua representación egipcia).

relación á su tipo físico, lengua y manera de creer, es nigrício. Los Egipcios no eran negros, pero tienen indisputable semejanza con los negros. Su tipo difiere del caucásico exactamente en los detalles que al acentuarse más producen el negro. Eran oscuros de color, de labios gruesos, frente achatada, cabeza grande, pómulos salientes, pie aplanado y cuerpo delgado. Se puede sospechar que el tipo negro se produjera por la degeneración gradual del que encontramos en Egipto. Y puede añadirse que el tipo egipcio se produjo por el mejoramiento gradual del tipo negro.

Además, viniera de donde quisiese, el pueblo egipcio que existía en los tiempos más florecientes de su historia, era sin duda alguna una raza mixta, revelando diversas afinidades. Cualquiera que fuese su origen, recibió de tiempo en tiempo varios elementos extraños en cantidad suficiente para alterar su aspecto físico — Etiopes del Sur, Libios del Oeste, Semitas del Nordeste, donde el África se junta con el Asia. Existen dos tipos egipcios dife-



rentes en forma y figura, formando juntos la masa de la nación, pero fuertemente desarrollados y separados individualmente. Uno es el que vemos en los retratos de Rameses III y en algunos de Rameses II; frente moderadamente alta, nariz aguileña, larga y bien formada, boca regular con labios poco gruesos y espalda redonda y delicada. El otro en comparación con este es grosero, con la frente baja, nariz chata, la parte inferior de la cara saliente y de aspecto sensual, espalda pesada, mandíbula grande, labios gruesos y muy pronunciados. Estos dos diferentes tipos en el rostro, no se distinguen, sin embargo, por grandes diferencias de cuerpo. El Egipcio tiene siempre la figura delicada, sin que apenas se marque la musculatura,



RAMSÉS III OFRECIENDO UN SACRIFICIO  
(copiado de una antigua pintura egipcia).

pie plano, pierna muy larga y delgada como de mujer. En las primeras formas quizás se revela mayor musculatura que en las últimas, pero esto puede también atribuirse á un cambio en el ideal artístico.

Como el Egipto nos presenta dos diversos tipos físicos, nos revela de manera muy marcada dos diferentes tipos de carácter. Por una parte, en las escenas pintadas, en los fragmentos literarios y en las

relaciones escritas por los extranjeros sobre aquel pueblo, vemos una raza grave y digna, imbuida por creencias serias y sobrias, inclinada al estudio y á la reflexión, más ocupada con los intereses del otro mundo que con los del presente, é inclinada á vivir en dulce y soñadora melancolía. El primer pensamiento de un rey cuando empieza su reinado, es construir su sepulcro. Igual deseo tienen los grandes. Es digno de notarse, que en las fiestas un esclavo presentaba á los comensales la figura de un cuerpo momificado, y mostrándolo á cada uno le decía estas solemnes palabras: — «Mira, y come y bebe; pero recuerda que un día te verás en ese estado.» La canción favorita de los Egipcios, según Herodoto, era

El Grande <sup>1</sup> ha descendido á su descanso:  
Terminó su misión y su carrera;  
Que ha de huir la vejez cediendo sitio  
Á la constante juventud que llega  
Como para que se alce Ra por la mañana,  
Tum por la noche á reposar se acuesta.  
La fecunda mujer concibe siempre  
Para que el hombre sin cesar se muera;  
Y al turnar cada espíritu en la vida,  
Desde que nace su morir contempla.

Padre bendito, ya puedes  
Disfrutar en el descanso:  
Granos y aceites de aroma  
Todos, Padre, te llevamos;  
Ramos de loto ponemos  
De tu hermana en seno y brazos,  
Y ante esa amada del alma  
Permanecemos sentados.

<sup>1</sup> Nefez-hotep, un rey difunto.

Suenén los himnos y olvida  
Del mundo cuitas y lazos.  
Hoy puedes gozar tranquilo:  
Sienta el placer á tu lado.  
Peregrinos de la vida,  
Pronto al silencio llegamos.  
Patriarca perfecto y puro,  
Nefez-hotep alabado,  
Llena tu misión, ya vives  
Entre seres venerandos  
Que al tocar la muda playa  
Del olvido cubre el manto.

---

Son allí lo que no fueron,  
Cuando el sol baja al ocaso:  
De la corriente callada  
Se sientan sobre los bancos.  
Entre ellos estás y bebes  
De aquel líquido sagrado,  
Sintiendo en tu corazón  
De eterna paz el halago.  
Socorre al pobre y serás  
Eternamente alabado.

---

Nefez-hotep santo y puro  
Llegó el placer y el regalo.  
¿Qué morada te tendría  
Como una tumba guardado?  
Nada dejas en la tierra,  
Aquí la nada es tu rastro:  
Ni un soplo de vida arriba  
Cuando se descende abajo.  
Así acaba la existencia  
Del hombre más millonario.

---



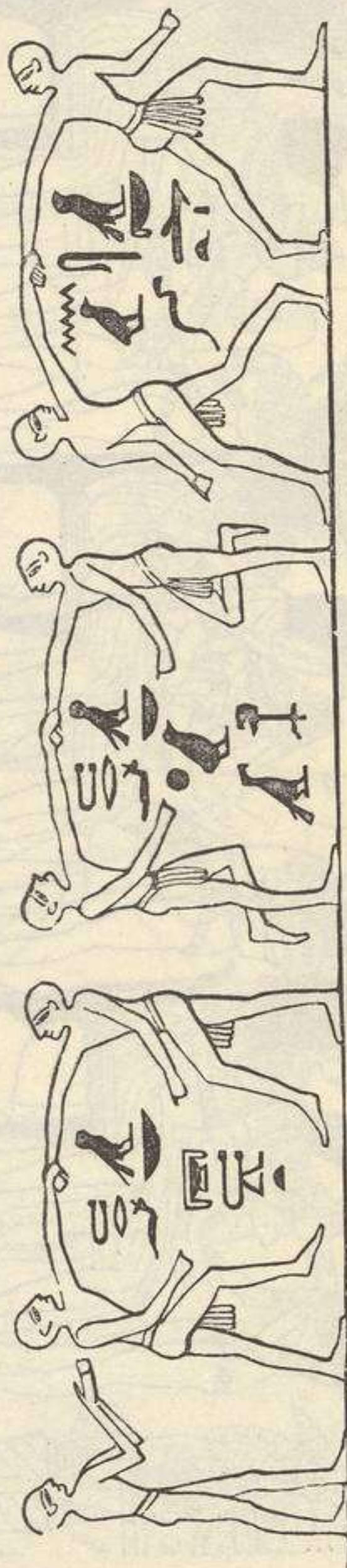
Piensen, pues, en el viaje  
Sin regreso los humanos.  
No haber cometido importa  
Injusticias, ni pecados.  
En la hora en que no se huye,  
Al que tuvo el bien por hábito  
Le espera la eternidad  
Con mil goces reservados.  
Bendito por siempre aquel  
Cuyos bienes dan sus manos <sup>1</sup>.

Por otra parte, es evidente que las clases bajas del Egipto estaban invadidas de un espíritu ligero, alegre y hasta punzante. «Atravesad el Egipto, dice un escritor que conoce aquel antiguo país como nadie, examinad las escenas esculpidas ó pintadas en los muros de las cámaras, unidas á los sepulcros, consultad las inscripciones grabadas en las piedras ó escritas con tinta en los rollos de papiro, y os veréis obligados á cambiar vuestra equivocada idea de que Egipto era una nación de filósofos. Nada tan alegre, tan divertido, tan inocente como el buen pueblo egipcio, amante de la vida, que tenía mucho placer en conservar. Lejos de desear la muerte, dirigía plegarios á los dioses para mantener su existencia y llegar á una vejez feliz, vejez que debía llegar, si posible fuese, al término perfecto de 110 años. Se entregaba á los placeres de todo género; cantaba, bebía, bailaba, hacia excursiones al interior del país, en el cual estaban reservadas para la nobleza las distracciones de la caza y de la pesca. Conforme á esta inclinación hacia el placer, predominaba en el carácter de las gentes la burla muchas veces indiscreta, la frase aguda, el sarcasmo, que con frecuencia llegaban hasta

<sup>1</sup> Traducción del Sr. Pleguezuelo.

los sepulcros. Cuando una exhortación oral no producía el efecto deseado, era sustituida con el uso común del palo, pues decían los sabios de la tierra, que «las orejas del niño crecen en su espalda»<sup>1</sup>.

Herodoto nos explica cómo los alegres Egipcios celebraban sus fiestas: millares de gentes de baja esfera, juntos hombres, mujeres y niños, llenaban los botes que, en tales ocasiones, cubrían el Nilo, ellos tocando y ellas batiendo las

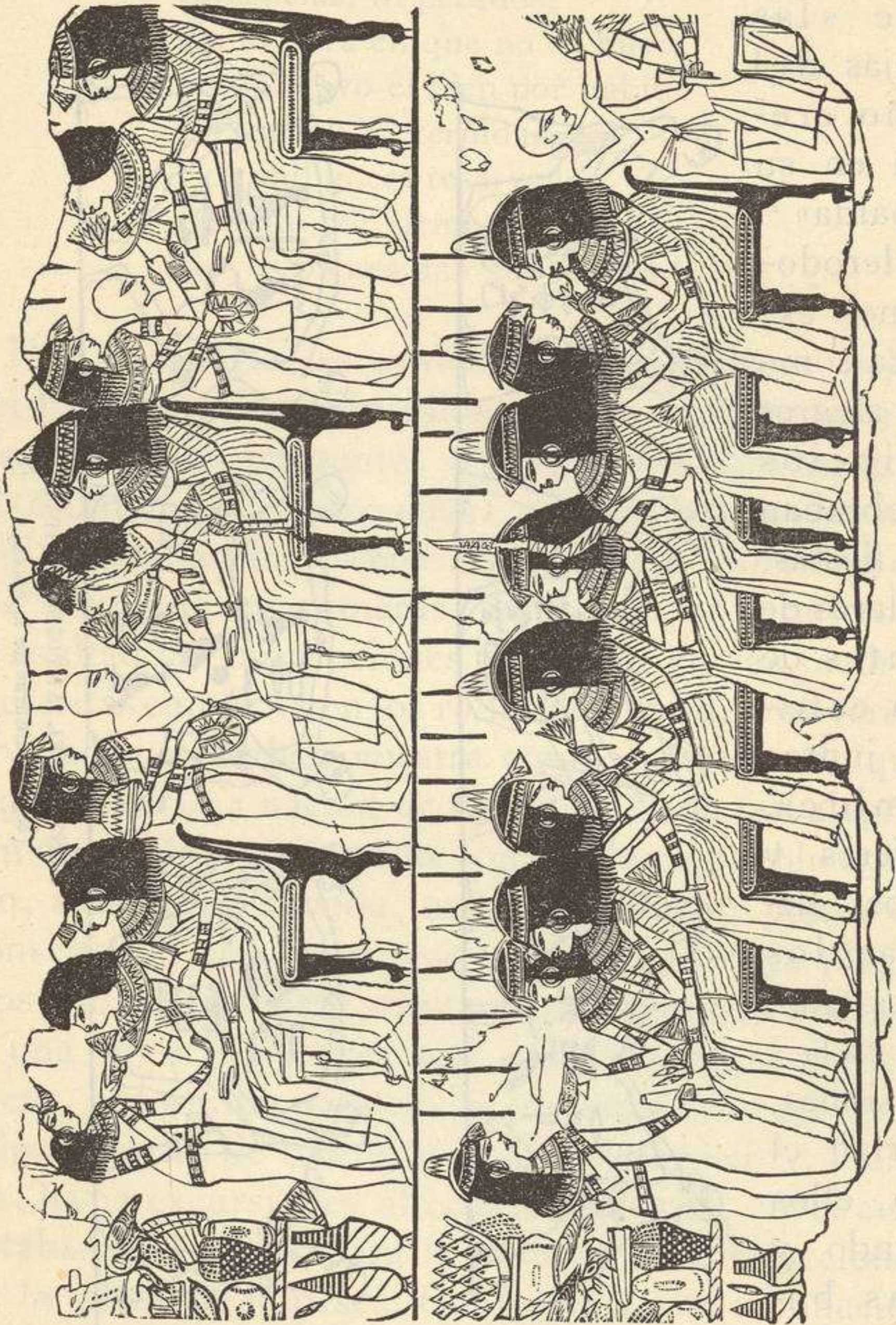


DANZAS DEL ANTIGUO EGIPTO  
(según pinturas de la época).

palmas de las manos, ó dejando oír las castañuelas; así iban de ciudad en ciudad á lo largo de los cana-

<sup>1</sup> Brugsch, *Historia de Egipto*, pág. 15.

les, parándose en todos los desembarcaderos, y excitando á los habitantes á tomar parte en su alegría. Los



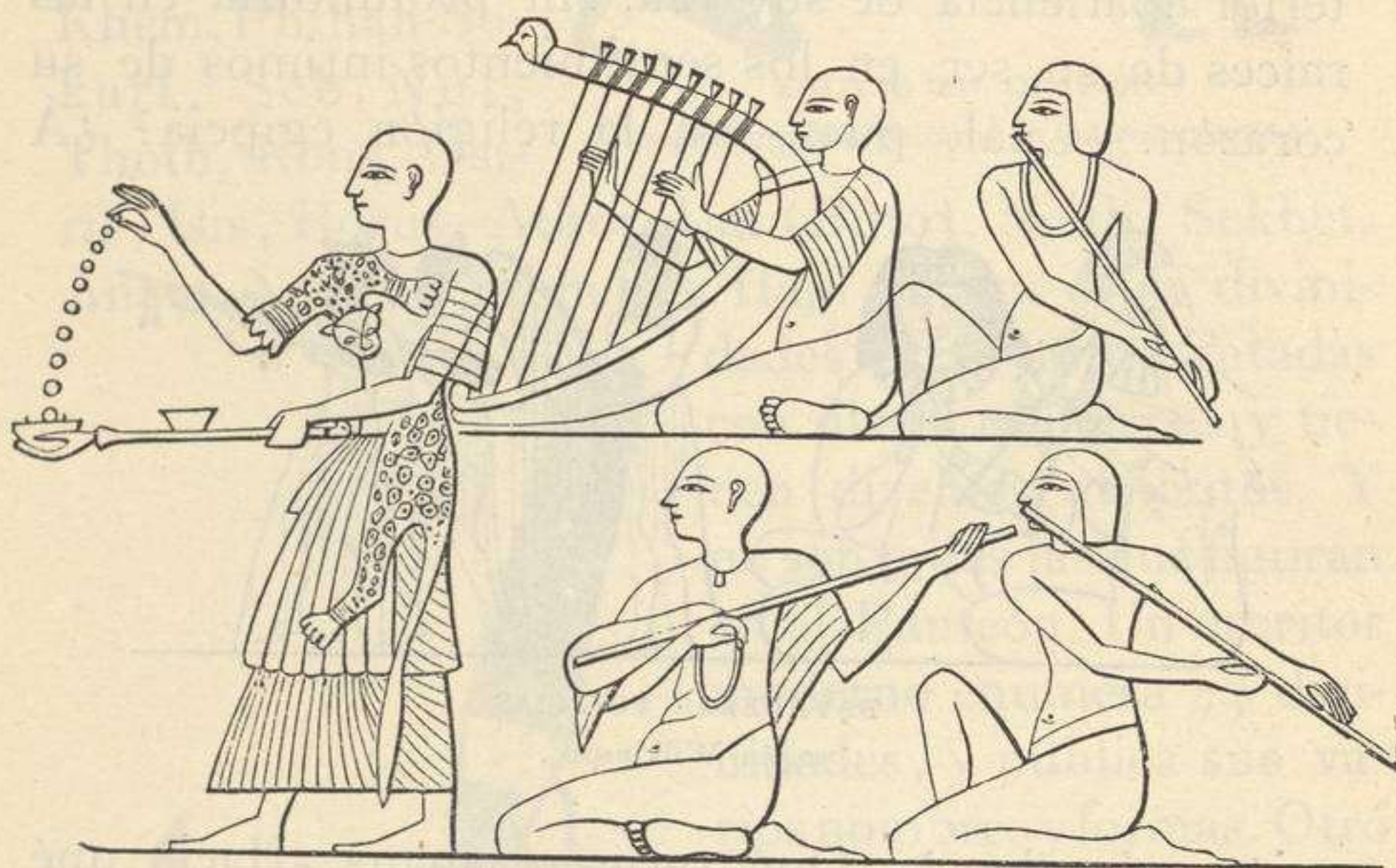
UN CONVITE EN EL ANTIGUO EGIPTO  
(según una pintura de la época).

monumentos nos revelan que los hombres cantaban al dedicarse á sus faenas ; aqui cuando exprimian el vino de la uva, allá cuando con el ganado recogian el

grano de los dorados campos. Se ha conservado algún pasaje del canto de los segadores:

Segad vosotros, decían, segad vosotros,  
Oh bueyes, segad vosotros, vosotros.  
Fanegas para vosotros, fanegas para vuestros amos.

Su ligero humor se tradujo algunas veces en caricaturas. Las grandes esculturas con las cuales un rey quería perpetuar la memoria de sus hazañas gue-



ORQUESTA EGIPCIA  
(Wilkinson, t. II, pág. 315.)

rreras, eran parodiadas por los satíricos que dibujaban en los papiros combates entre gatos y ratas. Los devaneos amorosos de los monarcas se ridiculizaban pintando el interior de sus harenes, en donde un león figuraba al rey, y gacelas á sus favoritas. Hasta en las escenas más serias del Juicio final en la otra vida se reveló el espíritu de los Egipcios pintando al hombre malo como un cerdo ó un mono que andaba con aire cómico de sorpresa y decepción.

Sin embargo, no nos serviría de mucho para el verdadero conocimiento de aquellas gentes, fijarnos en las proporciones de su cuerpo, estudiar las líneas de su cara, ni siquiera descubrir el aspecto exterior de su vida cotidiana. Necesitamos conocer sus ideas, sus más íntimos sentimientos, sus esperanzas, sus temores, y, en una palabra, sus creencias. Nada como la religión explica el carácter de un pueblo: y hasta aquí sólo hemos considerado superficialmente la exterior apariencia de su vida, sin profundizar en las raíces de su ser, en los sentimientos íntimos de su corazón. ¿Cuál, pues, era la religión egipcia? ¿Á



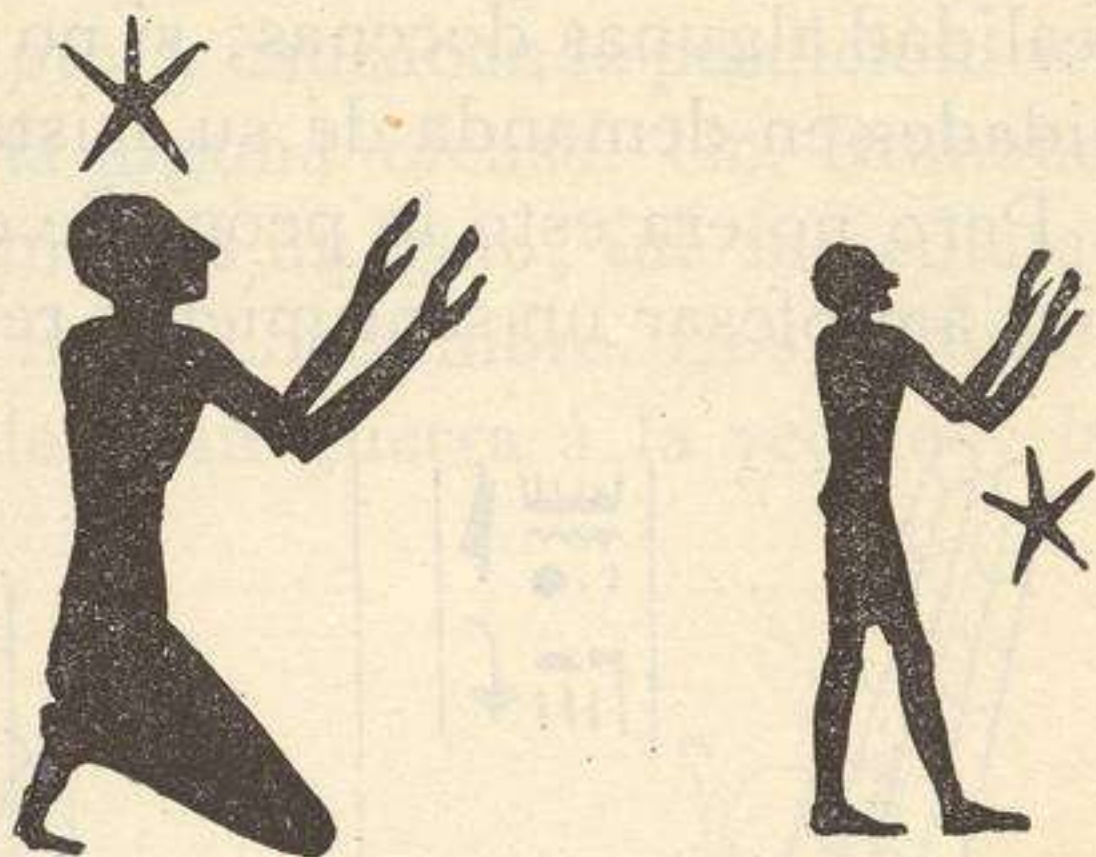
BAYADERAS EGIPCIAS  
(según Wilkinson).

quién adoraban? ¿Qué reverenciaban? ¿Hacia qué vida futura dirigian los ojos?

Entrad en los espaciosos patios de un templo, ó de un templo-palacio egipcio, y veréis retratados en sus altos muros series tras series de divinidades. Aquí, el rey hace sus ofrendas á Ammón, Maut, Khons, Neith, Mentu, Shu, Seb, Nut, Osiris, Set, Horus: allí, consagra una libación á Phthah, Sekhet, Tum, Pasht, Anuka, Thoth, Anubis: en otra parte, reverencia á Sati, Khem, Isis, Nephthys, Athor, Harmachis, Nausaas y Nebhept. Un monarca, erige altar á Satemi, Tum, Khepra, Shu, Tefnut, Seb, Retpe,



Osiris, Isis, Set, Nephthys, Horus y Thot, y menciona en el mismo monumento á Phthah, Num, Sabak, Athor, Pasht, Mentu, Neith, Anubis, Nishem y Kartak; otro, se representa en idéntico objeto litúrgico ofreciendo adoraciones á Ammón, Khem, Phthah-Sokari, Seb, Nut, Thoth, Kons, Osiris, Isis, Horus, Athor, Uat (Buto), Neith, Sekhet, Anata, Nuneb, Nebhept y Hapi. Todas estas divini-



EGIPCIO EN ORACIÓN

(según antiguas pinturas de un monumento).



AMMÓN SENTADO EN SU TRONO

dades están representadas con distintas formas y tienen diversos atributos. Y no son todas las que figuran en el Panteón. Un escritor moderno enumera 73 divinidades, y publica sus varios nombres y formas. Otro ofrece una lista de 63 divinidades *principales*, y observa que habia además «otras que personificaban los elementos ó presidian el destino de la naturaleza, las estaciones y los acontecimientos.» Los mismos Egipcios hablan con frecuencia de «los *mil* dioses»,

dividiéndolos además algunas veces en «dioses mas-

culinos y femeninos que pertenecen á la tierra de Egipto». Á los ojos de los creyentes ofrecíanse en realidad algunas docenas, si no centenares, de divinidades en demanda de su asistencia y de su afecto.

Pero no era esto lo peor. Se enseñaba á los Egipcios á profesar un sentimiento religioso hacia los ani-



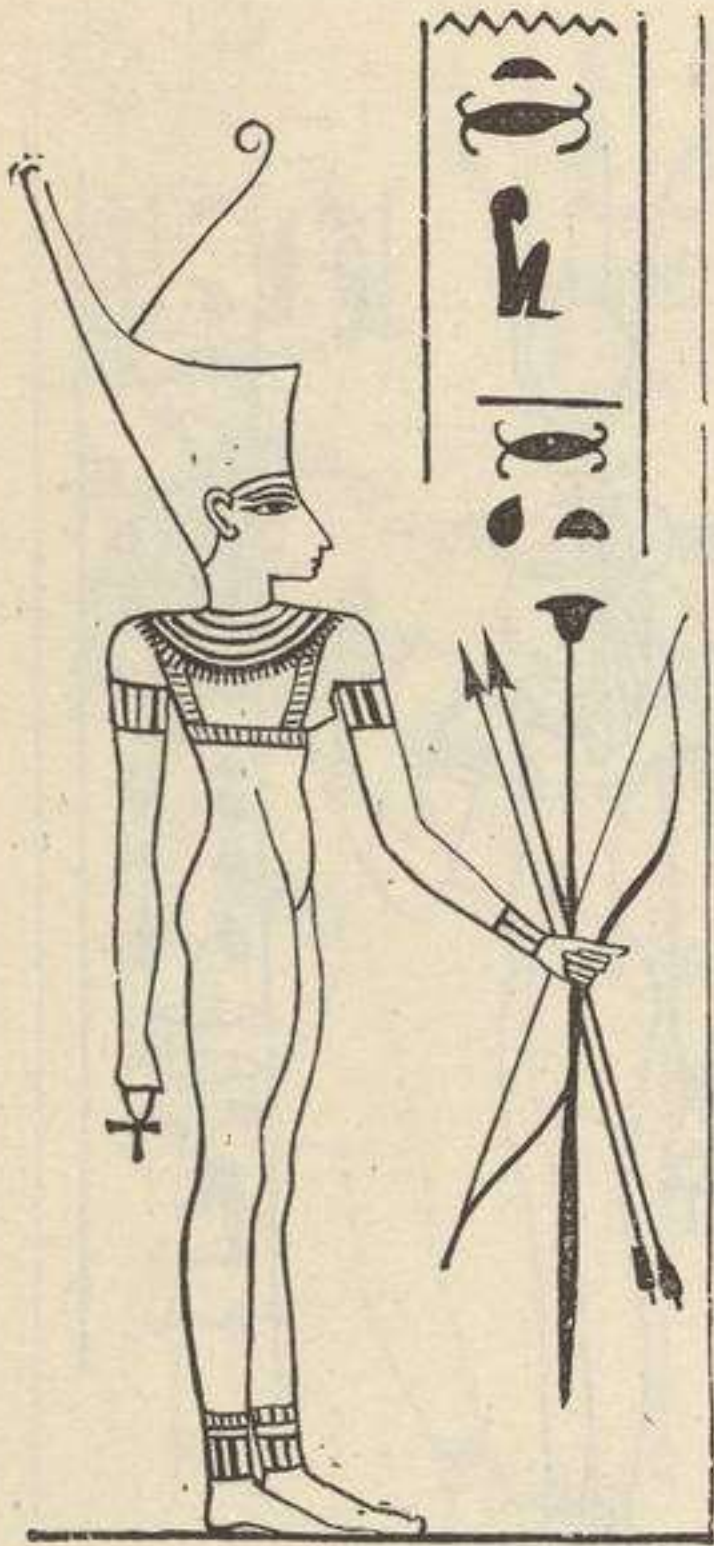
AMMÓN  
(representado de pie en los monumentos egipcios).



OSIRIS

males. En unos lugares, cabras; en otros, corderos; aquí, hipopótamos; allí, cocodrilos; más allá, buitres; en otro paraje, ranas, y en otro ratoncillos, eran criaturas sagradas que debían tratarse con respeto y honor y en ninguna circunstancia podían ser sacrificadas, bajo pena de muerte impuesta á su matador. Además de este culto local hacia los animales, existía

otro oculto general al país. Gallos, gatos, perros, pájaros ibis, patos y cinocéfalos eran reputados como divinos por todo el Egipto, y causaban la perdición del hombre que les hacía alguna ofensa. Un Romano que accidentalmente mató á un gato, fué inmediatamente ahorcado por la muchedumbre. Los habitantes de una aldea declaraban guerra á la vecina y la



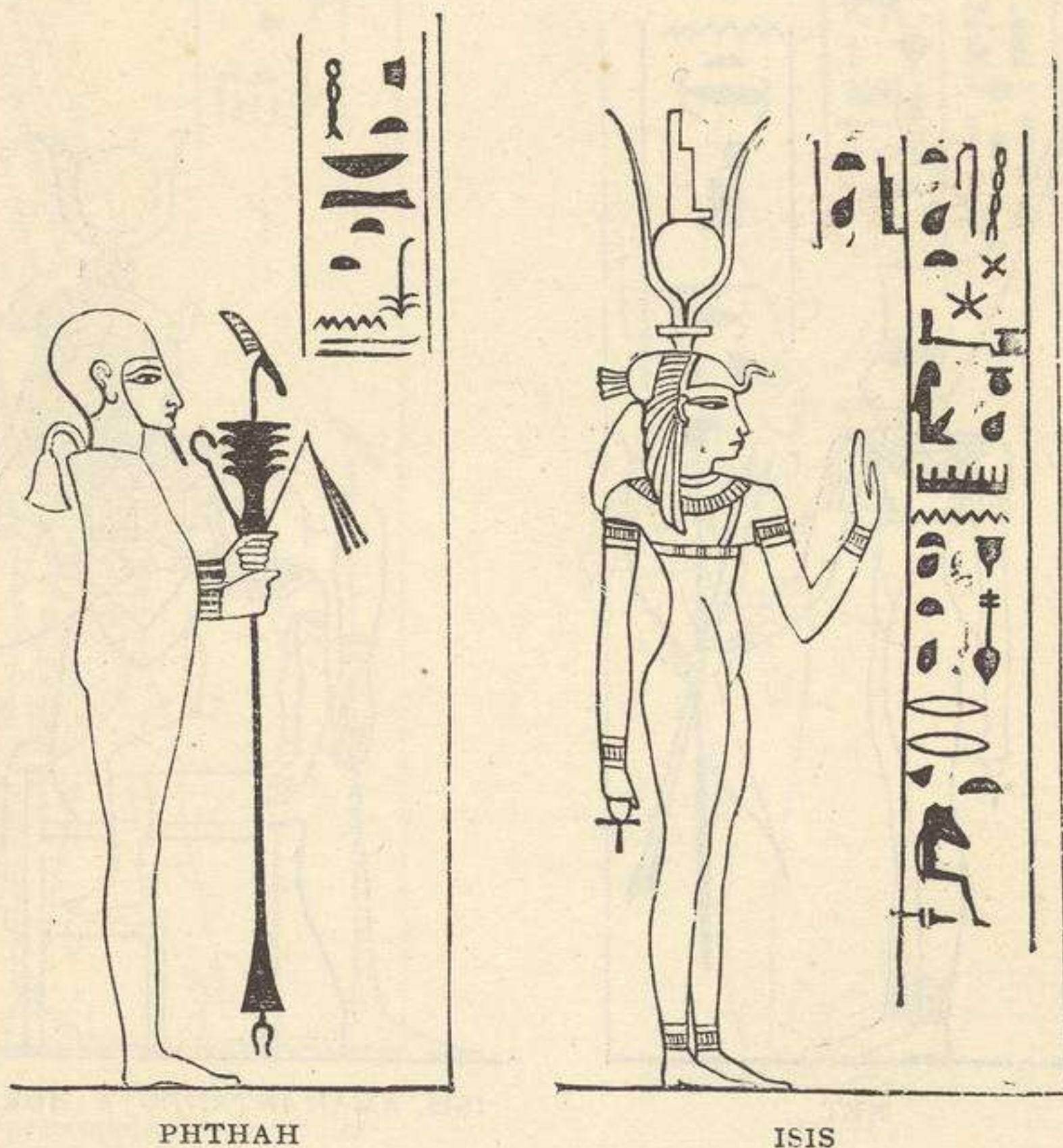
NET



ISIS AMAMANTANDO Á HORUS

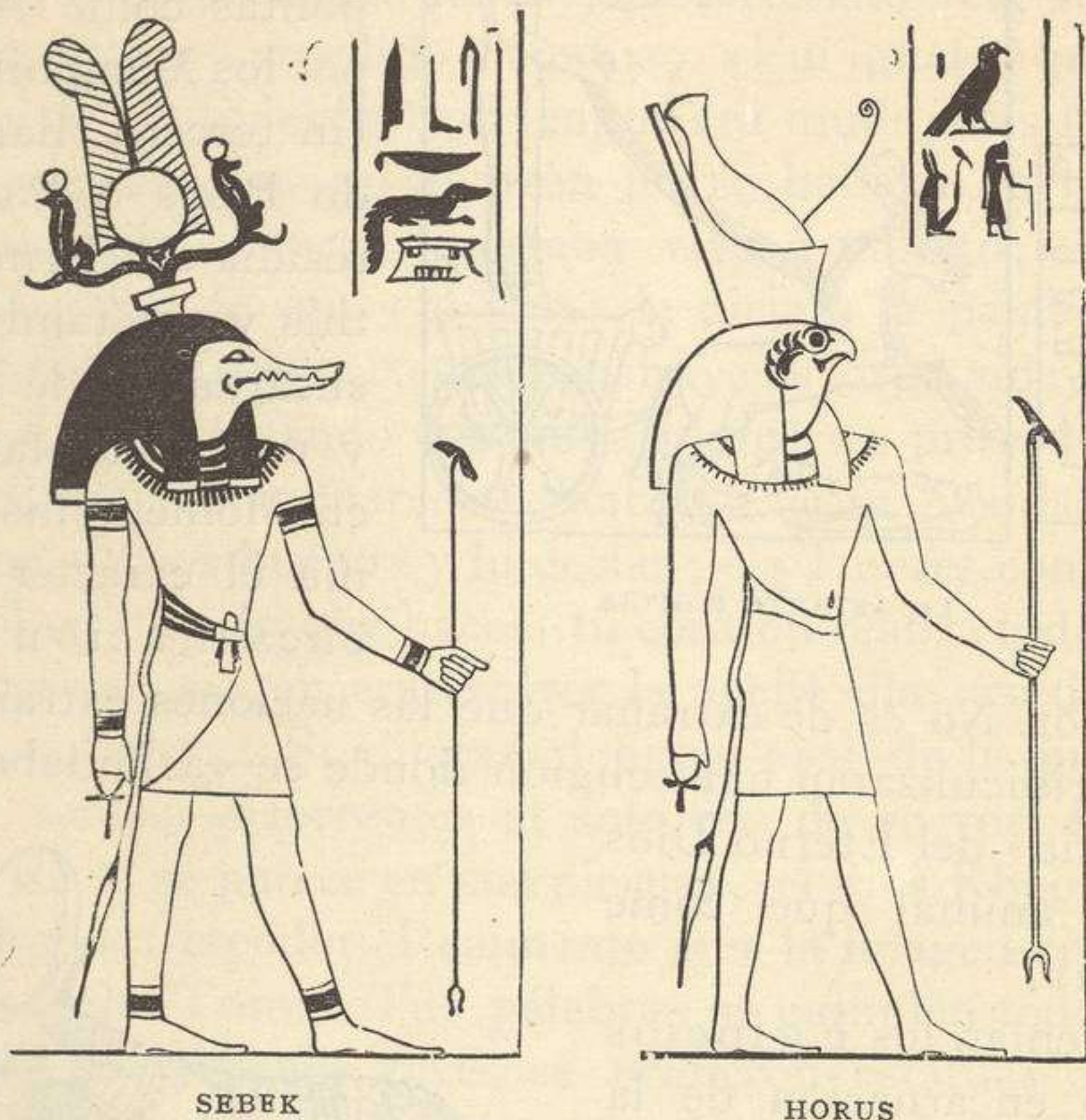
atacaban con desenfrenada furia, si uno de sus habitantes mataba ó comía un animal tenido por sagrado entre los otros. Cuando un gato ó un perro fallecía en alguna casa, los que la habitaban vestían luto como si el muerto fuese de la familia. Éstos, como todos los animales sagrados, eran embalsamados cuidadosamente después de su muerte, enterrando sus cuerpos en los depósitos religiosos.

La adoración de los animales llegó á su extremo más grosero y absurdo, cuando ciertas bestias fueron consideradas como encarnación de los dioses, y hubo que tratarlas con arreglo á tan alto origen. En Memphis, capital del reino, se mantuvo por lo menos desde los tiempos de Aahmes I (cerca de 1650 años a. de J. C.) un toro sagrado conocido bajo el nombre



de Hapi ó Apis, al que se creía encarnación del dios Phthah y que era objeto de la mayor veneración. El toro Apis vivía en templo propio cerca de la ciudad y tenía su servicio de sacerdotes, su harén de vacas, sus servidores y lacayos que cuidaban de limpiarle la piel, sus camareros que arreglaban su lecho, sus cooperos que le ofrecían el agua, etcétera; y en ciertos

días lo llevaban en solemne procesión por las principales calles de la ciudad, para que sus habitantes pudieran verlo al salir de sus casas y prestarle obediencia. Cuando el animal fallecía se le embalsamaba cuidadosamente depositándole, en unión de magníficas joyas, estatuas y vasos, en pulido sarcófago de granito, tallado en una sola pieza, que pesaba de 60

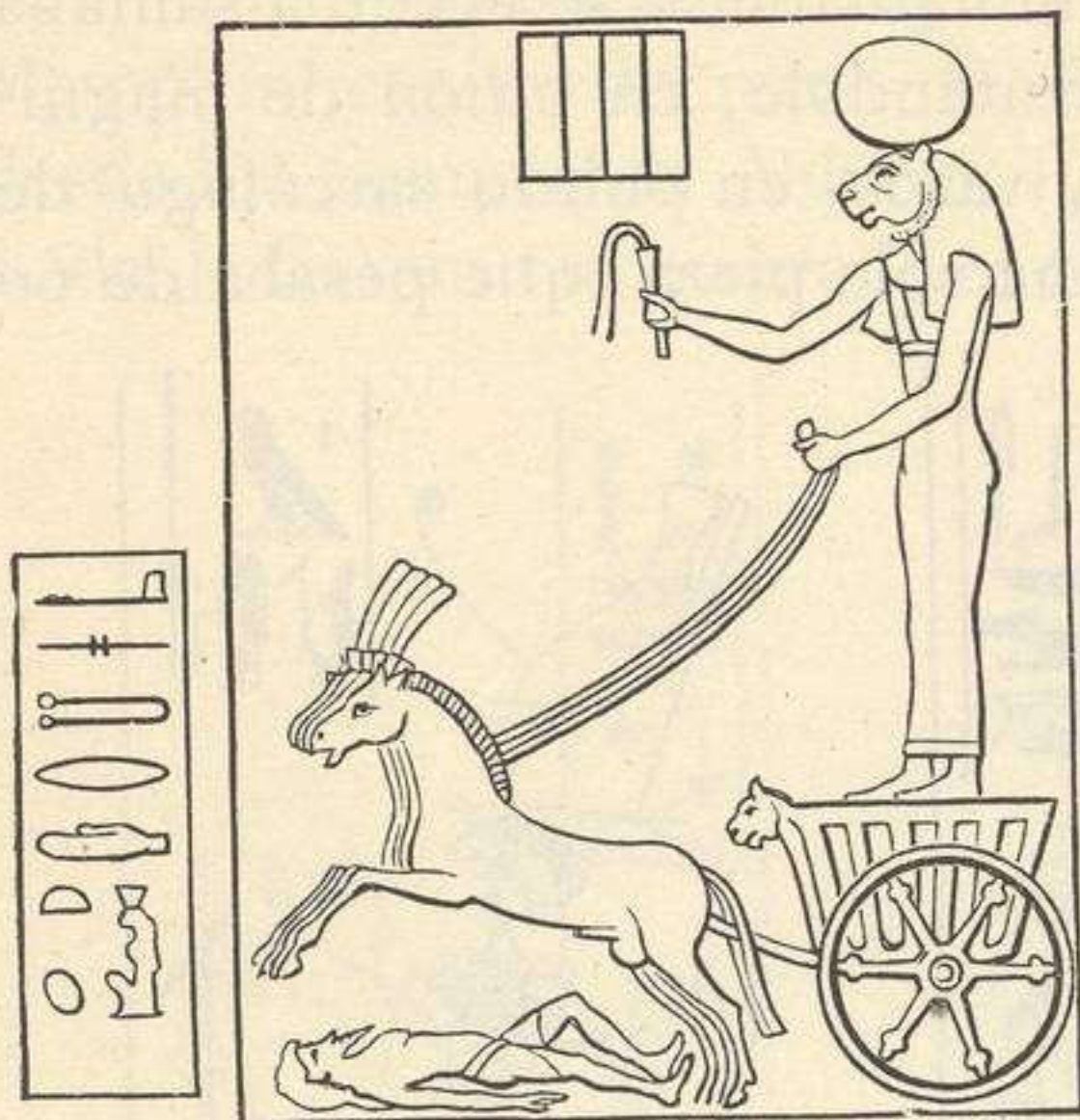


SEBEK

HORUS

á 70 toneladas. El coste de los funerales de un Apis subía en algunas ocasiones, según se nos dice, á la suma de 100.000 duros. Para guardar los sarcófagos, se abrieron en la sólida roca cerca de Memphis largas galerías que daban acceso á cámaras laterales dispuestas para contener un sepulcro cada una. Ascien- de á 74 el número de bueyes Apis enterrados en estas galerías.

Y no fué éste el único sér viviente adorado por los Egipcios; otro buey, llamado Mnevis, vivía en el gran templo del Sol en Heliópolis, y conside-



LA ASTARTÉ EGIPCIA

rándole como una encarnación de Ra ó Tum, era tan adorado por los Heliopolitas como Apis por los Memphitas. Un tercero, llamado Bacis ó Pacis, residía en Hermonthis y era también encarnación de Ra, y una vaca blanca en Momemphis tenía el carácter de encarnación de

Athor. No es de extrañar que las naciones extranjeras ridiculizaran una religión donde se «asimilaba la gloria» del Eterno Dios «al animal que come paja».

Tenían los Egipcios otra encarnación de la divinidad, que no estaba encerrada misteriosamente como las de los bueyes Apis, Mnevis y Bacis y la vaca Athor, sino que se hallaba continuamente ante sus ojos y

era el centro de vida de la nación y el primer objeto de su cuidado. Era el monarca cuando en vida ocupaba



FIGURA EN BRONCE DEL TORO llamado por algunos buey Apis.

el trono. Cada rey de Egipto pretendía ser no sólo «hijo del Sol» sino una presente encarnación del Sol, «el Horus viviente». Y esta pretensión fué formulada y concedida desde muy antiguo. «Tu Majestad» dice un cortesano de la duodécima dinastía, «es el Dios bueno... el Dios grande, igual al dios Sol... Vivo del soplo con que tú me animas.» Conducido á la presencia del rey, el cortesano «cae sobre su vientre» aturdido y confuso. «Fuí igual al que sacan de las tinieblas: mi lengua era muda: mis labios me faltaron: mi corazón no se hallaba en mi cuerpo para conocer si estaba vivo ó muerto;» y esto á pesar de que «el dios» le dirigió la palabra con dulzura. Otro cortesano atribuye su larga vida al favor del rey. Cuando los embajadores se presentaban delante del monarca «levantaban las manos para adorar al Dios bueno» y le decían: — «Tú eres como el Sol en todo lo que haces: tu corazón realiza todos sus deseos: si quisieras volver la noche día, así debería suceder... Si dijeras al agua: «sal de la piedra» saldría á torrentes al solo eco de tu voz. El dios Ra te se parece en sus piernas, el dios Khepra en el poder creador. Realmente eres la imagen viva de tu padre Tum... Tus palabras se cumplen todos los días.» Algunos reyes se erigieron estatuas en los templos junto á las más grandes divinidades nacionales, para recibir la misma adoración.

Entre esta abundancia de dioses, terrenales y celestiales, humanos, animales y divinos, el Egipto hubo de vacilar para escoger al que debía rendir culto. En sus dudas, sólo pudo inclinarse hacia aquella parte de la religión que mejor revela su carácter mítico — la introducción de un elemento casi humano en un mundo sobremundano y sobrehumano. El

principal mito egipcio era la leyenda osiriana, que poco más ó menos consistía en lo siguiente: «Una vez llegó el tiempo en que los dioses se cansaron de gobernar las altas esferas, y resolvieron por turno bajar á la tierra, cual si fueran hombres, y gobernar en Egipto. Cuatro de ellos fueron sucesivamente reyes por un largo período de tiempo, y sustituyó al último Osiris, hijo de Seb y Nut, que fué proclamado monarca de las dos regiones, Alta y Baja. Osiris era de naturaleza bondadosa, estaba animado de los mejores deseos, tenía la palabra dulce para todos: dedicóse á civilizar á los Egipcios, enseñándoles la labor de los campos y el cultivo de las viñas, dándoles leyes civiles y religiosas, é instruyéndoles en varias artes útiles. Por desgracia, tenía un mal hermano, llamado Set ó Sutekh, que le detestaba por razón de sus bondades y resolvió matarle. Así lo llevó á efecto después de algún tiempo, y colocando el cuerpo en un féretro lo echó al Nilo, sobre cuyas aguas flotó marchando hacia el mar. Isis, la hermana y viuda de Osiris, en unión de su hermana Nephthys, buscó en vano por mucho tiempo los restos de su señor, hasta que últimamente pudo encontrarlos junto á Byblos, en la costa siriaca, donde las olas los habían arrojado. Isis llevó el cadáver á Memphis para ser embalsamado y enterrado, pero durante su viaje Set pudo robárselo y lo descuartizó en catorce pedazos que fué á esconder en diferentes sitios. La infeliz reina se construyó pequeño y ligero bote de papiro, con el cual recorrió el Egipto de un extremo á otro hasta encontrar todos los restos del rey, que enterró después de tributarles los honores debidos. Pidió después á su hijo Horus que vengara la memoria de su padre, y Horus hizo á Set larga guerra,



que terminó cuando le hubo vencido y hecho prisionero. Isis entonces quiso perdonar á Set y devolverle la libertad, ya que después de todo era su hermano; pero esta conducta indignó de tal manera á Horus, que le arrancó la corona de la frente, ó según algunos, le arrancó la cabeza de los hombros, lesión que Thoth curó dándole una cabeza de vaca en lugar de la que le habían quitado. Horus entonces volvió á declarar la guerra á su tío, y finalmente consiguió matarle clavándole una lanza en la cabeza. Los dioses y diosas de la leyenda osiriana, Seb, Nut ó Netpe, Osiris, Isis, Nephthys, Set y Horus ó Harmachis ocuparon más que los otros la imaginación de los Egipcios; y á todos ellos rendían culto, menos á Set, generalmente detestado por sus actos.

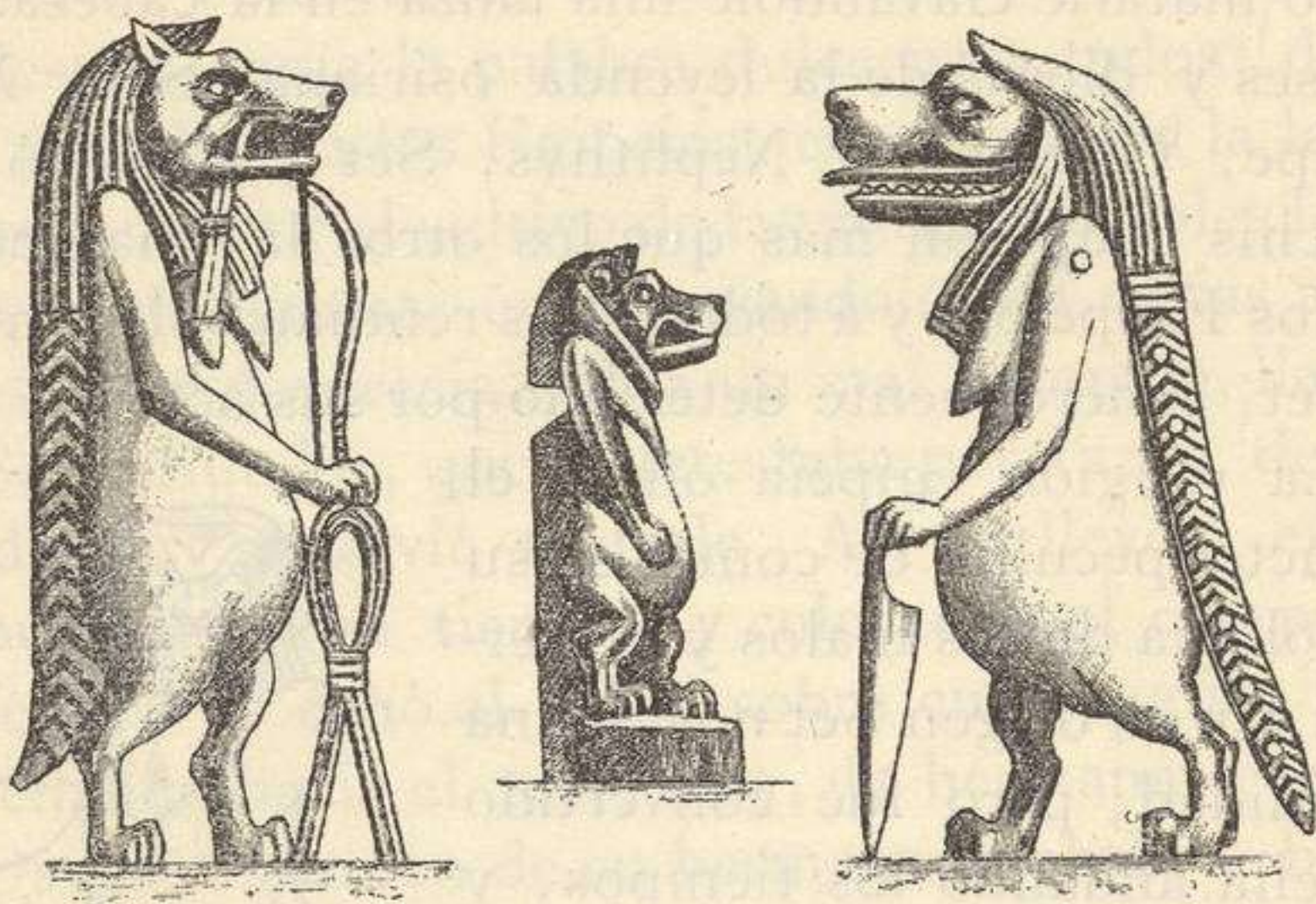
La religión egipcia ofrece el carácter peculiar de contar en su mitología dioses malos y perversos. En su origen Set no era una divinidad; pero fué convertido en ella andando los tiempos, y para los últimos Egipcios era el mismo principio del mal, la personificación del diablo. Otra deidad maligna era Taour ó Taourt, representada por un hipopótamo que marcha sobre sus patas traseras, con la piel y cola del cocodrilo cayéndole por la espalda, y un cuchillo ó un par de tijeras en la mano. También parece que la divinidad Bes pertenecía al mismo género: se la representaba en figura de asqueroso enano con las orejas largas y abiertas, calvo, con plumas en la cabeza y una piel de león sobre la espalda, llevan-



EL DIOS BES

do con frecuencia un cuchillo en cada mano. Más terrible aun que Bes era Apep, la gran serpiente, con sus enormes y numerosos pliegues, que ayudaba á Set contra Osiris y era el enemigo y acusador de las almas. Sabak, dios con cabeza de cocodrilo, perteneció á la clase de seres malignos, aunque fué la deidad favorita de algunos reyes Ramesidas y tuvo especial culto en el Fayum.

El complejo politeísmo de los monumentos y de



DIVERSAS REPRESENTACIONES DE TAOURT

la literatura, no formaba, sin embargo, la religión práctica de muchos Egipcios. Existían cultos locales en la mayor parte de los *nomos*, y el sencillo Egipcio, en vez de disipar sus afecciones religiosas distribuyéndolas entre las mil divinidades del Panteón, las concentraba en las de su *nomos*. Si era Memphita, adoraba á Phthah, Sekhet y Tum; si era Tebano, á Ammón-Ra, Maut, Khons y Neith; si Heliopolita, á Tum, Nebhebt y Horus; si Elefantina, á Kueph, Sati, Anuka y Hak; y así los de-

más. El Panteón egipcio era una suma gradual que comprendía los varios cultos locales, aunque éstos seguían predominando en sus respectivas localidades; si bien los solos dioses universalmente reconocidos eran Osiris, Isis, Horus y el dios Nilo, Hapi.

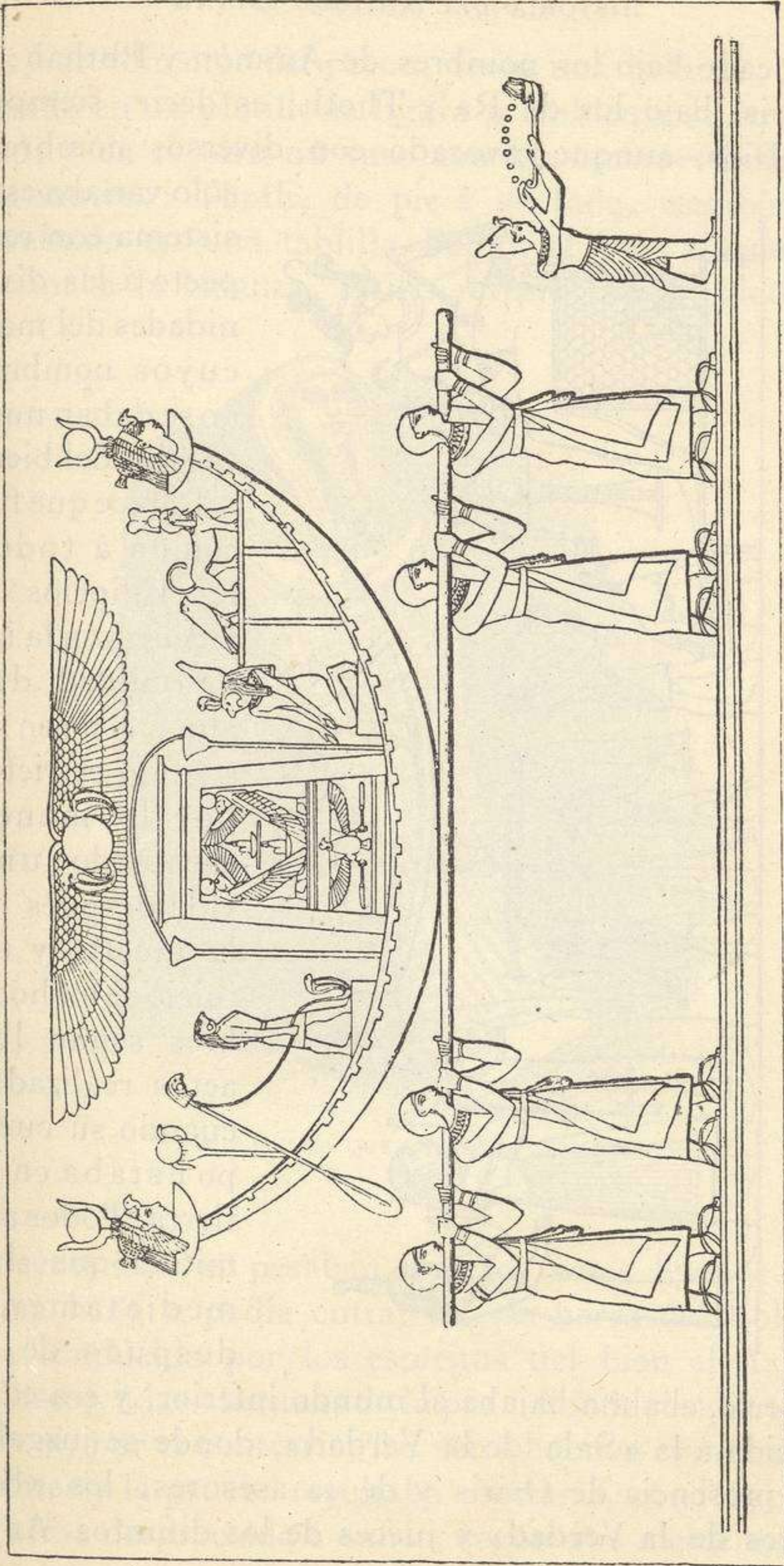
Además de la religión común al pueblo, ó las creencias de la generalidad, existía otra religión profesada por los sacerdotes y las personas instruidas, cuya base consistía en la unidad real y esencial de la Naturaleza divina. Los textos sagrados, sólo conocidos por los sacerdotes y los iniciados, les enseñaban la existencia de un solo Sér, «único productor de todo lo creado en el cielo y en la tierra, que á su vez no fué creado; único Dios viviente verdadero originado por sí mismo, que existe desde el principio, que ha hecho todas las cosas excepto á él mismo, que no ha sido hecho.» No parece que jamás se representara este Sér bajo ninguna forma material ó simbólica. Se cree que careció de nombre, ó si le tuvo, no debía permitirse pronunciarle ó escribirle. Era un espíritu puro, perfecto en todas sus condiciones, todo sabiduría, grandeza y suprema bondad. Los poetas Egipcios le cantaban con las siguientes palabras: «No está esculpido en mármol; no es conocido; su casa es ignorada; su imagen no se halla en los altares; ningún edificio puede contenerle»; y luego siguen: «Desconocido es su nombre en el cielo; no exhibe jamás su forma; son vanas sus representaciones», y añaden: «Comenzó en el principio; es el Dios que existe desde los primeros tiempos; no existe Dios sin él; no le concibió ninguna madre; no le engendró ningún padre; es un dios-diosa creado de sí mismo; todos los dioses empezaron la existencia cuando él vivió.»

Los otros dioses de la mitología popular eran tenidos dentro de esta religión como atributos personificados de la Divinidad, ó partes de la naturaleza que ésta habia creado y luego infundía é inspiraba. Num ó Kneph, representaba la inteligencia creadora; Phthah, la mano de la creación ó sea el acto de crear; Maut, la materia; Ra, el sol; Khons, la luna; Seb, la tierra; Khem, el poder generador de la naturaleza; Nut, el hemisferio celeste superior; Athor, el mundo inferior ó hemisferio bajo; Thot, la perceptividad divina; Ammón, quizás el misterio ó lo incomprendible; Osiris, la bondad divina. En muchos casos es



SÍMPOLO EGIPCIO DE LA LUZ Y DEL DERECHO EN RA Y TUM  
(según Wilkinson).

difícil fijar exactamente la cualidad, acto ó parte de naturaleza que quiere simbolizarse; pero el principio está fuera de toda duda. Ningún Egipcio instruido concebía los dioses populares como seres separados y distintos. Todos aceptaban que sólo existía un Dios, y entendían que al rendirse adoración á Khem, ó Kneph, ó Maut, ó Thoth, ó Ammón, se adoraba sólo al Dios único bajo una de sus formas ó en uno de sus aspectos. En él entraban todos los dioses, y por esto los mismos nombres de estos dioses solían cambiarse, pues en un himno hallamos un Dios, Ammón, por ejemplo, á quien se llama Ra, y Khem, y Tum, y Horus y Khepra; y Hapi, el dios-Nilo, es

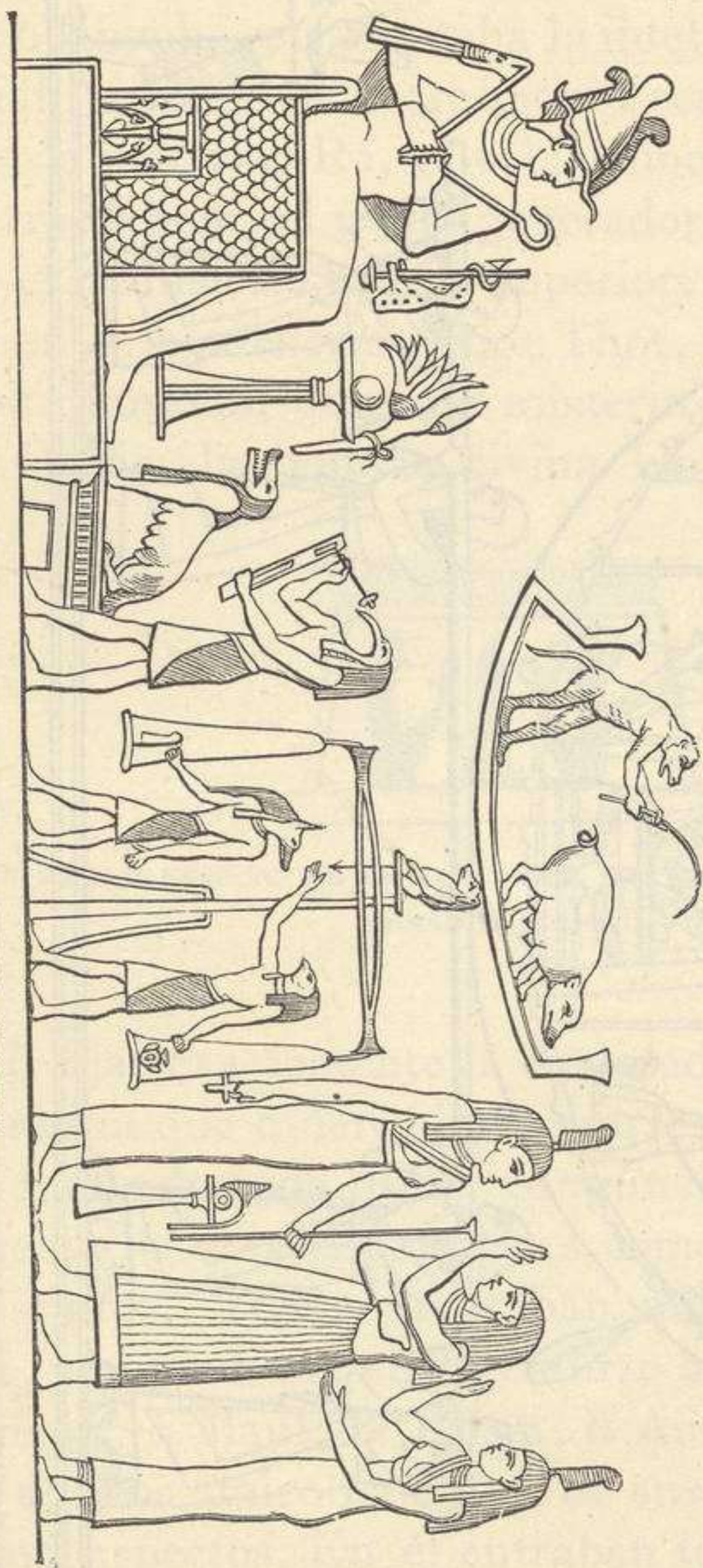


BARCA SAGRADA

invocado bajo los nombres de Ammón y Phthah; y Osiris, bajo los de Ra y Thoth; es decir, siempre un Dios, aunque invocado con diversos nombres;

sólo variaba este sistema con respecto á las divindades del mal, cuyos nombres no se daban nunca á las del bien.

Parece que fué común á todos los Egipcios la creencia en la inmortalidad del alma, si no en su sentido estricto, por lo menos aceptando una vida después de la muerte y un juicio de los hombres según los actos realizados cuando su cuerpo estaba en la tierra. Todos admitían que, inmediatamente después de la



JUICIO DEL ALMA EN EL AMENTI EGIPCIO.  
Antigua representación egipcia.

muerte, el alma bajaba al mundo inferior, y era conducida á la «Sala de la Verdad», donde se juzgaba en presencia de Osiris y de 42 asesores, los «Señores de la Verdad» y jueces de los difuntos. Anu-

bis, el «director del peso», tenía una balanza, poniendo en un platillo la figura ó emblema de la verdad, y en el otro un vaso con las acciones buenas del muerto: Thoth, de pie á su lado, escribía el resultado en una tablilla. Según el lado al que se inclinaba la balanza, Osiris, el presidente, dictaba



ATAÚD Ó CAJA QUE CONTENÍA LA MOMIA

la sentencia: si pesaban más los actos buenos, el alma bendita podía entrar en «la barca del Sol» y era conducida por los espíritus del bien al Aahlu (Eliseo), á las «lagunas de la paz», donde residía Osiris; si, por el contrario, los actos buenos eran insuficientes y la prueba resultaba contraria, condenábase al alma desgraciada á sufrir, según sus merecimien-

tos, una serie de transmigraciones en los cuerpos de animales más ó menos inmundos, dependiendo el número, naturaleza y duración de estas transformaciones del grado de culpa del muerto, y de la necesaria severidad del castigo que merecía ó de la purificación que necesitaba. Últimamente, cuando después de varios juicios no llegaba al estado de pureza, el alma perversa é incurable sufría su final sentencia dictada por el Juez de la Muerte, Osiris, siendo condenada á



VIUDA EGIPCIA ORANDO  
ANTE LA MOMIA DE SU MARIDO

la aniquilación en las gradas del cielo por Shu, Señor de la Luz. Las almas buenas limpiaban completamente sus impurezas pasando por el fuego del purgatorio, que guardaba un genio con cuádruple cara de mono; figuraban como compañeras de Osiris durante un período de tres mil años, y luégo volvían del Amenti para entrar en su primitivo cuerpo y permanecer en la tierra durante otra vida humana. Repetíase la operación

hasta pasar un número místico de años, y finalmente, las almas elegidas obtenían la suprema gloria de unirse con Dios, fundiéndose en la Divina Esencia de que habían emanado, y alcanzando el verdadero fin y completa perfección de su sér.

Con tales creencias, debíanse obtener buenos resultados morales; y ciertamente los Egipcios tuvieron un código de moralidad que puede, y con ventaja, compararse con el de las naciones más antiguas. Dícese que contenía «tres mandamientos cardinales: amor de Dios, amor de la virtud, y amor del hom-



bre». Los himnos indican suficientemente el primero; puede concederse el segundo, si por «virtud» entendemos la justicia y la verdad; y testifican el tercero, los epitafios de los hombres, haciendo constar siempre que fueron bienhechores de su especie. «No fui perezoso» dice uno: «jamás escuché los consejos de la holganza; mi nombre nunca fué oído en sitios reprobados... todos los hombres me respetaron; di agua al sediento; enseñé al viajero su camino; destruí al opresor y puse término á la violencia.» «Fui justo y verdadero conmigo mismo», escribe otro, «sin malicia; habiendo puesto á Dios en mi corazón y apresurándome á conocer sus voluntades. Practiqué el bien en la tierra; no fui malo; nunca consentí una ofensa ó una iniquidad; sentí el placer de decir siempre la verdad...

Mi alma es pura; mientras viví, no sintió la malicia. No se me puede atribuir ningún error; voy sin ningún pecado ante los jueces... Los hombres venideros gozarán con mis méritos señalados.» Otro dice:



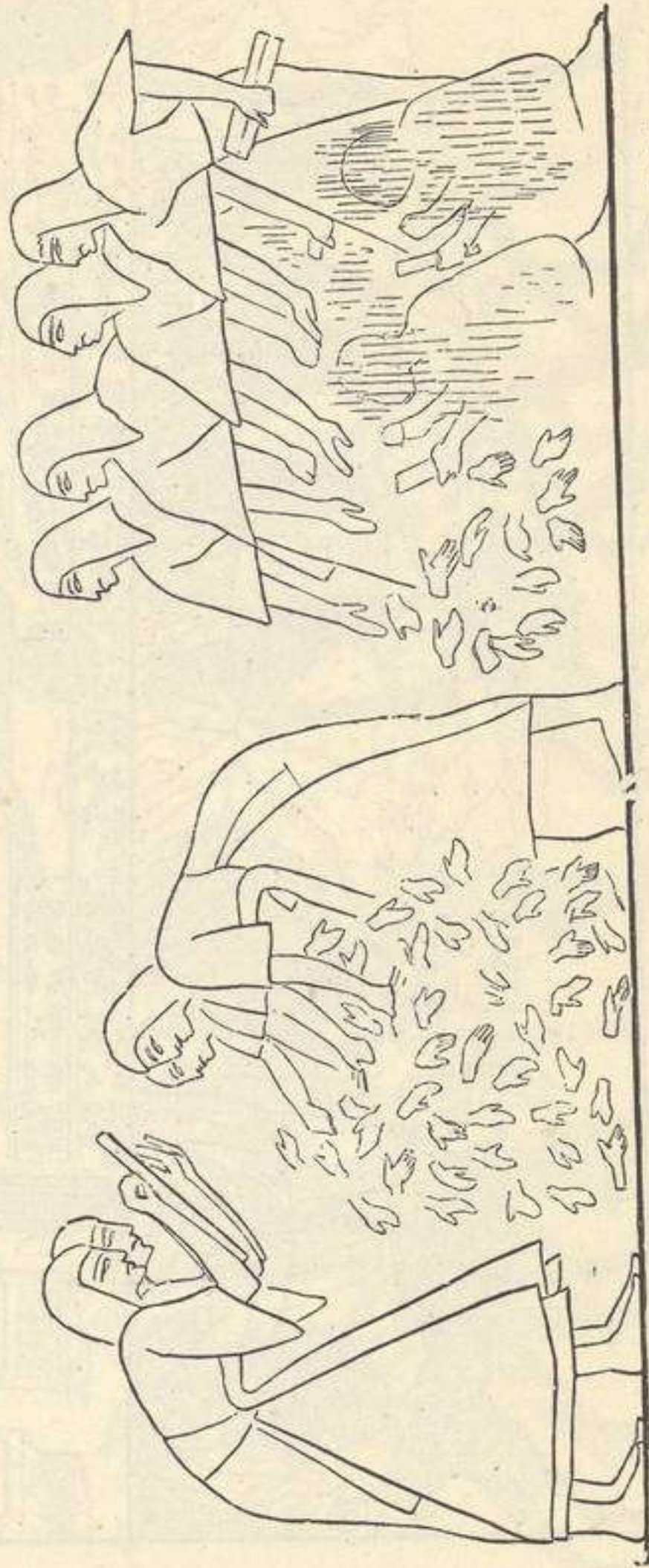
ANTIGUO CORTEJO FÚNEBRE EGIPCIO  
según Wilkinson.

«no oprimí á la viuda; ningún prisionero se entristeció por mí; nadie por mí murió de hambre: cuando venian malas cosechas, mandaba labrar mis campos y repartía alimentos á los habitantes para que ninguno sufriera. Dí lo mismo á la viuda que á la casada; no preferí el rico al pobre.»

Esta moral, así establecida, aunque parece satisfactoria hasta donde alcanza, es deficiente bajo muchos puntos de vista, pues no comprendía la humildad, y escasamente comprendía la pureza. Las esculturas religiosas de los Egipcios eran poco decentes; sus fiestas sagradas se celebraban de un modo obsceno; orgias fálicas formaban parte de ellas, y eran orgias asquerosas. Los Egipcios admitían el incesto, tomando ejemplo de sus mismos dioses: Osiris casó con su hermana: Khem era «el toro de su madre». Las novelas egipcias están llenas de indecencias é inmoralidades, y los viajeros egipcios describen sus amores en el estilo de algunas obras modernas. Sin embargo, debe notarse la complacencia con que cada Egipcio declara en su sepulcro que ha practicado todas las virtudes, y que se ha visto libre de todos los vicios. «Fuí un buen hombre ante el rey; salvé la población en la terrible calamidad que afligió la tierra; amparé al débil contra el fuerte; hice todo el bien posible, cuando tuve ocasion de ello; fuí reverente con mi padre, y cumplí la voluntad de mi madre; fuí bondadoso con mis hermanos... Construí un buen sarcófago para el que no tenía féretro. Cuando una terrible calamidad agotó la tierra, mantuve á los niños: les construí casas: practiqué por ellos todas las buenas cosas que un padre hace con sus hijos.»

Á pesar de toda esta jactancia, parece que la práctica se separó mucho de la teoría: Alábanse los reyes

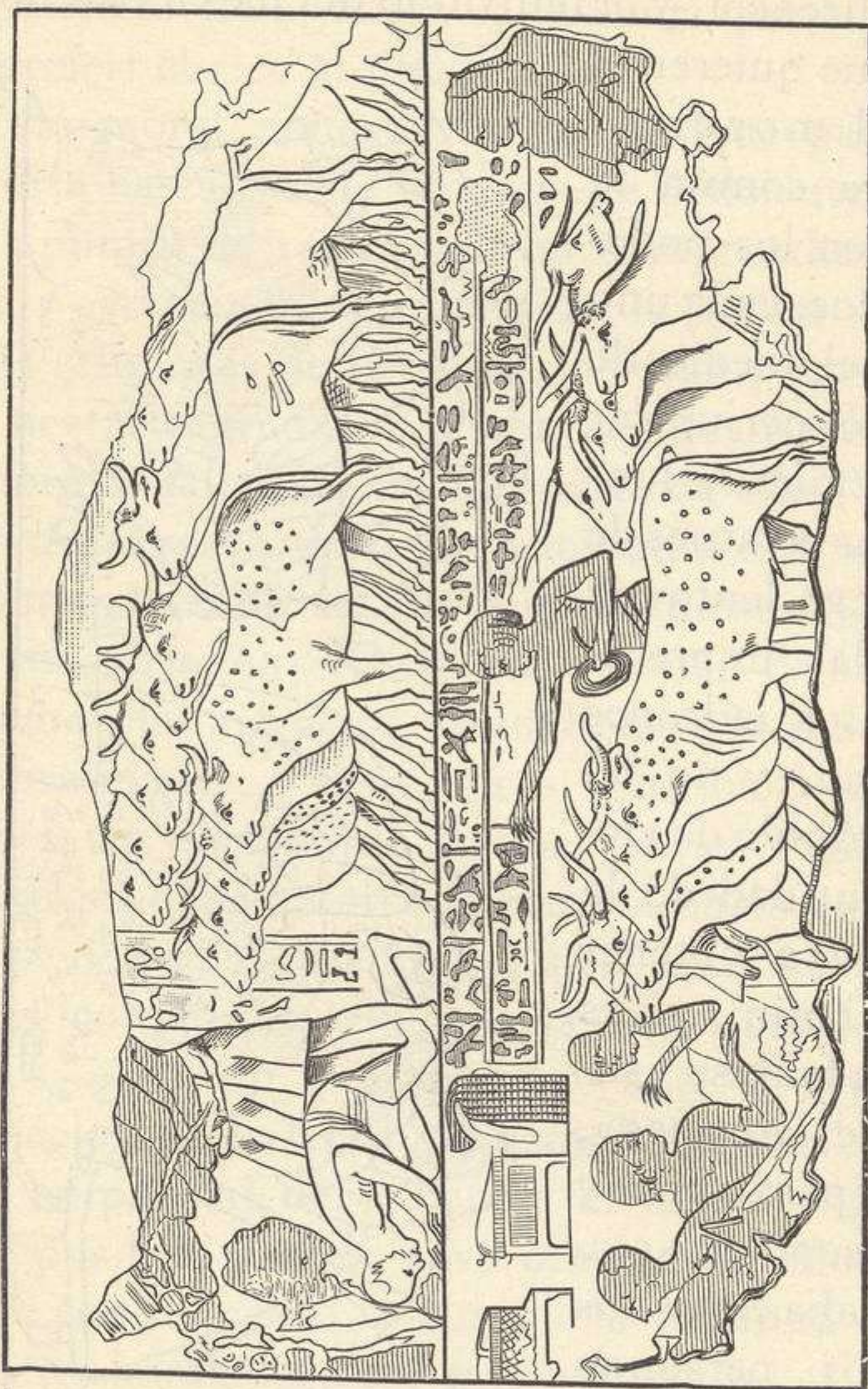
de matar á sus indefensos prisioneros por sí mismos; se hacen representar ejecutando este acto; vuelven de la batalla con las ensangrentadas cabezas de sus enemigos colgadas en los carros; en palacio prevalece la licencia, y el individuo del harén real intriga con los que quieren el apoyo del monarca. Como era común la creencia en los poderes mágicos, cada uno buscaba el medio de destruir ó perjudicar á sus enemigos, fundiendo sus estatuas de cera á fuego lento con las debidas imprecaciones. Los ladrones abundaban, y no tenían escrúpulo de violar la santidad de la tumba para obtener un buen botín; y, es más, una famosa «sociedad de ladrones», formada para abrir y robar los sepulcros reales, contaba entre sus individuos personas del orden sacerdotal.



MANERA DE CONTAR LOS ENEMIGOS MUERTOS EN LOS COMBATES.  
(Tomado de una antigua representación egipcia, según Champollion el joven.)

Los rangos sociales tenían en Egipto una separación muy marcada. Había allí una numerosa clase de nobles, constituida por grandes propietarios rurales, que vivían en sus posesiones y tenían á sus órdenes gran número de dependientes, criados, labra-

dores, artesanos, etc. Existía además la clase oficial, compuesta en parte de empleados en la corte, y en parte de empleados en el país; clase que se creía muy superior al pueblo, á quien miraba con despre-



CONDUCCIÓN Y OFRENDA DE VACADAS EN EGIPTO.

Bajo relieve, tomado de Ebers.

cio: muchos de estos empleados recibieron algunas veces, como recompensa de su servicio, grados y cargos en el ejército. Además había la clase de letrados, respetable en grado sumo, y tenida por superior á la gente dedicada al comercio ó al trabajo.

Sometida á estas tres clases, y de ellas separada por gran distancia, vivía la masa de la población, «la muchedumbre», según la llamaban los Egipcios. Ocupábase ésta en trabajos manuales de varias clases: gran parte de ella se hallaba en las haciendas de los nobles, cultivando el suelo ó apacentando el ganado; otros, eran marineros, pescadores ó cazadores; y otros ejercían diferentes industrias, en que se contaban tejedores, metalistas, picapedreros, albañiles, alfareros, carpinteros, mueblistas, sastres, zapateros, vidrieros, constructores de barcos, peluqueros y embalsamadores. Había también entre ellos pintores y escultores, pero todos estos oficios eran despreciados por las clases elevadas, que no creían debiese trabajar quien quisiera ser persona respetable.

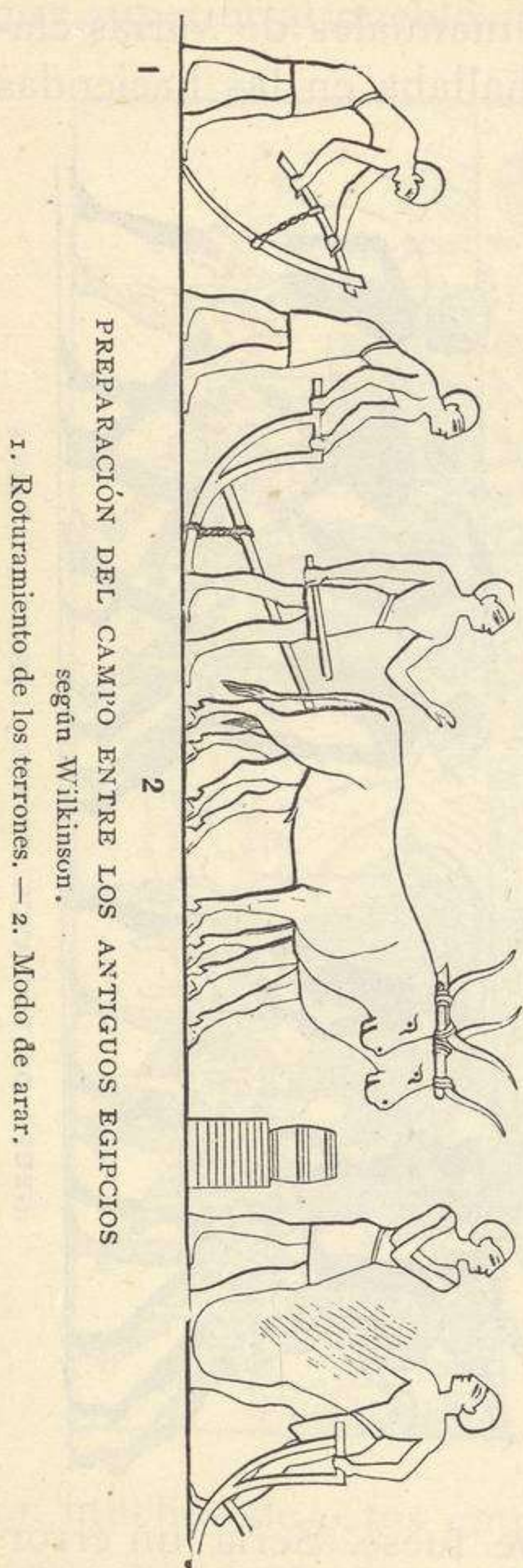
Sin embargo, puede atenuarse esta línea de separación, por marcada que fuese. Sería un error suponer que existieran castas en Egipto; pues si bien, frecuentemente, los padres de familia educaban á sus hijos en su particular comercio ó profesión, como sucede en todos los países, nada les obligaba á hacerlo,



GRUPO DE ESCLAVOS NEGROS, PRESOS Y ATADOS

ninguna ley se lo exigía. Las [«escuelas públicas»] estaban abiertas en Egipto á todos los que querían concurrir á ellas, y el hijo del artesano se sentaba en

el mismo banco al lado del hijo del noble, recibía la misma instrucción, y tenía idénticas ocasiones de sobresalir y distinguirse. Cuando revelaba cierta disposición, se le hacían proseguir los estudios literarios, con los cuales se le abría el camino á los cargos del Estado: siendo empleado, sus méritos le aseguraban la promoción, pues no existía traba alguna para que el hijo de un labrador pudiera elevarse á las más altas posiciones en la administración del Imperio; los buenos ministros eran recompensados con liberales donaciones de tierras de los reales dominios; de donde puede deducirse que un joven de talento, nacido entre las clases trabajadoras, con buena conducta y habilidad, podía abrirse camino



PREPARACIÓN DEL CAMPO ENTRE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

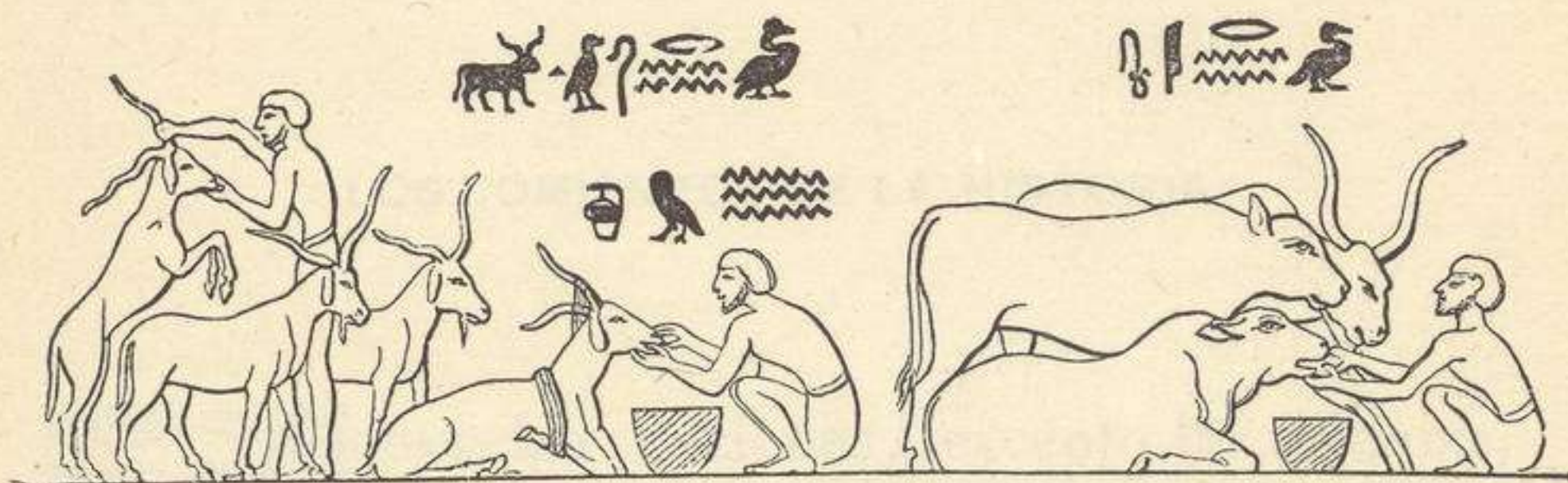
según Wilkinson.

1. Roturamiento de los terrones. — 2. Modo de arar.

hasta en las clases de los propietarios aristócratas.

Sin embargo, puede afirmarse que era muy dura y triste la condición de las clases artesanas: los reyes podían emplear en trabajos obligatorios á cuan-

tos súbditos quisiesen, y con frecuencia los monarcas sacrificaron la vida y la felicidad de millares de sus súbditos á su desordenada vanidad; los particulares que empleaban obreros, los trataban con crueldad y tenían grandes exigencias, y los capataces hacían uso de su bastón ó palo, sin que los que sufrían pudiesen hallar facilidad de quejarse; además los tributos eran



PASTORES CON SUS REBAÑOS.

(Antigua representación egipcia.)

grandes, apaleándose á los morosos en satisfacerlos. Cuantos han estudiado las antigüedades egipcias con atención nos dicen, que no hay gran diferencia entre el estado de los antiguos trabajadores y el de los infelices *fellahs* <sup>1</sup> de nuestros días.


1 - El fellah es el trabajador moderno; casi un esclavo.





### III

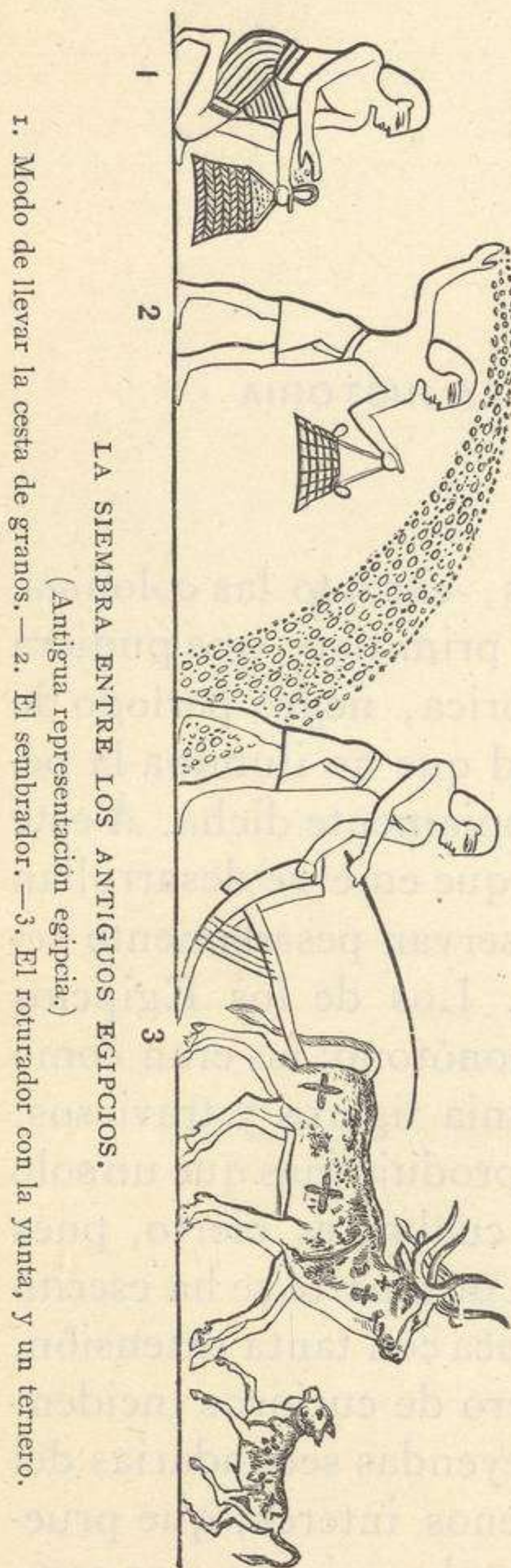
#### LOS COMIENZOS DE LA HISTORIA

ODAS las naciones, excepto las colonias, tienen una época primitiva, que pudiera llamarse prehistórica, negro período de niebla y oscuridad que no ilumina la penetrante luz de la historia propiamente dicha. Á este período pertenecen los mitos que en él se desarrollan con entera libertad, ó se conservan pesadamente según su diferente naturaleza. Los de los Egipcios tenían el carácter pesado y monótono; no eran como los de Grecia y de la Indo-Irania ligeros y traviesos. Se ha dicho que el Egipto no produjo más que un solo mito, la leyenda Osiriana; lo cual no es cierto, pues antes al contrario, en ninguna otra parte se ha escrito la historia de esa primitiva época con tanta extensión, ni con tan considerable número de curiosos incidentes. Existen también varias leyendas secundarias del antiguo Egipto, de más ó menos interés, que prueban cómo aquel pueblo no estaba privado por completo de imaginación, aunque ésta no fuera viva. Seb, por ejemplo, tomó una vez la forma de oca, y puso el huevo del mundo, que luego empolló. Thoth

escribió, otra vez, un sorprendente libro lleno de discreción y ciencia, en el cual explicaba cuanto se refiere á las aves del aire, á los peces del mar y á

los cuadrúpedos de la tierra: quien conociera una sola página del libro, podía dominar con su encanto el cielo, la tierra, el Grande Abismo, las montañas y los mares. Thoth encerró su libro en una caja de oro, puso la caja de oro dentro de otra de plata, colocó ésta dentro de otra caja de márfil y ébano, ésta dentro de otra de bronce, ésta á su vez dentro de otra de cobre, y, finalmente, esta caja de cobre dentro de otra de hierro, y, para mejor guardar el libro con sus cajas, lo echó al Nilo en Coptos. Pero un sacerdote descubrió el escondite del libro, y por cien piezas de plata vendió el secreto á un joven de la nobleza, el cual pudo sacar el libro después de mucho trabajo. Sin embargo, su posesión le causó más daño que provecho,

pues su mujer murió, perdió á su hijo, y vióse comprometido en una intriga desgraciada. Al fin tuvo la satisfacción de deshacerse del libro; pero su nue-



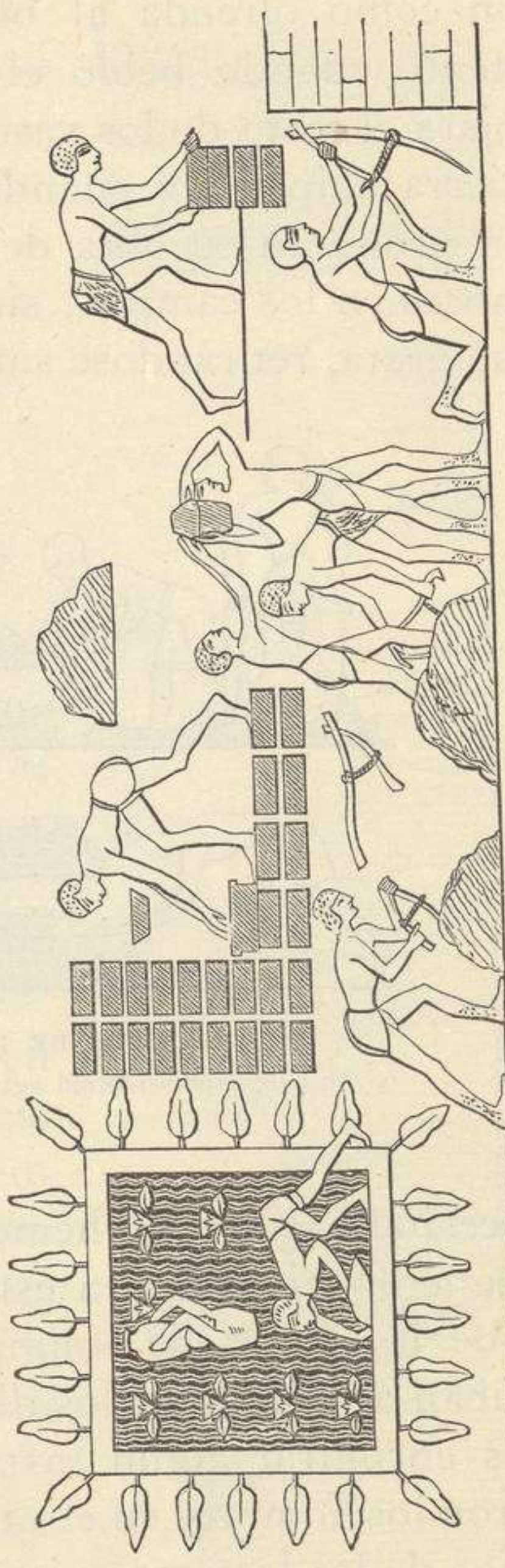
LA SIEMBRA ENTRE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS.

(Antigua representación egipcia.)

1. Modo de llevar la cesta de granos. — 2. El sembrador. — 3. El roturador con la yunta, y un ternero.

vo poseedor no fué más afortunado, porque también le atrajo desgracias: todos sufrieron calamidades en castigo de haber querido poseer ciencia que no les era lícito conocer.

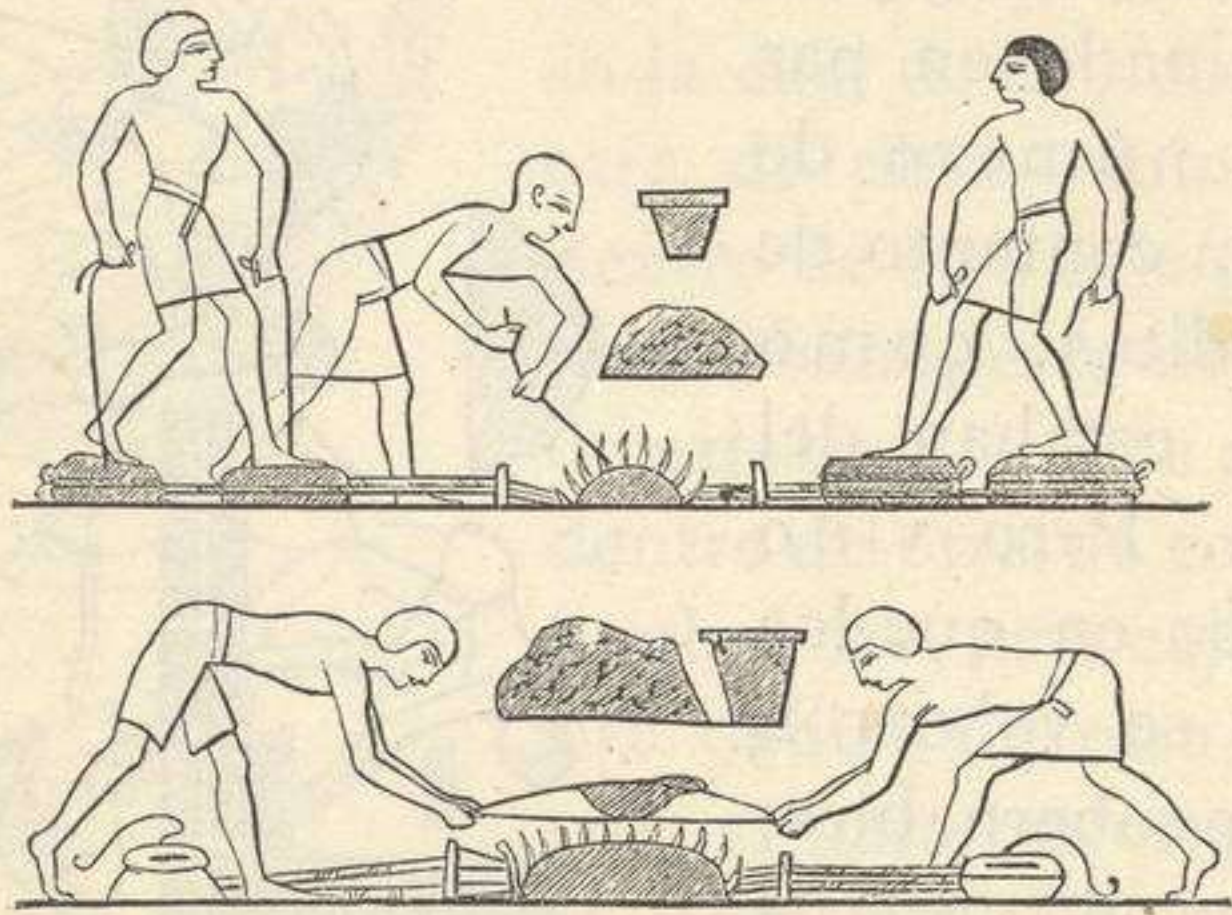
Otro mito tenía por objeto la destrucción del género humano, que se propuso realizar Ra, el dios Sol. Ra, sucesor de Phthah en el trono de Egipto, había reinado en paz dilatado número de años, tan contento de sus súbditos, como éstos lo estaban del monarca. Pero vino un tiempo en que los súbditos se volvieron tercos é ingobernables; murmuraron contra Ra; tramaron perversas conspiraciones, y le ofendieron gravemente. Llamó Ra á todos los dioses á consejo y les pidió que le trazaran su línea de conducta; contestáronle que la humanidad debía ser destruida, y encargaron de la obra á Athor y Sekhet, los cuales empezaron á herir á los hombres en toda la superficie de la tierra. Dominados todos por el terror,



OBREROS EGIPCIOS TRABAJANDO EL LADRILLO.

(Antigua pintura egipcia.)

los habitantes de Elephantina se apresuraron á extraer el jugo de sus mejores frutos, á mezclarlo con sangre humana, y llenar 7.000 vasos que presentaron como ofrenda al ofendido dios. Quedó Ra contento cuando bebió el licor, y ordenó que se arrojara el resto de los vasos; pero éste inundó toda la tierra egipcia; y cuando al día siguiente Athor fué á proseguir su obra de destrucción, no encontró hombres en los campos, sino sólo agua que bebió y le fué grata, retirándose satisfecho.

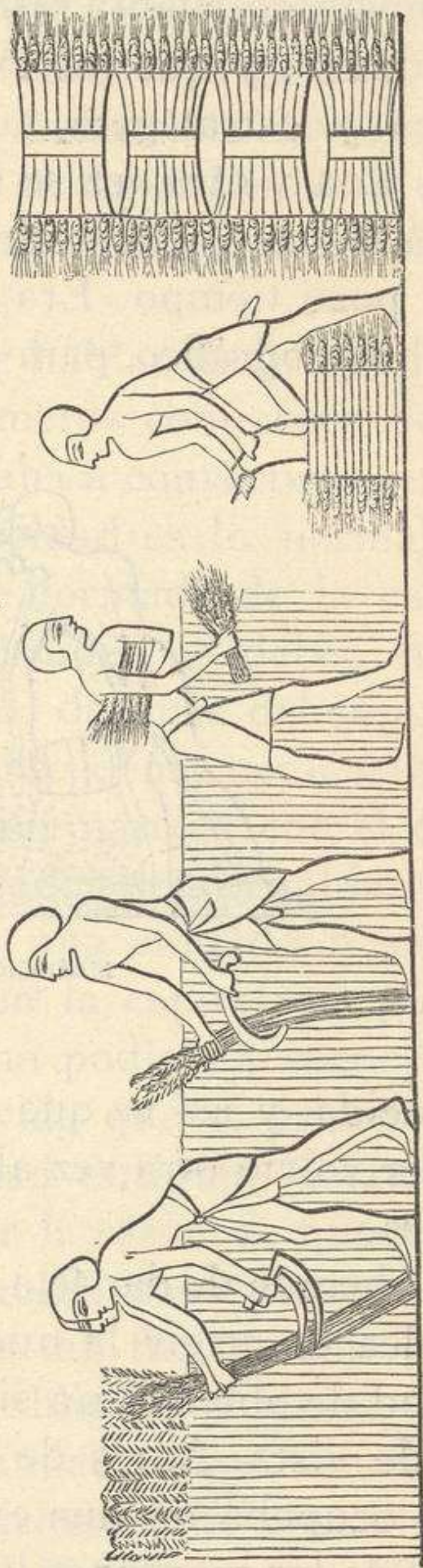


TRABAJOS DE FUNDICIÓN.

(Antigua representación egipcia según Wilkinson.)

Necesitariase otro Evhemero para encontrar algún fundamento histórico en estas narraciones. Hay que salir de la «tierra de sombras», como los Egipcios llamaban á la época de los dioses en la tierra, si queremos encontrar algún rastro de lo que realmente hicieron los hombres en el valle del Nilo, y poner ante los ojos de los lectores seres realmente humanos, en vez de fantasmas aéreos. Los mismos Egipcios enseñaban que el primer hombre de quien se tenía memoria, era un rey llamado M'na, nombre que

los Griegos tradujeron por Men ó Menes. Men nació en Tena (This ó Thinis) en el Alto Egipto, donde sus antecesores habían gobernado antes de su venida al mundo; fué el primero que dominó la comarca inferior, y así pudo unir bajo un solo cetro los «dos Egiptos», el largo y estrecho valle del Nilo, y la ancha llanura del Delta. Habiendo colocado en su cabeza la doble corona, que desde entonces simbolizó el dominio de las dos regiones, sintió la primera necesidad de tener una nueva capital. Bien veía que no se podía gobernar convenientemente el Egipto desde Tebas, ni de ningún otro lugar en la comarca alta; necesitábase una capital en el confín de las dos regiones, para poder gobernarlas reunidas. Enseñóle la Naturaleza el lugar único para aquel objeto, la unión de la llanura con el valle, «la balanza de las dos regiones», como los Egipcios la llamaban, sitio donde la estrecha comarca superior termina, y el Egipto abre sus anchas y risueñas llanuras, que por todos lados se extienden hasta el mar. Desde allí era fácil la comu-



LA SIEGA Y EL ATADO DE LAS MIESES ENTRE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS.

(Antigua pintura egipcia.)

nicación con ambas regiones, y las dos quedaban dominadas; su posición era excelente para la defensa, y sólo de frente podía atacársele. La experiencia ha demostrado cuánta razón tuvo el instinto del primer fundador, y que fué extraordinaria su previsión política y estratégica, aunque por varias circunstancias una y otra vez se transfiriese la silla del gobierno á Tebas ó Alejandria, pues estos cambios duraron poco tiempo. Era muy poderosa la fuerza del hecho geográfico para que pudiera permanecer des-



MEDICIÓN DEL GRANO

conocida, y así es que después de algunos siglos el poder volvió otra vez al centro indicado por la Naturaleza.

Si hemos de dar fe á la tradición, cuando se tuvo la idea de erigir la nueva capital, suscitóse la dificultad de obtener un sitio ventajoso bajo todos puntos de vista. Antes de desembocar en la llanura, el Nilo ocupaba en una extensión de muchas millas la base de las montañas líbicas, en la parte de valle que quería aprovecharse. Deseábase lanzarlo hacia el otro lado como un baluarte de agua que detuviera toda invasión asiática, y para ello, antes de construir

la ciudad, el fundador emprendió un trabajo gigantesco: levantó un gran dique en el curso natural del río, y forzó á éste á salir de su lecho y entrar por un nuevo canal en el centro del valle que se dirigía hacia el Este. Así consiguió obtener la defensa que necesitaba como protección contra las invasiones, y quedóle ancho campo para su capital entre el nuevo curso de la corriente y la base de los montes occidentales.

Es ciertamente extraño oír hablar de la ejecución de obra semejante en los primeros comienzos de un pueblo, que entonces empezaba á convertirse en nación. Sin embargo, la precocidad es lo normal, en Egipto, donde Minerva sale formada de la cabeza de Júpiter; las mismas pirámides no deben haber sido levantadas mucho tiempo después del supuesto reinado de Menes, y el talento constructor que revelan, puede muy bien correr parejas con el de la obra que se atribuye al fundador de Memphis.

En los tiempos antiguos, una ciudad sin templo carecía de importancia; y en la capital del pueblo más religioso del mundo, no podía en manera alguna faltar este centro de vida que el primer templo representa en toda ciudad antigua. Corresponde á la filosofía el establecer la razón de que en los tiempos antiguos las ideas religiosas estuviesen tan universalmente extendidas y tan fuertemente profesadas; la historia sólo está obligada á sentar el hecho. Contemporánea de la fundación de la ciudad de Menes fué, según las tradiciones, la erección del gran templo de Phthah «el Revelador», el Divino Artífice por quien mundo y hombres fueron creados, y por quien el oculto sentimiento del remoto Sér Supremo se manifestó á sus criaturas. El templo de

Phthah se hallaba dentro de la ciudad y consistía originariamente en una *naos* ó «cella», edificio aislado y probablemente parecido al que existe al pie de la esfinge en Ghizeh, situado dentro de un *temenos* ó «recinto sagrado», regado por el río y sin duda cubierto de árboles. Como las catedrales de la Edad Media, el edificio creció con el transcurso de los siglos, porque los grandes reyes añadieron continuamente nuevas construcciones á la principal, y la enriquecieron con estatuas y pinturas. Herodoto lo vió en su mayor esplendor y lo describe como un «vasto edificio muy digno de conmemoración». Abd-el-Katif lo visitó ya en decadencia, y hace notar la belleza de sus restos; «el gran nicho monolítico de jaspe verde, de 6 codos de alto, 8 de largo y 7 de ancho; las puertas movibles sobre goznes de piedra, las estatuas bien esculpidas, y los leones de terrible aspecto»<sup>1</sup>. Hoy quedan escasos restos de tanta grandeza. Parte de un coloso hasta hace muy poco caído en tierra, representa al gran Ramsés, y escasos fragmentos no descritos, se encuentran sólo en aquel sitio como para revelarnos la posición de aquel antiguo templo, que los mismos Egipcios consideraron como el más antiguo de su país.

El fundador dió á su nueva ciudad el nombre de Men-nefer, «la buena residencia», y era también conocida por El-Ptah, «la Casa de Phthah». Del primer nombre se formaron las denominaciones que luego han prevalecido de «Memphis» entre los Griegos y Romanos, «Moph» entre los Hebreos, «Mimpi» entre los Asirios, y el nombre de Tel-Monf, dado aún hoy á las ruinas. Y en verdad era una «buena residencia»: regada por continua corriente navegable desde el

<sup>1</sup> R. Stuart Poole, *Cities of Egypt.*, pág. 24, 25.



mar, que á la vez le conducía lo que necesitaba y le servía de segura protección; circundada en tres partes por el más rico y productivo terreno de aluvión; con canteras de excelente piedra; abrigada en invierno; refrescada por las brisas del Norte en verano; á corta distancia del mar (aunque no tan corta, que pudiera tentar la codicia de los piratas), pocas capitales se han construído en más favorables condiciones. Inevitable era, pues, que al arruinarse la antigua ciudad, otra nueva se levantara á reemplazarla, y bajo cierto aspecto Memphis revive en las glorias del moderno Cairo, que ocupa un sitio cercano y está fabricado en gran parte con los mismos materiales.

De su primer rey sabían únicamente los Egipcios, que desvió el curso del Nilo, fundó á Memphis, construyó el núcleo del gran templo de Phthah, y «fué devorado por un hipopótamo»: este último hecho se refiere con toda gravedad por Manetón, á pesar de que el hipopótamo es animal herbívoro, que «come hierba como un buey». (Job., XI., 15.) Probablemente el antiguo escritor egipcio á quien siguió, querria significar que M'na fué víctima de Taourt, diosa del mal, á la cual se había consagrado el hipopótamo y que se representaba bajo la figura de este animal, y entonces lo que querria decirse es que murió de muerte natural. Manetón le concede un reinado de sesenta y dos años.

Los críticos modernos que no aceptan ninguna afirmación sin prueba, han hecho las siguientes preguntas: «¿Era Menes un verdadero Egipcio, un sér de carne y hueso que realmente vivió, respiró, peleó, edificó, gobernó, y, finalmente, murió, ó se trata de un mito parecido á Seb, Thoth, Osiris, Set, y Horus?» La única respuesta posible es que

no lo sabemos. Los Egipcios creyeron que Menes era un hombre y le colocaron á la cabeza de sus listas dinásticas; pero no tienen un monumento contemporáneo en que su nombre esté inscrito. Nombres parecidos al de Menes se encuentran en el principio de la historia de tantas naciones, que, sólo por esta razón, aquella palabra puede desde luego originar sospecha; en Grecia es Minos, en Frigia Manis, en Lidia Manes, en la India Menu, en Alemania Manus. Además el parecido del nombre del fundador con el de la ciudad que construyó, despierta otra duda: ¿No podría ser este uno de los varios ejemplos de un nombre personal sacado de otro nombre local, como Nin ó Nino de Ninive (Ninua), Romulus de Roma, etc.? Creo que debiéramos atenernos al juicio del doctor Birch, quien dice: «Menes debe colocarse entre aquellos fundadores de dinastías, cuya personal existencia pone en duda ó niega la crítica severa é ilustrada.»

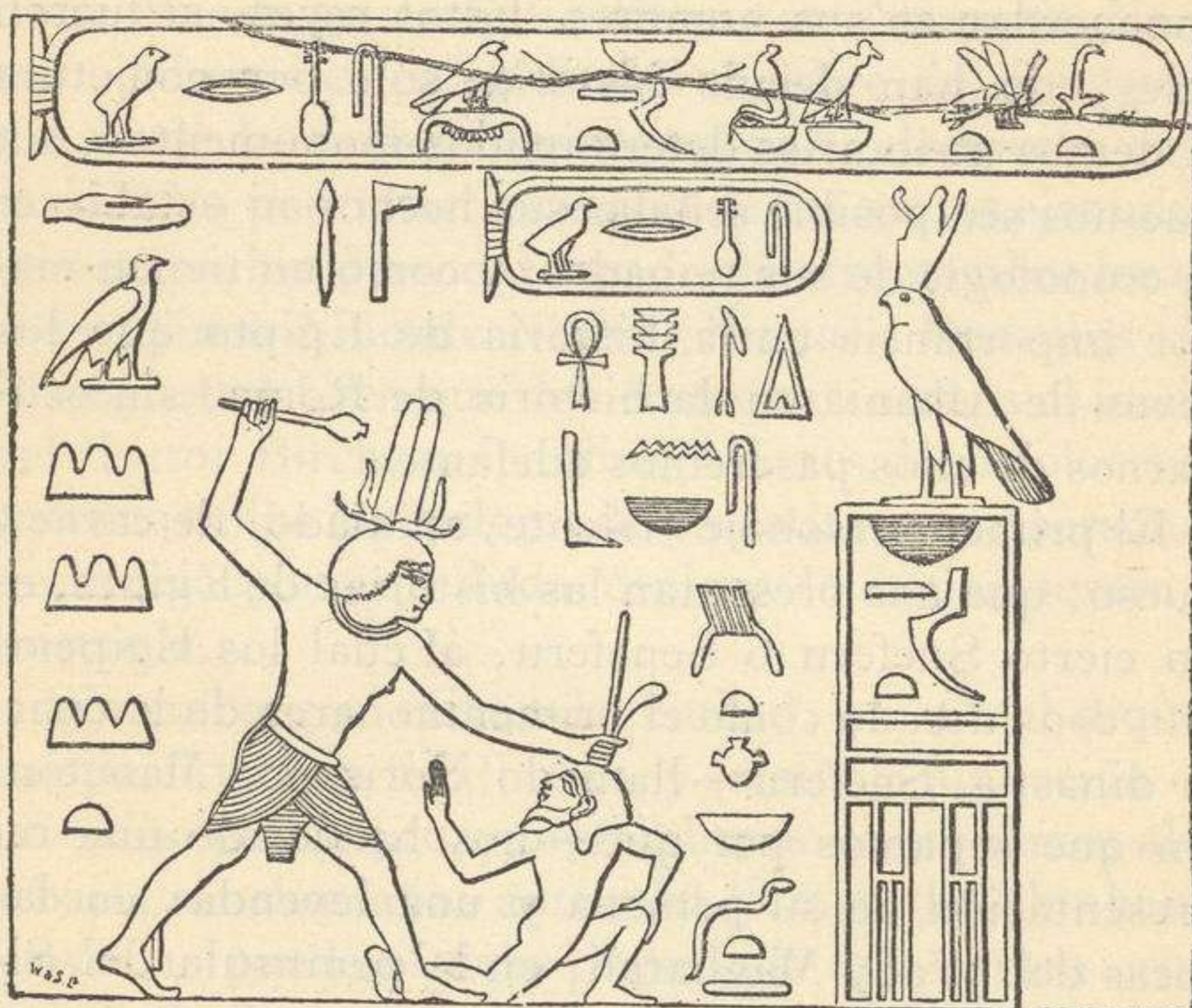
Sin embargo, existía la ciudad, existía el dique, existía el templo de Phthah, y existía la fundación de un reino en Egipto comprendiendo las regiones alta y baja, muchos años antes del tiempo de Abraham, y esto no puede ni debe dudarlo la más severa crítica. Toda la antigüedad reconoce que el valle del Nilo fué uno de los primeros asentamientos de la civilización: cuando Abraham visitó la comarca, halló un gobierno firme y establecido, y la consecutiva serie de monumentos que en ella existen, retrotrae la fecha de su primera civilización por lo menos á 2700 años antes de Cristo, y aun probablemente á muchos más.

Si, á pesar de todo lo que se nos cuenta de su historia, el gran Menes es un mero personaje fantás-

tico, poco más que una *magni nominis umbra*, ¿qué podremos decir de sus 20 ó 30 sucesores comprendidos en la primera, segunda y tercera dinastías? ¿Qué serán éstos, sino sombras de sombras? Los monumentos indígenas del primer periodo ramésida (de 1400-1300 años antes de J. C.), señalan en este tiempo unos 25 nombres de reyes, aunque no están de acuerdo en fijar su orden, ni tampoco siempre concuerdan en sus nombres. Estos reyes, si fueron tales, no han dejado historia; sólo por conjetura podemos atribuirles determinados monumentos, sin que nos sea posible señalar sus hechos ni establecer la cronología de sus reinados; y como no tienen mayor importancia en la historia de Egipto que los reyes de Albania en la historia de Roma, sin ocuparnos de ellos pasaremos adelante.

El primer personaje viviente, animado, de carne y hueso, que nos presentan las historias de Egipto, es un cierto Sneferu ó Seneferu, al cual los Egipcios han considerado como el primer monarca de la cuarta dinastía. Sneferu —llamado Soris por Manetón, sin que sepamos por qué— nos ha dejado una representación de su persona y una leyenda: en las rocas del Wady Magharah, en la península del Sinaí, puede aún verse en nuestros días una inscripción grabada figurando al monarca en el momento de herir á golpes de maza á un enemigo á quien sujeta por los cabellos; pero probablemente la acción será emblemática, porque las palabras *Ta satu*, «dominador de las naciones», que á su lado se leen, pueden interpretarse como significativas de la reducción, que el monarca realizó, de las tribus que en aquellos tiempos ocupaban la región sináitica. El motivo de este ataque no fué tanto la codicia de la conquista, como

el deseo del lucro: el Wady Magharah tenia minas de cobre y de turquesas, que los Egipcios deseaban explotar, y para este objeto les fué necesario asegurar con varias estaciones militares aquella comarca, á fin de que los mineros prosiguieran sus trabajos sin molestia alguna. Todavía se ven algunas ruinas de las fortificaciones, y aun las minas, ya agotadas,



INSCRIPCIÓN DE SNEFERU EN WADY MAGHARAH

se abren en las vertientes de las rocas, y muestran en muchas partes restos de inscripciones jeroglíficas; y mientras las ruinas de los templos revelan que no se dejó á los expatriados colonizadores sin el consuelo de la religión, un profundo pozo indica á su vez los cuidados que se tuvieron para acudir á sus necesidades temporales. Millares de puntas de flecha

hechas de piedra, prueban la presencia en aquellos sitios de un fuerte presidio, y nos enseñan el arma que consideraron más útil para repeler á los enemigos.

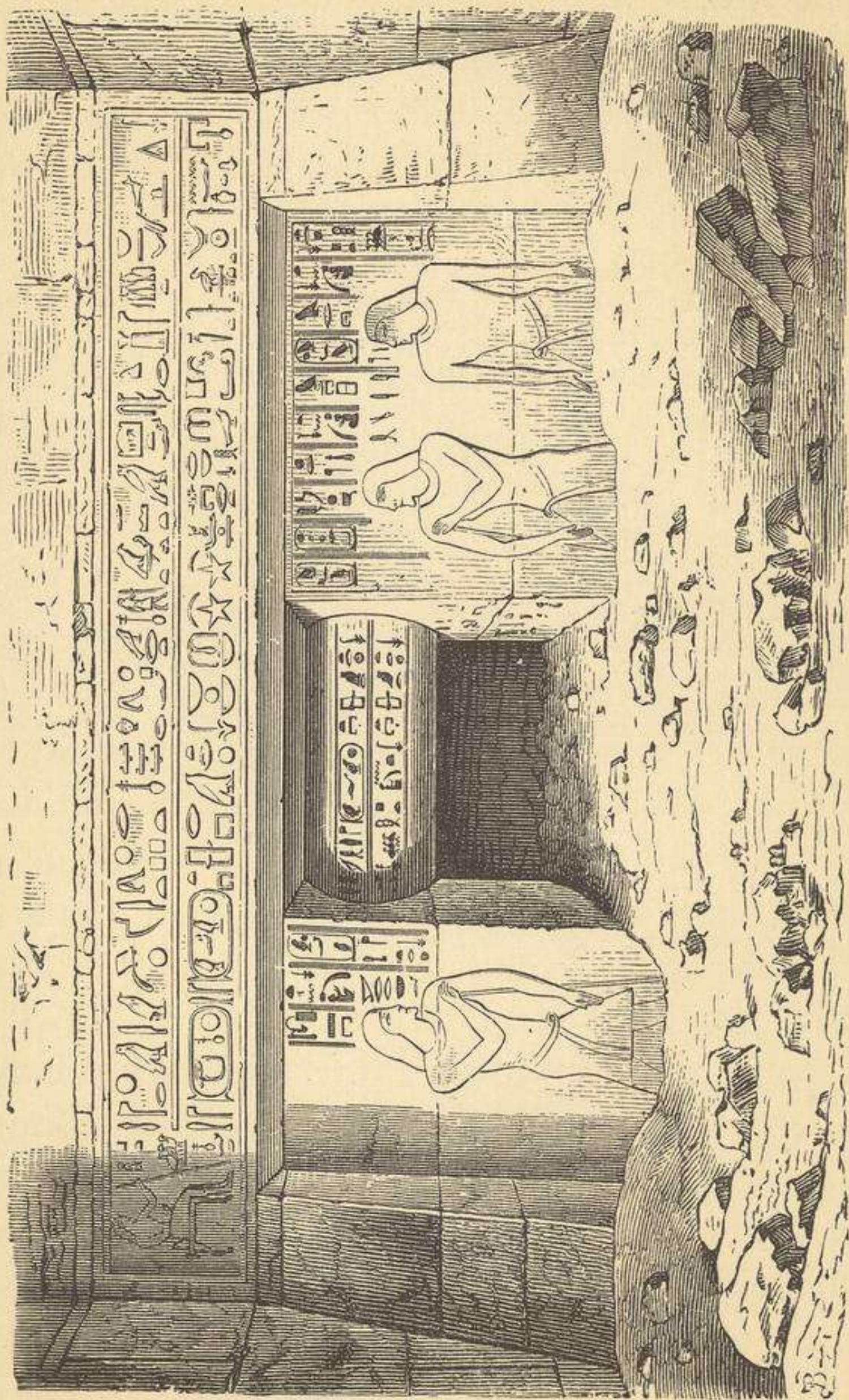
Sneferu se llama asimismo *Neter aa*, «el Gran Dios», y *Neb mat* «el Señor de la Justicia»: es también «el Horus de oro» ó «el Conquistador»; y aunque *Neb mat* no es un título común á los monarcas egipcios, su adopción por Sneferu parece indicar por lo menos su idea acerca de la excelencia de la justicia, y su deseo de ser considerado como gobernante justo. En épocas posteriores se le dió el título de «rey benéfico», y todo indica que realmente se le consideró como un monarca desinteresado y bueno. Sin embargo, en vano preguntariamos cuáles fueron los beneficios que dispensó al Egipto para obtener tanto renombre: su existencia sólo aparece por un momento entre las nieblas de aquel período.

Únicamente los monumentos contemporáneos pueden decirnos algo sobre el Egipto de aquella época, y sobre el desarrollo y el carácter de la civilización, tan pronto alcanzada por aquel pueblo. Además de la piedra de Wady Magharah, existen en las inmediaciones de las pirámides de Ghizeh varios sepulcros pertenecientes á empleados de la corte y á miembros de la familia del monarca; sepulcros que contienen esculturas é inscripciones, y arrojan considerable luz para el estudio del estado del país.

En primer lugar aparece de ellos hallarse ya inventado el carácter de escritura llamada jeroglífica, cuyos caracteres, á pesar de su aspecto de pintura escrita, son en absoluto tan fonéticos como puede serlo cualquier otro; pues, dejando aparte un pequeño número de «determinativos», cada signo represen-

ta un sonido, y la mayor parte de ellos corresponden á los sonidos elementales que nosotros expresamos con letras del alfabeto. Así un águila es la letra *a*, una pierna y un pie la *b*, una serpiente con cuernos la *f*, una mano la *t*, una lechuza la *m*, un pollo la *u*, y así las otras; si bien es verdad que algunos signos representan un sonido compuesto, una palabra entera, hasta una frase de dos sílabas, pues una taza ó jofaina representa el sonido de *neb*, un hacha el de *neter*, una especie de guitarra el de *nefer*, una luna creciente el de *aah*, etc. En segundo lugar se nota en estos caracteres el considerable desarrollo del arte; pues las formas animales usadas en los jeroglíficos — la abeja, el buitre, el ureus, el halcón, el pollo, el águila — están bien dibujadas, y aunque es menor el mérito de las formas humanas, guardan, sin embargo, ciertas proporciones y no carecen de intención. En los escritos y dibujos de la época de Sneferu no hay rudeza, ni están mal concluidos; los artistas podrán no elevarse, pero realizan lo que proyectan.

También debemos examinar el carácter de los sepulcros. Ya entonces era más importante la tumba que la casa; y mientras las habitaciones destinadas para uso de los vivos han desaparecido por completo, existen todavía en excelente estado de conservación muchas de las moradas que fueron construidas para los muertos. Son edificios de piedra semejantes á casas pequeñas, cada cual con su puerta de entrada, pero sin ventanas, formando en el interior una reducida habitación generalmente adornada con esculturas: los muros exteriores tienen una inclinación de 75° ú 80°, pero los interiores son perpendiculares, y el techo está compuesto de grandes piedras planas: propiamente hablando, estos edificios no son sepulcros,



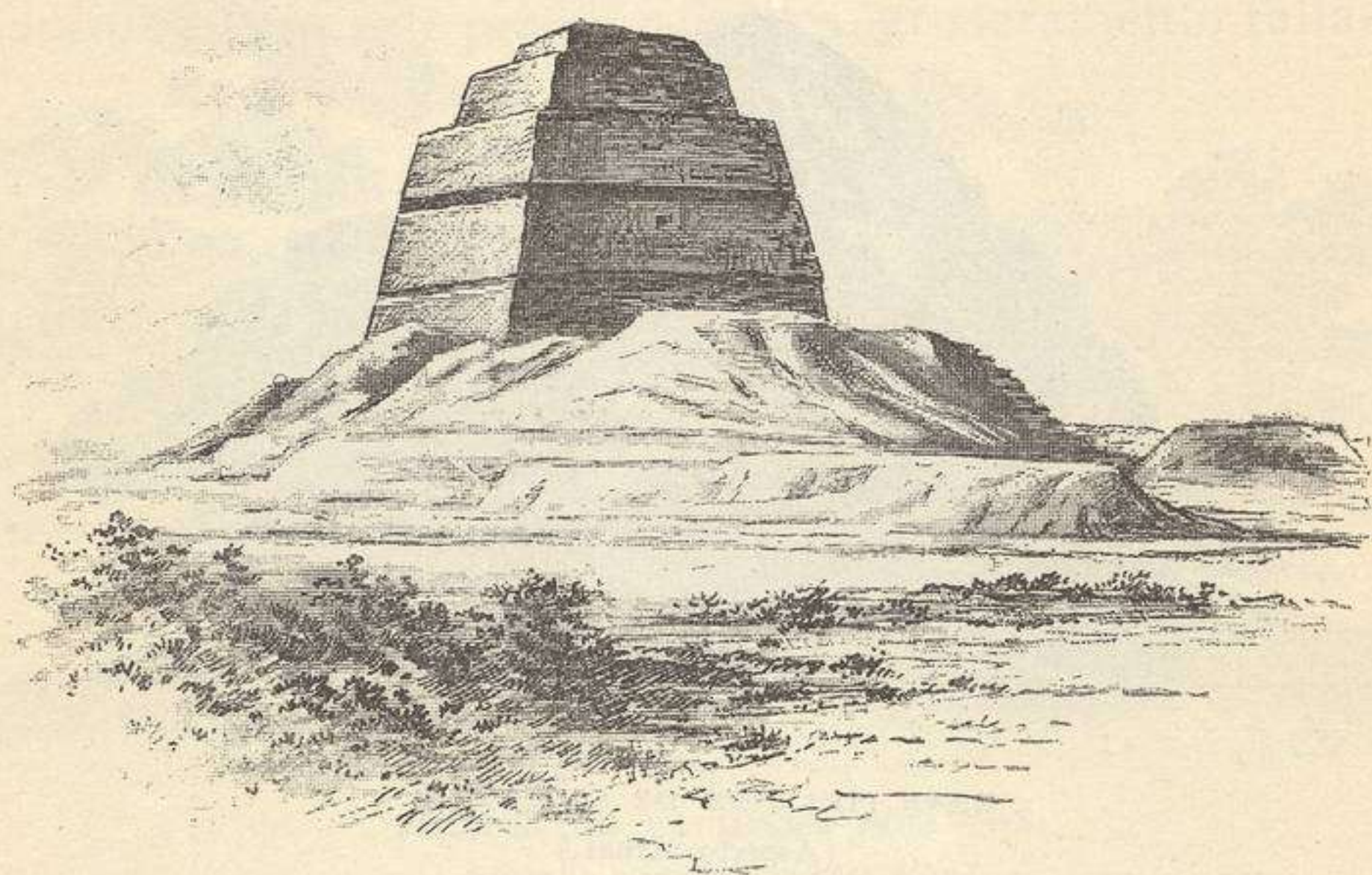
E. ADE. STUITGART.

SEPULCRO DE PIEDRA EN GHIZEH





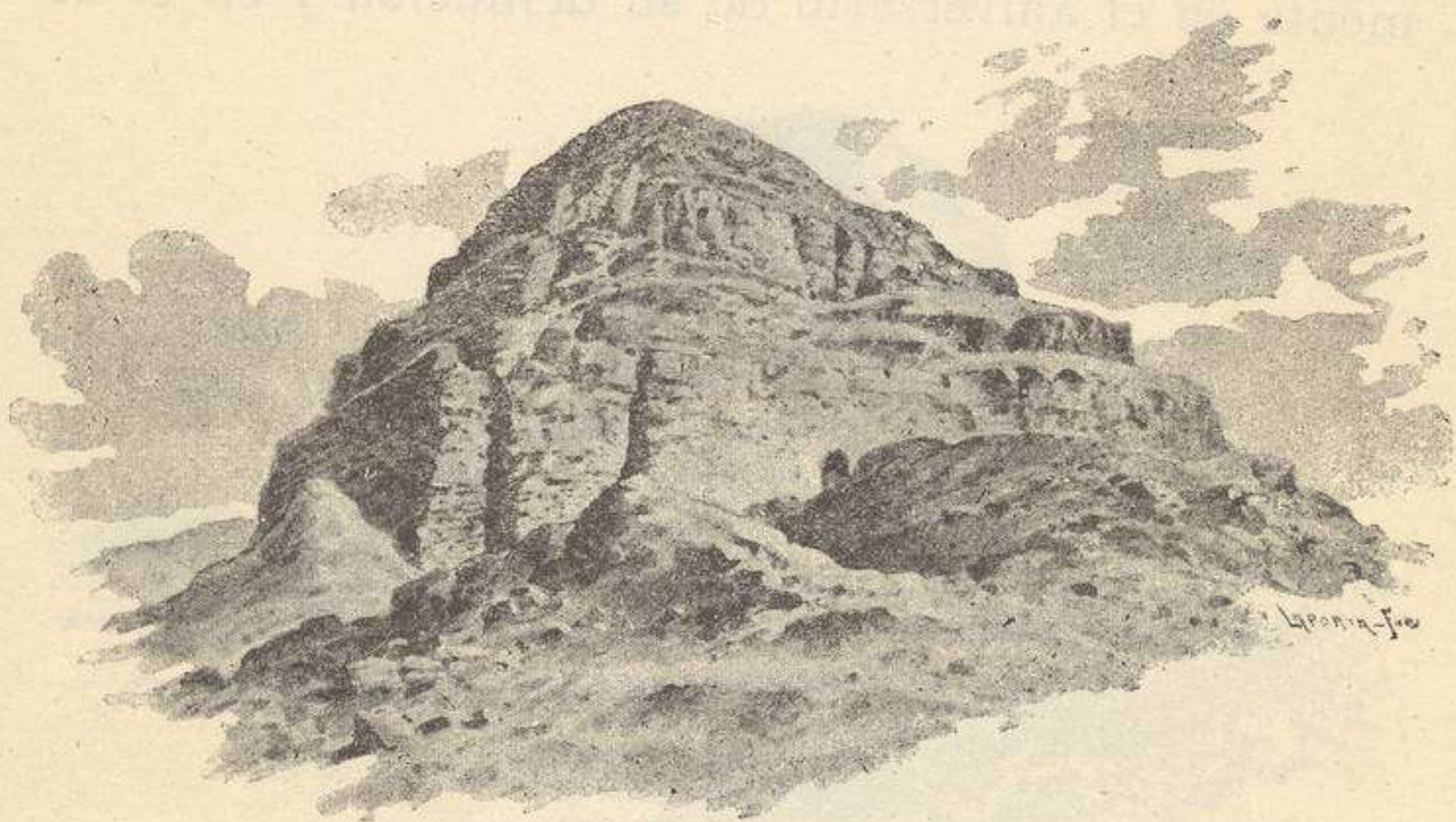
sino una especie de capillas mortuorias. El cuerpo embalsamado del difunto, encerrado en su féretro de madera (*Gén.*, l. 26) no ocupaba aquella habitación, sino una cavidad abierta debajo de los muros, que se cerraba cuidadosamente después de haber depositado en su interior el féretro. La cámara servía para las ceremonias de los ritos sagrados, fiestas del sacrificio y demás en honor del muerto, especialmente en el aniversario de su defunción y en el de



PIRÁMIDE DE MEYDUM

su entrada en el Amenti; porque los antiguos Egipcios, como los Chinos, practicaron el culto de los antepasados, y de tiempo en tiempo los individuos de una familia se reunían en la cámara sepulcral del padre ó abuelo, para cantar himnos, hacer libaciones y ofrecer sacrificios que satisficieran los manes de los difuntos, asegurando su protección y ayuda á los que de ellos se ocupaban con aquellas piadosas prácticas.

Algunas veces, sin embargo, el sepulcro tenia mayores pretensiones: existe en Meydum un edificio, impropriamente llamado pirámide, que se cree más antiguo que Sneferu, y que fué quizás construido por uno de aquellos «reyes-sombras», sus predecesores en el trono. Está situado en la cumbre de alta colina, y se levanta formando tres pisos, con una inclinación de  $74^{\circ} 10'$ , y una altura de 125 pies; sus

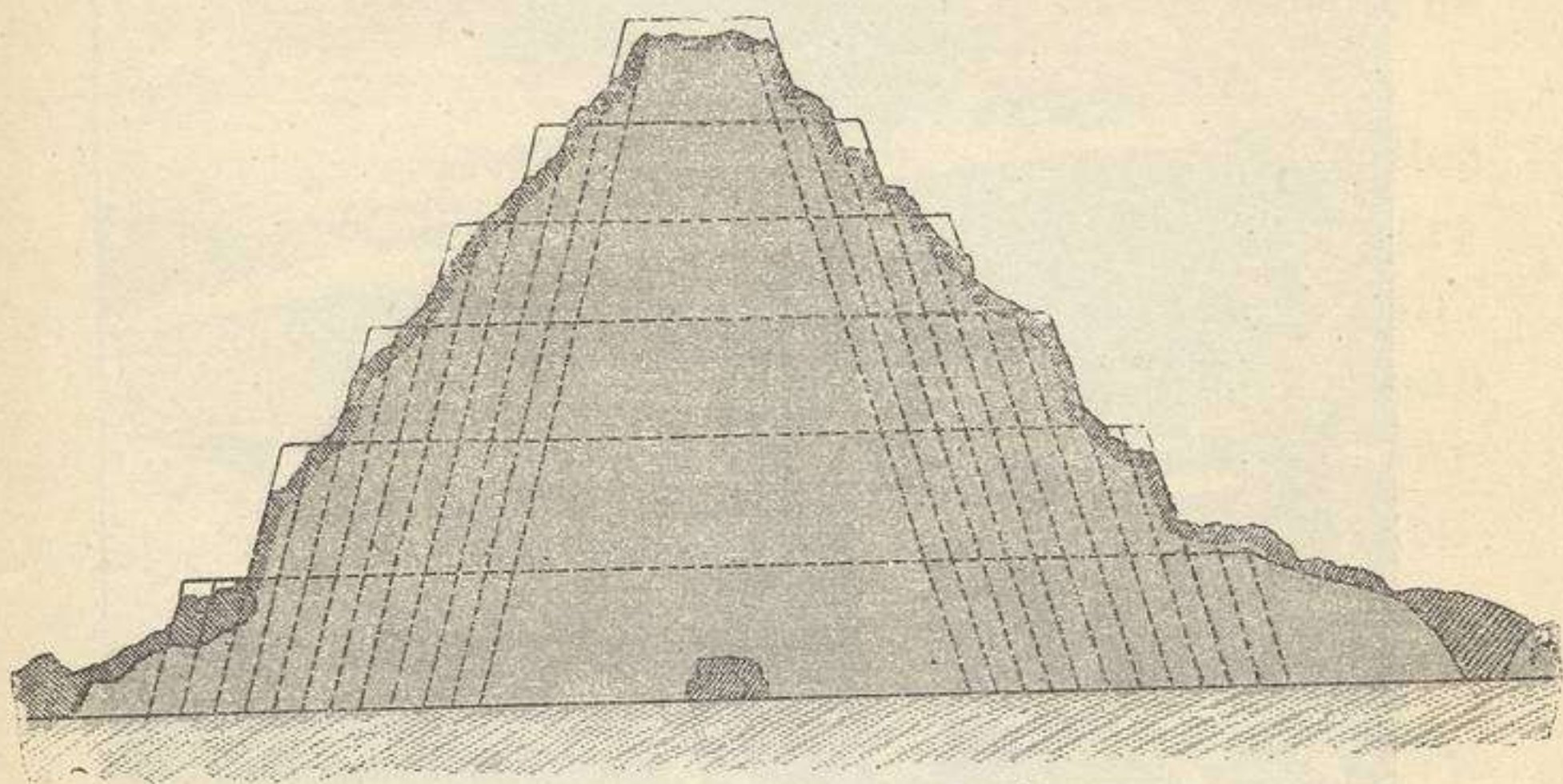


GRAN PIRÁMIDE DE SACCARAH.  
(Aspecto actual.)

materiales son cubos de piedra caliza, que debieron llevarse desde considerable distancia á aquel sitio; el primer piso tiene casi 70 pies de elevación; el segundo pasa de 32; y el tercero excede también de 22. Posible es que originariamente hubiera encima otros dos pisos, y aun que el superior de ahora esté en parte destruido; por lo cual pudiera suponerse, que la primitiva altura del monumento fuera de 140 á 150 pies. La generalidad considera este edificio como una tumba, á causa de encontrarse en la necrópolis de Memphis, y de su remoto parecido con las pirá-

mides; pero aun no se ha penetrado en su interior, y por tanto no ha podido probarse que haya servido de sepulcro.

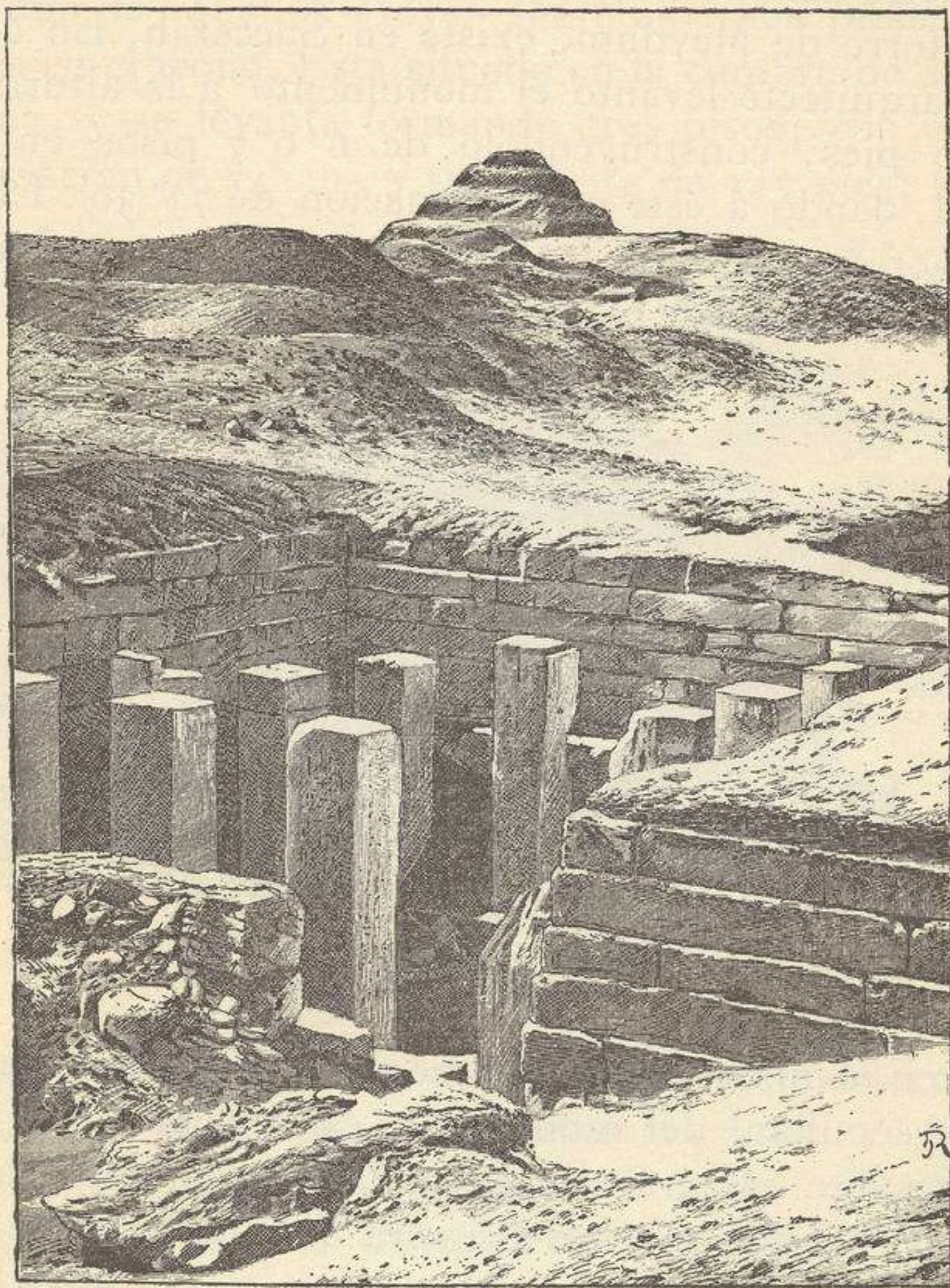
Otro edificio, al parecer de mayor antigüedad que la torre de Meydum, existe en Saccarah. En éste, el arquitecto levantó el monumento á la altura de 200 pies, construyéndolo de 6 ó 7 pisos en talud, dando á éste una inclinación de  $73^{\circ} 30'$ . El interior está lleno de escombros y tierra, apoyados en sólidos muros de piedra calcárea, groseramente talla-



SECCIÓN DE LA MISMA PIRÁMIDE,  
según la primitiva construcción.

da en el mismo sitio. Aquí no ofrece ya duda el carácter sepulcral del monumento, que sólo cubre una espaciosa cámara abierta en la roca, dentro de la cual, cuando por vez primera fué descubierta, se encontró un sarcófago: esta cámara, revestida con sillares de granito, comunicaba con el exterior por medio de ocultos pasadizos sólo conocidos de las personas que estaban al corriente de los secretos de aquella casa sepulcral. Sin duda alguna, encerró la tumba de un rey anterior á Sneferu, aunque por nuestra parte creemos difícil decir cuál fuera.

Pasando de la arquitectura de este período al estudio del estado social del país, hallamos que existían los mismos grados sociales, pero más acentuados



SEPULCRO ANTIGUO EN SACCARAH

hacia los últimos tiempos: considerábase á los reyes como dioses, y se les trataba con supersticioso temor; los empleados oficiales formaban alta clase privilegiada y, comunmente, estaban emparentados con la fa-

milia real; las tierras hallábanse divididas entre el rey (*Gén.*, XLVII, 6), que empleaba sus propios labradores y pastores, y los nobles y grandes propietarios que vivían en sus haciendas, sostenían gran lujo doméstico, y daban empleo á gran número de labriegos, pastores, artesanos, cazadores y pescadores. Las «clases inferiores» tenían poca importancia: estaban á las órdenes de los grandes aristócratas en los campos, de los empleados en las ciudades, y sobre todo, el rey tenía el derecho de ocuparlas donde le pareciera, y de ejecutar con su ayuda las «grandes obras» que debían perpetuar su nombre.

Había, sin embargo, en Egipto una gran sencillez de costumbres. El vestido de las gentes ricas era sencillo y modesto, tenía muy poca variedad y ninguna ornamentación: solamente los nobles usaban una gran peluca, ya que todos, por razones de limpieza, llevaban la cabeza afeitada; por lo demás, como hemos dicho, su traje era sencillo en extremo. Ordinariamente el Egipcio que se empleaba en las ocupaciones ordinarias de la vida, usaba una corta túnica de lino blanco que le cubría desde la cintura hasta la rodilla; sus brazos, pecho, piernas y pies iban desnudos, pues desconocían los zapatos, las medias y las sandalias; permitiéndosele como único adorno una cadena ó cordón suspendido al cuello, del que colgaba una especie de medallón, probablemente un amuleto; y en la diestra llevaba un largo bastón, para mandar á sus inferiores ó para apoyarse en la marcha. Sólo en ocasiones especiales cuidaba su persona con mayor esmero: despojándose entonces de su túnica de lino, vestía una sencilla y estrecha camisa que le cubría desde el cuello hasta la rodilla; cambiaba su cadena por un ancho collar;

adornaba sus muñecas con brazaletes, y así iba á ver á sus amigos ó recibía sus visitas. No tenía carruajes, ni aun parece que conociera el palanquin; no iba á caballo, ni siquiera en mula ó en asno. En tiempos



GRUPO ESTATUARIO REPRESENTANDO UN MARIDO Y SU MUJER

posteriores, los nobles del Oriente cabalgaron en «asnos blancos» (*Jueces*, V, 10), pero el Egipcio de la época de Sneferu iba á pie á la corte, y hacía visitas empleando los únicos medios de locomoción que le había dado la naturaleza.

Las mujeres, que en países más civilizados exigen mejores trajes y adornos que los hombres, pues para realzar su hermosura parece que agota toda su inventiva el genio de la industria y del arte, se contentaban en el Egipto de que hablamos, con los mismos vestidos y joyas usados por sus maridos. La *mater familias* egipcia de aquel tiempo se dejaba crecer el cabello, que peinaba en tres trenzas, una á la espalda y dos á los lados de la cara, que caían sobre los pechos. Como su esposo, sólo tenía un traje, una pequeña túnica que cubría desde el seno hasta mitad de la pierna, suspendida á las espaldas por dos tiras de tela: llevaba al aire el resto del cuerpo, desnudos también los pies, y su único adorno consistía en brazaletes.

En ningún tiempo de la historia egipcia se encuentra á la mujer recluida en el hogar: en los monumentos más antiguos se halla siempre á la mujer acompañando á su marido y asociándose á sus ocupaciones, y sólo se nota su menor importancia en que se la representa más pequeña que el hombre, y se la pone detrás de éste, que era su «amo y señor»: sin embargo, en las estatuas aparece siempre á su lado, sentada en el mismo banco ó silla, como puede verse en el grabado de la página anterior. No hay datos para creer que la mujer fuese mirada con poca consideración por los Egipcios; era una verdadera auxiliar del hombre; le comunicaba sus ideas, gobernaba su familia, y tenía cuidado de los niños en su primera infancia. Durante el periodo primitivo, la poligamia, esa costumbre del Oriente que tan desastrosos efectos ha producido siempre en la historia de todas las naciones que lo poblaron, fué desconocida en Egipto, pues hasta los mismos reyes sólo te-

nian una mujer. La de Sneferu fué cierta Mertitefs, que tuvo de él un hijo, Nefermat, y que á su muerte se casó con su sucesor. Enterrábase á las mujeres con igual cuidado y pompa que á los hombres, y su derecho de ascender al trono fué reconocido por uno de los reyes anteriores á Sneferu; después de esta época sólo de vez en cuando se encuentra en Egipto la autoridad real en manos de mujeres.



## IV

### LOS CONSTRUCTORES DE LAS PIRÁMIDES

**P**ARA un europeo ó un americano que no haya visitado el Egipto, es muy difícil darse cuenta exacta de lo que es una gran pirámide, pues la forma piramidal ha caído en desuso como tipo arquitectónico de perfección monumental, y hasta como tipo de adorno. Se mantuvo desde su descubrimiento hasta la época de los Reyes Macabeos (*I Mac.*, XIII, 28); pero no habiendo sido aceptada por los Griegos ni los Romanos, cayó en desuso en el mundo antiguo con la conquista del Occidente por el Oriente. En el Nuevo Mundo fué encontrada por los primeros descubridores, y tuvo considerable importancia entre aquellas razas que más adelantaron en el camino de la civilización; pero la ferviente ortodoxia española miraba con horror cuanto tenía relación con las religiones idólatras, y permitió, en primer lugar, que las pirámides de Méjico fuesen mutiladas, y luego que quedaran en tal estado de abandono, que hasta hoy se pone en duda cuál fué su primitiva forma. Visitando las llanuras de Teotihuacán no puede formarse exacta

idea de una gran pirámide; es necesario hacer una excursión á Ghizeh ó Saccarah, y tener una imaginación viva y *bien instruída*, para poder concebir la verdadera forma y aspecto de estos monumentos, y sentir la impresión que causan.

Lord Houghton quiso expresar los sentimientos que experimenta el que ve por primera vez tales maravillas, en los siguientes versos:

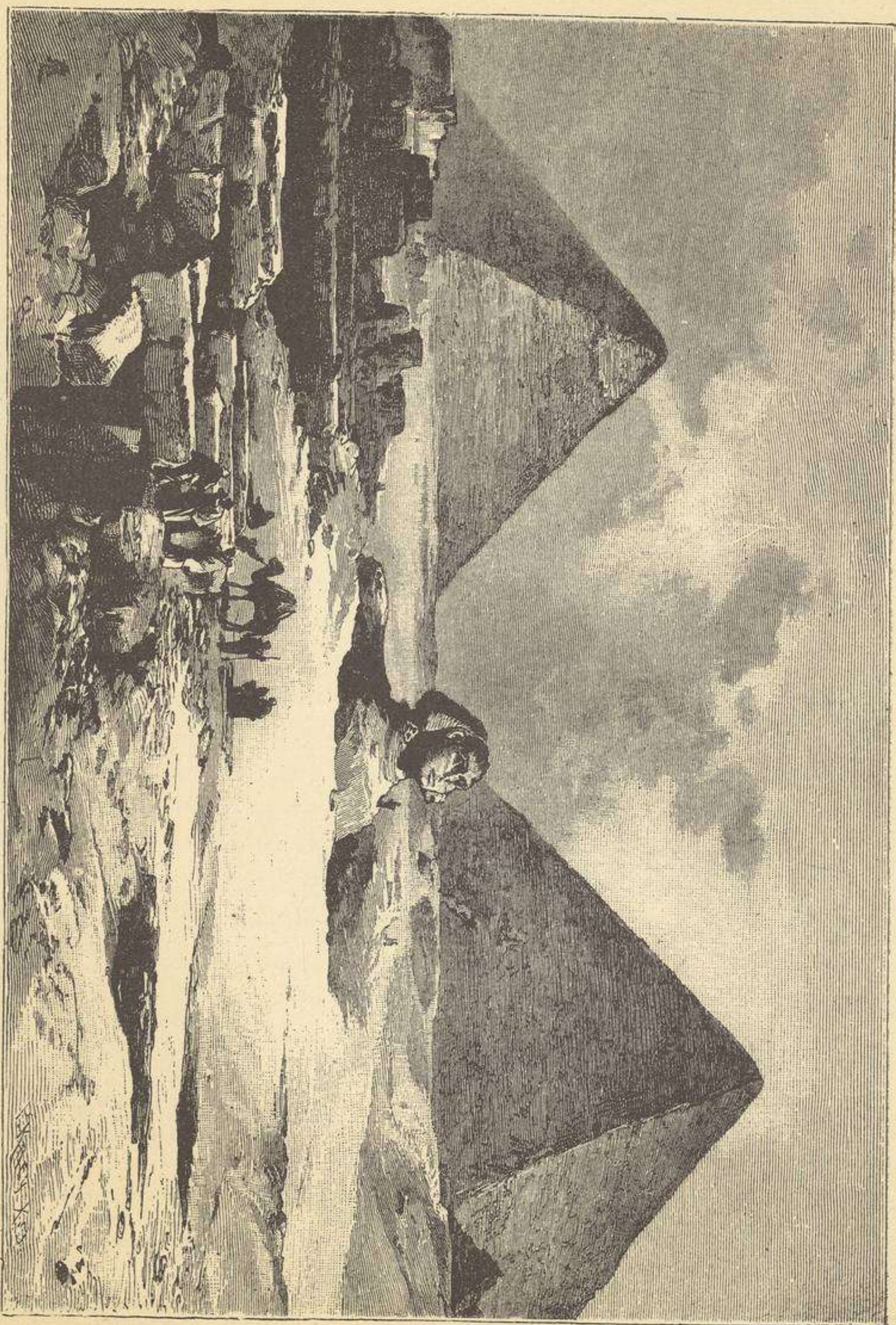
Tras el largo soñar de muchas noches,  
De muchos días de vivaz deseo,  
Alegre, como místico eremita,  
Me encontré en los confines del desierto.  
En orden imponente se levantan  
Ante mí con sus trazos gigantescos  
Las soberbias pirámides que elevan  
Sus colosales vértices al cielo;  
Inmutables, cual roca que rechaza  
El oleaje de la mar y el tiempo,  
Ó cual alta montaña de granito  
En que se estrella rebramando el viento.

Huellas que allí quedaron del diluvio,  
De colosal muralla resto inmenso;  
Ruinas de las ciudades que pasaron  
Y en su terrible inundación se hundieron;  
Solitarias columnas; de amplias salas  
Abandonado y espacioso hueco,  
Que recoge el rocío de la noche  
En su olvidado seno descubierto,  
Creyó ver mi agitada fantasía  
En medio de aquel mundo de recuerdos  
Hacé cuatro mil años escondido  
De su imponente sombra en el misterio <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Traducción de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. El original inglés dice así:

After the fantasies of many a night,  
After the deep desires of many a day,





CAMPO DE LAS PIRÁMIDES DE GHIZEH AL OESTE DE MENFIS  
(De fotografía.)

La idea egipcia de la pirámide consistía en un monumento de base cuadrada con cuatro lados inclinados, siendo cada uno de ellos un triángulo equilátero, y reuniéndose sus vértices en la parte superior. Su sólida construcción se hacía, ó con sillares de piedra, ó con un macizo de tierra sostenida por un muro exterior; pero cuando tenían en el interior cámaras y corredores, era casi imposible usar en ellas otros materiales que la piedra. Las modernas excavaciones han demostrado que todas las grandes pirámides de Egipto eran de esta última clase, es decir, que fueron construídas con el principal objeto de contener cámaras y corredores; y para conservar intactos estos huecos era preciso que fuese muy sólida la construcción que los contenía.

Existen en Egipto de 60 á 70 pirámides, casi todas ellas en las inmediaciones de Memphis; algunas están en perfecto estado de conservación, y otras más ó menos arruinadas; pero casi todas ellas presentan su primitiva forma cuando se las mira desde lejos. Hay dos que exceden considerablemente en dimensión á las restantes, siendo designadas con mucha propiedad por los nombres de «gran pirámi-

Rejoicing as an ancient Eremite

Upon the desert's edge at last I lay:

Before me rose, in wonderful array,

Those works where man has rivalled Nature most,

Those Pyramids, that fear no more decay

Than waves inflict upon the rockiest coast,

Or winds on mountain-steeps, and like endurance boast.

—

Fragments the deluge of old Time has left

Behind in its subsidence-long long walls

Of cities of their very names bereft, —

Lone columns, remnants of majestic halls,

Rich traceried chambers, where the night-dew falls, —

All have I seen with feelings due, I trow,

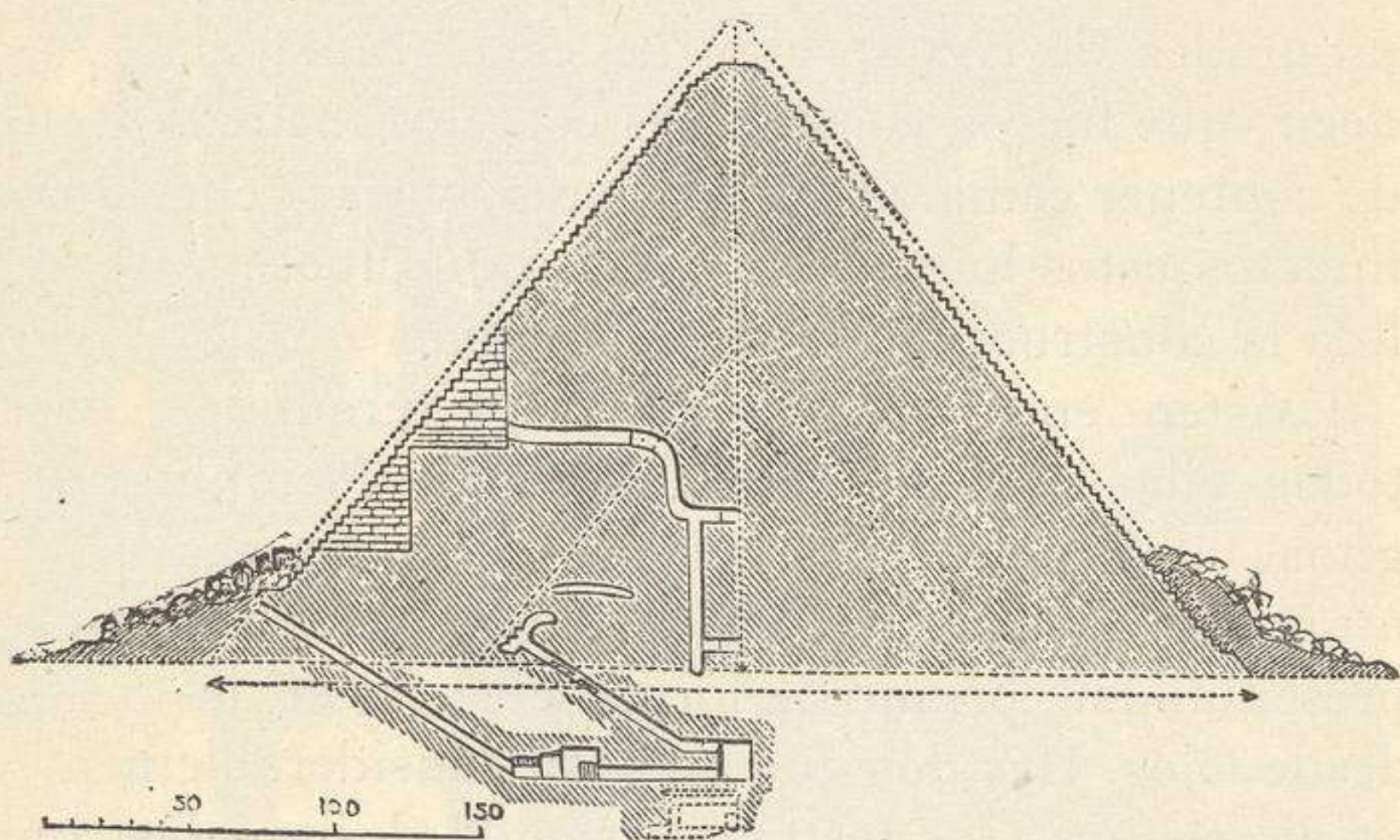
Yet not with such as these memorials

Of the great unremembered, that can show

The mass and shape they wore four thousand years ago.

de» y «segunda pirámide»: junto á ellas existe una tercera, de tamaño muy inferior, conocida como la «tercera pirámide», nombre que significa una preeminencia escasamente merecida.

Sin embargo, las tres deben ser descritas, y merecen que se les reserve un lugar en la historia de Egipto, pues no se ha escrito ésta sin referir las maravillas que á todas se atribuyen. La más pequeña de las tres cubre un área de más de dos acres, ó sea el es-



SECCIÓN DE LA TERCERA PIRÁMIDE, INDICANDO LOS CORREDORES

pacio común de una plaza de Londres. Su masa cúbica asciende á cerca de 9.000.000 de pies de obra de albañilería, y se calcula que pesa 702.460 toneladas. Su altura no es considerable, pues 220 pies constituyen la elevación de muchos campanarios de iglesia, y la misma pirámide de Teotihuacán no será mucho más baja; pero aquella masa resulta inmensa, la obra de cantería excelente, y grande la ingenuidad que la construcción revela. Enterradas en la roca desde la cual se levanta la pirámide, hállanse una serie

de cámaras sepulcrales, la mayor de las cuales, casi debajo del vértice de la pirámide, se encontró vacía. En otra, que tiene el techo en bóveda construido con mucho trabajo y cuidado, formado de un monolito de basalto azul y negro, cuidadosamente bruñado y ad-

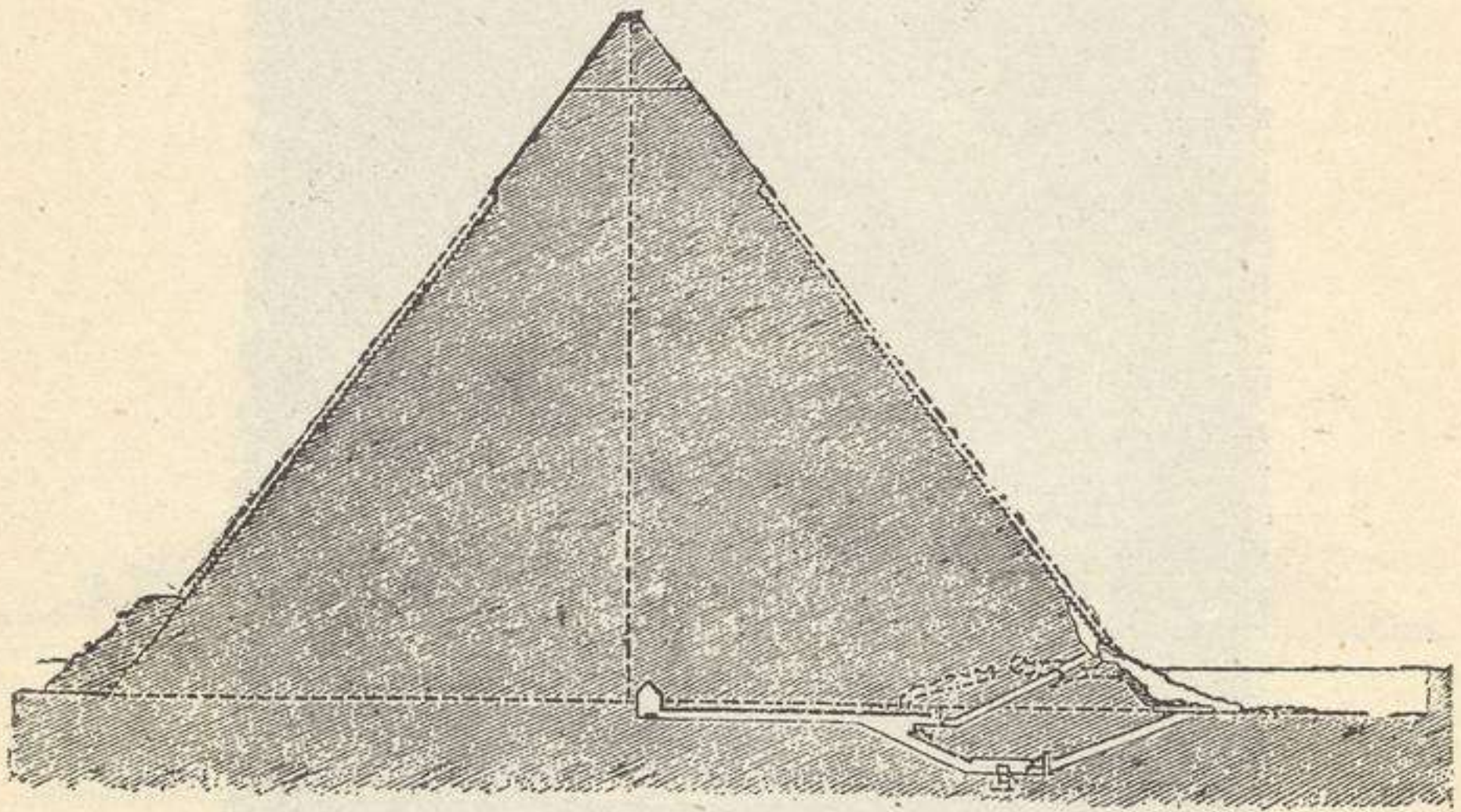


CÁMARA SEPULCRAL DE LA TERCERA PIRÁMIDE

mirablemente esculpido, que al exterior tiene 8 pies de largo, 3 de altura y 3 de ancho, y en el interior forma un cuadrilongo de 2 pies por 6, se encontró el sarcófago del rey Menkaura, á quien la tradición señala como su constructor, y en este sarcófago se halló el féretro de madera del monarca, cuyo nombre es-

taba escrito en la cubierta. Estas cámaras se correspondían por dos largos corredores, y aun existe un tercer paso que, al parecer, se usó antes de concluirse el monumento. Aunque la cámara sepulcral fué excavada en la roca, se la pavimentó y decoró con losas de sólido granito, sujetas con grapas de hierro. Este sarcófago, que por desgracia se ha perdido, pesaba 3 toneladas.

La segunda pirámide está situada al Nordeste de la tercera, dista de ella cerca de 183 metros, y forma



SECCIÓN DE LA SEGUNDA PIRÁMIDE

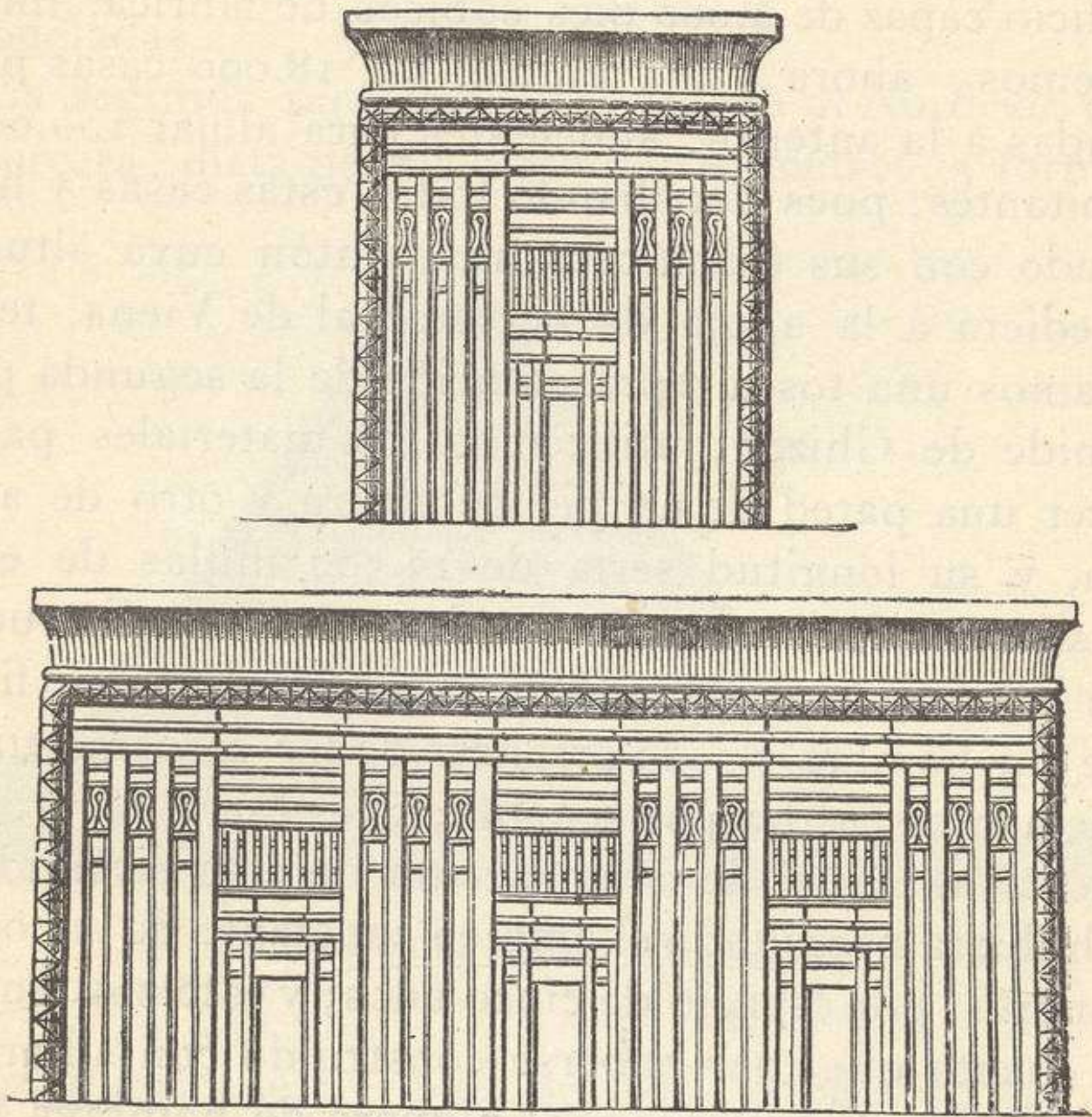
un cuadrado de 707 pies de lado, cubriendo así un área de unos once acres y medio, próximamente el doble del mayor edificio que Roma ha construido, el Coliseo. Los lados se elevan en ángulo de  $52^{\circ} 10'$ , y su altura perpendicular es de 454 pies, ó sean 50 pies más que las agujas de la catedral de Salisbury; su masa cúbica se calcula en 71.670.000 pies, y su peso en 5.309.000 toneladas. Estas cifras, á pesar de su grande importancia, no dan á la generalidad de los lectores una idea de la realidad de aquellos monumentos,



realidad que para hacerse comprensible necesita de comparaciones. Supongamos una casa edificada con sólidos materiales de piedra, muros de 1 pie de espesor, 20 pies de frente y 30 de profundidad; que estos muros tengan 24 pies de altura y 6 de cimientos; que las paredes medianeras ocupen una tercera parte de la extensión total, y el resultado sería un edificio capaz de 4.000 pies cúbicos de fábrica. Imaginemos, ahora, una ciudad de 18.000 casas parecidas á la anterior, suficientes para alojar 100.000 habitantes; pues derribando todas estas casas y haciendo con sus escombros un montón cuya altura excediera á la aguja de la catedral de Viena, tendríamos una tosca representación de la segunda pirámide de Ghizeh; utilicemos los materiales para hacer una pared de un pie de altura y otro de ancho, y su longitud sería de 13.500 millas de extensión, es decir, alcanzaria á dar más de media vuelta á la tierra por el Ecuador: supongamos, por fin, que un hombre pueda arrancar de las canteras una tonelada de piedra por semana; pues bien, para obtener el material de construcción de esta pirámide, se hubiera necesitado el empleo constante de 20.000 hombres, por espacio de cinco años; y esto sin tener en cuenta que, por haberse construido con sillares de grandes dimensiones, el número de hombres ha debido ser mucho mayor.

La construcción interior de la segunda pirámide está menos acabada que la de la tercera, aunque no ofrece con ella grandes diferencias. Dos galerías conducen á la cámara sepulcral, situada también debajo del vértice y en la base de la pirámide: una de ellas empieza á unos 50 pies de la base, á mitad del lado Norte, y la otra algo fuera de la base, en el

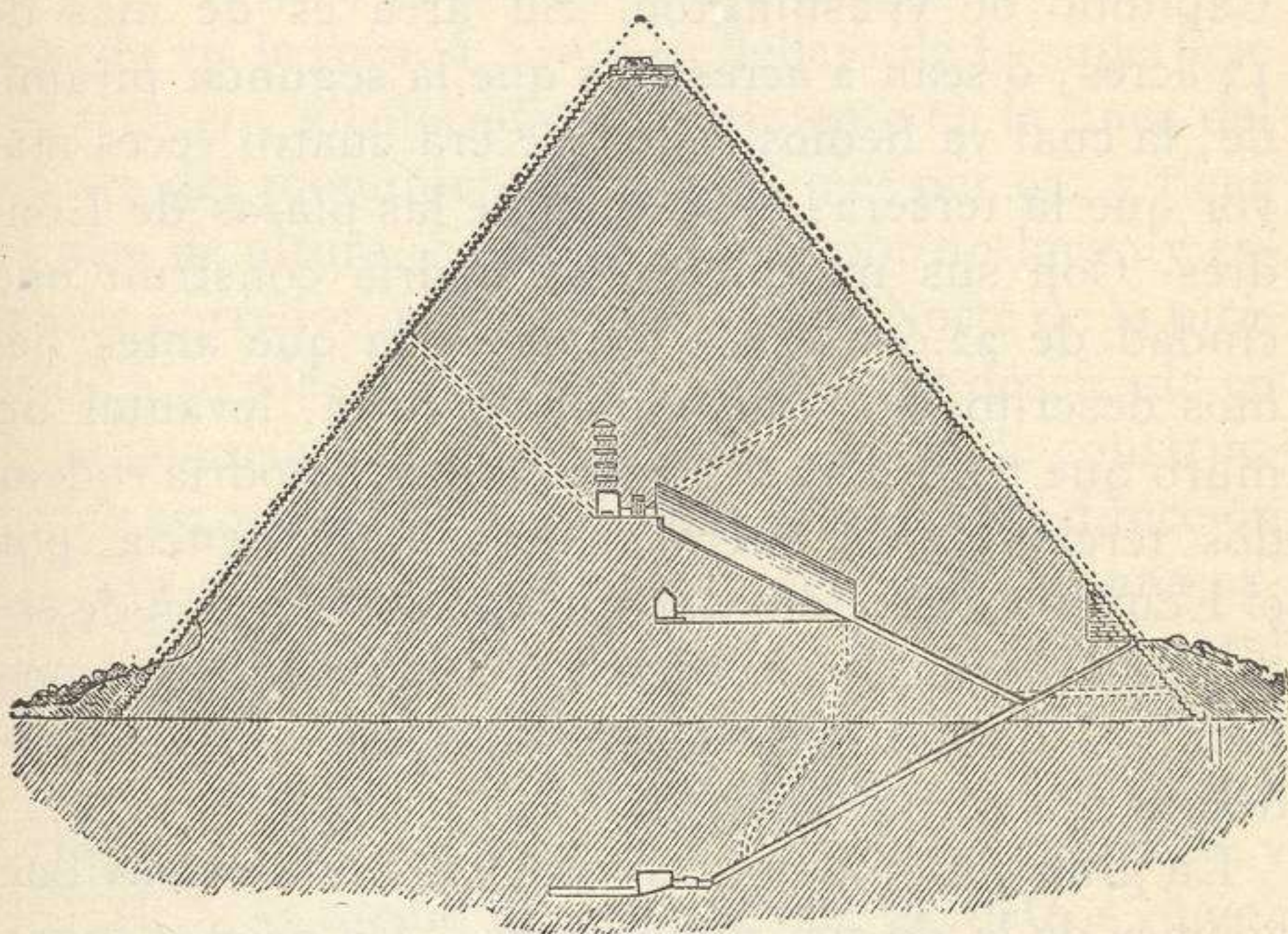
pavimento, al pie de la pirámide. La primera galería se construyó con materiales de la pirámide en una longitud de 110 pies y con una inclinación de  $25^{\circ} 55'$ , siguiendo luego en línea horizontal y como túnel que atraviesa la roca sobre la cual se edificó la pirámide. La segunda galería está toda ella tallada en la roca; empieza con un declive de  $21^{\circ} 40'$  en una extensión de



SARCÓFAGO DE MICERINOS

100 pies; sigue en línea horizontal 50 pies más; y luego en un trayecto de 96 pies sube dulcemente hasta unirse con la primera galería á mitad de camino, entre la cámara sepulcral y el interior de la pirámide. La cámara sepulcral fué casi por entero excavada en la roca viva, debajo de la pirámide; pero se cubrió con sólidas piedras la base, unidas en ángulo. Esta

cámara, que mide 46 pies de longitud, 16 de anchura, y 22 de altura en su centro, contenía un sencillo sarcófago de granito, sin inscripción de ninguna clase, de 8 pies y medio de largo, por 3 y medio de ancho y 3 de alto. Al descubrirle no se encontró en el sarcófago ningún féretro, ni en la pirámide ninguna inscripción que nos revelara el nombre de su poseedor. Podemos, sin embargo, admitir sin temor que



SECCIÓN DE LA GRAN PIRÁMIDE

perteneciera al rey á quien la tradición constante ha señalado, ó sea al inmediato predecesor de Menkaura.

Llegamos, por fin, á la gran pirámide, la cual, como dice Lenormant, «por lo menos con respecto á su masa, es la más prodigiosa de todas las construcciones humanas.» «La gran pirámide» ó la «primera pirámide de Ghizeh», como indistintamente se la llama, está situada al Nordeste de la segunda, y dista de ella unos 183 metros. Cada lado de la base

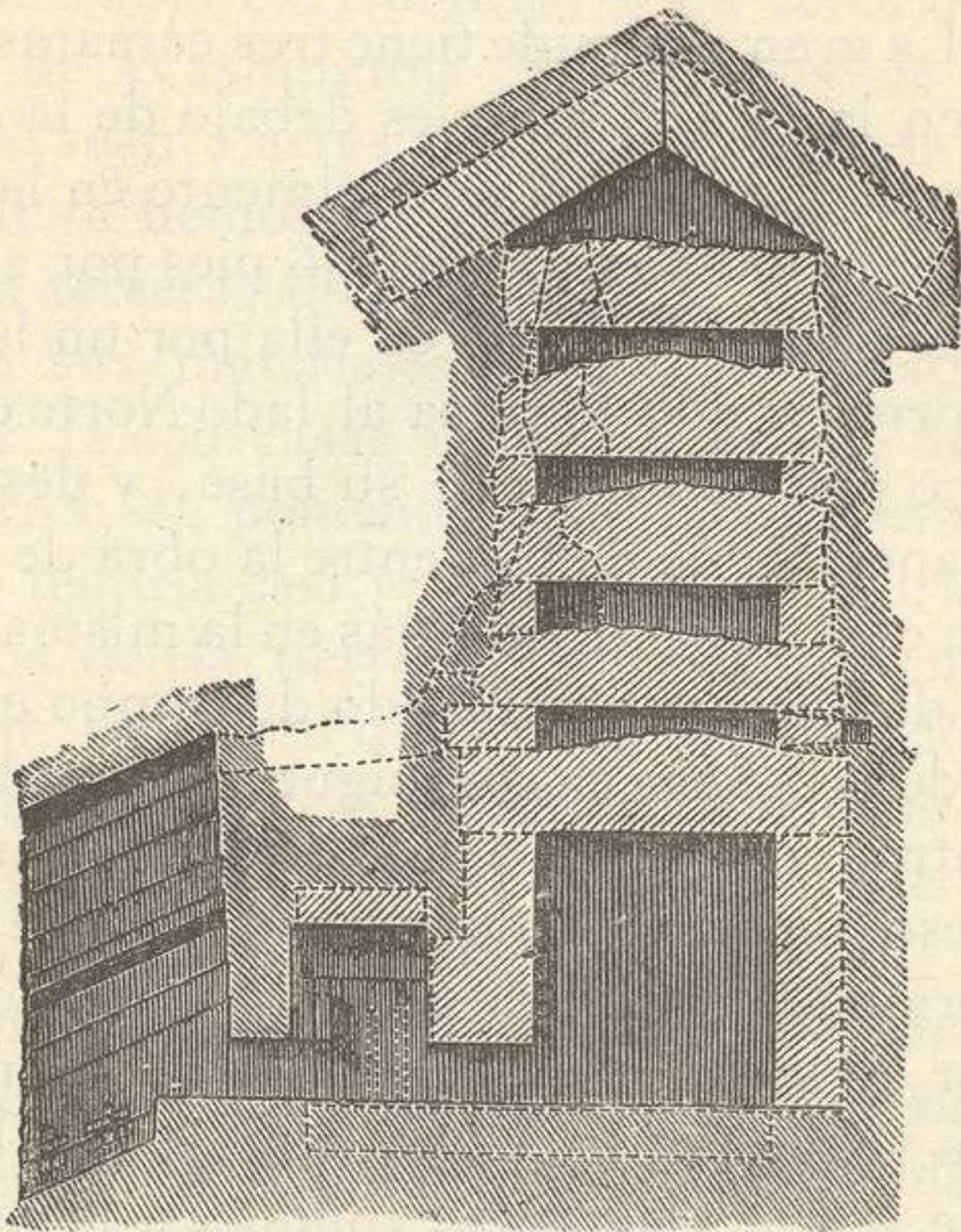
tenía originariamente 764 pies, ó sean 57 pies más que los lados de la segunda pirámide. Su altura perpendicular excedía de 480 pies; su contenido cúbico de 89.000.000 de pies; y el peso de su masa de 6.840.000 toneladas; de modo que en altura sobrepasaba en 6 pies á la catedral de Strasburgo, en 30 á San Pedro de Roma, en 50 á San Esteban de Viena, en 120 á San Pablo en Londres, y en cerca de 200 al Capitolio de Washington. Su área es de más de 13 acres, ó sean 2 acres más que la segunda pirámide, la cual ya hemos visto que era cuatro veces mayor que la tercera, ó que una de las plazas de Londres. Con sus materiales, se podría construir una ciudad de 22.000 casas iguales á la que antes hemos descrito, ó, poniéndolos en línea, levantar un muro que tendría casi 17.000 millas y podría rodear dos tercios de la tierra en su circunferencia por el Ecuador. Herodoto dijo que la construcción de esta pirámide requirió el trabajo continuo de 100.000 hombres durante veinte años, cálculo que los modernos no creen exagerado.

La gran pirámide ofrece muchas otras maravillas además de la de sus dimensiones. En primer lugar forma una masa maciza de piedra formada con sillares: muchos de los de la base tienen 30 pies de largo por 5 de alto y 4 ó 5 de ancho; algunos son monolitos de 600 á 750 pies cúbicos, y pesan de 46 á 57 toneladas; los de granito que cubren la cámara sepulcral superior tienen casi 19 pies de largo por 2 de ancho y 3 ó 4 de alto; las piedras que protegen el techo de esta cámara, y las de entrada de la galería tienen iguales masas; y, en general, los sillares exteriores de la pirámide son de dimensiones tales, que difícilmente los constructores modernos querrian utili-

zarlos, y eso que sus dimensiones disminuyen á medida que va elevándose la pirámide. La masa del interior está formada por piedras relativamente pequeñas, pero cuidadosamente talladas y cuadradas para que se junten con precisión.

Además, existen los corredores, la galería larga, los pozos ventiladores y las cámaras sepulcrales, todos dignos de ser estudiados, y muchos de ellos sorprendentes. La gran pirámide tiene tres cámaras: una enterrada en la roca á 120 pies debajo de la superficie del terreno, y colocada verticalmente en la línea del vértice del monumento; mide 46 pies por 27, y tiene 11 pies de altura. Se entra en ella por un largo y estrecho corredor que empieza al lado Norte de la pirámide á 70 pies de altura de su base, y desciende en una distancia de 36 metros entre la obra de construcción y en otra de 64 metros más en la misma dirección á través de la roca, cambiando de rumbo en una extensión de 8 metros en que sigue la línea horizontal hasta entrar en la cámara. Las otras dos cámaras tienen acceso por un corredor ascendente que se separa del anterior á distancia de 27 metros de la entrada, y sube por en medio de la pirámide 36 metros, hasta que á su vez se divide en dos. Una galería baja horizontal de 110 pies de largo, conduce á la cámara llamada de la «Reina», estancia de 19 pies de largo por 17 de ancho, cubierta por sillares unidos en ángulo á la altura de 20 pies en el centro; y otra galería más larga y elevada continúa en una extensión de 150 pies en la línea del corredor ascendente, para unirse luego con un pequeño paso horizontal que conduce á la cámara del «Rey». En ella se encontró un sarcófago atribuido al rey Khufu, porque su nombre estaba escrito en varios sitios dentro de la misma cámara.

La construcción de esta cámara, verdadero centro del monumento, es singularmente notable. Consiste en una sala de 34 pies de largo, 17 de ancho y 19 de alto, compuesta sólo de grandes sillares de lúcido granito, unidos con mucho cuidado, siendo especialmente admirable la formación del techo. En primer lugar, está cubierta la cámara por 9 enormes



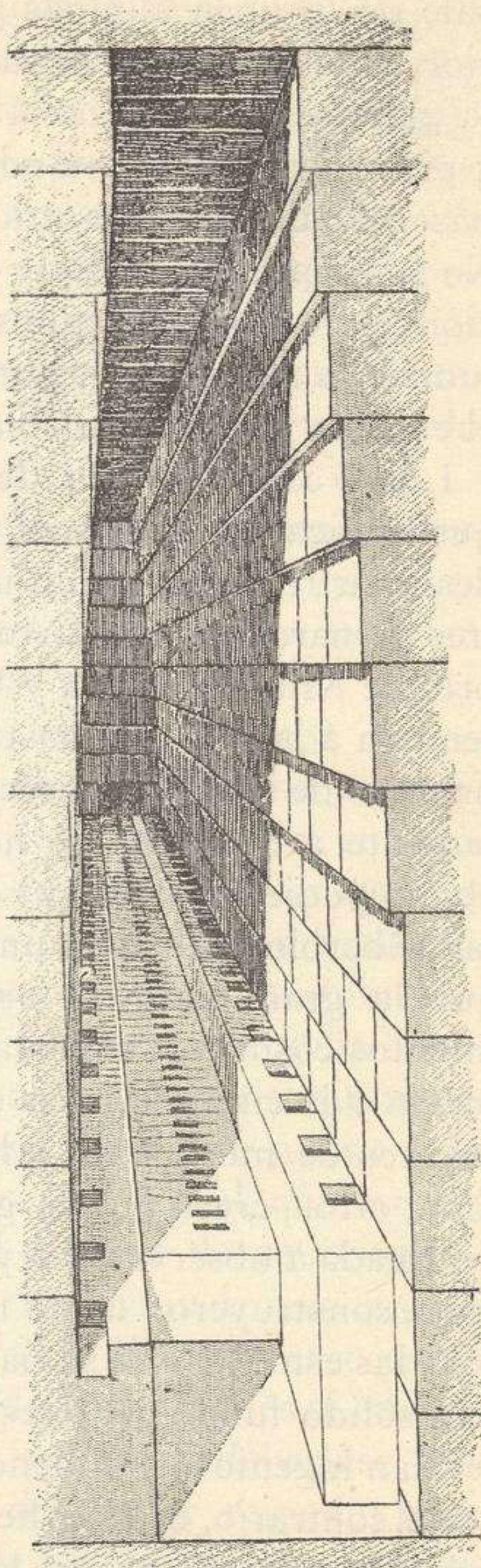
CÁMARA DEL REY Y TECHOS QUE LA PROTEGEN EN LA GRAN PIRÁMIDE

sillares, de 19 pies de largo y 4 de ancho, que se juntan sobre las paredes cubriéndolas: encima de estos sillares hay una cámara baja, revestida de igual manera, construcción que se repite cuatro veces sucesivas, y después queda una quinta apertura triangular, revestida también por otros enormes sillares que se juntan en ángulo, sustentándose el uno al

otro. El objeto de todos estos techos y agujeros, se dirige á aminorar y distribuir mejor el peso del monumento encima de la cámara, impidiendo que ésta pueda ser aplastada por la masa de materiales suspendidos sobre su techo; y se ha realizado de tal manera que, después de cuarenta siglos, sigue todavía entera, sin haberse cuarteado un muro ni movido una sola piedra.

Además, de la cámara grande salen dos pozos ventiladores ó canales de aire, abiertos en los lados Norte y Sur de la pirámide, que tienen respectivamente 233 y 194 pies: estos pozos son cuadrados, de 6 á 9 pulgadas de lado, y sirven perfectamente para el objeto con que fueron construídos.

Es también curiosa la construcción de la galería grande: tiene de largo 150 pies, subiendo en ángulo de  $26^{\circ} 18'$ ; una anchura de 5 pies; y más de 30 de altura; los muros laterales están formados



GALERÍA DE LA GRAN PIRÁMIDE

por siete cuerpos de piedra, cada uno de los cuales sale de la línea algunas pulgadas más que su anterior, y de esta suerte se va estrechando gradualmente la galería, hasta llegar á su extremo, que sólo tiene 4 pies de anchura, estando cubierta por piedras que pasan de una parte á otra y se apoyan en los muros. No se ha podido explicar el objeto de esta construcción; pero supónese que servía para mantener el volumen de aire fresco y puro del interior, aumentando el espacio por donde debía circular.

Los «constructores de las Pirámides», ó reyes que edificaron estos tres monumentos acabados de describir, fueron, según unánime tradición del país, tres monarcas consecutivos que figuran con los nombres de Khufu, Shafra y Menkaura. Estos reyes pertenecen á la cuarta dinastía de Manetón, y Khufu, el primero de los tres, parece haber sucedido inmediatamente á Sneferu. Se ha querido investigar, qué objeto pudieron tener sus constructores para levantar tan soberbios edificios: unos, pretenden nada menos, que la gran pirámide encierra notables descubrimientos cósmicos, como la dimensión exacta del diámetro y la circunferencia de la tierra, la longitud de un arco de meridiano, y la verdadera unidad de medida; otros, creen que la gran obra de Khufu estuvo destinada á observatorio, y que los canales ventiladores se construyeron como telescopios para observar el sol y las estrellas. No se ha probado, empero, que tengan sólido fundamento estas suposiciones (que sólo revelan ingenio más ó menos agudo en sus autores) y, por el contrario, el único hecho, sobradamente reconocido como cierto, es que las pirámides fueron edificadas para servir de sepulcros donde se conservasen las momias de los reyes y personas notables del Egipto.



Cuando fueron descubiertas sus cámaras, halláronse en el interior varios sarcófagos, y dentro de uno de éstos un féretro, el cual tenía una inscripción que demostraba haber sido encerrado allí, en tiempos pasados, el cuerpo de un rey. Si algo más fuera necesario, añadiríamos que todas las pirámides de Egipto—y ya hemos dicho que existen mas de 60—fueron construidas con idéntico objeto, y que todas ellas están situadas en la gran necrópolis ó cementerio, al lado opuesto á Memphis, en donde es sabido que los habitantes enterraban sus muertos.

Parece extraño que á Khufu se le ocurriera la gran idea de construir un edificio que tuviese dos veces la altura, cinco veces el área y diez veces la masa de los mayores de su época; pero como por regla general la arquitectura no avanza á saltos (aunque aquí nos ofrece el caso de un repentino y extraordinario progreso, que no tiene semejante en otra parte), ha querido darse la explicación de esto, suponiendo que las pirámides se edificaban gradualmente, y que sus proporciones indican la duración del reinado de cada monarca, pues éste solía construir su cámara sepulcral con una pequeña pirámide encima, y cada año la revestía con una nueva faja exterior de piedra; de modo que por el número de estas capas podía sacarse el de años de su reinado, como de los anillos circulares de un tronco puede deducirse la edad de un árbol. En este caso, ninguna gran idea hubiera tenido Khufu; pues si edificó la mayor de las pirámides egipcias, deberíase tan sólo á que fué el monarca de mayor reinado; mas ocurre que, con excepción de la tercera pirámide, se ve en estos monumentos la unidad de proyecto, que implica la necesidad de que el arquitecto concibiera

su conjunto total antes de empezarlos. En efecto todas las medidas son proporcionadas; en la gran pirámide la cámara principal no habría requerido la construcción de los cinco huecos de sostén, si no se hubiese calculado el enorme peso que debía gravitar encima. Además, ¿cómo puede concebirse que en los últimos años de un monarca decrepito, se terminaran esas pirámides cubriéndolas con enormes sillares de piedra, los mayores empleados en su construcción, y los más difíciles de colocar por lo avanzado de la obra? ¿Y qué diremos de su última cubierta? Cada pirámide ofrecía una superficie lisa en sus cuatro lados, obra final que por sí sola requería gran número de años de trabajo. ¿Acaso su rey propietario lo encomendaba á sus sucesores? Si tal hubiese hecho, de seguro habríamos hallado sin concluir todos estos monumentos.

Debemos suponer, por tanto, que Khufu concibió un plan sin precedentes, y llamó á su arquitecto para que le construyera un sepulcro que dejara muy atrás á los que existían, y que nunca pudiera ser sobrepujado ó igualado. Esto revela bien el carácter del rey de pensamiento elevado y ambición intensa, unidos á un desordenado egoísmo, orgullosa vanagloria, y completa insensibilidad para los sufrimientos ajenos, pues no de otra suerte hubiera aprobado el proyecto que le presentó su maestro constructor. Este proyecto, que comprendía el empleo de enormes sillares de piedra, su conducción á una altura de 100 pies sobre la cima de una montaña, y aun muchas veces su colocación á otra superior altura de 450 pies, debía traer consigo (considerando las circunstancias del tiempo) tal cúmulo de dolor y sufrimientos, que ningún rey que tuviese en cuenta la felicidad de sus súb-

ditos podía consentir su realización. Khufu debió, pues, condenar á sus súbditos á gran número de años de trabajo (veinte según Herodoto) para realizar una obra completamente improductiva, hecha entre suspiros y lamentos, sin otro objeto que el de su gloria y la supuesta segura conservación de su cadáver. Shafra hizo casi lo mismo, y de aquí se deriva la mala reputación que tuvieron los constructores de las pirámides, cuyos nombres han pasado á la posteridad como los de reyes mal intencionados é impíos, que descuidaron el servicio de los dioses en provecho de su vanidad, y, mientras pudieron exaltarse á sí propios, olvidaron por completo el pueblo á quien oprimían; no pudiendo alegarse siquiera en abono de su conducta la débil razón de que oprimieron á esclavos, extranjeros ó prisioneros de guerra, pues el Egipto no era un país conquistador, ni abundaban los prisioneros de guerra, ni eran comunes los esclavos; antes bien los obreros empleados por los constructores de las pirámides eran súbditos libres, sobre cuyas espaldas se hizo gravitar aquel duro servicio.

Sólo por una Némesis justiciera los reyes han dejado de lograr el objeto propuesto, para cuya realización cerraban sus corazones á las quejas de sus súbditos. Ciertamente han logrado transmitir sus nombres á remotas edades, mas sólo como tiranos y opresores: si para el mundo tienen fama, son también para el mundo infames; y no han conseguido el objeto propuesto, que tanto deseaban, de conservar su cuerpo.

Que ningún monumento nos dé esperanza,  
Desde que vemos no queda de Cheops un átomo de polvo,  
dice el satírico Byron; y es un hecho exacto que,

mientras millares de momias enterradas en sepulcros comunes han sido respetadas hasta nuestros días, la misma grandeza de las pirámides llamó la atención de los violadores, é hizo que se abrieran los monumentos, se robaran los sarcófagos, y se esparcieran á los cuatro vientos los restos humanos que custodiaban. Sin embargo, cualesquiera que sean las ideas que las pirámides despierten con respecto á los sufrimientos que su edificación causara, siempre serán dignas de nuestra admiración. Un gran autor declara que, «al examinar el interior de la gran pirámide, sorprende el maravilloso trabajo mecánico que su construcción revela. Los inmensos sillares de granito llevados desde Siena á distancia de 500 millas, están bruñidos cual si fueran cristales, y se unen con perfección tal, que difícilmente pueden verse las juntas. Más maravillosa es aún la suma de conocimientos arquitectónicos que revelan la construcción de los huecos de descarga sobre el techo de la sala principal, la pendiente de las galerías inclinadas, la apertura de los pozos ventiladores, y, sobre todo, el plan del edificio; y con tal precisión está ejecutada la obra, que á pesar de su inmenso peso, no hay la menor fracción de pulgada que revele haber hecho el menor movimiento al tomar lo que vulgarmente se dice su asiento. Nada se ha construido desde entonces con tal perfección mecánica»<sup>1</sup>.

Es, en verdad, magnífico el efecto arquitectónico de las dos grandes pirámides. Al empezar á contemplarlas no causan gran impresión, porque, por la misma ley de su conjunto, una pirámide nunca parece tan grande como es, desvía la vista en todas direcciones, y engaña á la observación; pero á medida

1 Fergusson, *History of Architecture*, vol. I, pág. 91, 92.

que el espectador se fija en ella y prolonga su examen, va penetrándose de lo que es realmente una pirámide. La inmensidad de la masa, su solidez y estabilidad, la simétrica armonía de sus líneas, su perfecta sencillez y falta de ornato, despiertan en el que la contempla una idea de grandeza y majestad, un sentimiento de asombro y respeto, que difícilmente produciría ninguna otra obra humana. En todos tiempos han expresado los viajeros su gran admiración por las pirámides; Herodoto no vió nada parecido, excepto quizás en Babilonia; asombraron á Germánico que tan bien conocía los edificios de Roma; hicieron que Napoleón pronunciara la frase: «Soldados, desde lo alto de las pirámides cuarenta siglos os contemplan»; Grecia y Roma las contaron como una de las siete maravillas del mundo; y aun los modernos casi han llegado á dudar si realmente eran obra humana; pues si bien encierran sólo un elemento arquitectónico, este elemento es tan perfecto y grande, que no ha sido sobrepujado ni probablemente lo será jamás.

Estas consideraciones se refieren especialmente á la primera y segunda pirámide, pues la tercera no es obra de tan extraordinaria grandeza. Su conjunto no es mayor que el de la principal pirámide de Saccharah, que nunca ha llamado mucho la atención; y su altura tampoco excede gran cosa al principal templo mejicano. Además, las piedras que componen esta pirámide no son tan pesadas, porque se trataba más bien de construir un edificio bello que un edificio grande. Estaba cubierta desde la mitad de su altura con sillares de granito rojo de Siena, sesgados en los extremos, como todavía se ven en dos lados del monumento. Su entrada por la parte Norte era apa-

rente y aun ofrece indicios de haber tenido ornamentos de metal incrustados en la piedra; la cámara sepulcral estaba admirablemente revestida y cubierta, y el sarcófago muy bien esculpido. Menkaura, su constructor, no fué considerado como rey opresor ó tirano, sino como un monarca afable y religioso, á quien los dioses trataron mal concediéndole un reinado de corta duración. Bien indica su carácter la inscripción puesta en el féretro que contenía sus restos: «¡Oh Osiris!»—decía—«rey del Alto y Bajo Egipto, Menkaura, que vives eternamente, engendrado por el cielo, nacido de Nut, sustancia de Seb; tu madre Nut se extiende sobre ti en nombre del abismo celeste. Te vuelve divino destruyendo todos tus enemigos, ¡oh rey Menkaura, que vives eternamente!»

La costumbre de enterrar en pirámides duró hasta el final de la sexta dinastía de Manetón; pero ninguno de los monarcas posteriores hizo obras que pudieran rivalizar con las grandes de Khufu y Shafra. Las tumbas de sus sucesores eran monumentos de regulares dimensiones, y no suponen que para construirlas se oprimiera al pueblo; antes al contrario, debieron mejorar su condición aumentando los salarios; y en verdad que los restos que de aquella época subsisten pintan de una manera grata la condición de todas las clases sociales: La nación vive en paz y se dedica á acrecentar sus productos; aumenta la riqueza de los nobles y mejora la posición de sus servidores; los esclavos son pocos, y los artesanos de todas clases, encuentran trabajo: las esculturas de la época no representan ya á los obreros amenazados con el bastón; parece que todos se dedican á sus tareas con alegría y buen humor: aran,

cavan y siegan; conducen ganado y asnos; aventan y almacenan el grano; recogen la uva y la pisan al compás de sus canciones; se agrupan en los lugares ó en las eras donde los animales pisan el grano; recogen lotos; salvan el ganado de la inundación; cazan y pescan; y todo lo hacen con tan buena voluntad y alegría, que bien indican su contento. Pudo tener esta medalla un mal reverso mientras Khufu y Shafra ocuparon el trono; pero estos reyes, de carácter triste y cruel, parecen haber sido en Egipto la excepción más bien que la regla; fuera de ellos el código moral que reclama de los monarcas la bondad hacia sus súbditos, fué cumplido por aquellos monarcas, y tuvo influencia en la conducta de las masas populares. «Es feliz la nación que no tiene historia.» Durante esta Edad de oro el Egipto no fué víctima de ninguna agresión en sus fronteras, ni á su vez se entregó tampoco á ninguna guerra de conquista; sólo hizo alguna excursión contra los negros del Sur, ó castigó á los nómadas del Este, para asegurar la tranquilidad en aquellas regiones, y no perder sus virtudes guerreras por falta de ejercicio. Con estas excepciones, no se alteró la tranquilidad, y las energías nacionales pudieron encaminarse á aumentar su prosperidad material y el progreso de las artes.

Entre las maravillas de Egipto, quizás ninguna sobrepuja á la Esfinge. Este sér misterioso, animal con cabeza humana y cuerpo de león, es representado con frecuencia en la ornamentación de los edificios arquitectónicos de Egipto; pero el que se encuentra delante de la segunda pirámide y que se supone ser contemporáneo de ella, asombra al viajero con sus gigantescas proporciones. Lo llaman los Árabes Abul-hól, el padre del terror; tiene más de 100 pies de

largo, y ha sido tallado en parte en la roca viva de las montañas libicas. Entre sus tendidas patas se cobijaba un pequeño templo descubierta en el año 1816, cuyos tres muros estaban formados por losas con inscripciones que indican su origen y destino.

Otro pequeño templo se halla detrás de la gran Esfinge, probablemente construido también por Shafra: está formado por grandes sillares de granito rojo, traídos de las inmediaciones de Siena y unidos con una limpieza sorprendente para los arquitectos modernos, que no conciben la clase de herramienta usada para obtener tan difícil resultado. De la gran Esfinge salen misteriosos corredores que comunican con la segunda pirámide, situada hacia el Occidente á 300 pies de distancia. Ante estas misteriosas galerías son inútiles las preguntas, y sin embargo, cada nuevo visitante añade nuevas cuestiones á las que sus antecesores dejaron sin resolver.

---

#### Á LA GRAN ESFINGE <sup>1</sup>

---

¿Desde cuándo, gigante centinela,  
Que guardas el sepulcro de tu dueño  
Con tu terrible aspecto, estás velando  
Del temeroso Egipto el hondo sueño?  
Del tiempo proceloso  
Tu silencio á salvarle sólo atiende,  
Cual perro que del amo cariñoso  
La triste tumba hasta morir defiende.

<sup>1</sup> Traducción libre del original inglés, que en este mismo sitio inserta la poesía que intentamos dar á conocer á nuestros lectores. Como anónima aparece en el original inglés, anónima dejamos también la traducción.





ARPISTA EGIPCIO

(Según una antigua pintura de las tumbas de Beni-Hasán, época de la VI dinastía.)



¿Angustiada tal vez piensas en vano  
De Edipo en la elevada inteligencia,  
Que á fiera esfinge adivinó el arcano,  
Destruyendo al lograrlo su existencia,  
Y como fruto de mentida ciencia  
Pretendes presentar al sér humano  
Nuevos enigmas, que ignorante y ciego  
Esclavo á tu poder le dejen luego?

¿Ó acaso temes con gemido ignoto  
Que entre la multitud que extraviaste  
Y á confusión terrible condenaste,  
Haya quien te comprenda y aniquile,  
Tu enigma sin virtud dejando roto?

En tus oscuros y pesados labios,  
Unidos con reposo perdurable,  
Creo ver la abrumadora pesadumbre  
De pensamiento oscuro é insondable  
Que no quieres descienda hasta la tierra  
Ni en su empuje violento  
Logre arrancarte á tu pesar el viento.

Maravillas terribles que se encierran  
En la inmensa pirámide guardadas  
Y sólo por los genios custodiadas,  
Que en sus desiertas cámaras sombrías,  
De su orgulloso dueño  
El ataúd conservan, esperando  
Que á despecho del tiempo y de la muerte  
El sueño secular rompa y despierte.

¡Ah! ¡Si tú hablar pudieras! ¡Si la historia  
Quisieras revelar de cuanto viste!  
De antiguos Faraones la memoria  
Que de la ciencia el sondear resiste;  
De Ptolomeos la tranquila gloria;  
De símbolos sagrados  
Los misterios vedados;  
El origen real de cada mito,  
Que de tosca y grosera vestidura

Se eleva hasta perderse en lo infinito;  
Apis, Annubis; el ignoto nombre  
Que tu templo guardaba;  
El dios de Filoé; desconocidos  
Misterios de Memnón, que en las arenas  
Del desierto conservan sus colosos;  
Nitocris, Osimandias,  
De pueblos y de reyes noble ejemplo;  
Grandezas y delirios de una reina  
Que alzóse en vida como diosa un templo,  
Haciendo conmover con su belleza,  
La única vez acaso,  
El corazón de César, y á su pueblo  
Con su trágica muerte y su locura  
Hundiendo para siempre en el ocaso;  
Toda la historia, en fin, de sus grandezas,  
De sus hondos dolores y alegrías,  
Que ante ti desplegó triste ó tranquilo  
El pueblo amado del sagrado Nilo.

## V

### NACIMIENTO DEL PODERÍO DE TEBAS, Y PRIMEROS REYES TEBANOS



HASTA aquí el Egipto había venido gobernándose desde una ciudad establecida en la unión del estrecho valle del Nilo con la ancha llanura del Delta, lugar representado por el moderno Cairo; pero después se verificó un cambio en la residencia del gobierno. Hay razones para creer que el Egipto se dividió en varios reinos, y que por algún tiempo diferentes dinastías gobernaron á la vez en distintas partes de la comarca. La debilidad y la decadencia fueron naturales secuelas de esta segregación; acabó el antiguo orden de cosas sobre el cual se estableció otro nuevo y con él también un nuevo poder. Á 350 millas de la capital, ó á más de 400 siguiendo el curso del río, se levantó el nuevo centro de aquel gran pueblo. Allí, cerca de los 26° de latitud, se extiende en ancha llanura el estrecho valle del Nilo, las montañas de ambos lados del río retroceden, como por mutuo acuerdo, y dejan entre su base y las riberas un amplio anfiteatro que es una verde llanura, terreno de aluvión rico y productivo, en el cual crecen el *dum* y las palmeras, unas

veces solas, otras reunidas en grupos ó alamedas; hacia el Oeste, la sierra líbica se levanta como enorme montaña á la altura de 1.200 pies; y por Oriente, la muralla del desierto conserva su nivel ordinario, aunque aparece entrecortada por llanuras que conducen á la costa del mar Rojo. Esta situación topográfica es favorable para el comercio: por una parte, se encuentra el camino más corto, á través del desierto de arena, para ir á los pequeños oasis que facilitan el tráfico con el interior africano; por otra, se abre el paso hacia el valle de Hammat, abundante en jaspes verdes y otras piedras raras y de valor, hacia el distrito que contiene minas de oro, plata y plomo, y de allí á la costa del mar Rojo, la cual desde tiempos muy antiguos estaba en comunicación con la costa de Arabia para importar gomas y especias.

Probablemente en los orígenes del Egipto habia existido ya en aquel sitio una ciudad de no escasa importancia, llamada por sus habitantes Apé ó Apiu, ó añadiéndole el artículo femenino, Tapé ó Tapiu, denominación que algunos interpretan «Ciudad de los tronos». Para los Griegos este nombre de «Tapé» se parecía al de «Tebai», de ellos muy conocido, por lo cual trasladaron esta denominación familiar de la Beocia al Egipto medio, y por ella la ciudad fué denominada Tebas por los extranjeros. Desde el principio fué capital de un *nomos* ó provincia: por su distancia de la corte adquirió cierto carácter propio, especial manera de ser y de pensar en religión, costumbres, lengua y escritura; todo lo cual, más aun que su aislamiento, contribuyó á separarla del Bajo y del Alto Egipto. Sin embargo, hasta la decadencia que produjo al reino del Norte su interior debilidad, y la disgregación de los pueblos del Delta

y de otras partes, no decidió Tebas afirmarse y reclamar su independiente soberanía, objeto que, al parecer, logró sin recurrir á las armas. Los reinos del Norte, reconociendo su propia impotencia, la dejaron vivir en paz, y permitieron que el poder naciente se desarrollara sin trabas ni obstáculos.

El primer monarca tebano conocido es cierto Antef ó Enantef, cuyo féretro fué descubierto en el año 1827 por unos árabes, cerca de Gurnah, al Oeste de Tebas. Llevaba la momia diadema real; y una inscripción en la cubierta de la caja declaraba que el cuerpo en ella encerrado pertenecía á «Antef, rey de *los dos Egiptos*.» No obstante que esta frase implica el dominio sobre toda la comarca, semejante soberanía debió ser tan nominal como la que sobre Francia é Inglaterra ejercieron los reyes ingleses desde Eduardo IV á Jorge III. El dominio de Antef se extendió por el Sur quizás hasta la isla elefantina, y por el Norte no debió pasar de Coptos: era un jefe local que se presentaba como un gran soberano, aunque probablemente no tuvo intención de engañar ni á sus contemporáneos ni á la posteridad; y por más que su nombre aparece en algunas de las listas dinásticas de Egipto, no tenemos de él otro monumento que el antes mencionado.

Á Antef I sucedió Mentu-hotep I, monarca más desconocido, si cabe, puesto que sólo sabemos su nombre por la «tabla de Karnak». Á este príncipe le sucede otro, del cual tenemos ya importantes noticias: Antef-aa ó Antef «el Grande», nieto, al parecer, del primer Antef, y una especie de Nemrod Egipcio á quien divertía sobre todo la caza. El monumento sepulcral de Antef-aa nos muestra al monarca de pie en medio de sus perros, que llevan collares con



sus nombres grabados en la cinta. Estos perros son en número de cuatro y tienen distinto tipo: el primero se llama *Mahut* ó «Antilope», y tiene las orejas caídas, las piernas largas y gruesas; parece un perro para cazar zorras, y sin duda alguna fué fuerte y ligero, aunque no tan ligero como su nombre indica; el segundo se denomina *Abakaru*, nombre de significado desconocido; tiene las orejas puntiagudas, hocico largo y cola rizada; alguien lo ha comparado con el perro *spitz* alemán, pero más bien parece ser un animal congénere próximo del chacal, y tipo al cual los perros vuelven cuando se les deja criar sueltos ó en estado salvaje; el tercero se llama *Pahats* ó *Kamu*, es decir, «negro», animal pesado y parecido al mastín, con la oreja pequeña, redonda y caída, la nariz chata, pecho grande y piernas gruesas: supuso el difunto Dr. Birch que este perro podía haber sido empleado por Antef-aa para cazar leones; pero más creemos que fuese perro de vigilancia para espantar los ladrones, y aun sospechamos que el artista lo pintó sentado para indicar que su ocupación no era la de la caza, sino la de guardar la puerta de su amo; y el cuarto perro, que lleva el nombre de *Tekal* y pasea por entre las piernas del dueño, tiene las orejas cortadas: se ha dicho que parece un perro dálmata, pero esto no es seguro, pues no se le reconoce ninguna particularidad de tal, y en su conjunto más parece un perro doméstico<sup>1</sup> de la casta de lebreles, especial favorita de su dueño. Los perros de Antef-aa tenían un guardián, vigilante de la jauría, cuyo retrato figura en la tabla sepulcral detrás del monarca, y lleva el nombre de Tekenru.

1 Mr. A. D. Barlett, F. Z. S., en las *Transactions of the Society of Biblical Archaeology*, vol. IV, pág. 195.



El monarca cazador fué enterrado en un sepulcro que consistía en una pirámide de ladrillo crudo, de muy humilde aspecto, y que sólo contiene una cámara sepulcral con el monumento que acabamos de describir. La leyenda del epitafio declara que fué erigido á la memoria de Antef «el Grande», hijo del Sol, rey del Alto y Bajo Egipto, en el año cincuenta de su reinado.

Otros Mentu-hoteps y otros Antefs continuaron la serie de reyes tebanos, reinando en paz y sin gloria, y no dejando huella de sus hechos, aunque probablemente debieron aumentar la prosperidad material de su país, y le prepararon el camino para elevarle á la grandeza que luego colocó á Tebas en el lugar más preeminente de la historia egipcia. Ocupóse la actividad de estos monarcas en realizar proyectos útiles para su patria: uno de ellos abrió pozos en el valle de Hammamat para que pudieran encontrar agua las caravanas que iban de Coptos al mar Rojo; otro, estableció fortines militares en el valle, para proteger el comercio y las canteras egipcias; más tarde, otro rey llamado Sankh-ka-ra construyó una flota en el mar Rojo para abrir directas comunicaciones con la tierra sagrada de Punt, región de odoríferas gomas y extraños animales, como jirafas, panteras, leopardos, cinocéfalos y monos de larga cola. Dúdase si «Punt» era la Arabia Feliz ó la comarca de los Somalis; pero, en cualquier caso, hallábase muy abajo del golfo, y sólo se llegaba á ella después de un viaje de muchos días.

Esta dinastía de los Antefs y Mentu-hoteps concluyó con Sankh-ka-ra y fué seguida por otra, en la cual casi todos los nombres de sus monarcas fueron Usurtasen y Amenemhat: es la duodécima dinastía

de Manetón; el tiempo de su gobierno se señala como la época más feliz de la historia egipcia; y forma la segunda fase de aquella civilización, fase que muchos consideran como eclipsadora de las glorias de la anterior. La primera civilización había subordinado el pueblo al monarca, y se dirigía especialmente á eternizar la memoria y consagrar el poder y la grandeza de sus reyes, uno tras otro; la segunda tuvo por objeto primario el provecho y la ventaja del pueblo; fué utilitaria, benéfica, dirigida más á lo real que á lo aparente, elevada en sus propósitos, próspera en sus resultados. Los juiciosos monarcas de este tiempo no quisieron, como los primeros reyes, consagrar su actividad y sus recursos á la construcción de eternas memorias propias, que en forma de monumentos «alcanzaran al cielo»; sino que los emplearon en obras útiles, en la excavación de pozos y cisternas, en la construcción de caminos, en estimular al comercio, y en desarrollar la vasta riqueza agrícola de la comarca. También custodiaron con cuidado las fronteras; fueron á castigar las tribus hostiles; evitaron la invasión, estableciendo inexpugnables fortalezas en las posiciones más importantes; y protegieron el arte, dedicándose más á construir templos que sepulcros, y adornándolos no sólo con relieves y estatuas, sino con el nuevo ornato arquitectónico de los obeliscos, forma delicada y la más á propósito para aquella región.

Debemos dedicar algunas palabras al fundador de la dinastía XII: Amenemhat I encontró á Tebas presa de la anarquía; la guerra civil devastaba las provincias; se habían olvidado las tradiciones de la antigüedad; los nobles peleaban entre sí; se oprimía á los pobres; no había seguridad en vidas ni haciendas;

«no había estabilidad de fortuna ni para el ignorante ni para el ilustrado»: el mismo rey, después de haberse retirado una noche á descansar, vióse atacado en su propia cámara; despertóle el fragor de las armas, y, levantándose, tomó las suyas para atacar á los contrarios; éstos huyeron, y, sorprendidos al cometer el atentado contra el monarca, no se atrevieron á resistir, dando á la vez prueba de su traición y de su cobardía. Amenemhat no dejó ya las armas hasta que hubo vencido á todos sus rivales, y así tomó por conquista el trono. Cuando fué reconocido como rey, gobernó con moderación y equidad; «auxilió al humilde y robusteció al débil»; «consoló al afligido y calmó sus gritos de dolor»; no permitió que nadie sufriera hambre ó sed; y las órdenes dadas á sus empleados fueron tales, que continuamente aumentaron el amor del pueblo hacia su monarca. Al mismo tiempo fué guerrero muy activo: «marchó á las fronteras del Imperio para guardarlas mejor», y personalmente condujo á sus soldados á la lucha, armado con el *khopesh* ó espada egipcia; hizo la guerra á los Petti ó arqueros de la Libia interior, á los Sakti ó Asiáticos, á los Maxyes ó Mazyes del Noroeste, y á los Ua-uat y otras tribus negras del Sur, sin que le animara el deseo de conquista, sino simplemente el de proteger su propia frontera; y con el mismo objeto construyó hacia el Nordeste una muralla ó fortaleza para contener á los Sakti, que continuamente acosaban á los pobladores del Delta oriental con sus incursiones.

Las guerras de Amenemhat I prueban cuánto había mejorado en su tiempo la situación de Tebas: de pequeño reino situado en remota parte de Egipto

y contenido por dos ó más reinos rivales en el valle del Bajo Egipto y en el Delta, llegó á convertirse en un Imperio que dominó toda la comarca desde la isla Elefantina hasta el Mediterráneo. «Envié mis mensajeros arriba, á Abú (Elefantina), y mis correos abajo, á Athu (lagos de la costa)», dice el monarca á su hijo en sus «Instrucciones», la obra literaria más antigua, escrita por un rey, que haya llegado hasta nosotros; y no hay razón alguna que permita poner en duda sus afirmaciones. Solamente en el Delta pudo haberse puesto en contacto con los Mazyes ó los Sakti, y un rey de Tebas no podía dominar aquella región sin tener al mismo tiempo todo el valle inferior del Nilo, desde Coptos hasta Memphis. Así, pues, debemos creer que bajo la duodécima dinastía el Egipto se había consolidado en una sola nación, gobernada no desde Memphis, sino desde otro punto más interno, Tebas.

Amenemhat I es el único rey egipcio que se vanagloria de sus cacerías: «Cazé al león» dice «y cogí al cocodrilo»; y aunque no se encuentran leones en Egipto en nuestros días, ni se les halla más que en el valle del Nilo hacia el Norte del paraje donde se junta con el último tributario, el Atbara, antiguamente parece que los leones poblaban el desierto á ambos lados del río. El emperador de Roma, Adriano, cazó uno cerca de Alejandria, y en los monumentos se ven leones domesticados y utilizados en la caza por los antiguos habitantes del país, tanto que algunas veces hasta iban con sus dueños á los campos de batalla. Nada sabemos de la manera como Amenemhat cazaba al rey de los animales, pero podemos presumir que sería parecida á la que más tarde se empleó en la Asiria. Allí se valían de perros y batidores para

levantar al león en los campos, y á su paso el rey y sus servidores le disparaban nubes de flechas, ó contenían su embestida con espadas y lanzas. Respecto al cocodrilo, le atacaban algunas veces en el agua, y los cazadores que iban en barcas lo alanceaban hiriéndole en la parte donde la cabeza se une á la espina dorsal; pero Amenemhat no debió seguir este sistema porque habría matado instantáneamente al animal, y él nos dice que «lo llevaba sujeto á su casa». Probablemente usaba el método descrito por Herodoto como más general en su tiempo: cebábase un garfio con un pedazo de cerdo y se echaba al río en un punto desde el cual la corriente lo llevase hasta la mitad del cauce; luego se colocaba un cerdo vivo junto á la orilla, apaleándole para que chillara todo lo posible; el cocodrilo, al oír los gritos, acudía al punto donde sonaban, y encontrando el pedazo de cerdo lo engullía; los pescadores tiraban entonces de la cuerda que sujetaba el garfio, y á pesar de la resistencia del animal, lo sacaban á la orilla. De esta suerte el rey podía aprisionar los cocodrilos, y llevarlos en triunfo á su capital para que los viera el pueblo.

Después de haber reinado como único monarca por espacio de veinte años, Amenemhat elevó á su hijo mayor, Usurtasen, á la dignidad real, asociándole al gobierno. Usurtasen era un príncipe de brillante porvenir. «Hizo prosperar los negocios de su padre; era como un dios sin temores; antes que él nadie existió que se le pareciera. Hábil en los negocios, liberal en sus mandatos, logró de todas maneras la prosperidad del Egipto.» Grandes fueron su valor y sus condiciones guerreras: ya en tiempos de su padre se habia distinguido en los combates que tuvo que librar contra los Petti y los Sakti: sentado luego

en el trono, hizo la guerra á las tribus cushitas, que vivian en las fronteras meridionales del Egipto, utilizando los servicios de un general llamado Ameni, pero también tomando personalmente parte activa en la campaña. En este remoto periodo eran aún muy débiles é insignificantes estos Cushitas ó Etiopes que más tarde fueron tan peligrosos vecinos del Egipto.

El primer Usurtasen se hizo especialmente célebre por sus esculturas y sus obras arquitectónicas: Tebas, Abydos, Heliópolis ú On, el Fayum y el Delta sintieron por igual los efectos de su actividad y guardan aún restos de sus obras. En Tebas, edificó hasta su conclusión la *naos* del gran templo de Ammón, convertido en tiempos posteriores en santuario interno del edificio, y considerado como parte tan sagrada, que, cuando Thothmes III reedificó y ensanchó el templo, conservó la construcción de Usurtasen, limitándose á sustituir con granito lo que antes era de piedra caliza: en Abydos y otras ciudades del Egipto Medio, edificó templos adornados con esculturas, inscripciones y estatuas colosales; en Tanis, erigió su propia estatua real sentada en el trono; y en el Fayum elevó en honor de Ammón, Phthah y Mentu, el obelisco de 41 pies de altura que se encuentra caído por tierra en el villorrio árabe de Begig. Encuéntranse también señales de su prodigiosa actividad en el Wady Magharah (península del Sinai), y en el Wady Halfa, sobre la segunda catarata de la Nubia; pero su mayor y mejor obra fué la construcción del gran templo del Sol en Heliópolis, enorme dedo levantado hacia el cielo, y que, como primera muestra de sus extrañas y místicas maravillas, saluda al viajero cuando llega

al Egipto desde el Oriente. Empezó el rey este templo en el tercer año de su reinado: después de consultar á los nobles y consejeros, expidió su solemne decreto: «Está acordado, dijo, realizar la obra; su majestad desea llevarla á cabo; que el superintendente la ejecute en la forma deseada; que los empleados en ella vigilen; que vean si se trabaja sin descanso; que se celebren las necesarias ceremonias, y se erija el querido templo.» Entonces se levantó el rey, llevando la diadema con la doble pluma, y todos los presentes le siguieron. Leyó el escriba el libro sagrado, tendió la medida de cuerda, y echó los cimientos en el sitio que el edificio debía ocupar. Este fué grandioso; pero ha quedado totalmente destruido por la cruel mano del tiempo y la barbarie de los conquistadores. Nada resta de todas sus glorias, excepto un agudo obelisco de granito rojo que se eleva en los verdes campos de Matariyeh, si ya no cubierto de oro, todavía reflejando en su extremidad los primeros y los últimos rayos solares, mientras las abejas forman sus panales en los trazos de los jeroglíficos esculpidos sobre la piedra.

Después de haber reinado Usurtasen diez años en compañía de su padre y treinta y dos solo, asocióse á su hijo Amenemhat II, quien tres años más tarde quedó como único rey de Egipto. Aunque su reinado fué largo, en nada se distinguió que pueda llamar nuestra atención; siguió el ejemplo de sus predecesores asociando un hijo suyo al trono, hijo que le sucedió más tarde y que se llamó Usurtasen II. Corresponde á esta época un acontecimiento interesante, y es la recepción por uno de sus altos dignatarios, de una gran familia ó tribu de emigrantes semitas del Asia, que solicitaron permiso para establecerse de un modo

permanente en el feraz Egipto, bajo la protección de su poderoso monarca. Treinta y siete Amu, hombres, mujeres y niños se presentan en la corte que el gran rey ha reunido cerca de las fronteras orientales, y le ofrecen su homenaje, solicitando el honor de ser oídos. Preséntanse los hombres envueltos en largas túnicas de varios colores, y llevan sandalias diferentes de las egipcias, que mejor parecen zapatos abiertos con varias orejas: arcos, flechas, lanzas y mazas son sus armas. Uno de ellos toca una lira de siete cuerdas por medio de un plectro; siguen luego cuatro mujeres que llevan cintas en la cabeza, túnicas hasta la rodilla, brazaletes en el tobillo, y el pie desnudo; junto á las mujeres marcha un joven armado con una lanza, y le preceden dos niños sentados en una cesta que lleva un borrico: otro animal llevando una lanza, un escudo y una cesta, precede al hombre que toca la lira. El gran empleado de la corte, cuyo nombre es Khnum-hotep, recibe á los extranjeros acompañado por un criado que lleva sus sandalias y bastón, y va seguido por tres perros, y el escriba Neferhotep desenrolla delante de su amo una tira de papyrus, en la cual se leen las siguientes palabras: «Año sexto del reinado del monarca Usurtasen Sha-Kheprra: relación del Amu que, en vida de su jefe Khnumhotep, le presentó el mineral *mastemut*, de la comarca del Pit-shu: en junto son treinta y siete personas». Créese que el mineral *mastemut* era una especie de antimonio usado para teñir la piel al rededor de los ojos, aumentando así su belleza. Además de este ofrecimiento, el caudillo de la tribu, que se titula *Khak* ó «príncipe» y se llama Abusha, presenta á Khnum-hotep una magnífica cabra montés de la raza que aun se encuentra en las montañas del Sinai; lleva



el caudillo un vestido más rico que el de sus compañeros, adornado con una franja y un dibujo ondulado al rededor del cuello. Esta escena se había tenido como exacta ilustración de la ida á Egipto de la familia de Jacob (*Gén.*, XLVI, 28-34), y hasta llegóse á creer por algunos que representaba tal suceso; pero la fecha de la llegada de Abusha es muy anterior á la de la familia de Jacob; el número apenas pasa de la mitad del de los inmigrantes Hebreos; sus nombres no concuerdan; y está ya reconocido por todos que esta escena sólo ofrece el interés especial de su dibujo.

Diez y nueve años reinó Usurtasen II, y no parece que se hubiese asociado á ningún hijo; habiéndole sucedido otro Usurtasen, probablemente sobrino. Este tercer Usurtasen fué un monarca conquistador que exaltó el poder y la gloria del Egipto mucho más que los restantes dominadores del antiguo Imperio. En el octavo año de reinado empezó sus operaciones militares, saliendo en el mes Epiphi ó Mayo, de Elefantina, en dirección al Sur, con la intención decidida (consignada por escrito en las rocas de aquella isla) de reducir por siempre á la obediencia la miserable comarca de Cush. Realizó su objeto en esta expedición, pues en el mismo año construyó dos fuertes en ambas riberas del Nilo, y levantó dos columnas con inscripciones mandando á las razas negras que no pasaran al Norte, excepto cuando quisieran importar á Egipto carneros, bueyes, cabras ó borricos. Aun se conservan los restos de estas fortalezas en las orillas del río, en la segunda catarata, y llevan los nombres de Koommeh y Semneh: subsisten como macizas construcciones, edificadas con numerosos sillares cuadrados, de granito y asperón, cimentadas

en lo alto de dos rocas que se levantan perpendicularmente junto al río. Después de estos comienzos, siguió Usurtasen, desde el octavo hasta el décimosexto año de su reinado, haciendo la guerra con perseverancia y ferocidad en el distrito intermedio del Nilo y mar Rojo, matando hombres, quemando cosechas, llevándose niños y mujeres, y perpetuando el recuerdo de estas correrías en columnas de piedra, donde quedó grabada la relación de sus hazañas. Más tarde, en el año décimonono, hizo una última expedición para completar la conquista de los miserables Kashi, dejando en Abydos el recuerdo de su victoria.

Como consecuencias de estas excursiones avanzaron las fronteras del Egipto en una extensión de 150 millas hacia el Sur, adelantándolas de hecho desde la primera catarata hasta rebasar la segunda: Usurtasen trazó en este periodo la línea divisoria entre el Egipto y la Etiopia, casi en el mismo sitio donde en 1885 el gobierno inglés separó el Egipto del Sudán. Este límite es artificial porque no está fijado por ningún gran río, pero de seguro es el más conveniente que puede hallarse entre Assuán (Siena) y Khartun. Por su conquista, aumentó considerablemente la gloria de Usurtasen, y convirtióle en héroe del antiguo Imperio: uniéronse á su nombre mil leyendas, que, atribuidas luego á Sesostris, se hicieron populares por los trovadores egipcios: convirtieron á Usurtasen en gigante de más de 7 pies de altura, que conquistó no sólo toda la Etiopia sino también la Europa y el Asia; dijose que se hallaban columnas con su nombre en Palestina, Asia Menor, Scitia y Francia; que había dejado una colonia en Colchis ó Cólquide, la ciudad del Vellochino de oro; que había abierto todos los canales egipcios, inventado la

geometria, construido colosos de 50 pies de altura: resultó, en fin, el monarca más grande que gobernó al Egipto desde los tiempos de Osiris.

Sin duda fueron pura fantasía la mayor parte de estas narraciones; pero sirven, sin embargo, para establecer el hecho de que, con Usurtasen III, las glorias militares del antiguo Imperio egipcio llegaron á su mayor altura.

The history of the United States is a story of growth and change. From a small collection of colonies on the eastern coast, it grew into a vast nation that spans across continents. The early years were marked by struggle and hardship, but the spirit of independence and freedom led to the birth of a new nation. The American Revolution was a turning point, as the colonies declared their independence from Great Britain. This was followed by a period of growth and expansion, as the United States moved westward. The Civil War was a defining moment in the nation's history, as it fought to preserve the Union and end slavery. The Reconstruction era followed, as the nation sought to rebuild and reunite. The 20th century brought new challenges, including the Great Depression, World War II, and the Cold War. The United States emerged as a superpower, leading the world in science, technology, and culture. Today, the United States continues to evolve and shape the world.

## VI

### AMENEMHAT EL BUENO Y SUS OBRAS



EL gran río, al cual debe el Egipto su existencia, es, al mismo tiempo que la fuente de todas sus venturas, la causa de su mayor peligro. Crece con uniformidad desde un día fijo de cada año, de manera que se atrae la gratitud y la admiración humanas, y continúa elevándose pausadamente durante varios meses, hasta que se extiende por toda la tierra de aquella comarca, y la cubre de un fresco abono de riquísimo aluvión, asegurando así al país perpetua é inagotable fertilidad. Es tan perfecto el orden de la naturaleza, que de año en año la altura de la crecida apenas varía un pie; de modo que en la actualidad es exactamente la misma que vió el primer Faraón, al ofrecer libaciones al dios del río desde los diques que construyera en Memphis: mas aunque esta uniformidad es grande, interesante y sorprendente, no es absoluta. En algunas ocasiones (una vez cada dos ó tres siglos) son excesivas las lluvias en Abisinia, y el Nilo Azul y el Atbara llevan á la profunda y calma corriente del Nilo Blanco torrentes de agua turbia, que aumentan

sin cesar durante meses: parece que entonces se abren las cataratas del cielo, y cae la lluvia como si no debiera cesar nunca; y, cuando tal acontece, el río egipcio ofrece peligroso aspecto: crece y se eleva con rapidez, y se extiende hasta lamer la falda de las dos cordilleras; la calamidad es general; las alturas artificiales que protegen ciudades, aldeas y dehesas, se ven cubiertas, minadas ó arrastradas por la corriente; las casas, generalmente construidas de barro, y rara vez de mejores materiales que ladrillo crudo, caen arruinadas; ahóganse los ganados; los mismos habitantes sienten el peligro que les amenaza, y, refugiados en botes, huyen hacia las regiones del desierto que limitan el valle del Nilo por Levante y Poniente, en las cuales tampoco pueden vivir, pues por su esterilidad apenas sirven para mantener las pequeñas tribus errantes que ordinariamente las habitan. Si la excesiva crecida continúa durante mucho tiempo, millares ó millones de habitantes mueren de hambre; si cede rápidamente, vuelven á sus hogares para hallarlos desolados, perdido el ganado, destruidos sus efectos; y entonces, para vivir, se ven obligados á depender de algún rico que haya almacenado trigo en graneros no alcanzados por las aguas. Son excesivamente raros á la verdad, los desastres de este género; pero, cuando ocurren, tienen terribles consecuencias.

Más frecuente es la calamidad opuesta: una ó dos veces por siglo falta la lluvia en Abisinia, y, al llegar la época de la crecida, no aumenta el caudal del Nilo. Dirígense los ojos ansiosos á la perezosa corriente, ó consultan los nilómetros que reyes y principes han construído en su cauce para medir la crecida de las aguas; los habitantes de las regiones superiores co-

munican á los del valle sus esperanzas ó sus temores; tórnase cada pequeño aumento como heraldo de otro mayor, y esta agonía de lo indeciso se prolonga hasta haber pasado los «cien días» tradicionales de la crecida, y entonces no se ofrece ya duda ninguna de que el río empieza á bajar. La esperanza se trueca en desesperación: sólo se inundaron las tierras inmediatas á la ribera; y las que se hallaron á mayor distancia yacen secas y áridas durante todo el verano, sin que puedan producir una mata de hierba ó una espiga de grano; el hambre amenaza á los pobres, pues si no han podido previamente almacenar grandes cantidades de grano, ó no se obtienen de fuera, no queda á gran número de aquellas gentes más recurso que morir. Es tristísimo el recuerdo de estas hambres: en el año 457 de la Hégira (1064 de J. C.) empezó una de estas calamidades que duró siete años, y fué lo bastante terrible para imponer la necesidad de comer perros, gatos y aun carne humana; murieron todos los caballos del califa menos tres, y la familia real hubo de refugiarse en Siria. Abd-el-Latif describe en iguales términos otra hambre que él mismo presencié en el año 1199.

Hay motivos para creer que, durante la duodécima dinastía, ocurrió un desarreglo meteórico ó atmosférico en Abisinia y el Alto Egipto; quizás fué un desarreglo que participaba de ambas condiciones, pero por lo menos se refería á la atmósfera, como de ordinario suele suceder. Un empleado que sirvió al gobierno en el último período de aquella época, al enumerar en su epitafio los propios méritos, nos dice lo siguiente: «En mis días no había pobreza, ni se sufría aún en tiempos de hambre. Cultivé todas las tierras de Mah hasta sus límites septentrionales y meridio-

nales; satisfice á sus habitantes proporcionándoles alimentos, y nadie murió de necesidad. Repartí lo mismo á la viuda que á la mujer casada.» Según el difunto Dr. Bizch observó, «Egipto estaba sujeto de vez en cuando á sufrir hambres, y éstas eran tan importantes en la época de la duodécima dinastía, que llamaron poderosamente la atención y se recordaron por los príncipes ó señores hereditarios enterrados en Beni-Hassán. Durante esta dinastía tenemos también noticia, por las tumbas de Abydos, del nombramiento de superintendentes ó depositarios de graneros públicos, clase de funcionarios al parecer creada para subvenir á tales necesidades»<sup>1</sup>.

La miseria de los súbditos afligidos por aquella calamidad del hambre, hubo de llamar la atención del buen Amenemhat, deseoso de descubrir un sistema que remediara tales inconvenientes y evitara su repetición. En todas las comarcas dotadas de un caudal de agua deficiente, se impuso la necesidad de utilizarlo en la medida que la bondad de la naturaleza lo proporcionara, aunque rara vez hace falta lo absolutamente necesario. En general, existe en todos los países más agua de la que se necesita, debiéndose sólo su pérdida á la imprevisión ó á la apatía humanas. Algunas veces se han fecundado tierras secas conduciendo á ellas todos los arroyuelos y manantiales de las vecinas montañas, por medio de conductos subterráneos que preservaban el agua de la evaporación por efecto del sol; pues bien, prolongando estos conductos por millas y millas se consiguió utilizar, en beneficio de la irrigación, hasta la última gota del precioso fluido: tal es el sistema persa llamado *kareez* ó *kanat*. En otras partes se ha procurado conservar el

<sup>1</sup> *Records of the Past*, vol. XII, pág. 60.



abundante caudal de lluvia con que la naturaleza dota á la tierra en la primavera, depositándolo, para evitar que entrara en los cauces de los ríos y se perdiera por completo en el mar: con tal objeto se han construido enormes depósitos por mano del hombre, ó se han aprovechado las facilidades que la misma naturaleza ofrece en puntos convenientes para la detención del agua: se ha amurallado un valle con gruesos diques, dejando una cavidad capaz para muchos millones de litros, como se ha hecho en varios lugares del Norte de Inglaterra, aunque mejor para usos industriales que agrícolas, y cuando no, se han encontrado balsas y cisternas naturales, en cuyo seno se depositaba el excedente de los ríos en tiempos de su mayor crecida, para utilizarlo luego durante las sequías.

En Egipto es único el valle del Nilo, como es única la corriente de agua que lo ha formado y se desliza por su centro, creciendo y menguando sin cesar. Quizá le hubiera sido fácil al ingenioso egipcio haber puesto una barrera en el valle de Silsilis ó en Gebelein, y convertir así el Alto Egipto en inmenso depósito, siempre lleno y siempre capaz de suplir al Bajo Egipto en cantidad de agua suficiente para contrarrestar los efectos de una escasa inundación. Pero semejante plan sólo hubiera podido realizarse con un trabajo enorme, de construcción difícil, y que hubiera requerido el sacrificio de muchos centenares de millas cuadradas de territorio fértil y densamente habitado, con destino á mantenerle constantemente cubierto por un lago artificial. Además, bien sabían los Egipcios que un dique de tales condiciones nunca podía ser absolutamente seguro, y debían entrever que su ruptura hubiera destruido toda la co-

marca inferior. Por esta razón, tal vez, nunca se quiso aventurar Amenemhat á la realización de tan atrevido proyecto, y, para suplirla, buscó una depresión natural del terreno, que encontró en la cordillera líbica del Oeste del valle del Nilo, cerca de un grado Sur latitud de Memphis; depresión de gran profundidad y de mucha amplitud, de 50 millas de larga por 30 de ancha, y que abarcaba un área de 600 ó 700 millas cuadradas. Separábala del valle del Nilo una estrecha cordillera de 200 pies de altura, atravesada en dirección de Sudeste á Noroeste por una pequeña garganta que daba acceso á aquella depresión del terreno. Es posible que, en las mayores crecidas del río, el agua de la inundación pasara naturalmente al depósito por aquella garganta; y, aunque no fuera así, presentábase muy fácil y con muy poco trabajo la realización del proyecto de abrir un canal en medio de la garganta y dar libre acceso á las aguas del Nilo hasta la depresión, no tan sólo en las fuertes crecidas, sino anualmente, cuando la inundación alcanzaba cierta moderada altura. Esto fué lo que hizo Amenemhat: excavó un canal desde el brazo occidental del Nilo (el moderno Bahr Yousuf), junto á El-Lahoun; lo hizo pasar por la garganta, practicando en varios sitios profundas cortaduras en el fondo de la roca, y, por medio de un sistema de presas y compuertas, quedó dueño absoluto del agua para recoger ó repeler la inundación á voluntad y guardar el depósito cuando bajaran las aguas del río. Así tuvo siempre dentro del canal gran cantidad de agua depositada, mantenida á la mayor altura del Nilo y dispuesta á servir para ayuda de los cultivos, dentro y fuera de la depresión, con sólo abrir y cerrar las compuertas.

Hasta aquí marchamos sobre seguro. Un sabio francés creyó haber descubierto la dimensión exacta y el lugar que ocupaba el depósito de Amenemhat dentro de la depresión, pero este tema aun se discute y puede decirse que se halla *sub judice*. Mr. Linant de Bellefonds señaló este depósito en la parte Sudeste ó superior de la depresión, y extendido de Norte á Sur en sola una distancia de 14 millas, y de Este á Oeste entre 6 y 11. Supuso que hacia el Oeste y el Norte lo cerraban artificialmente dos largas líneas de dique, cuyos restos creyó encontrar, y señaló el área de 405.000.000 de metros cuadrados como la total del lago. Mr. Cope Whitehouse cree que se admitió libremente el agua en toda la depresión, y que ésta se llenaba, excepto en ciertas partes que sobresalían como islas, á causa de su altura de 150 y 200 pies. Supone que en algunos sitios alcanzaba la profundidad de 300 pies, y que el circuito de sus riberas debía ser de 300 á 500 millas. De desear es que una expedición científica esclarezca la investigación, y permita á los que estudian estos problemas comprender la extensión y la importancia de la gran obra de Amenemhat. Cualquiera que sea la explicación que se dé del lago Moeris, como este depósito fué llamado, es lo cierto que para los antiguos fué uno de los muchos problemas oscuros que les ofrecía aquella interesante región del Nilo. Herodoto añade á las varias maravillas de la comarca, la historia de dos estatuas sentadas que tenían dos pirámides por base, cuya altura excedía de 300 pies al nivel del lago, y un famoso laberinto del cual hablaremos en breve.

Cualesquiera que fuesen las dimensiones del depósito de Amenemhat, debe reconocerse que fué una

grande obra emprendida especialmente en beneficio del pueblo al que producía grandes ventajas. Aunque aquel lago sólo tuviese las dimensiones señaladas por Mr. Bellefonds, habría contenido, según sus cálculos, agua suficiente para regar durante todo el año no sólo la parte septentrional y occidental del Fayum, sino para surtir durante seis meses todo el banco occidental del Nilo, desde Beni-Souef hasta la embocadura Canopea. Aun con esto hallarían grande alivio los pueblos en época de sequías; y si las dimensiones eran mayores, claro está que debían también aumentar los beneficios.

Aquel buen rey no podía contentarse simplemente con aumentar la producción del Egipto y evitar las calamidades que de vez en cuando lo asolaban; sino que, además, dió trabajo á mucha gente, empleándola en obras que no eran opresivas, para proporcionarles medios de vida y bienestar. Relacionada con sus obras hidráulicas en el Fayum, construyó una nueva especie de edificio, que aun después de muchos siglos era admirada como superior á las pirámides y descrita como el lugar más maravilloso de la tierra. Dijo de él Herodoto: <sup>1</sup> «Visité el sitio y lo hallé superior á toda descripción; pues si todos los muros y otros grandes trabajos de los Griegos se pudieran juntar en uno solo, no igualarian ni en esfuerzo ni en gasto á este laberinto, aun con ser los templos de Éfeso y de Samos edificios de tanta importancia. También las pirámides exceden á toda descripción y pueden con justicia compararse á las mayores obras griegas; pero el laberinto es superior á las pirámides. Tiene doce salones todos techados, con puertas exactamente opuestas una á otra, de las cuales seis miran

<sup>1</sup> *Euterpe*, cap. 148.

al Norte y seis al Sur; una sola muralla rodea el vasto edificio, que contiene dos clases de habitaciones, la mitad de ellas subterráneas, y las otras edificadas á la luz, encima de éstas; su número total asciende á 3.000 ó sean 1.500 de cada clase. Por mi propio vi y examiné las cámaras superiores, por lo cual hablo de ellas con perfecto conocimiento; de las subterráneas sólo puedo hablar de referencia, porque los guardianes del lugar no quieren enseñarlas, suponiendo que encierran los sepulcros de los reyes constructores del laberinto, y los de los cocodrilos sagrados. Así, sólo puedo hablar de ellas de oídas; pero con mis propios ojos vi las habitaciones altas, que considero superiores á todo otro trabajo humano; porque los corredores de las casas, y las varias revueltas de los senderos en los patios, excitaron grandemente mi admiración, pues no hacía más que pasar de patios á cámaras, de cámaras á galerías, de galerías á nuevas casas, y de éstas á otros patios que antes no había visto. Todos los techos eran de piedra, así como los muros; y todos los muros estaban esculpidos con figuras; cada patio estaba rodeado de una columnata en piedra blanca admirablemente trabajada. Á un extremo del laberinto se levanta una pirámide alta de 40 brazas, con grandes figuras grabadas en su exterior, y á la cual da acceso un paso subterráneo.»

Esta pirámide es probablemente la que examinaron Perring y Lepsius, que tiene una base de 300 pies y una elevación de cerca de 185. Fué construida con adobes mezclados con mucha paja, unidos con argamasa: el mismo material se empleó en gran parte del laberinto, aunque muchas de sus columnas eran de granito rojo y algunas quizá de pórfido. Es casi seguro que se construyera este edificio como mauso-

leo para los cocodrilos sagrados, y que gradualmente fué ensanchándose; pues aunque se encuentra en la pirámide el nombre de Amenemhat, éste fué simplemente el primer fundador. El número y la semejanza de los patios hizo que los extranjeros los confundieran con facilidad, y de aquí derivóse el nombre de laberinto, dado al edificio, pues la intención de sus constructores no era la de engañar ó confundir á nadie dentro de sus muros.

El nombre real que adoptó, según costumbre, Amenemhat al subir al trono, fué Ra-n-mat, «Sol de justicia» ó «Sol de rectitud», y este título indica su deseo de afirmar su reputación de justo y equitativo. Quizá deba añadirse que el nombre dado por los Griegos á su gran trabajo fué *Moeris* ó sea «el querido». Con él se cierra el primer periodo de la grandeza tebana: amenazaba una tormenta y acercábanse días de luto; pero todavía el Egipto disfrutó un periodo de progresivo y casi pacífico desarrollo. Ocupóse de su comercio, su arte, su religión y su agricultura; no codició las tierras de otros, ni vió las suyas por otros codiciadas: el mundo fuera de sus fronteras sólo supo de su reino, que era una tierra fértil y ordenada, á la cual en tiempo de hambre los demás pueblos podían acudir en busca de recursos.

## VII

### ABRAHAM EN EGIPTO



ENTONCES se declaró el hambre en la tierra de Canaán, y Abraham marchó á Egipto para permanecer en él» (*Gén.*, XII, 10). En la historia de la humanidad han ocurrido pocos acontecimientos tan interesantes como la visita descrita por el autor del Pentateuco en menos de doce palabras. El «padre de los fieles», el gran apóstol del monoteísmo, el errante viajero salido de la lejana «Ur de los Caldeos», conocedor de la babilónica grandeza, y de la babilónica perversión, y del babilónico despotismo, había abandonado su ciudad natal, adoptando las sencillas costumbres de un errante caudillo sirio, cuando por necesidad hubo de entablar relaciones con una segunda forma de civilización, una segunda monarquía poderosamente organizada, y durante algún tiempo residió en el pueblo que hacía siglos ocupaba el valle del Nilo. Obedeció al llamamiento que le llevó de Ur á Harán, de Harán á Damasco, de Damasco á las montañas de Canaán; se divorció de la vida y costumbres sociales; entregóse á las delicias de esa existencia errante y libre

que en todos tiempos ha seducido á tantos, y permaneció, no sabemos cuánto tiempo, en diversos lugares de Palestina, como jefe de una tribu rica en ganados y rebaños, que se trasladaba de un punto á otro movida sólo por su capricho. Puede asegurarse que á disgusto abandonó las verdes llanuras, las frescas brisas y los bosques de robles de Canaán—la tierra de promisión para él y sus descendientes—dirigiéndose por el camino del «desierto meridional» hacia el gran reino con el cual ni él ni su raza podían entablar nunca relaciones de sólida amistad. Sin embargo, era absoluta la necesidad que le obligaba á moverse: cuando por falta de las ordinarias lluvias de primavera, la sequia y el hambre se apoderaron de las altas llanuras de Palestina, sólo quedaba un recurso á sus antiguos moradores: sabían que el Egipto era tierra de abundancia, y que en él tenían su única esperanza, ya fuesen nómadas hebreos, guerreros hittitas, ó mercaderes fenicios. En las márgenes de su rio hallaban el sustento que en vano hubieran pedido á otras tierras, pues allí había graneros y almacenes, é imperaba un antiguo sistema por el que, tanto los ricos como los mismos reyes, depositaban el grano que servía de reserva en casos de necesidad. Entre los primeros servidores del Estado contábase el «jefe de los graneros públicos», cuyas atribuciones consistían en proveer, hasta donde fuese posible, á los indígenas y á los extranjeros, aliviando sus necesidades á la par que vigilando los intereses del real tesoro. (*Gén.*, XLVII, 13-26.)

Así Abraham, cuando vió que el hambre azotaba la tierra de Canaán, tomó el único acuerdo posible, de abandonar la Palestina y alcanzar por el camino del desierto la frontera egipcia. No sabemos á punto



cierto la compañía que llevaba consigo. Algunos años más tarde le encontramos á la cabeza de 318 hombres capaces de empuñar las armas, «servidores nacidos y educados en su casa», lo cual supone que tenía la jefatura de una tribu por lo menos de 1.200 individuos. Dificilmente podría asegurarse que entrara en Egipto con menor número. Esto ocurría antes de separarse de su sobrino Lot, cuya gente no era en mucho inferior á la suya; y además es de suponer que marchara con todos sus servidores, porque de otro modo hubiese condenado á morir de hambre á cuantos dejaran de seguirle, así como que organizaría una gran caravana, con asnos y camellos para llevar las provisiones y efectos domésticos, y que conduciría á las mujeres y á los niños en la forma que representa aunque en menor escala, la escultura de la llegada de Abusha. Dura fué la jornada por el desierto, que hubo de ocasionarle gran pérdida de ganados y otros animales; pero al final, en el séptimo ú octavo día, cuando ya empezaban á vaciarse los pellejos de agua, y los camellos cedían al rigor del escaso alimento y la dura fatiga, apareció en el lejano horizonte una línea baja y oscura, que pronto se convirtió en delicada faja, con varios puntos de esplendentes rayos de luz, como si estuviera sembrada de brillantes<sup>1</sup>. Entonces reconoció que ante los viajeros se extendían los campos, jardines, palacios y obeliscos del Egipto, el ancho río y la rica llanura del Nilo: y debieron todos los corazones conmoverse de alegría, y todas las rodillas doblarse para dar gracias al Altísimo, que los había llevado á la tierra de la abundancia á través de la grande y terrible soledad del desierto.

Mas luego embargó el espíritu del caudillo otra

<sup>1</sup> Tomado de Kinglake, *Eothen*, pág. 201.

nueva ansiedad. Dícenos la tradición que ya antes hubo de sufrir en Babilonia la violencia y la tiranía de los poderosos de la tierra, y que con gran dificultad escapó á un atentado contra su vida, dirigido por el mismo rey babilónico. Sin duda acudió á su memoria el recuerdo de este y otros peligros semejantes, y con este poco tranquilizador precedente debió sentir el temor del riesgo que corría en aquellas circunstancias, entregándose sin defensa á poderes irresponsables. Además era evidente que los Egipcios habian abandonado la antigua sencillez de los primeros tiempos, en que un príncipe se contentaba con una sola mujer, reemplazando la ley monógama por el corrompido sistema de la vida en el harén, que desde entonces tanto se ha arraigado en Oriente. Abraham conocia esto, por lo que le asaltó gran miedo «cuando se hallaba á la entrada del Egipto», y antes de pasar la frontera, dijo á su mujer Sara: «Considera que eres una mujer hermosa para ser admirada, y bien sé que cuando te vean los Egipcios, dirán: esta es su mujer. Entonces me matarán, pero tú quedarás con vida entre ellos.» En esta ocasión, inspirado por su astucia de oriental, que ciertamente no debe ser aplaudida, resolvió separarse de Sara, presentándola no como su mujer, sino como su hermana. En rigor, era medio hermana suya, pues luego manifestó á Abimelech (*Gén.*, XX, 12), que era hija de Terah y que estuvo casada con un medio hermano suyo.. «Te ruego, le dijo, que seas mi hermana; así conviene á entrambos, y mi alma vivirá para ti.» Consintió Sara, y sin duda se comunicó á todos los de la tribu el convenio, para que relataran lo mismo si fuesen preguntados.

Acercáronse entonces á la frontera. Por la historia

de Abusha, así como por noticias esparcidas en los papiros, sabemos el cuidado con que siempre se guardaban los confines orientales, y las precauciones tomadas para informar á la corte, cuando se presentaba en ellas alguna numerosa caravana de inmigrantes. El primer empleado en la frontera, Khnum-hotep ú otro que ocupase aquel cargo, recibiría á los recién llegados, sujetándoles á un interrogatorio, que los escribas consignaban en el papiro para enviarlo á la capital por medio de un correo. Mientras se esperaban las órdenes del monarca, quizás se recibirían otros informes de los empleados vecinos. En el caso presente, sabemos que varios «principes del Faraón quedaron sorprendidos por la belleza de Sara, y la recomendaron á su real señor, quien envió á buscarla y la tuvo en su propia casa.» También Abraham fué bien recibido y tratado con distinción «por causa de ella». Según Eupolemus, él y los suyos se establecieron en la ciudad sagrada de On ó Heliópolis; y allí, en el sitio donde la cultura y la religión tenían mayor desarrollo, vivió el Patriarca durante muchos años, y enseñó á los Egipcios las ciencias astronómica y aritmética. El autor del *Génesis* nada dice acerca del lugar de su residencia, pero confirma su bienestar material. «Por el amor de Sara, Faraón trató bien á Abraham: y éste tuvo corderos, y vacas, y asnos, y servidores, y criadas, y ella tuvo asnos y camellos.» El orden de estas cláusulas implica que todos estos dones fueron regalos del rey. El monarca agradecido prodigó á su cuñado todas las mercedes honoríficas que en aquellos tiempos solían concederse. Abraham fué «muy rico en ganado, en plata y en oro» (*Gén.*, XIII, 2). Distinguióse en el país, no sabemos por cuánto tiempo. Vivía separado de su mujer, pues

ésta se hallaba en el harén real, aunque él conservó el secreto y á nadie lo reveló. En apariencia estaba contento.

Sin embargo, andando el tiempo ocurrió un suceso grave. La desgracia entró en la real casa de una manera muy marcada, probablemente en la forma de enfermedad ó muerte. Convencióse el rey de que era objeto de la cólera divina, y buscó la causa racional que hubiese podido provocar sus sufrimientos. ¿Por qué había irritado á Dios? Quizá, según Josefo cree, los sacerdotes habian descubierto la verdad, manifestándole que se veía castigado por guardar en su serrallo la mujer de otro hombre; ó según otros afirman, Sara misma adivinó el origen de aquellas calamidades y confesó la verdad. De todas maneras, por uno ú otro medio fué descubierto el secreto; y el Faraón se apresuró á corregir su falta. Aunque encerrada en el harén, probablemente Sara se hallaba aún en el periodo de noviciado ó prueba, sujeta á las ceremonias de purificación que se requerian para completar las nupcias (Esther, II, 12); y por esta causa pudo ser restituida intacta. El Faraón envió á buscar á Abraham, le echó en cara su engaño, le señaló las malas consecuencias de su conducta, sin duda en términos severos, mandándole recoger á su mujer y marcharse del país. El hambre habia concluido, y por tanto no habia ya razón para detenerse allí más tiempo. Fuera de estas reconvencciones, no le impuso el Faraón ningún castigo. «Reunió la gente de Abraham y envióla fuera, y con él su mujer y *todo cuanto poseía.*»

Esta es la relación de lo que ha llegado hasta nosotros respecto á la permanencia de Abraham en Egipto. Podrá preguntársenos por qué la insertamos en

este lugar de la historia egipcia, á lo cual debemos responder, que teniendo en cuenta de una manera desapasionada las consideraciones cronológicas y de otro orden que se refieren al hecho, generalmente se ha creído que este suceso pertenece al actual período de aquella historia. No puede ser comprendido definitivamente en ningún reinado especial; pero los mejores críticos concuerdan con el juicio del canónico Cook, quien añade lo siguiente: «Por mi parte no me cabe duda de que Abraham visitara el Egipto en el tiempo que transcurrió entre la mitad de la undécima dinastía y la décimatercia, y probablemente mandando uno de los primeros Faraones de la duodécima <sup>1</sup>.»

No es esta la única entrada de Hebreos ú otros pueblos semitas en Egipto. Otros emigrantes de comarcas menos favorecidas, se fijaron frecuentemente con mirada codiciosa en el fértil Delta del Nilo, esperando hallar en su comarca mayor libertad de vida que en la propia. En época anterior, entró en Egipto, quizás procedente de Midián, cierto Amu con su familia compuesta de 37 personas: los niños iban montados en asnos, y todos pedían la protección del soberano reinante. También más tarde el Egipto recibió inmigrantes por sus fronteras del Nordeste, de la Siria y Norte de Arabia, cuando los nómadas de aquellas regiones dirigieron su vista al Sur, y contrastando con la pobre población de sus comarcas, hallaron una especie de «tierra de encantos, rica, culta é ilustrada», que quizás esperaron conquistar por la fuerza, y á la que fueron en demanda de asilo. Pronto veremos otras emigraciones de los hijos de Jacob, con todas sus familias. Con el

<sup>1</sup> Véase *Speaker's Commentary*, vol. I, pág. 447, col. 1.<sup>a</sup>

transcurso del tiempo, aumentaron de tal manera aquellos errantes Semitas, que llegaron á formar la mitad de la población del Delta, preparándolo así para someterse al yugo asiático y para recibir sus divinidades y su culto, como antes habían introducido el uso de gran número de palabras semitas en el idioma del Egipto.

## VIII

LA GRANDE INVASIÓN.—LOS HYKSÔS Ó REYES PASTORES.—

JOSÉ Y APEPI

**N**o se había puesto aún á dura prueba la intrepidez guerrera de los Egipcios, ni habían mostrado espíritu agresivo. Atraídos por las riquezas minerales de la península sináitica, estableciéronse en varios puntos de aquella región y sostuvieron accidentalmente algunas guerras con los indígenas, á quienes designaban con los nombres de *mena* ó *menti*; tuvieron, sin embargo, alguna que otra lucha de mayor importancia con las tribus del Sur, negras ó etíopes, las cuales dieron muestras de decidida superioridad sobre aquellos rudos bárbaros; pero hasta entonces no habían emprendido ninguna conquista de consideración, ni habían sido objeto de serios ataques. Las comarcas limitrofes estaban escasamente pobladas, y ni de las tribus berberies de la costa septentrional de África, ni de los nómadas sináiticos, ni siquiera de los negros meridionales con sus aliados los *miserables Cushitas*, eran de temer invasiones peligrosas. Egipto, pues, pudo entregarse por completo al cultivo de las artes de la paz, ya que no hubo de sufrir

la horrorosa calamidad, que á tantas naciones azota en su infancia: la lucha por la existencia, con bélicos y poderosos enemigos.

Llegó, por fin, la época de los grandes cambios. Habíanse iniciado entre los pueblos del Asia aquellos movimientos que amenazaban turbar la paz del mundo. Ashur se vió obligado á avanzar, abandonando la tierra de Shinar, y á buscar residencia más hacia el Norte, empujando, como es de suponer, á otras razas. En Elam surgió de repente aquel espíritu agresivo que formó las expediciones militares capitaneadas por los reyes elamitas, y que partiendo de las costas del golfo Pérsico terminaron en la Siria meridional y en Palestina. La emigración de las tribus que se trasladaron, con Terah y Abraham, del Ur al Harán y del Harán al Hebrón, no es más que una de tantas indicaciones de la inquietud de ese periodo. El creciente poderío de los Hittitas exigía un territorio más extenso para su libre expansión. Entonces fué probablemente cuando bajaron de las montañas de Capadocia á la región situada más allá del Taurus y del Amanus, en donde los vemos dominando en edades posteriores: este movimiento de los Hittitas desalojaría sin duda una población muy considerable de la Alta Siria, obligándola á emigrar hacia el Sur. No faltan señales de la presión ejercida en la frontera Nordeste del Egipto por Asiáticos necesitados de hogar, ya en los comienzos de la duodécima dinastía; y es probable que, mientras ésta reinó, dicha presión aumentara continuamente. De vez en cuando se permitía que los Asiáticos franqueasen la barrera de Amenemhat I, ya para vivir de paso en el país, ya para establecerse en él definitivamente. El Delta oriental estaba,



por decirlo así, más ó menos asiaticizado, y una gran parte de sus habitantes se inclinaba á recibir con amor nuevas invasiones del Asia.

Sólo ha llegado hasta nosotros un relato de las circunstancias de la gran invasión que hizo caer al Egipto bajo el yugo extranjero, relato que aunque procede del historiador indigena Manetón, llega directamente á nosotros por conducto de Josefo, en el cual no siempre se puede confiar cuando da cuenta de lo que otros escritores narraron. Manetón, según él, se expresa así: «Una vez había un rey de Egipto llamado Timæus, y habiendo nuestra nación ofendido á los dioses, no sé por qué causa, ciertos hombres de innoble raza, venidos de las regiones orientales, tuvieron el valor de invadir el país y, cayendo sobre nosotros y cogiéndonos desprevenidos, lo conquistaron todo sin dar una batalla. Después de la sumisión de los príncipes, se condujeron de la manera más bárbara con los habitantes todos, matando á algunos y reduciendo á la esclavitud á las mujeres é hijos de los restantes: además, aquellos salvajes incendiaron las ciudades y derribaron los templos de los dioses. Al fin, escogieron á uno de los suyos, llamado Salatis, y lo impusieron como rey. Salatis residía en Memphis, y en esta ciudad percibía tributo así del Alto como del Bajo Egipto, mientras colocaba guarniciones en los puntos más convenientes. Fortificó con sumo cuidado las fronteras, especialmente por el lado oriental, pues previó que los Asirios, gozando entonces de inmenso poderio, era fácil desearan á su vez enseñorearse de su reino.

Habiendo asimismo hallado una ciudad en la provincia sethroita y al Este del brazo bubástico del Nilo, que tenía una situación muy favorable y lleva-

ba el nombre de Avaris á causa de una antigua tradición teológica, la reedificó y reforzó su recinto con murallas de grande espesor, de cuya custodia estaba encargado un cuerpo de 240.000 hombres. Todos los veranos visitaba la plaza para cerciorarse de que se repartía con exactitud el trigo á sus soldados y se les entregaba religiosamente el sueldo, así como para presenciar y dirigir los ejercicios militares, á fin de que los extranjeros tuviesen á sus tropas el debido respeto.»

El rey Timæus no aparece en las listas de Manetón ni en los monumentos, no siendo tampoco posible determinar de otra manera la época de la invasión, más que diciendo, que acaeció en el intervalo de la duodécima á la décimoctava dinastía de Manetón. Los Egipcios caracterizaban á los invasores como *menti* ó *sati*; pero estos términos están tan vagamente empleados, que nada definido puede deducirse de ellos. Sin embargo, lo más probable es que el ejército invasor se compusiera, como el de Attila, de infinita variedad de razas — «una reunión de todas las hordas nómadas de Siria y Arabia» — que hicieron causa común contra un enemigo famoso por sus riquezas, deseando todas por igual establecerse en una tierra tenida por la más fértil del Oriente. Si hemos de creer á Manetón, una formidable oleada de hombres (más de 250.000) impetuosa, irresistible, inundó la comarca. Como por encanto se presentó un peligro fuera de toda previsión, peligro del cual no era posible librarse. Así los bárbaros del Norte, en innumerables millares, invadieron y destruyeron las provincias lejanas del Imperio romano; así debieron recorrer y destruir el Kashgar y el Kharism las hordas de Gengis Khan. La lucha era dema-

siado desigual para que tardara en decidirse. Egipto quedó postrado ante el invasor. Manetón dice que no hubo batalla, y fácilmente se comprende que, dado el estado de división del país, al que regían dos ó tres dinastías subordinadas y otra dinastía en Tebas, no podía alzarse un ejército capaz de hacer frente al enemigo en campo abierto. Los habitantes huyeron á las ciudades y trataron de defenderse detrás de sus murallas; pero fué en vano. Los muros de las ciudades egipcias más bien eran diques para contener las inundaciones, que baluartes para rechazar á un enemigo. En corto espacio de tiempo rindieron las fortalezas que habían resistido, pasaron á cuchillo á los hombres, esclavizaron á mujeres y niños, incendiaron las casas y demolieron miserablemente los templos. El espíritu iconoclasta poseía á los conquistadores: aborrecían á los dioses del Egipto y su culto; así que por dondequiera que pasaron no dejaron rastro de la civilización que allí había, con tanto mayor motivo cuanto que estaba profundamente impregnada de religión: cubrieron el suelo con ruinas de templos y santuarios, con fragmentos de estatuas y esfinges; suprimieron las costumbres y ceremonias religiosas, sin que, al parecer, las sustituyeran por otras en mucho tiempo. «El estudio de los monumentos», dice M. F. Lenormant, atestigua la realidad de las horrorosas devastaciones llevadas á cabo en los primeros momentos de la invasión. Con una excepción sola, todos los templos anteriores á este suceso han desaparecido, y no hay modo de encontrar sus huellas más que en las ruinas esparcidas aquí y allá, que llevan señales de destructora violencia. Imposible es formarse exacta idea de lo que en aquellos siglos sufrió Egipto con la destrucción de su pasado. El único

hecho que puede darse como cierto es, que ni siquiera un solo monumento de aquella desolada época ha llegado á nuestros días para decirnos qué fué del antiguo esplendor del Egipto durante la dominación de los Hyksôs. Es evidente que mientras reinaron las dinastías XV y XVI naufragó nuevamente la civilización egipcia, y á pesar de ser tan vigoroso, cesó de repente el impulso que recibiera, quedando interrumpida la serie de los monumentos, revelándonos con su mismo silencio el Egipto las calamidades que le despedazaron.»

Afortunadamente, no cubrió todo el país aquella terrible invasión. Al parecer, la ocupación del Egipto por los Hyksôs se limitó al Delta, al valle del Nilo Bajo y al distrito de Fayum. Elefantina, Tebas, Abydos, escaparon á la saña de los destructores, y aunque obligados á ciertos actos formales de sumisión, al reconocimiento de la soberanía de los Hyksôs, y al pago de un tributo anual, conservaron una verdadera independencia. Hasta en el Bajo Egipto hubo construcciones que poco ó nada sufrieron las violencias del conquistador, ya porque eran demasiado humildes para atraer su atención, ya por ser sus masas superiores á los medios de destrucción que estaban á su alcance. Por eso apenas sufrieron las pirámides, aunque es posible que en aquel tiempo fuesen por primera vez violadas y saqueado su contenido. Tampoco derribaron el gran obelisco de Usurtasen I, que continúa todavía en pie en Heliópolis: la mayor parte de las humildes tumbas de Ghizeh quedaron intactas. Aunque sufrieron daños de consideración los edificios de Amenemhat en el Fayum, no llegaron á derribarlos; y si bien la civilización egipcia sufrió un rudísimo choque á consecuencia de la in-

vasión de aquellas tribus, ni se hundió ni quedó destruída: una vez pasada la inundación, surgió de nuevo, y no sólo alcanzó, sino que superó la altura de sus antiguas glorias.

El rey pastor que estuvo al frente de la invasión, ó que la guió, cuando menos, llevaba, según dicen, el nombre de Salatis, ó el de Saites. De esas dos formas, la segunda es indudablemente la preferible, ya que la primera sólo tiene en su favor la autoridad de Josefo, mientras la segunda se apoya en las de Africano, Eusebio, Jorge el Sincelo y, hasta cierto punto, en el testimonio de los monumentos. La *tabla de los cuatrocientos años* contiene el nombre de Sut-Aapehti como el de un rey de Egipto que debió pertenecer al Imperio medio, y su nombre puede sin esfuerzo considerarse como origen de la forma griega abreviada *Saites*. Habiéndose hecho Saites dueño absoluto del País Bajo, y obligado al rey del País Alto á rendirle homenaje y ser tributario suyo, fijó su residencia en Memphis, fortificando y guarneciendo al mismo tiempo otras varias ciudades que ocupaban importantes situaciones. La que tenía mayor importancia de entre ellas era la llamada Auaris ó Avaris, en la comarca sethroita, que se extiende al Este del brazo pelusiaco del Nilo, y, según toda probabilidad, estaba situada no muy lejos de Pelusium, si no era la misma ciudad. Otra posición fuerte, por medio de la cual se dominaba y mantenía sumiso todo el Delta, parece haber sido Zan ó Tanis, en el día San, que se levantó en lo que se llamaba el brazo tanítico del Nilo, brazo que se encontraba hacia el Oriente inmediatamente después del pelusiaco. Otro fuerte se hallaba en el Fayum, en el sitio que lleva hoy el nombre de Mit-Fares. Numeroso cuerpo de

tropas debió también guarnecer á Memphis, si, como se asegura, tenia allí el rey ordinariamente su corte.

Cuánto tiempo estuvieron los Egipcios gimiendo bajo la tiranía de los Hyksôs, difícil es decirlo. Los epitomistas de Manetón andan muy discordes en este punto, y los monumentos permanecen mudos: los modernos varían también en el tiempo, fijándolo en épocas desde dos á cinco siglos de duración: en general, la crítica tiene marcada tendencia á aceptar el periodo más breve, aunque continúa sin averiguar por qué Manetón ó sus epitomistas le dieron tanta duración. No hay más que una sola dinastía de reyes pastores que tenga consistencia histórica precisa y distinta, ó á la cual puedan asignarse nombres, y ésta no la compusieron más que seis reyes, cuyos reinados juntos no pueden haber excedido de dos siglos. Ni tampoco parece verosímil que si la opresión extranjera hubiese durado más tiempo, hubiera el Egipto vuelto á adoptar, con tanta rapidez como lo efectuó al fin de aquel periodo, los mismos usos y costumbres, las mismas ceremonias religiosas, las mismas reglas artísticas, el mismo sistema de gobierno y hasta iguales nombres propios que al principio tenia. Fuerza es, pues, creer que el historiador indígena, aficionado á los efectos retóricos, exageró algún tanto las proporciones del trastorno sufrido por Egipto, para que resultara más vivo el contraste con el esplendor del nuevo Imperio.

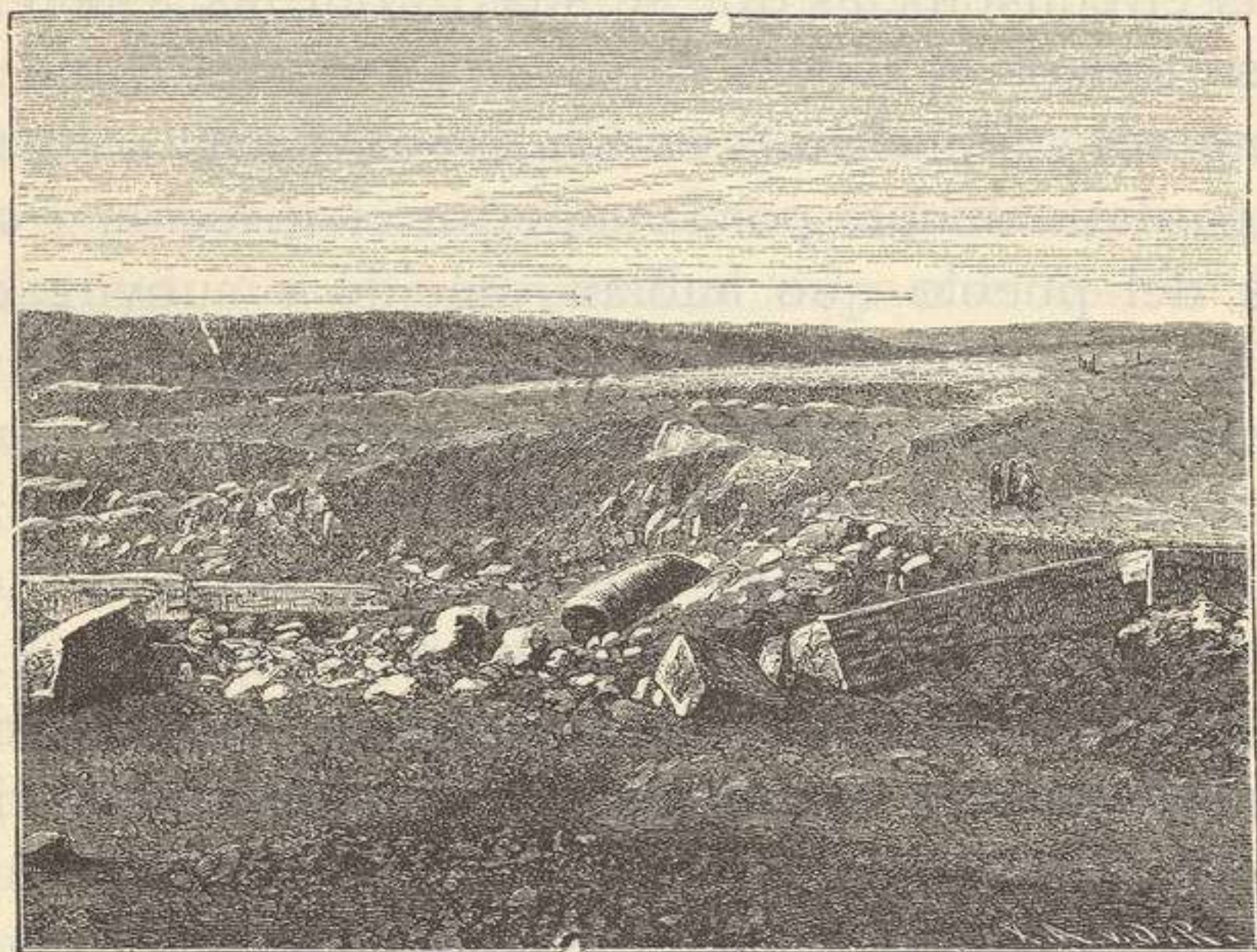
Considerados también bajo otro aspecto, si aquel historiador nos ha representado con exactitud el gobierno de los reyes pastores, no ha sabido hacerles justicia. Con lóbregos colores nos ha pintado el advenimiento de la raza extranjera y los crueles tratos á que sujetaron al pueblo conquistado, presentándonos

á los invasores como rudos, salvajes, bárbaros, inclinados á destruir por temperamento, indiferentes al arte, enemigos del progreso y de la civilización; pero ha olvidado mencionar que con el transcurso del tiempo se fueron notando cambios sensibles, y que tuvo fin el periodo de las constantes y acerbas hostilidades: la paz sucedió á la guerra. En el Bajo Egipto, los pastores regian un pueblo tranquilo y pacífico; en el Alto Egipto gobernaban á tributarios sumisos, haciendo estas circunstancias que se suavizaran las asperezas de su trato y la rudeza de su carácter. Así como los Mongoles y Mandchúes en China se dejaron conquistar paulatinamente por la superior civilización y cultura del pueblo que habían vencido y subyugado, así los Hyksôs fueron cediendo poco á poco á las influencias que les rodeaban, é insensiblemente se asimilaron con sus súbditos egipcios, adoptando los trajes, títulos, lenguaje oficial, arte, escritura y arquitectura egipcios. En Tanis, especialmente, los edificios construidos y las esculturas labradas durante el reinado de los últimos pastores, poco diferían en su carácter general de los palacios y estatuas de puro estilo egipcio de otras épocas. Los monarcas extranjeros hicieron esculpir sus efigies por artistas indígenas, según las reglas ordinarias de la escultura egipcia, no diferenciándose de las estatuas de los primitivos Faraones más que en el tocado, la expresión de la faz y un peinado particular de la barba. Las más amistosas relaciones se mantuvieron durante este periodo entre los reyes del Norte, establecidos en Tanis y Memphis, y los del Sur, residentes en Tebas; con frecuencia se cruzaban las embajadas; las masas de granito y de sienita flotaban continuamente desde Tebas por el Nilo abajo, para



que los pastores las emplearan en sus construcciones de las ciudades meridionales.

Los pastores trajeron á Egipto el culto de una deidad, á la que daban el nombre de Sut ó Sutekh, identificada, á lo que parece, con el sol, pues se le representaba como el *gran rey de los cielos*, confundándose con Baal en tiempos posteriores. Los reyes decían estar bajo la inmediata y especial protección de este dios. En la época de la invasión, no es pro-



RUINAS DE UN TEMPLO, EN TANIS

bable que le considerasen como relacionado con ninguno de los dioses egipcios, por lo cual declararon la guerra á todo el Panteón egipcio, saqueando y derribando los templos de todas sus deidades indistintamente. Pero una vez pasadas las primeras explosiones de hostilidad salvaje, cuando siguieron tiempos más tranquilos y se suavizaron las costumbres y el carácter de los conquistadores por medio de relaciones amistosas con sus súbditos, se notó



cierta semejanza entre Sutekh, su primitivo dios, y el *Set* de los Egipcios. Set, en la antigua mitología egipcia, era reconocido por el «señor de los extranjeros, el poder que arrastra á los hijos del desierto con la violencia de las tempestades de arena, sobre la tierra fértil». Era el representante del mal físico, pero no del moral; una deidad fuerte y poderosa, digna de reverencia y culto, que inspiraba más espanto que amor. Los pastores reconocieron en este dios á Sutekh; y, á medida que sus hábitos se iban normalizando y se asimilaban á sus súbditos, le edificaron templos, siguiendo los modelos egipcios, en sus principales ciudades. Cuando la dinastía contaba ya cinco reinados, en un espacio de tiempo que quizás llegó á ciento cincuenta años, subió al trono un rey llamado Apepi, que dejó varios monumentos, siendo el único de los pastores cuya personalidad histórica está probada y claramente definida. Apepi levantó un grandioso templo á Sutekh en Zoan ó Tanis, la metrópoli, hecho con sillares de granito rojo y adornado con obeliscos y esfinges. Dicese que los obeliscos eran catorce, no estando, como era costumbre, colocados á la entrada, sino dispersos en los patios. Las esfinges, que se diferenciaban de las esfinges ordinarias egipcias en que tenían melena como los leones, y alas, parece formaban una avenida que conducía al templo desde la ciudad. Estaban labradas en diorita y llevaban esculpido el nombre de Apepi.

El gobierno pacífico de Apepi y sus predecesores dió lugar á que se desarrollara el creciente poderio de Tebas, y á que se reanudase la construcción de sus monumentos. Tres reyes, que tenían por apellido Taa y por nombre real Ra-Sekenen, gobernaron sucesi-

vamente en la capital del Sur. El tercero de aquellos monarcas, Taa-Ken ó *Taa el Victorioso*, era contemporáneo de Apepi y pagaba cada año puntualmente el tributo debido á su soberano. No parece que tuviera deseo alguno de provocar la guerra; pero Apepi pensó, probablemente, que su poderío iba haciéndose demasiado formidable y que, de no contra-



CABEZA DE HYKSÔ

en una esfinge con busto de aquellos reyes, labrada por artistas egipcios y conservada en Tanis.

rrestarlo, no tardaría en intentar un esfuerzo para sacudir el yugo de los Hyksôs.

Decidió por lo tanto buscarle querrela, y le envió una serie de embajadas con demandas siempre crecientes. Le exigió primero que abandonase el culto de todos los dioses egipcios, excepto el de Amen-Ra, el dios principal de Tebas, con el cual seguramente identificaba á su propio Sutekh. No se sabe si Taa-Ken satisfizo su demanda ó si la evadió cortésmente. Sea como fuere, pronto la segunda embajada siguió á la anterior con una nueva exigencia, y á la segun-

da, la tercera: el éxito coronó su política, pues al fin Taa-Ken tomó las armas. Parece que venció ó al menos consiguió su objeto, ya que mantuvo la guerra hasta su muerte y legó su continuación á su sucesor Aahmes.

Según una antigua tradición, el rey que nombró á José su primer ministro y le confió la administración entera de Egipto era Apepi. Jorge el Sincelo dice que todos aceptan este sincronismo. Cierto es que la llegada de José no ocurrió, como la de Abraham, durante el Imperio antiguo, pues en tiempo de José se usaban caballos y carruajes, así como carretas y carros, los cuales no se conocían antes de la invasión de los Hyksôs. También es más natural que José, siendo extranjero, gozase el favor de un rey, extranjero también, mejor que el de un monarca indígena, y la protección que se extendió á sus hermanos, que eran pastores, está de acuerdo con la tradición que presenta como un rey pastor al que se sentaba en el trono en la época de su llegada. Además, un sacerdote de Heliópolis no hubiera dado tan fácilmente á su hija en matrimonio á José, sino en tiempos en que el sacerdocio se hallaba en precario estado. Añádase á todos estos datos, que el Faraón de José residía evidentemente en el Bajo Egipto, y no en Tebas, que fué por muchos siglos antes y después de la invasión de los Hyksôs el asiento del gobierno.

Si debemos, pues, colocar á José en el periodo de los reyes pastores, no hay razón que nos obligue á rechazar la tradición que nos le presenta relacionado con Apepi.

Como el Faraón de José, Apepi, dominaba todo el Egipto; como aquel monarca, reconocía á un solo

Dios; tenía un consejo de sabios escribas, una corte magnífica, y gobernó pacíficamente hasta muy cerca del fin de su reinado: su residencia estaba en el Delta, en Tanis ó en Auaris. Era un príncipe de voluntad fuerte, firme y resuelta, que no vacilaba en iniciar grandes cambios, y llevaba á cabo sus propósitos de una manera algún tanto arbitraria. Los argumentos en favor de su identidad con el Faraón de José no son quizá del todo concluyentes, pero de ellos nace una presunción que bien puede inclinarnos, con muchos de los historiadores modernos del Egipto, á fijar la conmovedora historia de José en el reinado del último de los pastores.

## IX

### CÓMO FUERON EXPULSADOS LOS HYKSÒS DEL EGIPTO



PRIMERA vista, parece extraño que los terribles guerreros que al mando de Set ó Saites tan fácilmente sometieron el Egipto, debilitando además su población con las matanzas y la tiranía, fueran expulsados, doscientos ó doscientos cincuenta años después, con la misma facilidad; pero la degeneración rápida de las razas conquistadoras es, en ciertas circunstancias, un hecho familiar para el historiador. Elamitas, Babilonios, Asirios, Medas, Persas y Griegos se sucedieron vertiginosamente en el dominio del Asia occidental, con intervalos más ó menos largos, á medida que se iban debilitando y agotando sus fuerzas, y casi siempre por idénticas causas; causas de degeneración que no deben buscarse muy lejos. Todas las razas al comenzar su carrera de conquistas son activas, enérgicas, endurecidas por hábitos guerreros, sencillas en sus costumbres, ó cuando menos más sencillas que los conquistados, y, relativamente hablando, pobres. El deseo de mejorar su condición las impulsa; y si encuentran una resistencia pertinaz, si la conquista

ocupa un largo espacio de tiempo, si los vencidos se someten con dificultad, rebelándose de vez en cuando y haciendo esfuerzos desesperados para sacudir el yugo que les oprime é irrita, entonces se mantienen los hábitos belicosos de los conquistadores, y su dominación puede continuar por muchos siglos; ó bien, si la nación es muy enérgica é inquieta, y no contentándose con sus primeras conquistas ni queriendo descansar sobre sus laureles, va por el contrario continuamente en busca de nuevos enemigos hacia sus fronteras, considerando la guerra como su estado normal, los siglos pueden prolongarse hasta convertirse en milenarios, retardando indefinidamente los primeros signos de decrepitud: pero, en general, ni la resistencia de los unos es muy duradera, ni es muy constante y firme la energía de los otros. Cuando un pueblo rudo y pobre ha dominado á otro más culto y civilizado, con facilidad lo arrastra todo tras sí, adquiere la riqueza y las comodidades que deseaba, y, contentándose con ellas, no aspira á nada más, sino que se asimila gradualmente el carácter y la condición del pueblo vencido. Un ejército en pie de guerra, distribuido en campamentos y guarniciones, se mantiene compacto y dispuesto á la lucha; pero si una sola generación disfruta de tregua duradera, la severidad de la disciplina militar se rebaja, se entorpece el manejo de las armas, el tipo físico decae, el espíritu bélico muere, y los conquistadores del siglo anterior pierden todas las cualidades que les aseguraron el éxito cuando atacaron, y descenden al nivel de sus súbditos. Al llegar á este extremo, germinan y fructifican los pensamientos de rebelión en el corazón de los vencidos; se desvanece el antiguo terror que hacía aparecer á los conquistadores como

irresistibles, sustituyéndolo quizás con el desprecio, pues los súbditos sienten que al menos tienen la ventaja del mayor número en su favor; probablemente han llevado una vida más ruda y penosa, ven que de hombre á hombre son en lo físico más fuertes que los conquistadores, y al fin se rebelan y vencen.

Habia, además, en Egipto la particularidad de que el pueblo conquistado ocupaba dos posiciones completamente distintas: en el Delta, el Fayum, y en el valle septentrional del Nilo, estaban los Egipcios enteramente sometidos; y vivían mezclados con sus conquistadores, como una clase despreciada que sufría más ó menos la opresión de éstos; pero muy diferente era la situación de los habitantes del Alto Egipto: allí sólo en cierto sentido estaban sometidos, reconociendo á los monarcas hyksôs como soberanos, y revelando sólo su sumisión el pago del tributo anual; pero mantuvieron en el poder á sus príncipes indígenas, conservaron su administración y gobierno propios, su propia religión, sus leyes propias; no vivieron entre los recién llegados ni estuvieron sujetos á sus continuos insultos y depredaciones; el pago del tributo en nada disminuía su dignidad de hombres, y de consiguiente no sufrieron menoscabo moral ni físico. Parece por otra parte, que les fué posible emprender guerras por cuenta propia con las razas que vivían Nilo arriba, ó con las tribus salvajes del desierto, con lo cual mantuvieron sus hábitos guerreros, mientras los Hyksôs los iban perdiendo. Los Ra-Sekenens de Tebas, que se daban los títulos de *grandes* ó *grandísimos*, crearon probablemente una potencia considerable en el Alto Egipto durante los reinados de los últimos reyes pastores; mejoraron su organización militar con la adopción de los caballos

y carros que los Hyksôs habían introducido; acostumbraron á su pueblo al manejo de las armas, y adquirieron fama de buenos guerreros.

Todo esto debió suceder más particularmente en tiempo de Ra-Sekenen III, contemporáneo de Apepi. Ra-Sekenen III adoptó el título de *grande y victorioso Taa*; rodeóse de un consejo «de poderosos jefes, capitanes y expertos generales», y adquirió tal reputación, que despertó los celos de Apepi, antes de haber faltado á ninguno de sus deberes como feudatario. En las largas negociaciones habidas entre ambos, que relata el *Primer Papiro Sallier*, es evidente que, aun cuando Ra-Sekenen no había cometido acto alguno del cual Apepi tuviese derecho para quejarse, se había atraído de tal manera la animosidad de éste, que Apepi no quiso declararse satisfecho con menos que la sumisión incondicional de Ra-Sekenen á todas las exigencias que se le pudiesen antojar, ó de la guerra á todo trance. Nunca monarca alguno se vió incitado y provocado á rebelarse, contra su voluntad, por la insoportable conducta de su soberano, como lo fué Ra-Sekenen por el último rey pastor. La aversión que aquél y su corte sentían por la lucha es casi risible: «están silenciosos y desanimados, no saben cómo responder á los mensajeros buenos ó malos que les envían». Ra-Sekenen, á pesar de lo que había crecido su poderío, á pesar de haber salido *victorioso* de sus combates con libios y negros, á pesar de haber vencido hasta á los Cushitas, temía trabar la lucha con el terrible pueblo que, dos siglos antes, se había mostrado tan irresistible.

Parece, sin embargo, que al fin se vió obligado á tomar las armas. Desgraciadamente, no tenemos relación alguna de la guerra que siguió, al menos en



cuanto se refiere al tiempo en que fué dirigida por este monarca. Pero es evidente que Apepi vió completamente fallidas sus esperanzas de aplastar aquel poder naciente, antes de haber adquirido toda su fuerza: la verdad es que demoró demasiado la lucha. Ra-Sekenen, puesto en el caso de defenderse contra su agresivo soberano, alzó el estandarte de la independencia nacional, llamó en su ayuda á todo el Egipto, y logró poner en pie de guerra un ejército poderoso. Al principio se contentó con mantenerse á la defensiva, pero á poco pudo atreverse á más. Los Hyksôs, que marcharon contra Tebas, se encontraron con que sus enemigos se levantaban á su retaguardia, declarándose en contra suya todos los jefes uno tras otro: las dificultades aumentaban de continuo; tuvieron que desandar todo lo avanzado en el valle del Nilo y reconcentrar sus fuerzas más cerca de su país. Pero, cada año iban perdiendo terreno: primero el Fayum; después Memphis; luego Tanis: al fin no quedó á los invasores más que el campamento fortificado de Auar ó Auaris, establecido á su llegada á la frontera oriental, y el cual no habían abandonado desde entonces. En este distrito, rodeado de muros y fosos, y regado por canales derivados del brazo pelusiaco del Nilo, se habían concentrado en número de 240.000 hombres, resueltos á sostener el combate final con los Egipcios.

Á tal extremo habían llegado los acontecimientos cuando murió el Faraón, y le sucedió en el trono un rey de diferente familia, el primer monarca de la *Dinastía décimoctava*, Aahmes. Aahmes era un príncipe dotado de gran fuerza de carácter, bravo, activo, enérgico, liberal, amado por sus súbditos. Aplicóse inmediatamente á la tarea de completar la indepen-

dencia de su país, desalojando de Auaris á los Hyksòs, y arrojándolos al otro lado de las fronteras. Á este fin, reunió un ejército, que se hace llegar á cerca de medio millón de hombres, y al mismo tiempo organizó una flotilla de barcos en el Nilo, la cual debía prestarle grandes servicios en sus últimas operaciones, ya que no sólo defendían el campamento de Auaris anchos fosos puestos en comunicación con las aguas del Nilo, sino que estaba situado á la orilla de un lago, ó mejor, de una laguna de considerables dimensiones, por lo que era necesario atacarlo á la vez por tierra y por agua. Parece que Aahmes mandaba en persona las fuerzas de tierra, montado en un carro de guerra, que es el primero de que se hace mención en la historia de los reyes egipcios. Acompañábale un oficial favorito, que llevaba el mismo nombre que su rey, ya marchando al lado de su carro de batalla, ya ocupando su puesto en uno de los barcos de guerra, y dirigiendo los movimientos de la flota. Al cabo de algún tiempo se puso sitio formal á Auaris; ordenóse á la escuadra que atacase las murallas por la parte de la laguna, mientras el ejército emprendía el ataque por la parte de tierra. Un día tras otro se iban repitiendo los asaltos, dando solamente por resultado algunas victorias parciales; pero al fin, postrados los defensores por el cansancio, se apoderó de ellos el pánico, evacuaron apresuradamente la plaza y se retiraron hacia Siria, precisamente al lugar de su primera procedencia. Es probable que Aahmes les dejase escapar, ya que de haberlos bloqueado para hacerlos rendir en masa, hubieran quizás presentado una resistencia desesperada, causando enormes pérdidas á los Egipcios. Persiguió, no obstante, á los fugitivos para cerciorarse de que no se establecían en

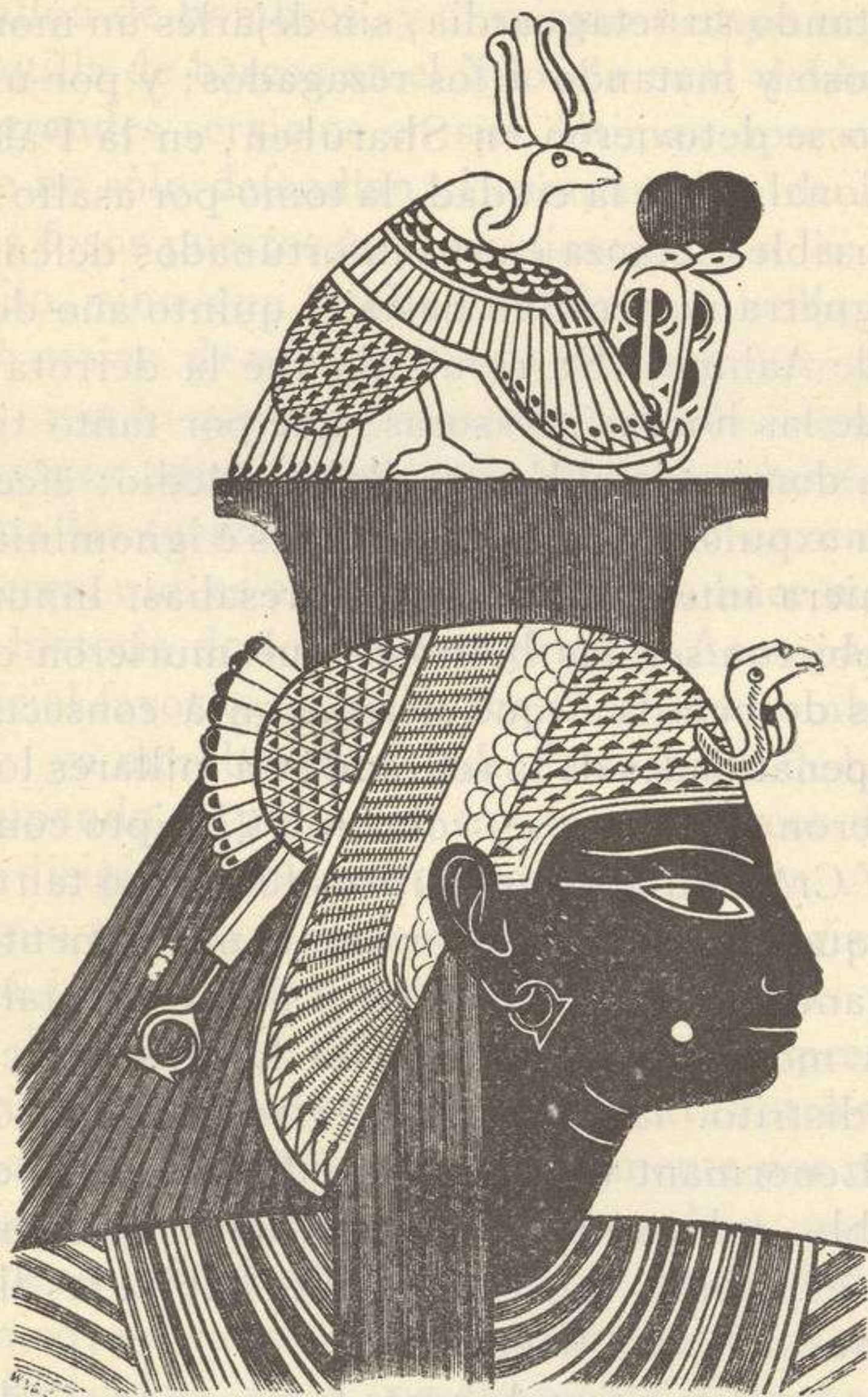
los países comarcanos, y no se dió por satisfecho hasta que hubieron cruzado el desierto y penetrado en la montañosa Palestina. Todavía entonces continuó molestando su retaguardia, sin dejarles un momento de reposo y matando á los rezagados; y por último, cuando se detuvieron en Sharuben, en la Palestina meridional, sitió la ciudad, la tomó por asalto é hizo una terrible matanza en sus infortunados defensores.

La guerra no terminó hasta el quinto año del reinado de Aahmes. Su resultado fué la derrota completa de las hordas invasoras, que por tanto tiempo habían dominado el Egipto Bajo y Medio; efectuándose su expulsión con tales pérdidas é ignominia, que ni siquiera intentaron tomar represalias. Innumerales debieron ser los hombres que murieron en los campos de batalla ó que perecieron á consecuencia de las penalidades de la retirada, y á millares los que se hicieron prisioneros y volvieron á Egipto como esclavos. Créese que estos cautivos fueron en tanto número, que con el tiempo formaron un elemento tan importante de la población en el Delta oriental, que llegó á modificar el carácter de la raza egipcia en aquel distrito. La fecunda y viva imaginación de M. F. Lenormant ve á sus descendientes en el «extraño pueblo, robusto de miembros, largo de cara y severo de expresión, que actualmente habita las tierras riberiegas del lago Menzaleh»<sup>1</sup>.

Es de presumir que Aahmes tuviese por aliada, en su guerra con los *Pastores*, á aquella gran nación con la cual lindaba al Sur el Egipto y cuyo poderío aumentaba continuamente, esto es, con los Kashi, Cushitas ó Etiopes. Parece que la esposa de aquel monarca era una princesa cushita, y puede sospecharse que

<sup>1</sup> *Manuel d'Histoire ancienne de l'Orient*, vol. I, pág. 368.

el casamiento se hubiera celebrado con fin político mejor que por inclinación: los Egipcios admiraban más á las mujeres blancas que á las negras, como lo de-



EL FARAÓN NEFERTARI AAHMES

muestra el color excesivamente claro que, en su deseo de agradar, atribuyen los artistas á las mujeres, así como por los atractivos de Sara, aun en su edad avanzada; así cuando un rey tebano contraía matrimonio

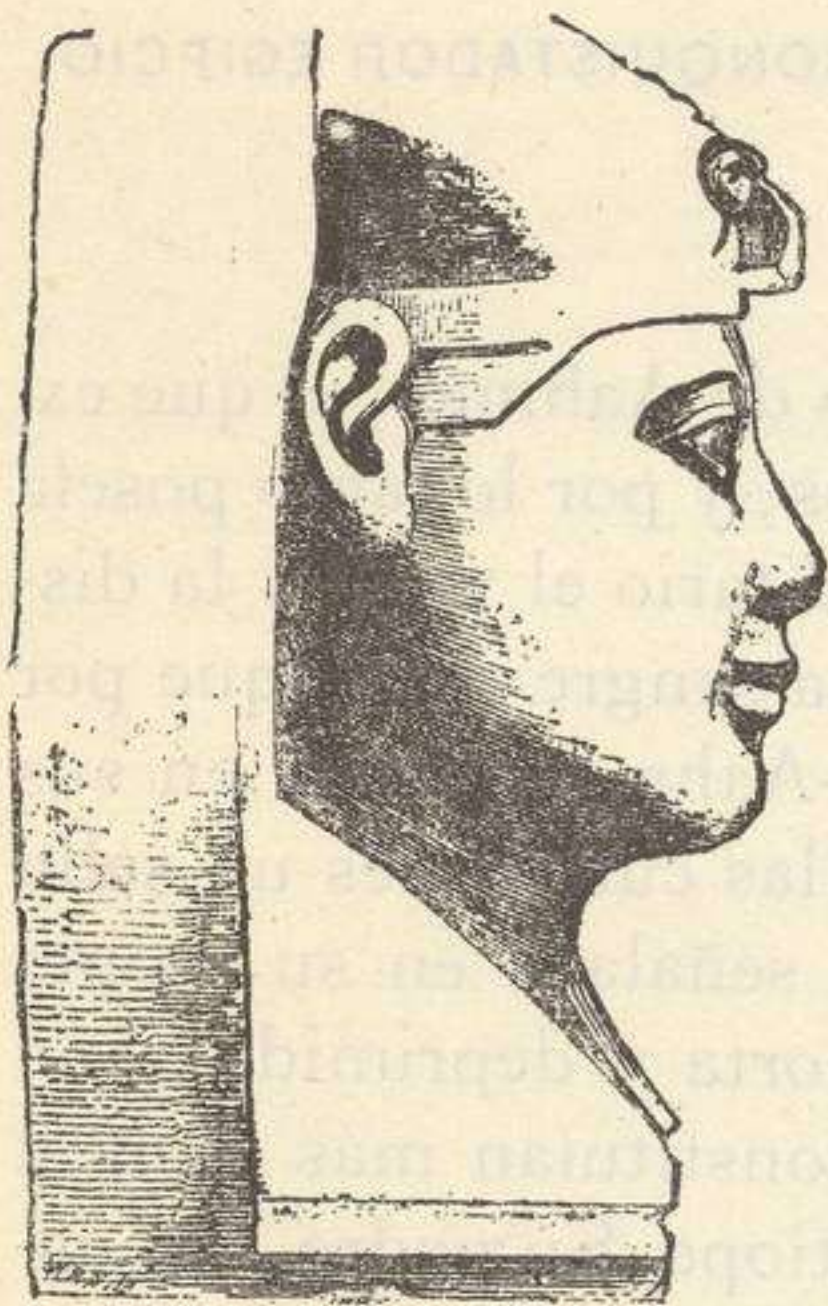
con una etiope, negra como el ébano, nos creemos con derecho á presumir que sólo motivos políticos le impulsaron á tal alianza, y es lo más probable que este motivo, dadas las antedichas circunstancias de tiempo y lugar, fué el deseo de obtener poderoso contingente de soldados para la guerra. Aunque en las primeras luchas entre los Kashi y los Egipcios, no se nos presentan como grandes las proezas de aquéllos, y la designación de «miserables Cushitas» está, evidentemente, empleada en desprecio de sus cualidades guerreras, precisamente la aplicación de ese epíteto implica cierto sentimiento de hostilidad que, en general, nunca inspira un pueblo débil; y es indudable que con el tiempo los Cushitas progresaron en valor y organización militar. Por espacio de muchos siglos formaron la parte más importante de las tropas egipcias; más tarde conquistaron el Egipto y lo dominaron durante cien años; y posteriormente desafiaron el poderio de Persia cuando el Egipto tuvo que sucumbir á él. Aahmes, al contraer matrimonio con la princesa etiope, á la cual dió el nombre de Nefertari-Aahmes, que significa la «buena compañera de Aahmes», se proponía, sin duda alguna, obtener un contingente de aquellas aguerridas tropas, cuyos representantes modernos son, ó los negros del Sudán, ó los Gallas de las sierras de Abisinia. Así, pues, los *Pastores* cedieron á la alianza del Norte con el Sur, de los Egipcios con los Etiopes, de la misma manera que en tiempos posteriores y en más de una ocasión, expulsaron á los Asirios.



## THOTHMES I, PRIMER GRAN CONQUISTADOR EGIPCIO

**T**HOTHMES I era nieto de Aahmes, el que expulsó á los Hyksôs, y por lo tanto poseía por derecho hereditario el valor y la distinción militar. La sangre etiope que por parte de su abuela Nefertari-Aahmes corria en sus venas, había añadido á aquellas cualidades un sello de audacia, que en verdad se señalaba en su propio semblante, donde una nariz corta y deprimida y un labio excesivamente grueso constituian más bien el tipo del Cushita, que el del Etiope. Su padre, Amen-hotep I, había sido un príncipe que en nada se había distinguido; de modo que así como otras veces sucede que el talento parece vinculado en una familia, en ésta había saltado una generación, pasando bruscamente del abuelo al nieto. Comenzó Thothmes su carrera militar con una invasión en las comarcas del Alto Nilo, las cuales se hallaban todavía en un estado turbulento, á pesar de las campañas emprendidas y consecutivas victorias alcanzadas en los dos precedentes reinados, ya por el Rey Aahmes, ya por los generales de Amen-hotep. Colocó una flotilla de bar-

cas en el Nilo, cerca de la segunda catarata, y apoyándola con fuerzas de su país, desde la orilla opuesta se adelantó hasta Semneh, frontera establecida por Usurtasen III, á los 21° 50' de Tombos (latitud 19°), conquistando á su paso las tribus nubias y cushitas, y distinguiéndose en combates personales contra sus enemigos. En una ocasión (hablamos de referencia) «su majestad se puso más furioso que una pantera y colocando una flecha en su arco, la dirigió



BUSTO DE THOTHMES I

contra el jefe nubio con certeza tal, que le hirio, fijándosela en la rodilla; y entonces el jefe cayó sin sentido delante de la real diadema: al punto fué cogido, hecho prisionero, y los que le seguían quedaron desbaratados y dispersos: el jefe, en unión de otros, fué llevado á bordo del buque real, con la cabeza colgando, y de allí al real palacio en la capital del Imperio.»

Esta victoria fué precursora de otras: en todas partes «los Petti de Nubia fueron destrozados y esparcidos los miembros por sus países», hasta que «su podredumbre infestó los valles». Consiguióse por fin una sumisión general, y se logró la cesión de una gran parte de territorio. El límite egipcio se adelantó desde el paralelo 22 al 19; y junto á Tombos, más allá de Dongola, se colocó una inscripción para marcar la nueva frontera, y mostrar á la posteridad la gloria del monarca conquistador. Dicha inscripción se con-



serva todavía, y está concebida en términos hinchados, que manifiestan el abandono del antiguo estilo oficial: Thothmes declara que «ha percibido tributo de las naciones del Norte, y de las naciones del Sur, así como de las de toda la tierra; que ha sometido á los bárbaros; que no dejó ni que uno de ellos escapara de la acción de su ejército; que los Petti de Nubia habían caído bajo sus golpes; que había hecho fluir prósperamente las aguas; que había inundado los valles como un diluvio; que se había parecido á Horo, cuando tomó posesión de su eterno reino; y que todas las comarcas comprendidas en la circunferencia del mundo entero se habían postrado bajo sus pies.» Efectuada esta conquista, pensó Thothmes asegurarla estableciendo un jefe que, bajo el título de «Príncipe de Cush», gobernase el país nuevamente anexionado, y tuviese su habitual residencia en Semneh. Regresando victorioso y embriagado con las delicias de la conquista, al volver Thothmes á Tebas, dirigió sus miradas á más alta y gloriosa empresa. Egipto debía aún vengar un afrentoso agravio, tenía que borrar el recuerdo de un acontecimiento desgraciadísimo. La nación había sido invadida, conquistada y saqueada por un enemigo, al cual no había provocado con agresión alguna; sus ciudades habían sido reducidas á cenizas; sus templos profanados y demolidos; las imágenes de sus dioses hechas pedazos; su suelo empapado con la sangre de sus hijos; su pueblo pisoteado durante siglos y siglos por la férrea planta del conquistador: había visto sus tesoros agotados por los impuestos y tributos; tuvo que doblar la rodilla y besar el polvo de las plantas del vencedor. ¿No clamaban venganza todas esas infamias sufridas? Verdad es que al fin se había levantado y expulsa-

do á sus enemigos; que los habia perseguido hasta más allá de las fronteras, y que éstos parecian resignados con su derrota, y tenian el propósito de no turbar más la paz de los Egipcios: ¿pero todo esto era suficiente? ¿no exigia algo más la ley de la justicia eterna?

«Nec lex justior ulla est

Quàm necis artifices arte perire sua.»

¿No era, pues, propio, equitativo é indispensable para el honor del Egipto que éste tomase represalias; que el agresor sufriese lo que él habia hecho padecer; que se le atacase en su propio país; que se le hiciesen sentir el pesar, la desesperación, la rabia, la vergüenza que por tantos años habian mortificado el corazón de los Egipcios; que expiase su crimen con una pena no sólo proporcionada al delito, sino equivalente á éste? Tales pensamientos ardían, de seguro, en la mente del joven guerrero, cuando, una vez asegurado el Egipto por la parte del Sur, dirigió su atención al Norte, y se preguntó cómo emplearía el poderio heredado y el talento con que le habia dotado la naturaleza.

No se sabe con certidumbre cuáles eran los conocimientos que los Egipcios de aquel tiempo poseian acerca del estado interno, población y recursos del continente que lindaba con su país al Nordeste. No nos es posible decir si Thothmes y sus consejeros podian ó no formarse aproximada idea de la situación general de los asuntos asiáticos, y calcular las probabilidades de éxito que tendria una expedición dirigida al corazón del Asia. Sea cual fuere el saber ó la ignorancia de los Egipcios en este particular, si el que estudia la historia en la actualidad

quiere formarse un concepto aproximado de los peligros que Thothmes afrontó ó de la fama que merece por sus victorias, siempre será necesario que tenga algunas ideas generales acerca del asunto. De consiguiente nos proponemos echar aquí una mirada retrospectiva á la historia del Asia occidental, y describir, en cuanto nos sea dable, su estado en el tiempo en que Thothmes comenzó á preparar la invasión que llevó á cabo para su mayor gloria.

Está generalmente admitido que el Occidente de Asia fué la cuna de la raza humana: en los tiempos primitivos sus más fértiles comarcas contaban ya con una población muy densa. Es probable que se estableciese la monarquía por vez primera en Babilonia hacia las bocas del Tigris y del Éufrates; pero no tardó en constituirse un reino en la misma Susania, ó Elam, fértil extensión de terreno situado entre el Bajo Tigris y las montañas del Zagros. La ambición de conquista se dejó sentir por primera vez en esta última comarca, desde la cual Kudur-Nakhunta, unos 2300 años antes de Cristo, emprendió su ataque contra Erech, y Chedor-Laomer (2000 a. C.) estableció un Imperio que se extendía desde los Zagros hasta las orillas del Mediterráneo (*Gén.*, XIV, 1-4). Poco tiempo después, una tercera nación, la de los Hittitas, surgió hacia el Norte, quizá principalmente en el Asia Menor, pero con cierta tendencia á dirigirse al Sur, á la región mesopotámica. La Mesopotamia superior, Siria y Palestina estaban entonces habitadas por tribus débiles, cada una al mando de su jefe propio, sin cohesión y con escaso espíritu militar. De esas tribus las principales eran, cuando Thothmes I subió al trono egipcio, los Rutenses en Siria, y los Nahari ó Naïri en la Mesopotamia supe-

rior. Las dos monarquías del Sur, Elam y Babilonia, no estaban todavía en situación floreciente, y no ejercían soberanía alguna fuera de sus límites naturales: en realidad vivían en lucha continua, constantemente complicadas en feudos y querellas que impedían á una y á otra mantener ó extender su supremacía por muchos años. Asiria no se había distinguido todavía, aunque era ya probablemente independiente, y la gobernaban monarcas que residían en Asshur (Kileh-Sherghat). Los Hittitas, 1900 a. C., habían recibido una dura lección del monarca babilónico Sargón y se habían retirado á sus fortalezas septentrionales. Así, pues, las circunstancias del tiempo eran, en general, favorables á la empresa de Thothmes. No era verosímil que ninguna gran monarquía organizada se le opusiese ó se considerase obligada á intervenir en la ejecución de sus proyectos, á menos que tomasen proporciones extraordinarias. Mientras no franquease el Tauro por la parte del Norte, ni por la del Este traspasase al Khabour occidental, no se pondría en contacto con ninguna de las *grandes potencias* de la época; cuando más tendría que luchar con mal unidas confederaciones de tribus, recelosas unas de otras, poco acostumbradas á obrar juntas, y, aunque valientes, desprovistas de organización militar y escasas de disciplina. Al mismo tiempo, no eran del todo despreciables sus adversarios: los Filisteos y Canaanitas de Palestina, los Arabes de los desiertos, sirio y sinaítico, los Rutenses del Libano y de la Alta Siria, los Nairis de la región occidental de Mesopotamia, eran individualmente valientes, y endurecidos en la guerra; profesaban amor profundo á la independencia, y eran capaces de resistir con energía cualquier atentado á su libertad. Los más de ellos,

conocían también el valor de la caballería en el servicio militar, y podían poner en línea de batalla un número respetable de carros de guerra, montados por hombres bien acostumbrados á su conducción. Poco tiempo hacía que Egipto había añadido el caballo á la lista de sus animales domésticos y seguido el ejemplo de los Asiáticos, organizando una fuerza de carros. Era dudoso si aquel nuevo y casi inexperimentado cuerpo estaría á la altura de las probadas tropas que montaban los carros del Asia.

Era, por otra parte, muy escabroso el país en que debían llevarse á cabo las operaciones militares, pues lo formaban, alternativamente, terrenos montañosos y desiertos de arena. Primero, debían atravesarse los arenales llamados El-Tij (Yermo de los Extravíos), casi por completo faltos de agua, y en los cuales un ejército debe sólo contar con las provisiones que lleve consigo; luego, se presentarían las altas mesetas del Negeb, en cuya región podrían procurarse agua de los pozos, y que ha sido perfectamente cultivada en algunos periodos de la historia, pero que en tiempos de Thothmes es probable que fuese tan estéril como el mismo desierto; después, seguían las verdes y redondas colinas, las altas sierras y las profundas gargantas de Palestina, sin camino que las atravesase, cubiertas en parte por bosques inextricables, que ofrecían mayores obstáculos al paso de un ejército, cuanto más avanzase hacia el Norte. Al dejar la Palestina se penetraría en la región del Libano, en la que, si el valle coelo-sirio presenta una línea de marcha relativamente fácil en ciertas latitudes, las comarcas que á uno y otro lado limitan, son casi imposibles de atravesar, y el mismo valle es tan angosto en ciertos puntos, que con facilidad puede inter-

ceptar el paso una reducida fuerza. Además, el Orontes y el Litano son difíciles de vadear, y en tiempo de Thothmes I no podía contarse con puentes que no existían, constituyendo todo esto graves obstáculos. Para llegar al Éufrates, una vez pasado el valle del Orontes, se oponían al avance, primero las montañas, y después desiertos calcáreos; no pudiéndose cruzar el río más que en barcas ó á nado. Al lado allá del Éufrates se extendía otra región triste y estéril, el territorio cercano á Harán, donde Craso perdió el ejército y la vida.

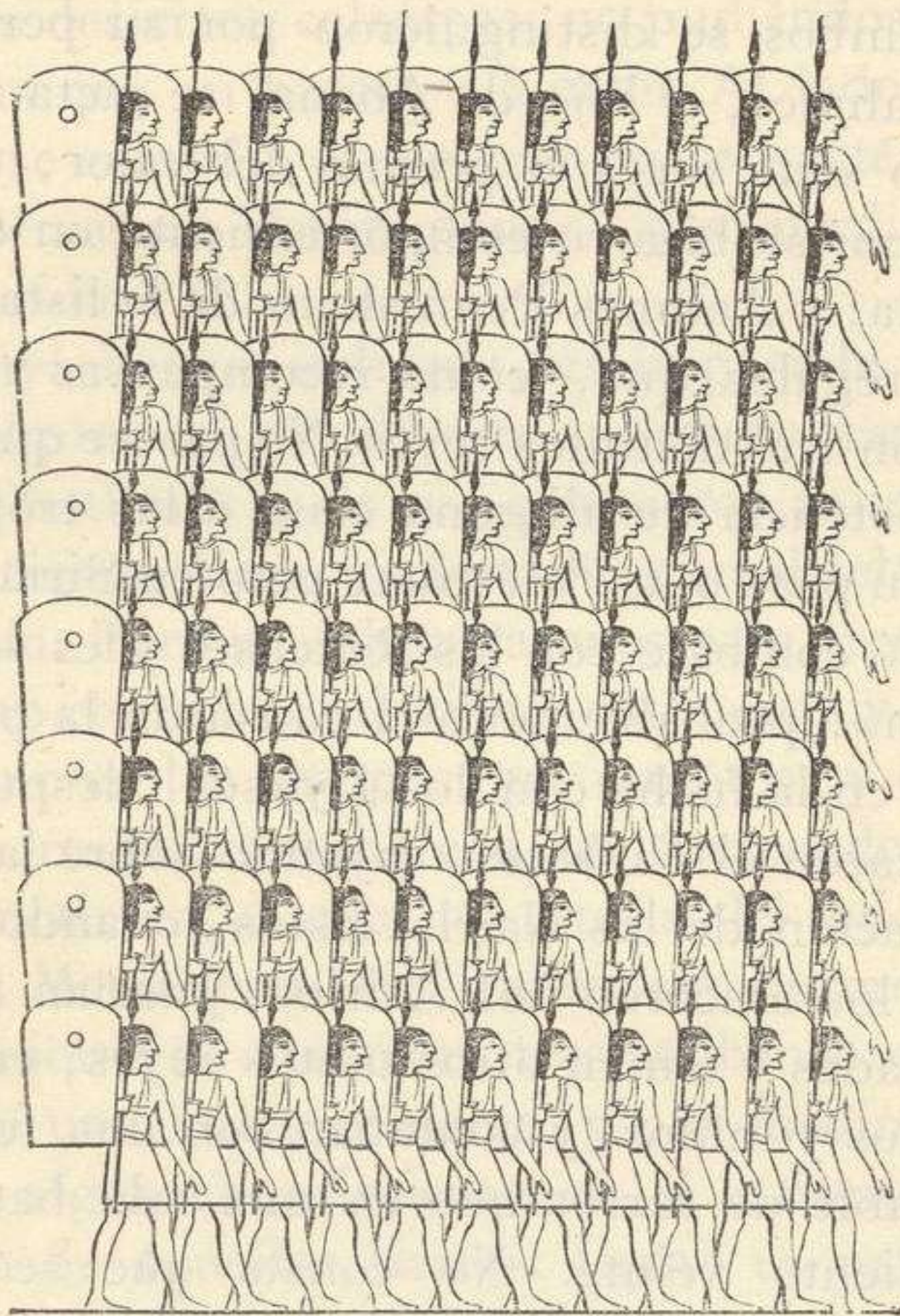
Como ya hemos indicado, es imposible determinar con alguna exactitud hasta qué punto eran conocidos de Thothmes y de sus consejeros aquellas dificultades topográficas, ni el estado general del Occidente del Asia. Pero no faltan razones para creer que se mantenían continuas relaciones entre unas y otras naciones, aun en los tiempos más remotos, y que cada país importante contaba con un cuerpo dedicado á recoger noticias, el cual no estaría del todo mal informado. Mercaderes, emigrados, aventureros deseosos de mejorar su situación, trasladábanse continuamente de una á otra comarca, y por medio de ellos se tenía algún conocimiento en el extranjero de la situación de aquellas tierras. Como es natural, tales conocimientos eran muy inexactos; no existían planos de ciudades ni fortalezas, ni mapas de los territorios; las fuerzas militares de que podía disponer el enemigo se calculaban sin fundamento alguno: sin embargo, los antiguos conquistadores no emprenderían de seguro sus campañas ignorando completamente las fuerzas que podrían oponérseles, ni las dificultades que podían retardar su marcha.

En el sexto ó séptimo año de su reinado debió

Thothmes I emprender su expedición asiática. Iba acompañado por dos oficiales, antiguos servidores de su padre y de su abuelo, llamados respectivamente Aahmes, hijo de Abana, y Aahmes Pennishem. Ambos habían tomado parte en la guerra que Thothmes sostuvo con los Petti de Nubia y los Etiopes sus aliados, y ambos se distinguieron por su pericia y su valor. Aahmes, el hijo de Abana, se jacta de haber merecido siete veces el premio del valor, un collar de oro, por su bizarro comportamiento en el campo de batalla; y Aahmes Pennishem da la lista de veintinueve regalos que, como recompensas militares, le hicieron tres distintos reyes. No parece que se opusiese resistencia de ninguna clase á las tropas invasoras á su paso por Palestina; pero en Siria, Thothmes trabó combate con los Rutenses y les «pidió satisfacción», probablemente á causa de la parte que tomaron en la lucha con los Hyksôs, después de lo cual cruzaron el Éufrates, cayendo sobre la poderosísima nación de los Nairis. Éstos, cuando por vez primera los atacaron los Asirios, poseían treinta y tres ciudades y tenían otros tantos reyes; eran ricos en caballos y mulos, y contaban con una fuerza tan considerable de carros que en una sola batalla perdieron ciento veinte. No consta que se hubiese dado más de una batalla; todo lo que se nos dice se reduce á que «habiendo su majestad llegado á Naharina (el país de los Nairis) encontró al enemigo y organizó un ataque: su majestad hizo una gran matanza y se llevó un número inmenso de cautivos vivos.» Estas palabras lo mismo pueden aplicarse á una que á varias batallas. Lo único que se puede afirmar es que Thothmes regresó victorioso de su expedición asiática, habiendo derrotado á los Rutenses y

á los Nairis, y trayendo á Egipto rico botin é innumerales prisioneros del Asia.

La ambición guerrera de Thothmes I quedaba satisfecha con sus victorias en la Nubia y en el Asia. Á su regreso á Égipto, ya terminada la campaña en la Mesopotamia, entregóse á la pacífica obra de adornar



LA FALANGE EGIPCIA

según Wilkinson.

y embellecer sus principales ciudades. En Tebas, ensanchó considerablemente el templo de Ammón, comenzado por Amenemhat I y continuado por su hijo el primer Usurtasen, añadiéndole un claustro frente á la cella central, cuyo patio media 240 pies de largo por 62 de ancho, y estaba rodeado por una



columnata formada con pilares osíricos, ó pilas-tras cuadradas con una estatua de Osiris al frente. Es el primer ejemplo conocido de un patio con claustro que luego fué tan común; aunque es posible que algunas construcciones de carácter similar ya hubiesen sido levantadas por los reyes pastores en Tanis. Thothmes también adornó su templo con obeliscos. Enfrente de la entrada principal de su patio erigió dos colosales monolitos de granito, cada uno de los cuales medía 75 pies de altura, y llevaban inscripciones dedicatorias que indicaban su piedad y devoción á todas las deidades principales del Egipto.

Además, edificó en Memphis un nuevo palacio real, al que dió el nombre de «Morada de Aa-khepr-ka-ra», grandiosa construcción convertida más tarde en almacén de granos. De la grandeza de Thothmes I, apenas se han dado cuenta los historiadores, ni le han hecho la justicia que se merecía: quizás sea verdad que no realizó todo lo que habia proyectado; mas abrió sendas nuevas y dió ejemplos que llevaron á grandes resultados. A él se debe que cesase el aislamiento de Egipto, potencia pacífica durante más de diez siglos, gracias á la osadía con que la puso á la cabeza de las naciones haciéndola aspirar á la dominación del Asia. Desde esta época ejerció poderosa influencia hasta más allá de sus fronteras, influencia que, más ó menos, afectó á las potencias asiáticas occidentales. Conquistóse por la fuerza un lugar en el concurso de las grandes naciones; y desde entonces en bien ó en mal, tuvieron que contar con el Egipto, que fué un gran factor para el problema que las edades futuras debían resolver. ¿Cuál sería la marcha general de los acontecimientos, y qué estados y naciones prevalecerían en los destinos del mundo?



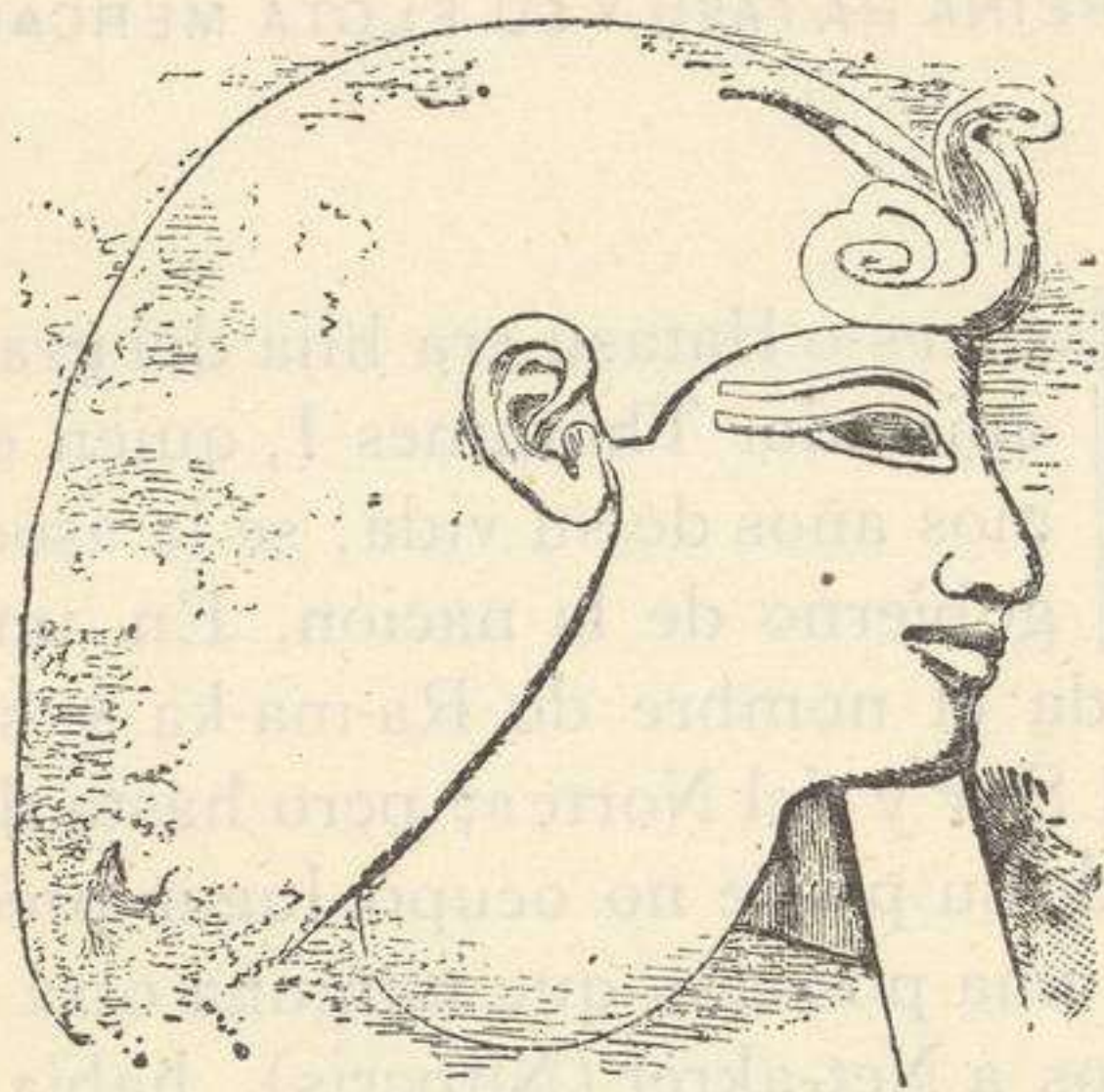
## XI

### LA REINA HATASU Y SU FLOTA MERCANTE



**H**ASHEPS ó Hatasu era hija del gran rey conquistador Thothmes I, quien en los últimos años de su vida, se la asoció para el gobierno de la nación. En una inscripción se le da el nombre de Ra-ma-ka y se la llama «Reina del Sur y del Norte»; pero hasta después de la muerte de su padre no ocupó lugar preeminente, asumiendo una posición que ninguna otra mujer, si exceptuamos á Net-akret (Nitocris), había hasta entonces disfrutado en Egipto. Verdad es que desde los primitivos tiempos se había tenido en alta estima en Egipto á las mujeres, que eran, no los juguetes ni las esclavas, sino las compañeras de sus esposos, que se presentaban libremente en público y gozaban de toda independendencia en sus acciones. Á uno de los antiguos monarcas míticos, anteriores á Senferu, se atribuye la proclamación de una ley que les permitía ejercer la autoridad soberana. Nitocris, de la sexta dinastía de Manetón, gobernaba, á lo que parece, como reina única, y Sabak-nefru-ra, esposa de Amenemhat IV, reinó durante algunos años á la vez

que su marido. La posición ocupada por Hatasu era un término medio entre las dos reinas anteriores. Su padre dejó dos hijos y otra hija, el mayor de los cuales debía sucederle en el trono, según la ley egipcia, y efectivamente reinó con el nombre de Thothmes-Nefer-Shau, siendo conocido de los modernos con el de Thothmes II; sin embargo, no pasaba de ser un niño de carácter afable, pero débil, mientras Hatasu, su hermana mayor, era mujer de gran ener-



THOTHMES II

gia y espíritu varonil, inteligente, emprendedora, vengativa y poco escrupulosa. El contraste que ofrecen los retratos de ambos es notable y da idea clara del carácter de cada uno. Thothmes tiene el aspecto de un muchacho blando y condescendiente, los ojos lánguidos, breve el labio superior y sensuales el inferior y la barba. Hatasu parece una amazona, con su cabeza erguida, la osada nariz aguileña, la boca diminuta y seria y la barba prominente, que le dan un aire indescriptible de vigor y de resolución:

no hay duda que este efecto es mayor á causa de haber añadido á su cara el apéndice varonil de una barba artificial; mas, aun prescindiendo de este detalle, su fisonomía arrogante revela firmeza, orgullo y decisión. Se supone que contrajo matrimonio con su hermano, lo cual no deja de ser frecuente entre los Faraones de todos tiempos, ya que lo permitía la ley

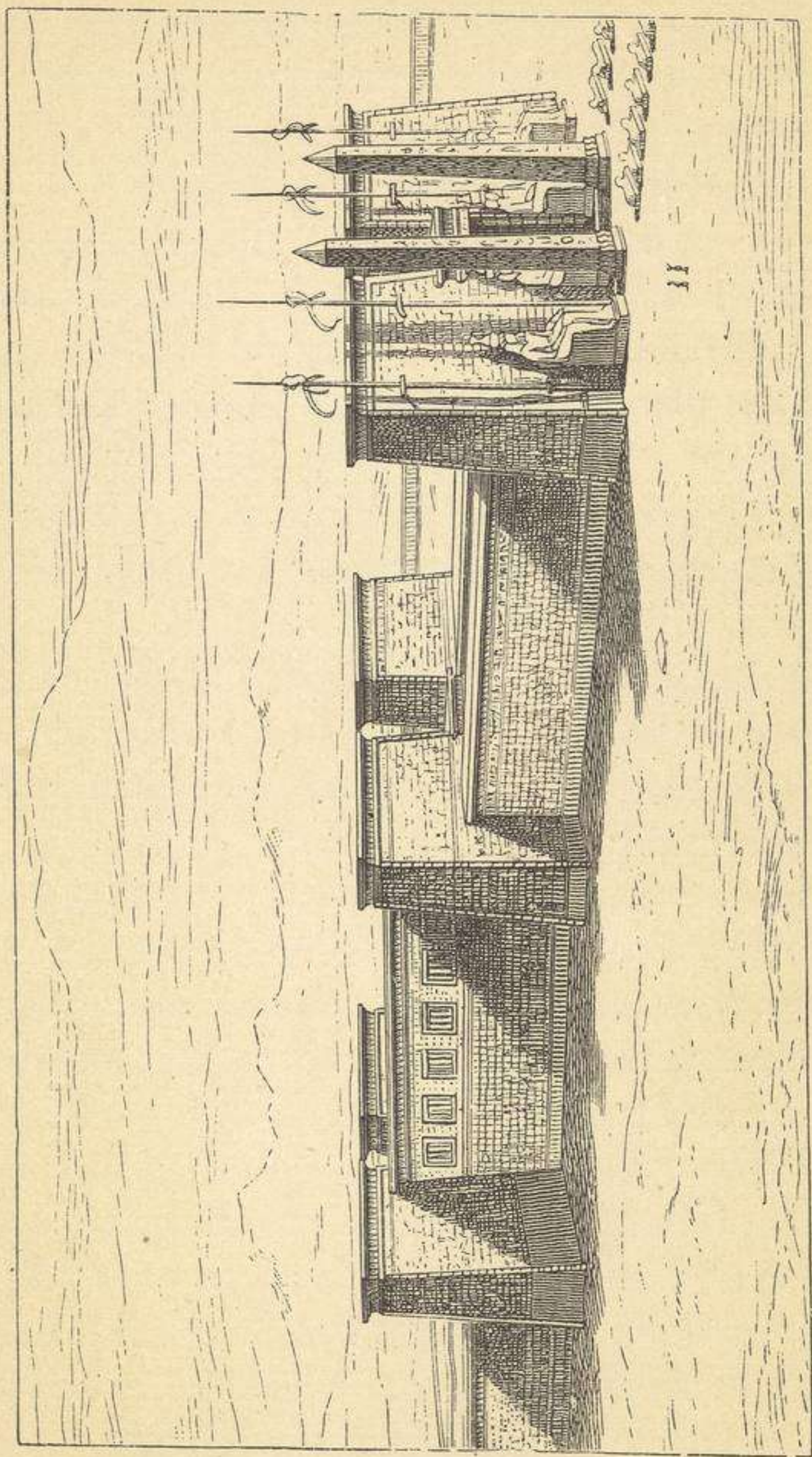


LA REINA HATASU

matrimonial egipcia. Sea como fuere, lo cierto es que asumió la dirección de los negocios durante el reinado de éste, reduciendo á su hermano á un papel secundario y haciendo sentir su influencia superior en todos los asuntos del gobierno.

En este periodo de su vida, la ambición de la reina Hatasu era que su nombre pasara á la posteridad como constructora de edificios. Llevó á cabo muchas

é importantes agregaciones al antiguo templo de Amón en Karnak, y mandó levantar en Medinet-Abu, en las cercanías de Tebas, un templo de carácter mas ostentoso y adornado que ninguno de los que le precedieron, templo del cual subsisten algunos restos que han llamado la atención de los arquitectos. Aquí se ve á la arquitectura sagrada intentando dar los primeros pasos atrevidos, en el camino que comienza con la sencilla cella de Usurtasen I y acaba con la riqueza de complicación y la multiplicidad de partes, propia de las construcciones de las últimas épocas. Pilonos, patios, pórticos sostenidos por columnas, cámaras con pilastras, se nos presentan ya, aunque en germen, no faltando tampoco ciertas indicaciones de debilidad en la construcción, que demuestran el deseo que tenían los nuevos constructores de apartarse de los antiguos modelos. El plano del templo afecta la forma de cruz, pero sus brazos son desiguales. En la fachada, dos pilonos de dimensiones regulares, de unos 24 pies de altura, con sus lados en talud y la cornisa muy saliente, guardaban el portal que daba entrada al patio, de 70 pies de longitud por 30 de anchura. En el extremo del patio había un pórtico de 30 pies de longitud por 9 de profundidad, sostenido por cuatro pilastras cuadradas, situadas á distancias iguales. El pórtico daba paso á la cella, especie de cámara larga y estrecha y sencillamente adornada, de 25 por 9 pies, con una puerta á cada extremo. Á ambos lados de la cella había corredores sostenidos, como el pórtico, por pilastras cuadradas, estando sus techos formados por losas de piedra de 9 á 10 pies de largo. Como estas losas dieran señales de ceder, se añadieron en los puntos débiles varios pilares octógonos, sin



CONJUNTO DE UN TEMPLO EGIPCIO  
(Restauración según Perrot y Chipier.)





fijarse para ello en la regularidad del conjunto.

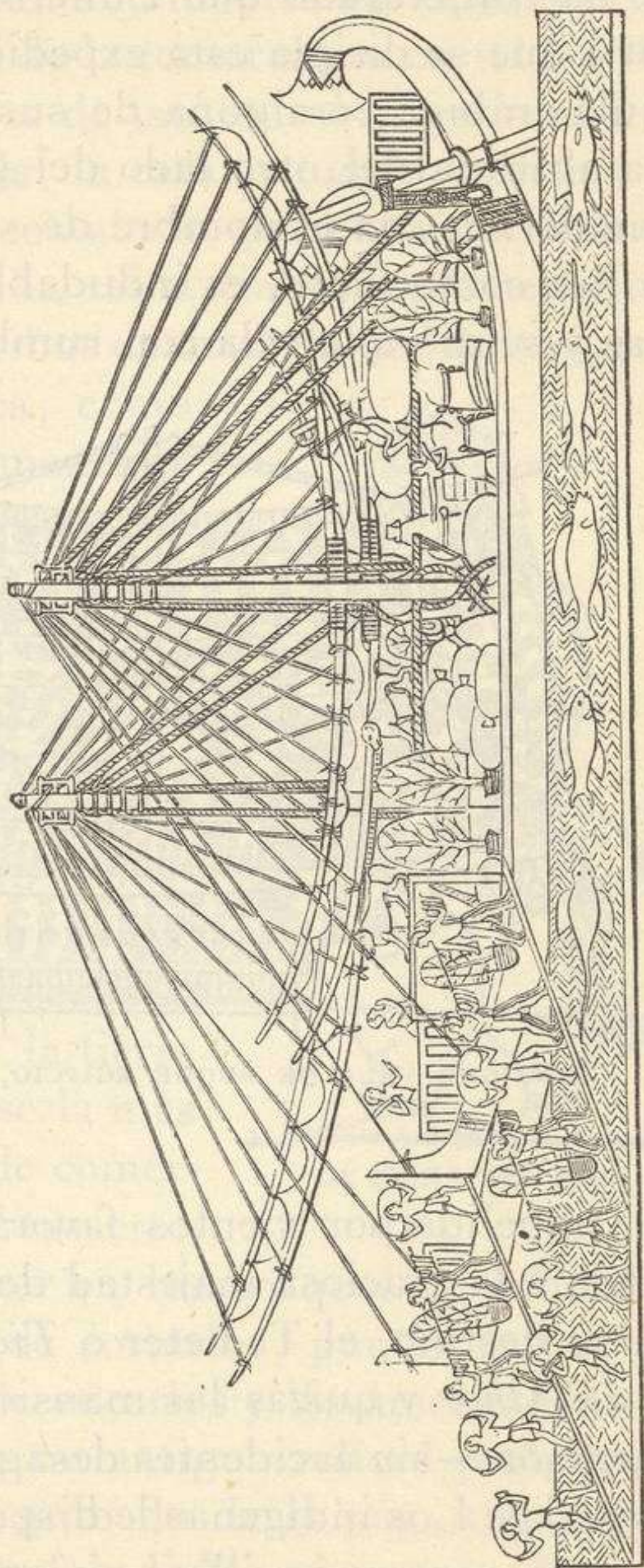
Detrás de la cella están situadas las seis cámaras para los sacerdotes y á los dos lados del pórtico hay también otras que forman los brazos de la cruz, cuyas dimensiones son desiguales. La de la izquierda, de 15 por 12 pies, es casi cuadrada; mientras la cámara de la derecha, que mide 27 por 15, es oblonga y ha necesitado en el interior el sostén de dos pilastras, las cuales parece, sin embargo, formaron parte del trazado original. Esta última cámara está abierta al NE. y termina en un pórtico con tres pilastras cuadradas.—El reinado de Hatasu y Thothmes II unidos, no continuó más que por un corto número de años. Sospéchase que la reina se hallaba comprometida en una conspiración tramada contra su hermano, para emanciparse de la escasa restricción que le imponía el ejercicio de la soberanía de éste, y que tomó parte en su muerte; mas no hay testimonios suficientes para justificar esta acusación, hecha con harta temeridad. Lo único evidente es que Thothmes II murió muy joven, y que, después de su fallecimiento, mostró Hatasu el odio que su memoria le inspiraba, mandando borrar el nombre de su hermano de cuantos monumentos lo tenían, sustituyéndolo con el suyo ó el de su padre. Parece también que al mismo tiempo tomó posesión completa del trono, y que fué aceptada su soberanía por todo el pueblo egipcio. Á sí misma se califica de «Viviente Horus, adornado de divinas dotes, señora de las diademas, rica en años, aurífero Horus, diosa de las coronas, reina del Alto y Bajo Egipto, hija del Sol, consorte de Ammón, imperecedera, é hija de Ammón, moradora de su corazón». No le satisfacían los atributos peculiares de su sexo, sino que quería se la tuviese

por hombre, tomando el traje y los adornos varoniles, añadiéndose una barba artificial, y dándose en la mayoría de sus monumentos el dictado y título de rey. Cambióse el nombre de Hatasu por Hatasu-Khnum-Ammón, identificándose así con los dos principales dioses egipcios. Á menudo se hizo representar coronada con las altas plumas de Ammón y tomaba los títulos de «hijo del Sol», «el buen *dios*», «el *señor* de entrambas tierras», «amado de Ammón», «protector de los *reyes*». Sus inscripciones presentan la curiosa anomalía de llevar confusamente mezcladas las formas masculina y femenina; pues aunque se trata del «rey» y no de la «reina», los pronombres personales y posesivos que á ella se refieren, son en su mayor parte femeninos, mientras se hallan á veces expresiones tan incomprensibles como «el rey *amado* de Ammón» ó «la misma rey».

La situación legal de Hatasu durante los diez y seis años siguientes á la muerte de Thothmes II, fué probablemente la de regente de Thothmes III, hermano menor de ambos; pero prácticamente era la verdadera soberana del Egipto.

En esta época fué cuando ideó sus grandes proyectos de comercio exterior, mandándolos realizar por sus servidores. Ante todo, ordenó la construcción, en algún puerto de la costa occidental del mar Rojo, de una escuadra compuesta cuando menos de 5 bajeles, los cuales debían á la vez navegar con remos y velas, y ser tripulados por 60 ó 70 hombres; de éstos, 30 estaban destinados á manejar los largos remos que, hendiendo las aguas, llevarían los barcos á puerto, fuesen favorables ó contrarios los vientos; 10 ó 12 formaban la tripulación, y los restantes eran hombres de armas, cuyos servicios serían indispensables en

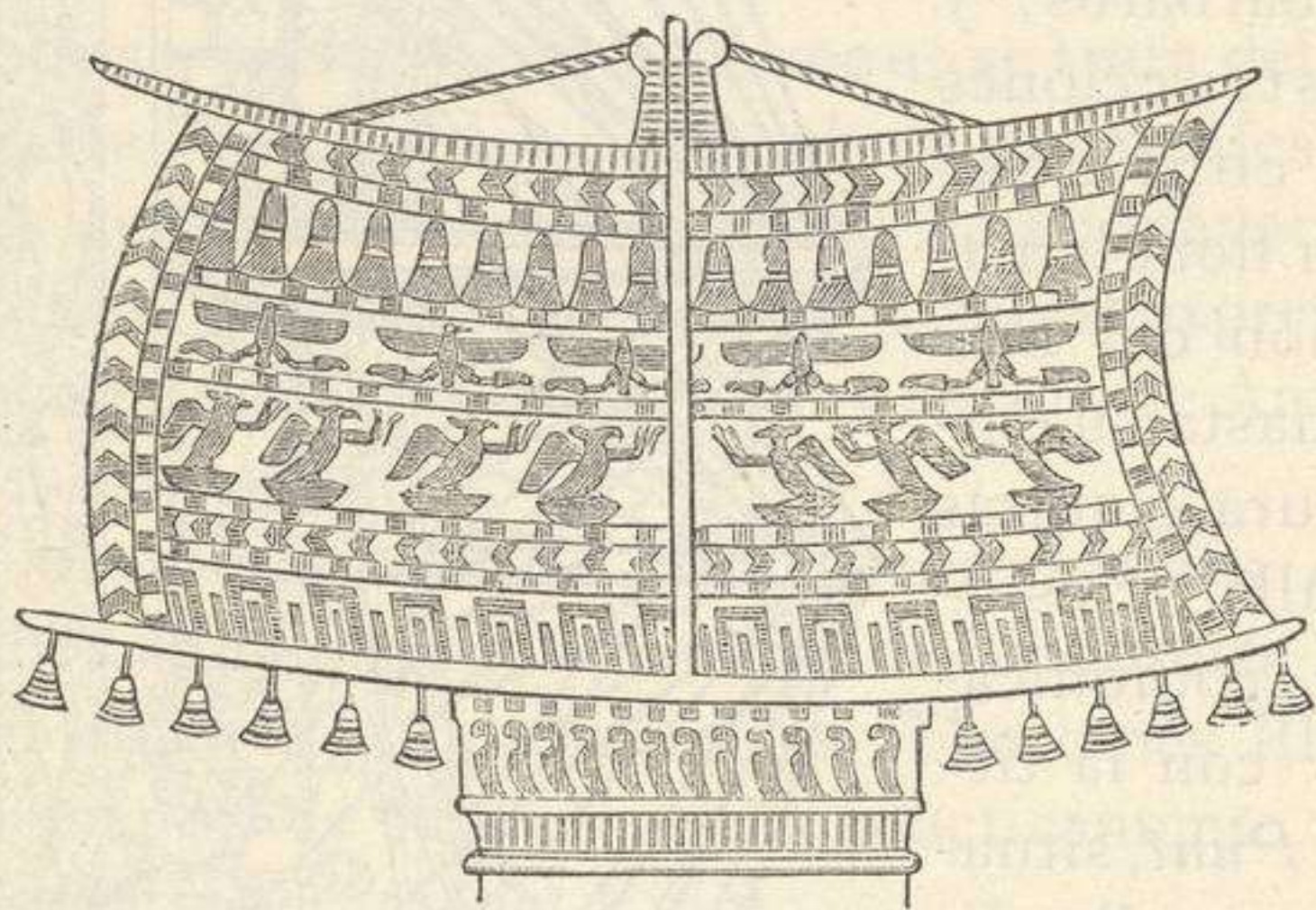
el caso de que las tribus indígenas no estuviesen perfectamente convencidas de las ventajas que les habían de proporcionar las transacciones comerciales. Salió de Tebas una expedición al mando de un embajador regio, el cual iba bien provisto de regalos para distribuir entre los jefes bárbaros, y de instrucciones para continuar con su flota la navegación del mar Rojo hasta su embocadura, ó quizás más allá, y establecer comunicaciones con la tierra de *Punt*, situada en aquella dirección. Identificábase generalmente á *Punt* con la Arabia meridional, y, por cierto, favorece la verosimilitud de esta versión, la circunstancia de ser el objeto principal de los expedicionarios la adquisición de incienso y especias, pues es sabido que la Arabia los producía antiguamente en abundancia; pero



BUQUE DE CARGA DE LA REINA HATASU

(Tomado de un antiguo relieve egipcio.)

entre los demás productos de la tierra mencionada en las inscripciones de Hatasu, los hay que en Arabia nunca pueden haberse dado; y de consiguiente se ha conjeturado que Punt, ó cuando menos el Punt á que se dirigia esta expedición, no era la península arábica, ó alguna de sus comarcas, sino la costa africana del otro lado del golfo, conocida de los modernos con el nombre de «Pais de los Gomalís.» Sea como fuere, es indudable que la flota levó anclas y se dió á la vela con rumbo al Sur del mar



ANTIGUA VELA DE BUQUE EGIPCIO, CON FIGURAS

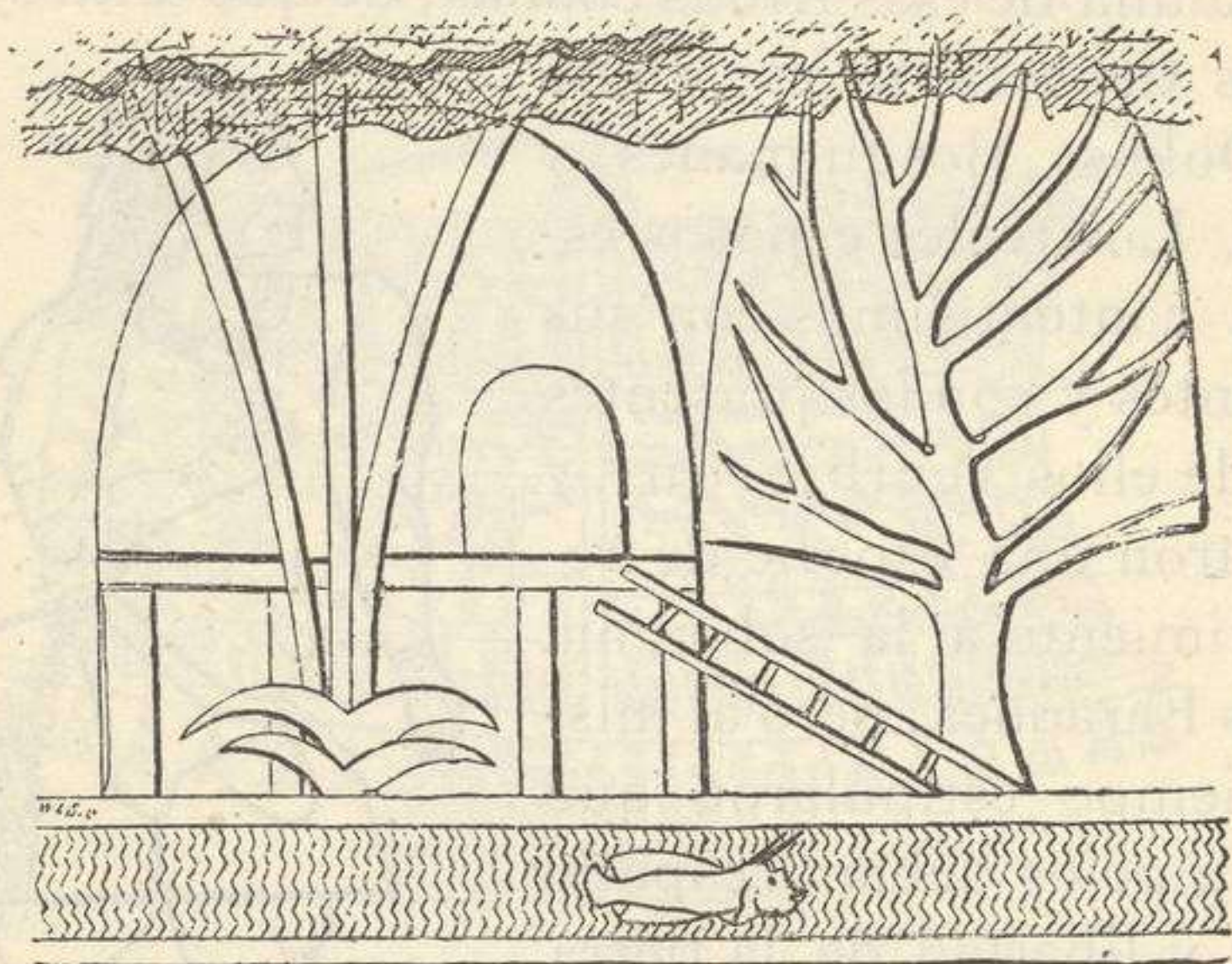
Rojo, impelida por vientos favorables, que se atribuyeron á la graciosa majestad de Ammón, y llegaron á su destino, el Ta-neter ó *Tierra Santa*—la *morada de Athor* y quizás las mansión original del mismo Ammón—sin accidentes desagradables ni dificultades serias. Los indígenas le dispensaron buena acogida: eran gentes sencillas; vivian en chozas ó cabañas circulares, cuyo piso estaba montado sobre pies derechos, probablemente á causa de lo pantanoso del terreno, y á ellas se debía subir por medio de esca-

las; los altos cocoteros daban sombra á aquellas cabañas, crecían los árboles de incienso entre choza y choza, y no muy lejos corría un caudaloso río, cuyas aguas alimentaban abundantes variedades de peces. El jefe principal de la comarca era un tal Parihú, casado con una mujer de tan extraordinario aspecto que, enana, jorobada, la cara arrugada, cortas y deformes las piernas, costaba no poco esfuerzo tomarla por compatriota de la reina Saba; pertenecía más bien á una de esas tribus enanas, de que tantos ejemplares tiene el África, como los Dokos, Bosquimanes y otros. Los reales esposos estaban contentísimos con sus visitantes y con los presentes que de ellos recibieron, y prestaron una especie de reconocimiento á la soberanía de los Faraones, pero al mismo tiempo estipularon que los Egipcios debían respetar la paz y libertad de la tierra de Punt: establecióse la más completa libertad de comercio; los Egipcios obtuvieron permiso para penetrar en los bosques de árboles de incienso, con el fin de cortarlos, por la resina que destilaban, ó para arrancarlos y llevárselos á sus bajeles. Así vemos en un antiguo relieve pintado, de donde copiamos el grabado de la pág. 183, los árboles, ó arbustos mejor dicho, desarraigados, con la mayor cantidad posible de tierra en las raíces, atados á unas vigas, transportados á la orilla del mar y por fin colocados de pie en las cubiertas de los bar-



LA REINA DE PUNT

cos, y protegidos contra el calor de los rayos del sol por medio de un toldo. De esta manera embarcaron 31 árboles con el objeto de aclimatarlos en Egipto, esperando que allí habian de crecer y florecer; recogióse también una gran cantidad de resina, con la cual llenaron sacos atados por la boca, y luego los amontonaron sobre cubierta. Otros varios productos llevaron los naturales á la playa, cambiándolos por los que los Egipcios habian tenido buen cuidado de



CASA EDIFICADA SOBRE PILOTES EN LA TIERRA DE PUNT

conducir en las calas de sus bajeles. Los más apreciados fueron oro, plata y marfil, ébano y otras maderas, casia, kohl ó antimonio, monos cinocéfalos, perros, esclavos y pieles de leopardo. La más franca y cordial amistad reinó durante todo el tiempo que los Egipcios permanecieron en el país, y á su partida muchos naturales acompañaron libremente á los expedicionarios á Egipto, y aun parece que entre ellos se encontraba la reina deforme y varios jefes.

El viaje de regreso á Tebas se efectuó en parte por

la vía del Nilo. Indudablemente los buques de mayor calado regresaron por mar al puerto de donde habían partido; mientras que los árboles de incienso y otros productos preciosos se desembarcaron y fueron transportados por el desierto que limita el valle del Nilo hacia el Oriente; mas en lugar de efectuar el acarreo hasta Tebas por tierra, los reembarcaron en grandes lanchas del Nilo, y río abajo llegaron á la capital. El día de su llegada lo fué de gran gala. La ciudad entera salió al encuentro de los viajeros; hubo una gran parada de las tropas de la guarnición y de las que acompañaron á los expedicionarios; expusieronse á la admiración pública los árboles de incienso, los animales extraños, los variados y numerosos productos de aquellas lejanas tierras; un leopardo domesticado, con su domador negro, siguió á los soldados; una banda de indigenas llamados tamahú dió un simulacro de combate y bailó una danza guerrera. La infortunada reina y los jefes de la tierra de Punt, en unión de un grupo de cazadores nubios procedentes de la región de Chent-Heu-nefer, situada muy arriba del curso del Nilo, fueron conducidos á presencia de Hatasu, ofrecieronle sus respetos estando sentada en su trono, y le hicieron valiosos regalos. «Homenaje á tu faz, dijeronle, oh Reina del Egipto, Sol deslumbrador, resplandeciente como el disco del Sol, Atén, señora de la Arabia». Entonces la reina Hatasu presentó una ofrenda al dios Ammón: sacrificóse un toro en su holocausto, y con sus propias manos presentóle la reina dos vasos de precioso incienso. Igual sacrificio y oraciones se ofrecieron á Athor, «la Reina de Punt y Señora del Cielo». Finalmente se plantaron los árboles de incienso en la tierra que se les tenía preparada, y el día concluyó con fiestas y regocijos generales.

El éxito completo de tan importante y difícil empresa bien podía satisfacer á una gran reina. Gozosa Hatasu por el resultado obtenido, hizo cuanto estuvo á su alcance para que tal acontecimiento no se borrra del recuerdo humano, y para ello mandó construir un nuevo templo á Ammón, é hizo representar la expedición entera en sus muros. En Tel-el-Bahiri, en el valle de El-Assasif junto á Tebas, halló sitio conveniente para la nueva construcción, que elevó sobre cuatro gradas cubriendo su interior con bajos relieves realzados con colores, que representaban las principales escenas de la expedición. Allí se ven, hoy mismo, aquellos bajeles que son las más antiguas imágenes de naves de alto bordo, las tripulaciones, los remeros, los jefes y la reina de Punt, las habitaciones indígenas, los árboles y peces de aquella tierra, la llegada á Tebas de la expedición en 12 grandes barcos, el homenaje tributado á Hatasu, la fiesta celebrada con tal motivo y las ofrendas depositadas en el ara de los dioses. Dificilmente podrá hallarse un solo hecho de la historia antigua ilustrado tan profusamente como esta expedición de la reina Hatasu, puesta ante nuestros ojos en todas sus diferentes fases, desde la reunión de la flota en el mar Rojo, hasta la vuelta á Tebas de los expedicionarios, en medio de su alegría y su triunfo. Hatasu vió que era preciso admitir á su regio hermano en el gobierno, y permitir que su nombre apareciera en los monumentos, aunque de un modo secundario y subordinado, después de haber ejercido todas las funciones de la soberanía durante quince años, teniéndole completamente subyugado. Por este tiempo dedicábase la reina especialmente á decorar el antiguo templo de Ammón en Tebas, construido por Usurtasen I, y muy aumenta-



do por su padre Thothmes. Su obra principal fué la erección de dos obeliscos de granito rojo ó sienita, arrancados de las canteras de Elefantina y erigidos ante el pórtico que su padre edificó, al frente de las construcciones de Usurtasen. La forma, el color y la perfección del grabado de estos dos obeliscos no tienen igual en Egipto, en ningún trabajo análogo de época anterior ó posterior. Tienen muy cerca de 100 pies de altura y están cubiertos con jeroglíficos primorosamente esculpidos. En ellos Hatasu declara que «ha erigido los dos obeliscos para su padre Ammón, como homenaje de un corazón lleno de amor hacia él». Ambos son «de granito duro del Sur, cada uno de una sola pieza, sin ninguna juntura ó división». Su cima ó vértice es «de oro puro, apresado á los jefes de las naciones», por lo cual «se ven á distancia de muchas leguas. Su esplendor inunda de luz el Alto y Bajo Egipto».

Hatasu reinó con Thothmes III por espacio de siete años. Encuéntrense los monumentos de uno y otro reunidos en Tebas, en el Wady-Magharah y otras partes. No es probable, sin embargo, que durante este período fueran muy cordiales las relaciones entre los dos hermanos. Hatasu reivindicaba aún la autoridad principal, colocando su nombre antes que el de su hermano en todos los documentos públicos. Era, según se la ha calificado, «una mujer osada y ambiciosa», y evidentemente sólo con repugnancia pudo asociar á otro á su grandeza. Thothmes III, hombre de gran ambición y de no poca habilidad, no debió tampoco aceptar de buen grado la posición secundaria que se le ofrecía. No sabemos en absoluto si abiertamente se rebeló contra Hatasu y la privó del trono, ó si llegó á condenarla á muerte; los monumentos hasta ahora

descubiertos nada dicen sobre el fin de la gran reina. Pudo morir de muerte natural, muy oportunamente para su hermano, que quería verse libre y sin tutela, ó pudo también haber sido víctima de una conspiración dentro de los muros de palacio. Todo lo que sabemos es que Hatasu desaparece de la historia en su año cuadragésimo, y que su hermano y sucesor Thothmes III, animado por el odio, ordena que se borre su nombre de todos los monumentos, siendo raro encontrar alguno con este nombre intacto. El conocimiento de este gran periodo y de una de las más grandes soberanas de Egipto, se debe á la pereza descuidada ó intencional de los artifices á quienes Thothmes encargó la destrucción de aquel nombre. El rencor unido al poder absoluto no pudo conseguir su objeto; pues las grandes construcciones de Hatasu y su «flota mercante» figuran entre los hechos memorables que jamás podrán borrarse de la historia.

## XII

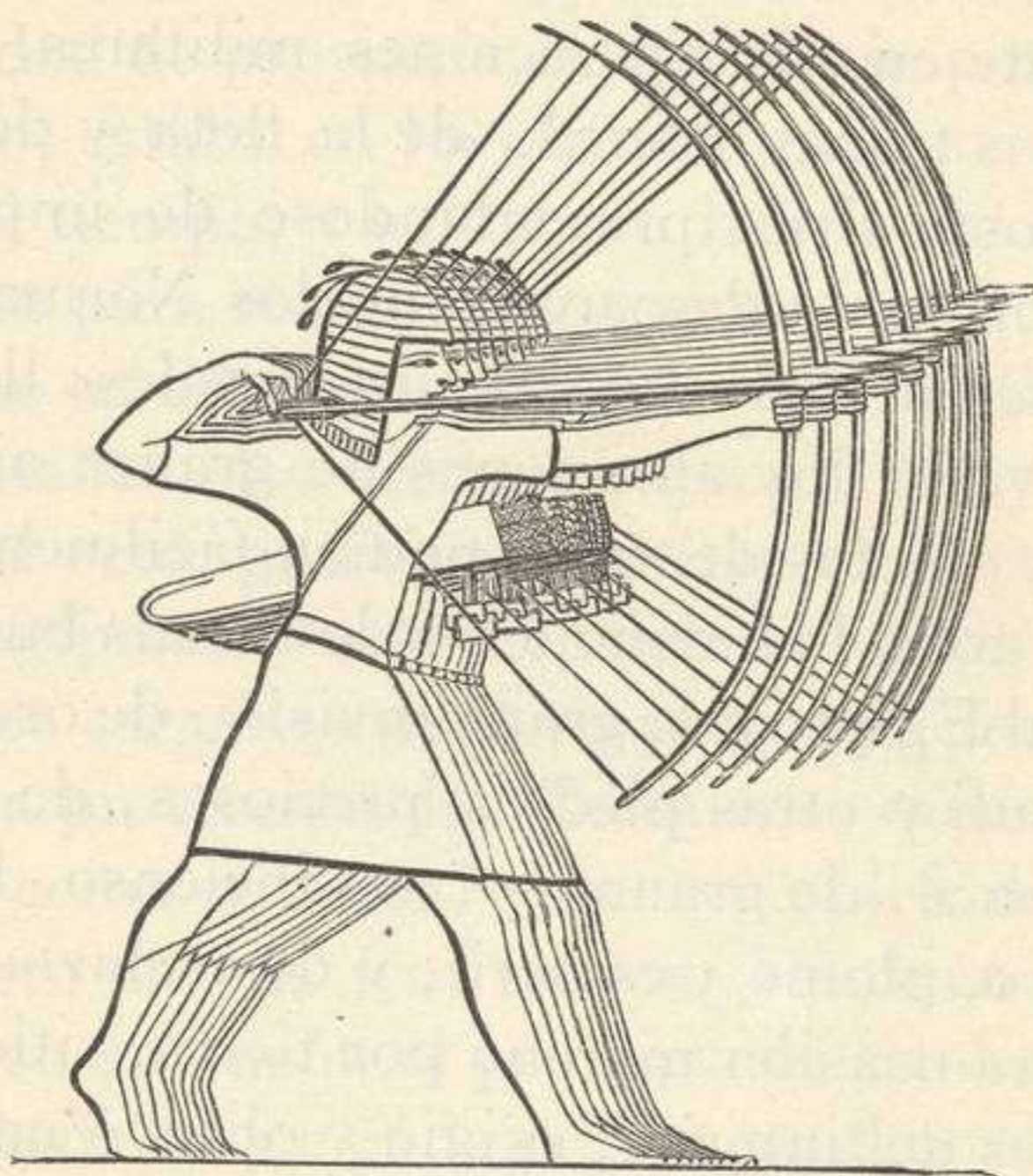
### THOTHMES III Y AMENHOTEP II



AN pronto como Thothmes III rompió los lazos que le sujetaron á su hermana durante más de veinte años, mostró el temple de su alma poniéndose en seguida al frente de sus tropas para marchar al Asia. Persuadido de que el gran dios Ammón le habia ofrecido una larga y victoriosa carrera, no perdió tiempo en trabajar para cumplir su glorioso destino. En el mes de Febrero salió de un puerto egipcio en la frontera oriental, llamado Garu ó Zalu, y tomando el ordinario camino de la costa, en poco tiempo llegó á Gaza, ciudad filistea que era ya entonces poderosa fortaleza considerada «como llave de la Siria». Llegó el mismo día del aniversario de su coronación, y según su manera de contar el tiempo, el día primero de su año vigésimotercio de reinado. Gaza no le opuso ninguna resistencia: su jefe era amigo de los Egipcios, y abrió las puertas con buena voluntad al ejército invasor. Habiendo descansado en Gaza sólo durante una noche, Thothmes continuó su marcha á lo largo de la costa, hasta que el undécimo día llegó á la ciu-

dad fortificada de Iaham, probablemente Tamnia. Allí sus exploradores le dieron noticia de que el enemigo se reunía en Megiddo, ángulo de la gran llanura de Esdraelón, escogido como ordinario campo de batalla de las naciones palestinas. Congregáronse allí «todos los pueblos que vivían entre el río del Egipto por una parte, y la tierra de Naharain (Mesopotamia) por otra». Á su cabeza iba el rey de Kadesh, gran ciudad del Alto Orontes, que luego se convirtió en uno de los más importantes centros del poder hittita, pero que en esta época pertenecía á los Rutenses (Sirios). Estaban bien fortificados en la boca de un desfiladero detrás de la línea de montañas que enlazan el Carmelo con las alturas de Samaria; por lo que sus capitanes aconsejaron á Thothmes, que evitara el ataque directo, dirigiéndose contra ellos por el flanco, que no habían defendido. El intrépido guerrero rechazó este prudente ruego. «Mis generales», dijo, «pueden si gustan torcer el camino: yo seguiré el recto.» El éxito coronó su arrojo. Llegó á Megiddo tras una semana de marcha, sin sufrir ninguna pérdida ni contratiempo, y en la gran llanura del Noroeste de la fortaleza empeñó la batalla, en la cual su ejército alcanzó completa victoria quedando dispersados sus enemigos. Huyeron precipitadamente los Sirios al primer ataque; puesto que sólo tuvieron 83 muertos y 240 prisioneros, ó 340 según otros cálculos, mientras que sus carros abandonados ascendieron á 924 y sus caballos á 2.132. Megiddo estaba cerca, por lo que el grupo de los fugitivos alcanzó fácil seguro dentro de sus murallas. Otros debieron dispersarse en las montañas. El campamento sirio fué ocupado, hallándose en él grandes tesoros en plata y oro, lapislázuli, turquesas y alabas-

tros, y el hijo mismo del rey de Kadesh cayó en manos de Thothmes. Poco tiempo después se rindió Megiddo, y también abrieron sus puertas las ciudades de Inunam, Anaugas, Huraukal, y Herinokol, de donde sacó un inmenso botín de granos y ganado. Thothmes volvió triunfante á Egipto, y en Tebas celebró grandes fiestas, acompañadas de numerosos sacrificios y ofrendas: entre los últimos se hallaban



ARQUEROS EGIPCIOS

(Antigua representación egipcia.)

tres de las ciudades tomadas á los Rutenses, que fueron asignadas al dios para que pudiera «dedicar este tributo anual á su sagrada comida».

Dice un proverbio familiar que «el apetito aumenta á medida que se satisface», y así el apetito de Thothmes se abrió en vez de calmarse con la campaña siria. Si hemos de creer á M. Lenormant, Thothmes salió á campaña al año siguiente de su victoria de

Megiddo, y después de atravesar toda la Siria y saquear la comarca, en las inmediaciones de Alepo, dirigióse á Carchemish, gran ciudad hittita, en el Alto Éufrates, desde donde cruzó el río hacia Naharain ó Mesopotamia, llevándose gran número de prisioneros. Otras dos campañas, cuyos detalles son desconocidos, pertenecen á este periodo entre el año vigésimocuarto y el vigésimonono de su reinado. Desde entonces hasta el año cuadragésimo, apenas cesó un solo instante en sus operaciones militares. Una vez embarcó sus tropas á bordo de la flota y dedicóse á correr la costa siria, presentándose de improviso y robando con tanto descaro como los Normandos en la Edad Media. Taló los árboles frutales; llevóse las cosechas; vació los almacenes de grano; apoderóse de cuantos objetos de valor podían fácilmente transportarse, y todo lo hacinó á bordo de sus buques, regresando al Egipto con gran provisión de oro y plata, de lapislázuli y otras piedras preciosas, de vasos de plata y bronce, de granos, vino, incienso, bálsamo, miel, hierro, plomo y esmeril, y de esclavos y esclavas. En otra ocasión marchó por tierra, sitió y tomó las ciudades del interior, exigió y obtuvo en rehenes á los hijos de los jefes, cobró crecidos tributos de guerra, y volvióse á su país con caballos y carros, rebaños de bueyes y carneros, animales extraños, árboles y plantas.

De todas estas expediciones fué la más importante la que llevó á cabo en el año vigésimotercero de su reinado: salió de la comarca de los Rutenses, dirigiendo su principal ataque contra la región mesopotámica, que saqueó de un extremo á otro, conquistando sus ciudades y arrasando las plazas fuertes de la infortunada tierra de Naharain, después de capturar

treinta reyes y caudillos y erigir dos estelas en la comarca, para que siempre constase que la había sometido á su dominio. Hasta es posible que cruzara el Tigris hacia Adiabene ó la comarca de Zab, ya que refiere que á su vuelta pasó por la ciudad de Ni, ó Nini, identificada con Ninive por los mejores historiadores del Egipto. Entonces (1500 a. de C.) Ninive no era capital de la Asiria, pues ésta se hallaba más abajo del Tigris en Ashur ó Kileh Sherghat, sino sólo una ciudad de provincia de alguna importancia. Sin embargo, estaba en los dominios del monarca asirio de aquel tiempo, y su ataque habría sido un insulto y un reto para el gran Imperio de la Alta Mesopotamia, que se extendía desde las tierras de aluvión á las montañas. Lo cierto es que el rey de Asiria no aceptó el reto, prefiriendo evitar el choque con las tropas egipcias. Por aquel tiempo y más tarde envió emisarios cargados de ricos presentes para que obtuvieran la protección de Thothmes, quien aceptó los regalos como tributos, é incluyó al jefe de Assuru en el número de sus feudatarios. También entonces le ofreció su sumisión el príncipe de Senkara, nombre que todavía existe en la región pantanosa de la Babilonia Inferior. Entre los presentes enviados por este príncipe hallábase el lapislázuli de Babilonia. Es exagerado suponer que esta expedición diera por resultado la conquista de los grandes Imperios de Asiria y Babilonia; pero es evidente que los conmovió, inspirándoles gran temor de una invasión, y afirmando la supremacía del Egipto como principal potencia militar del mundo, siendo la influencia asiria la que se vió más especialmente reducida y quebrantada. Los restos egipcios encontrados en Arbán, en el Khabour <sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Layard. *Ninive and Babylonia*, páginas 280, 282.

nos hacen creer que Thothmes añadió al Imperio egipcio la región entera situada entre el Éufrates y su afluente oriental, ancha y rica extensión de territorio que ocupó con sus presidios. El monarca asirio evitó las subsiguientes hostilidades de su peligroso vecino enviando todos los años á la corte de los Faraones una embajada con ricos presentes, que jamás



BUSTO DE THOTHMES III

fueron correspondidos. Entre ellos vemos enumerados los adornos de oro y plata, lapislázuli, vasos de piedra asiria (alabastro?), esclavos, carros guarnecidos de oro y plata, platos y hojas de plata, incienso, vino, miel, marfil, maderas de cedro y sicomoro, moreras, vides, nopales, búfalos<sup>1</sup>, toros y una coraza de oro con adornos de lapislázuli.

Amenemhep, funcionario que acompañó al monar-



ca y estaba á su servicio particular, relata un curioso episodio de esta expedición. Parece que en tiempo de Thothmes III los elefantes ocupaban los bosques y juncales de la región mesopotámica, como ahora viven en la península del Indostán. Aquellos enormes animales salvajes abundaban especialmente en las inmediaciones de Ni ó Nini, comarca situada entre el Tigris central y la cordillera de Tagros. Como Amenemhat I se divertía cazando el león y el cocodrilo, así Thothmes III dedicóse á cazar y matar elefantes cuando los tuvo á su alcance, no tan sólo con el objeto de distraerse, sino también con el de apoderarse de sus colmillos. Dicese que en aquella ocasión llegó á matar más de un centenar de aquellos animales. Una vez, sin embargo, corrió el monarca gran peligro: perseguía una manada de elefantes, cuando el mayor, que la conducía, volvióse contra el regio cazador, quien probablemente habría sido víctima de sus agudos colmillos, de su trompa, ó de sus enormes pies, si Amenemhep no hubiese acudido á su auxilio, hiriendo al animal que entonces dirigió contra él su rabia, siendo poco después capturado y muerto.

Thothmes dirigió al Asia otras expediciones en los años trigésimocuarto, trigésimoquinto, trigésimo-octavo, trigésimonono, cuadragésimo y cuadragésimosegundo de su reinado; pero en ninguna de ellas se distinguió tanto como en su gran campaña del año treinta y tres. Dirigió sus ataques contra los Tahí ó Tahai, al Norte de la Fenicia, y contra los Nairi de la región mesopotámica que, por rebelarse continuamente, debieron ser reconquistados. En aquel entonces parece que la mayor parte de los Rutenses pagaban el tributo sin gran resistencia ni mucha dificultad.

Debióse quizás esto al buen sistema seguido con ellos por Thothmes, de obligar á cada jefe á que diera un hijo ó un hermano en rehenes, como garantía de su buena conducta, y si estos rehenes fallecían, los habian de sustituir por otros. No se debió, sin duda, á que el tributo fuera pequeño, pues consistió durante mucho tiempo en un crecido número de esclavos, vasos de plata de 762 libras de peso, 9 carros, 276 cabezas de ganado, 1.622 cabras, muchos quintales de hierro y plomo, numerosas armaduras y «toda clase de plantas útiles».

Mientras por una parte se ocupaba el monarca en extender los límites de su Imperio hacia el Norte y el Nordeste, por otra no permitió que las regiones anteriormente sometidas se sustrajeran á la influencia egipcia. Así recibió tributos de oro, especias, esclavos y esclavas, ganados, marfil, ébano y pieles de pantera de la tierra de Punt; ganados y esclavos de Cush, y los mismos productos de los Uauat. Dicese que de las diversas comarcas á él sujetas llevóse en junto más de 11.000 cautivos, 1.670 carros, 3.639 caballos, 4.491 cabezas de ganado vacuno, 35.000 cabras, 3.940 libras de plata, y 9.054 libras de oro. Desde las tierras conquistadas trajo además al Egipto enormes cantidades de grano y vino, incienso, bálsamo, miel, marfil, ébano y otras maderas raras, lapislázuli, muebles, estatuas, vasos, platos, jarros, andas, arcos, corazas, árboles frutales, pájaros y monos. Con insaciable curiosidad anotó todo lo singular y extraordinario de las tierras que había visitado, y quiso introducir en su propio país las diversas novedades que observó en sus expediciones. Dos clases desconocidas de pájaros y una variedad de gansos existente en la Mesopotamia, fueron transportadas

desde el valle de Khabour al del Nilo, y se dice que «era lo que más apreciaba el rey». Sus artistas tenían orden de estudiar cuidadosamente estos distintos objetos y animales y de representarlos con fidelidad en los monumentos. En éstos, se ven lirios acuáticos altos como árboles, plantas en forma de cactus, árboles y arbustos de todas clases, hojas, flores y frutos, entre los que se ven melones y granadas. También figuran allí bueyes y vacas, y entre ellos un maravilloso animal con tres cuernos. Asimismo hay halcones, buhos, gansos y palomas. Todos estos objetos y animales aparecen alegremente mezclados en las pinturas, como corresponde á la sencilla é infantil concepción del artista<sup>1</sup>. Una inscripción manifiesta la intención del monarca: «Aquí, dice, se ven toda clase de flores y plantas de la Tierra Santa, que el rey descubrió cuando fué á la comarca de Ruten para conquistarla. Así, dice el rey, yo juro por el sol y llamo en testimonio á mi padre Ammón que todo esto es verdad pura: no hay huella de engaño en cuanto relato: lo que el espléndido suelo da en productos, lo he retratado en estas pinturas, con la intención de ofrecérselos á mi padre Ammón como recuerdo perpetuo.»

Además de su ejército, sostuvo Thothmes una armada, que fué poderoso y frecuente auxiliar de sus expediciones. Según refiere un autor, envió una flota al Éufrates, y en una acción que tuvo con los Asirios derrotó al enemigo y persiguióle en una distancia de 7 ú 8 millas. Cierto es que en más de una ocasión atacó á la Siria y la Fenicia por mar; no es tampoco improbable que sus fuerzas marítimas redujesen á Chipre (conquistada y dominada antes por Amasis en época menos floreciente) y saquease la costa de

1 Bru gsch, *Historia del Egipto*, vol. I, pág. 367 y 368.

Sicilia; pero una crítica circunspecta no extenderá los viajes de su flota, como lo ha hecho otro escritor, á Creta, á las islas del Egeo, á las costas de Grecia y del Asia Menor, al Sur de Italia, á Argelia y á las aguas del Euxino. No hay autoridad histórica, en las inscripciones de Thothmes, que acredite haber realizado expediciones tan lejanas. El único testimonio que de ellas tenemos consiste en un canto de triunfo puesto en boca del dios Ammón, y grabado en uno de los muros del gran templo de Karnak. Este cántico es interesante, pero no arroja tales deducciones, según puede juzgarse de su traducción, que es como sigue:

### HABLA «AMMÓN»

Vine, y despedazaste á los príncipes de Zahí;  
 Los hollé bajo mi planta en sus comarcas;  
 Los hice mirar tu santidad como sol deslumbrador;  
 Brillaste á su vista tomando mi forma.

Vine, y destrozaste á cuantos viven en Asia;  
 Cautivaste los rebaños de cabras de Ruten;  
 Les hice contemplar tu santidad, en tus adornos reales,  
 Mientras manejas tus armas en el carro de guerra.

Vine, y despedazaste la tierra del Oriente;  
 Marchaste contra los moradores de la Tierra Santa,  
 Les hice mirar tu santidad como la estrella Canopea  
 Que envía su ardor y seca el rocío.

Vine, y destrozaste la tierra del Occidente;  
 Kefa y Asebi (Fenicia y Chipre) te temen;  
 Les hice mirar tu santidad como un toro joven,  
 Bravo, de agudos cuernos, al que nadie se acerca.

Vine, y destrozaste los súbditos de tus señores;  
 La tierra de Mathen tembló de espanto;  
 Les hice ver tu santidad montada en un cocodrilo  
 Terrible en las aguas, de pavoroso encuentro.

Vine, y destrozaste á los que viven en el Mar Grande;  
Los habitantes de las islas temblaron ante tu grito de guerra.  
Les hice contemplar tu santidad como el Vengador  
Que se presenta é inmola su víctima.

Vine, y destrozaste la tierra de Tahenmi;  
El pueblo de Uten se sometió á tu poder,  
Les hice ver tu santidad, como un león  
De ojos fieros que deja el antro y corre por los valles.

Vine, y destrozaste las tierras septentrionales;  
El circuito del Mar Grande está ceñido por tu brazo;  
Les hice ver tu santidad, como altivo halcón  
Que con su mirada domina cuanto le place.

Vine, é hiciste pedazos las tierras meridionales;  
Los que se sientan en la arena fueron hechos cautivos,  
Les hice contemplar tu santidad como chacal del Sur  
Que atraviesa las tierras oculto y errante.

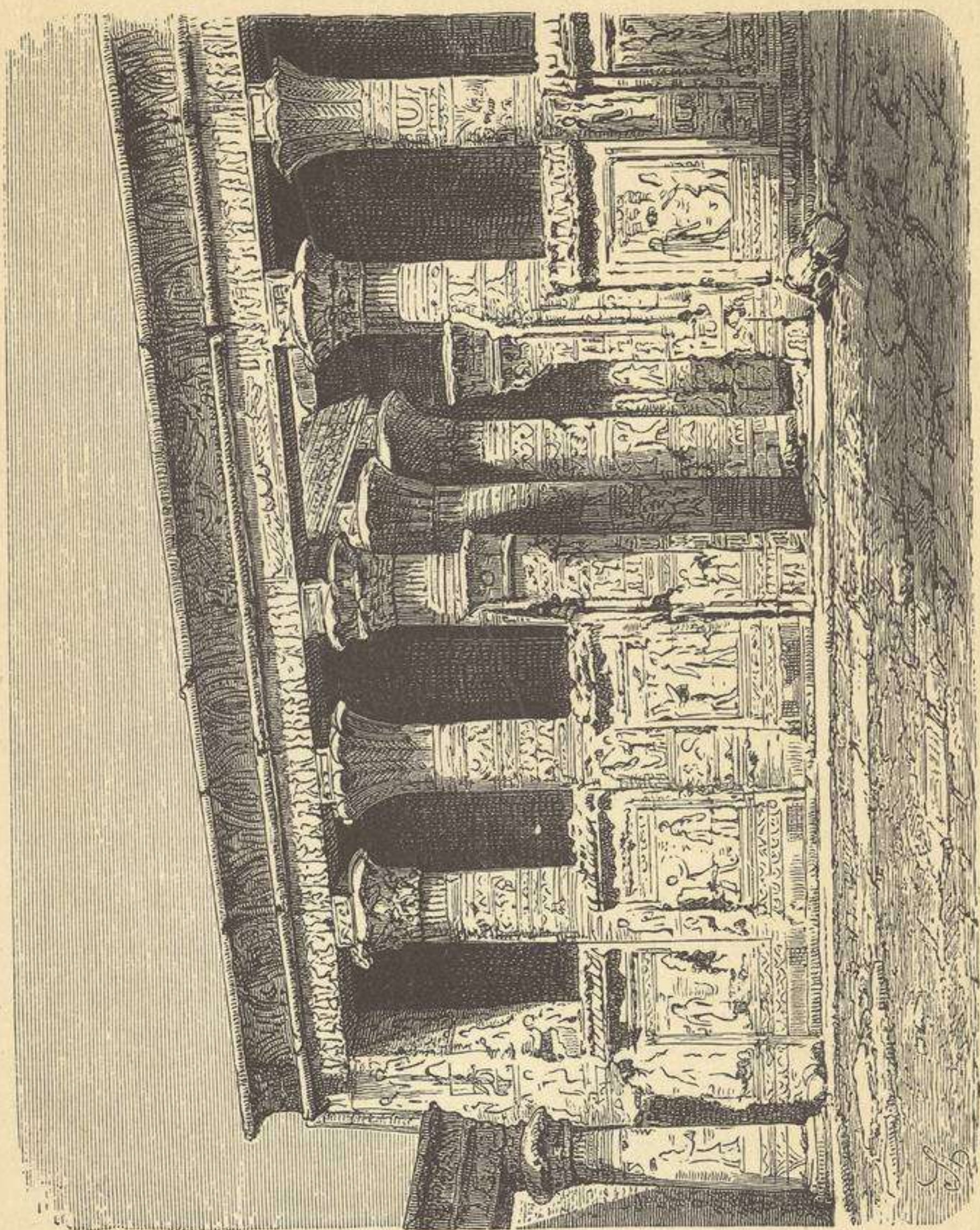
Vine, y destrozaste las tribus nómadas de la Nubia,  
Hasta la tierra de Shut que mantienes en tu mano,  
Les hice contemplar tu santidad, como un par de hermanos,  
Cuyas manos he unido para darte poder <sup>1</sup>.

Es imposible terminar este bosquejo de Thothmes III sin dar noticia de sus construcciones. Fué el más grande de los conquistadores egipcios, y también uno de los más grandes constructores y protectores del arte. Especial objeto de su cuidado fué el gran templo de Ammón en Tebas, pues empezó en él su carrera de constructor y restaurador, reparando y adornando un edificio que tanto debía embellecer. En el primer año de su reinado independiente volvió á erigir delante de los pilones del Sur dos co-

<sup>1</sup> Brugsch, *Historia del Egipto*, 1.<sup>a</sup> ed. de 1879, vol. I, página 371 y 372. Hemos preferido dejar la traducción literal sin reducirla á forma métrica española, por tratarse de un documento histórico al que la menor alteración pudiera quitar exactitud.

losales estatuas de su padre Thothmes I y de su abuelo Amenhotep, derribadas en los turbulentos tiempos que siguieron á la muerte del primero. Luego mandó reedificar el santuario central, obra de Usurtasen I, que habia empezado á arruinarse, y reconociendo su grande importancia en el templo, resolvió rehacerlo de granito en vez de piedra común. Tuvo el respeto y el buen sentido, de que por desgracia han carecido en general los restauradores, de conservar las líneas y las dimensiones del antiguo edificio, limitándose á reproducir con mejores materiales la obra de su gran predecesor. Cumplido este deber piadoso, dió rienda suelta á su ambición constructora, ensanchando el templo por su lado oriental. Detrás del nicho, á la distancia de 150 pies, erigió una magnífica sala ó cámara, sostenida con pilares, de cuyas dimensiones no habia ejemplo en Egipto ni en ninguna otra parte del mundo en aquella época: gran cuadrilongo de 143 pies de largo por 53 de ancho, ó sea casi el doble de la nave de la catedral de Canterbury. El techo estaba formado por sillares de piedra; dividían la sala á lo largo cinco líneas de columnas y pilares, las primeras situadas en el centro, elevándose hasta 30 pies de altura, y los segundos altos de 20 pies y distribuidos por los costados. Este sistema permitía al edificio recibir luz por medio de claraboyas. Además, por los lados del Norte, Este y Sur, Thothmes añadió á esta sala varias cámaras y corredores, abiertos unos y sostenidos por pilares otros, para que pudieran servir de depósitos de las vestiduras sacerdotales y de las ofrendas del santuario.

Thothmes añadió también un pórtico al templo del Sur, y erigió al frente de la entrada principal,



FACHADA DEL TEMPLO DE EDFÚ





que estaba, como de costumbre, entre dos pilones, dos, ó acaso cuatro enormes obeliscos, uno de los cuales se conserva y es el monumento más grande y magnífico de los de su clase. Se eleva ahora al frente de la iglesia de San Juan de Letrán en Roma, y tiene una altura de 105 pies, sin contar la base, con una anchura que va disminuyendo desde 9 pies y 6 pulgadas hasta 8 pies y 9 pulgadas: cálculase su peso en más de 450 toneladas, y está cubierto con bien grabados jeroglíficos. Excede en 12 pies de elevación y en 50 toneladas de peso á cualquier otro obelisco conocido. Sin embargo, de creer una inscripción de Thothmes, hallada en este mismo sitio, el par de obeliscos de que éste formaba parte, perdía toda importancia comparado con el otro par colocado delante de su pórtico, pues su altura era de 162 pies, pudiéndose de consiguiente calcular su peso en unas 700 ú 800 toneladas. No se ha encontrado huella de tales gigantes, y parece casi imposible que los hubiesen podido transportar, y muy improbable que se rompieran sin dejar señal de su existencia; de lo cual se deduce que habiendo sido proyectados no llegó á realizarse su ejecución, y que se grabó por anticipado la inscripción referente á una obra proyectada, pero que nunca llegó á ejecutarse.

Entre los demás monumentos del gran Thothmes debemos mencionar el cercado del famoso templo del Sol en Heliópolis, el templo de Phthah en Tebas, el templete de Medinet-Abu, un templo dedicado á Kneph y adornado con obeliscos en Elefantina, y una serie de templos y otras construcciones en Ombos, Emeh, Abydos, Coptos, Denderah, Eileithyia, Hermonthis, y Aleufis, en Egipto, y en Amada,

Ceorte, Talmis, Pselcis, Semneh, Koummeh y Napata, en la Nubia.

En resumen, considérase á Thothmes III como el monarca que dejó más monumentos, excepto Ramsés II; y aunque incidentalmente se muestra algún tanto caprichoso y fantástico como constructor, sin embargo, apreciándolo en conjunto, se vió que hizo conservar la pureza de estilo, probando á la vez que no le faltaba buen gusto <sup>1</sup>.

Por un curioso encadenamiento de circunstancias Thothmes III es, entre todos los Faraones, el monarca cuyos monumentos son más conocidos, y que manifiestan la habilidad y el gusto egipcios á las ciudades más importantes del mundo moderno. Roma, como hemos visto, posee su obelisco mayor, que es al mismo tiempo el más colosal de los monolitos existentes.

Los millones de hombres que han acudido en tropel á la Ciudad Eterna en todas las edades, se han formado idea de la grandeza egipcia, gracias al monumento que se eleva frente á la iglesia de San Juan de Letrán. Constantinopla tiene un obelisco de Thothmes III, que se alza en el centro del Atmeidán. Londres colocó entre la catedral de San Pablo y el palacio y abadía de Westminster, otro obelisco del mismo monarca, monolito erigido primero en Heliópolis, luego en Alejandria y que por fin es ahora ornamento de los muelles del Támesis, casi en el centro de la más populosa ciudad que ha habido en el mundo. El compañero de este obelisco, después de haberse alzado, como aquél, durante quince siglos en Heliópolis y de haber pasado luego otros diez y ocho en Alejandria, cruzó el Océano Atlántico y enseña ahora á los millones de habitantes de Nueva

<sup>1</sup> Wilkinson en el *Herodotus* de Rawlinson, vol. II, pág. 302.

York y á sus numerosos visitantes, las grandes obras que podían ejecutar los ingenieros y artistas egipcios del tiempo de la dinastía décimaoctava.

No ha faltado quien diga que Thothmes III fué «el Alejandro de la historia egipcia». La frase es tan exagerada como engañosa: exagerada aplicándola á su talento militar, porque si bien está fuera de toda duda que este monarca fué mucho más grande que cualquiera de los conquistadores egipcios y le adornaban buenas dotes militares, mucho valor personal y una energía pocas veces igualada, en cambio, sus empresas fueron de poca importancia comparadas con las del general macedónico, y sus conquistas insignificantes: en lugar de internarse con una fuerza escasa en medio de populosas comarcas, de luchar con ejércitos diez ó veinte veces más numerosos que el suyo, derrotándolos y subyugando por completo un inmenso Imperio, Thothmes mandaba un ejército disciplinado y numeroso, llevándolo por un país casi despoblado, gobernado por reyezuelos celosos unos de otros, con los cuales apenas tuvo que reñir más que una sola batalla de importancia, y únicamente consiguió dominar dos comarcas de regular extensión, la Siria y la Mesopotamia Superior, hasta el río Khabour. Alejandro recorrió, dominó y sometió todos los territorios comprendidos entre el Egeo y el Sulej, entre el golfo Pérsico y el Oxus; conquistó el Egipto y fundó una dinastía que duró cerca de tres siglos. Thothmes no se apoderó ni de una décima parte siquiera de aquel territorio, y el Imperio que estableció apenas se mantuvo más de un siglo. Es, pues, absurdo comparar á Thothmes III con Alejandro el Grande como conquistador.

Alejandro fué, por otra parte, mucho más que un

gran conquistador: fué un administrador de primer orden. De haber vivido veinte años más quizá hubiese fundado una monarquía universal, que hubiera podido durar mil años. Con todo, organizó de tal manera el Oriente, que por espacio de cerca de tres siglos continuó regido por la Grecia, en manos de los monarcas que son conocidos como *sucesores* suyos. Thothmes III, por el contrario, nada organizó; dejó sus conquistas en tal estado, que todos los países sometidos se rebelaron á su muerte. Su sucesor tuvo que reconquistarlos para establecer de nuevo la soberanía egipcia.

No tenia rasgos característicos en su persona el gran monarca egipcio: la nariz larga, bien formada, algún tanto fina, formaba casi línea recta con la frente: los ojos salientes y más grandes que los de la mayoría de los Egipcios, el labio superior bastante delgado, la boca expresiva y quizá demasiado llena, y la barba redonda y ligeramente retraída, hacían que la expresión de la estatua que lo representa fuese grave y seria, pero falta de energía y resolución. Hay, si bien se observa, algo de femenino en su fisonomía, aunque su carácter no presenta por cierto ningún rasgo de afeminación. Murió después de un reinado de cincuenta y cuatro años, según su propia cuenta, habiendo ejercido realmente la soberanía por espacio de unos treinta y dos; así, pues, debió vivir cerca de setenta.

Durante aquellos turbulentos tiempos ¿qué hacían los hijos de Israel? Hemos supuesto que José fué ministro del último de los reyes pastores, durante cuyo reinado su pueblo había entrado en pacífica posesión de la tierra de Goshen, en la que habían sido hospitalariamente recibidos por una población que tenía las mismas costumbres pastoriles que ellos, y parece

probable que creciera su número y aumentara su poder, y que fuesen gradualmente llenando la comarca comprendida entre los brazos sebennítico y pelusiaco del Nilo. Su período de dura opresión todavía no había comenzado; aun no habían dado suficiente motivo para que se dictaran las medidas de represión que adoptó luego el nuevo rey que «no conoció á José». El nombre y fama del gran ministro parece que continuaba amparando á sus compatriotas, permitiéndoles el pacífico y tranquilo goce de aquella tierra, que ya debía comenzar á parecerles menos extraña.

Sucedió á Thothmes III su hijo Amenhotep, al cual los historiadores dan comunmente el nombre de Amenophis II. Fué este rey guerrero, como su padre, y consiguió someter, sin gran dificultad, las diversas naciones que habían sacudido el yugo egipcio al tener noticia del fallecimiento de su antecesor. Según algunos autores, llevó sus armas hasta Nínive, que pretende haber sitiado y tomado, aunque no menciona á los Asirios como adversarios suyos. Sus luchas fueron, en Asia, con los Rutenses, los Naïri y los Shasu (Árabes), y en Africa, con los Tahennu (Libios) y los Nubios. En todas partes coronó la victoria sus esfuerzos, pero manchó la limpia fama que sus victorias le hubieran dado, con procedimientos bárbaros y derramamiento de sangre tan cruel como innecesario. Dícenos él mismo que en Takhisa, en la Siria septentrional, mató á siete reyes con sus propias manos, y se hace representar en el acto de destruirlos con su maza de guerra, no en el ardor de la batalla, sino después de haberlos hecho prisioneros. Añade, además, que, después de matarlos, colgó sus cuerpos en la proa del bajel á cuyo bordo regresó á Egipto, y los trajo, como trofeos de victo-

ria, á Tebas, donde colgó á seis de ellos por la parte exterior de las murallas, como los Filisteos colgaron los cadáveres de Saúl y Jonatán en la muralla de Bethshan (I, Sam., XXXI, 10, 12), y mandó el séptimo á Nupata, en la Nubia, haciéndolo exponer allí de la misma manera para aterrorizar á los enemigos que tenía en aquel país.

Se ha dicho de los Rusos—quizás no sin alguna justicia—«rasca el Ruso y hallarás el Tártaro»; con mucha más razón puede decirse de los antiguos Egipcios que, á pesar de la capa de civilización que presentan al observador, había en su naturaleza, aun en los mejores tiempos, una barbarie interna, que no era posible ocultar del todo y daba de continuo señales de su existencia. Corto parece haber sido el reinado de Amenophis II, pues el año séptimo está anotado como el último de su gobierno en los monumentos. Como constructor tuvo poca importancia: un templo en Amada, una sala en Tebas y su tumba en Abd-el-Qurnah forman el total de sus construcciones conocidas y ninguna es notable. Durante su mando Egipto tuvo un breve descanso, para prepararse á nuevos esfuerzos en las armas y en la arquitectura.

## XIII

### AMENHOTEP III Y SUS GRANDES OBRAS. — LA ESTATUA PARLANTE DE MEMNÓN



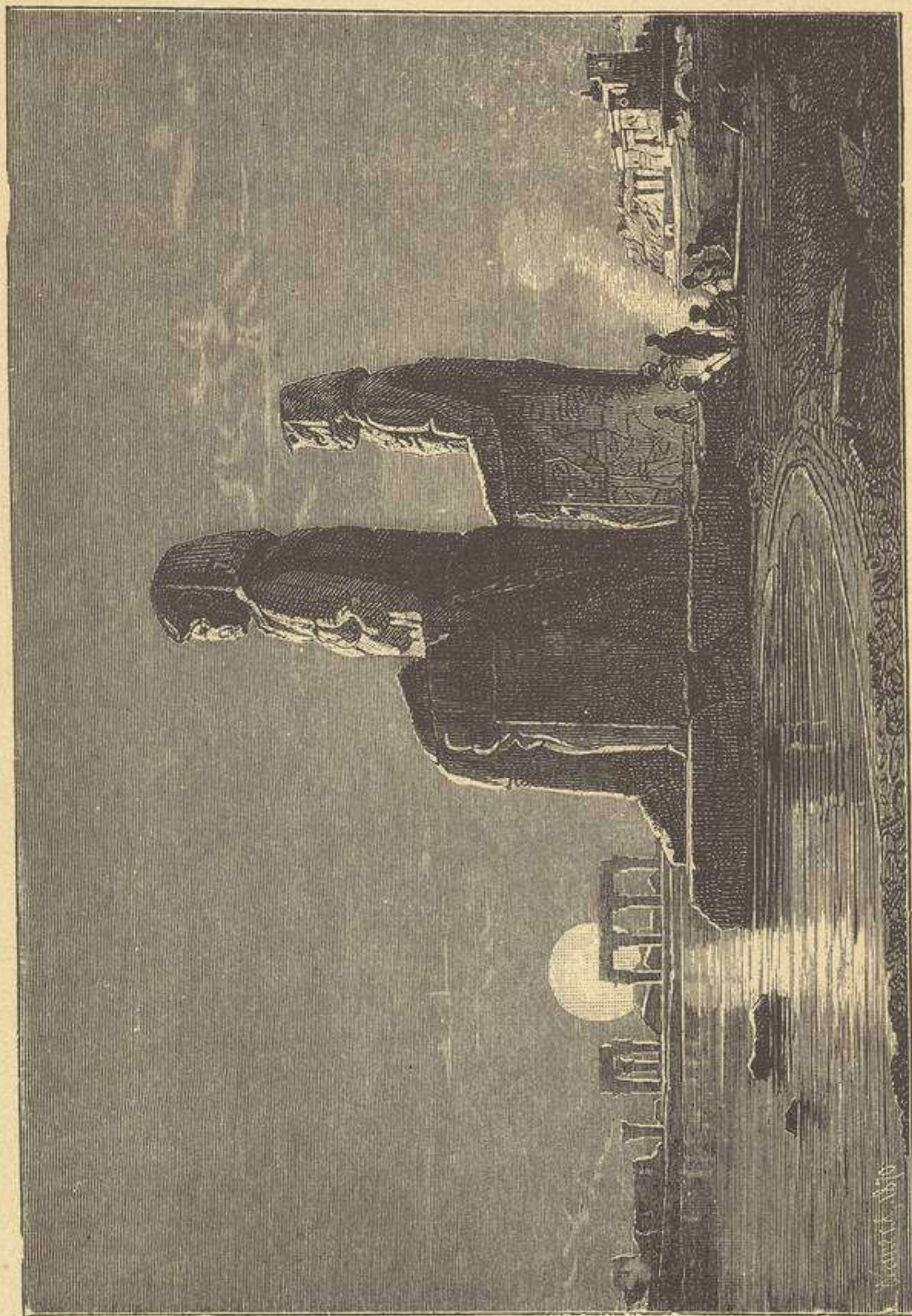
AMENHOTEP III, nieto del gran Thothmes, debe especialmente su fama á los Colosos gemelos, los más grandes si no los más altos que el mundo ha conocido. Imaginense dos figuras sentadas, hechas de un solo trozo de piedra arenisca, que han estado en la misma posición durante más de tres mil años, deshaciéndose gradualmente por la influencia del tiempo y de los cambios atmosféricos, que sin embargo miden aún más de 60 pies de altura, y que en su principio, cuando llevaban la alta corona de los reyes egipcios, debían llegar á cerca de 70 pies. Si tenemos por grandes, enormes y colosales dimensiones las de una estatua que mida 10 ó 20 pies — como la de Pitt por Chautrex ó la de Júpiter por Fidias — ¿qué diremos de aquéllas, que son de tamaño tan superior á éstas? Oigamos á un testigo de vista y de experiencia universal: «Sentadas están, dice H. Martineau, cercanas, aunque separadas, en medio de la llanura, vigilando apacibles y serenas el curso del tiempo y la decadencia de Europa. No creo que se haya concebi-

do por la imaginación del arte nada tan majestuoso como estas dos estatuas. Nada, ni aun en la naturaleza, me impresionó tanto como su contemplación; ni las tempestades en mi infancia, ni el aspecto del Niágara, ni los grandes lagos de América, ó los Alpes, ó el desierto en mis últimos años... Cada día nos llaman más la atención aquellas dos imágenes sentadas en medio de la verde llanura, guardada su espalda por montones de ruinas. Por la vez primera, hoy las hemos admirado desde su base. Al acercarnos han afirmado la impresión de sublime tranquilidad que nos causaron al contemplarlas á distancia. Allí están sentadas, vigilantes, las manos en las rodillas, mirando de frente, y, aunque se han borrado parte de sus facciones, parece que todavía contemplan las columnas monumentales del otro lado del río, que antes fueron suntuosos templos, y delante de los cuales colocáronse aquellos tronos; los más seguros y perennes que jamás se hayan elevado en la tierra»<sup>1</sup>.

El proyecto de erigir dos estatuas tan colosales debe atribuirse al rey mismo, y de la magnificencia de su traza podemos deducir la grandiosidad de sus pensamientos y la profundidad maravillosa de su imaginación artística; mas la destreza en ejecutarlas, el talento en expresar con la piedra tanta dignidad, majestad y reposo, pertenece al artista de primer orden que supo convertir los bastos trozos de piedra, cortados por los canteros en la montaña lejana, en las gloriosas estatuas que desde su elevación han contemplado la llanura por tantas y tantas edades. Los escultores de las construcciones egipcias son, en general, desconocidos; mas por fortuna en el caso presen-

1 *Eastern Life*, vol. I, págs. 84 y 289.





LOS COLOSOS DE MEMNÓN AL NOROESTE DE TEBAS



te, el nombre del artista ha quedado consignado, y él mismo nos relata los sentimientos que le agitaron cuando las vió colocadas en los sitios en que todavía subsisten. El escultor, que llevó el mismo nombre que su real señor, esto es, Amen-hotep ó Amen-hent, dice en el supremo goce de su corazón: «Yo inmortalicé el nombre del rey, y nadie ha hecho tanto como yo con mis obras. Ejecuté dos estatuas retratos del rey, asombrosas por su anchura y elevación; al quedar terminadas sus formas, pareció aplastada la torre del templo... 40 cúbitos median de altura y se cortaron en la espléndida montaña arenisca de ambas riberas, al Oriente y al Occidente. Ordené la construcción de 8 buques para conducir las estatuas por el río; con su ayuda aquéllas fueron colocadas en su templo sublime, donde permanecerán mientras exista el cielo. Fué un gran acontecimiento para Tebas ver desembarcar las estatuas y ponerlas en su sitio.»

De las dos imágenes, la del lado oriental despierta un interés muy peculiar y curioso. Los Romanos de los primeros tiempos del Imperio la conocieron con el nombre de Memnón parlante, siendo una de las principales curiosidades que atraían á los viajeros al Egipto, á causa del hecho indisputable de que durante dos ó más siglos emitía por las mañanas un sonido musical, que fué considerado como especie de milagro permanente. Mencionan este hecho Estrabón, Plinio el Viejo, Pausanias, Tácito, Juvenal, Luciano, Filostrato y otros autores; y lo recuerdan gran número de testigos en inscripciones grabadas en la parte inferior del coloso, que se han conservado hasta nuestros días. La perezosa fantasía de algunos pensadores griegos y romanos identificó á Amenhotep con el Memnón de Homero, hijo de Titón y de

la Noche, que condujo un ejército de Etiopes en ayuda de Priamo á Troya, y fué considerado como un dios; ir á oírle equivalía no sólo á presenciar un milagro, sino á recibir la seguridad del favor divino. Porque no siempre la estatua emitía el sonido; el dios no hablaba todos los días. Algunas veces debían volverse los viajeros con sus esperanzas frustradas; otras, tenían que hacer una segunda ó tercera y, á veces, cuarta visita para oír la deseada voz. Sin embargo, el fenómeno era frecuente; y un simple soldado, en la base de la estatua, recuerda el hecho de que por trece veces oyó la voz. El origen del sonido, la época en que comenzó á oírse y las circunstancias por las cuales cesó, son de más ó menos dudosa explicación. Algunas de aquellas personas que se tienen por inteligentes y que en todo ven los manejos de los sacerdotes, suponen que el sonido musical era efecto de un invento humano, y todo lo explican á su entera satisfacción atribuyéndolo á «la impostura sacerdotal». Ó los sacerdotes encontraron una piedra acústica é intencionalmente la colocaron en la estatua, ó con astucia introdujeron un tubo en la figura, por medio del cual emitían á su placer aquellas notas musicales. Contra esta opinión puede argüirse, que durante la existencia de la religión egipcia en sus buenos tiempos, fué enteramente desconocida esta facultad vocal de la estatua; no hay prueba alguna de haberse revelado antes de la época de Estrabón (25-10 a. J. C.), cuando ya el Egipto se hallaba en poder de los Romanos y los sacerdotes ejercían en él muy escasa influencia. Además esa teoría está desautorizada por el hecho de que durante los dos siglos en que se efectuó el prodigio, hubo ocasiones en que Memnón encerróse en obstinado silencio contra el in-

terés de los sacerdotes de que hablara, mientras que otras veces habló con gran frecuencia, cuando su voz no era necesaria. La mujer de un prefecto del Egipto hizo dos viajes inútiles á aquel lugar; la emperatriz Sabina, esposa de Adriano, no tuvo mejor éxito en su primera visita, por lo cual «la ira encendió sus venerables facciones». Por otra parte, ya hemos dicho que un simple soldado pudo oír trece veces aquella voz.

Con referencia al tiempo y á las circunstancias en que por vez primera se reveló el fenómeno, sólo puede decirse que el primer testigo ilustrado que de él tenemos es Estrabón (25 a. J. C.); que las primeras inscripciones del zócalo no son anteriores al reinado de Nerón, y que puede ponerse en duda si se oyó el sonido salido de la piedra antes del año 27 a. J. C. En aquel año hubo un terremoto que causó grandes daños en Tebas, y puede muy bien aceptarse que esta conmoción fué causa de la caída de la parte superior del coloso, y alteró el resto del trozo de piedra dando por vez primera las condiciones acústicas de sus moléculas. Durante algunos siglos sólo quedó de la figura el torso que emitía voz.

*Dimidio magicae resonabant Memnone chordae*

Después de largo intervalo de años, probablemente hacia el 164 de J. C., restauróse el monumento en la forma en que ha llegado hasta nosotros. Se reconstruyó el torso, poniéndole encima cinco líneas de sillares groseramente esculpidos en forma parecida á la del coloso vecino. Quisose con ello honrar á Memnón, y sólo se consiguió volverle mudo. Cambiándose con el nuevo arreglo la condición peculiar de la piedra que el terremoto había conmovido y he-

cho acústica, cesó el sonido que nunca más se ha vuelto á oír.

En nuestros días es hecho conocido por cuantos se dedican al cultivo de la ciencia, que á causa de un rápido cambio de temperatura, pueden dar sonidos las rocas naturales y los trozos de piedra tallada. Hablando de las riberas del Orinoco dice el barón de Humboldt: «La roca de granito en que nos hallamos es la misma en la cual al amanecer algunos viajeros han oído de vez en cuando sonidos subterráneos parecidos á los de un órgano. Los misioneros llaman á estas piedras *losas de música*. Es brujería, nos dijo nuestro piloto indiano... Pero no puede negarse la existencia de un fenómeno al parecer dependiente de cierto estado de la atmósfera. Las capas de la roca están llenas de grietas profundas y estrechas. Durante el día se calientan á una temperatura de 50° que por la noche suele descender á 39°. Así se concibe fácilmente que la diferencia de temperatura entre el aire subterráneo y el exterior alcance el máximo de diferencia al amanecer.» Fenómenos parecidos ocurren en las rocas areniscas de El-Nakous, en la Arabia Pétreá, cerca del pico de la Maladetta en los Pirineos, y quizás en el desierto entre la Palestina y el Egipto. «En el quinto día de viaje», dice el ilustrado autor de Eothen, «el sol era cada vez más caliente... é inclinando mi cabeza ante sus rayos, cerré los ojos para evitar la luz y me dormí, no sé si durante algunos minutos ó sólo algunos instantes, pues al poco rato me despertó el tañido de campanas de iglesia, las campanas de mi pueblo, de Marlén, que antes no habían enviado sus notas más allá de las montañas de Blagdón. Naturalmente, mi primera idea fué que estaba aún bajo la influencia de una pesadilla. Le-

vantéme, y alcé el velo de seda que cubría mis ojos, dejando á la luz inundar mi cara. Entonces vi que estaba bien despierto, *pero las vetustas campanas de Marlén seguían tocando*, no en señal de fiesta, sino tranquilas, pausadas, solemnes, como llamando á la oración. *Poco tiempo después dejó de oirse el sonido*; ni yo, ni ninguno de mis compañeros contó el tiempo que había durado, pero parecióme que por lo menos subsistió durante diez minutos»<sup>1</sup>. El autor sigue dando una explicación metafísica del fenómeno; pero puede discutirse si sólo oyó sonidos acústicos emitidos por las rocas debajo de la arena que pisaba.

Óyense los mismos sonidos cuando las piedras han sido arrancadas en pedazos de las canteras, y no en su estado natural, sino trabajadas convenientemente para utilizarlas en las construcciones. Tres individuos de la expedición francesa, MM. Fomard, Follois y Devillers, se hallaban en la cella granítica que forma el centro del templo-palacio de Karnak, cuando, según su misma relación, «al amanecer oyeron un sonido semejante al de una cuerda que se rompe, saliendo de los trozos de piedra». Exactamente la misma comparación emplea Pausanias al describir el sonido del Memnón parlante.

En suma, podemos deducir, que las condiciones acústicas de aquel sorprendente coloso, fueron desconocidas al artista que esculpió el monumento, y al rey de quien era imagen. A ellos pertenece, en su propósito y su objeto, la parte arquitectónica y escultural de la imagen, no ciertamente su cualidad musical. Los dos colosos estaban situados al extremo de ancha calle que conducía á uno de los grandes templos-pa-

1 Kinglake, *Eothen*, págs. 188 y 189.

lacios contruidos por Amenhotep III, templo que actualmente es sólo un montón de arena, «una pequeña irregularidad de la llanura». Quería el rey que su camino consistiera en un *dromos* ó calle empedrada, de 1.100 pies de longitud, con nueve estatuas iguales á ambos lados, colocadas á intervalos regulares, que todas representaran al monarca. Este egoismo regio puede quizás excusarse por la grandiosa concepción del plan, que en parte alguna hallamos repetido; pues si bien las calles de esfinges son comunes en Egipto, y los caminos con figuras sentadas, de tamaño natural, existen en Grecia, la historia del arte no ofrece ejemplo de otra calle parecida de colosos.

La fortuna no trató tan mal otro de los templos-palacios de Amenhotep. El templo de Luxor ó El-Uksur, en la ribera oriental del Nilo, á milla y media del gran santuario de Karnak, es un magnífico edificio que todavía admiramos; pues aunque partes de él, y algunos de sus más interesantes detalles, deben atribuirse á Ramsés II, queda en el conjunto la obra de Amenhotep, que bastaría por sí sola para revelar la grandeza de su constructor. Tiene el edificio 800 pies de largo, y su ancho varía entre 100 y 200 pies. Su distribución general comprendía, en primer lugar, un gran patio, en ángulo diferente del resto de la obra, pues está vuelto para ofrecer el frente á Karnak. Además había la gran sala de columnas, de las cuales sólo existen las dos líneas centrales. Más hacia atrás se hallaban numerosas salas y habitaciones, sin duda alguna destinadas al monarca, pues no parecen sitios utilizables en un templo ó exclusivamente dedicados al culto. Nótese en este edificio su marcada irregularidad. «No sólo hay allí un ángulo considerable en



dirección al eje del edificio, sino que los ángulos de los patios jamás son derechos; los pilares se alzan á distancias diferentes, y al parecer se tuvo el plan preconcebido de dar al conjunto la mayor irregularidad posible»<sup>1</sup>.

Además de este gran edificio, Amenhotep construyó en Karnak dos templos á Ammón y Maut; hizo decorar el antiguo santuario de Kneph ó Khnum en Elefantina, y erigió un monumento á manera de nicho para guardar su imagen en Loleb (Nubia), otro en Napata, y un tercero en Sedinga. Dejó señales de su actividad en Semneh, en la isla de Konosso, en las rocas entre Philoe y Assonan, en El Kaab, en Tura junto á Memphis, en Silsilis, y en Sarabit, el Khadim en la península sináitica. «Era, como M. Lenormant observa, un príncipe esencialmente constructor.» Las dimensiones y el número de sus obras son tales, que indican hubo de prestarles incansable atención durante su largo reinado de treinta y seis años.

Fuera de esto, pocos laureles ganó como guerrero. Pudo, en verdad, sostener el dominio que sobre la Siria y la Mesopotamia occidental había establecido Thothmes III, y se ha encontrado el cartucho de su nombre en Arbán junto á Khabour; pero nada prueba que su presencia en aquellos lugares significara haber hecho alguna nueva conquista. Los pueblos sometidos siguieron pagando regularmente los tributos, y ningún motivo de agravio le dieron sus vecinos hittitas, asirios ó babilonios. El dominio del Egipto sobre el Asia occidental había pasado á la categoría de un «hecho consumado» y estaba aceptado por los antiguos reinos indígenas. Sólo se extendía, sin embargo, por el Norte hasta el Taurus y

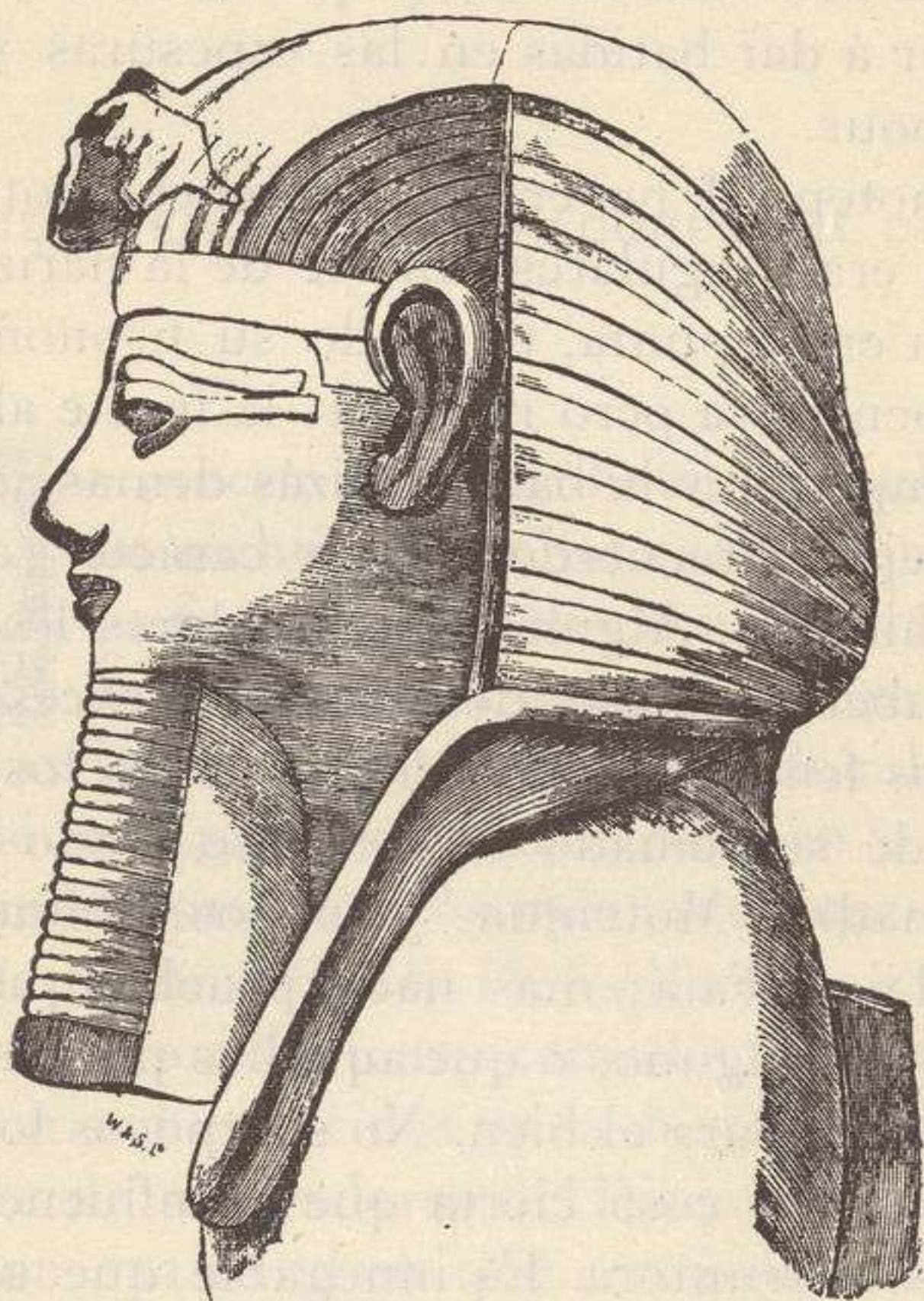
<sup>1</sup> Fergusson, *Handbook of Architecture*, vol. I, pág. 234.

Niphates, y por el Este y Sur hasta el Khabour, límites que ya tuviera por la conquista del tercer Thothmes.

La Etiopia fué la única región donde Amenhotep hizo la guerra. Mandó personalmente varias expediciones en el valle superior del Nilo, contra las tribus negras del Sudán; pero aquellas expediciones eran más bien correrías que guerras. No se llevaban á cabo con el objeto de ensanchar las fronteras egipcias, ni aun con el de extender la influencia del Egipto, sino en parte para la glorificación del monarca, que así obtenía sin dispendios ni esfuerzos la fama de las conquistas militares, y en parte también — quizás la principal — por el beneficio material que de ellas resultaba con la captura de bien pagados esclavos. Para este propósito siempre se han buscado con especial empeño las razas negras, y su demanda era grande en los mercados de esclavos de Egipto; las señoras de la aristocracia se complacían en tener muchachos negros á su servicio, y los vestían con trajes de fantasía y gusto, á lo cual probablemente era la corte también muy aficionada. Así, pues, la tendencia de Amenhotep fué de seguro la de capturar más que la de matar negros: en una de sus más provechosas correrías los muertos fueron sólo 312, mientras el número de prisioneros llegó á 205 hombres, 250 mujeres y 285 niños, ó sea un total de 740 cautivos; y la proporción entre los muertos y prisioneros de las demás expediciones es siempre la misma. El oficio de cazador de esclavos era tan lucrativo, que ni el gran rey pudo resistir á la tentación de tener parte en las ganancias que producía.

Cuando Amenhotep no estaba ocupado en la caza de hombres, era su recreo favorito la caza del león.

En uno de sus escarabeos asegura, que entre el primero y el décimo año de su reinado mató, con sus propias manos, 110 de tan feroces animales. Algún tiempo después regaló á los sacerdotes encargados del antiguo templo de Karnak cierto número de leones vivos, que él había cogido probablemente con



BUSTO DE AMENHOTEP III

trampas. Era el león emblema de Horus y también de Tum, y quizás tenían, una vez domados, parte asignada en las procesiones religiosas. No se sabe á punto fijo en qué región cazaba Amenhotep; pero el gran número de sus víctimas hace presumir que el teatro de sus hazañas fuese la Mesopotamia, más bien que cualquier otra comarca limitrofe del Egipto,

ya que los leones siempre fueron escasos en el Nordeste de África y por el contrario, abundaban en la Mesopotamia en periodos muy posteriores al reinado de Amenhotep, tanto más cuanto que hoy mismo no son muy raros. Es de suponer que el rey tuviese un pabellón de caza en Arbán (sitio en que se ha hallado uno de sus escarabeos), y que de este centro pudiese salir á dar batidas en las espesuras y juncales del Khabour.

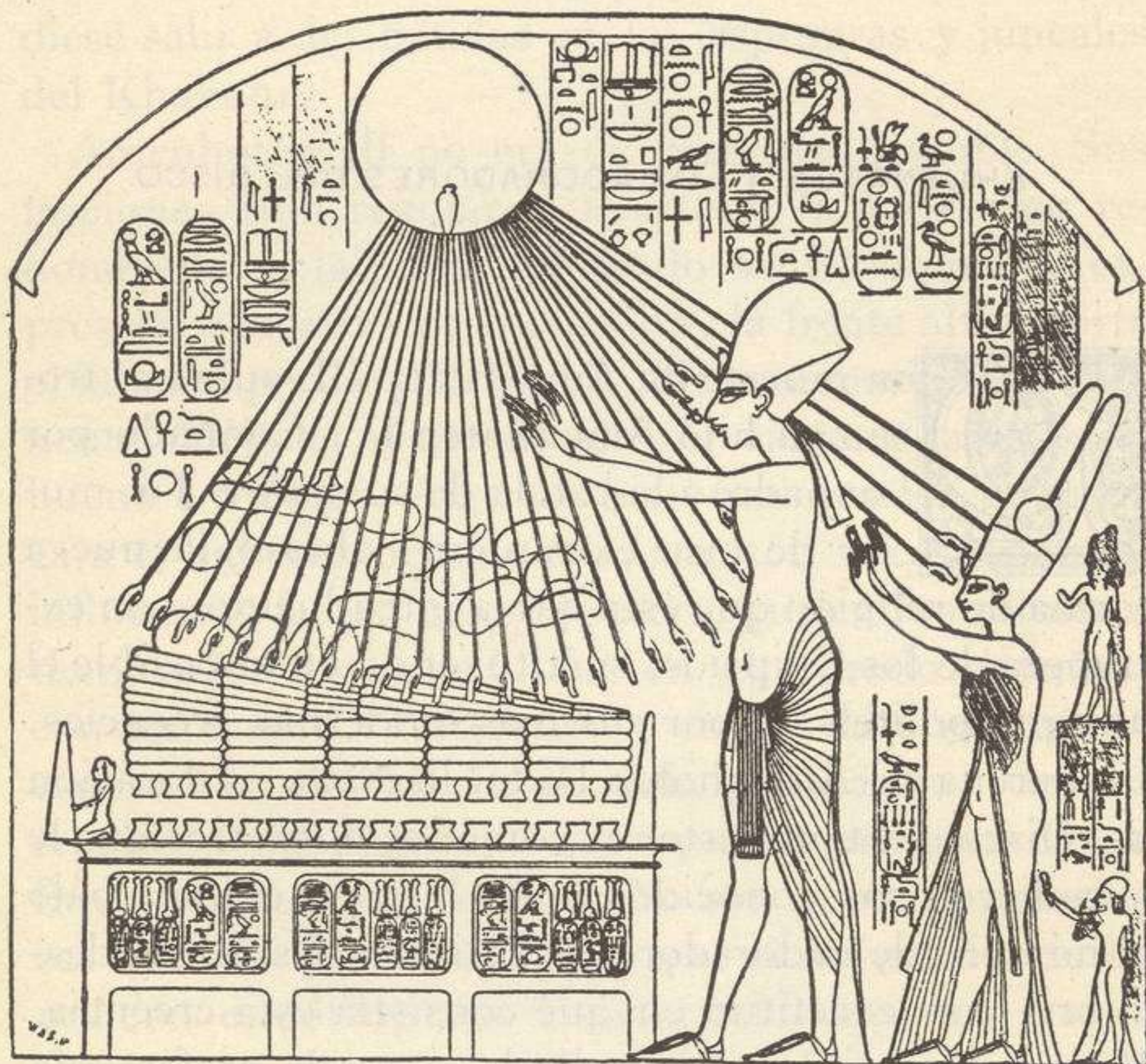
Amenhotep III no era de presencia notable. Sus facciones eran regulares, aparte de la nariz algo redondeada en la punta, teniendo su fisonomía la expresión pensativa pero resuelta, la frente alta, corto el labio superior y la barba quizás demasiado prominente. Dejó el recuerdo de un carácter afectuoso, bueno é hidalgo. Algunos historiadores le echan en cara el haberse dejado dominar con exceso por las influencias femeninas; y es cierto que en los primeros tiempos de su reinado fué en alto grado deferente con su madre, Mutemua, y en los últimos con su esposa, Tii ó Taia; mas nada prueba que de ello resultase mal alguno, ó que aquellas princesas no influyesen en él para el bien. No son pocos los escritores que dan por cosa cierta que la influencia de las mujeres es corruptora. Es innegable que así sucede en algunos casos; pero tampoco debe olvidarse que hay mujeres cuyo solo trato equivale á «una educación liberal» y es muy posible que Mutemua y Tii perteneciesen á esta clase.

## XIV

### KHUENATEN Y LOS ADORADORES DEL DISCO

**Q**OR muerte de Amenhotep III, subió al trono su hijo Amenhotep IV. Confiado por su padre á la tutela de su madre Tii, mujer de raza extranjera, abrazó la nueva forma de religión que ésta había intruducido, con extrañeza de los Egipcios, sustituyendo en lo posible el antiguo politeísmo por sus más modernas creencias. La herejía de Amenhotep IV fué llamada «Adoración del Disco»; y tanto este rey como los dos ó tres que le sucedieron son conocidos en la historia egipcia bajo el nombre de «adoradores del Disco». Es difícil descubrir con exactitud en qué consistía esta creencia. Veíase primariamente en ella la marcada preferencia de un dios egipcio sobre todos los demás, y cierto odio ó desprecio por el conjunto de divinidades que componían el antiguo panteón. Asemeljábase en esto á la religión que Apepi, último de los reyes pastores, quiso introducir en el país; pero se distinguía á causa del dios escogido para su culto especial. Quiso Apepi que los Egipcios sólo adoraran la divinidad de Set; Amenhotep deseó que únicamente se rindie-

ra culto á Aten, que en la teología egipcia habia representado el particular aspecto ó carácter de Ra, «el Sol», expresado por la frase «Disco solar». Nos extraña hoy cómo fué posible distinguir á Aten de los otros dioses solares, de Ra, Khepra, Fum, Shu, Mentu, Osiris y Horus ó Harmachis; pero entonces ven-



KHUNATEN ADORANDO EL DISCO SOLAR

cióse, al parecer, esa dificultad, ó quizá no existió nunca para los Egipcios. En un principio la adoración del Disco consistió en la exagerada exaltación del dios, que ocupó en el panteón el lugar de Amón-Ra, y que fué representado por un círculo despidiendo rayos, cuyos extremos terminaban con manos

que muchas veces ofrecían al creyente los símbolos de la vida, la salud y la fuerza.

¿Cuál era la íntima esencia de esta religión? ¿Consistía en el simple culto del sol, en la adoración del astro material visible, considerado como poder que gobierna y vivifica el universo y del cual proceden el calor, la luz y la vida? De todas las formas del culto humano ésta fué la más natural y la que mayor extensión tuvo en el antiguo mundo. Adoraron los hombres al astro del día, como el mayor objeto que la naturaleza les presentaba: el gran vivificador de la tierra, que la fecunda y hace producir frutos y cosechas, que concede al hombre infinitos beneficios y origina su vida, su salud y su felicidad. Para unos este culto era pura y simplemente material: veían en el sol una enorme masa encendida sin vida animada, ni inteligencia, ni personalidad. En cambio para otros el culto del sol se remontaba á más alta esfera, y era el astro la personificación de un espíritu bueno, inteligente, luminoso y benéfico que en él vivía, con él actuaba y era el verdadero bienhechor de la humanidad, la fuente de la vida y el alma del universo. En esta última forma, el culto del sol no dejaba de ser una religión natural. No estaba purgado del grosero elemento del materialismo, no era incompatible con cierta clase de politeísmo, pero concordaba con la firme creencia en la supremacía absoluta de un Dios sobre todos los otros, concibiendo este Dios todopoderoso, prudente, puro, santo, bueno, amante, á quien debían exclusivamente dirigirse las plegarias de los fieles. Y esta última forma de adoración del sol, debía ser la religión de los adoradores del Disco. «Aten» es probablemente lo mismo que «Adon» raíz de Adonis y Adonai; significa «Señor»,

término que supone personalidad, y al aplicarse especialmente á un Sér único, le reconoce absoluto poder y dominios, y exclusivo derecho al culto, al homenaje y á la devoción. Puede suponerse que los «adoradores del Disco» fueron compelidos á adoptar la creencia en un solo Dios, por la existencia en Egipto de una gran población monoteísta, la de los descendientes de José y sus hermanos, que en aquellos tiempos se habian multiplicado en gran manera y quizás llamaron la atención por su número y por sus peculiares creencias. Un historiador del Egipto observa que «pueden establecerse curiosos paralelos entre las formas externas del culto israelita en el desierto, y las adoptadas por los adoradores del Disco en Tell-el-Amarna; muchos efectos religiosos, como la mesa donde se exponía el pan, descrita en el *Éxodo* y colocada dentro del Tabernáculo, se encuentran en los templos de Aten, y no hay vestigio de ellos en ninguna otra época». También dice, que el comienzo de la persecución de los Israelitas en Egipto casi coincide con la caída de los «adoradores del Disco» y la vuelta de los Egipcios á sus antiguas creencias, como si se hubiese comprendido á la raza cautiva en el descrédito y el odio que recayó sobre Amenhotep y sus inmediatos sucesores á causa de su reforma religiosa.

Mostraron los «adoradores del Disco» su aversión hacia la antigua religión egipcia: 1.º con el cambio del propio nombre que efectuó el monarca al subir al trono, pues en vez de Amenhotep se hizo llamar Khu-en-Aten, cortando así toda relación con el antiguo jefe del Panteón para asociarse al nuevo dios supremo, Aten: 2.º con borrar el nombre de Ammón de todos los monumentos: y 3.º con transferir el go-



bierno desde el lugar profanado por el culto de Ammón y el politeísmo, á una nueva capital, Tell-el-Amarna, donde fueron exclusivos en los templos el culto y la representación de Aten. Sin embargo, no fué completa la ruptura. Entre los varios títulos adoptados por Amenhotep se halla el de «Mi-Harmakhu» ó «querido por Harmachis», probablemente motivado por considerar á Harmachis como un dios solar ó forma de Aten; y á esa divinidad erigió un obelisco en Silsilis. La guerra que hizo á la antigua religión en los monumentos, en vez de haber sido general, alcanzó escasas proporciones, habiéndose limitado á borrar el nombre de Ammón en los templos de Tebas, y aun no en todos los sitios donde se encontraba: pero no aparece que esta destrucción fuera tan general como la llevada á efecto por los «reyes pastores», ni que respondiera á la afirmación absoluta de que «sólo debía adorarse á un dios en el país» donde Apepi se había establecido. Los «adoradores del Disco» no quisieron tanto cambiar las creencias del Egipto, como establecer para su uso una especie de religión oficial de carácter más puro y elevado.

Antes hemos indicado que la principal causa de la revolución religiosa se encuentra probablemente en la poderosa influencia y particulares ideas de la reina madre Tii ó Taia. Esta princesa era de raza extranjera; tenía el cuerpo hermoso, los ojos azules, el cabello rubio, las mejillas sonrosadas; probablemente ella misma trajo el «culto del Disco» desde su país, la Siria, la Arabia ú otro cualquiera. Ya en vida de su esposo Amenhotep III logró sobreponérsele, como también las mujeres se sobrepusieron á Salomón (*I Reyes*, XI, 4-8), consiguiendo el libre ejercicio de

su culto y la concesión de medios para celebrarlo con toda pompa y ostentación. Á su ruego, Amenhotep III construyó un gran lago, de una milla de largo y 1.000 pies de ancho, en el que pudiera celebrarse mejor una solemnidad religiosa que tenía la reina en



RETRATO DE AMENHOTEP IV (KHUENATEN)

especial estima. Y para aquella festividad se requería que «la barca del Disco más hermoso» hiciera un viaje sobre el agua en presencia de sus adoradores, figurando quizás la marcha anual del sol á través de los cielos. Hay motivos para creer que en el décimosexto día del mes Athor del undécimo año de Amenho-

tep III se celebró esta fiesta, y que el rey se hallaba presente y tomó parte en ella.

Así, la reina Taia consiguió introducir su religión en el Egipto durante la vida de su esposo. Á la muerte de éste, encontróse regente de su hijo, ó por lo menos asociada á él en el trono, y vió que se le ofrecía una nueva ocasión de favorecer su propio culto. Era extraordinario el aspecto físico de Amenhotep IV. Más tenía el aspecto de mujer que de hombre, con la frente aplastada, la nariz larga y aguileña, los labios gruesos y salientes, y el pecho muy desarrollado. Su cuello largo y delgado, no parecía poder soportar el peso de la cabeza, como tampoco sus piernas sin musculatura guardaban proporción con la corpulencia de su abdomen. Cedió fácilmente á la influencia de su madre, y completó su obra de la manera antes descrita. Animado por su espíritu reformador, desertó de Tebas trasladando la corte á Tell-el-Amarna, y aquí erigió templos, palacios y otros monumentos «del mejor estilo», que aun subsisten en nuestros días.

También Amenhotep introdujo ciertos cambios en el ceremonial cortesano. Rodeóse de empleados de raza extranjera, probablemente compatriotas de su madre, y les exigió un aparato exterior de sumisión y servidumbre hasta entonces desconocido en la corte egipcia. Todos debían postrarse á las plantas del rey, mirándole como un dios benévolo que les otorgaba mercedes desde una esfera superior, ya que su grandeza no permitía ningún cercano contacto. Representóse al monarca como «la luz del disco solar», un *apaugasma* ó «luz procedente de luz»; é imitó al dios Sol repartiendo favores, que debían ser recibidos con los ojos velados para no deslumbrarse con

su brillo, y con la frente hundida en el polvo de la tierra.

Las creencias de Khuen-Aten ó Amenhotep IV fueron mantenidas por los dos ó tres monarcas que le sucedieron, cuyos reinados se señalaron por lo cortos y turbulentos. Ocupó después de ellos el trono un rey llamado Horus ó Har-em-ebi, que acabó para siempre con los «adoradores del Disco», destruyendo la nueva ciudad, borrando sus nombres, mutilando sus monumentos y devolviendo á la antigua religión egipcia su poder, no sólo entre el pueblo sino también en la corte. Desde entonces la llamada «herejía» desapareció de aquel país.

## XV

### PRINCIPIO DE LA DECADENCIA DEL EGIPTO



DURANTE cerca de cuarenta años, los desórdenes interiores ocasionados por la «adoración del Disco» distrajeron la atención de los Egipcios de sus posesiones asiáticas; y esta circunstancia favoreció el desarrollo de un poder muy importante en el Asia occidental. Los Hittitas, cuyo lema era *reculer pour mieux sauter* (retroceder para saltar mejor), no habían podido antes resistir los ataques de los Egipcios, y se retiraron de la Siria, reduciéndose probablemente á Carchemish (Jerabus), sin querer extenderse más hacia el Sur. Pero recobraron su valor, cuando cesaron las expediciones, y bajando de sus inaccesibles montañas á las llanuras y valles de la Siria, restablecieron rápidamente su dominio sobre las regiones recientemente conquistadas por Thothmes I y Thothmes III. Sin absorber las antiguas razas indígenas, las redujeron á los límites de su poder, y reinaron como señores absolutos sobre toda la región que se extiende entre el Éufrates central, el Mediterráneo, la cordillera del Tauro y las fronteras del Egipto. Entre las razas así con-

quistadas hallábanse los Kharu que ocupaban los territorios vecinos al Egipto: los Rutenses en la Palestina central y septentrional, y los Amairu ó Amoritas en la Coelesiria meridional. Los mismos Hittitas ocupaban la Coelesiria inferior y la comarca que desde allí se extiende hasta el Éufrates. En aquella época estaban tan unidos como nación, que eran gobernados por un solo monarca; y cuando en Egipto se restableció el orden turbado por los «adoradores del Disco», y sus soberanos pudieron dirigir la vista al exterior, hallaron el trono hittita ocupado por Saplal, gran jefe de Khita.

El poder de Saplal y su actitud amenazadora en las fronteras del Nordeste de Egipto, llamaron la atención de Ramsés I, padre del gran Seti y, según la tradición, fundador de la XIX dinastía. En muchas ocasiones es preferible atacar á defenderse, y creyéndolo así Ramsés, en el primero ó segundo año de su reinado, invadió los dominios enemigos. Alegaba en su favor que la Palestina, la Siria y hasta la Mesopotamia occidental pertenecian de derecho al Egipto, que las había conquistado con una larga serie de victorias, y no las había perdido en ninguna derrota ó desastre. Esta invasión obligaba á Saplal á luchar en defensa de sus mal adquiridas posesiones, ó á abandonarlas. El rey hittita aceptó el reto, y se aprestó para la guerra, que fué corta y sin ningún resultado decisivo. La terminaron las partes beligerantes, firmando un formal tratado de paz y alianza, cuyos términos ignoramos: es probable que su texto se escribiera en los idiomas de los dos países — los jeroglíficos egipcios y los bien conocidos caracteres pictóricos hittitas — sobre planchas de plata, enviándolo por duplicado á Carchemish y á Tebas.

Siguió un corto intermedio á la conclusión del primer acto del drama. Al empezar el segundo acto, hallamos cambiados todos los personajes. Saplal y Ramsés han descendido al sepulcro, y sus tronos se hallan respectivamente ocupados por el nieto del primero y el hijo del segundo. En Egipto, Seti-Menephtah I, el Sethos de Manetón, ha sucedido á su padre Ramsés I: en el reino Hittita, Saplal ha dejado su corona á su nieto Mautenar, hijo de Marasar, que probablemente murió con anterioridad á su padre. Dos príncipes jóvenes é inexpertos van á hallarse frente á frente en dos comarcas vecinas; ambos son rivales, aman el poder, esperan la victoria si van al combate. Es verdad que un tratado liga á los dos reyes como aliados y amigos, y prohíbe á los dos pueblos hacerse la guerra; pero estos lazos se asemejan á los *juncos verdes* de Sansón, y no alcanzan á detener á los que, por ellos retenidos, quieren, sin embargo, romperlos. Seti y Mautenar, se habían declarado la guerra antes que transcurriera el primer año de reinado de este último, y sus soldados se aprestaban á la lucha. Aparentemente, Seti fué el agresor, pues le encontramos al frente de un numeroso ejército en el centro de la Siria, antes que podamos suponer que hubiese tenido tiempo de afirmarse en el trono de su padre.

Mautenar vióse sorprendido, pues no esperaba un ataque tan rápido. Quizás tuvo la debilidad de creer en la buena fe de su adversario, ó por lo menos, en su respeto á lo pactado. Pero Seti, considerándose un dios en la tierra, creyóse superior á las leyes morales que sujetan á los mortales ordinarios. En el primer momento favorable, lanzóse resueltamente á la guerra, cruzó la frontera, y después de castigar á

los Shasu, que poco antes habían invadido su territorio, cayó sobre los Kharu ó Sirios meridionales, derrotándolos completamente cerca de Famnia, en tierra de los Philisteos. Después forzó su marcha hacia la comarca de los Rutenses, los venció en varios pequeños encuentros, y con ayuda de uno de sus hijos, que constantemente peleaba á su lado, pudo destruirlos casi hasta exterminarlos. Sus victorias le llevaron después de algún tiempo á las cercanías de Kadesh, importante ciudad en el Orontes, que un siglo antes había sido sitiada y sometida por el gran Thothmes. En esta época Kadesh estaba en poder de los Amoritas, tributarios de Khita (Hittita), y era considerada como el mejor centro de los aliados. Seti pudo ocultar su marcha, presentóse inopinadamente ante los muros de la ciudad, y cogió á sus defensores por sorpresa. Fuera de la ciudad hallábanse algunos pacíficos pastores, que á la sombra de los árboles apacentaban sus rebaños, cuando les sobrecogió la vista del monarca egipcio, montado en su carro de guerra que conducían dos briosos caballos. Apoderóse de ellos un pánico extraordinario, y en revuelta confusión huyeron pastores y ganados, perseguidos por las flechas de los Egipcios. La guarnición de la ciudad resistió bravamente: parte de ella hizo una salida por las puertas, para oponerse á Seti en campo raso; pero fué deshecha con gran pérdida, y el resto quiso defenderse tras de las murallas. Todo fué inútil: las disciplinadas tropas egipcias tomaron por asalto la ciudad, llave de la Siria septentrional, y todo el valle del Orontes quedó á merced del conquistador.

Hasta aquí los Hittitas no habían figurado en la guerra. Viéndose atacados con desventaja y sin ha-



llarse suficientemente preparados para la guerra, dejaron á sus súbditos y aliados que resistieran en lo posible al invasor, reservándose la defensa de su propia comarca. Sin duda, Mautenar se aprestó á la lucha de la mejor manera que le fué posible. Dividiendo sus fuerzas en tres cuerpos «de á pie, á caballo y en carros», y poniéndose á su cabeza, se presentó á librar batalla á los invasores tan pronto como entraron en sus dominios, riñéndose un desesperado combate, en el cual, sin embargo, los Egipcios alcanzaron la victoria. La derrota de los Hittitas fué completa. El himno de triunfo, compuesto por Seti, con tal motivo, dice, «Faraón es un chacal que entra saltando en la tierra hittita; es el león terrible que avanza por los ocultos caminos de todas las comarcas; es el toro poderoso de agudos cuernos. Ha derribado á los asiáticos; ha destruído el poder de Khita; ha matado á sus príncipes; los ha ahogado en su propia sangre; ha pasado entre ellos como un rayo de luz; los ha reducido á la nada.»

Firmóse un tratado de paz á consecuencia de esta victoria. Mautenar y Seti declararon que en adelante serian amigos y aliados, y se dividieron la Siria, quedando para el Egipto su parte meridional y para los Hittitas toda la parte septentrional, probablemente hasta las fuentes del río Orontes. Debióse dejar, sin embargo, una línea de comunicación abierta entre el Egipto y la Mesopotamia, porque Seti ejercía aún autoridad sobre los Naíri, y recibía los tributos de sus jefes: también por los términos del tratado, quedó en libertad de declarar la guerra á las naciones que poblaran la costa de la Siria superior, puesto que le encontramos combatiendo á los Tahais en la Cilicia, sin alterar por ello sus relaciones con Mau-

tenar. Así terminó el segundo acto de la contienda entre los Egipcios y los Hittitas, con gran ventaja de los primeros, que recobraron la mayor parte de sus posesiones asiáticas y obtuvieron además el prestigio de una gran victoria.

Dilatóse el tercer acto por espacio de treinta y cinco años, y se desarrolló durante el reinado de Ramsés II, hijo y sucesor de Seti. Antes de narrar lo ocurrido en él, debemos ocuparnos brevemente de otras empresas de Seti, para probar que fué un gran guerrero, é indicar un hecho de su política aventurera, que marca el principio de la decadencia del Egipto como poder militar. Tan luego como Seti firmó la paz con el gran Estado del Norte, dirigió sus armas al Este y al Sur, invadiendo en primer término la nación de «los Tahennu de ojos azules y piel blanca» que habitaba las costas del Norte de África, desde las fronteras egipcias hasta el Cirene. Entró en guerra con aquella raza salvaje, incivil, que vivía en cuevas y cavernas, y usaba como únicas armas los arcos y las flechas. El traje de los Tahennu consistía en una túnica ó camisa larga, abierta por el pecho; y se distinguen en los monumentos egipcios por llevar dos plumas de avestruz, y tener la cabeza rapada en toda su superficie, menos un mechón de pelo que dejaban crecer á la derecha para peinarlo en forma de trenza. Aquel infortunado pueblo pudo ofrecer poca resistencia á la disciplinada infantería y poderosos carros del ejército egipcio. Una sola batalla bastó para destruirlo; gran número de sus jefes quedaron prisioneros; y los demás escaparon en busca de refugio á sus cavernas, donde permanecieron escondidos «como chacales temerosos de la real majestad». Conseguido su objeto, pasó Seti al Sur para

castigar severamente á los Cushitas del Alto Nilo, que durante la guerra hittita se habian sublevado, queriendo sacudir el yugo egipcio. También aquí fué afortunado, pues los negros y Cushitas se sometieron después de una corta lucha, y el gran rey pudo volver triunfante á su capital, anunciando que habia vencido en todas partes, «en el Sur hasta la región de los vientos, y en el Norte hasta el mar Grande».

Estos éxitos militares no deslumbraron á Seti. A pesar de sus triunfos en Siria, reconoció el hecho de que el Egipto debía temer á sus vecinos asiáticos y no podía conservar por mucho tiempo en aquella región su actitud agresiva. Así es que, sin retirarse de ninguna de las tierras conquistadas, antes bien reclamando en ellas la debida obediencia y exigiendo el pago de los tributos, se preparó para el cambio de circunstancias que presentía, construyendo en la frontera del Nordeste una gran muralla que fuera el valladar de todas las invasiones asiáticas. Empezó esta muralla en Pelusium, y la dirigió á través del istmo hacia el Sudoeste por Migdol hasta Pithom ó Heroópolis, donde empieza la larga línea de lagunas que llegan al extremo superior del mar Rojo. Recuerda este hecho el gran número de murallas construidas por las naciones, en tiempo de su decadencia, para detener á sus enemigos; como la gran muralla de la China, levantada contra los Tártaros; el muro romano entre el Rhin y el Danubio que debía contener á las tribus germánicas; y las tres vallas construidas en Inglaterra para librar la provincia romana de sus salvajes vecinos del Norte. Muros de esta clase son signos de debilidad; y cuando Seti empezó y Ramsés III concluyó el de Egipto, venian á reconocer que habian pasado los días de gloria del

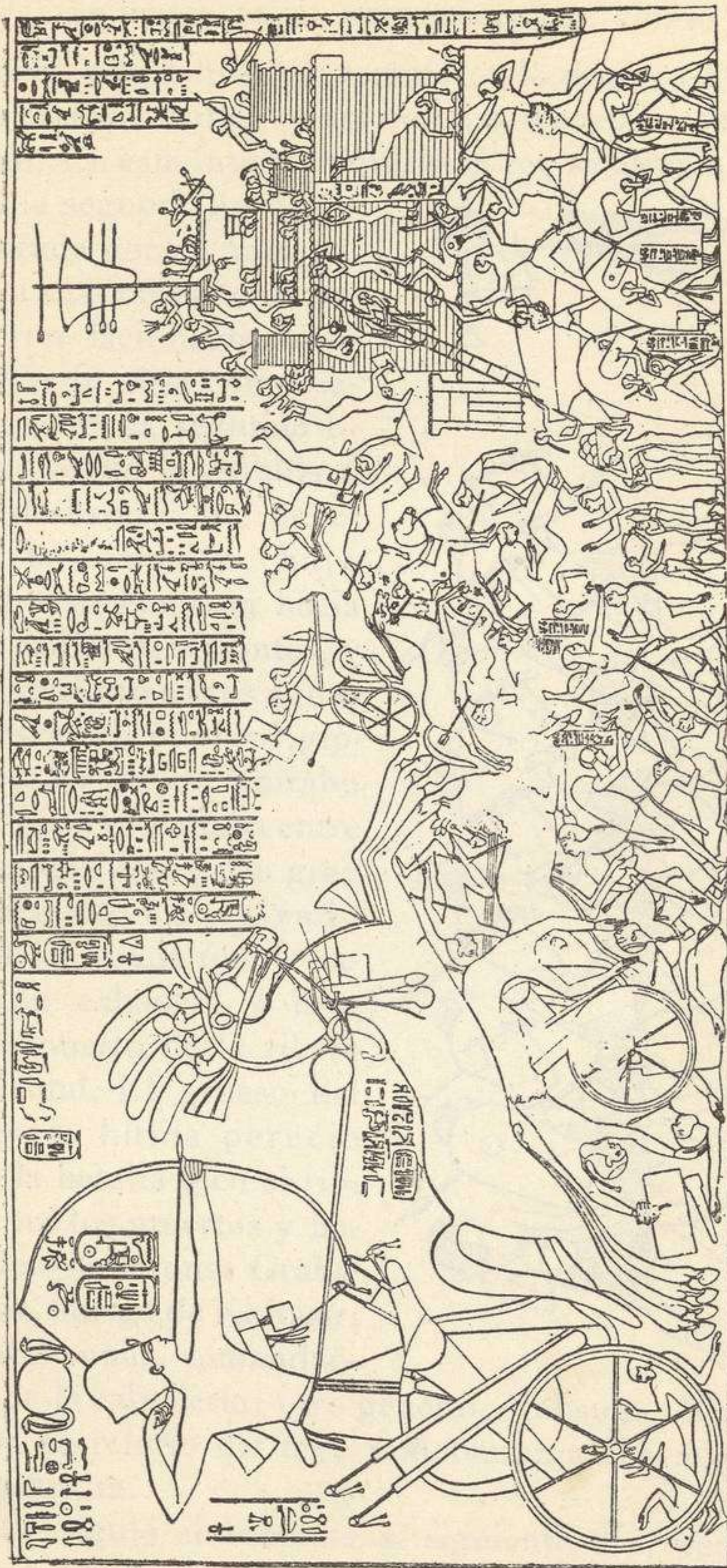
Imperio, y que en lo sucesivo sólo podía aspirar á mantenerse en estado de defensa.

Sin embargo, antes de llegar á este resultado, Ramsés II (que después de haber reinado con su padre durante muchos años, quedó solo ejerciendo el poder) quiso hacer un desesperado y supremo esfuerzo para reconquistar la posición dominante que el Egipto tenía en el Asia occidental, desde las conquistas de Thothmes III. Mautenar, el adversario de Seti, había muerto, ocupando su lugar su hermano Khita-sir, monarca emprendedor y valeroso. Á pesar de la amistad que los Hittitas tenían con el Egipto, este Khita-sir empezó una serie de intrigas con las naciones fronterizas de la Siria superior, y formó una confederación con objeto de oponerse á la marcha progresiva de los Egipcios, y si posible fuese expulsarlos del Asia. Entraron en esta liga los Naïri, ó pueblos de la Mesopotamia occidental, contados entre los súbditos egipcios; los Airatu ó pueblos del Aradus; los Masu ó habitantes del Mous Masius; los Leka, acaso Licios; los pobladores de Carchemish, los de Kadesh en el Orontes, los de Alepo, de Anaukusa, de Akarita, etc.; todos ellos de raza guerrera y acostumbrados al uso de los carros. Conocidos por Ramsés los planes de Khita-sir, tuvo motivo sobrado para declararle la guerra y enviar sus tropas á Siria á fin de evitar el peligro que le amenazaba. No conocía el sitio escogido por el enemigo para salir á su encuentro, por lo que dispuso sus tropas en cuatro divisiones, que pudieran auxiliarse mutuamente. Entró por el Sur en los valles de la Coelesiria, y llegó hasta el lago de Hems, y las inmediaciones de Kadesh, ignorando por completo la posición que ocupaba el ejército confederado. Aquí sus soldados capturaron

á dos espías enemigos, los cuales afirmaron que el ejército hittita había estado en Kadesh, pero que se retiró al saber la marcha del egipcio, tomando posiciones cerca de Alepo, á distancia de cerca de 100 millas hacia el Nordeste. Si Ramsés da crédito á estos espías, y marcha adelante descuidado, cae en una emboscada y probablemente sufre una derrota, porque el grueso del ejército enemigo se hallaba detrás del lago, oculto por los diques que cierran su parte inferior. Pero al rey egipcio le sobraba malicia, y mandando dar tormento á los espías, pronto supo cuál era la verdadera posición de sus adversarios. Así se presentaba la batalla en forma regular, sin sorpresas ni engaños de ninguna de las partes. Cuando Khita-sir se vió descubierto, dejó la emboscada marchando abiertamente al combate, con sus tropas ordenadas en línea de batalla, los carros al frente en línea tendida, y los auxiliares é irregulares á los flancos ó detrás en la reserva. De las cuatro divisiones egipcias, una, probablemente la de retaguardia, no se hallaba en el campo; Ramsés, al frente de otra, bajó por el lado izquierdo del río, y las dos restantes siguieron por el derecho á poca distancia una de otra. Khita-sir empezó el combate con un movimiento por su flanco izquierdo, que le puso en contacto con el ala egipcia de la derecha, «la brigada de Ra», según era llamada, que pudo atacar aisladamente. Su choque fué irresistible. «Jinetes y peones de Ramsés» «cedieron ante su impulso»; la brigada de Ra fué completamente deshecha y arrojada del campo. Al conocer el desastre, Ramsés trata de pasar el río y auxiliar á sus soldados; pero antes que pueda ejecutar su plan, se le anticipa el enemigo y le ataca en doble línea á través del Orontes. Encuéntranse

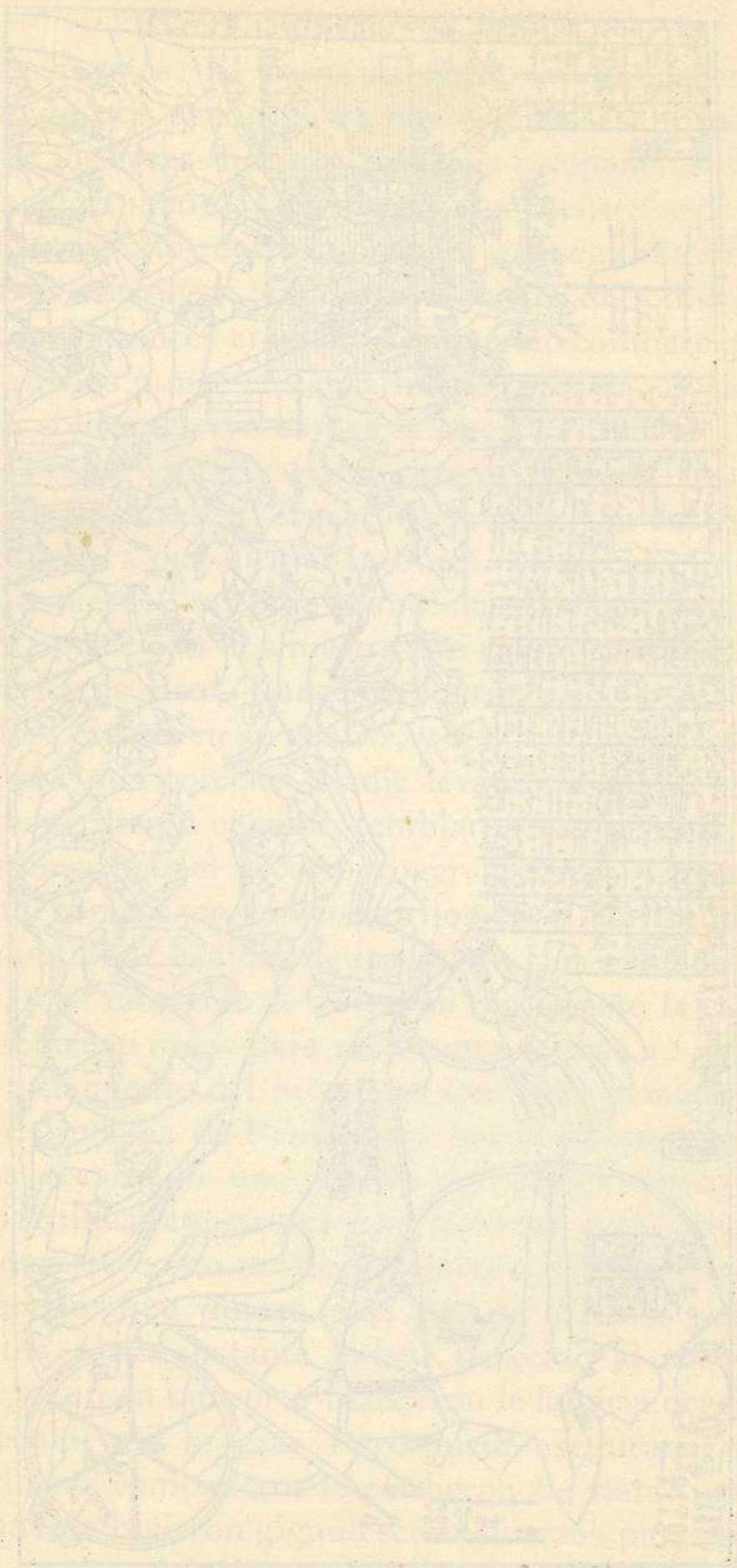
las dos huestes. El carro de Ramsés, hábilmente conducido por el auriga Menna, rompe la primera línea de los carros hittitas, pero sus compañeros son menos afortunados y Ramsés se encuentra separado de su ejército, entre la primera y la segunda línea de carros enemigos, expuesto al mayor de todos los peligros. Entonces empieza el homérico combate que los Egipcios nunca se cansaron de celebrar, librado por un solo guerrero contra la hueste entera de los Hittitas que contaba 2.500 carros. Ramsés, como Diomedes ó Aquiles, sembró la muerte y la destrucción doquiera que dirigió su brazo. « Parecía el dios Mentu » dice él mismo; « lancé las flechas con mi diestra, peleé con la siniestra: mi cólera contra ellos parecía la de Baal. Lancéme contra 2.500 pares de caballos; estuve en su centro, y todos fueron destrozados por mis corceles. Nadie levantó la mano para luchar: perdieron el valor, temblaron sus piernas, no pudieron armar el arco ni coger la lanza. Cayeron ante mí como caen los cocodrilos en el río: tendiéronse los unos encima de los otros. Los maté como quise, y ni uno sólo se volvió ni me enseñó la cara. Sucumbieron todos para no levantarse más. »

El aislamiento del monarca, que es el tema principal del poema de Pentaour y que el mismo Ramsés ha recordado una y otra vez en los muros de sus magníficas construcciones, debe sin duda alguna considerarse como un hecho positivo; aunque no es de suponer que durara más allá de algunos pocos minutos. Cada instante habría parecido al rey una hora: y aun en tan corto tiempo no le faltaría ocasión de ejecutar mil proezas. Pero puede asegurarse que cuando sus compañeros le perdieron de vista, inmediatamente hicieron gigantescos esfuerzos para reco-



BAJO RELIEVE DEL RAMESEUM, REPRESENTANDO LA DERROTA DE LOS HITTITAS Y DE SUS ALIADOS POR RAMSÉS II,  
Y TOMA DE LA FORTALEZA DE DAPUR

Ministerio de Educación y Ciencia  
INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES EDUCATIVAS  
INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES EDUCATIVAS

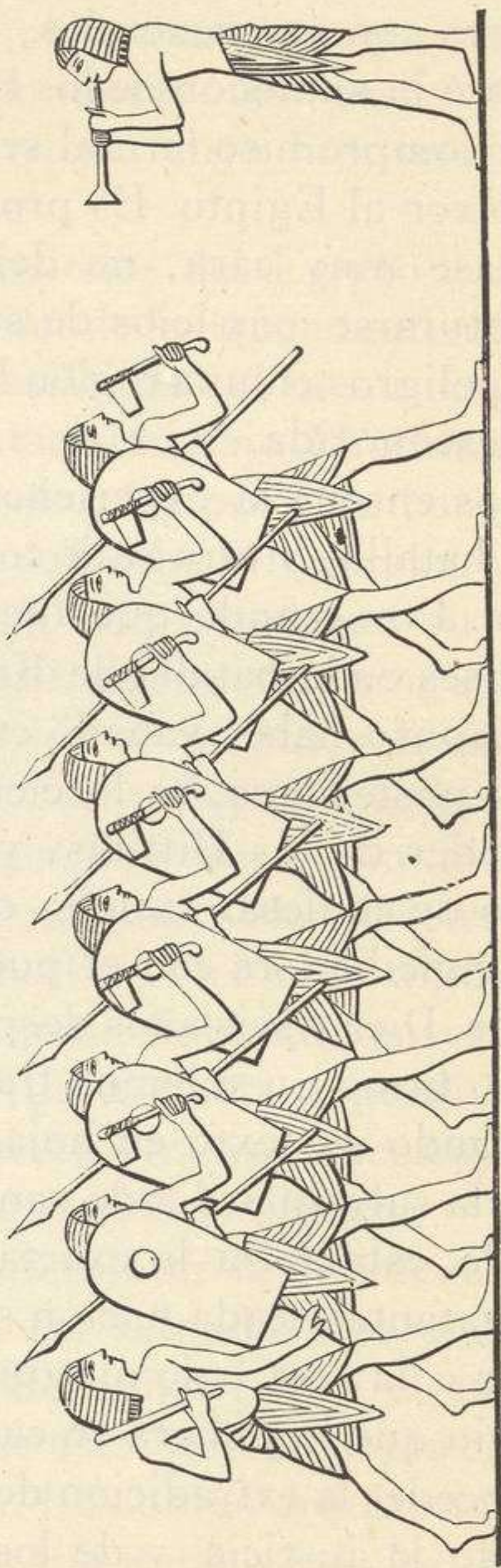




brarle, vivo ó muerto: rompieron la primera línea de los carros hittitas, y corrieron á rescatar á su soberano. En este intervalo quizás el rey se atrevió á ata-

car la segunda línea, paralizada por su audacia, y así sus compañeros pudieron fácilmente completar la obra comenzada. Rota la segunda línea, volvió la espalda y se desbandó; fué general la confusión; huyó la hueste enemiga hacia las orillas del Orontes, y se precipitó en sus aguas perseguida por los Egipcios. El rey de Khirabu (Alepo) se hallaba entre los fugitivos, y con gran dificultad fué salvado por los suyos que le sacaron exhausto y medio muerto de la ribera oriental. El grueso del ejército hittita pereció en la batalla ó en el río. Entre los muertos y heridos halláronse Grabatasa, auriga de Khitasir; Tarakennas, comandante de la caballería; otro general, Rabsuna; Khirapusar, secretario del rey, y Matsurama, hermano del rey hittita.

Prosiguió el combate al siguiente día, pero sólo



INFANTERÍA EGIPCIA CON ESCUDO, LANZA Y HACHA

(Antigua representación egipcia.)

por corto tiempo, pues Khitasir se vió obligado á retirarse y envió una humilde súplica á su adversario implorando la paz. Ramsés celebró un consejo de guerra con sus generales, de acuerdo con los cuales aceptó la sumisión de los Hittitas, y sin contraer ningún compromiso formal se avino á retirar sus tropas y volver al Egipto. Es probable que esta victoria le costase muy cara, no dejándole en condiciones de aventurarse más lejos de su país, ó de afrontar nuevos peligros en una región llena de dificultades y para él desconocida.

Nos enseña la experiencia que una cosa es ganar una batalla, y otra salir con éxito de una larga campaña. Por grande que fuese la gloria obtenida por Ramsés en la batalla de Kadesh y en otras que luego supuso haber ganado en las guerras sirias de los años posteriores, es lo cierto que no pudo destruir el poder de los Hittitas, y que andando el tiempo, hubo de confesar su falta de éxito y seguir una política conciliadora con el pueblo que no llegara á someter. Diez y seis años después de la la batalla de Kadesh, firmó un solemne tratado de paz con Khitasir, grabando su texto en hojas de plata y colocándolo bajo la salvaguardia de sanciones sagradas. Su contenido establecía la exacta igualdad de las partes contratantes: cada nación se comprometía á no provocar á la otra bajo ningún pretexto; ofrecía darle el auxilio que le pidiera en caso de un ataque exterior; á conceder la extradición de los criminales que huyesen de la justicia y de los súbditos que quisieran mudar de residencia, y á indultar á los delincuentes por causa de las pasadas luchas. Trece años más tarde, estrechábase aún más esta alianza de los dos poderes por medio de un matrimonio que creó intereses

comunes á ambas dinastías, y ligó más fuertemente los anteriores lazos. Ramsés pidió y obtuvo en matrimonio la hija de Khitasir, cuando hacia treinta y cuatro años que reinaba solo en su país, y cuarenta y seis que llevaba el título de rey. Así pasó á ser el yerno de su antiguo adversario, cuya hija reconocía como única reina legítima.

Este cambio en las relaciones del Egipto con los Hittitas, motivó la alteración de las que mantenía con las demás dependencias asiáticas. «Fué su sujeción menos firme de lo que habia sido bajo Thothmes III; por motivos de prudencia los Egipcios se contentaron con mucho menos, y de hecho sólo recabaron reconocimientos de soberanía que satisfacían su vanidad, pero que no suponían el ejercicio de ninguna autoridad.» Desde la conclusión de la paz y la alianza entre Ramsés y Khitasir, la influencia egipcia en Asia perdió su fuerza, su brillo y su continuidad. A largos intervalos algunos monarcas de carácter emprendedor quisieron afirmarla, obteniendo algún éxito en pequeñas victorias: pero, hablando en verdad, podemos afirmar que el Egipto había ya perdido sus dominios asiáticos y quedaba otra vez encerrado en los antiguos límites de su territorio africano.

Si bajo el punto de vista militar la decadencia del Egipto puede fijarse en los reinados, parcialmente unidos, de Seti I y Ramsés II, bajo el aspecto artístico debe considerarse este periodo como el apogeo de la grandeza egipcia. Las obras arquitectónicas de aquellos dos monarcas son mucho más importantes que las de los demás Faraones, anteriores y posteriores. Es verdad que ninguna de sus obras, como masa, iguala á la primera ó á la segunda pirámide; pero en número, en variedad, en belleza, en todo lo

que constituye la excelencia artística, las construcciones de Seti y Ramsés no tienen semejanza, ni entre los monumentos egipcios ni en los de otras naciones. Desde luego hemos de descartar á Grecia en lo que se refiera á la estatuaria y al alto y bajo relieve: pero fuera de esto, las obras arquitectónicas de Egipto pueden compararse con ventaja á las de cualquier otro pueblo, que haya traducido sus concepciones artísticas en el granito ó en el mármol. La arquitectura egipcia llegó á su punto culminante en tiempo de Seti y su hijo Ramsés. La mayor de las obras de Seti fué la sala de columnas de Karnak, la cámara más hermosa que haya construido jamás arquitecto alguno, y que aun en ruinas es una de las maravillas del mundo. La sala de Seti tiene 330 pies de largo por 170 de ancho, ocupando un área interior de 56.000 pies cuadrados, y cubriendo en total, con sus muros y pilones, otra área de 88.000 pies cuadrados, ó sea un espacio mayor del que ocupa la catedral de Colonia, la mayor de todas las existentes al Norte de los Alpes. Sosteníanla 174 sólidas columnas de piedra, divididas en tres grupos: 12 centrales, de 76 pies de altura y 33 pies de circunferencia cada una, formaban la calle principal en medio de la sala; y á cada lado, dos grupos de 71 columnas, de 42 pies de altura y 27 de circunferencia, sostenían las enormes alas de los costados, dispuestas en siete hileras de á 7 columnas cada una y dos hileras de 6. El techo estaba formado con sólidos sillares de piedra, y la sala recibía luz cenital. Techo, pilares y muros estaban por doquier cubiertos de bajo-relieves pintados y de jeroglíficos; era muy variado su efecto, y hacían del edificio la mayor de las maravillas que la vista humana ha podido



GRAN VESTÍBULO DE COLUMNAS EN KARNAK  
(Restaurado.)



contemplar. Fergusson, una de las más respetables autoridades modernas en arquitectura, escribe lo siguiente: «No puede expresarse con palabras la idea de su belleza, ni artista alguno ha sido capaz hasta ahora de reproducir su forma de modo que permitiera á los que no han visto aquella sala, formar un juicio exacto de su magnitud. La masa de sus columnas centrales, está iluminada por el foco de luz cenital, y los pilares pequeños de los costados desaparecen perdiéndose gradualmente en la oscuridad: todo se halla dispuesto é iluminado para despertar la idea del espacio infinito; y al mismo tiempo la belleza y solidez de las formas, el brillo de sus ornatos, todo se combina para hacer de esta obra *la mayor de las obras arquitectónicas humanas*, y de tal carácter, que será imposible reproducirla fuera del clima y del estilo individual en que fué creada»<sup>1</sup>.

Así como Seti construyó el más asombroso de los palacios egipcios, también se le debe la que es, en su conjunto, la más maravillosa de las tumbas. Imponen las pirámides por su enormidad, y sorprenden por la destreza que su construcción revela: pero representan únicamente la realización de una idea sencilla, no tienen complicación ni ornamentos difíciles; una mirada las abarca por entero, sin que se desarrollen gradualmente ó reserven una serie seguida de sorpresas. Otro cosa ocurre con las tumbas subterráneas, entre las cuales ocupa el primer lugar la de Seti. Estas tumbas son suntuosos palacios tallados en la roca y decorados con pinturas admirables. Contienen varios corredores, pasajes, cámaras, escalinatas y salas de columnas, con las habitaciones alejándose sucesivamente de la puerta de acceso, y todas

<sup>1</sup> *History of Architecture*, vol. I, págs. 119 y 120.

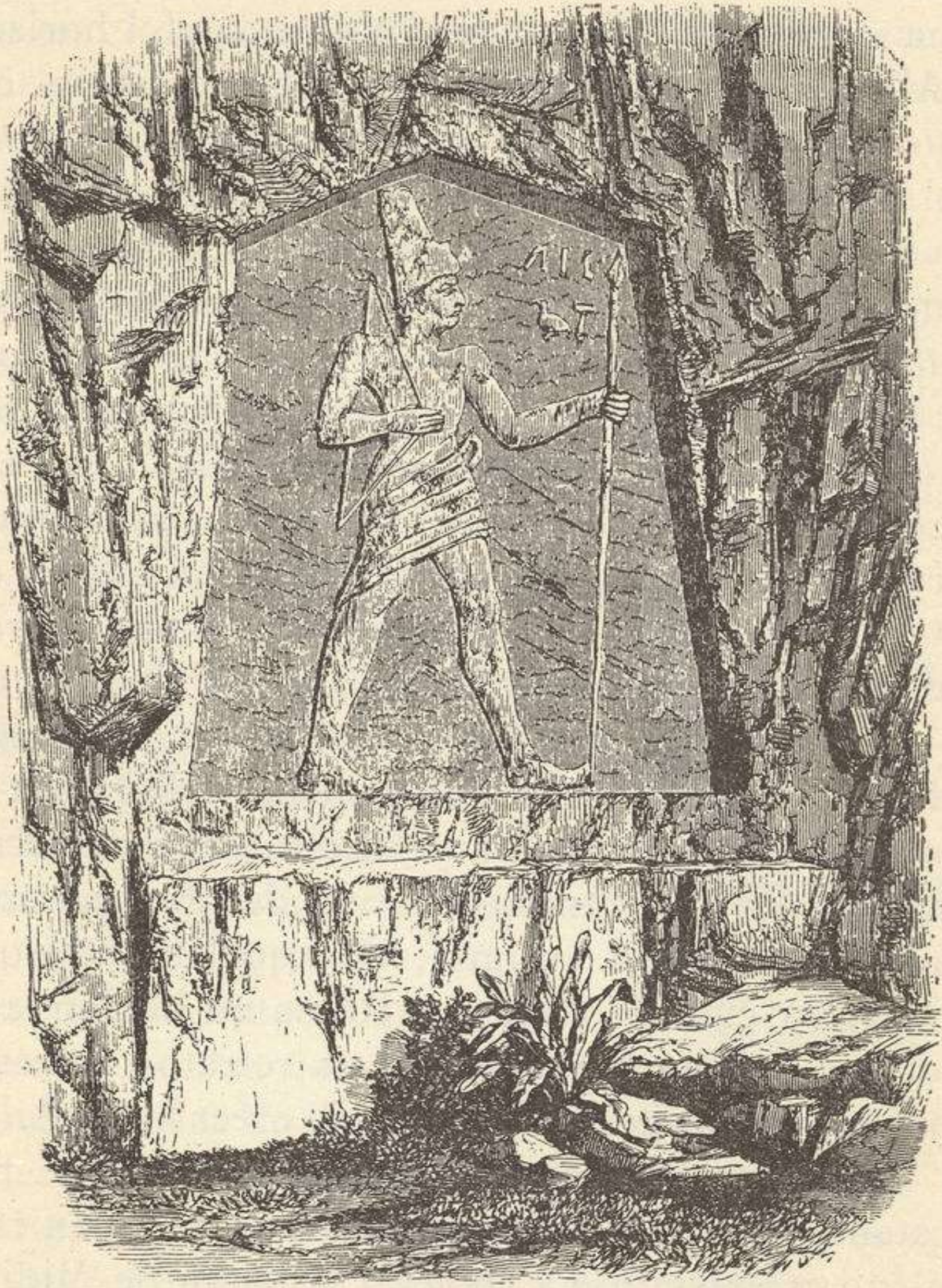
cubiertas por variedad infinita de pinturas perfectamente acabadas y brillantes. La tumba de Seti está formada por tres salas de columnas, cuyas dimensiones son de 27 pies por 25, 28 por 27 y 43 por 17 y medio, respectivamente: un gran salón con el techo abovedado, de 30 pies por 27; seis cámaras más reducidas, de diferentes dimensiones; tres escalinatas y dos largos corredores. El conjunto de habitaciones, de un extremo á otro de la tumba, está adornado con bajos relieves pintados, que figuran el tránsito del rey por el mundo de la muerte. «A medida que se avanza dentro del sepulcro, hállanse interminables procesiones de dioses con cabeza de chacal, y monstruosas formas de genios buenos y malos; la diosa de la Justicia con su única pluma de avestruz; barcas llevando momias cruzan por el lago sagrado; vienen otras momias, y más que todo, infinitas clases de serpientes de todas formas y actitudes, ó sea con cabeza ó pies humanos, con coronas enroscadas á las momias, envueltas ó abrazadas formando largas procesiones, ó extendidas en las galerías hasta tener la cabeza á un extremo de una escalera y la cola al otro. Finalmente se llega á la sala abovedada, en el centro de la cual se halla el inmenso sarcófago de alabastro que debiera contener el cuerpo del rey. Aquí alcanza su mayor expansión la pintura de las procesiones por todas partes y de todos colores, con piernas, brazos y alas de dimensiones enormes, que forman el cortinaje del sarcófago»<sup>1</sup>.

Las mayores obras de Ramsés son de diferentes clases é indican la desordenada vanidad que constituía la principal base de su carácter. Encuéntrense

<sup>1</sup> Tomado de *Sinai and Palestine*, por el Dean Stanley, introducción, pág. 40.



colosales imágenes de su persona. Cuatro de ellas, cada una de 70 pies de altura, forman la fachada del maravilloso templo subterráneo de Ipsambul, «el



REPRESENTACIÓN QUE SE SUPONE SER DEL VICTORIOSO SESOSTRIS  
(RAMSÉS II). RELIEVE EN NAHR-EL-KELB

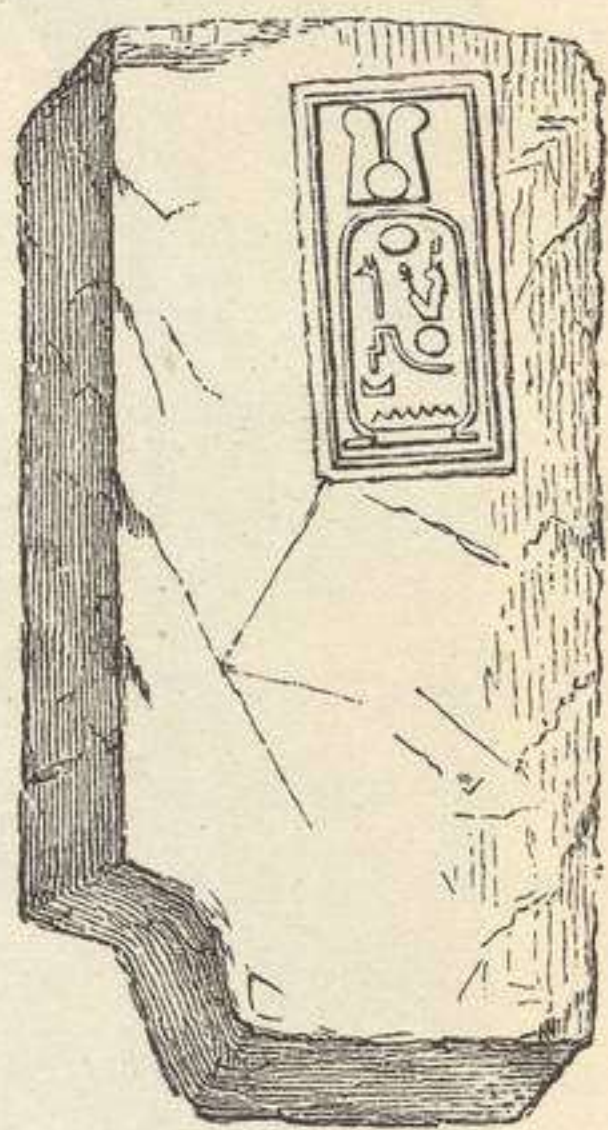
más hermoso en su género que existe en parte alguna», y constituye uno de los objetos más maravillosos del mundo. Allí se encuentra al gran rey, cua-

tro veces reproducido, silencioso, sobrehumano, imponente, revelando sus facciones profunda calma y tranquilidad, y quizás también cierto desprecio, y con la vista eternamente fija en la pálida llanura nubiana que se aleja hasta confundirse con el horizonte. Allí parece verse al monarca que tanto hizo, que reinó tanto tiempo, que dejó su recuerdo no sólo en el Egipto sino en la Nubia y la Etiopia. Allí pueden contemplarse minuciosamente los rasgos de su fisonomía, diez veces más grandes que su tamaño natural, de modo que, su nariz, su boca, sus orejas, cada arruga de su cuello, cada línea de su piel se nos presenta en colosales proporciones; y sin embargo, aquella fisonomía se reproduce exactamente tres veces, porque la cuarta estatua perdió la cabeza. Son dignas de ser contempladas estas figuras; las dos de la parte oriental con la arena que les cubre el pecho, y la del Sur sentada, entera, visible desde la cimera de su regio casco hasta la punta de su enorme pie»<sup>1</sup>. Al ver aquellas estatuas debe recordarse que son los retratos de uno de los reyes más grandes del mundo antiguo, de aquel mundo que era antiguo cuando Grecia y Roma no habían aún nacido ó vivían en la infancia. Los retratos pertenecieron, sin embargo, al rey que, de creer la tradición ó la cronología, fué el gran opresor de Israel, rey que atentó contra la vida de Moisés y de quien éste huyó, no atreviéndose á volver á la tierra de Midián hasta después de su muerte.

Según la unánime opinión de los más versados en antigüedades egipcias, este Ramsés fué el gran opresor de los Hebreos. Seti pudo haber implantado por vez primera el sistema de destruirlos, sometién-

<sup>1</sup> Stanley, *Sinai and Palestine*, pág. 47.

dolos á trabajos durísimos, pero como la opresión duró más de ochenta años (*Éxodo*, II, 1; VII, 7), debió comprender á ambos soberanos, es decir, que si comenzó durante el reinado de Seti, debió continuar en el de su hijo y sucesor. Los ladrillos encontrados en Tel-el-Maskoutah prueban que Ramsés fué el principal constructor de Pithom (Pa-Tum), y, según su mismo nombre indica, mandó también edificar la ciudad de Ramsés (Pa-Ramessu). De manera que, fuerza es atribuirle gran parte de la dura y cruel aflicción contra la cual se rebeló Moisés (*Éxodo*, II, 12), que hizo «gemir y llorar» á Israel (*Id.*, 23, 24), y por la cual Dios le dirigió una mirada compasiva (*Ibidem*, III, 7). Él fué especialmente quien «sacrificó las vidas» de los Israelitas «condenándoles á fabricar la cal, el ladrillo y á ocuparse en toda clase de trabajos del campo», trabajos que se llevaban á efecto «con rigor». Ramsés fué un constructor en grande escala. No llegó á levantar ningún edificio tan perfecto como la sala de columnas de Seti, pero fué infatigable en sus esfuerzos, y ningún otro rey egipcio llegó á igualarle bajo este punto de vista. Muestran los monumentos, que en general los edificó valiéndose de trabajadores esclavos, en su gran mayoría extranjeros. Algunos han supuesto que, entre ellos, los Hebreos fueron especialmente designados con el nombre de «Aperu» ó «Aperiu», pero generalmente se cree equivocada esta afirmación; aunque «con



LADRILLO DE ARENA  
DEL NILO CON EL SELLO  
DE RAMSÉS II

tal frecuencia se usó aquel nombre para designar á los siervos extranjeros empleados en las obras hechas por los Hebreos, durante la opresión, que bien pudiera tomarse como término genérico en el que estén comprendidos, si en particular no se les especifica»<sup>1</sup>.

Curioso contraste ofrecen las fisonomías de Seti I



SETI I

y de Ramsés II, según las representan sus esculturas<sup>2</sup>. La cara de Seti es enteramente africana, du-

<sup>1</sup> Stuart Poole, *Cities of Egypt.*, pág. 105.

<sup>2</sup> Recientemente ha sido abierta la momia de Seti I. Hallábase en buen estado, y se dice que la cara es muy parecida á la de Ramsés II, con las facciones finas y delicadas revelando gran distinción en su conjunto. «La nariz, boca, mandíbula, y en una palabra todas las facciones» dice M. Maspero, «son las mismas: en el padre

ra, altiva, angulosa, con la nariz achatada, los labios gruesos y la mandíbula ancha. La cara de Ramsés es asiática. Su frente espaciosa, la nariz bien formada y casi aguileña, la boca regular, los labios poco salientes, la mandíbula pequeña y delicada, y la mirada atenta y pensadora. Puédese deducir que Seti fué de verdadera raza egipcia, quizás con alguna mezcla de sangre del Sur; mientras que Ramsés, nacido de madre semítica, sufrió por ella cierta influencia asiática, y aunque poseyó menos energía y firmeza de carácter que su padre, fué de temperamento más temible, de gusto más delicado, y tuvo mayor inclinación á la paz y la tranquilidad. Concluyó sus guerras más importantes en los veintiún años primeros de su reinado, habiendo ocupado el trono durante sesenta y siete años, y ejerciendo sólo el poder por espacio de cincuenta. Á pesar de la fama de gran guerrero que dejó tras de sí, sus triunfos mayores y más verdaderos los obtuvo en la paz, construyendo la gran muralla para proteger el Egipto, el canal que unió el Nilo con el mar Rojo, y los innumerables edificios, excavaciones, obeliscos, estatuas colosales y demás grandes obras con que adornó el Egipto de un extremo á otro.

aparecen más finas, más inteligentes, más espirituales que las reproducidas en el hijo. Seti I es el tipo idealizado de Ramsés II.» (Carta de M. Maspero al *Times* del 23 de Julio de 1886.) Falta saber si la arrugada momia, conservada á través de 3.300 años, manifiesta mejor el tipo viviente que las esculturas contemporáneas.



## MENEPTHAH I, EL FARAÓN DEL «ÉXODO»



MENEPTHAH, décimotercio hijo é inmediato sucesor de Ramsés subió al trono bajo circunstancias á simple vista favorables. Por todos lados estaba el Egipto en paz con sus vecinos. Aseguraban la frontera de Oriente la muralla de Ramsés, su tratado con los Hittitas y su matrimonio con la princesa de esta raza. Ningún formidable ataque había sufrido el Egipto por el Oeste ni por el Sur, y por lo tanto nada debía temer en aquellas direcciones; pero de inferir es que no estuviese por completo asegurada la tranquilidad interior, pues dentro de los límites del Egipto existía una gran masa de población oprimida y muy descontenta de su suerte. Esta población, sin embargo, no tenía hábitos guerreros, y ya se había sometido pasivamente á la voluntad de sus dominadores, sin indicar en nada que jamás pudiera adoptar una actitud hostil. Así Menepthah, que escasamente contaría veinticinco años, pudo acariciar la idea de gozar un reinado largo, quieto y pacífico, durante el cual daría rienda suelta á la natural apatía de su temperamento, dis-

frutando el sueño de la vida como sus vecinos orientales de la leyenda, que comían cierta flor para olvidar la patria.

Menephtah parecía una mujer por lo dulce y lo afeminado. Tenía los ojos grandes pero apagados,



MENEPHTAH I

pequeña nariz aguileña, el labio superior diminuto, ancha la mejilla y redondo el cuello. Su carácter era débil, irresoluto, falto de valor físico; aunque como suele suceder con los cobardes, era también duro, opresor y aleve. No le representan los monumentos como soldado ni como hombre de gobierno, sino



como «sér cuya inteligencia se consagró exclusivamente á las quimeras de los sortilegios y la magia», á las que concedía la mayor importancia. Acaso, si hubiese atravesado una era de paz, ó las esperanzas de tranquilidad que acompañaron su acceso al trono hubieran sido una realidad, su reinado habria transcurrido sin acarrear daños y males sin cuento al país; pero las circunstancias le fueron desfavorables. A la calma serena de los primeros días sucedieron, después de breve intervalo, tormentas y tempestades desoladoras: una terrible invasión arrasó y pasó á cuchillo á los habitantes del centro de sus dominios; y apenas había conjurado este peligro con medios que no fueron enteramente honrosos, cuando se alteró el orden interior del país: una raza sometida, muy apreciada por los servicios que forzosamente se le exigian, insistió en abandonar el reino; y al pretender por medio de la fuerza que se quedara, estalló una gran rebelión en aquel débil estado, concluyendo el gobierno, que con tan buenos auspicios había empezado, en medio de calamidades y desórdenes sin número. Menephtah fué enteramente inhábil para vencer las dificultades y complicaciones de que se vió rodeado: vaciló, quiso contemporar, hizo concesiones, se retractó luego; y por último condujo el Egipto á una catástrofe cuyas consecuencias debían sufrirse durante toda una generación.

El primer desorden de importancia que turbó la tranquilidad de su reinado, fué una invasión en los territorios del Noroeste. Antes, aunque ningún peligro serio amagara aquella frontera, había sido objeto de frecuentes incursiones en Egipto por los indigenas africanos, motivo por el cual ya los monarcas egipcios de las grandes guerras se vieron obligados de

vez en cuando á dirigir expediciones hacia aquella parte, para debilitar las tribus salvajes de los Tahenu, los Maxyes y otras, é infundirles temor al poder egipcio. Ramsés II entró en sus territorios, con el buen éxito que ya hemos consignado; pero desde entonces habían pasado muchos años, y la nueva generación, á quien los Egipcios no molestaron, perdió el respeto á sus tranquilos, pacíficos é industriosos vecinos. Probablemente había también crecido la población de aquellas regiones, y las tribus empezaron á sentirse estrechas en su territorio. Además de esto, habianse creado nuevas relaciones entre los antiguos habitantes de los territorios fronterizos y algunas otras razas, de las cuales se empieza á saber algo auténtico en estos momentos de su historia, y que se pusieron en contacto con aquéllos. Era ya posible una liga de naciones, cuya fuerza debía ser considerable. Las hambrientas tribus de la Marmárica y la Cirenaica proyectaron lanzarse al campo de batalla, y conquistar la rica llanura, por tanto tiempo codiciada, que limitaba su frontera oriental.

Fué el alma de esta combinación un príncipe africano indigena, Marmaiu, hijo de Deid. Concibiendo el plan de hacer una invasión en Egipto (más con el propósito de conquistarlo, que de saquearlo) empezó por reunir todas las fuerzas indigenas que tuvo á su alcance, los Lubu, los Tahenu, los Mashuash, los Kahaka, hasta el número de 25 ó 30.000 hombres, y luego compró los servicios de gran número de auxiliares, que elevaron su ejército á la suma probable de 35 ó 40.000. Estos auxiliares son dignos de especial mención. Consistian en contingentes de cinco naciones, conocidas por los nombres de Akausha, Luku, Tursha, Shartana ó Shardana y Sheklusha,

las cuales identifican los modernos historiadores del Egipto con los Aqueos, Laconios, Tyrros, Sardos y Sicilianos. Si aceptamos esta asimilación, á favor de la cual pueden aducirse muchas razones, debemos reconocer que ya catorce siglos antes de la era cristiana las naciones del Sur de Europa estaban bastante adelantadas para tener flotas en el Mediterráneo, y merced á ellas, poder coligarse con un principe africano, y atacar la monarquía más civilizada del mundo, el antiguo Imperio de los Faraones. Así se nos representan los Aqueos del Peloponeso, un siglo antes de la época de Agamenón, desafiando los peligros del mar oriental en sus cascarones de madera, no sólo para saquear las costas, sino para desembarcar grandes expediciones en las playas del Norte de África y emprender una campaña en toda regla. Aparecen de igual suerte ocupados, y luchando con el Faraón del *Éxodo* en el Delta del Nilo, los Laconios, es decir, el pueblo de Menelao, en la época de su abuelo Atreo ó de su bisabuelo Pelops. Hay que anticipar en setecientos años la aparición del poder naval de los Tyrros, y suponer que los Sicilianos y los Sardos, á quienes los Griegos y Romanos hallaron viviendo vida de salvajes en sus islas cuando por vez primera las abordaron (entre los años 750 y 600 antes de J. C.), mil años antes eran pueblos florecientes y navegantes atrevidos. Así obtenemos del mundo antiguo una sorprendente descripción, que en nada se parece al recuerdo consignado por los Griegos en sus libros de historia; aunque esto nada de particular ofrece, ya que las naciones pueden tan fácilmente caer de la civilización en la barbarie, como levantarse de la barbarie hasta la civilización. Puede perfectamente concebirse que las naciones del Sur de

Europa estaban más adelantadas en los años 1400 á 1300 antes de la era cristiana, que seis siglos más tarde. Gran oscuridad envolvió al mundo después de su primera falsa aurora, hasta que apareció más tarde la aurora verdadera.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Menephtah, en el quinto año de su reinado, hubo de oponerse al ataque, formidable y al parecer injustificado, de una liga de naciones, de la cual no se encuentra otro ejemplo semejante en ningún otro periodo, anterior ó posterior, de la historia egipcia. Marmaiu, hijo de Deid, dirigió contra el monarca un ejército confederado, compuesto de las tres principales tribus de los Tahennu y Lubu (Libios), los Mashuash (Maxyes) y los Kahaka, unidas á los auxiliares de otras cinco tribus ó pueblos, los Akausha, los Luku, los Tursha, los Shartana y los Sheklusha. Según antes hemos manifestado, el contingente total del ejército ascendía á unos 40.000 hombres: llevaban además numerosos carros, é iban armados con arcos, flechas, corazas y espadas de bronce ó cobre. Tenían tiendas de cuero, y llevaban consigo sus mujeres é hijos, puesto que trataban de establecerse en el Egipto, como los Hyksôs lo hicieron quinientos años antes. Condujeron también un considerable número de ganados, como toros, vacas y carneros. Los jefes llevaban sus tronos, y tanto ellos como sus servidores usaban para la bebida vasos de bronce, plata y oro.

Empezaron el ataque por la parte occidental del Egipto, hacia el vértice del Delta. En un principio la suerte les fué propicia: las pequeñas villas de la frontera fueron tomadas por asalto y «convertidas en montones de ruinas»; quedó invadido el Delta, y los

Africanos tomaron posiciones en el nomo de Paari-sheps ó Prosopis, donde las ramas nilóticas de Canope y Sebennito empiezan á separarse, y desde cuyo punto amenazaban igualmente á Memphis y Heliópolis. Menephtah fortificó apresuradamente estas dos ciudades, ó mejor dicho, aumentó las fortificaciones antes existentes, mientras que los Libios devastaban las llanuras. «No se había visto cosa igual» observa un escriba indígena, «ni siquiera en época de los reyes del Bajo Egipto, cuando la plaga (es decir el poder de los Hyksôs) invadió la comarca, y los reyes del Alto Egipto no pudieron arrojarla.» La desolación imperaba por todas partes; el pueblo «temblaba como los ánades»; las fértiles llanuras se veían invadidas y saqueadas; las ciudades eran presa del pillaje; hasta muchos de los puertos fueron arruinados y destruidos. Durante algún tiempo permaneció Menephtah en actitud puramente defensiva, encerrado dentro de los muros de Memphis, á la protección de cuyo dios Phthah se confiara. Hizo, sin embargo, grandes esfuerzos para reunir un ejército poderoso: sus capitanes recogieron tropas en las provincias del Egipto, y multitud de enviados fueron al Asia para levantar un numeroso cuerpo de mercenarios. Por último termináronse todos los preparativos, y Menephtah señaló el día 14 para ponerse al frente de su ejército y conducirlo en persona á pelear con el enemigo: sin embargo, antes de que llegara ese día, le fa'tó el valor. «Vió en sueños» (ó al menos así lo manifestó) «la imagen del dios Phthah poniéndosele delante para impedir su marcha, y la divinidad le dijo: — «Quédate donde te hallas, y deja que las tropas marchen contra el enemigo.» — El religioso monarca obedeció esta orden tan

cómoda, y se quedó al seguro de las murallas de Memphis mientras sus fuerzas de indígenas y mercenarios se internaban en el nomo de Prosopis para batir á los Libios. Avistáronse los dos ejércitos el día 3 del mes Epiphi (18 de Mayo) y libraron una desesperada batalla, en la cual, después de seis horas de pelea, quedaron los Egipcios victoriosos y los confederados sufrieron una terrible derrota. Menepthah acusó al jefe libico de cobarde, porque, perdida la batalla, abandonó precipitadamente el campo dejando todo su equipo, su trono, los adornos de sus mujeres, y sus propios arco, carcaj y sandalias. Sin embargo, estos reproches los merece también el monarca egipcio, pues menos cobarde es la conducta del hombre que pelea durante seis horas contra un enemigo probablemente más numeroso, mejor armado y aguerrido, y sólo abandona el campo cuando la derrota de sus fuerzas es completa y su dispersión general, que la del caudillo que evita el peligro y permanece detrás de los muros de una fortaleza, mientras que sus soldados afrontan en campo abierto los peligros de la lucha. No hay motivos para creer que Marmaiu, hijo de Deid, dejara de conducirse en la batalla de Prosopis como príncipe y como general: en cambio hay razones sobradas para creer lo contrario de Menepthah, hijo de Ramsés.

La derrota de Prosopis fué decisiva. En la matanza, Marmaiu perdió de 8 á 9.000 hombres de sus tropas, ó, según otro cálculo, entre 12 y 13.000; otros 9.000 soldados fueron hechos prisioneros. Tiendas, equipos de campamento, ganados, todo cayó también en poder del enemigo. Deshízose la confederación en el acto, y Marmaiu volvió á su tierra nativa con los restos de su ejército, dedicándose á pacíficas ocupa-

ciones ó por lo menos absteniéndose en lo futuro de luchar contra los Egipcios. Los mercenarios, de cualquier raza que fuesen, aprendieron por experiencia la comodidad de dejar á los Libios que resolvieran por sí solos sus conflictos, y no se aliaron más con ellos: así no se encuentra más, en la historia del Egipto, á los Akaiusha ni á los Luku. Los Tursha y los Sheklusha no desaparecen por completo, pues alguna vez se les encuentra mencionados en las listas de las razas enemigas del Imperio: y con respecto á los Shartana ó Shardana, fué tal la admiración que les produjo el valor y la conducta de los Egipcios, que poco tiempo después entraron á su servicio, y pronto se distinguieron entre las tropas más leales y valientes.

Á pesar de su cobardía en no asistir á la batalla de Prosopis bajo el fútil pretexto de la visión divina, Menephtah se atribuyó todo el mérito de la victoria, suponiendo que sólo á su esfuerzo se debía. «Los Lubu» dice, «querían perjudicar al Egipto: eran como la langosta de los campos: con sus huestes interceptaron todos los caminos. Entonces proyecté reducirlos á mi poder. Los destrocé en la batalla, los aniquilé y arruiné su comarca. Así conseguí que otra vez pudiera transitarse por los campos y respirar en las ciudades.» Los generales egipcios, como los poetas romanos, hubieron de conformarse, quejándose en secreto. «Sic vos non vobis».

Al parecer, no transcurrió mucho tiempo entre la expedición de Marmaiu, hijo de Deid, y el segundo gran disturbio que amenazó la tranquilidad de Menephtah. Debía haber regresado Moisés de la tierra de Midián un año ó dos después de la muerte de Ramsés II, y no dejó transcurrir mucho tiempo sin

entablar la demanda que recibiera de la divina voluntad. Sin embargo, como era de carácter tímido y tal comisión pesaba á su voluntad, quizás retardó en lo posible tanto su vuelta á Egipto como su primera comunicación al rey (*Éxodo*, IV, 19); y si sobrevino la invasión de Marmaiu antes que hubiese tenido tiempo de dirigirse al Faraón por segunda vez, es natural que esperara hasta que hubiese pasado el peligro y pudiera acercarse al monarca en buenas condiciones. En este caso, la dura opresión de los Israelitas que siguió al primer mensaje de Moisés (*Éxodo*, V, 5-23), hubo de durar más tiempo del generalmente supuesto: y sólo en el año sexto ó séptimo del reinado de Menephtah, el mensajero divino apremió para el cumplimiento de su mandato, y envió los signos y milagros que debían modificar los sentimientos del rey (*Éxodo*, VII, 2-4). Estos signos se sucedieron á intervalos moderados, pues la entera serie de plagas no duró más allá de seis meses, desde Octubre hasta Abril. Ninguna de aquellas calamidades afectó seriamente al rey excepto la última, por la cual perdió su hijo mayor, según está conmemorado en una estela. El dolor de esta pérdida, unido al pavoroso terror que le inspiró ver que durante una sola noche perecieron más de 1.000.000 de personas, produjo un cambio completo en su voluntad, é hizo que desde aquel momento deseara desembarazarse cuanto antes de los Israelitas y echarlos del país donde primero los había querido retener. Así una noche envió á buscar á Moisés y Aarón y les dijo: «Levantaos, idos de mi comarca con los hijos de Israel, idos y servid al Señor como queráis. Tomad vuestros ganados y rebaños, id en paz y bendecidme» (*Éxodo*, XII, 31-32). Moisés esperaba ya este acontecimiento y había pre-



parado á su pueblo. Todos se hallaban prontos, el cinturón ceñido, la sandalia al pie, el cayado en la mano; corrió la orden y empezó el éxodo. «Los hijos de Israel viajaron de Ramsés á Succoth, á pie en número de 600.000 sin contar los niños; y á ellos se unió multitud de gentes, rebaños y ganados.»

Entonces la voluntad del rey sufrió otro cambio. «Movable como el agua», carecía de grandes condiciones. Al saber que los Israelitas, en vez de marchar por el desierto, habíanse dirigido hacia el Sur y se hallaban extraviados en un rincón de su territorio, entre las altas montañas por una parte y por otra el mar Rojo que en aquella época se extendía más hacia el Norte, quizás hasta el lago Timseh y por lo menos hasta los lagos Amargos, creyó que se le ofrecía una oportunidad para perseguir y rescatar á los fugitivos, cuyos servicios como siervos eran altamente apreciados. Llamó con rapidez todas las tropas que tenía cerca, y reunió una fuerza considerable de infantería y carros (éstos en número de 600), con la cual siguió el paso de los Hebreos y les alcanzó en la orilla occidental del mar Rojo, acampados «entre Migdol y el mar, junto á Baal Zephon». No puede señalarse exactamente el sitio, por causa de las alteraciones que ha sufrido el área del mar Rojo y la oscuridad de la antigua geografía egipcia, en la cual á distintos lugares se da con frecuencia iguales nombres: pero es probable que aquél fuese parte de lo que ahora es tierra entre Suez y el extremo meridional de los lagos Amargos. Allí, en las grandes mareas, comunicaban el mar y los lagos; pero en la tarde de la llegada de Menephtah una extraordinaria bajamar, junto con el fuerte viento del Este que contuvo las aguas de los lagos Amargos, dejó en seco

el fondo del mar en una extensa línea, por la cual los Israelitas pudieron pasar durante la noche desde una orilla del mar á la opuesta. Al amanecer del siguiente día, Menepthah, guardando como de costumbre su persona, envió los carros en persecución de los fugitivos. Entró el ejército en el camino resbaladizo y peligroso, avanzando hasta su mitad; pero su marcha era lenta, las ruedas de los carros se hundían en la arena, los caballos resbalaban y caían, y á cada paso aumentaban el desorden y la confusión. Antes de que los soldados pudieran ordenarse, volvieron las aguas por ambos lados: subió la pleamar con gran fuerza, por la razón misma del anterior reflujo, y un fuerte viento del Mediterráneo impulsó á las aguas de los lagos Amargos por el Noroeste. Lo que antes fué canal seco, convirtiéndose otra vez en mar, y entre sus ondas pereció todo el ejército que perseguía á los Israelitas. Á salvo desde la orilla opuesta, pudieron éstos ver la completa destrucción de sus adversarios, batidos por el temporal y llevados por las olas á las mismas playas donde poco antes estuvieron acampados (*Éxodo*, XIV, 30).

Este desastre paralizó la acción del monarca, quitándole el deseo de proseguir la empresa, pues aunque su pérdida numérica no fué grande, afectaba á la parte más importante de sus tropas que habían perdido su mejor contingente. Fué un golpe que algunos pudieron traducir como expresión de la cólera de los dioses egipcios, al paso que otros debieron considerar como prueba de la incapacidad del monarca. Á este golpe, según parece, siguió algún tiempo después una rebelión. El último año de reinado de Menepthah, según consta en los monumentos, es el octavo. Levantóse como pretendiente al trono

cierto Amon-mes ó Amon-meses, que disputó la corona á Seti II, hijo de Menephtah, y aun consiguió hacerse reconocer como rey: y como suele ocurrir en los países debilitados por intestinas discordias, durante muchos años se vió el Egipto presa de la guerra civil, y de sus terribles consecuencias la matanza y el desorden.

Las dos últimas dinastías de que acabamos de tratar abrazan el periodo más brillante de la arquitectura egipcia; porque, según dice Fergusson, último historiador del arte, la sala de Seti en Karnak «es la mayor de las obras arquitectónicas hechas por el hombre», el edificio anejo «es el esfuerzo más noble de esplendor escultural debido á la actividad humana», y el templo subterráneo de Ipsambul «el mejor en su género que existe en el mundo». En estas obras se combinan la enorme masa y las colosales dimensiones, con la profusión de delicados adornos. Cubriendo casi un área igual á la mayor de las pirámides, y conteniendo sillares de piedra semejantes, los templos-palacios de Tebas abarcan además una riqueza de detalles, que no tiene parecido con ningún otro edificio erigido en la tierra. Allí se encuentran largas



PILAR OSIRIACO

calles de esfinges y colosos conduciendo á altos y cónicos obeliscos que hienden el espacio, cual si fueran pináculos, torres y agujas de una moderna catedral, mientras que detrás de estos obeliscos se descubre la vista de puertas y patios, de pilares y salas de columnas,



COLUMNAS DE PHILOE

que demuestran al espectador la inventiva poderosa del arquitecto que pudo concebirlas, á la par que el poder del monarca que tuvo medios suficientes para ejecutarlos.

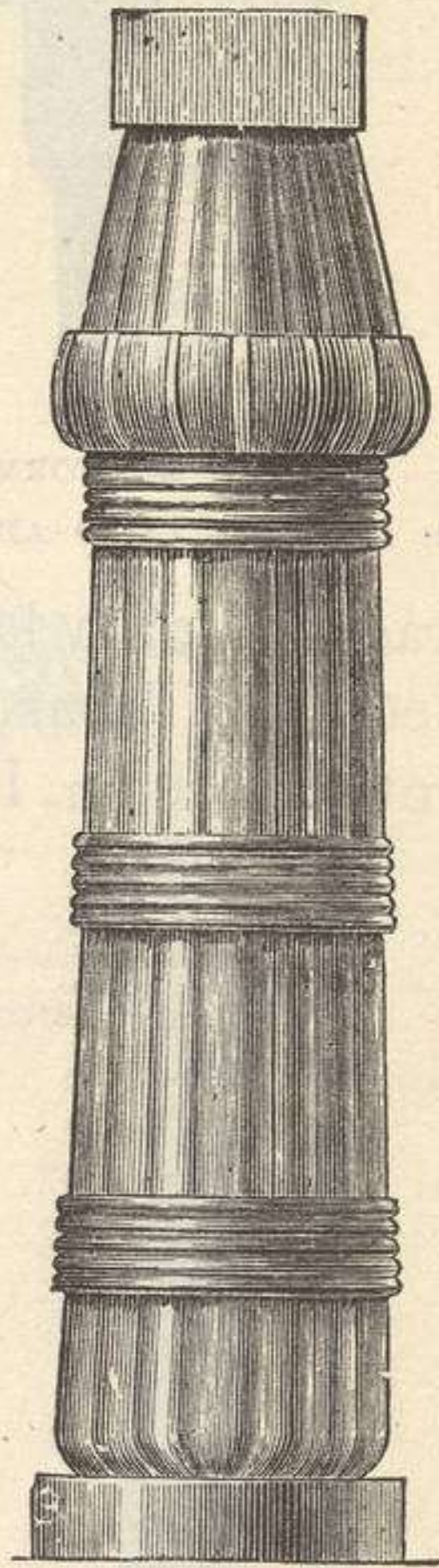
Realmente fueron los Egipcios, según Mr. Fergusson dice con gran entusiasmo, «las gentes más esencialmente constructoras de cuantas conocemos, y las más felices en realizar todos sus proyectos. Verdad es que los Griegos les aventajaron en refinamiento y belleza de detalles y en la clase de escultura que idearon para adornar sus edificios, así como los arquitectos góticos les sobrepujan en habilidad; pero señaladas estas excepciones, ningún otro estilo puede compararse al suyo. Al mismo tiempo, ni los arquitectos griegos ni los góticos entendieron con tanta perfección todas las gradaciones del arte, y el sentido exacto que debe darse á las formas y á los detalles... Comprendieron además mejor que ningún otro pueblo, la manera de combinar la escultura con la arquitectura, el hacer



COLUMNA DE LUXOR

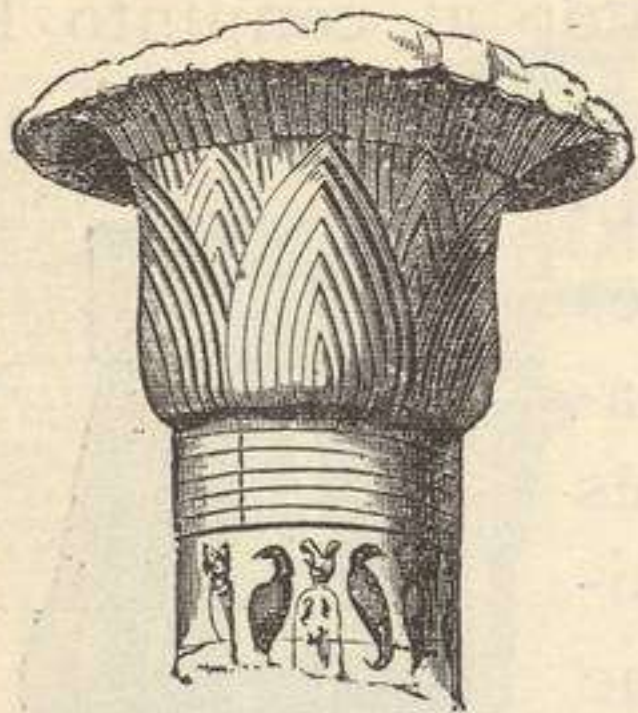
sus colosos y calles de grupos de esfinges como partes de un gran todo; el aplicar pinturas históricas que insensiblemente se confundían con la escritura y con los adornos esculturales, dando al conjunto la armonía más perfecta que pueda imaginarse. Con su brillante colorido, supieron finalmente dar unidad á todas las artes que concurrían á aquella gran creación artística, no realizada después en el mundo durante los treinta siglos de lucha y de adelantos que han transcurrido desde los brillantes días del gran reinado de los Faraones.»

El progreso de la época no se limitó únicamente al gran arte de la escultura, sino que alcanzó también al más modesto de las aplicaciones á los usos de la vida. Los trajes de los monarcas fueron mejor confeccionados; pusiéronse de moda los colores brillantes, costosos aros y brazaletes, vistosos collares, difíciles peinados, elegantes sandalias, joyas de mucho precio, hermosos cinturones y descomunales pelucas. El lujo se manifestó también en las moradas de los ricos: por fuera, el terreno formaba patios y paseos decorados con palmeras y vides, ó lagos y arroyos que refrescaban la atmósfera y cubrían de verdura los vecinos campos; por dentro, veíanse muebles de madera tallada, cubiertos por almohadones de variadas telas de color, que contribuían á la riqueza del conjunto.



COLUMNA DE CAPITEL  
ACAMPANADO  
DE FLOR DE LOTO

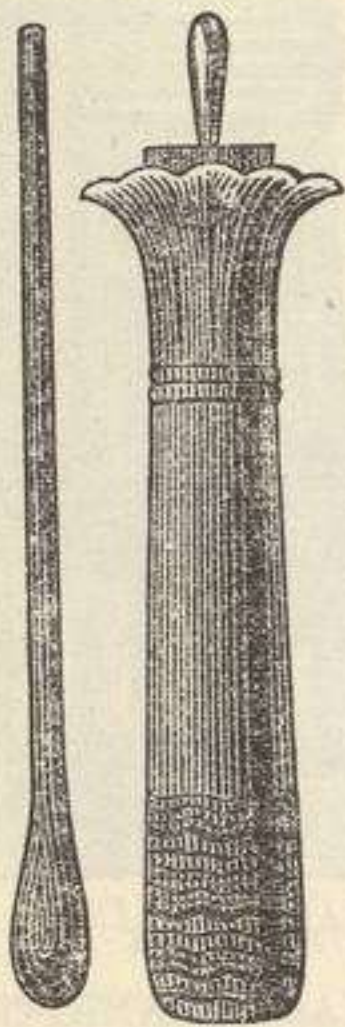
Introdujose el caballo traído de Asia para favorecer aquellos gustos extraños y refinados: el carro sustituyó al palanquín, y con ello ofrecióse nueva ocasión de



CAPITEL EN FORMA  
DE FLOR DE LOTO ABIERTA

adornar los arneses y construir diversas clases de vehiculos, ligeros unos y pesados otros.

Igual adelanto tuvo la literatura. Hombres de talento se dedicaron á conservar el recuerdo de los hechos pasados, y á componer obras originales sobre temas de historia, de teología, poesía y filosofía práctica, para la conservación de las cuales se estableció en Tebas una biblioteca pública bajo competente dirección. Pero este mayor progreso en las artes



OBJETOS EGIPCIOS  
DE TOCADOR  
según Wilkinson.



TOCADOS DE LAS MUJERES DE LOS FARAONES.

de la paz coincidió con el desarrollo del sensualismo. Fué común vestir trajes poco decentes; creció la poligamia; las mujeres perdieron su antiguo grado de pureza: la crueldad y la barbarie fueron más comu-

nes en la guerra; los tributos pesaron con mayor fuerza y sin piedad sobre las clases inferiores; el infeliz trabajador era apaleado por el más feroz de sus tiranos, el recaudador de contribuciones; hombres y mujeres cayeron bajo el dolor y la vergüenza del palo, y hasta los enemigos muertos fueron mutilados para mejor contar el número de los que perecieron en la batalla.



ANTIGUO CARRUAJE DE GALA EGIPCIO  
según Wilkinson.

THE UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK  
THE STATE EDUCATION DEPARTMENT  
THE UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK  
THE STATE EDUCATION DEPARTMENT  
THE UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK  
THE STATE EDUCATION DEPARTMENT





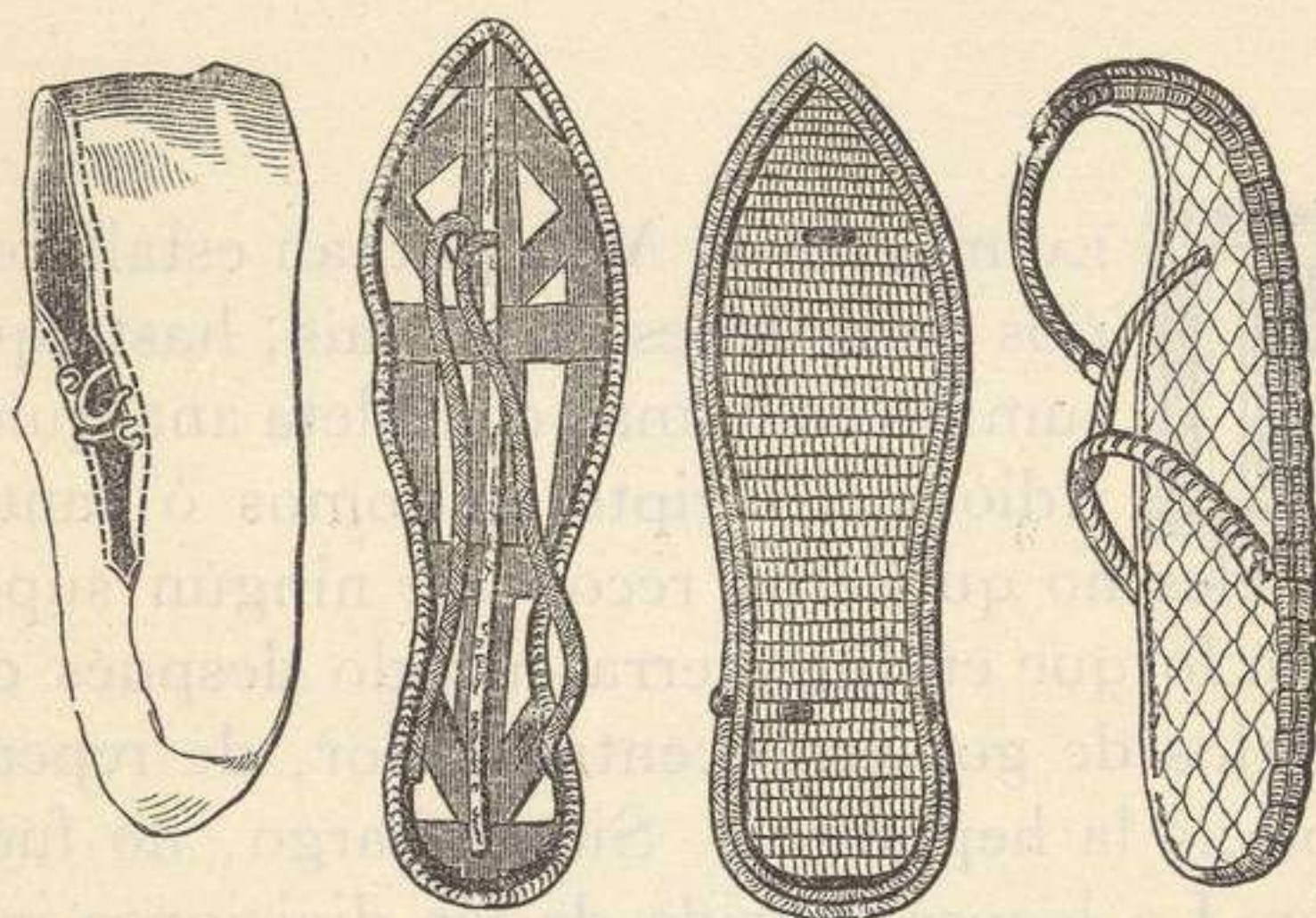
## XVII

### DECADENCIA DEL EGIPTO BAJO LOS ÚLTIMOS RAMESIDAS



LA muerte de Menepthah estallaron serios desórdenes en el país, hasta quedar sumido en la más completa anarquía. Dividióse el Egipto en nomos ó cantones, cuyos jefes no quisieron reconocer ningún superior. Ocurrió lo que en Inglaterra cuando después de varios siglos de gobierno centralizador, de repente se restableció la heptarquía. Sin embargo, no fué esto lo peor. La locura suicida de las divisiones intestinas, provoca naturalmente la invasión extranjera: así no transcurrió mucho tiempo sin que Aarsu, un jefe sirio, aprovechara la mala situación política del Egipto para extender sus propios dominios por los nomos vecinos, conquistándolos uno tras otro hasta incorporar casi á su reino toda la comarca. Por último se despertó el espíritu patriótico; Egipto sintió la vergüenza de ser gobernado por un extranjero de raza que consideraba despreciable, y en breve encontró un príncipe, descendiente de la dinastía ramesida, que desplegó la bandera nacional empezando la guerra de la independencia. Este príncipe llevaba el

nombre de Set-nekht ó «Set el Victorioso», y en opinión de algunos era hijo de Seti II y por tanto nieto de Menepthah, aunque no hay pruebas que confirmen de una manera indudable este aserto. Es probable que tuviera en sus venas sangre de la familia de Seti I y Ramsés II, pero no puede definirse su grado de parentesco con estos monarcas, ó el orden de su ascendencia. En todo caso, más que á sus antepasados, debió su corona á su fuerte brazo y á su vigoroso corazón. Sólo á fuerza de combates y victo-



ANTIGUO CALZADO EGIPCIO

rias pudo alcanzar el trono, batiendo á Aarsu y sometiendo gradualmente á su poder todo el Egipto.

Debió ser muy corto el reinado de Set-nekht. Dedicóse á «restablecer el orden en el país, destruir á los enemigos, levantar los templos y repartir las ofrendas sagradas para el servicio de los dioses, según las reclamaban sus efigies». Sin embargo, no pudo realizar muchos de sus proyectos, pues ni siquiera tuvo tiempo para cumplir el principal deber de un rey egipcio para consigo mismo, ó sea el preparar una sepul-





BUSTO DE RAMSÉS II  
(Copiado de un antiguo monumento egipcio.)

tura digna de guardar sus restos el día que abandonara la tierra. Requeríanse muchos años de trabajo para excavar un sepulcro subterráneo según la práctica acostumbrada en aquella época; y sintiendo Setnekht que no podía esperar muchos años de vida, ni siquiera tal vez muchos meses, creyó más cómodo apropiarse una tumba real recientemente abierta por un rey, llamado Siphthah, á quien consideraba como usurpador, y por tanto indigno de toda consideración. En este sepulcro hallamos los nombres de Siphthah y de su esposa Taouris, borrados á martillazos de sus inscripciones, y sustituidos por el de Setnekht. Así el rey, al propio tiempo que castigaba á un indigno predecesor suyo, aprovechaba un sepulcro que en nada desmerecía de la dignidad real.

Probablemente á causa de la avanzada edad que tenía al subir al trono, asoció en el reino á su hijo Ramsés, príncipe de grandes cualidades, al que nombró «jefe de On» y virrey del Bajo Egipto, señalándole á Heliópolis (On) como punto de su residencia y capital. Ramsés III, según comunmente se le llama, fué uno de los monarcas egipcios más distinguidos, y el último que dió á su país días de gloria, que ya no volvemos á encontrar hasta descender á la época de las dominaciones etiópicas de Shabak y Tirhakah. Reinó como único monarca durante treinta y un años, cuya primera parte empleó en varias é importantes empresas guerreras, al paso que más tarde dedicóse á construir esos magníficos edificios que han perpetuado en la historia el recuerdo de su nombre, y á otras varias obras de interés público. Lenormant le llama «último de los grandes soberanos egipcios» y observa con razón que, aunque durante todo el tiempo de su permanencia en el trono no cesó de

trabajar para restablecer la integridad del Imperio en el exterior y la prosperidad del país en el interior, sus guerras y conquistas tuvieron un carácter esencialmente defensivo: sus esfuerzos, como los de Trajano, Marco Aurelio y Séptimo Severo, se dirigieron á oponerse á la corriente invasora de los bárbaros que ya habían roto una vez los diques opuestos á su marcha, y que aunque rechazados hacia sus comarcas, no cesaban de perturbar las fronteras del Imperio y de prepararse para otra invasión. El éxito coronó sus esfuerzos, pues pudo mantener y conservar por mucho más tiempo la grandeza territorial del Egipto, legada por la décimanona dinastía. El templo monumental de Medinet-Abou, junto á Tebas, es como el panteón erigido á la gloria de este monarca. Cada pilón, cada puerta, cada sala, nos explica las hazañas que llevó á cabo. Sus batallas y victorias están representadas por cuadros escultóricos de grandes dimensiones.

En la historia del mundo aparecen épocas durante las cuales un espíritu inquieto se apodera de los pueblos, y sin ninguna causa evidente que lo motive empiezan á agitarse y á suscitar disturbios. Óyense primero timidas murmuraciones; la alarma se esparce luego; espéranse acontecimientos que no deben tardar en desarrollarse; el aire está impregnado de rumores; y finalmente ábrese el cráter del volcán con más ó menos violencia, la corriente devastadora rebasa los diques y siembra por doquiera la miseria y la ruina, hasta que se han debilitado todas las energías, ó su progreso se ve contrarrestado por algún insuperable obstáculo opuesto á su camino. Tal fué la época de Ramsés III. Amenazóle la guerra por todas partes: en la frontera del Nordeste, los Shasu ó beduinos del desierto devastaban y saqueaban el

territorio egipcio, al tiempo que amenazaban los establecimientos mineros de la región sinaítica. Hacia el Noroeste, las tribus líbicas de los Maxyes, Abystae, Auseis y otras ejercían continua presión á cuya fuerza debieron ceder los Egipcios, dejando que una población extraña se estableciera en las tierras fértiles, arrojando á sus primeros poseedores hacia la parte oriental del Delta. «Los Lubu y los Mashuash», dice Ramsés, «se habían *sentado* en el Egipto: ocuparon las ciudades de Occidente, desde Memphis hasta Karbana, alcanzando el Gran Río y apoderándose de la ciudad de Kaukut. Durante muchos años permanecieron en el Egipto.» Ramsés empezó sus empresas guerreras con una campaña contra los Shasu, cuya comarca propia invadió y devastó, destruyendo sus chozas, apoderándose del ganado, matando á cuantos se le opusieron, y llevándose al Egipto gran número de prisioneros, que distribuyó entre los templos en concepto de «esclavos sagrados». Volvióse luego contra los Libios y avanzando de repente sobre ellos en la región que se extiende desde la rama sebennítica del Nilo y la canópica, venció en gran batalla á las siete tribus de los Mashuash, Lubu, Merbasat, Kaikasha, Shai, Hasa y Bakana, haciendo en ellas terrible destrozo hasta arrojarlas al otro lado del brazo occidental del río. «Temblaron delante de él», dice un historiador indígena, «como las cabras de la montaña tiemblan ante un toro que escarba el suelo, le hiere con los cuernos y hace vacilar los montes cuando rompe los obstáculos que se oponen á su marcha.» Los Egipcios no dieron cuartel á sus enemigos en aquel día memorable; gozaronse en la venganza, apilaron los cadáveres, hicieron pasar sus carros por encima de ellos y dejaron que los pi-

sotearan los caballos. Los vencidos fueron arrojados á centenares á las lagunas y al mismo río, y si escaparon al peligro de los dardos y flechas que les arrojaban, en su mayor parte hallaron su sepulcro en la turbia corriente. Ramsés consigna esta derrota de la manera más típica: representa á los enemigos muertos cubriendo el camino por donde pasa con su carro conducido por dos briosos corceles, y sigue lanzando flechas á los que en vano intentan huir. Los carros y la infantería toman parte en esta persecución, y los soldados hieren con la espada, la lanza ó el dardo lo mismo á los que todavía resisten que á los indefensos y vencidos. Nadie quiere hacer prisioneros: es día de venganza, de cólera, de furia llevada hasta el delirio, dominando á un pueblo embriagado por la pasión, que borra en él todo sentimiento generoso.

Pero esta misma pasión llega á extinguirse, como se rinde el brazo cansado de matar. Considerándose suficientemente vengados con aquella gran batalla y con la persecución del enemigo, los Egipcios suavizaron su política de extrema hostilidad. Hicieron gran número de prisioneros libicos, que marcaron con un hierro candente, según hacían también los Persas, y los destinaron á su servicio naval, distribuyéndolos como marineros á bordo de su flota. Los jefes de mayor importancia fueron encerrados en las fortalezas; las mujeres y los niños repartidos como esclavos de los conquistadores; y el ganado, «muy numeroso para ser contado», fué ofrecido por Ramsés al Colegio sacerdotal de Ammón en Tebas.

Hasta aquí el éxito había coronado los esfuerzos de Ramsés; y quizás se hubiera contenido contentándose con la gloria militar alcanzada, sin aventu-



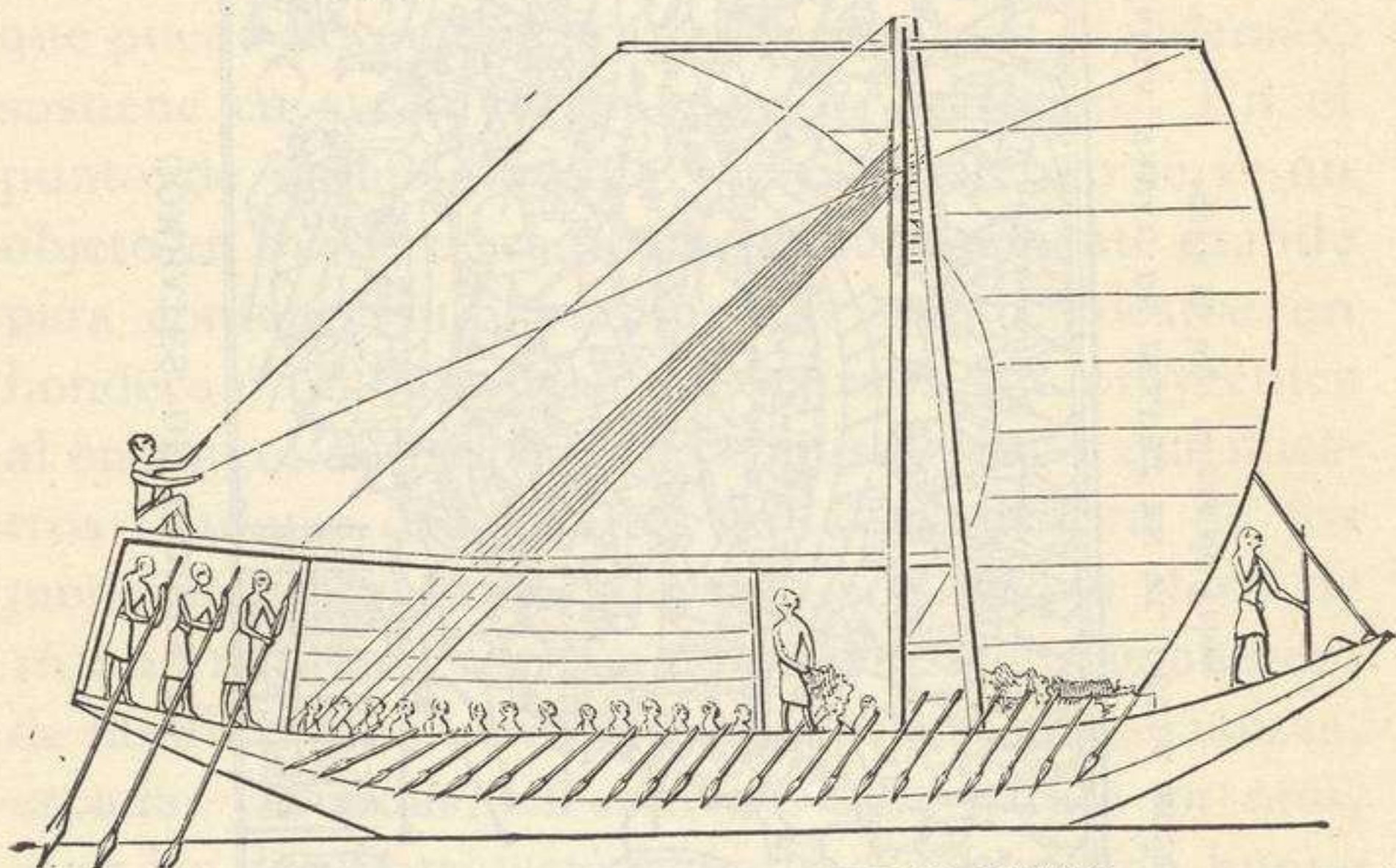
rarse en nuevas expediciones, si una poderosa confederación de enemigos nuevos y en parte desconocidos, no le hubiese obligado al cabo de algunos años á lanzarse otra vez á la guerra. El movimiento de agitación de los pueblos, de que antes hemos hablado, tomó ahora mayor extensión, alterando á la vez las costas é islas del Sudeste de Europa y la parte más al Oeste del Asia Menor. Uniéronse siete naciones, acordando dirigir todas sus fuerzas contra el Egipto, atacándolo al mismo tiempo por mar y por tierra; pero no en la frontera del Noroeste, donde algunos de los confederados habian sido ya batidos en otra ocasión, sino en la parte enteramente opuesta, ó sea en el camino de la Siria y la Palestina. De las siete naciones, tres eran antiguas adversarias del tiempo de Menephthah, es decir, los Sheklusha, los Shartana y los Tursha; las cuatro restantes eran enemigos nuevos y desconocidos hasta entonces: eran los Tanauna, bajo cuyo nombre unos reconocen los Danai del Peloponeso, tan celebrados por Homero, y otros los Danai del Sudeste de Italia, que confinaban con los Iapygos; los Tekaru ó Teucrios, pueblo muy conocido de la Troada; los Vashasha, identificados con los Oscos ó Ausones, vecinos de los Daunios, y los de Purusata, que algunos suponen ser los Pelasgos y otros los Filisteos. Estos últimos se encargaron de dirigir la expedición. A su aviso, respondieron las islas y costas del mar Mediterráneo, enviando sus hordas piráticas; cubrióse el mar con sus ligeras galeras impulsadas á remo, y los Tanauna, los Shartana, los Sheklusha, los Tursha y los Uashasha formaron con sus escuadras una sola flota, mientras que los Purusata y los Tekaru avanzaban en número infinito á lo largo de la costa. Los Pu-

rusata aspiraban á establecerse definitivamente en Egipto, y así es que marcharon á la Siria septentrional desde el Asia Menor con sus mujeres y sus hijos, montados en carros que conducía el ganado, siendo vivo ejemplo de la emigración de un pueblo entero. Las demás naciones enviaron á sus soldados y á sus marineros, sin este embarazoso bagaje. Franqueando los pasos del Tauro, los Purusata y Tekaru combinados se extendieron hacia la Siria septentrional, robando y destruyendo toda la comarca de los Khitas, para dirigirse luego hacia el Oriente hasta Carchemish «por el Éufrates», mientras que los buques de los demás confederados costeaban la Siria. Fué inútil la resistencia que quisieron oponerles los Hititas y los Sirios. «Ningún pueblo pudo resistir el empuje de sus armas.» Cayeron Aradus y Kadesh. Los conquistadores se dirigieron hacia el Egipto, creyendo fácil la victoria; pero no pudieron realizar sus esperanzas.

Informado Ramsés de los proyectos y marcha del enemigo, tuvo tiempo suficiente para preparar la resistencia. Aumentó las fortificaciones de la frontera, reunió sus tropas mejor disciplinadas, y puso las bocas del Nilo en estado de defensa por medio de fortalezas, numerosas guarniciones y flotillas en el río y en los vecinos lagos. Pudo escoger, además, la posición que más le convenía para librar batalla á las hordas invasoras, en la ruta de Gaza al Egipto, casi á mitad de camino entre Raphia y Pelusa, en donde había erigido una nueva fortaleza. Allí se situó esperando tranquilamente al enemigo, después de haberle preparado dos emboscadas en lugares á propósito. Presentóse primero la hueste de los Purusata, embarazada con su largo tren de carros cargados de mujeres.

y niños. Ramsés la atacó al instante, y los emboscados dejaron los sitios donde habian permanecido ocultos, rodeando así al enemigo por todos lados. Éste no hizo gran resistencia. Atacado por las veteranas tropas egipcias, desbandóse con facilidad y fué en seguida deshecho. Doce mil quinientos hombres perecieron en la batalla: su campo fué tomado, y el resto del ejército tuvo que rendirse á discreción, evitando la muerte á costa de vivir en perpetua esclavitud.

Sin embargo, hasta entonces sólo se habia evitado



BUQUE DE GUERRA DEL ANTIGUO EGIPTO

á medias el peligro, y la serpiente quedaba herida, pero no muerta. Aun se hallaba intacta en el mar la flota, que podia desembarcar en las costas egipcias millares de combatientes, y pasar á hierro y fuego la ancha región del Delta. Los Tanauna y sus confederados los Sheklusha, los Shartana y los Tursha avanzaron rápidamente hacia la boca más próxima del Nilo, la de Pelusa, y se esforzaron en desembarcar sus tropas. Pero las precauciones adoptadas por Ramsés antes de emprender su marcha, fueron sufi-

COMBATES DE RAMSÉS III



BATAJLA NAVAL DE PELUSA EN EL DELTA EGIPCIO  
según un bajo relieve de Tebas.

cientes para conjurar este peligro. La flota egipcia marchó á oponerse á las escuadras combinadas del enemigo en las tranquilas aguas de la laguna pelusiacca, y les libró terrible combate que más tarde Ramsés hizo grabar en sus bajo relieves, siendo ésta la primera representación, de una batalla naval, que ha llegado hasta nosotros. En ambas partes se ven los buques á la vez impulsados por las velas y los remos, pero todos pliegan sus velas antes de empezar la lucha. Cada buque tiene un solo palo, levantado de manera que pueda llevar una gran vela cuadrada, y, además, sostiene en su punta un pesado mastelero. En el punto de unión del palo con el mastelero se ve un objeto en forma de campana, suficientemente grande para contener un hombre: allí solía colocarse un hondero ó un ballestero que lanzaba sus proyectiles al enemigo, desempeñando el mismo papel que nuestros tiradores desplegados en la arboladura de los modernos buques de guerra. Cada buque lleva de 16 á 20 remeros, además de un considerable número de hombres de guerra armados con escudos, lanzas, espadas y hondas. El combate más parece *un caos*, pues las dos flotas están confundidas y cada buque pelea con su vecino sin que allí se vea la menor idea de seguir un plan ó un movimiento combinado. Se ve uno de los buques enemigos con la quilla al aire en el momento de irse á fondo; los demás siguen el combate. Muchos se dirigen hacia las playas de la laguna, y los soldados de su bordo tratan de efectuar un desembarco; pero se les opone desde tierra el ejército mandado por el mismo Ramsés, y los reciben con tal nube de flechas que les impiden realizar su objeto.

Parece que tan pronto como Ramsés venció y des-

truyó el ejército de los Purusata y los Tekaru, se dirigió á toda prisa á Pelusa y marchó con tal rapidez, que pudo llegar á tiempo para presenciar el combate naval y aun tomar parte en él. La flota invasora había conseguido hasta entonces forzar la línea de los buques egipcios que se le oponía, y dirigirse hacia la playa; pero ante ella se estrellaron sus esfuerzos. «Una muralla de hierro», dice Ramsés, «les encerró junto al lago.» Las mejores tropas egipcias guardaban las orillas de la laguna, y los invasores fueron rechazados cuantas veces intentaron desembarcar. Combatidos, deshechos en la línea del agua, fueron muertos «dejando á centenares los montones de cadáveres». «La infantería», dice el monarca en el monumento grabado para perpetuar la victoria, «y todas las mejores tropas del ejército egipcio se situaron en las orillas, furiosas como rugientes leones; los soldados de los carros, escogidos entre los héroes que primero se distinguieron en el combate, iban mandados por oficiales que confiaban en su fuerza. Los caballos de guerra se estremecían de espanto y ardían en deseo de poner el enemigo bajo sus cascos. Yo mismo parecía Mentu, el dios de la guerra; coloquéme al frente de mis soldados para que vieran el esfuerzo de mi brazo. Yo, el rey Ramsés, me conduje como un héroe que sabe cuánto vale, y que salva al pueblo con su brazo en el día del combate. Los invasores de mi territorio no recogerán más cosechas sobre la tierra, pues ya sólo cuentan su vida en la eternidad. Los que alcanzaron la orilla, ó cayeron otra vez al agua ó perecieron á montones; yo hundi sus buques; hasta sus dioses fueron llevados por las olas.» Después de un breve combate acabó la resistencia. Los buques vacíos, flo-

tando á la ventura sobre las tranquilas aguas del lago ó varados en los bancos del Nilo, fueron presa de los vencedores que hallaron en ellos rico botín. Así acabó esta importante contienda, en la cual pueblos de diversa sangre y de intereses distintos, y quizás desconocidos entre sí hasta por el nombre, se unieron para combatir al Imperio más poderoso del mundo, atravesaron sucesivamente por mar y tierra muchos centenares de millas sin que entre ellos ocurriera la menor desavenencia, ni por donde pasaban tuvieran un desastre, y llegaron á la comarca que creían conquistar, pero en la cual fueron completamente deshechos y rechazados en dos batallas, una terrestre y otra en parte terrestre y en parte marítima, con lo cual «su espíritu fué aniquilado y su alma abandonó su cuerpo».

Desde entonces ninguna de las naciones que habían contribuido á aquella invasión, volvió á tomar las armas contra el poder que le había dado lección tan severa.

No pasó mucho tiempo desde que Ramsés rechazó á los invasores del Egipto hasta que se decidiera á emprender contra ellos una campaña de desquite. Salió con la flota y el ejército siguiendo la misma línea antes cruzada por sus enemigos, y atravesó la Palestina y la Siria cazando el león en las vertientes del Libano, y restableciendo por algún tiempo el dominio egipcio en gran parte de la región antes conquistada por los grandes monarcas de las dinastías XVIII y XIX. Él mismo afirma haber llevado sus armas hasta Alepo y Carchemish, por lo cual debemos suponer que venció á los Hittitas ó que éstos no salieron á su encuentro; y da una lista de 38 comarcas ó tribus conquistadas, que se cree pertenecieron á la Si-

ria septentrional, al Sur del Asia Menor y á Chipre. En algunas inscripciones hasta afirma haber recobrado ó Naharaina, Hush y Punt; pero no hay ninguna prueba de que realmente visitara aquellas remotas regiones, y mucho menos de que las conquistara.

La última parte de la vida de Ramsés III se deslizó con cierta tranquilidad y reposo. Las tribus salvajes del Norte de África, después de intentar en vano establecerse una vez más en el Delta occidental, se resignaban á la suerte que les había deparado la naturaleza, y dejando á los Egipcios en paz, se contentaron con ocupar la ancha región donde podían vagar libremente entre el Mediterráneo y el desierto de Sahara. En el Sur los Etiopes no dieron señal de vida; en el Este los Hittitas tuvieron bastante que hacer con reorganizarse y ganar lo mucho perdido al pasar por su territorio las hordas del Asia Menor que marcharon y volvieron de Egipto: los Asirios no habían empezado aún sus guerras agresivas en el Norte y el Este, porque probablemente mantenían con dificultad su independencia contra los ataques de Babilonia. Ningún vecino alteró, pues, la paz del Egipto durante varias generaciones, y este mismo país se abstuvo de aventurarse en empresas dirigidas contra los extranjeros. Ramsés dirigió su actividad á construir nuevos edificios, á desarrollar el comercio y hacer en el país grandes plantaciones de árboles. Erigió y decoró el magnífico templo de Ammón en Medinet-Abu, construyó una flota en el mar Rojo para comerciar con Punt, excavó un gran depósito de agua en la comarca de Aina al Sur de la Palestina, y «sobre toda la tierra egipcia plantó árboles y arbustos para que sus habitantes pudieran descansar bajo su fresca sombra.»

Sin embargo, la general decadencia del Egipto



empieza en este reinado. Las conquistas orientales fueron más aparentes que sólidas, ya que la dominación de la Palestina y la Siria no llegó á hacerse efectiva.

Los Egipcios perdieron la costumbre de ser soldados en los últimos veinte ó veinticinco años de la vida del monarca. Por encima de todo, el lujo, la intriga y la superstición invadieron la corte, por otra parte sujeta á la perniciosa influencia de eunucos y concubinas. Algunos de los hombres más importantes del Estado practicaban la magia, y estaba muy extendida la creencia de que por medio de conjuros, exorcismos é imágenes de cera, era posible endemoniar á los hombres, paralizar sus miembros y hasta producirles la muerte.

Abundaban en la corte las hechiceras, malas como Canidia, y dispuestas á vender su ciencia al mejor postor. La misma persona del monarca no estuvo asegurada contra las maquinaciones de su vil servidumbre, que urdió asesinatos y tramó conspiraciones en los mismos umbrales del regio palacio. Según parece, Ramsés estuvo á punto de ser víctima de una de estas conspiraciones, cuyos autores fueron descubiertos, presos, juzgados por una comisión real, y ejecutados sin pérdida de tiempo.

Los descendientes de Ramsés III ocuparon el trono desde su muerte, ocurrida en 1280 antes de J. C., hasta el año 1100.

Sucedieronse en el gobierno diez príncipes, todos llamados Ramsés, y uno con el nombre de Meri-Tum, los cuales mostraron cada vez mayor debilidad, y todos ellos fueron pródigos, holgazanes, afeminados y sensuales. Ramsés III fué puesto en caricatura por su abierta exhibición de íntimas escenas domés-

ticas en las murallas del palacio de Medinet-Abou.

CARICATURA DEL TIEMPO DE RAMSÉS III



Sus descendientes, entregados á las delicias del harén, rara vez abandonaron el recinto de su regia morada; desistieron de toda empresa guerrera, y hasta entregaron á otras manos las riendas del gobierno. Los Faraones de la vigésima dinastía fueron en absoluto unas nulidades, y dieron el poder á los grandes sacerdotes del templo de Ammón en Tebas, quienes se mostraron dispuestos á desempeñar el mismo papel que, muchos años más tarde, tuvieron los mayordomos de palacio bajo los últimos reyes franceses de la dinastía merovingia. En una monarquía absoluta, la autoridad real es la principal fuerza que interviene en todos los movimientos y acciones de cada esfera del Estado. Si esta fuente de energía se debilita, siéntense en seguida sus efectos en todo el cuerpo político. Sucede lo mismo que ocurre al individuo atacado por fatal enfermedad en un importante órgano vital: con gran rapidez se

debilita, sufre, decae y muere. La arquitectura egipcia desaparece desde la muerte de Ramsés III, hasta

la época de Sheshonk; se pierde el gran estilo en el arte pictórico; la escultura en relieve reproduce hasta la saciedad los mismos grupos religiosos que parecen estereotipados; la estatuaria es mala y escasa; sobre todo declina la literatura, sufriendo casi completo eclipse. Ya vimos la profusión de talentos literarios en las épocas de Ramsés II y Menephtah, bajo cuya protección los autores cultivaron la historia, la teología, la filosofía práctica, la poesía, la correspondencia epistolar, las novelas, los viajes y las leyendas. Pero desde los tiempos de Ramsés III, y casi puede decirse desde Seti II, no se encuentra nada; parece haberse desvanecido la verdadera inspiración poética, desaparece la literatura, y en vez de las grandes obras de Pentaour, Kakabu, Nebsenen, Enna y otros, que hasta los modernos admiran, sólo encontramos documentos redactados en árido estilo oficial, sumarios de procesos, listas de funcionarios, pesadas enumeraciones con grandes detalles de donativos hechos á los dioses, junto con vergonzosos elogios de los reyes, que ellos mismos ú otros han escrito, y que casi es de sentir hayan sido perdonados por la acción destructora del tiempo. Desaparece al mismo tiempo la moral pública: el sensualismo toma carta de naturaleza en los lugares más encumbrados; la intriga se apodera de la corte; el mismo monarca es objeto de sátiras en poco decentes dibujos. Al propio tiempo desaparece la idea de que la divinidad preside el destino de los reyes, y se forma una sociedad de ladrones para robar las regias tumbas y apoderarse de las alhajas que fueron enterradas con las personas de los monarcas. La vida del rey se ve amenazada por los conspiradores, que usan artes mágicas para lograr su objeto; y entre ellos encuéntranse

comprometidos sacerdotes y altos funcionarios judiciales. En suma, ha cambiado la antigua organización, han perecido las antiguas ideas, pero no se introducen nuevos principios que ejerzan gran influencia en el país. Aquella sociedad se deshace gradualmente, y si no la contiene alguna violenta acometida desde fuera ó algún extraño movimiento del interior, parece condenada á caer rápidamente en la disolución y la ruina.

### XVIII

#### LOS SACERDOTES REYES.—PINETEM Y SALOMÓN

**D**ESDE los primeros tiempos, el cargo de sacerdote en Egipto confería gran dignidad é influencia. Aunque en rigor los miembros del sacerdocio no formaban una casta, eran una orden ó clase, separada del resto de la nación por importantes privilegios y por su especial género de vida, y reclutada entre sus propios hijos y más próximos parientes. Además, el régimen de las dotaciones religiosas, aseguraba su libertad é independencia. Desde la más remota antigüedad fué cedida á los sacerdotes una considerable porción de territorio, que quizás llegaba á la tercera parte de las tierras laborables del país; y á cada templo se le cedieron grandes propiedades que eran administradas en común por los colegios, los cuales como los cabildos en nuestras catedrales, dirigían el culto en los edificios sagrados. Sabemos que estas propiedades sacerdotales estaban exentas de toda contribución ó carga; y parece que continuamente fueron aumentando con la piedad ó superstición de los reyes, que siempre regalaban á sus divinidades favoritas nuevos

jardines, huertos, viñas, campos y hasta ciudades.

Los reyes vivieron siempre con cierto temor á los sacerdotes: aunque reclamaban para sí una especie de carácter divino, no pudieron dejar de comprender que habia muchos defectos é imperfecciones en esta propia divinidad, por los cuales no debían fiar mucho en su protección. Existían otros dioses á ellos superiores, seres de los cuales su propia divinidad se derivaba; y jamás pudieron averiguar el poder ó influencia ejercida por los sacerdotes sobre aquellos seres superiores, en cuya existencia y facultad de hacer bien ó mal á los hombres tenían la fe más completa. Por esto, desde el principio hasta el fin de toda la historia egipcia, hallamos á los reyes guardando cierta respetuosa actitud hacia los sacerdotes: y esta conducta se sostiene especialmente con los principales personajes que ocupan las más altas jerarquías religiosas, los grandes sacerdotes de los templos, considerados como centros más importantes de la devoción oficial, ó sean el templo de Ra ó Tum en Heliópolis, el de Phthah en Memphis y el de Ammón en Tebas. Según el sitio donde la capital radicaba, uno ú otro de estos grandes sacerdotes tenía la primacía sobre los demás; y en el último período de los Ramesidas, habiendo radicado en Tebas la dignidad metropolitana durante cinco ó seis siglos, el gran sacerdote del Ammón tebano fué reconocido sin controversia como jefe supremo del orden sacerdotal, y la persona más elevada después del rey en todo el reino.

De esta alta posición, y del peso de la influencia que su poseedor ejercía, hubo de derivarse naturalmente el carácter hereditario de su cargo. Ya en tiempos del reinado de Ramsés IX, hallamos que el hijo de un gran sacerdote le sucedía en su destino, más

por derecho natural, que por voluntad del soberano. Un sacerdote de aquella época llamado Amenhotep, hijo de Ramsés-nekht, emprendió bajo su particular iniciativa la restauración del templo de Ammón en Tebas «y consolidó sus murallas, construyó muros nuevos, hizo las columnas y puso en los portales grandes puertas de madera de acacia». Antes sólo eran constructores los reyes; los grandes sacerdotes se limitaban á seguir las instrucciones que de éstos recibían, y les daban luego las gracias en nombre de los dioses por su piadosa munificencia. En tiempo de Ramsés IX se trocaron los papeles; el rey es quien consigna su gratitud al gran sacerdote de Ammón por el cuidado que tiene de su templo, erigiendo nuevos edificios y restaurando ó conservando los antiguos. Esta iniciativa ha pasado desde las manos del rey á las de su súbdito, siendo éste activo y el rey pasivo: toda la gloria recae sobre Amenhotep; la figura del monarca sólo aparece al final de todo, como simbolo decorativo, cuya presencia da cierto esplendor á las postreras ceremonias.

Reinando el último de los Ramesidas era gran sacerdote de Ammón en Tebas, cierto Her-hor. Era hombre de aspecto agradable, de facciones delicadas y bondadosas, de expresión dulce y simpática. Tuvo el talento de merecer el soberano favor, hasta el punto de recibir de manos del monarca cinco cargos diferentes en el gobierno, además de su dignidad sacerdotal. Era «jefe del Alto y Bajo Egipto», «hijo real de Cush», «portador del abanico á la derecha del rey», «arquitecto principal» y «administrador de los graneros». Quizás algunos de estos empleos fueron honorarios; pero los deberes de otros debieron ser importantes, y su ejercicio requería variados conoci-

mientos y aptitudes. Es posible que Her-hor no poseyera todas estas aptitudes, y en tal caso podemos presumir que aceptó estos múltiples destinos con el solo objeto de acumular en sus manos la mayor suma posible de atribuciones, para poder de esta



HER-HOR

manera usurpar la autoridad real á la muerte del monarca. Si el postrer Ramsés murió sin sucesión, la obra de Her-hor debió ser fácil, ya que de todos modos aparece haberla realizado sin lucha ni disturbios; ó si, como algunos suponen, desterró á los



descendientes del soberano al gran Oasis, no manchó sus manos de sacerdote con sangre regia, ni recorrió el camino para llegar al trono entre escenas de tumulto y confusión. Todo induce á creer que el Egipto aceptó tranquilamente su nueva soberanía, y hasta quizás se alegró de hallarse una vez más gobernado por un príncipe de voluntad fuerte y enérgica.

Durante los primeros tiempos de su elevación al trono, Her-hor no abandonó sus funciones sacerdotales. Asumió el título de gran sacerdote de Ammón, que hizo inscribir en uno de sus escudos, al tiempo que en otro grababa el título de «Her-Hor Si-Ammón» ó «Her-hor, hijo de Ammón», siguiendo el ejemplo de antiguos reyes que se llamaban hijos de Ra, de Phthah, de Mentu ó de Horus. Pero más tarde transfirió su título sacerdotal á su hijo mayor Piankh, y sin duda alguna le cedió al mismo tiempo las atribuciones y deberes inherentes á tan elevado cargo. Debía en cierto modo chocar al pueblo que un sacerdote fuese soldado, y Her-hor sentía la ambición de ponerse al frente del ejército para reivindicar los derechos del Egipto sobre la comarca siria. Llámase á sí mismo «conquistador de los Rutenses», lo cual nos hace suponer que fué afortunado en su campaña contra la Siria, aunque ignoramos hasta dónde llevó sus soldados. Los monarcas egipcios no son siempre muy exactos en sus nomenclaturas geográficas, y es fácil que en este caso Her-hor nos hable de los Rutenses designando á sus enemigos, cuando en rigor bien puede sólo referirse á los beduinos que ocupaban el desierto entre el Egipto y la Palestina. El hecho de que las escrituras hebraicas no hablen de esta expedición, nos induce á creer que

Her-hor no llevó á efecto ninguna conquista permanente, ni siquiera en la Palestina.

Piankh, hijo de Her-hor, que por renuncia de su padre le había sucedido en el cargo de gran sacerdote de Ammón, no le sucedió en el trono: es más, parece que murió antes que el monarca. Á la muerte de Her-hor, pasó el trono á su nieto Pinetem, cuyo reinado, de más de veinticinco años, fué bastante accidentado. Desde luego le disputaron su derecho á la corona algunos descendientes reales de la dinastía ramesida, por lo cual, queriendo tener la consagración del derecho hereditario, contrajo matrimonio con una princesa de sangre regia, cierta Ramaka ó Rakama, cuyo nombre está esculpido en los monumentos. Sin embargo, los pactos con la traición rara vez producen efectos tranquilizadores, y la transacción de Pinetem con las ideas que servían de bandera á sus enemigos, sólo contribuyó á exasperarles y á que se fortificaran en sus propósitos. El foco de la conspiración pasó desde el Oasis á Tebas, ciudad desafecta á la nueva dinastía, porque Pinetem la había destituido del rango de capital, trasladando ésta á Tanis en el Delta, donde había nacido su abuelo Her-hor. Tan sombrío aspecto tomaron los asuntos, que el rey juzgó prudente enviar á su hijo Ramenkhepr ó Men-khepr-ra, entonces gran sacerdote del templo de Ammón, desde Tanis á Tebas, para que pudiera enterarse de los planes combinados por los conspiradores, y ver si podía reducirlos á su favor, ó aniquilarlos. Singular papel hubo de desempeñar el sacerdote de Ammón. De ordinario vivía alejado de Tebas y de los deberes de su cargo; pero entonces visitó la ciudad como comisario regio, con plenos poderes discrecionales para castigar ó perdonar á los

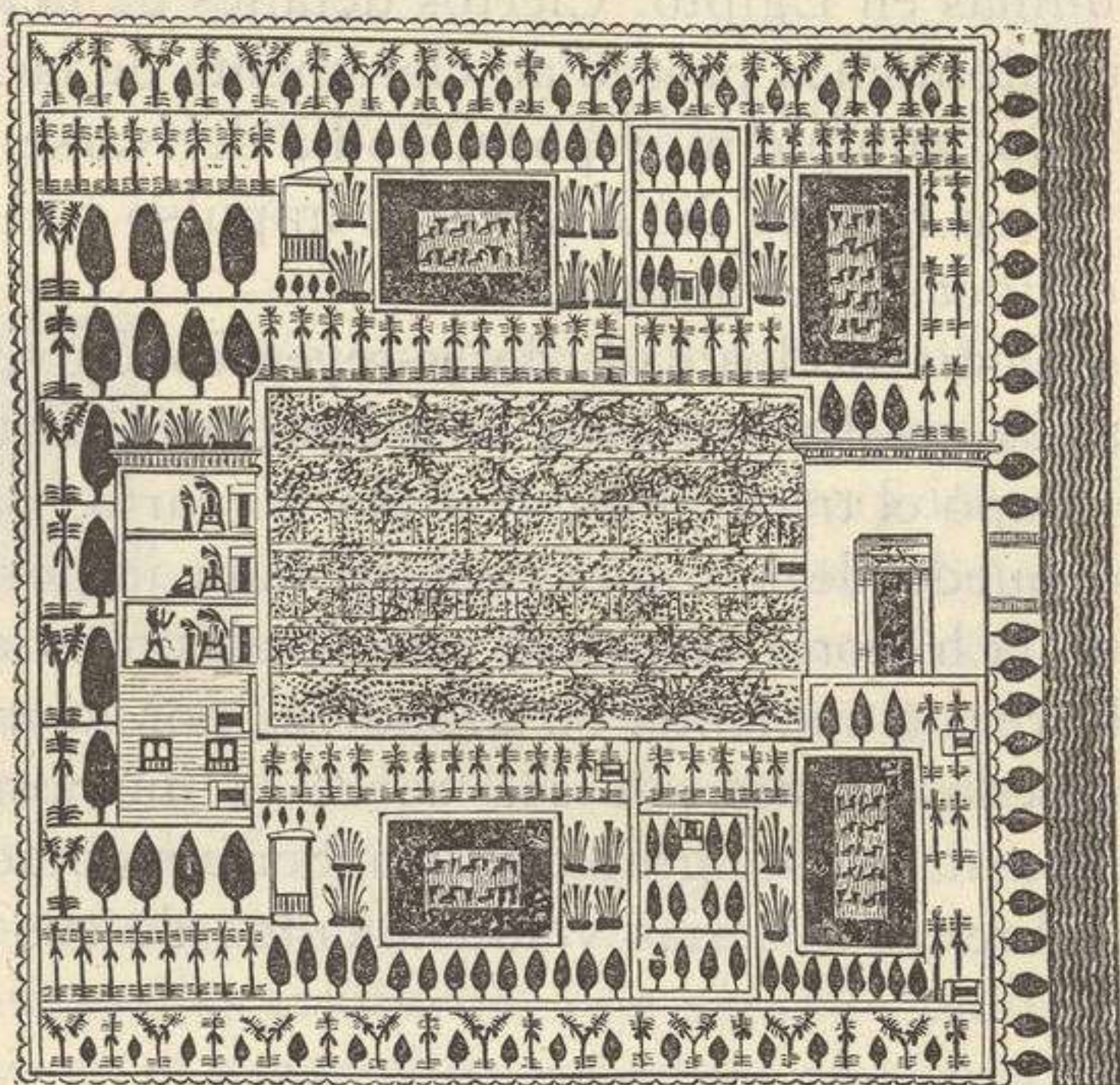
rebeldes. Sus conciudadanos le eran hostiles en su gran mayoría, pero tal era el terror causado por el nombre del rey, que no le ofrecieron resistencia alguna, y le dejaron entera libertad para apoderarse de los cabezas de motin y ejecutarlos en el acto, mientras que á los menos culpables les concedía amplio perdón. Habiendo finalmente hecho desaparecer á las personas que juzgó más peligrosas, concedió una amplia amnistia á todos los complicados en la conspiración, permitiendo hasta que volvieran á Tebas sin ser molestados los que habían huido refugiándose en el Oasis.

Poco tiempo después Men-khepr-ra subió al trono. Se casó con una princesa, Hesi-em-kheb, que se supone era descendiente de Seti I, dando de esta manera un nuevo título de legitimidad á la dinastia de los sacerdotes-reyes. Levantó varios edificios públicos en la ciudad de Kheb, lugar nativo de su esposa; siendo éste el único hecho que se conoce de su reinado. En general, los sacerdotes-reyes no fueron más activos y emprendedores que los Ramesidas de la vigésima dinastia. Se contentaron con gobernar el Egipto en paz gozando las delicias del mando, sin fatigarse con la construcción de grandes edificios ó la realización de expediciones militares. Si cuando un pueblo no tiene historia es feliz, debemos suponer que el Egipto prosperó bajo su régimen: pero el historiador se verá apurado al juzgar un período, si carece de materiales para conocerlo y apreciarlo.

Esta inacción del Egipto favoreció el desarrollo y la expansión de otros reinos é Imperios. Hacia el final del período ramesida la Siria había aumentado considerablemente su poder, y extendido su autoridad

más allá del Éufrates hasta el Mediterráneo. Luego, por razones que aun permanecen en la oscuridad, declinó este poder, al tiempo que la Asiria, abandonada á sí misma, se constituía sólida y rápidamente. En la segunda mitad del siglo undécimo, probablemente durante el reinado de Men-khepr-ra en Egipto, David empezó la serie de conquistas que debían servirle para formar gradualmente un Imperio, fundiendo en una sola todas las comarcas y tribus existentes entre el río egipcio (Wady-el-Arish) y el Éufrates. Egipto no intentó oponerse á su acción, y Asiria, después de una derrota (I *Cron.* XIX, 16-19), se retiró de la lucha. El Imperio de David fué heredado por Salomón (I *Reyes*, IV, 21-24); y su situación era de tal naturaleza que le puso en contacto con los grandes estados limítrofes á sus fronteras, y entre ellos con el Egipto. Establecióse activo comercio entre sus súbditos y los Egipcios, especialmente en caballos y carros (*Id.*, X, 28-29); y debieron existir relaciones diplomáticas entre las cortes de Tanis y Jerusalén. Es algo incierto el nombre del príncipe egipcio que entonces ocupaba el trono; pero los egiptólogos fijan en esta época el reinado de Pinetem II, segundo sucesor de Men-khepr-ra y penúltimo monarca de su dinastía. Una embajada del soberano hebreo fué al parecer bien recibida por este príncipe; y poco tiempo después de su elevación al trono (I *Reyes*, III, 1) Salomón tomó por mujer á su hija, princesa egipcia, recibiendo con ella en dote la ciudad y territorio de Gezer, que recientemente Pinetem había conquistado á sus libres habitantes cananeos (*Id.*, IX, 16). Este nuevo lazo tuvo sus ventajas y sus inconvenientes. La excesiva poligamia que había dominado á los monarcas egipcios ya desde el tiempo

de Ramsés II, se extendió naturalmente por Judea, y «el rey Salomón amó á muchas mujeres extranjeras, además de la hija del Faraón, y mujeres de los Moabitas, Ammonitas, Edomitas, Sidonios é Hittitas... Tuvo 700 mujeres princesas y 300 concubinas, y sus mujeres corrompieron su corazón» (*Id.*, XI, I, 3). Esto sin embargo había favorecido el comercio y desarrollado el arte con la introducción de escul-



ANTIGUA REPRESENTACIÓN EGIPCIA DE UN JARDÍN

tores y arquitectos egipcios. El carácter de vigor arquitectónico que distingue el reinado de Salomón del de todos los demás reyes hebreos, es sin duda alguna directa consecuencia de las ideas llevadas á Jerusalén desde la capital de los Faraones. El plan del templo con su patio abierto, al frente su pórtico, su santuario, el sagrario y adjuntas habitaciones, fué modelado según los planos egipcios. Los dos

pilares, Jachin y Boaz, que se alzaban frente al pórtico, ocupaban el lugar de los obeliscos gemelos que nunca dejan de verse enfrente de la principal entrada de todo templo egipcio bien concluido. Los leones en las gradas del regio trono (*Id.*, X, 20) eran los mismos que en Egipto sostenían ambos lados del trono del monarca; y «la casa del bosque de Libano» era sólo una copia del efecto que producían las salas de columnas en Egipto. Ciertos detalles de la arquitectura salomónica procedían claramente de la Fenicia; y algo, aunque muy poco, podía derivarse de la Asiria; pero Egipto dió á la vez el impulso y el conjunto de ideas y de formas.

La dinastía de los sacerdotes-reyes concluye con Hor-pa-seb-en-sha, sucesor de Pinetem II. Esta dinastía ocupó el trono durante siglo y cuarto, y si de ella no puede decirse que desempeñara importante papel en la historia egipcia ó que de alguna manera contribuyera á aumentar su grandeza, por lo menos no merece la censura que cae sobre la memoria de otras dinastías distinguidas por haber cimentado su gloria sobre las miserias y sufrimientos de sus súbditos.

## XIX

### SHISHAK Y SU DINASTÍA

**L**A vigésimasegunda dinastía subió al poder por causas análogas á las que motivaron la elevación de la vigésimaprimerá. La revolución que dió margen á estas exaltaciones, debióse á la debilidad de la casa real, que había rápidamente perdido su antiguo vigor, y se sentía impotente para resistir el primer ataque de un agresor audaz. Acaso debiera extrañarnos el largo tiempo que gobernaron las dinastías egipcias, ya que en todas ellas se observa una rápida decadencia, lo mismo en el desarrollo intelectual que en el físico de los soberanos; y en este caso poca fuerza y audacia se necesitaban para derribarlas de su pedestal. Shishak era un empleado originario de familia semita, de antiguo establecida en Egipto, que tenía la residencia en Bubastes. Podemos suponer que por las venas de esta familia corría sangre noble, y si se quiere real, y que descendía de las dinastías que habían gobernado en Ninive ó Babilonia. Esta ascendencia es posible aunque no probable, ya que, modestamente, llegó á Egipto la familia Shishak, y su mismo nom-

bre, aunque de origen semita, no es en absoluto ni babilónico ni asirio. Sería cómodo adoptar las peregrinas ideas de algunos escritores, que barajando media docena de nombres reconstruyen la conquista asiria del Egipto y el establecimiento en el trono de los Faraones de una rama derivada de alguna de las regias dinastías mesopotámicas; pero los hechos son inflexibles y la imaginación no debe alterarlos á medida de su deseo. Es necesario establecer dos hechos ciertos: 1.º ninguno de los nombres dinásticos egipcios puede confundirse con los que estaban en uso en Asiria ó Babilonia; 2.º ninguno de estos dos países se hallaba entonces en situación de acometer, ni siquiera de proyectar, lejanas expediciones. Babilonia no logró hallarse en tal situación hasta la época de Nabopolasar; Asiria la alcanzó entre los años 1150 y 1100 antes de J. C., pero la había perdido y no la recobró hasta el 890 antes de J. C. Además el Imperio de Salomón interceptaba el camino del Egipto á los dos Imperios, y habría sido necesario destruirle, para que uno de los grandes Estados mesopotámicos hubiese podido enviar sus ejércitos á la tierra de los Faraones.

Los que estudien la historia sin ideas preconcebidas deben sólo considerar á Shishak (Sheshonk) como individuo de una familia de extranjero origen, establecida en Egipto desde antigua fecha; que había alcanzado grandes empleos, bajo los sacerdotes-reyes de la dinastía de Her-hor, conservando sus especiales relaciones con Bubastes, lugar donde desde el principio había fijado su residencia. El abuelo de Sheshonk, que llevaba el mismo nombre, tuvo el honor de enlazarse en matrimonio con la casa real, habiendo tomado por mujer á Meht-en-hont, princesa de sangre cuyo exacto parentesco nos es desconocido.



Su padre Namrut, desempeñó un elevado cargo militar, habiendo sido general de los mercenarios libios, que en aquella época eran el principal contingente del ejército egipcio. Procedente de tal origen el mismo Sheshonk, hallóse naturalmente entre los más altos empleados de la corte. La vez primera que oímos hablar de él se le llama «Su Alteza», y recibe el título de «Príncipe de los Príncipes», el cual es de suponer que significaba que era el primero entre los muchos jefes mercenarios que abundaban entonces en el país. Teniendo esta posición inmediatamente inferior á la ocupada por el monarca, cuando su hijo pidió la mano de una princesa hija del monarca reinante, nadie pudo decir que se infringiera la etiqueta ó que se alimentasen ambiciones excesivas. En su consecuencia se realizó la boda, y Sheshonk tuvo desde entonces una doble alianza con la casa real, por medio de su nuera y de su abuela. Y cuando á la muerte de Hor-pa-seb-en-sha asumió el título y las funciones de rey, no encontró ninguna resistencia, pareciendo que la corona sólo pasaba de un miembro á otro de la real familia.

En monarquías como la egipcia debía ser fácil á individuos ambiciosos y de cierta posición social apoderarse del trono; lo difícil era mantenerse en él. Si el pueblo no reconoce en el usurpador grandes condiciones de actividad, energía y fuerza, su autoridad será pronto disputada y hasta desconocida; á él toca dar muestra clara de su poder y firmeza de carácter ó de su política prudente y previsora, para contener á los rivales que quisieran atentar contra su autoridad. Sheshonk reveló muy pronto que á la vez poseía prudencia y amplitud de miras, con el trato que le mereció un desterrado, que poco tiempo después

de su elevación al trono, fué á su corte en busca de refugio. Era este Jeroboam, uno de los empleados superiores del vecino reino de Israel, á quien Salomón, el gran monarca israelita, miraba con hostilidad y recelo, á causa de haber revelado un profeta que en tiempos futuros sería el rey de diez de las doce tribus. Para recibir á Jeroboam favorablemente, era preciso ofender á Salomón, alterar así la política de la precedente dinastía, y abrir el camino para una ruptura con el Estado que en aquellos tiempos era el más poderoso de los vecinos del Egipto. Á pesar de ello, Sheshonk dispensó una cordial acogida á Jeroboam; y el mismo favor que éste recibiera en la corte egipcia sirvió para animar á los descontentos entre los Israelitas, y probó que tiempos vendrían en que una acción más atrevida, secundaría sus proyectos de alcanzar el poder supremo. Ofrecióse la oportunidad á la muerte de Salomón. Jeroboam pudo desde luego volver á Palestina y fomentar el descontento que debía terminar con la separación. Sin duda alguna los dos reyes habían combinado sus planes. Jeroboam debía, en primer lugar, ver cuánto podía hacer por sí mismo, y luego, si sobrevenían dificultades, apelar al auxilio de su poderoso aliado; pues si el monarca egipcio se hubiese presentado desde el primer momento, sin duda alguna habría despertado en contra suya el sentimiento patriótico de los Hebreos. Sheshonk esperó hasta que Jeroboam pudo en cierto modo establecer su reino, consagrar una nueva religión infiltrando en los Hebreos ideas egipcias, y poner á prueba el afecto ú hostilidad que las varias clases de sus súbditos podían tener hacia su gobierno. Entonces marchó en su auxilio. Llevando una fuerza de 1.200 carros, 60.000 (¿6.000?) caballos

y peones «sin número» (II *Cron.*, XII, 3), especialmente reclutados entre los mercenarios libios y etíopes que formaban el núcleo del ejército egipcio, se dirigió hacia Tierra Santa, y entró en ella «en tres columnas» esparciendo sus tropas por toda la comarca meridional. Rehoboam, hijo y sucesor de Salomón adoptó todas las posibles precauciones para hacer frente al ataque. Había ya supuesto que éste tendría efecto, desde el momento de la vuelta de Jeroboam, y en consecuencia dispuso la guarda de los principales caminos que conducían á su país, desde la región del Sur, fortificando entre otras ciudades las de Shoco, Adullam, Azekah, Gath, Mareshah, Ziph, Tekoa y Hebron (II *Cron.*, XI, 6-10). Pero el empuje de la hueste de Sheshonk fué irresistible. Los Hebreos no habían visto nunca en batalla las fuerzas de su poderoso vecino meridional; nunca se habían batido con fuertes masas de tropas regulares, tan bien armadas como disciplinadas, y compuestas de soldados de profesión. Las levadas judaicas dieron una milicia ruda é ignorante, poco acostumbrada á la guerra, ni siquiera al uso de las armas, después de cuarenta años de paz «en que cada hombre había vivido tranquilamente bajo la sombra de sus palmeras y sus parras» (I *Reyes*, IV, 25). Debieron temblar á la vista de los carros, la caballería y los disciplinados infantes egipcios. No parece, pues, probable que librarán siquiera una batalla ni ofrecieran ninguna resistencia regular y organizada. Cuando la hueste de Sheshonk avanzó por los principales caminos que conducían á la capital judaica, las ciudades que con tanto cuidado fortificara Rehoboam, ó franquearon libremente sus puertas, ó se rindieron después de breve sitio (II *Cron.*, XII, 4). La marcha

de Sheshonk siguió en triunfal progreso, y en espacio de tiempo increíble por lo breve, apareció ante Jerusalén, en donde Rehoboam y «los príncipes de Judá», esperaban temblando su llegada. El hijo de Salomón rindióse á discreción; y el conquistador egipcio entró en la Ciudad Sagrada, apoderóse de los más valiosos tesoros del templo, incluso los escudos de oro que Salomón había mandado hacer para su guardia personal, y robó el regio palacio (II *Cron.*, XII, 9). No se cree que la ciudad fuese saqueada, ni tampoco que se pasaran sus habitantes á degüello. Aceptóse la sumisión de Rehoboam, y se le mantuvo en el trono, aunque hubo de declararse «servidor» de Sheshonk (II *Cron.*, XII, 8); es decir, que tuvo que aceptar la posición de príncipe tributario, debiendo lealtad y obediencia al monarca egipcio.

Hasta aquí sólo se había realizado la primera parte de la expedición de Sheshonk. Según reza la larga inscripción que hizo grabar á su vuelta al Egipto, después de haber sometido la Judea, adelantó con su ejército hasta el reino de Israel, en donde conquistó un número de ciudades que enumera minuciosamente. Los Levitas del reino oriental habían desaprobado desde un principio los cambios religiosos hechos por Jeroboam; y las ciudades levíticas dentro de sus dominios eran mal miradas por el monarca israelita, que veía en ellas focos de rebelión. No se atrevió á atacarlas directamente por temor de encender la guerra civil dentro de sus mismas fronteras; pero teniendo ahora un ejército egipcio á su disposición, dispuso de los extranjeros como instrumento para librarse de un peligro, y ejecutar á la vez su venganza contra los que consideraba como traidores. Así incitó ó animó á Sheshonk para atacar y rendir las

ciudades levíticas de Rehob, Gibeón, Mahanaim, Beth-horon, Kedemoth, Bileam ó Ibleam, Alemoth, Taanach, Golan y Anem, saqueándolas y llevándose sus habitantes como esclavos: al mismo tiempo que le persuadió á reducir cierto número de ciudades cananeas, que no prestaban á Jeroboam obediencia de buen grado. Podemos señalar la marcha de Sheshonk por Megiddo, Taanach y Shumen á Beth-shan y de allí á través del Jordán á Mahanaim y Aroer; desde donde habiendo cumplido los deseos de su vasallo Jeroboam, se dirigió á hacer la guerra por propia cuenta á las tribus árabes del otro lado del Israel trasjordánico, subyugando á los Temanitas, á los Edomitas y á varias tribus de los Agarenos. Así estableció su Imperio desde las fronteras del Egipto hasta Galilea, y desde el mar Mediterráneo hasta el gran desierto de Siria.

Al volver al Egipto desde el Asia con sus prisioneros y sus tesoros, parecióle al victorioso monarca que en justicia podía seguir el ejemplo dado por los antiguos Faraones, que, habiendo dirigido expediciones á la Palestina y á la Siria, conmemoraban sus hazañas por medio de grandes esculturas. Quiso impresionar á la masa del pueblo con el recuerdo de sus méritos, y hacer que se le igualara con los Thothmes y los Amenhoteps de las antiguas edades. En el muro exterior de la parte meridional del gran templo de Karnak hizo representar dos veces su imagen, una teniendo por el cabello 38 asiáticos cautivos cuyas ca-

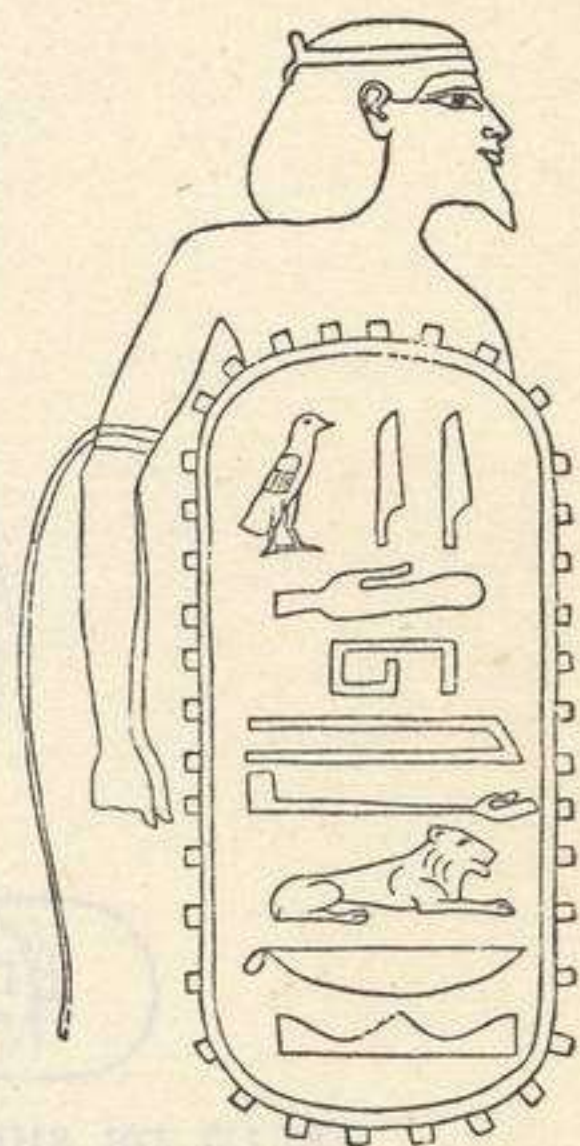
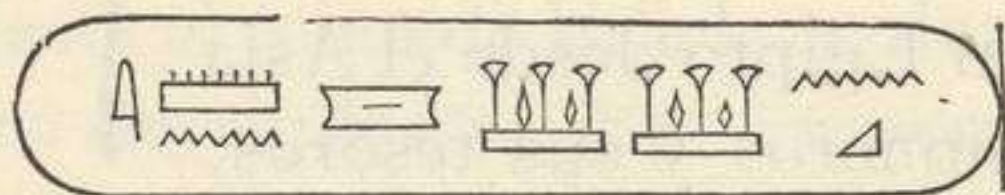


FIGURA RECORDANDO  
LA CONQUISTA DE JUDEA  
POR SHISHAK

bezas se dispone á herir levantando su maza de guerra, y otra conduciendo cautivas 133 ciudades ó tribus, cada una de ellas especificada por el nombre y personificada por una incompleta forma individual. Entre estas representaciones existe una acompañada de la inscripción «Yuteb. Malek» que puede considerarse como simbolo del cautivo reino de Judea.



EL REY SHESHONK  
según Champollion.



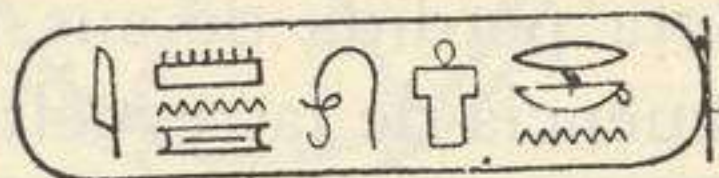
SELLO DE SHESHONK, EN CARACTERES JEROGLÍFICOS  
(Del templo de Karnak.)

Así, después de un reposo que duró cerca de siglo y medio, el Egipto aparece otra vez en el Asia occidental como poder conquistador deseoso de establecer un Imperio. El edificio político levantado con tanta dificultad por David y cuidado con tanta solicitud por Salomón, se ha visto conmovido en sus cimientos por la rebeldía de Jeroboam, y ha sido deshecho sin esperanza de reconstrucción por Shishak. Ya nunca más el hermoso edificio de un Imperio israelita se le-

vantará ante los ojos de los hombres; nunca más será Jerusalén la capital de un Estado tan extenso como Asiria ó Babilonia y tan poblado como el Egipto. Después de setenta años de unión, se separa la Siria; cesa la unidad alcanzada por el poder guerrero de David y la inteligencia de Salomón; las mal asimiladas regiones se dividen; y otra vez la ancha y fértil llanura que se extiende entre Asiria y Egipto se fracciona



OSORKÓN



EL NOMBRE DE OSORKÓN EN CARACTERES JEROGLÍFICOS

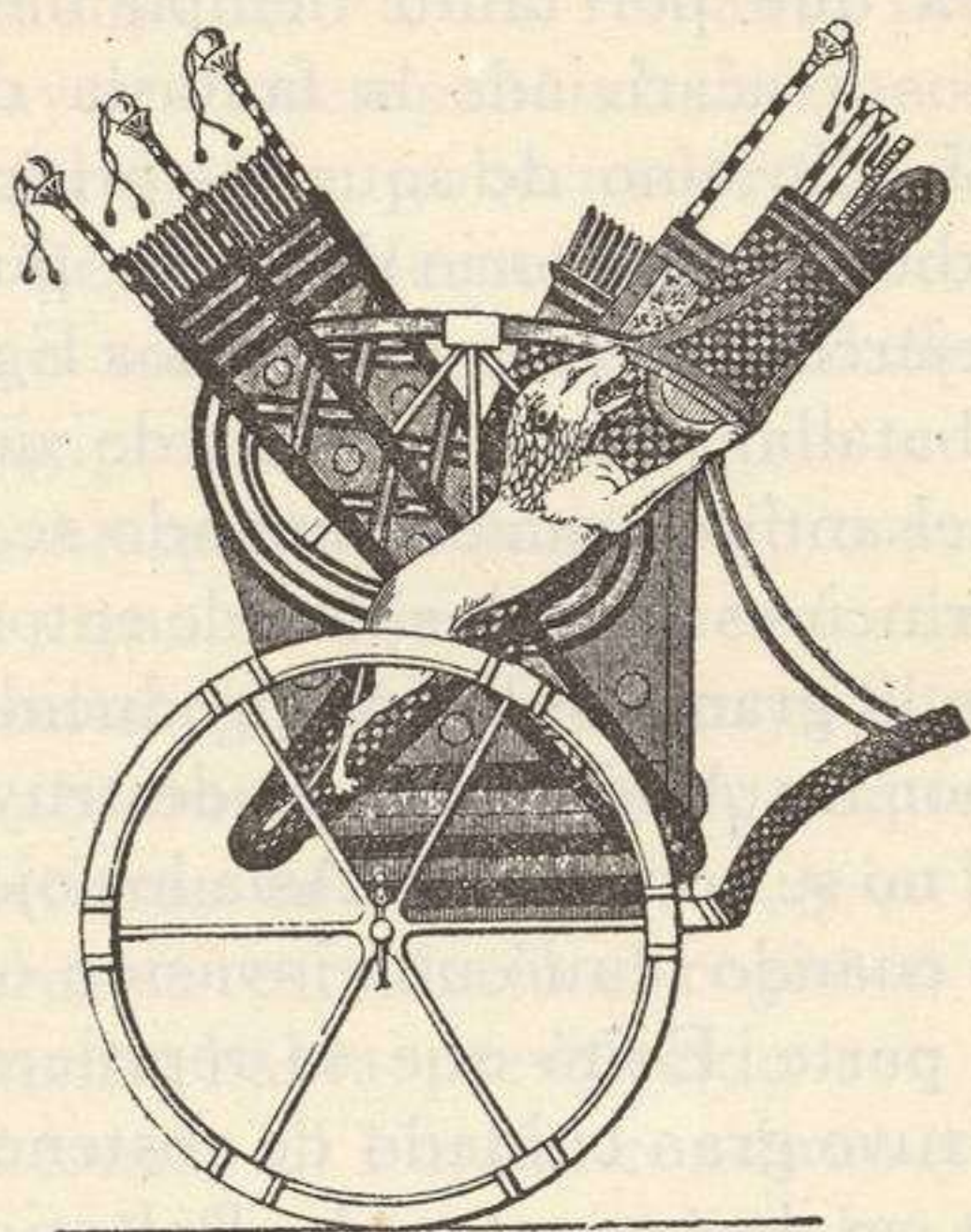
en multitud de pequeños Estados, cuya debilidad parece tentar la codicia de los conquistadores.

Sheshonk no vivió muchos años para disfrutar la gloria y el honor de sus conquistas asiáticas. Murió después de haber reinado veintiuno, dejando la corona á su segundo hijo, Osorkón, casado con la princesa Keramat, hija del predecesor de Sheshonk. La dinastía así fundada continuó ocupando el trono del Egipto por espacio de dos siglos, pero no pro-

dujo otro monarca digno de especial mención. El dominio asiático que Sheshonk había fundado, pudo mantenerse durante unos treinta años, en los reinados de Osorkón I, hijo de Sheshonk, y Takekut I, su nieto; pero en el reinado de Osorkón II, hijo de Takekut, el entonces monarca judaico, Asa, nieto de Rehoboam, sacudió el yugo egipcio y restableció la independencia del pueblo judío, previniéndose contra todo ataque con la fortificación de las ciudades que Sheshonk había desmantelado, y «levantando en ellas muros, torres, puertas y barreras» (II *Cron.* XIV, 7). Al mismo tiempo puso sobre las armas á todos los varones del reino, formando un ejército que según el historiador judío llegó á contar 580.000 hombres. La «tribu de Judá» llevaba lanzas y pequeños escudos redondos; la «tribu de Benjamín» tenía escudos de mayor tamaño y usaba hondas (*Id.*, v. 8). «Todos, dice el historiador, eran hombres de gran valor.» No era de suponer que el Egipto recibiera tranquilamente la ofensa, ó se sometiera á la completa pérdida de sus dominios asiáticos, como consecuencia de la revuelta de Judea, sin hacer algún esfuerzo para conservarlos. Osorkón II, ó quien fuera rey en aquel momento, se dispuso para la lucha. Si el éxito de la contienda hubiera de fiarse á las masas, Egipto podía estar seguro de llevar gran ventaja; pues tomó á sueldo el mayor número de mercenarios que pudo encontrar, y que subió á «un millar de miles» (*Id.*, v. 9), formado con Cushitas ó Etiopes, gentes de Lubim (*Id.*, XVI, 8) é indígenas de la costa septentrional africana. Con ellos envióse una fuerza de 300 carros de guerra probablemente egipcios, y toda la hueste se puso bajo el mando de un general etiope llamado Zerah. Salió del Egipto



este ejército confiado en la victoria, avanzando hasta Mareshah en la Judea meridional, donde tropezó con el intrépido rey judaico. No conocemos la fuerza que éste tenía bajo sus órdenes, pero en todo caso su número no podía ser considerable. Asa recurrió á las plegarias, y con palabras que en tiempos posteriores debía repetir el gran Macabeo (*I Mac.* III, 18-19), pidió á Jehová ayuda contra la turba egipcia. Entonces



CARRO DE GUERRA DEL ANTIGUO EGIPTO

los dos ejércitos se aprestaron á la batalla, y á pesar de su diferencia numérica Zerah fué derrotado. «Los Etiopes y los Lubim que formaban densa masa con sus carros y jinetes (*II Cron.*, XVI, 8), huyeron ante Judá, fueron destrozados de manera que no pudieron rehacerse, y cayeron aniquilados ante Jehová y su hueste (*Id.*, XIV, 13). Las tropas judías persiguieron á los vencidos hasta Gerar, destrozándoles con grandes pérdidas, tomando su campo y apoderándose de

rico botín. No sabemos lo que le ocurrió á Zerah. Acaso pereció en la batalla; acaso llevó á su soberano la noticia de su propia derrota, y pudo prevenirle de la imposibilidad de dirigir nuevos ataques contra un pueblo que con tanto valor defendía su independencia.

La victoria de Asa tuvo por principal efecto concluir durante tres siglos con los sueños de ocupación asiática que por tanto tiempo habían flotado ante los ojos y acariciado la fantasía de los reyes egipcios. Si sólo uno de aquellos príncipes que se habían dividido el territorio de Siria, pudo vencer y destruir al ejército mayor reunido por Egipto en los campos de batalla, ¿qué esperanza de victoria podía abrigar aquel antiguo pueblo, cuando se batiera contra 20 ó 30 príncipes reunidos? Desde entonces y hasta el tiempo de la gran revolución producida en el Asia occidental por los Aledos cuando destruyeron el Imperio asirio, no se volvieron al Asia los ojos del Egipto, más que cuando temió una invasión ó un peligro por aquella parte. Evitó que se repitiera la derrota de Zerah, y tuvo gran cuidado de abstenerse de toda intervención en los asuntos de Palestina, cuando para ello no era invitado. Al contrario, vió desde entonces en los dos reinos israelitas su seguro baluarte contra las invasiones orientales, y por ello erigió en principio de su política el sostenerlos contra las agresiones asirias. Si no pudo ayudarles de una manera directa y efectiva, no fué por falta de buen deseo. Egipto no era ya el poderoso apoyo de otros tiempos, pues su fuerza era marcadamente inferior á la del gran Estado mesopotámico.

La dinastía de Sheshonk declina rápidamente desde la época de Osorkón II. Favorecióse de un modo

escandaloso la fortuna de los príncipes de la real casa, repartiéndoles destinos por todo el reino, y esta conducta esparció en breve tiempo la inmoralidad por el país. «Con objeto de evitar usurpaciones parecidas á las de los grandes sacerdotes de Ammón», dice el señor Maspero, «Sheshonk y sus descendientes tomaron por línea de conducta confiar todos los cargos de importancia, civiles ó militares, á príncipes de la familia real. Un hijo del Faraón reinante, probablemente su hijo mayor, desempeñó el destino de gran sacerdote de Ammón y gobernador de Tebas; otro mandaba en Sessoun (Hermópolis), otro en Hakhensu, y otros en todas las grandes ciudades del Delta y del Alto Egipto. Cada uno de ellos tenía á sus órdenes varios cuerpos de soldados libicos, de Matsiou y Mashuash, que en aquella época formaban el núcleo del ejército egipcio, y con cuya fidelidad podía contarse en absoluto. Con el tiempo aquellos gobiernos se convirtieron en hereditarios, y en beneficio de sus poseedores se restableció el régimen feudal, que ya antiguamente había prevalecido con los jefes de nomos ó cantones. El Faraón continuó residiendo en Memphis ó en Bubastes para cobrar los tributos, dirigir en lo posible la administración central, y presidir grandes ceremonias religiosas como la coronación ó el entierro de un buey Apis; pero, en rigor, el Egipto se encontró dividido en gran número de principados, algunos de los cuales sólo comprendían pocas ciudades, mientras que otros se extendían á varios cantones. Después de algún tiempo los jefes de estos principados se atrevieron á desconocer la soberanía del Faraón, y fiando en la fuerza de sus bandas de mercenarios libicos, usurparon no solamente las funciones del soberano, sino hasta el mismo título

de rey, mientras que la dinastía legítima, encerrada en un rincón del Delta, con dificultad podía conservar un resto de su antigua autoridad.»

Á esta división debían naturalmente seguir querellas y disturbios. En el reinado de Takelut II, nieto de Osorkón II, estallaron serios desórdenes en el Norte y en el Sur. El hijo mayor de Takelut, Osorkón, que era gran sacerdote de Ammón y desempeñaba el gobierno de Tebas y otras provincias del Sur, sólo pudo mantener la integridad del reino por medio de continuas guerras civiles. Los disturbios fueron tomando un carácter mucho más serio en tiempo de sus sucesores Sheshonk III, Pamai y Sheshonk IV. Dinastías rivales se establecieron en Tebas, Tanis, Memphis y otras partes. La Etiopía fué aumentando su poder á medida que decrecía el del Egipto, y desde entonces amenazó con alcanzar preponderante influencia sobre todo el valle del Nilo. Mas los príncipes egipcios estaban muy divididos para poder darse exacta cuenta del peligro que les amenazaba. Desarrollóse una verdadera epidemia de descentralización; y hacia la mitad del siglo VIII, en el mismo instante en que la Asiria juntaba y fundía en un solo Estado las diversas tribus y naciones del Asia occidental, por tantos años divididas, el Egipto se suicidaba dividiéndose en más de 20 distintos gobiernos.

Tal estado de cosas necesariamente debía ser fatal á la literatura y al arte. Se ha dicho del arte que cuando declina desaparece. Después de Sheshonk I ningún monarca deja un edificio ó una escultura de la menor importancia; los mismos sepulcros son sencillos y reproducen tradicionales formas; sin embargo, reflejan el antiguo espíritu. Cada Apis tiene su sepul-

cro tallado en la roca viva del Serapeo memphita, y su sarcófago de piedra formado de una sola pieza. Una estela recuerda además su memoria en largas inscripciones; pero estas estelas son rudas fórmulas desprovistas de todo gusto artístico; las tumbas, reproducciones de modelos antiguos, y las inscripciones lo más monótono y prosaico que puede imaginarse. He aquí el modelo de una de ellas: «En el año segundo, mes de Mechir, primer día del mes, bajo el reinado del monarca Pimai, el dios Apis fué conducido al eterno descanso en la esplendente región occidental, dejándole en el sepulcro situado en la perpetua casa de su eterna morada. Nació el año 28, en tiempo del difunto rey Sheshonk III. Extendióse su gloria por todos los lugares del Egipto. Fué hallado después de algunos meses en las ciudades de Hashed-abot. Se le llevó solemnemente al templo de Phthah junto á su padre el dios memphita Phthah del muro meridional, por el gran sacerdote del templo de Phthah, gran príncipe de los Mashuash, Petise, hijo del gran sacerdote de Memphis y gran príncipe de los Mashuash, Takelut, y de la princesa de raza real Thebast-per, en el año 28, mes de Paophi, primer día del mes. La vida de este dios duró veintiséis años.» Tal es la literatura histórica de la época. El único género que fuera de éste ha llegado hasta nosotros de aquel período, consiste en los llamados «textos mágicos». He aquí una muestra de ellos: «Cuando Horus llora, el agua que cae de su ojos produce plantas que exhalan dulce perfume. Cuando de la nariz de Tifón mana sangre, fecunda plantas que se convierten en cedros y produce trementina en vez de agua. Cuando Shu y Tefnut lloran mucho, el agua que cae de sus ojos se convierte en plantas que producen

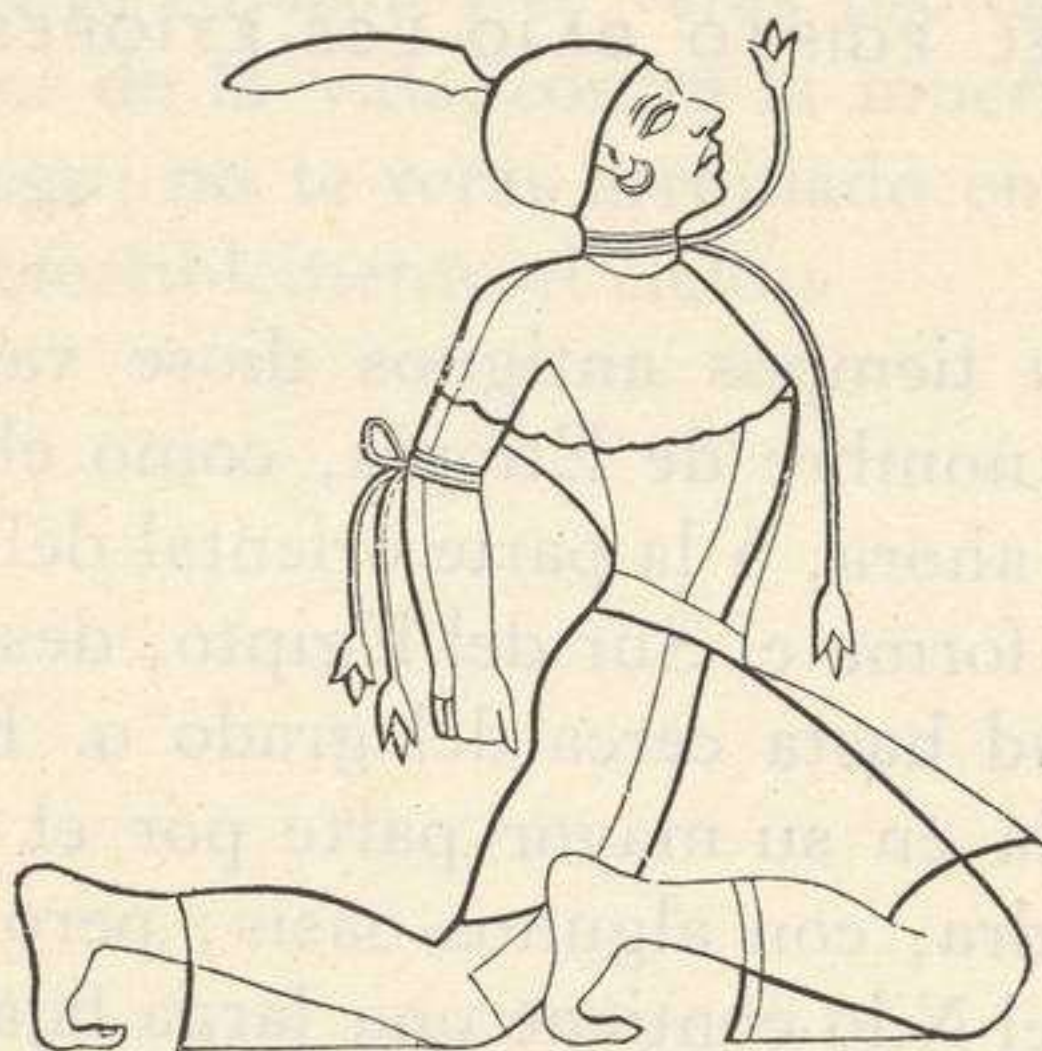
incienso. Cuando el sol llora por segunda vez, el agua que derraman sus ojos se cambia en laboriosas abejas; vuelan sobre flores de varias clases, y producen miel y cera en vez de agua. Cuando el sol se debilita, la transpiración de sus miembros se convierte en líquido.» He aquí otro texto: «Para hacer un compuesto mágico toma dos granos de incienso, dos fumigadores, dos jarras de aceite de cedro, dos jarras de *tas*, dos jarras de vino y dos de espíritu. Aplícalo en el sitio de tu corazón y te verás protegido contra los accidentes de la vida, contra la muerte violenta, contra el fuego; no te verás arruinado en la tierra y ganarás indefectiblemente el cielo.»

## EL EGIPTO BAJO LOS ETÍOPESES



EN tiempos antiguos dióse vagamente el nombre de Etiopia, como el de Sudán ahora, á la parte oriental del África que forma el Sur del Egipto, desde el grado 24 de latitud hasta cerca del grado 9. Esta región está formada en su mayor parte por el desierto de arena ó piedra, con algunos oasis; pero á lo largo del curso del Nilo contiene una larga faja de territorio de mucho valor; y en el Sur y Sudeste del punto en que el Nilo recibe á su afluente el Atbara, se ensancha en extensa y fértil región regada por muchos arroyos, cortada por bosques y montañas, rica en minerales y en muchas producciones vegetales. Jamás en la historia el conjunto de aquella vasta extensión de tierra, de 1.000 millas de longitud por 800 ó 900 de anchura, formó un solo Estado ó monarquía. Al contrario la mayor parte del tiempo estuvo dividida en infinito número de Estados, ó mejor dicho de tribus, de pastores algunas de ellas, otras de cazadores ó pescadores, todas celosas guardadoras de su independencia, y frecuentemente en guerra unas con

otras. Entre aquellas diversas tribus existia cierta comunidad de raza, semejanza en el tipo fisico, y alguna analogia de lengua. Sus vecinos los Egipcios las designaron con un solo nombre, pues hablaron de ellas llamándolas Kashi ó Kushi, término evidentemente parecido al Sush ó Sushi de los Hebreos. Formaban una raza similar á la egipcia, de piel más oscura y facciones más groseras; no eran negros, pero se aproximaban más á los negros que á los Egipcios. Sus



CAUDILLO CUSHITA PRISIONERO DE GUERRA  
según una representación mural egipcia.

mejores representantes en los tiempos modernos son las tribus abisinias indígenas de los Gallas, Wolaïtzas y otras, que probablemente son tan bien descendientes suyos.

La parte de Etiopia más próxima al Egipto ha sufrido la influencia de este país desde los tiempos más remotos. Las guerras con «los miserables Kashi» empezaron ya en la época de Usurtasen I; y Usurtasen III llevó sus ejércitos hasta la segunda catarata, incorporando al Egipto toda la parte septentrional de la Etio-



pia. Los grandes reyes de la décimaoctava dinastía, Thothmes III, Amenhotep II y Amenhotep III avanzaron más hacia el Sur, y el último de estos monarcas erigió un templo á Ammón en Napata, cerca del moderno Gebel Berkal. Los Etiopes de esta región, adoptaron en gran parte la civilización egipcia, dieron culto á los dioses egipcios en santuarios también egipcios, y grabaron inscripciones en caracteres jeroglíficos y en lengua egipcia. Napata y el valle del Nilo que la circunda por el Norte y por el Sur, estaba ya medio sometida á la influencia egipcia, cuando al consolidarse en el Imperio la dinastía de Sheshonk, los descendientes de Her-hor resolvieron abandonar su tierra natal y trasladarse á Etiopia, donde creían recibir franca hospitalidad. Ya entonces estaban unidos probablemente por vínculos matrimoniales con los primeros jefes de Napata; y su carácter sacerdotal debía hacerlos simpáticos á un pueblo especialmente supersticioso. Los «principes de Noph» los recibieron con gran deferencia, concediéndoles altos destinos en el gobierno. Conservando su posición religiosa, pronto se erigieron en monarcas de Etiopia y grandes sacerdotes del templo de Ammón, que Amenhotep III había construido en Napata. Bajo su gobierno, floreció esta ciudad, adornándose con magníficos monumentos arquitectónicos. Se levantaron nuevos templos, en los cuales se combinó la adoración de las divinidades egipcias con el de las deidades etiopes; calles de esfinges adornaron los caminos de los santuarios; se introdujo la práctica de enterrar en pirámides á los individuos de la real familia, y la misma necrópolis de Napata pudo iguarlarse en esplendor á la de la antigua Memphis.

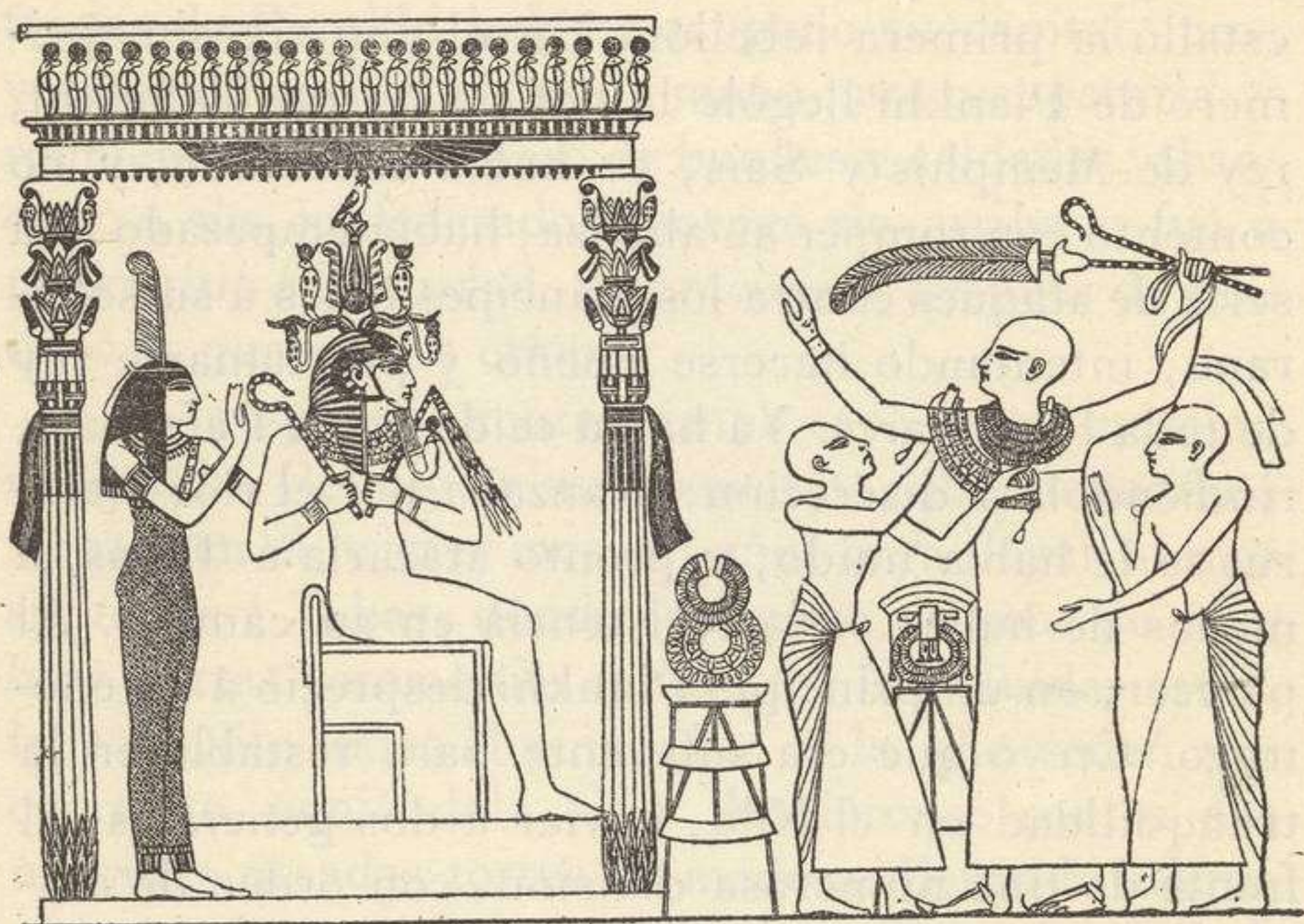
Fué también Napata lugar de mucha riqueza. El



reino de que era capital, llegaba por el Sur hasta el moderno Khartum, y por el Este alcanzaba las grandes alturas de la Abisinia, incluyendo los valles del Atbara y sus tributarios, junto con la mayor parte de la región existente entre el Atbara y el Nilo Azul. Esta comarca era naturalmente muy rica, por contener muchas minas de oro, hierro, cobre y sal, ser abundante en bosques de palmeras, almendros y encinas, y tener abundantes praderas de pastos, y mucha tierra de regadío para sembrar el *doora* y otras clases de granos. Abundaban en el Atbara y sus afluentes varias especies de pescados y excelentes tortugas; y además su situación geográfica era favorable al comercio con las tribus del interior, que enviaban continuamente inmensos surtidos de marfil, pieles y plumas de avestruz.

El primer monarca de Napata, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, fué cierto Piankhi, que tomó el nombre de Mi-Ammón ó Meri-Ammón, es decir, el «querido de Ammón». Créese que era un descendiente de Her-hor, y que empezó á reinar hacia el año 755 antes de J. C. En esta época el Egipto había llegado á la extrema decadencia que antes hemos descrito. Un príncipe llamado Tafnekht, probablemente de origen líbico, gobernaba en el Delta occidental ocupando á Sais y Memphis; Osorkón era rey en el Delta oriental, con su corte establecida en Bubastes; Petesis era rey de Athribis, cerca del vértice del Delta; y un príncipe llamado Aupot ó Shupot gobernaba parte de la misma región. En el Egipto Medio, la comarca inmediatamente superior á Memphis formaba el reino de Pefaabast, con la capital en Sutensenen ó Heracleópolis Magna, y tenía el Fayum bajo su autoridad; mientras que más hacia el Sur,

el valle del Nilo estaba en poder de cierto Namrut, cuyo reino tenía la capital en Sesenu ó Hermópolis. Bek-en-nefi y cierto Sheshonk tuvieron también principados, cuya situación exacta nos es desconocida; y varias ciudades, Maides una de ellas, estaban bajo el gobierno de jefes mercenarios, cuyo número no era menor de 12. Tebas y el Sur del Egipto desde la latitud de Hermópolis habían sido ya absorbidos por



INVESTIDURA DE UN ALTO FUNCIONARIO EGIPCIO

el reino de Napata, y formaban parte del Imperio de Piankhi.

Tal era la situación del reino, cuando Piankhi subió al trono, por lo que desde el primer año hasta el vigésimoprimer año de su reinado (cerca del 755-734 antes de J. C.), fué paulatinamente extendiendo su autoridad sobre los demás soberanos, reduciéndoles á la posición de tributarios ó principes feudales. Ignó-

rarse si para conseguirlo hubo de apelar á la fuerza. Quizás el temor de los Asirios, quienes bajo Tiglathpileser II, hacia los años 745 á 730 antes de J. C., avanzaban por la Siria y la Palestina, contribuyó poderosamente á que aquellos príncipes aceptaran por voluntad propia la protección de Piankhi, en quien mejor debían ver un egipcio que un extranjero. En todo caso no ha llegado hasta nosotros noticia alguna de que se empleara la fuerza, hasta que estalló la primera rebelión. En el año vigésimoprimero de Piankhi llególe la noticia de que Tafnekht, rey de Memphis y Sais, se había sublevado, y no contento con romper su alianza, había empezado una serie de ataques contra los príncipes fieles á su soberano, intentando hacerse dueño y proclamarse rey de toda la comarca. Ya había caído sobre Pafaabast, rindiéndola á discreción: avanzaba por el río; Namrut se le había unido, y pronto atacaría á Tebas, á menos de hallar seria resistencia en su camino. Al parecer, en un principio Piankhi despreció á su enemigo. Creyó que era suficiente para restablecer la tranquilidad en el Nilo, enviar á dos generales, al frente de una numerosa división, con orden de acabar con los sublevados y traer al jefe prisionero á su presencia. La expedición salió de Tebas; en su camino río abajo, encontró la flota enemiga, que derrotó por completo. Los jefes rebeldes, entre los cuales se hallaban Petesis, Osorkón y Aupot, así como Tafnekht, Pefaabast y Namrut, abandonaron á Hermópolis en el Egipto Medio y retrocedieron hasta Sutensenen ó Heracleópolis Magna, donde concentraron sus fuerzas esperando un segundo ataque. Éste no se hizo esperar. Después de poner sitio y ocupar á Hermópolis, la flota y el ejército de Piankhi

bajaron por el río hasta Sutensenen, alcanzaron una segunda victoria naval contra los confederados, y haciendo desembarcar todas las tropas, coronaron su éxito con otra gran victoria en tierra, merced á la cual los rebeldes fueron completamente derrotados y debieron huir al Bajo Egipto ó á las ciudades de la ribera por bajo de Heracleópolis. En este momento ocurrióle extraño suceso al ejército vencedor. Namrut, el monarca hermopolitano, sabedor de que las tropas de Piankhi habían ocupado su capital, proyectó un atrevido golpe de mano para recuperarla, y reuniendo cierto número de buques y soldados, abandonó á sus confederados, navegó río arriba y fué á poner sitio á la ciudad, que recuperó después de rendir á la guarnición etiope.

Este inesperado contratiempo sacó de su inacción á Piankhi. Reunió un nuevo ejército, abandonando á Napata en el primer mes del año, para llegar al mes siguiente á Tebas, donde se detuvo deseoso de celebrar ciertas ceremonias religiosas. Concluidas éstas, bajó el Nilo hasta Hermópolis, á la que rodeó por completo poniéndola sitio. Moviéronse contra sus murallas pesadas torres de madera, llevando máquinas para lanzar piedras y dardos contra la ciudad: los defensores de ésta sufrieron terriblemente, y al poco tiempo tomaron la resolución de rendirse. Namrut hizo la paz con su ofendido soberano, por la intercesión de su mujer con las hermanas é hijas de Piankhi, y obtuvo el permiso de ofrecer de nuevo vasallaje al rey en el templo de Thoth, donde se presentó llevando de una mano su caballo de guerra, y empuñando en la otra el sistro, instrumento con el cual sólo debía acercarse á los dioses. Piankhi entró en Hermópolis, inspeccionó el tesoro, los depósitos

y las cuadras, y halló en éstas gran número de caballos medio muertos de hambre por los rigores del sitio. Quizás por este motivo, ó por algún otro, Piankhi trató muy friamente al príncipe hermopolitano, y por algún tiempo no quiso restaurarle en su trono.

Continuando su marcha triunfal hacia el Norte, recibió Piankhi la sumisión de Heracleópolis, capital de Pefaabast, y de otras varias ciudades situadas en ambas orillas del Nilo, apareciendo al poco tiempo ante los muros de Memphis, cuya rendición intimó en el acto. Su demanda no fué escuchada. Tafnekht



PIANKHI RECIBE LA SUMISIÓN DE NAMRUT Y DE OTROS VENCIDOS

había visitado recientemente la ciudad, fortificado sus defensas, aumentado sus provisiones y reforzado su guarnición con 8.000 soldados más, que naturalmente levantaron el ánimo de los habitantes. Éstos resolvieron defenderse hasta el último trance: cerraron las puertas, cubrieron las murallas, y provocaron á Piankhi para que lanzara sus tropas al ataque. «Su majestad se puso furioso como una pantera.» Acometió la ciudad á la vez por mar y por tierra, y tomando personalmente el mando de la flota, bajó por el Nilo hasta atracar sus buques junto á las murallas

y torres de Memphis, lo cual le permitió utilizar los palos y masteleros como escalas para subir á las fortificaciones. En ellas dió muerte á considerable número de sus defensores, pudiendo así forzar la entrada de la ciudad, que no tuvo otro remedio que rendirse. Hizo en ella su entrada triunfal Piankhi, yendo á ofrecer sacrificios al dios Phthah. Varios príncipes, entre los cuales se hallaban Aupot y Merkaneshu, un caudillo de mercenarios, vinieron á ofrecerle su sumisión; pero dos de los principales rebeldes continuaron aún perseverando en su conducta; Tafnekht, el principal cabecilla, y Osorkón rey de Bubastes. Piankhi se dirigió contra el segundo. Avanzó primero hasta Heliópolis, en donde en vez de resistencia sólo halló aclamaciones, ya que pueblo, sacerdotes y soldados se pronunciaron en seguida á su favor. Nada es tan fácil como la sumisión tras la victoria, y el Egipto, como muchos otros países, tuvo asombrosa facilidad para ponerse siempre al lado del vencedor. Las victorias de Piankhi habían ya entonces demostrado á los Egipcios que aquel soberano era un favorito del cielo, su predestinado monarca y señor. En consecuencia, Heliópolis le abrió las puertas aclamándole como «indestructible Horus», le fué permitido bañarse en el sagrado lago dentro del recinto del gran templo, hizo sacrificios á Ra, y entró por los portales de honor hasta el santuario central donde se custodiaban las barcas sagradas de Ra y Tum. Después de esta sumisión, Osorkón creyó inútil seguir haciendo ninguna resistencia: abandonó á Bubastes, y presentándose ante Piankhi se le rindió voluntariamente renovando su vasallaje. Al mismo tiempo Petisis, rey de Athribis, envió su sumisión.

Tafnekht, el primer rebelde, era el único príncipe que quedaba por someter. Después de la pérdida de Memphis había huido refugiándose en una de las islas del Delta, ó quizás en el mar hacia Aradus ó Chipre. Desde allí vió que era inútil continuar la resistencia, y que si quería gobernar algunos de los principados egipcios, debía contentarse con su papel de monarca secundario. En su consecuencia envió también su acta de sumisión y fué restaurado en su antiguo reino. Piankhi volvió por el Nilo á su capital Napata, entre los cánticos y regocijos, reales ó fingidos, de sus súbditos. La relación que él mismo nos dejó de este viaje dice así: «Cuando su majestad subió por el río, tenía el corazón satisfecho; alegres músicas resonaban en ambas riberas. Los habitantes de Occidente y de Oriente entonaron armoniosa música al acercarse su majestad. Y con las notas de su música cantaron: ¡Oh rey victorioso, oh Piankhi, oh rey conquistador! Has venido á castigar el Bajo Egipto: has convertido sus hombres en mujeres. Se alegra el corazón de la madre que tuvo á tal hijo, pues la que te llevó en su seno vive en el valle de la muerte. Sé feliz, vaca que has concebido este toro. Vivirás por siempre en las más remotas edades. Eterna será tu victoria, ¡oh rey amigo de Tebas!»

No duró mucho tiempo este feliz estado de cosas. Piankhi murió poco después de haber vuelto á su capital, sin dejar sucesión: y habiéndose con él extinguido la raza de Her-hor, los Etiopes tuvieron que nombrar rey eligiéndole entre algunos de sus propios nobles. Recayó la elección en cierto Kashta, hombre de poca energía, que permitió que el Egipto sacudiera el yugo de los Etiopes sin hacer ningún esfuerzo para evitarlo. Bek-en-rauf, hijo de Tafnekht, fué el cau-



dillo de aquella afortunada rebelión, pudiendo, según parece, apoderarse del gobierno de todo el Egipto, que conservó durante seis años. Alcanzó cierta fama por su inteligencia y rectitud, pero no pudo mejorar la situación producida por las varias causas que engrandecieron la Etiopia á costa del Egipto. Los términos estaban invertidos, y era ahora más fuerte el Estado que fué antes más débil. Por esta razón, la Etiopia debía afirmar de nuevo su autoridad, y así lo hizo en el séptimo año del reinado de Bek-en-rauf. Shabak, hijo de Kashta, de carácter fundido en mejores moldes que los de su padre, subió al trono etiope, y sin pérdida de tiempo bajó al Egipto desde las altas comarcas de su patria, pudiendo vencer toda resistencia, sitiar y tomar á Sais, hacer prisionero al mismo Bek-en-rauf, y quemarle vivo en castigo de su rebelión. Su fisonomía fiera y sensual explica ó justifica perfectamente esta bárbara ejecución, bien calculada para sembrar el terror en Egipto y asegurar así su absoluta sumisión.

De esta suerte quedó firmemente establecido el gobierno de los Etiopes durante cincuenta años. Shabak fundó una dinastía que los mismos Egipcios admiten como legitima, y que el historiador Manetón señala dándole tres reyes: Sabacos (ó Shabak), Sevechus (ó Shabatok) y Taracus (ó Tehrak) el Tirhakan hebraico. Los monumentos hoy existentes confirman los nombres y el orden de sucesión de estos monarcas. Eran de fibra más dura y grosera que los indígenas egipcios, pero no gobernaron el país con espíritu hostil ni sentimiento extraño. Al contrario, fueron piadosos adoradores de los antiguos dioses del país; reconstruyeron y adornaron los viejos templos, y en vez de gobernar desde

Napata considerando el Egipto como provincia conquistada, residieron permanentemente, ó por lo menos durante largas temporadas, en las capitales egipcias de Memphis y Tebas. Por varias indicaciones se puede suponer que prosiguieron la política de Piankhi, rigiendo el Bajo Egipto por medio de reyes tributarios, que tenían sus cortes en Sais, Tanis y quizás Bubastes: pero vigilaron cuidadosamente á estos príncipes, sin permitir que ninguno de ellos adquiriera peligrosa supremacía.

Conviene notar la singular coincidencia de la extensión del predominio etiope en Egipto, con el desarrollo del poder asirio en el Sudoeste del Asia, que formaba la frontera Norte del mismo Egipto. Por tal causa debieron encontrarse en hostil colisión los dos poderes militares más fuertes del mundo entonces conocido, y pelear sobre el muerto Egipto, exactamente como Aquiles y Héctor lucharon sobre el cadáver de Patroclo. La conquista del Bajo Egipto por Shabak se efectuó en el año 725 ó 724 antes de J. C. Exactamente en aquella época, Shalmaneser IV atacaba las últimas trincheras del reino de Israel, amenazando destruir una de las dos débiles barreras antes interpuestas entre los territorios asirio y egipcio. Invitado por Hoshea, último rey de Israel, Shabak consintió en prestarle ayuda y tomar su reino bajo su protección (II *Reyes*, XVII, 4), sin duda alguna inspirado por la exacta apreciación de sus propios intereses. Pero cuando Samaria fué sitiada (723 antes de J. C.) y ya el peligro fué mayor, tuvo miedo de cumplir sus compromisos. La enérgica resistencia ofrecida por la capital israelita durante más de dos años (II *Reyes*, XVII, 5) no fué secundada por el rey etiope. Hoshea vióse abandonado á sus propios re-

cursos, y en 722 hubo de sucumbir. Su capital fué tomada por asalto, los habitantes cogidos y hechos prisioneros por el conquistador, todo el territorio incluido en el de la Asiria, y las ciudades ocupadas por colonos asirios (*II Reyes*, XVII, 24). Asiria avanzó un paso más hacia el Egipto, con lo cual era evidente que el contacto y la colisión no podían hacerse esperar mucho tiempo.

Ocurrieron en 720 antes de J. C. En este año Sargón, fundador de la última y más grande dinastía asiria, que había sucedido á Shalmaneser IV en 722 antes de J. C., arregló los asuntos de Samaria, tomó á Hamath, y se dirigió contra Philistia, última comarca habitada en el camino que conducía al Egipto. Shabak entonces marchó en auxilio de Hanun, rey de Gaza, con el que había pactado alianza. Las dos huestes enemigas se encontraron en Ropeh, la Raphia de los Griegos, en los mismos confines del desierto.



SELLO DE SHABAK

Sargón mandaba personalmente su ejército: Shabak y Hanún el suyo. Libróse una gran batalla, que por largo tiempo estuvo indecisa, pero al final prevalecieron las fuertes masas, las armas superiores y la mejor disciplina de los Asirios. El Asia probó una vez más que era superior al África: Egipcios y Filisteos huyeron en desorden, Hanún fué hecho prisionero, y Shabak escapó con dificultad. Parece que luego se entablaron algunas negociaciones, firmándose un convenio, que los monarcas asirio y etiope autorizaron con sus sellos. Uno de estos sellos

fué hallado en Ninive por Sir A. Layard, y se encuentra ahora en el Museo Británico.

Poco tiempo después, hacia el año 712 antes de J. C., murió Shabak, sucediéndole en el Egipto su hijo Shabatok, y en Etiopia cierto Tehrak que parece ser su sobrino. Tehrak ejerció su autoridad



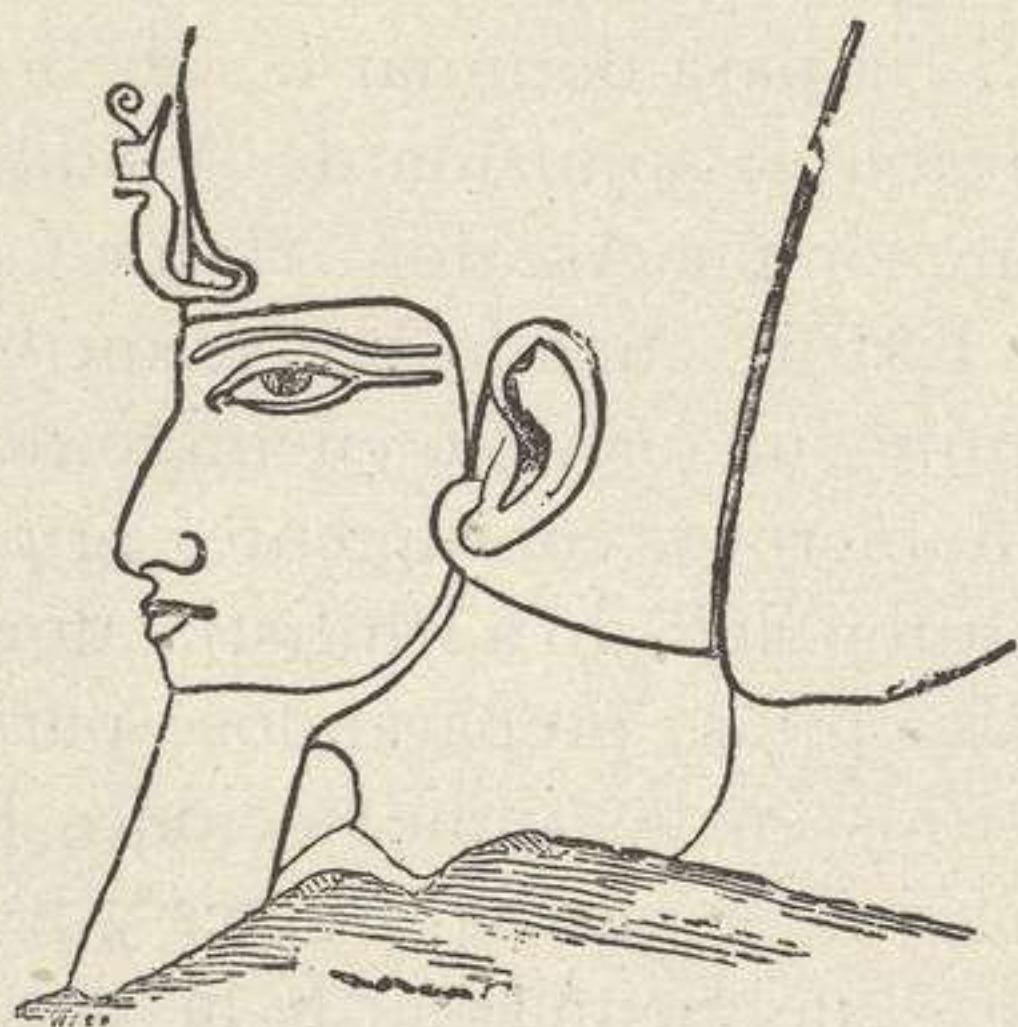
SHABAK (SABACO)

sobre todo el reino, pero residia en Napata, mientras que Shabatok tenia su corte en Memphis, desde donde gobernaba el Bajo Egipto como representante de Tehrak. Continuaron las agresiones asirias. En el año 711 antes de J. C. Sargón tomó á Ashdod y amenazó invadir el Egipto, pero Shabatok pudo evitarlo enviándole una embajada de sumisión con presentes.

Sargón murió seis años más tarde, subiendo al trono asirio su hijo Sennacherib. Al instante estallaron mil rebeliones en el Sudoeste del Asia. Los reyes fenicios y filisteos recientemente destronados por Tiglath-pileser y Sargón, se levantaron en armas. Hezequiah, rey de Judá, se unió á los descontentos. Imploraron el auxilio del Egipto, y recibieron promesas de ayuda y asistencia de Tehrak, de Shabatok y de otros príncipes indigenas de nomos y ciudades. En 701 a. de J. C. Sennacherib condujo su ejército á Siria para dominar la rebelión; subyugó la Fenicia; recibió la sumisión de Ashdod, Ammón, Moab y Edom; tomó á Ascalón, Hazor y Joppe, y se dirigía contra Ekron, cuando por vez primera encontró en su camino un ejército enemigo de tropas regulares. Los numerosos contingentes egipcio y etíope habían por último llegado á Philistia, donde se unieron con los Ekronitas, preparándose para librar batalla á los asirios en las inmediaciones de Eltekeh. Su fuerza consistía en carros, jinetes y peones, y era tan numerosa, que Sennacherib la describe como «multitud que no hubiera podido contar nadie». Sin embargo, estaba escrito que una vez más el África debía sucumbir. Sennacherib venció en Eltekeh á las fuerzas combinadas del Egipto y la Etiopia, con la misma facilidad y buen éxito que Sargón obtuvo en Raphia; la numerosa hueste se desbandó huyendo del campo de batalla, y dejó en manos del vencedor gran parte de sus carros de guerra y varios hijos de uno de los reyes aliados.

No debe sorprendernos que después de esta derrota, Tehrak no quisiera volver á probar fortuna. Ezequias, último de los rebeldes no sometidos, fué abandonado á su destino. Los Egipcios se retiraron

dentro de sus fronteras, para esperar el ataque. En este momento parecía estar asegurado el triunfo de la Asiria lo mismo sobre Judea que sobre el Egipto y el mismo reino de Napata; sin embargo, ocurre una catástrofe extraordinaria que evitó el inmediato peligro, y dió treinta y cuatro años de respiro al Egipto y á la Etiopia. El ejército de Sennacherib, consistente en cerca 200.000 hombres, fué casi totalmente destruído en una noche. «El ángel del Señor

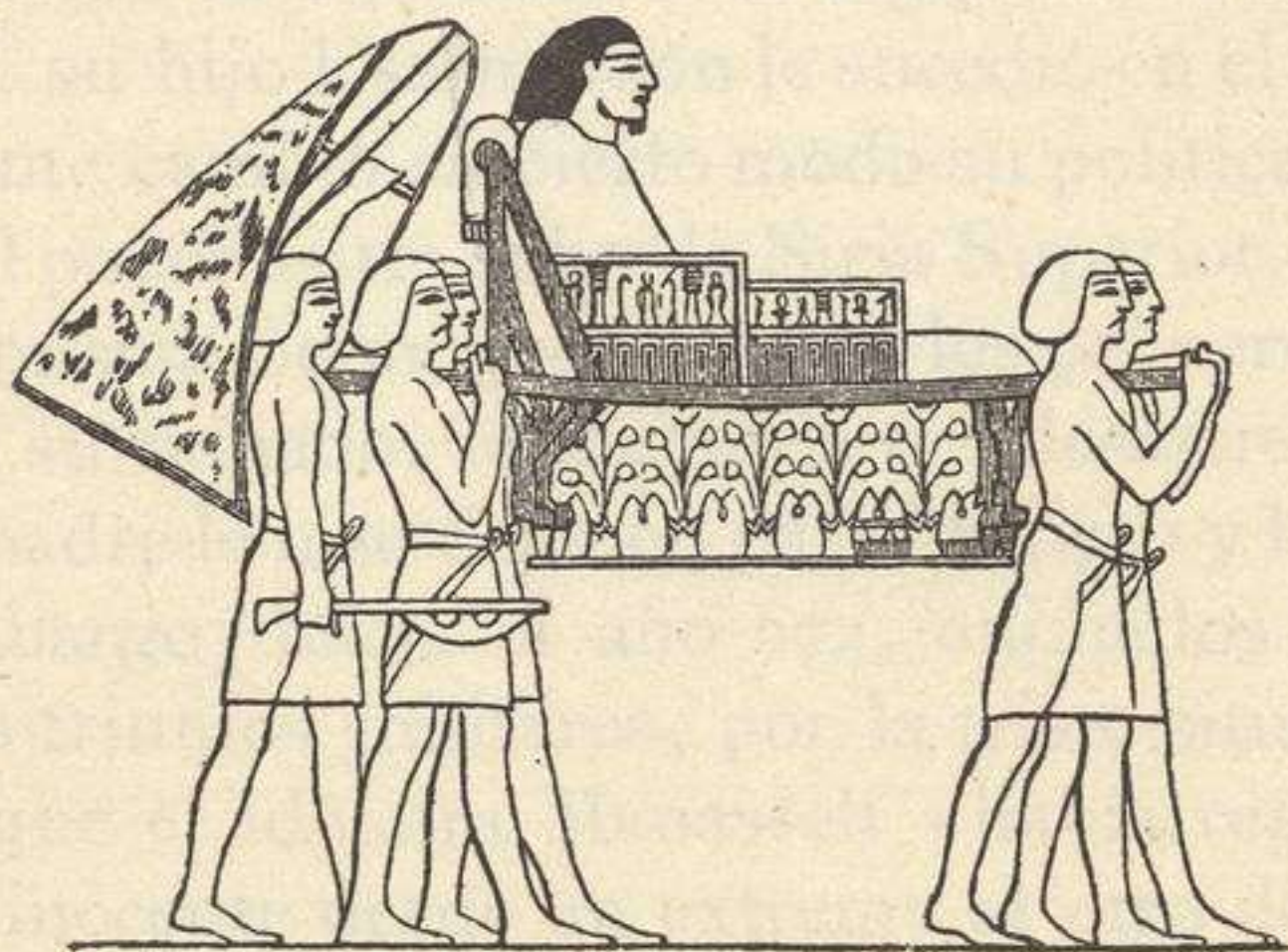


TERHAK (TIRHAKAH)

bajó del cielo», dice el escritor contemporáneo Isaías, «y castigó en el campo asirio á 185.000 guerreros; cuando quisieron despertar al albor de la mañana, todos eran cadáveres». (Isa., XXXVII, 36). El hecho es evidente, dejando sólo alguna duda sobre las causas que lo produjeran, ya consistieran en un ciclón, una peste, ó en la directa intervención del ángel exterminador, como diferentes autores suponen. Compruébase su exactitud con la repentina suspensión de hostilidades de los asirios en aquella región, salvando al reino de Judá y á las comarcas de las riberas del Nilo, que

durante un tercio de siglo no se ven molestadas por su enemigo. Y como la destrucción ocurrió en las mismas fronteras del Imperio, los Egipcios la atribuyeron á un milagro de sus dioses, y la celebraron en siglos posteriores.

Durante este periodo, fué bastante glorioso el reinado de Tirhakah (Tehrak). La Judea le consideró como su protector, y además pudo ejercer cierta influencia sobre toda la Siria, hasta el Tauro, Amanus y el Éufrates. En el Africa, sometió á las tribus indígenas de la costa septentrional, llevando sus armas, según algunos, hasta las Columnas de Hércules. Encuéntrase representado en Medinet-Abu en traje guerrero y golpeando con la maza á diez príncipes extranjeros que ha reducido á cautiverio. Levantó monumentos de estilo egipcio en Tebas, Memphis y Napata. Fué sin duda alguna el más grande de todos los soberanos etíopes del Egipto; pero hacia el final de su vida sufrió desastres, cuya descripción requiere capítulo aparte.



ANTIGUA LITERA EGIPCIA  
según Wilkinson.





## XXI

### ETIOPIA CONTRA ASIRIA

**S**ENNACHERIB aceptó la milagrosa destrucción de su ejército como sobrenatural aviso para que se abstuviera de atacar la independencia de la Judea, y de no extender sus dominios hacia la región del Sudoeste. Vivió todavía diez y siete años, durante los cuales emprendió activas guerras contra el Este, el Norte y el Noroeste; pero siempre evitó con gran cuidado el tener ningún contacto con la Palestina ó el Egipto. En 618 antes de J. C. su hijo Esarhaddón le sucedió en el trono, y al instante cambió en cierto modo su política. Restableció el poder asirio sobre la Siria Superior, la Fenicia y la misma Edón; pero durante los primeros nueve años de su reinado, la memoria del desastre sufrido por su padre le hizo dejar en paz el Egipto y la Judea. Sin embargo, hacia el año 672, animados por sus muchos triunfos militares, por la triste situación de Judea que el idólatra Mauasseh «había regado con sangre inocente desde un extremo al otro de Jerusalén» (II *Reyes*, XXI, 16), y por la edad avanzada de Tehrak, que le convertía en enemigo menos formida-

ble que antes, el rey asirio se decidió á realizar los planes ya acariciados por su padre y su abuelo. En su consecuencia destruyó el poder de Manasseh, cogiendo prisionero al rey y llevándole á Babilonia: y con sus tropas marchó desde Aphek á lo largo de la costa de Palestina hasta Raphia, donde adoptó las medidas que le parecieron más á propósito para efectuar la conquista del país por tanto tiempo codiciado. Al conocer Tirhakah sus intenciones, reunió todas las tropas egipcias disponibles en la frontera Nordeste, entre Pelusa y su inmediata vecindad; pero el monarca asirio concibió el atrevido proyecto de dirigirse hacia el Sur atravesando la vasta llanura conocida por los Hebreos bajo el nombre de «desierto de Shur», y de esta manera flanquear el ejército de Tirhakah, apoderarse de Pithom (Heroópolis) y atacar á Tebas por la línea del canal antiguo. Puso á contribución los caudillos árabes del desierto para que le prestaran su apoyo y facilitaran la marcha, llevando en odres de cuero sobre los camellos el agua que el ejército necesitaba; y de esta manera pudo efectuar felizmente tan peligrosa marcha, en la cual los soldados sufrieron horriblemente por el cansancio y la sed, además de haberse alarmado mucho á la vista de numerosas serpientes.

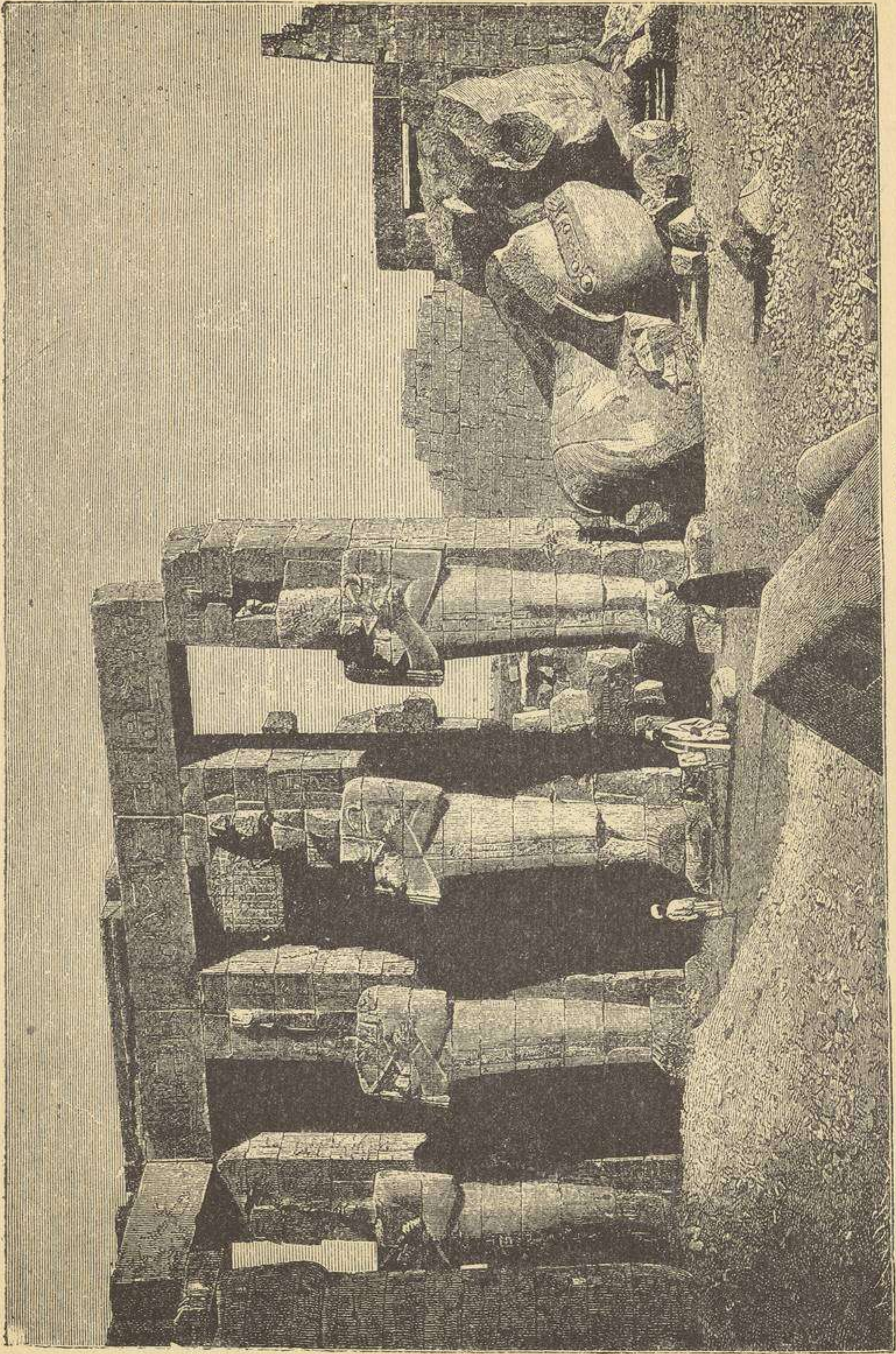
Por su parte, Tehrak hizo cuanto humanamente le fué posible. Al saber que Esarhaddón había modificado su marcha, salió de Pelusa á marchas forzadas á través del Delta oriental, llegando á tiempo para interponerse entre Memphis y la hueste asiria, que había seguido la línea tomada en 1884 por Sir Garnet Wolseley; hallando al enemigo probablemente en el mismo sitio donde el general inglés batió completamente á los soldados de Arabi. Allí,

por tercera vez, volvieron á encontrarse frente á frente el Asia y el Africa. La Asiria tenía en el campo un ejército de 200.000 hombres, incluyendo un fuerte contingente de carros de guerra, poderosa caballería y varios cuerpos de infantería diversamente armados, unos con pesados escudos y casi enteramente cubiertos por armaduras completas, otros más ligeros, pertrechados con ballestas, lanzas y aun sólo con hondas. Opúsoles el Egipto un contingente probablemente más numeroso, pero tan sólo compuesto de infantería ligera, reclutada en gran parte entre mercenarios que no peleaban por su patria, falto de caballería y deseoso de no batirse fuera de los carros. En las extensas llanuras egipcias estas tropas ligeras luchaban con gran desventaja contra las que ofrecían mayor resistencia por estar sólidamente armadas: la caballería debía desempeñar importantísimo papel, ya que nada podía oponerse al impetu de sus cargas; y la misma fuerza individual constituía el elemento de mayor importancia para determinar el resultado del conflicto. Los Asirios eran más fuertes que los Egipcios; era mejor su educación militar; iban mejor armados, con sus anchos escudos y largas lanzas, y estaban más completamente equipados tanto para la defensiva como para la ofensiva. Por desgracia carecemos de una descripción de la batalla, pero no debe sorprendernos saber que los Asirios vencieron. La hueste de Tehrak fué completamente derrotada, y hubo de abandonar el campo entre el mayor desorden y dispersión.

Como resultado de aquella derrota, Memphis fué sitiada, tomada por asalto, y entregada al saqueo. Las estatuas de los dioses, el oro y la plata, las turquesas y el lapislázuli, los vasos, incensarios, jarros, copas,

ánforas, cajas de marfil, de ébano y de sándalo, los blancos linos, los cristales, jaspes, alabastros y brocados con que la piedad de los reyes había enriquecido sus templos, y especialmente el gran templo de Phthah durante quince ó veinte siglos, todo fué arrebatado por los conquistadores para destinarlo á adornar los santuarios ninivitas, ó para disfrutarlo en provecho propio. La mujer y las concubinas de Tehrak, en unión de varios hijos del monarca y muchos altos empleados de su corte, no pudieron escapar á tiempo y fueron hechos prisioneros. Más afortunado fué Tehrak, que pudo huir á Tebas primero, y desde allí á Napata; mientras que el ejército de Esarhaddón, siguiéndole muy de cerca, avanzaba por el valle del Nilo, saqueando la comarca por medio de la caballería, y apoderándose de las pequeñas ciudades de las riberas. Después de breve sitio tomó también por asalto á la «populosa No» ó Tebas, «la ciudad situada junto al río, ceñida por las aguas que formaban profundo foso en su alrededor» (Nahum III, 8). Todo el Egipto fué dominado, desde el Mediterráneo á la Primera Catarata; millares de prisioneros quedaron en cautiverio, y el monarca asirio pudo hacerse reconocer como dueño absoluto de toda la tierra de Mizraim, desde Migdol á Siena, y de Pelusa á la Ciudad de los Cocodrilos.

Á la conquista siguió la organización de la comarca. La gran Asiria no podía contentarse con haber conquistado el Egipto; era preciso que lo conservara. Inspirándose en la máxima romana *divide et impera*, dividió el país en veinte distintos principados, á la cabeza de cada uno de los cuales puso un gobernador, conservando en sus capitales guarnición asiria. Los gobernadores eran Egipcios en su gran mayoría,



RUINAS DEL « RAMESEUM » CERCA DE TEBAS  
(De fotografía.)



pues sólo en uno ó dos principados se confirió el mando á los Asirios. Conserváronse las antiguas divisiones de nomos, excepto en dos ó tres fundidos en uno bajo un gobernador. Neco, un ascendiente del gran Faraón del mismo nombre (*II Reyes*, XXIII, 29-35), tuvo á Sais, Memphis y los nomos intermedios entre las dos ciudades; Mentu-em-ankh tuvo á Tebas y el Sur del Egipto hasta Elefantina. Satisfecho con este arreglo, el conquistador volvió á Nínive, habiendo antes hecho esculpir en las rocas de la entrada del Nahr-el-Kelb un relieve de su persona y una relación de sus conquistas.

La dominación asiria en Egipto duró tres ó cuatro años, ó sea desde 672 á 669 antes de J. C. Luego volvió á empezar la lucha. Tehrak, que siempre estuvo preparándose, al saber que Esarhaddón era presa de mortal enfermedad, abandonó en 669 las lejanas tierras etiopeas, y descendiendo al valle del Nilo, pudo expulsar á los gobernadores impuestos por el monarca asirio, y apoderarse del tan codiciado territorio. Recibióle Tebas con entusiasmo, ya que también él practicaba el culto de Ammón; y los sacerdotes de Phthah le abrieron las puertas de Memphis á pesar de los esfuerzos hechos para impedirlo por Neco y la guarnición asiria. La simpatía religiosa entre la Etiopia y el Egipto era muy importante factor del problema cuya resolución se planteaba, y dió gran apoyo á la



RELIEVE REPRESENTANDO Á  
ESARHADDÓN EN NAHR-EL-KELB

causa etiope. Pero en la guerra valen poco y cuestan menos estas simpatías. En general sólo prevalece la fuerza física, exceptuando los contados casos en que se hacen milagros, ó cuando el sentimiento patriótico se exalta hasta reducir la fuerza á la impotencia.

Y en el actual conflicto, el patriotismo no desempeñaba ningún papel. Peleaban la Asiria y la Etiopia, en parte para establecer la supremacía militar, en parte para hacerse dueñas de la presa que entre ambas existía abandonada, el rico y ahora débil reino egipcio. La marcha de Tehrak, comunicada inmediatamente á la corte asiria por los gobernadores que se veían desposeídos de sus cargos, avivó el celo de la corte ninivita, que no quería perder sin lucha ni defensa las importantes conquistas de Esarhaddón. Moviéronse de nuevo los ejércitos asirios, en 668 antes de J. C., bajo el mando de Asshur-bani-pal, el sardanápalo de los Griegos, que había sucedido á su padre Esarhaddón; y cayendo sobre el infeliz Egipto, lo reconquistaron por completo, batieron á Tehrak en Karbanit junto al Delta, recobraron á Memphis y Tebas, obligaron á Tehrak á refugiarse de nuevo en Napata, restablecieron en el poder á los veinte gobernadores, y volvieron las cosas al ser y estado en que cuatro años antes las había dejado el anterior monarca. Así el Egipto pasó por segunda vez bajo el poder de los Asirios, y los Etiopes no tuvieron otro remedio que abandonar su presa y retirarse.

Sin embargo, no estaba aún resuelto aquel conflicto. Los mismos gobernadores empezaron á halagar á Tehrak, solicitando su apoyo para sacudir el yugo asirio. Descubierta su conspiración, Neco y otros dos principales fueron detenidos por los comandantes asirios, eargados de cadenas y enviados



prisioneros á Ninive. Estas prisiones no impidieron el movimiento, y al contrario, quizás sólo sirvieron para extender la rebelión. En vano los jefes militares trataron de contenerla acudiendo á medidas de extremo rigor, como el saqueo de las grandes ciudades del Delta, Sais, Mendes y Tanis ó Zoan; todo fué inútil. Tehrak salió de nuevo á campaña descendiendo por el valle del Nilo, tomó á Tebas y amenazó á Memphis. Al tener noticia de ello, Asshur-bani-pal envió á toda prisa desde Ninive á Neco, al frente de numeroso ejército asirio, para que con su influencia decidiera á su favor la contienda. Neco cumplió bien su cometido, ya que el monarca ninivita se había anticipado á sus deseos nombrándole jefe de todos los gobernadores, y concediendo á su hijo Psamético el principado de Athribis. Alarmado Tehrak, desistió de su atrevido propósito, evacuando á Tebas y retirándose á sus dominios, donde murió al poco tiempo. (667 a. de J. C.)

Pudo esperarse que la muerte del anciano rey guerrero habría puesto término á la contienda por tantos años sostenida, dejando al Egipto en poder de su rival: pero ocurrió exactamente lo contrario. En Napata sucedió á Tehrak su hijastro Rut-Ammon, príncipe joven de temperamento atrevido y batallador. Lejos de retroceder en la empresa que Tehrak había juzgado de imposible realización, se lanzó á ella con el más vivo ardor. De nuevo los ejércitos etíopes bajaron al valle del Nilo, ocuparon á Tebas, batieron y derrotaron un ejército asirio-egipcio cerca de Memphis, tomaron esta capital haciendo prisionera toda su guarnición, y se apoderaron de gran parte del Delta. Neco cayó en manos de los etíopes y fué condenado á muerte cruel:

su hijo Psamético pudo salvarse apelando á la fuga.

Y de nuevo se repite la antigua historia. En 666 antes de J. C. Asshur-bani-pal dirigió personalmente una segunda expedición al Egipto, deshizo á Rut-Ammón en la frontera, recobró á Memphis, empujando á Rut-Ammón hacia el Sur, marchó sobre Tebas, y tomó y saqueó la gran ciudad, destrozando bárbaramente sus templos, llevándose sus tesoros, y reduciendo á cautiverio á sus habitantes. El triunfo alcanzado por el ejército asirio fué completo. Al poco tiempo acabó toda resistencia; la soberanía de Asshur-bani-pal fué universalmente reconocida, y la misma Etiopia se retiró en apariencia de la lucha.

Otro esfuerzo más había de hacer, sin embargo, el poder etiope. Por muerte de Rut-Ammón fué proclamado rey de Napata Mi-Ammón-Nut, probablemente hijo de Tirhakah, y el nuevo monarca resolvió en seguida continuar la guerra. Siempre podía contar con las simpatías del Egipto, contrarias al poder que ocupase su país, y Mi-Ammón-Nut buscó además el favor de los príncipes egipcios, de los sacerdotes y del pueblo, por medio de aparatosa ostentación de celo hacia su religión nacional. Asiria había permitido que los templos fuesen destruidos, que las estatuas de los dioses fuesen retiradas de los altares, que se confiscaran las rentas del culto, y que los sacerdotes dejaran de celebrar sus ceremonias. Mi-Ammón-Nut se proclamó elegido de Ammón y defensor de los dioses egipcios. Al entrar en una ciudad fué su primer cuidado visitar el principal de los templos, ofrecer sacrificios y donativos al ídolo, orar en los altares, conducir en procesión las imágenes y tratar con respeto sumo á los colegios de sacerdotes. Esta previsorá política le dió excelentes resultados,

pues facilitó su avance por el Nilo entre las aclamaciones de las muchedumbres. «Marcha adelante en la paz de tu nombre», le gritaban: «marcha adelante en la paz de tu nombre. Da vida al país para que puedan reconstruirse los templos que se desploman, para que las estatuas de los dioses vuelvan á elevarse en sus sitios, para que dioses y diosas recobren sus rentas, y los muertos reciban las ofrendas, y los sacerdotes puedan dejar establecidas todas las cosas ordenadas por el ritual sagrado». En muchos sitios donde se proyectaba recibirle como enemigo, la noticia de estos actos piadosos cambiaba al instante el ánimo de la población y «se convertía en gozo el deseo de pelear que antes sentían». Nadie se le opuso en su camino, hasta que se halló en las inmediaciones de la capital del Norte ó Memphis, dentro de cuyas murallas abrigábase sin duda la fuerza asiria que defendía á los príncipes del Bajo Egipto partidarios de su causa. En consecuencia, libróse una batalla ante sus muros, en la cual Mi-Ammón-Nut fué vencedor. Probablemente los Egipcios aliados á los Asirios pelearon con poco vigor, y los mismos Asirios flaquearon al ver la conducta de sus aliados. Después de la victoria, Memphis abrió sus puertas al etiope, los príncipes del Delta le ofrecieron sumisión y vasallaje, se retiraron los Asirios, y la autoridad de Mi-Ammón-Nut fué reconocida por todos, hasta por los príncipes de nombramiento asirio que fueron conservados en sus destinos y gobiernos.

No fueron de gran trascendencia los resultados de esa última invasión etiope, porque Mi-Ammón-Nut murió al poco tiempo de haberla tan felizmente concluido, sin dejar un sucesor directo. Ni siquiera llegó á ser reconocido por los Egipcios como uno

de sus reyes legítimos, ya que al ocurrir su muerte, el país volvió al estado de dependencia en que se hallaba respecto de la Asiria, sintiéndose muy débil para vivir solo, y quizás no preocupándose más de su libertad que de vivir tranquilamente bajo la soberanía del Estado que reconocía como más fuerte y poderoso. En aquella época (650 a. de J. C.), el país egipcio había sido teatro de la lucha de los dos Imperios más poderosos de la tierra, pues en el espacio de veinte años cada uno de ellos lo había atravesado con numerosos ejércitos cinco ó seis veces, cruzando el valle del Nilo de uno á otro extremo; las ciudades estaban arruinadas, las cosechas destruidas, los árboles cortados, los templos saqueados, los hogares reducidos á pavesas, los campos desiertos. Tebas, la ciudad de las cien puertas, y probablemente durante muchos siglos la más hermosa del mundo, quedó reducida á un lugar desolado (Nahum III, 8-9); Memphis, Heliópolis, Tanis, Sais, Mendes, Bubastes, Heracleópolis, Hermópolis y Cocodrilópolis, habían sido sitiadas y vencidas repetidas veces; caían en ruinas los antiguos monumentos, y ningún rey fué bastante poderoso para emprender la construcción de nuevos edificios de alguna importancia. El Egipto había «caído desde su alta preeminencia», devorado por la apatía, peor aun que la calma de la muerte. Sin literatura y con el arte extinguido, esas dos poderosas manifestaciones de la vitalidad de los pueblos, y sin las cuales mueren como mueren los individuos que ven desaparecer una á una sus ilusiones y sus esperanzas, en vano algunas almas generosas pudieron acariciar la idea de conseguir algún día, aunque fuera en remota época, la regeneradora redención. Como los hechos vinieron á probar-

lo, la llama vital no se había aún extinguido, pero el observador más atento difícilmente hubiera podido predecir, allá entre los años de 750 y 650, que en el Egipto podía iniciarse el gran progreso, el magnífico renacimiento de su historia entre los años 650 y 530 antes de J. C.

El municipio de San Carlos, en el departamento de Bolívar, Colombia, es un territorio con una gran diversidad de paisajes y recursos naturales. Su economía se basa principalmente en la agricultura y la ganadería, actividades que han permitido el desarrollo de una comunidad próspera y organizada. En los últimos años, se han implementado diversas estrategias de desarrollo sostenible que buscan mejorar la calidad de vida de sus habitantes y preservar su patrimonio cultural y ambiental. Estas acciones han fortalecido el tejido social y han permitido que San Carlos sea reconocido como un municipio con un alto potencial de desarrollo humano y económico.

## XXII

### PSAMÉTICO I Y SU HIJO NECO

**C**UANDO un país decae de una manera gradual y persistente durante un largo periodo, si debe renacer y levantarse, es preciso que lo haga merced á extraños auxilios. Ni los cadáveres se levantan solos, ni los moribundos se curan á sí mismos. Si las fuerzas vitales han desaparecido, la energía se ha debilitado y el enfermo se encuentra á los umbrales de la muerte, sólo podrá detener su disolución algún principio extraño, alguna sangre no contaminada, algún «salvador» enviado por la divina Providencia desde fuera (Isa., XIX, 20), para reanimar la expirante vida, sacudir el paralizado cuerpo, infundirle nuevas energías y hacer que de nuevo viva, respire, obre, piense, y se manifieste. Pero este salvador no debe ser completamente extraño en el país. No debe ser un conquistador, porque la conquista necesariamente debilita y deprime; no debe ser de muy diverso origen, porque entonces le faltaría la facultad de comprender y hacerse apreciar en la nación que debe resucitar. Y sin esta inteligencia y simpatía su obra sería inútil; no

debe ser un extranjero en la historia contemporánea de la nación, porque cometería errores de consecuencias irremediabiles. Necesítase un vástago de extraño origen, unido por matrimonio ó de otra manera con el país que debe regenerar, siendo conocedor de sus circunstancias, carácter, posición, historia, virtudes y debilidades. Un hombre enteramente nuevo no satisface todas estas exigencias; debe hallársele, si es que se le encuentra, entre los principales hombres de la época, cuya suerte haya estado unida durante bastante tiempo á la del estado que se debe renovar.

En la época que nos ocupa, Psamético, hijo de Neco, ocupaba exactamente esta posición en Egipto. Según todas las probalidades, era de origen libico; su raza era nueva; su nombre y el de su padre no habían aún sonado en la historia egipcia; etimológicamente no eran egipcios, y el mismo Psamético tenía el tipo, las facciones diferentes de los indígenas.

Era probablemente descendiente de la familia de «Inarus el libico», cuyo padre fué también un Psamético. Pertenece, por tanto, á la raza libica, á pesar de que más de una vez se había cruzado con sangre egipcia. Su familia era una de las varias libicas que habían vivido largos años en Sais, habiéndose unido por matrimonio con los antiguos Saitas, de raza eminentemente egipcia. El mismo Psamético, durante más de veinte años, había desempeñado importante papel en el sistema político egipcio, habiendo tomado parte en todas las contiendas de su padre, desde el año 672 hasta el 667 antes de J. C., por las cuales vióse colocado á la cabeza de uno de los varios principados en que se dividió el Egipto. En el último año citado, ó en el siguiente, sucedió á su padre



reinando en Sais durante diez y seis ó diez y siete años, antes que se creyera llamado á nuevos destinos ó pensara que debía de algún modo alterar su situación.

Á Psamético le eran familiares la política y las instituciones de Egipto. Como libico á medias, no le



PSAMÉTICO I

dominaban las supersticiones egipcias, y sentía toda la ambición que naturalmente anima á los jóvenes principes de vigorosa raza. Por ello quiso á la vez sacudir el yugo de la Asiria y reunir todo el Egipto bajo su mando, adoptando para conseguirlo cuantos medios pudieran conducirlo á este fin, por nuevos y extraños que fuesen. Probablemente, durante mucho tiem-

po, esperó el instante oportuno para dar rienda suelta á su ambición, hallándolo al fin en las circunstancias que caracterizaron la segunda mitad del siglo VII. Próximo el año 651 antes de J. C., encontróse la Asiria en situación muy difícil por causa de las revueltas de Babilonia, aliada con el Elam, y no pudiendo ejercer gran vigilancia sobre las regiones más distantes del Imperio. Es casi seguro que la guarnición que había dejado en Egipto quedó debilitada por haber distraído tropas para la defensa de la Asiria; y en todo caso no podía ser socorrida ó reforzada por aquellas circunstancias.

Al mismo tiempo, en el Asia Menor se formaba un nuevo poder, rival de la Asiria, cuya independencia podía amenazar. En un momento difícil, Gyges de Lidia se había visto obligado á declararse vasallo de la Asiria; pero habiendo salido triunfante de los peligros que le rodeaban, afirmó su autoridad independiente que se mostró dispuesto á defender, á costa del mismo poder de la Asiria, que quería debilitar. Su actitud no podía ser desconocida por Psamético. Dirigiendo los ojos al horizonte político en busca de aliados que tuvieran á la vez poder y voluntad de prestarle ayuda, hubo de fijarse en la Lidia, como punto donde podía encontrar su mejor auxiliar, y al efecto envió una embajada al Asia Menor. Gyges recibió favorablemente á los emisarios, y de acuerdo con ellos, despachó para el Egipto un numeroso contingente de Asiáticos, principalmente compuesto de Jonios y Carios. Ambas razas eran entonces muy guerreras, y llevaban armaduras de mayor peso y fuerza que las que estaban acostumbrados á usar los Egipcios. Por la confianza que esos extranjeros le inspiraron, atrevióse Psamético á proclamarse «rey

de las dos comarcas», y lanzar así á la vez un reto al soberano asirio y á sus diez y nueve principes feudatarios.

Sin embargo, la Asiria no recogió este reto. Hallábase preocupada con sus propias dificultades, viéndose amenazada en tres partes, en el Sur, en el Sud-Este y en el Este por Babilonia, por Elam y por los Medos: y bastante tenia que hacer en su casa con guardar sus fronteras y asegurarse la protección de los vecinos más inmediatos, para comprometerse en lejanas expediciones ó cuidar de lo que ocurrir pudiera en una provincia tan lejana como alborotada. Así es que la Asiria no dió señal de vida, pero no ocurrió lo mismo con los principes, quienes inmediatamente tomaron las armas. Para ellos la cuestión era de vida ó de muerte; debían aniquilar al usurpador ó ser por él aniquilados, y en consecuencia reunieron todas sus fuerzas en un solo ejército. Pakrur de Pisabtu, Petubastes de Tanis, Sheshonk de Busris, Tafnekht de Procopitis, Bek-en-nefi de Athribis, Nakh-he de Heracleópolis, Pimai de Mendes, Lamentu de Hermópolis, Mentu-em-ankh de Tebas, y otros principes de diversas ciudades aprestaron sus diversos contingentes en una sola hueste que tomó posiciones cerca de Monomemphis, el moderno Menuf, en el Delta occidental junto á las fronteras del desierto libico. Allí se libró la gran batalla, cuyo resultado fué dudoso por algún tiempo; pero el valor de los Griegos y la superioridad de su armamento hubieron de prevalecer. Declaróse la victoria á favor de Psamético; sus enemigos fueron vencidos y dispersados; y el afortunado caudillo, queriendo aprovechar sus primeros éxitos, procedió á atacar las ciudades y á someterlas á su autoridad, á fin de que

no quedara en el país apoyo alguno para sus rivales. Así puso fin Psamético al fraccionamiento que durante un siglo había imperado en el Egipto. Desaparecieron los principes de Bubastes, de Tanis, de Lais, de Mendes, de Heracleópolis y de Tebas: no hubo más eikosiarquias, ni dodecarquias, ni heptarquias. Establecióse la monarquía pura, el gobierno absoluto de un solo soberano sobre todo el país, desde las cataratas de Siena hasta las playas del Mediterráneo, y desde Pelusa y Migdol hasta Menomemphis y Marea, continuando esta situación mientras pudiera durar el estado Egipcio. La lección había sido dura, pero era de suponer que al fin quedara bien grabada en la memoria: demostrándose ya entonces que sólo en la unidad reside la fuerza, y que á la débil caña la hace trizas el ligero golpe, que sin dificultad resistiría ligada en haz con sus compañeras.

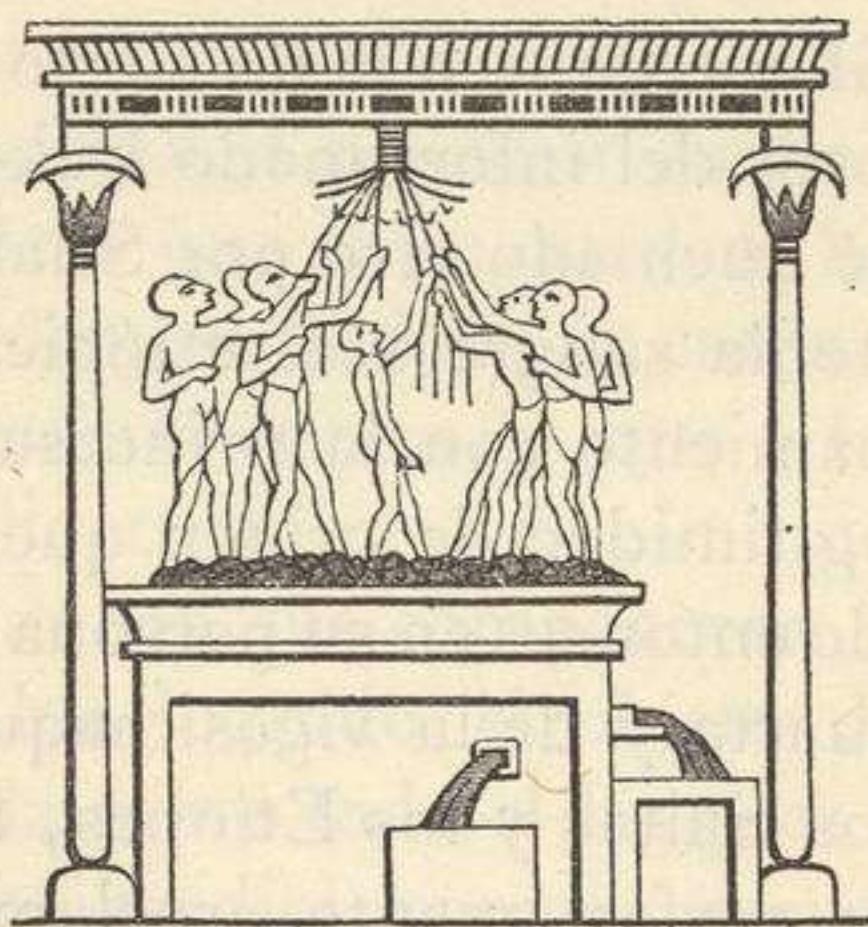
Psamético había logrado el objeto de su ambición, la soberanía sobre todo el Egipto: ahora le tocaba estudiar los medios para conservarla. En un principio debe consolidarse con la espada lo que con la espada se obtiene, por lo cual hizo un pacto con las tropas enviadas por Gyges en su auxilio, para que quedaran en permanente servicio bajo sus banderas, y formasen el más importante núcleo de su ejército. Las tropas indígenas fueron distribuidas entre Elefantina, al extremo meridional del reino, y Marea Daphnae en las dos extremidades occidental y oriental del Delta: las extranjeras hicieron sus cuarteles á poca distancia de la capital, en campos permanentes á ambas riberas de la rama pelusiaca del Nilo, cerca de Bubastes. Cuéntase que esta honorífica situación conferida á soldados extraños de confiarles la custodia de la capital, disgustó en grado

sumo á los soldados indigenas, y que 200.000 de ellos se retiraron del Egipto yéndose á servir con los Etiopes. Sin embargo debe haber gran exageración en esta cifra, ya que ni en esta época ni en las sucesivas se nota ningún aumento de fuerza en Etiopia, ni disminución alguna en el Egipto.

Además, deseoso Psamético de asegurar mejor su trono contra los pretendientes, creyó prudente contraer matrimonio con una descendiente de la raza real que muchos de sus súbditos veneraban. Era ésta la princesa Shepenput, hija de cierto Piankhi que se llamaba sucesor del infortunado Bek-en-rauf, el monarca que fué quemado vivo por Shabak, y que probablemente tenia sangre real etiópica en las venas. Con este casamiento con la princesa, Psamético se procuró la legitimidad de origen que le faltaba. Reuniendo desde entonces en su persona los derechos de la vigésimacuarta y de la vigésimaquinta dinastías, es decir de los Saitas y los Etiopes, fué el único rey legal, y pudo perfectamente proclamar que ningún pretendiente presentaría títulos mejores que los suyos al derecho hereditario del país.

Sintiéndose personalmente seguro, dedicóse el monarca á restaurar y reconstruir la nacionalidad cuya dirección habia tomado á su cargo. Pudo volver sus ojos hacia el desgraciado Egipto, envilecido, destrozado, deshecho, y pensar en lo que debia hacerse para volverlo á su antiguo esplendor y grandeza. Deplorable era el cuadro de miseria y degradación que entonces ofrecia el país. Todas las grandes ciudades, su gloria y orgullo en pasados días, habian sufrido más ó menos en aquellas incesantes guerras; Memphis fué sitiada y saqueada media docena de veces: Tebas sufrió dos saqueos y dos incendios; de Siena

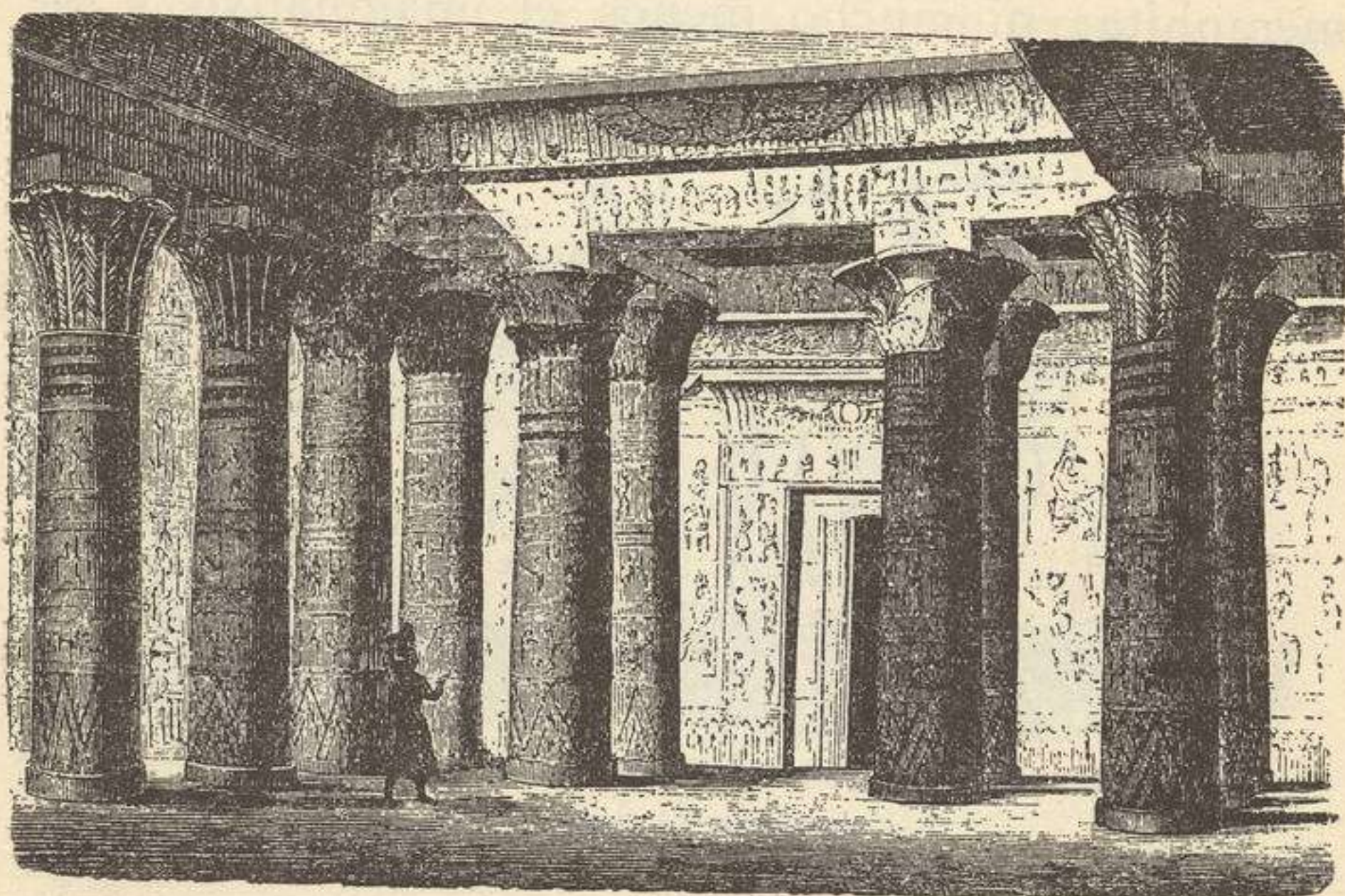
á Pelusa no existía una sola ciudad que no conservara aún los recuerdos de alguna de las muchas invasiones. Los canales y caminos, cuidadosamente reparados por Shabak, quedaron desde la muerte de éste en el mayor abandono; las tierras de cultivo habían sido devastadas, y la población diezmada periódicamente. Así á Psamético le tocó en suerte levantar un nuevo Egipto sobre las ruinas del Egipto antiguo: vivificar su cadáver, infundir nueva vida á



LAGAR EGIPCIO  
según Wilkinson.

los miembros yertos y sin movimiento. Consagróse al cumplimiento de su tarea con gran energía y buena voluntad, procurando en primer término levantar lo que yacía en ruinas; es decir, componer los canales y los caminos, restaurar la agricultura, y favorecer el desarrollo de la población. Las ciudades arruinadas fueron gradualmente reconstruidas, no reparándose en sacrificios para restaurar, engrandecer y adornar sus edificios religiosos. En Memphis, Psamético construyó el gran pórtico del Sur que completaba el antiguo templo del dios Phthah y también

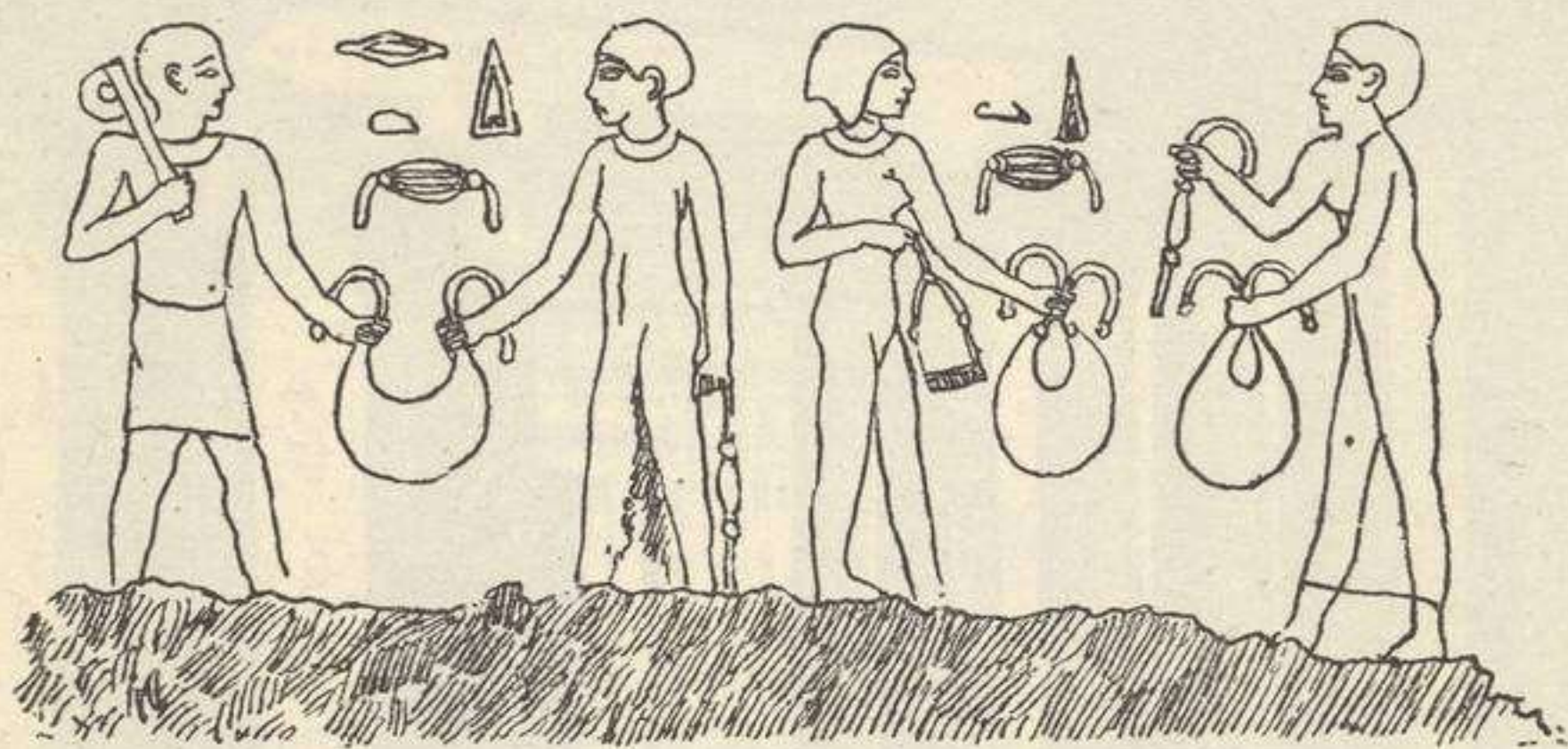
mandó edificar un gran patio para morada de los Apis, rodeado por una columnata á la que estaban adosadas colosales figuras de Osiris. En Tebas reedificó las partes del templo de Karnak que habian sido destruidas por los Asirios; en Sais, Mendes, Heliópolis y Philoe emprendió también extensas obras. Todo el valle del Nilo convirtióse en inmensa fábrica, donde canteros, albañiles, fabricantes de ladrillo y carpinteros trabajaban sin cesar. Bajo la ilustrada



SALA DE LAS COLUMNAS DEL TEMPLO DE OSIRIS, EN PHILOE

protección del rey y de los principales nobles renacieron las artes, volviendo á florecer; restaurándose con éxito el grabado y la pintura de los jeróglificos, ejecutándolos con tal detalle y exactitud, que aun hoy despiertan la admiración del que los contempla. Aquella época está caracterizada por la extrema belleza y perfección de los bajo-relieves: obsérvase en algunos de ellos «una ternura delicada y casi femenil, que imprime en las figuras de los seres hu-

manos un sello de increíble delicadeza, tanto en la idea como en su ejecución». Produjéronse también en abundancia estatuas y pequeñas imágenes de mucho mérito artístico. El arte saíta, así llamado desde su renacimiento bajo Psamético, está caracterizado por una extrema limpieza en el delineado, cuya finura frecuentemente recuerda la de los grabadores de sellos por su gracia, aire y elegancia. No es el estilo grande y casi realista del periodo memphita, ni mucho menos el imaginativo y vigoroso de los monarcas ramesidas, sino un es-

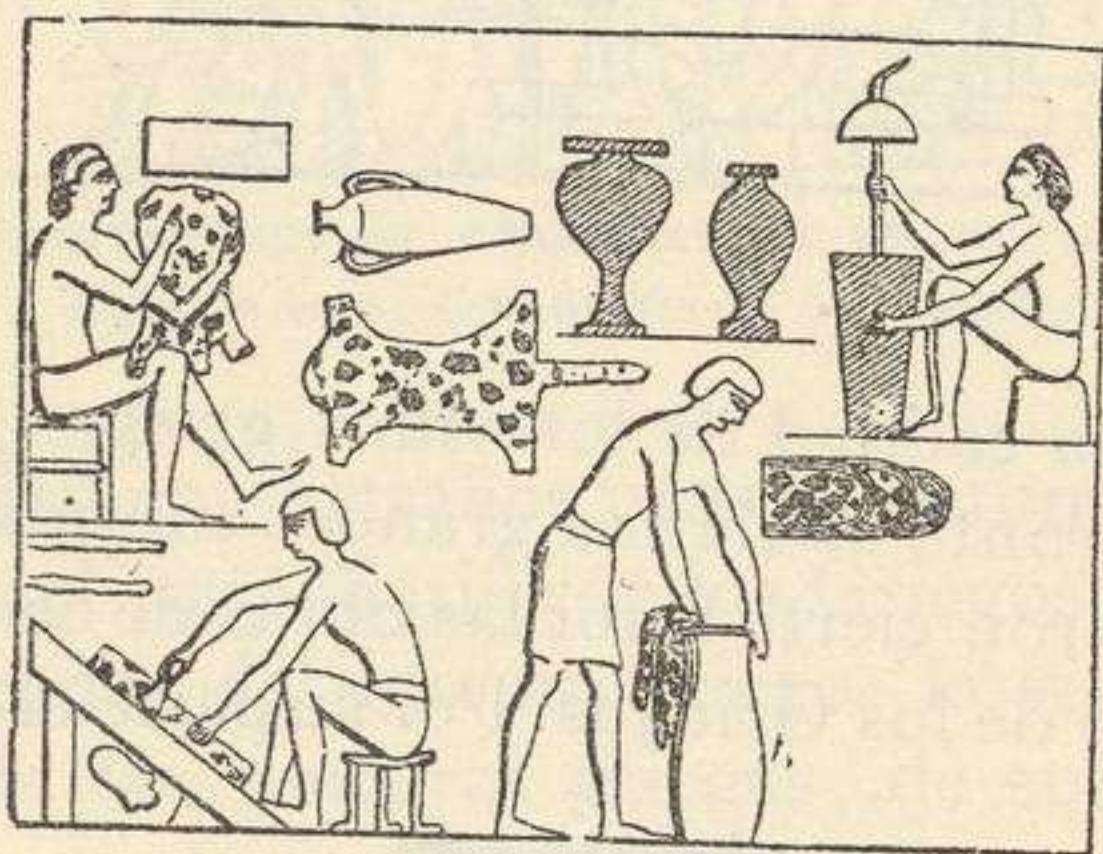


JOYEROS EGIPCIOS DEL TIEMPO DE PSAMÉTICO I  
según un bajo relieve.

tilo con mérito propio, dulce y puro, lleno de refinamiento y delicadeza. Así volvieron para el Egipto sus florecientes días: sus magníficos templos y demás edificios recobraron el antiguo esplendor; sus ciudades convirtiéronse de nuevo en activos centros de industria y comercio; dieron sus campos ricas cosechas; tomó incremento la población; cambióse en una palabra su aspecto interno. Pero las circunstancias de los tiempos indujeron á Psamético á realizar nuevos proyectos. Los empleos que había dado á los mercenarios griegos le pusieron en natural contacto



con los extranjeros, é hicieron que abandonara antiguas prevenciones egipcias rodeándoles de ciertas consideraciones desconocidas por los anteriores Faraones. El Egipto había sido la China del mundo antiguo, y durante muchos siglos se mantuvo en lo posible alejado de los extranjeros que mirábanle con aversión. Hasta los tiempos de Psamético ningún buque extranjero pudo pasar las bocas del Nilo ó echar el ancla en un puerto egipcio; pero el monarca vió que las circunstancias exigían grandes cambios: para tener contentos á los mercenarios era pre-

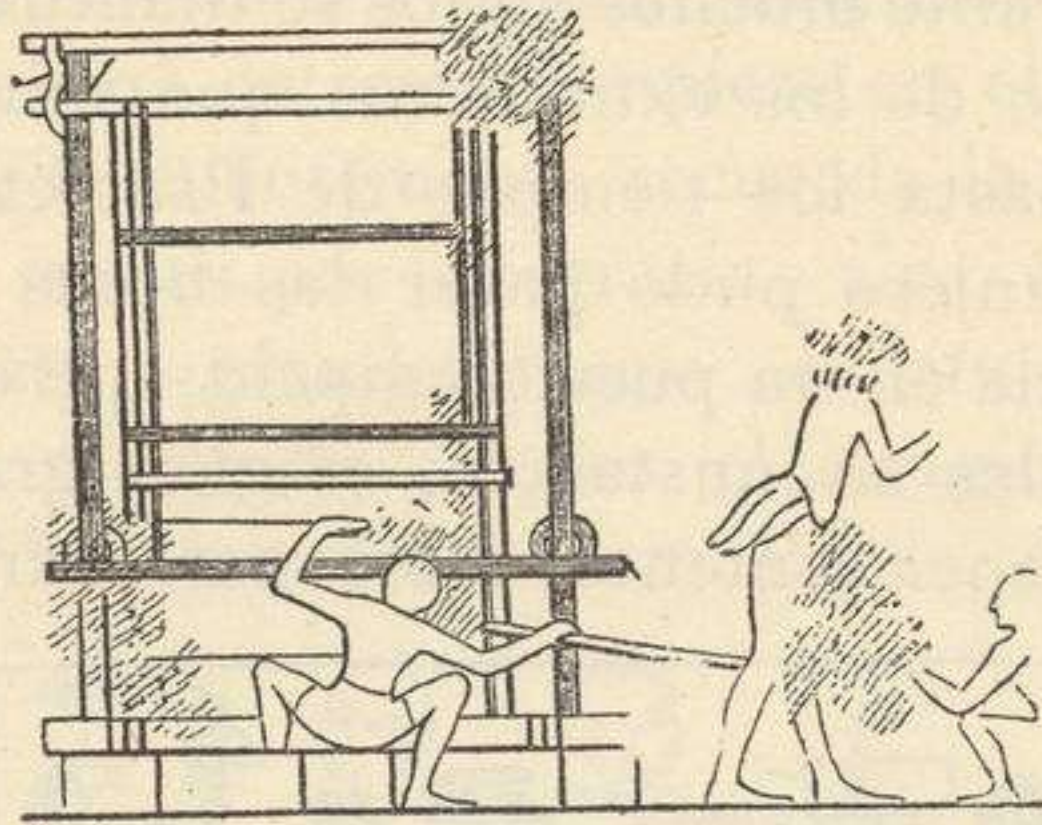


CURTIDORES

(De una pintura mural egipcia.)

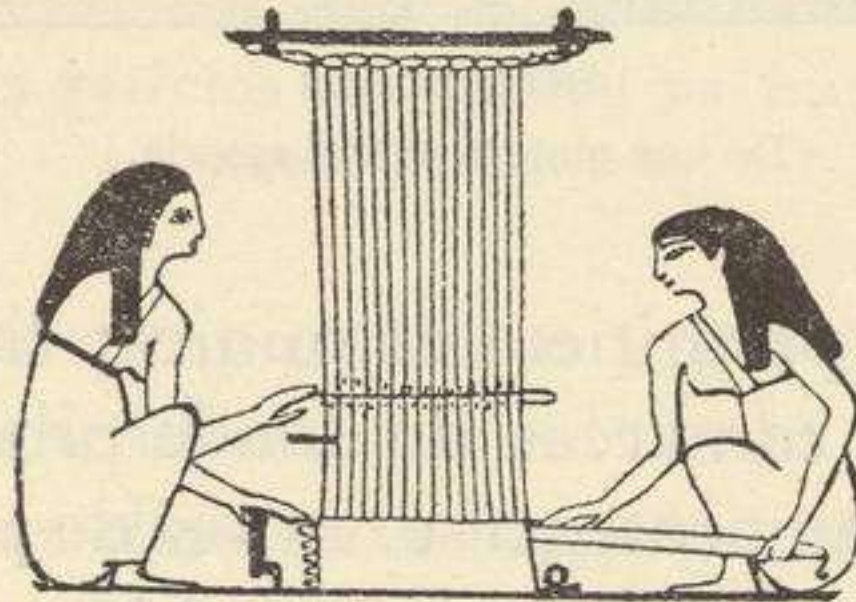
ciso que se les permitiera comunicar libremente con las ciudades y comarcas de donde procedían, y por esta causa debían protegerse, en vez de prohibirse, las relaciones entre Grecia y Egipto. En su consecuencia invitóse á los Griegos á establecerse en el Delta, señalándoles especialmente como sitio de residencia á Naucratis, lugar muy bien situado en la rama canónica del Nilo, y aprovechando esta oferta muchos de los más emprendedores Estados comerciales griegos, y Mileto, Foca, Rodas, Samos, Chio, Mitilene, Halicarnaso y Aegina establecieron factorías en el lu-

gar designado; edificaron templos á los dioses griegos, y enviaron numerosos colonos. Así se desarrolló un considerable tráfico entre el Egipto y Grecia, y los Egipcios de clase elevada apreciaron especialmente el



TELAR

perfume y la calidad de los vinos griegos, cuya importación pronto se elevó á grandes cantidades. También recibieron cierto favor las obras de cerámica y el arte glíptico de los Griegos. Por su parte el Egipto ex-



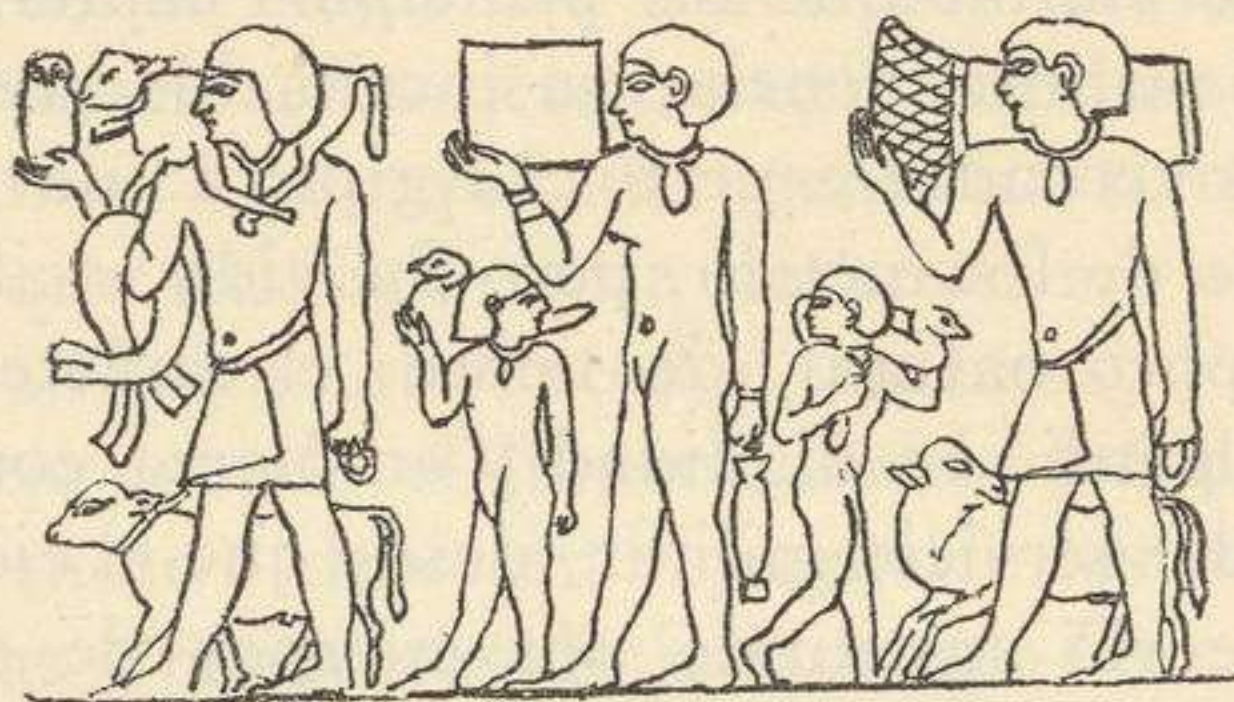
TEJEDORAS EGIPCIAS

según Wilkinson.

portó maíz, alún, tejidos de muselina, lino y el excelente papel que obtenía de la planta *Cyperus Papyrus*.

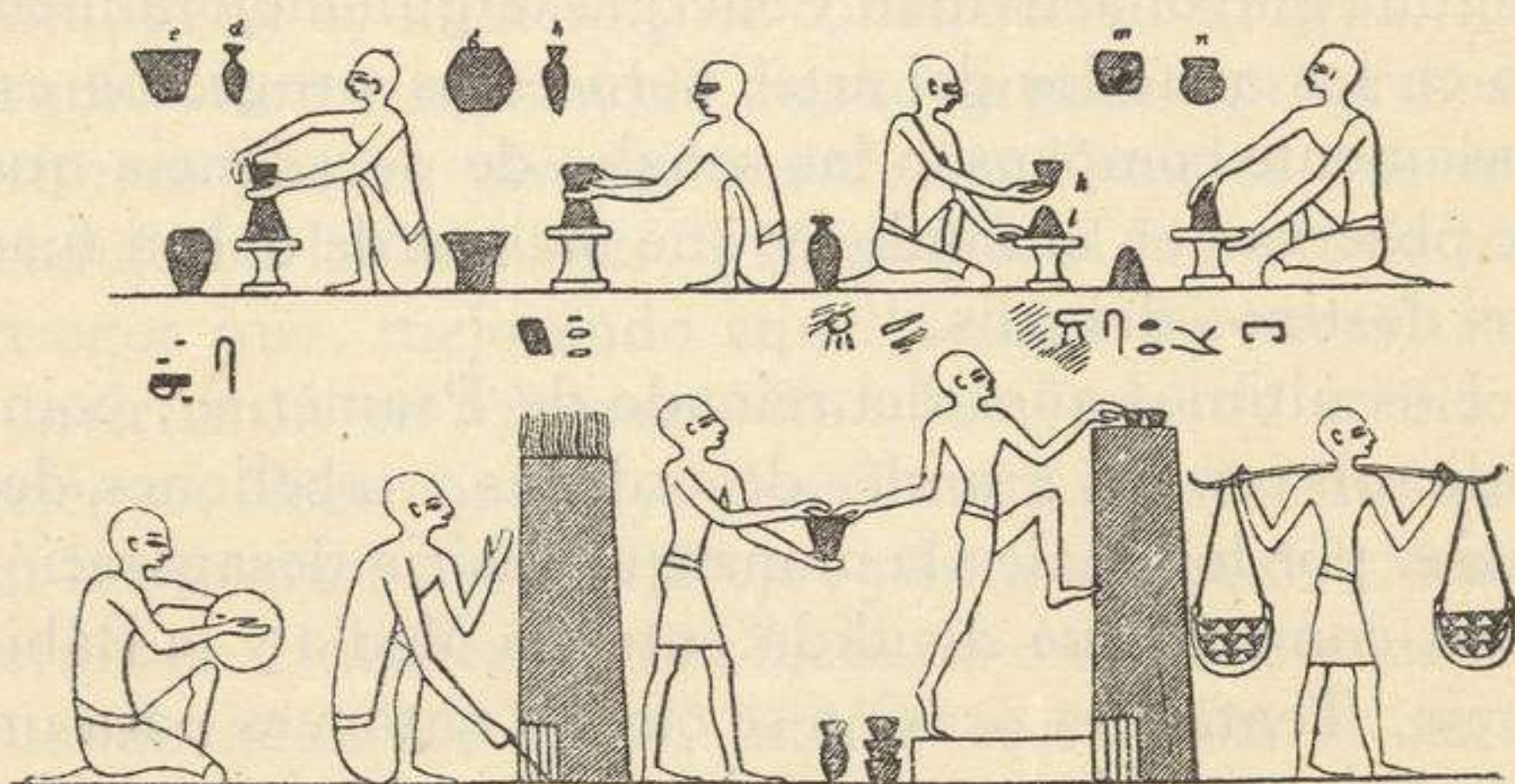
Los Egipcios no iban con gusto á la mar, y además no consideraban en mucho al comercio, por lo cual el que entonces se estableció, hizose casi por completo

por medio de barcos griegos. Sin embargo, influyó de una manera considerable sobre el carácter nacional de los Egipcios, sacándoles de su acostumbrada apatía y despertando su curiosidad la vida y la animación, introducidas por el comercio extranjero; la



PORTADORES DE OFRENDAS EN UN ENTIERRO  
según un bajo relieve del tiempo de Psamético I.

familiaridad con extraños usos y costumbres, engendrada por el trato diario con los Griegos; la enseñanza en algunos del idioma griego; la vista del culto griego, de las pinturas griegas, de sus esculturas, de su manera de pensar. Pero difícilmente puede afirmarse que este efecto fuera provechoso. La vida na-



FABRICACIÓN DE CERÁMICA  
según Wilkinson.

cional egipcia había sido siempre muy conservadora, y debía perturbarla la introducción de novedades en cien diversas formas. Debilitáronse las antiguas creencias, mal sustituidas por multitud de supersticiones. Los vicios introducidos por los Griegos; eran más fáciles de imitar que los principios capitales de su carácter, su inteligencia, su incansable energía, su amor á la verdad. Despertó el Egipto á nueva vida en el periodo de Psamético, pero fué vida vacilante, inquieta, poco natural, de fiebre: el carácter de los hombres perdió en dignidad y en fuerza con la suspensión del servicio militar, desde que el ejército indigena se vió sustituido por cuerpos de mercenarios; la posición de las mujeres se rebajó con la adopción de las ideas á ellas referentes, que los Griegos asiáticos habían adquirido en su contacto con los orientales; el espíritu nacional del pueblo se sintió herido, al ver cómo se concentraba todo el favor real en una raza de extranjeros, cuyos usos y costumbres aborrecían, y á los cuales miraban á la par con envidia y con desprecio. Algún adelanto se nota en la superficie de la vida egipcia, bajo los Psaméticos, alguna mayor actividad y energía, algún mejoramiento en los métodos del arte; pero estos progresos escasamente compensan las señales de decadencia que se observan en el fondo, y que más tarde deben fijar los destinos del país.

Los últimos años del reinado de Psamético, coincidieron con los grandes desórdenes y rebeliones del Asia, por los cuales la monarquía asiria desapareció, y su comarca fué dividida entre la Media y la Babilonia. Tentadora ocasión se ofrecía entonces para un príncipe ambicioso, que quisiera intentar la conquista de la Siria y hasta de la Mesopotamia, renovando

las antiguas glorias de Seti, Thothmes y Amenhotep. Psamético se limitó á atacar únicamente la Philistia, y sus triunfos en ella fueron tan exiguos, que le indujeron á abstenerse de mayores empresas, y á dejar que los monarcas del Asia arreglaran los asuntos asiáticos como mejor les pareciese. Afirmase que Ashdod resistió á los ejércitos egipcios durante veintinueve años, y, aunque finalmente fué tomada, era evidente que sitios de tanta duración no podían infundir gran ánimo al vencedor. Además, Psamético era ya viejo cuando el Imperio Asirio fué deshecho, y por tal motivo debieron repugnarle las expediciones lejanas y peligrosas. Dejó el campo libre á su hijo Neco, sin compromiso alguno, y con facilidad para penetrar en el Asia cuando quisiera, por medio de la conquista de la fortaleza philística.

Neco, hijo de Psamético I, desde el momento de su elevación al trono, resolvió atrevidamente conquistar el Imperio que su padre habia respetado. Considerando que sus cuerpos de mercenarios formaban un ejército de tierra suficientemente poderoso, concentró toda su energía en aumentar y mejorar la flota, débil en número y de construcción antigua. La arquitectura naval habia hecho grandes progresos, primero por las invenciones de los Fenicios que introdujeron las *birremes*, y luégo por el ingenio de los griegos que, mejorando aquella clase de naves, las convirtieron en *trirremes*. Con la ayuda de artifices griegos, Neco construyó dos flotas de trirremes, una en los puertos del mar Rojo, y otra en los del Mediterráneo. Entonces, con objeto de unir las escuadras cuando necesario fuese, intentó restablecer el canal entre el Nilo y el mar Rojo, antiguamente abierto por Seti I y Ramsés II, que estaba casi cegado por

los depósitos del Nilo y las arenas del desierto. Neco empezó las excavaciones en gran escala, siguiendo la línea del antiguo trazado, pero ensanchándole considerablemente para que las nuevas naves pudieran pasar y cruzarse sin necesidad de alzar los remos. Sin embargo, después de algún tiempo se vió obligado á desistir de la empresa sin conseguir realizar-



NECO

la, á causa de la extraordinaria mortalidad que habia entre los trabajadores: Herodoto dice que perecieron en número de 120.000. En todo caso, estas grandes pérdidas, que bien pudieron ser originadas por alguna epidemia, hicieron cambiar de propósito al monarca, sugiriéndole distintos proyectos que le permitieran obtener los mismos resultados.

¿Por qué la misma naturaleza no habria establecido la comunicación marítima de los dos mares que

bañan las costas egipcias? Sabido era que tanto el Mediterráneo como el mar Rojo confinaban con el gran Océano, y los geógrafos griegos enseñaban que este mismo mar daba la vuelta á la tierra. Neco quiso saber si el África era circunnavegable, y tripulando al efecto algunos buques con atrevidos y experimentados marineros fenicios, que tenían por costumbre desafiar los peligros del Atlántico más allá de las Columnas de Hércules, los envió desde un puerto del mar Rojo, con orden de hacerse á la vela hacia el Sur, navegando siempre á la vista de la costa de África por su banda de estribor, y ver si podían volver al Egipto por el Mediterráneo. La empresa tuvo feliz éxito. Las naves, movidas por la mano práctica de los Fenicios, anticiparon la derrota de Vasco de Gama, dando la vuelta al cabo de las Tormentas y volviendo por el Atlántico, estrecho de Gibraltar y Mediterráneo, á la tierra de donde habían salido. Pero no llegaron al Egipto *hasta después de tres años*; así que su éxito no tuvo resultados prácticos, por lo que á los proyectos guerreros de Faraón podía referirse, y éste abandonó la idea de reunir sus dos flotas á causa de lo largo del camino y de los peligros de la navegación.

No por ello desistió, sin embargo, de sus propósitos belicosos. La Siria, Fenicia y Palestina continuaban en su intranquilo estado, habiendo sacudido el yugo de la Asiria y no teniendo bien afirmado el de Babilonia; Josué había aprovechado la ocasión para extender su autoridad sobre Samaria; la Fenicia vacilaba entre someterse á Nabopolassar ó afirmar su independendencia: en todo el Oriente reinaba gran agitación. Hacia el año 608 antes de J. C., Neco determinó emprender su campaña de aventuras. Se

puso al frente de numeroso ejército, principalmente compuesto de mercenarios, y siguiendo el camino de la costa siria al tiempo que su flota del Mediterráneo le seguía y apoyaba en la mar, dirigióse por las tierras bajas de Philistia y Sharon á cruzar la cadena de montañas que cierra en su parte meridional la llanura de Esdraelón, donde hubo de detenerse por interceptarle el paso un ejército enemigo. Pertenece á Josué, quien temeroso de que las conquistas de Neco pusieran en peligro su existencia, ó quizás unido por secretos pactos con Nabopolassar, resolvió oponerse á la marcha de las tropas egipcias, ocupando fuertes posiciones junto á Megiddo en el extremo meridional de la llanura. Resuelto á no ceder ni franquear el paso, fuéles preciso á los Egipcios librar una batalla, que como era de suponer, se convirtió en completa derrota para el ejército judaico. Neco lo arrojó de sus posiciones persiguiéndolo en su huida, mientras que Josué, mortalmente herido, era llevado á Jerusalén en sus carros de reserva. El vencedor Faraón avanzó hacia la Siria conquistando toda la comarca hasta Carchemish en el Éufrates. No halló más resistencia, y después de una campaña de tres meses, Neco volvió en triunfo á su país, llevando prisionero á Jehvahaz, hijo de Josué, y dejando á su hermano mayor Jehoiakim como monarca tributario en Jerusalén.

Durante tres años conservó el Egipto sus conquistas, sintiéndose de nuevo con la fuerza de un estado guerrero, capaz de luchar á brazo partido con cualquier Imperio del mundo entonces existente. Pero luego le cayó encima Némesis. En el año 605 antes de J. C., Nabopolassar de Babilonia despertó del letargo en que parecía haberle sumido la pérdida de



su prestigio, y resolvió hacer un esfuerzo para recobrarlo. Era ya, sin embargo, muy viejo para dirigir personalmente su ejército, por lo que le colocó bajo las órdenes de su hijo Nebuchadnezzar, enviándole á la reconquista de la Siria. Tropezó con Neco en el Éufrates, y junto á Carchemish los dos ejércitos libraron sangrienta batalla, de fatales consecuencias para los Egipcios, que fueron completamente derrotados. No poseemos una descripción histórica del combate, pero bien puede suplirla la descripción profética de Jeremías, que dice así:

«Preparad el escudo y la rodela, y salid á la batalla.

Uncid los caballos, y subid caballeros: presentaos con yelmos, pulid las lanzas, vestios las lorigas.

¿Pero qué? los vi asombrados, y volver las espaldas á sus valientes heridos: huyeron precipitados sin mirar atrás; terror por todas partes, dice el Señor.

No huya el ligero, ni crea salvarse el valiente. Hacia el Aquilón, cerca del rio Éufrates, fueron vencidos, y cayeron.

¿Quién es este, que sube como un río; y se encrespan sus romolinos como los de los torrentes?

El Egipto sube á manera de río, y sus olas se moverán como rios, y dirá: Subiendo cubriré la tierra; destruiré la ciudad, y sus habitantes.

Montad en los caballos, retozad sobre los carros; marchen los valientes, la Ethiopia y los de Lybia armados de escudos, y los Lydios echando mano de las flechas y arrojándolas.

Y aquel día del Señor Dios de los ejércitos, día será de venganza, para cobrarla de los enemigos; devorará la espada, y se hartará y se embriagará con

la sangre de ellos; porque la víctima del Señor Dios de los ejércitos será en tierra del Aquilón, cerca del río Euphrates.

Sube á Galad y toma resina, virgen hija de Égipto: en vano multiplicas las medicinas; no habrá salud para ti.

Oyeron las gentes tu afrenta, y tu alarido llenó la tierra; porque el valiente tropezó con el valiente, y entrambos igualmente cayeron»<sup>1</sup>.

El desastre fué total, completo, irremediable. Lo único que se pudo hacer fué «huir despacio», interponiendo el desierto y el Nilo entre el vencido y los vencedores, y dominar con su sumisión la cólera del conquistador. Neco abandonó la lucha, evacuó la Siria y Palestina, y á toda prisa buscó el refugio de su propia tierra, á la cual probablemente le habría seguido sin vacilar Nebuchadnezzar, si no hubiese recibido la noticia de la muerte de su padre Nabopolassar. Hubo de retroceder á Babilonia con toda rapidez, para asegurar su sucesión, y dejó respirar libremente al monarca egipcio, por lo menos durante algún tiempo.

Así se desvaneció el sueño de reconquistar el Imperio asiático, que Psamético acarició y Neco quiso realizar. La derrota de Carchemish lo deshizo por completo, y destruyó también las esperanzas que más tarde pudieran tener otros Faraones.

<sup>1</sup> Profecías de Jeremías, XLVI, 3-12 (versión del P. Scio).

## ULTIMOS REYES SAITAS.—PSAMÉTICO II, APRIES Y AMASIS



EL renacimiento saítico en el arte y la arquitectura, en el comercio y la prosperidad general, inaugurado por el primer Psamético, continuó bajo sus sucesores. Al corto periodo del reinado de Psamético II pertenecen considerable número de inscripciones, algunos bajo-relieves en Abydos y Philoe y gran número de estatuas, siendo notable por su belleza una de éstas que actualmente se halla en el museo Vaticano. Apries hizo labrar numerosas estelas, y por lo menos un par de obeliscos para adornar el templo de Neith en Sais. Amasis protegió también con gran empeño el arte y la arquitectura: añadió al mencionado templo un nuevo patio de entrada, con pilones de grandes dimensiones, adornando el dromos que conducía á su recinto con numerosas andro-esfinges; levantó colosales estatuas dentro los muros del templo, y trajo desde Elefantina un sagrario consistente en un monolito de dimensiones extraordinarias. Encuéntranse también restos de su actividad arquitectónica en Memphis, Tebas, Abydos, Bubastes y Thmuïs ó

Leontópolis. Hasta se intentó hacer el retrato en pintura, puesto que Amasis envió como regalo al pueblo de Cirene su imagen pintada en un lienzo. Sostuvieron los Egipcios del siglo siguiente que el reinado de Amasis señaló la época de mayor prosperidad que puede atravesar el Egipto, pues dió entonces la tierra más productos, fueron las ciudades más numerosas y todo el pueblo sintióse más feliz en aquellos tiempos que en los anteriores y en los subsiguientes. Amasis dió nuevo impulso al comercio sosteniendo frecuentes relaciones con los Estados griegos del Asia Menor y con los pobladores de Cirene, y aumentó los privilegios de que gozaban los mercaderes de Naucratis.

Hasta bajo el punto de vista militar el país se rehizo en parte del desastre de Carchemish. El Imperio babilónico no estaba aún suficientemente consolidado al subir al trono Nebuchadnezzar, para que este monarca pudiera trazar desde luego extensos planes de conquista. Mucho debía hacer en Elam, en el Asia Menor, en la Fenicia y en Palestina, antes de ocuparse en someter más remotas regiones. Tres años después de la batalla de Carchemish la Judea había sacudido el yugo de Babilonia, y algunos años más tarde á su vez rebelóse la Fenicia bajo la hegemonía de Tiro. Nebuchadnezzar no experimentó grandes dificultades para vencer la rebelión judaica; pero Tiro resistió á sus ejércitos con grande obstinación, y no pudo ser sometida sino después de trece años de lucha. Era también insegura la situación de la Judea; sabíase que esta comarca no guardaba afecto alguno al Imperio babilónico y que aprovecharía la primera ocasión oportuna para rebelarse de nuevo. Ocupado en la represión de esos desórde-

nes dentro de su reino, Nebuchadnezzar dejó en paz al Egipto, que así pudo reparar sus pérdidas y rehacer hasta donde le fué posible su fuerza militar.

Neco sobrevivió á su derrota nueve años, durante los cuales restauró su poder absteniéndose de toda empresa guerrera. Su hijo Psamético II, que le sucedió en el año 596 antes de J. C., dirigió un ataque contra los Etiopes, penetrando, según parece, hasta el fondo de la Nubia, en donde dos de sus generales, el Griego Apolonio y el Egipcio Amasis, dejaron un monumento en las rocas de Abu-Simbel: es la inscripción griega más antigua que se conoce y damos de ella el facsimile siguiente, aunque en pequeñas dimensiones:

ΒΑΣΙΛΕΟΣ ΕΛΘΟΝΤΟΣ ΕΣ ΕΛΕΦΑΝΤΙΝΑΝ ΨΑΜΑΤΙΚΟ  
 ΤΑΥΤΑ ΕΓΡΑΨΑΝΤΟΙΣΥΝ ΨΑΜΜΑΤΙΚΟΙ ΤΟΙΘΕΟΚΛΟΣ  
 ΕΠΛΕΟΝ ΒΛΘΟΝ ΔΕ ΚΕΡΚΙΟΣ ΚΑΤΥΓΕΔΘΕΝΙΣ ΟΡΟΤΑΜΟΣ  
 ΑΝΙΒΑΡΟΛΟΣ ΟΣΟΒΧΕΠΟΤΑΣΙΜΤΟ ΑΙΓΥΠΤΙΟΣ ΔΕ ΑΜΑΣΙΣ  
 ΕΓΡΑΦΕ ΔΑΜΕΔΡΤΟΝ ΑΜΟΙΒΙΤΟ ΚΑΙ ΠΕΛΕΦΟΣ ΟΝ ΔΑΜΙ

Apries, hijo de Neco, concluyó esta guerra en el primer año de su reinado (590 a. de J. C.), por medio de uno de sus generales, y viendo que Nebuchadnezzar no podía aún reducir ni sujetar á los Fenicios, se arriesgó en 588 á firmar un tratado con Zedequías, rey de Judá, ofreciéndole su apoyo á cambio de su asistencia contra los Babilónicos. Aceptó Zedequías el pacto, y empezó la lucha, que sólo debía terminar con la toma y destrucción de Jerusalén y el cautiverio de los judíos en Babilonia.

No se ha fijado con exactitud la parte que Apries tomó en esta guerra. Sabemos que reunió todas las fuerzas del Imperio y marchó á la Palestina para socorrer á Zedequías, tan pronto como supo que éste

se hallaba en peligro; sabemos también que se dirigió á Jerusalén, y que tal fué el efecto causado por su marcha, á los contrarios, que Nebuchadnezzar se vió por el momento obligado á levantar el sitio (Jeremías, XXXVII, 5); pero ignoramos lo que ocurrió después. Es posible que Apries al saber que el ejército caldeo se retiraba de Jerusalén para marchar á



PIEDRA NEGRA GRABADA  
BABILÓNICA, CON EL BUS-  
TO DE NEBUCHADNEZZAR

su encuentro, se asustara ante el peligro é iniciase una retirada tan súbita como vergonzosa, ó acaso se presentó resueltamente á librar batalla á la hueste babilónica, siendo vencido por ésta y viéndose obligado á retirarse á su país. Josefo afirma que ocurrió lo segundo; el silencio guardado por la Escritura nos induce á creer que sucedió lo primero: en cualquiera de ambos casos el resultado debía ser el mismo. El Egipto retrocedió delante de Babilonia; la Palestina fué evacuada, y Zedequías vióse abandonado á sus propias fuerzas. En el año 586 antes de J. C. cayó Jerusalén; Zedequías hecho prisionero fué cruelmente privado de la vista: ardieron el templo y la ciudad, y la gran masa de su población marchó cautiva á Babilonia. De esta suerte el Imperio caldeo extendió sus dominios por aquella parte, anexionando el último Estado que en sus fronteras del Sudoeste conservaba una sombra de independencia; y de nuevo se tocaron los dos grandes poderes enemigos que tarde ó temprano, debían atacarse mutuamente.

Reconociendo que esta colisión era inevitable, Apries quiso aumentar su poder y su fuerza de resistencia agregando á su Imperio las ciudades fenicias

de la costa siria, cuya adhesión le daba por lo menos gran superioridad en el mar. Enviò un ejército por mar y tierra á Tiro y á Sidón, con el que derrotó en gran combate á las flotas combinadas de la Fenicia y de Chipre, puso sitio á Sidón, y después de algún tiempo tomó por asalto esta ciudad. Quiso entonces fortificarse por el lado de tierra apoderándose de la ciudad griega de Cirene, que en aquella época era ya muy rica y floreciente; pero aquí la fortuna le volvió la espalda, porque las fuerzas cirenaicas enviadas contra su ejército lo batieron por completo, y esta derrota atrajo sobre Apries el descontento de sus súbditos, que lo acusaron de haber enviado las tropas á un desastre seguro. Según Herodoto, á consecuencia de esto estalló una revolución que costó á Apries el trono y poco tiempo después la vida; pero esta narración del historiador griego es altamente fantástica, porque recientes descubrimientos han venido á dar luz sobre el distinto fin de este renombrado monarca.

Está probado que, en el año 568 antes de J. C., Nebuchadnezzar dirigió una expedición contra el Egipto, y según todas las probabilidades entonces vivía aún Apries. Sin embargo, su sucesor Amasis parece haber sido el antagonista que directamente le resistió en los campos de batalla, mientras que Apries permanecía encerrado en su palacio de Sais. Apries y Amasis reinaron juntos desde el año 571 hasta el 565 antes de J. C. En un principio Nebuchadnezzar no quiso ocuparse de Sais, marchando por el camino de Heliópolis y Bubastes (Eze., XXX, 17.), contra las antiguas capitales Memphis y Tebas. Después de tomar estas ciudades, «destruir los ídolos y borrar las imágenes», avanzó por el valle del Nilo hacia Elefantina,

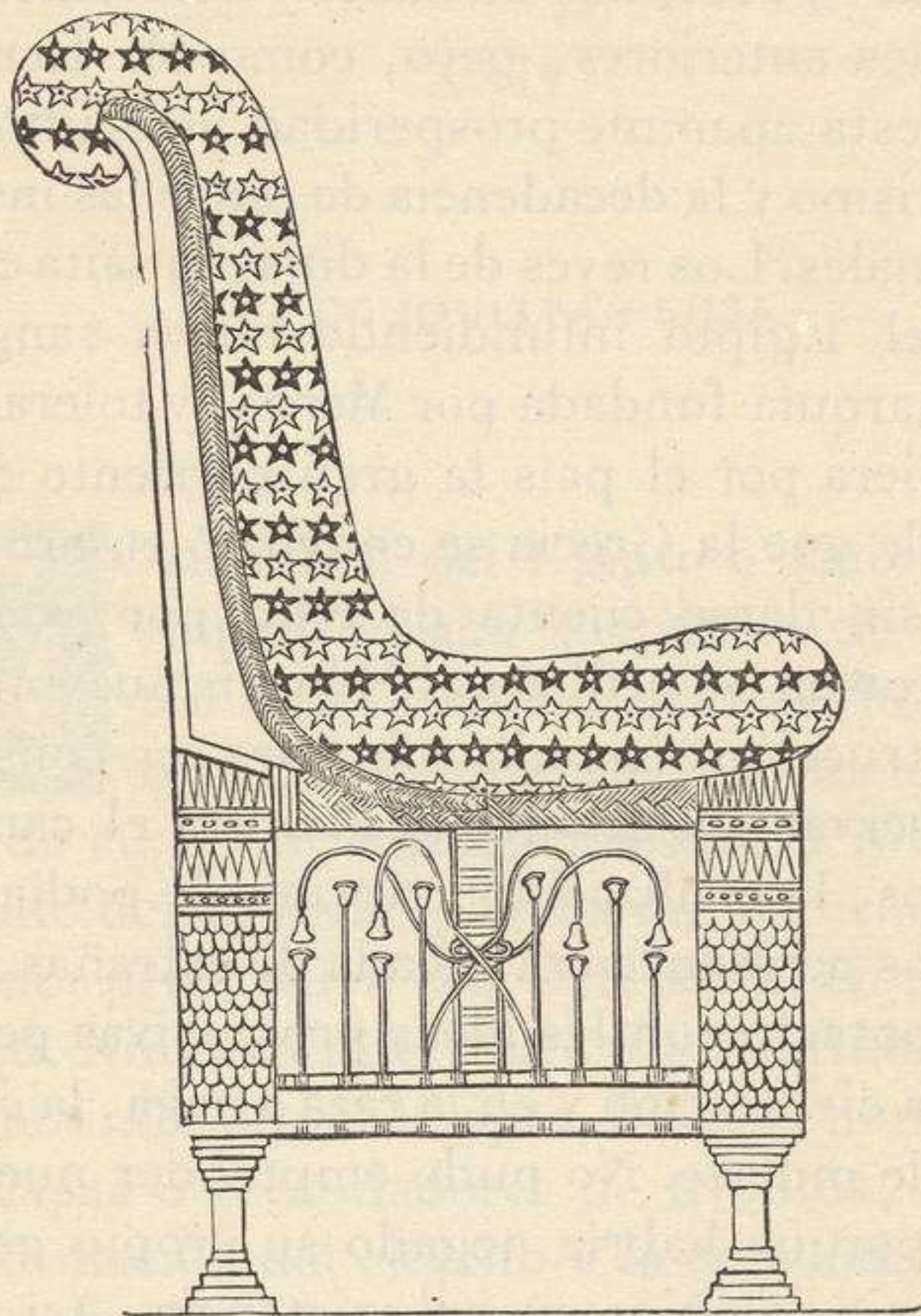
que también ocupó, proyectando penetrar en la Nubia. Sin embargo, le hizo desistir de su propósito una derrota que le causó Nes-Hor, gobernador del Sur, y volviendo á bajar al valle, completó la destrucción del Egipto en la forma descrita por Jeremías y Ezequiel. Es probable que en el año 565 antes de J. C., ó sea tres años después de la primera invasión, tomara á Sais y condenase á muerte al anciano Apries <sup>1</sup>. Permitted á Amasis que siguiera reinando, pero sólo como monarca tributario, y de este modo se convirtió el Egipto en «reino envilecido» (Eze., XXIX, 14), «el más vil de los reinos» (Id., XXIX, 15), teniendo en cuenta su antiguo poderio.

Sin embargo este «Imperio envilecido» florecía materialmente y prosperaba más que en todo el curso de su historia. La seguridad de que gozaba de verse libre de toda extranjera agresión, animó considerablemente la industria privada y las empresas mercantiles; acabó con los enormes gastos impuestos por las expediciones militares, mejoró la situación del erario, y los empleados que lo administraban pudieron invertir sus caudales en empresas reproductivas. Nunca estuvo mejor desarrollado que entonces el sistema de cultivos agrícolas, y hasta la naturaleza pareció asociarse á la obra de los hombres dando inundaciones regulares y cosechas abundantes. Las «veinte mil ciudades» que Herodoto asigna al país en aquel tiempo, podrán haber sido un mito; pero sin ningún género de duda la tradición que las creó y mantuvo se basaba en la gran prosperidad de que el país no diera antes ejemplo. Publicó Amasis una ley por la cual cada Egipcio debía presentarse una vez al año ante el gobernador de su provincia y

<sup>1</sup> Josefo, *Ant. Jud.*, X., 9, 97.



probar que tenía honrados medios de ganar su vida: sin duda esta disposición contribuyó á generalizar la industria, pero no dejó de influir en tal resultado el ejemplo dado por el mismo monarca, con su protección al arte y á la arquitectura. Sus obras arquitectó-



ANTIGUO SILLÓN EGIPCIO

nicas debieron emplear constantemente á gran número de personas, como canteros, barqueros, fabricantes de ladrillos, revocadores, albañiles, carpinteros y contratistas: su apoyo á los artistas hizo que éstos tuvieran ocupación continua, y que entre los mismos súbditos de las clases superiores se desarrollara el gusto y la afición á las obras de arte. Los esculto-

res y pintores fueron felices bajo un monarca que continuamente construía templos, erigía colosos, ó enviaba estatuas y pinturas de su persona como regalo á los Estados y santuarios extranjeros.

El aspecto externo del Egipto bajo el reinado de Amasis fué, pues, más brillante y floreciente que en los tiempos anteriores; pero, como M. Lenormant observa, esta aparente prosperidad no ocultó la falta de patriotismo y la decadencia de todas las instituciones nacionales. Los reyes de la dinastía saíta creyeron vivificar el Egipto infundiendo nueva sangre á la vieja monarquía fundada por Menés, y toleraron que se extendiera por el país la gran corriente de ideas liberales de que la Grecia se convirtió en propagadora. Pero sin darse cuenta de ello, por este medio introdujeron en las orillas del Nilo un nuevo elemento de destrucción. Creada sólo para ser conservadora, y preservar sus tradiciones contra el cambio de los tiempos, la civilización egipcia sólo podía subsistir mientras permaneciera aislada de extrañas influencias. El contacto con las ideas progresivas personificadas en la civilización y en la raza griega, la condenó á inevitable muerte. No pudo emprender nuevos derroteros, porque habria negado su propio genio, ni continuar sin cambios en su existencia. Así, al empezar á penetrarla la influencia griega, cayó en completa disolución y hundióse en un estado de decrepitud que parecía de muerte. Pronto veremos con qué rapidez desaparece el poder egipcio por completo, cuando llega la hora de la prueba, y cómo la aparente prosperidad del reino en época de Amasis ningún apoyo pudo prestarle en la hora de la necesidad y del peligro.

## LA CONQUISTA PERSA

**L**A sumisión del Egipto á Babilonia, que empezó el año 565 antes de J. C., era tan ligera y, por decirlo así, nominal, que no hubo de preocupar á una nación poco celosa de su honor é independencia. Probablemente el Estado dependiente pagaba un pequeño tributo al soberano; pero, salva esta excepción, en nada sentía su yugo. Ninguna intervención tenía Babilonia en el gobierno interior del Egipto, ni en el nombramiento de sátrapas ó recaudadores de tributos, ni siquiera en la formación del ejército ó la demanda de contingentes armados. Sólo de esta manera se concibe que, aunque Nebuchadnezzar viviera siete años después de su conquista del Egipto, y su muerte fuera señal de disturbios y desórdenes en el Imperio babilónico por haberse proclamado en seis años cuatro reyes y asesinado dos, en nada influyera aquel Estado en la situación de Amasis, que siguió tranquilo y contento en su monarquía, sin hacer ningún esfuerzo para sacudir el yugo extranjero y restablecer la independencia del país. Únicamente cuando su apatía vióse

sacudida desde fuera, con la demanda que una nación extraña le dirigia solicitando su respuesta, reflexionó



IMAGEN EN RELIEVE DE CIRO, EN PASAGARDA

sobre su situación y convencióse de que sin gran peligro podía declararse independiente: Había soportado tranquilamente la situación de súbdito por

más de veinte años, cuando á los siete años habría podido cambiarla con toda facilidad.

La demanda dirigida á Amasis era decisiva. Un nuevo Estado se había constituido en el Asia. En el año 558 antes de J. C., diez años después de la sumisión del Egipto á Nebuchadnezzar, Ciro, hijo de Cambises, monarca tributario de Persia bajo los Medos, se declaró independiente, emprendiendo una carrera de conquistas. Hizóse dueño de gran parte de la comarca de Elam, y se dió á sí propio el título de «Rey de Ansan», siguiendo una larga guerra con Astyages (Istivegu), su primer soberano, que terminó en 549 al hacer prisionero al rey meda y apoderarse de sus dominios. Entonces vióse que por el Asia amenazaba á todos un gran peligro. Los Medos, raza montañesa de gran fuerza física y singular bravura, habían sido reconocidos durante más de un siglo como el pueblo más poderoso del Asia occidental; sin embargo, en un momento habían sido vencidos y conquistados por otra raza montañesa más poderosa. Esta raza tenía á su cabeza un príncipe enérgico y emprendedor, con toda la fuerza de la juventud y el calor de las grandes ambiciones. Su actitud fué naturalmente considerada como directa amenaza dirigida á los Estados vecinos de Babilonia y Lidia, cuyas familias reales estaban unidas por relaciones de parentesco. Creso de Lidia fué el primero en alarmarse y adoptar las medidas convenientes á su seguridad. Ocurriósele la idea de formar una gran liga entre los principales poderes amenazados por el levantamiento de la Persia, con objeto de defenderse contra el común enemigo; y en cumplimiento de este propósito, en el año 574 antes de J. C., envió una embajada al Egipto y otra á Babilonia pro-

poniendo la alianza de los tres reinos. Amasis hubo de resolver si mantendría su sujeción á Babilonia y rehusaría la oferta, ó si con el hecho de aceptarla se declararía soberano independiente. Pero enteróse por la embajada, si es que no lo sabía ya antes, de que Nabonadius, el monarca babilónico, se hallaba en situación muy difícil y no podía preocuparse por su conducta. Más aun: era probable que, en vista de las circunstancias, á este último le conviniera más la inteligencia con Amasis que su separación de la liga; de modo que sólo se le ofrecían ventajas de su unión con Creso. El monarca lidio era dueño del Asia Menor, y sólo con su permiso podían reclutarse y mantenerse aquellos mercenarios jonios y carios que formaban el único apoyo del trono de los Faraones. No podía ofenderse á tan importante personaje, por lo cual Amasis entró en la alianza y se comprometió á socorrer á cualquiera de los dos aliados que primeramente se viese envuelto en una guerra con Ciro. Sin duda alguna existía en el convenio la cláusula de la reciprocidad, por más que la distante posición del Egipto alejara todo probable temor de necesitar extraño concurso.

Ni siquiera se vió Amasis obligado á cumplir sus compromisos. En 546 antes de J. C., Creso se adelantó á declarar la guerra á Persia, cruzando el río Halys é invadiendo la Capadocia, que formaba parte de los dominios de Ciro, sin solicitar para ello ningún auxilio de sus aliados. Habiendo sufrido una terrible derrota en Pteria, ciudad de la Capadocia, volvió á su capital, y al instante despachó mensajeros al Egipto y á Babilonia pidiendo inmediata ayuda. Ignoramos las disposiciones tomadas ó siquiera proyectadas por Amasis; pero es evidente que antes de

hacer salir un solo soldado de su reino, supo ya que sería inútil su cooperación. Apenas Creso llegó á la corte, el ejército de Ciro invadió sus Estados, derrotó de nuevo en la llanura de Sardis á su ejército, y en catorce días puso sitio y tomó á la capital. Cayó Creso en manos del vencedor, que le trató bien, pero su reino fué anexionado á Persia. Entonces era ya tarde para enviar ningún socorro, y así hubo de disolverse la triple alianza, cuyo único resultado favorable fué dejar reconocida la soberanía de Amasis después de haberle relevado de todos sus compromisos.

Poco tiempo después, en el año 538 antes de J. C., la absorbente monarquía persa hizo otra víctima: fué atacado Nabonadius, tomada Babilonia, y destruido el Imperio caldeo que habia vivido durante casi veinte siglos. Sin embargo, sostúvose la lucha por algunos años, á causa de la desmembración de algunas provincias de este Imperio. La Fenicia habia proclamado de nuevo su independencia, y la isla de Chipre, fenicia también hasta cierto punto, siguió el ejemplo de la madre patria. En estas circunstancias, Amasis creyó hallar una oportunidad para ceñir laureles á poca costa, pues envió una expedición naval á aquella isla, que fué cogida por sorpresa y conquistada sin resistencia. Sin embargo, no era prudente por parte del monarca egipcio recordar en aquellos momentos á Ciro que existía aún un enemigo en pie y armado, uno de los coligados de diez años atrás que ahora le impedía recoger todo el fruto de sus victorias. Seguramente el monarca persa sintió esta ingerencia egipcia en territorios que tenia cierto derecho á considerar como formando parte de sus Estados; pero ignoramos si se dispuso á vengar la

afrenta. Algunos afirman que ordenó á Amasis que le enviara una de sus hijas como concubina, insulto de que el rey egipcio se libró por medio de un engaño, aunque en apariencia mostró someterse á aquel mandato.

Ciro no marchó directamente contra Amasis por causa de otras guerras más importantes que le ocuparon el resto de su reinado. En primer lugar le detuvo la conquista de los Estados existentes entre el mar Caspio y el Océano Indico: y luego en la frontera del Nordeste llamó su atención un peligro, que le costó la vida al ir á conjurarlo. Las tribus independientes de más allá del Oxus y el Jaxartes han sido una continua dificultad y peligro para los poderes que han gobernado en la meseta del Irán: Ciro cayó cuando iba á rechazar un ataque de aquella parte. Sin duda alguna alegróse Amasis de la derrota y muerte del gran rey guerrero; pero quizás habría sufrido menos el Egipto si la invasión persa de sus territorios, que era inevitable, hubiese sido conducida por el noble, magnánimo y compasivo Ciro, en vez del absoluto, tiránico y maniático Cambises.

Cambises sucedió á su padre Ciro en el año 529 antes de J. C., y su primer acto fué someter la Fenicia á su poder. Para un ejército que se disponía á invadir el Egipto, era de inmensa importancia tener una flota que llevara agua y provisiones y que sirviera para dominar las bocas del Nilo, con lo cual era fácil bloquear por mar y tierra las grandes ciudades de Pelusa, Tanis, Sais, Bubastes y Memphis. Desde la elevación de Cambises al trono, la Persia carecía de flota; pero este monarca, amenazando por tierra las ciudades fenicias, consiguió inducir las á que se sujetaran á su poder. Luego con su ayuda se-



paró á Chipre del Egipto, y además obtuvo la cooperación de una escuadra chipriota. Tomó también á su servicio algunos buques griegos, y, aunando todos estos elementos, consiguió hacerse dueño absoluto del mar, apoderándose de las bocas del Nilo, y aun llevar su flota por el rio hasta los mismos muros de Memphis.

Sin embargo, presentábanse muchas dificultades á la marcha de su ejército. El Egipto está separado de la Palestina por una extensión considerable de desierto sin agua, y era preciso llevar ésta por mar ó á lomo de camello para aprovisionamiento de los soldados, servidores y bagajes. Era indispensable un numeroso cuerpo de camellos, pues aunque los Persas usaban estos animales, no los tenían en número suficiente, y en todo caso, necesitaban procurárselos así como una respetable cantidad de pellejos para conducir el agua. El monarca persa hizo una alianza con el caudillo más poderoso de los beduinos de aquella región, quien se encargó de suplir toda el agua que requiriesen sus tropas. Así pudo cruzar el desierto sin peligro ni molestia, y conducir su ejército intacto á la rama pelusiaca del Nilo, junto á su punto de unión con el mar Mediterráneo.

En este lugar se le opuso á su marcha un ejército compuesto de Egipcios, Griegos y Carios. Amasis había muerto seis meses antes, dejando el trono á su hijo Psamético III, príncipe joven que á pesar de su inexperiencia había adoptado todas las necesarias medidas para proteger su reino contra una invasión extranjera. Había reunido los mercenarios griegos y carios, formando además un numeroso cuerpo de indígenas; y con todos ellos fué á tomar ventajosas posiciones cerca de Pelusa. Tenía completa confianza

en sus mercenarios, por más que no eran soldados aguerridos; pero poco esperaba de las tropas egipcias cuya flojedad conocía, así como sus rivalidades con los Griegos y su absoluta inexperiencia de la guerra, por no haberse librado un solo combate en los últimos cuarenta años. Y este ejército debía oponerse al que Cambises trajo al Egipto, compuesto de Persas, Medos, Hircanios, Mardianos y Griegos, educados en la escuela de Ciro; veteranos de las pasadas guerras, que tenían absoluta confianza en la victoria. Los soldados de Psamético III se mostraron aún más inferiores á lo que de su valor se suponía; carecían de patriotismo y experiencia, pareciendo arrastrados por la fuerza á servir la causa de los reyes saitas. Así el encuentro entre los dos ejércitos, más que una batalla fué una carnicería, pues aunque los mercenarios ofrecieron tenaz resistencia, debieron sucumbir ante el número muy superior de sus contrarios, que en valor les igualaban. Los Egipcios fueron degollados como corderos, pues, según Cterias, perecieron en número de 50.000; mientras que la pérdida total de los Persas sólo ascendió á 6.000. Después de breve lucha, huyeron las tropas de Psamético, desbandándose por completo, y los fugitivos no pararon hasta Memphis, encerrándose dentro de sus murallas.

El Egipto tuvo siempre la desgracia de verse obligado á decidir su suerte en una sola batalla. En la comarca no hay líneas de defensa, ni fuertes posiciones, ni puntos estratégicos que puedan servir de apoyo al ejército. Todo el Delta consiste en una inmensa llanura de aluvión, de la cual sobresalen los montículos levantados por obra de los hombres. El valle del Nilo es suficientemente ancho para dejar por

todas partes una gran extensión de tierra donde los mayores ejércitos pueden moverse con desembarazo durante la pelea. El ejército que se retira á los montes de ambos lados del valle, queda abandonado y se destruye á si mismo, no hallando viveres ni agua. Así cuando una hueste extranjera invade el Egipto, tiene una sola cuestión que resolver: ¿puede, ó no, destruir todo el ejército indigena peleando á campo descubierto? Si gana una batalla ganará cincuenta; y esto es tan evidente, tan sabido, que en el Egipto una sola victoria ha sido siempre considerada como reconocimiento de la supremacia militar del que la obtuvo. Desde luego un ejército vencido puede prolongar su resistencia dentro de las fortalezas, y en muchas ocasiones el honor, la fama y el patriotismo exigen que así se haga; pero á menos de poderse reunir fuera razonables elementos de socorro, tales resistencias son inútiles é insostenibles aun bajo el punto de vista militar. No lo reconocen así siempre los jefes de los ejércitos, ó aun reconociéndolo se dejan llevar de otros móviles que no inspira la prudencia. Psamético, como otros soberanos egipcios, al verse derrotado en campo abierto, resolvió defenderse en su capital hasta el último extremo; recogió los restos de su vencido ejército y fué á ponerse al abrigo de las murallas de Memphis, esperando el ataque de su adversario.

No tardó mucho tiempo el ejército persa en aparecer delante de sus muros, rodeando la ciudad por tierra mientras que la flota la bloqueaba por el río. Un solo buque griego, comisionado para intimar á los defensores la rendición de la plaza, tuvo el atrevimiento de entrar en los canales interiores, donde fué capturado y destruido por los Egipcios; y descono-

ciéndose en ellos la ley internacional que ampara á los embajadores y á su séquito, la tripulación fué asesinada en medio de mil tormentos. Cambises vengó este ultraje con extrema severidad, pues al apoderarse poco tiempo después de la ciudad, mandó ejecutar públicamente á 2.000 ciudadanos principales, incluyendo entre ellos, según se dice, á un hijo del monarca. Éste en un principio sólo fué hecho prisionero y quizás habría podido seguir reinando como soberano tributario, si no se hubiese descubierto una conspiración para seguir la guerra. Por este hecho fué condenado á muerte y ejecutado ante Cambises.

La derrota habia sido profetizada por Ezequiel, cuando dijo:

«Porque cercano está el día, y llega el día del Señor: día de nublado será el tiempo de las naciones.

Y vendrá espada á Egipto: y habrá espanto en Ethiopia, cuando cayeren heridos en Egipto, y fuere aniquilada su multitud y destruidos sus cimientos.

La Ethiopia, y la Lybia, y los Lydics, y todos los pueblos restantes, y Chub, y los hijos de la tierra de la alianza, morirán con ellos á cuchillo...

Y caerán los que sostienen á Egipto, y será destruida la soberbia de su Imperio...

Y quedarán dispersos en medio de tierras desoladas, y sus ciudades se contarán entre las ciudades desiertas.

Y sabrán que yo soy el Señor, cuando metiere fuego en Egipto y fueren deshechos todos sus auxiliares...

Desenvainarán sus espadas sobre Egipto, y henchirán la tierra de muertos.

Y secaré las madres de los ríos, y pondré la tierra

en manos de los más malos, y destruiré la tierra y cuanto hay en ella...

Y destruiré los simulacros, y haré cesar los ídolos de Memphis, y no habrá más caudillo de la tierra de Egipto, y pondré espanto en su tierra.

Y asolaré la tierra de Phathures, y pondré fuego en Taphnis, y haré juicios en Alejandria.

Y derramaré mi indignación sobre Pelusio, fortaleza de Egipto, y mataré la numerosa gente de Alejandria.

Y pondré fuego en Egipto: como la que está de parto sentirá dolores Pelusio, y Alejandria será destruida, y en Memphis habrá congojas cada día.

Los jóvenes de Heliópolis y Bubasto morirán á cuchillo, y ellas irán en cautiverio.

Y en Taphnis se oscurecerá el día, cuando yo despedace allí los cetros de Egipto, y faltare en ella la soberbia de su poder: la cubrirá una nube; sus hijas irán en cautiverio»<sup>1</sup>.

Según Herodoto, no se contentó Cambises con adoptar las rigurosas medidas antes descritas, y quizás justificadas por las circunstancias que le rodeaban, sino que quiso ejercer sus derechos de vencedor de la manera más violenta y tiránica. Sometió á las mayores indignidades la momia del difunto rey Amasis, arrancada de su sepulcro; hirió en el muslo á un toro Apis recientemente consagrado, por suponer que la fiesta hecha en su honor era ficticia y sólo tenía por objeto celebrar el mal éxito de las campañas emprendidas por orden suya contra el oasis de Ammón y la Etiopia; exhumó numerosas momias por el solo capricho de examinarlas; entró en el gran templo de Phthah para insultar su imagen; echó al

<sup>1</sup> Profecías de Ezequiel, XXX, 3-18. (Traducción del P. Scio.)

fuego las estatuas de los Cabiros que halló en otro templo; mandó azotar á los sacerdotes del Apis, y por las calles hizo asesinar á los ciudadanos que celebraban una fiesta religiosa. Si los que informaron á Herodoto decían la verdad, el objeto de esta conducta era mostrar su desprecio hacia la religión egipcia y ofender los sentimientos del pueblo que la profesaba.

Por otra parte, dedúcese de una inscripción contemporánea que Cambises se conformó con las costumbres egipcias hasta el punto de adoptar «un nombre de reinado», según lo hacían los antiguos Faraones; hizo salir del templo de Neith en Sais á los extranjeros que lo habían ocupado, entregándolo á la custodia de un empleado indígena de alta categoría; y él mismo se hizo iniciar en los misterios de aquella diosa. Sin embargo, no debe extrañarnos tal contradicción: Cambises tenía un instinto iconoclasta, y bajo su dominio se deleitaba en evidenciar su horror hacia las supersticiones egipcias. Pero no siempre le dominaba este sentimiento, sino que gozaba también de intervalos lúcidos en los cuales obraba con el espíritu de un administrador y un hombre de Estado. Cuando de varios modos hubo exasperado á los Egipcios, antes de abandonar su país, creyó prudente destruir el efecto de su conducta reconciliándose con los sacerdotes. Así hizo en Sais aquellas concesiones al sentimiento público, se inició en los misterios de Neith, adoptó, como rey, un nombre nacional, y devolvió al culto un celebrado templo. Esta política conciliadora, inaugurada por Cambises, fué seguida por su sucesor Darío, quien reparó el templo de Ammón en el oasis de El-Khargeh, y de varias maneras

reconoció á las divinidades egipcias; pues como, al principio de su reinado, falleciera un toro Apis, ofre-



DARÍO Y SU SÉQUITO  
(Bajo relieve antiguo.)

ció la recompensa de cien talentos á quien le encontrara sucesor, y además quiso adornar con un nuevo obelisco el templo de Ammón en Tebas. Al mismo

tiempo administró con gran cuidado los intereses del Egipto, confiando su gobierno, como sátrapa, á cierto Aryandes; restableció el curso del canal entre el Nilo y el mar Rojo para dar mayores facilidades al comercio; favoreció el desarrollo de la flota egipcia; en el arreglo de gobiernos ó satrapías no impuso al pueblo más cargas que las que buenamente podía soportar, y de vez en cuando honró al país con su visita. No pudo, sin embargo, dominar el descontento ni apagar el odio despertado por los ultrajes de Cambises. Éstos quedaron indeleblemente impresos en la memoria de los Egipcios, que siguieron con su animadversión contra los Persas, esperando la oportunidad de sacudir su yugo y proclamar la independendencia.



## TRES REBELIONES DESESPERADAS

**F**UÉ la primera rebelión de los Egipcios contra sus dominadores, la provocada por la noticia de la batalla de Maratón. En el año 490 antes de J. C., supo el Egipto que las armas de su opresor, como siempre consideró á Dario, habian sufrido un desastre en la Grecia europea, donde 200.000 Medos y Persas sucumbieron ante 20.000 Griegos. Dario quiso de todos modos vengar esta derrota; y ya que las fuerzas del Imperio persa iban á dirigirse enteras hacia el Oeste, ofrecíase magnífica ocasión al Sur para separarse. En consecuencia, después de prepararse en secreto durante tres años, el Egipto se sublevó en el de 487. Probablemente sorprendió y asesinó la guarnición persa de Memphis, que parece ascendía á 120.000 hombres, y, proclamándose independiente, eligió á un indigena como soberano.

Los monumentos egipcios indican que este monarca se llamaba Khabash, nombre al parecer de origen extranjero. Fortificó las costas del país para protegerlas contra los ataques que pudiera intentar la

flota persa, y sin duda preparóse al mismo tiempo por tierra por si acaso la invasión venía del lado de la Fenicia. Sin embargo, para nada sirvieron estos preparativos. Aunque Darío murió en el año siguiente á la rebelión, ó sea en 486, su hijo y sucesor Jerjes decidió al instante reconquistar el Egipto, y en 485 lo invadió y dominó por completo, colocándole bajo un régimen mucho más severo que el que antes tenía, nombrando al efecto sátrapa á su hermano Aquemenes.

Siguieron veinticinco años de tranquilidad, durante los cuales los Egipcios se mostraron súbditos sumisos de la Persia y hasta se distinguieron bajo sus órdenes en las expediciones militares contra el Imperio. El Egipto proporcionó doscientas galeras trirremes á la flota conducida á la Grecia por Jerjes, y esta flota dió pruebas de valor en los combates navales de Artemisa, capturando cinco buques griegos con sus tripulaciones. Además, Mardonio estimó tanto el valor de los marineros egipcios, mientras pelearon á bordo de sus barcos, que, al volver al Asia la flota persa después de Salamina, los desembarcó, convirtiéndolos en soldados de tierra.

Nada de particular ocurrió en Egipto durante el reinado de Jerjes; pero en el año 460 antes de J. C., cuando hacia ya cinco años que su hijo Artajerjes ocupaba el trono de Persia, estalló una segunda sublevación, causa de largas y terribles luchas. Cierta Inarus, caudillo de alguna de las tribus africanas que poblaban la frontera occidental del Egipto y que muy bien podía ser descendiente de los Psaméticos, se puso al frente de esta rebelión y, unido con el egipcio Amyrteo, dispuso el ataque contra las guarniciones persas en el país, ordinariamente compuestas

de 120.000 hombres. Libróse una gran batalla en Papremis, junto al Delta, en la cual los Persas fueron completamente derrotados y su jefe Aquemenes murió á manos del mismo Inarus. Sin embargo, el resultado no fué decisivo, porque Memphis siguió resistiendo. Inarus y Amyrteo solicitaron el auxilio de Atenas, que entonces poseía la escuadra más poderosa de los mares, y podía prestarles efectiva ayuda ocupando el río. Atenas, entonces bajo la influencia del ilustrado Pericles, aceptó con mucho gusto la proposición, y envió 200 galeras trirremes equipadas por lo menos con 40.000 hombres, con orden de ayudar á los rebeldes y hacer á los Persas todo el daño posible. Subiendo el Nilo, la flota ateniense encontró una escuadra persa anclada en sus aguas, pero destruyó con gran facilidad este obstáculo opuesto á su paso, y pudo llegar hasta los muros de Memphis, sitiando esta ciudad por tierra y por el río. La ciudad fué tomada, más no así la ciudadela, llamada Leucon Teichos ó *Fortaleza blanca*, en la cual se encerraron los soldados persas, resistiendo durante muchos meses.

Mientras tanto Artajerjes no perdía el tiempo. Reunió un ejército de 300.000 hombres, lo puso bajo el mando de Megabazo, que era uno de sus mejores generales, y lo envió al Egipto para combatir á los rebeldes. Megabazo marchó sobre Memphis, derrotó á los Egipcios y á los aliados en una gran batalla librada junto á los muros de la ciudad, socorrió la ciudadela, y por fin recobró la capital: los atenienses se retiraron á la región de Prosopitis, especie de isla en el Delta, formada por dos canales del Nilo, en los cuales anclaron sus buques. Allí los sitió Megabazo, sin conseguir ningún resultado, durante diez y

ocho meses, pero á lo último se le ocurrió poner en práctica una estratagema parecida á la que, según se cuenta, empleó Ciro para apoderarse de Babilonia. Bloqueando el curso de uno de los canales, consiguió dirigir sus aguas á un nuevo canal, dejando en seco el lecho de aquél; con lo cual quedaron varadas las naves en la movediza arena, y sus tripulaciones no pudieron resistir el ataque de un enemigo cinco veces más poderoso. Escaparon muy pocos Griegos que pudieron huir á Cyrene: la flota de 200 buques cayó entera en poder del vencedor persa, quien pudo además apoderarse de un refuerzo de otras 50 galeras que, ignorando lo ocurrido, entraron por el río y fueron batidas y derrotadas, perdiendo más de la mitad de su número. Inarus, el monarca libico, se dió á la fuga, pero fué vendido por sus mismos partidarios y crucificado por los Persas. Amyrteo, que había sido reconocido como rey de Egipto durante los seis años que duró la lucha, refugióse en los pantanos del Nilo, donde por otros seis años arrastró miserable existencia. No resistieron más los Egipcios, y su país volvió de nuevo á ser una satrapía persa (año 455 a. de J. C).

En esta época Herodoto, el gran historiador griego, á quien se ha dado el título de *Padre de la Historia*, visitó el Egipto, realizando su plan de reunir materiales para su grande obra. Era entonces un joven, probablemente de unos treinta años, puesto que había nacido entre las fechas de las batallas de Maratón y las Termópilas; viajó por todo el país hasta Elefantina, estudiando con ojo observador las maravillas que llenan la historia del Egipto, y describiéndolas con el entusiasmo que en algunas ocasiones hemos notado; y aun vió el campo de batalla donde

Inarus acababa de ser derrotado, con el suelo cubierto aún de cráneos y huesos de los caídos; permaneció largo tiempo en Memphis, entonces en el esplendor de su grandeza; visitó las canteras del lado oriental del Nilo, de las cuales se había extraído la piedra que sirvió para la construcción de las pirámides, y desde allí pudo contemplar los grandes monumentos que se elevaban á la orilla opuesta. Ya hemos visto que también visitó el lago Moeris, y examinó el famoso Laberinto, obra que consideraba más maravillosa aun que la de las pirámides. Finalmente se embarcó para Tiro, y el Egipto cerróse de nuevo á los viajeros griegos.

Inauguróse un segundo período de calma, que duró cerca de medio siglo, en cuyo intervalo nada conocemos del Egipto. Es posible que se resignara á su destino y viera desvanecerse sus sueños de independencia, pues no dió señal alguna de vida en estos cincuenta años: ni siquiera en los azarosos tiempos que siguieron á la muerte de Artajerjes I, hasta la elevación de Darío II al trono, intentó pelear por su libertad. Sin embargo, no se había reconciliado con sus opresores; al contrario, se preparaba en silencio dejando transcurrir el tiempo que necesitaba para un último y desesperado esfuerzo. En los años 406 ó 405 antes de J. C., hacia el final del reinado de Darío Noto, estalló la tercera rebelión del Egipto contra Persia. Un natural de Mendes, llamado Nephertis, ó con mayor propiedad Nefaa-rut, alzó el estandarte de la independencia, y empezó la guerra que después de algunos años pudo ver concluida con la expulsión de las guarniciones persas y el restablecimiento del trono de los Faraones. Por desgracia no tenemos ninguna relacion antigua de esta lucha, y sólo, sabe-

mos que con el tiempo se consolidó el gobierno de Nefaa-rut, que la Persia no le disputó la posesión del Egipto, y que reinó tranquilamente por espacio de seis años, ocupado en reparar y engrandecer el templo de Ammón en Karnak. No distinguimos en este reinado ningún progreso ni renacimiento; su éxito mismo, más bien fué resultado de la debilidad persa, que de la energía egipcia. Sin embargo, esta revolución inauguró un periodo de independendencia que duró cerca de sesenta años, y en los últimos días de una monarquía que acababa, fué como un rayo de luz, como un recuerdo de glorias en mejores tiempos obtenidas.

## XXVI

### NECTANEBO I

**T**IEMPOS turbulentos siguieron al reinado de Nefaa-rut. Los soldados mercenarios griegos, de quienes dependían los monarcas, eran de temperamento voluble, y fácilmente se incomodaban si en algo se atajaban sus inclinaciones. Comunmente manifestaron su disgusto destronando al rey que lo provocaba, por lo cual hallamos en este período de la historia egipcia que cinco monarcas pasaron por el trono en veinticinco años, sin que ninguno de ellos pudiera dedicarse á reorganizar el reino, ni siquiera á emprender construcciones de alguna importancia, pues todos debieron vivir al día, salvando de la mejor manera posible las dificultades del momento, sin poder atender á un porvenir que era fácil no les hallara con vida. El temor de la reconquista era también permanente; por lo cual los monarcas buscaban y contraían alianzas con los Estados extranjeros, sujetándose en consecuencia á riesgos y peligros que habría sido mucho más prudente evitar.

Mejóro tal estado de cosas con la elevación al

trono de Nectanebo I (Nekht-Horheb), en el año 385 antes de J. C. Era éste un príncipe vigoroso, que pudo poner á raya á los mercenarios, y formó un poderoso ejército egipcio merced al cual colocó al país en estado de defensa bastante para protegerse á sí mismo sin necesidad de procurarse alianzas extranjeras. Guardó convenientemente las siete bocas del Nilo, construyendo en todas ellas dos fuertes en los lados de sus riberas, que se comunicaban por medio de un puente. En Pelusa, donde era mucho mayor el peligro de un ataque, multiplicó sus precauciones rodeando á la ciudad por su lado de Oriente con un profundo foso y obstruyendo los demás caminos de la ciudad por mar y tierra, por medio de fuertes, diques, murallas y otros trabajos, merced á los cuales podía inundar todos los territorios vecinos. Sin duda tomaba todas estas precauciones en vista de un probable ataque de los Persas, quienes, hacia el año 376 antes de J. C., hacían grandes esfuerzos para volver á conquistar el Egipto.

Y en efecto, el ataque se realizó en el siguiente año. Persia obtuvo los servicios de un general ateniense llamado Iphicrates, y tomó á sueldo 20.000 mercenarios griegos. Su monarca Artajerjes Mnemón los envió al Egipto en 375, en unión de 200.000 persas, 500 barcos de guerra é innumerables buques con efectos y provisiones. Pharnabazo mandaba á los soldados persas, é Iphicrates á los mercenarios. Empezaron la marcha á principios del verano, citándose para Acre, y tranquilamente cruzaron la Philistia y el desierto, al tiempo que la flota los acompañaba á lo largo de la costa. Por este camino llegaron á Pelusa, pero la hallaron tan fuertemente defendida que no creyeron posible apoderarse de sus fortifica-



ciones; por lo que necesitaron cambiar su plan de ataque. Parte de la flota se hizo á la mar con 3.000 soldados, dirigiéndose hacia el Norte hasta que perdieron de vista la costa; luego, á favor sin duda de la oscuridad de la noche, alteraron el rumbo hacia el Sudoeste hasta llegar á la boca mendesiaca del Nilo, que sólo estaba guardada por los dos fuertes gemelos, y allí pudieron desembarcar sin oposición, y adelantarse á reconocer los fuertes. Sus guarniciones les libraron una batalla en campo abierto, pero los Egipcios fueron derrotados con grandes pérdidas, y los Persas pudieron ocupar los fuertes. Entonces desembarcó sin dificultad el resto de la fuerza que iba á bordo; y ya dueños los invasores de una de las bocas del Nilo, pudieron fácilmente dirigir su ataque al punto que les pareciera más vulnerable y de mayor importancia.

En estas circunstancias, el general ateniense Iphicrates recomendó con calor que se marchara en seguida contra Memphis. El grueso del ejército egipcio se hallaba concentrado en Pelusa; fuertes destacamentos guardaban las demás bocas del Nilo: era pues seguro que Memphis se hallaba sin tropas, y probablemente debía sucumbir á un atrevido golpe de mano; pero el rápido movimiento del Griego no mereció la aprobación del pesado y cauteloso persa. Pharnabazo no quiso sancionar aquel plan, pareciéndole mejor proceder según las reglas del arte. Si tenía la ventaja del mayor número, ¿por qué despreciarla? No, y mil veces no. Quiso esperar hasta que sus tropas se reunieran de nuevo en un solo ejército, y entonces marcharía á Memphis sin exponerse él ni sus soldados á ningún peligro; era seguro que caería la ciudad, y así quedaría realizado el objeto de la

expedición. En vano Iphicrates ofreció verificar el movimiento por cuenta propia, no conduciendo otras tropas que sus mercenarios y atacando con ellos solos la ciudad: á medida que el Griego defendía su plan con más calor, el Persa se enfriaba más y lo combatía. ¿Qué plan se ocultaba detrás de aquel propósito? ¿No era acaso posible que el Griego sólo atendiera á sus propios intereses, y que al apoderarse de Memphis se proclamara rey del Egipto? No siendo posible conocer sus intenciones, lo mejor y más seguro era esperar la llegada de las tropas. Así es que Pharnabazo friamente rehusó una vez más los ofrecimientos de su subordinado.

Por su parte Nectanebo encerró en Memphis una fuerte guarnición, y moviendo su ejército á través del Delta, desde la rama pelusiaca á la mendesiana, se concentró en las inmediaciones de los fuertes capturados, empezando las operaciones contra los invasores. Sus tropas molestaron al enemigo en varios pequeños encuentros, causándole considerables pérdidas. Así llegó la mitad del verano, y con él la crecida del Nilo y el establecimiento de los vientos etesios. Poco á poco la corriente del rio empezó á subir y extenderse por el ancho Delta; inundáronse los caminos, desaparecieron los canales, y claramente se vió que había pasado la época favorable á las operaciones militares. Sólo quedaba á los Persas el recurso de volver al Asia. Iphicrates y Pharnabazo partieron entre mutuas recriminaciones, acusándose el uno al otro de haber ocasionado el fracaso de la expedición.

Los Egipcios celebraron esta victoria con entusiasmo idéntico al sentido por los Griegos cuando rechazaron á Jerjes. Consideróse á Nectanebo como un

héroe ó un semidiós; quedó asegurado su trono; pareció que se habían redimido las culpas pasadas, y que el Egipto volvía á tomar posesión de su antigua gloria y dignidad. Nectanebo continuó gobernando « las dos tierras » durante nueve años de no interrumpida paz, honra y prosperidad. Durante este tiempo dedicóse con gran éxito á restaurar el arte egipcio y la arquitectura. En Tebas ensanchó el gran templo de Karnak, rehizo el de Khonsu, y decoró con relieves un sagrario erigido por Ramsés XII. Mayor actividad desplegó aún en Memphis, pues levantó un pequeño templo en las inmediaciones del Serapeo, puso inscripciones en honor de Apis en su mortuorio recinto, alzó dos obeliscos de granito negro, y dejó su nombre escrito repetidas veces en las canteras de Turah. Encuéntranse también restos de sus obras en Edfú, Abydos, Bubastes, Roseta en el Delta y Tel-el-Mas-koutah. El arte de este periodo reviste toda la elegancia del producido bajo la vigésimasexta dinastía (de los Psaméticos), aunque es algo más florido. Los dos obeliscos negros de que queda hecha mención, se encuentran actualmente en el Museo Británico, y revelan la delicada manera de trabajar en aquella época. También se halla en la misma colección el magnífico sarcófago que Nectanebo mandó labrar para enterrarse.

No debe sorprendernos que este monarca fuera adorado como un dios después de su muerte. Constituyóse en honor suyo un colegio de sacerdotes, que transmitieron su culto hasta tiempos muy posteriores, siendo testigos de la impresión que su carácter y sus victorias dejaron en el ánimo de los Egipcios.



## XXVII

### ÚLTIMAS SOMBRAS

**N**o tuvieron su inteligencia ni su energía los sucesores de Nectanebo. Te-her, el Tachos ó Teos de los Griegos, que le substituyó en el trono en 366 antes de J. C., cometió la imprudencia de provocar á los Persas fomentando la guerra de los sátrapas contra Artajerjes Mnemón; y habiendo obtenido los servicios de Agesilao y Chabrias, hasta se aventuró á invadir la Fenicia con el objeto de conquistarla. Sin embargo, su misma posición dentro del Egipto era harto débil para permitirle tan atrevidas aventuras; pues apenas había llegado á Siria estalló contra él una rebelión en el reino. El regente á quien había encargado la dirección de los negocios durante su ausencia, faltóle deslealmente, incitando al propio hijo del monarca, Nekt-nebf, á sublevarse contra su padre. Sedujeron al joven príncipe los ofrecimientos que le fueron hechos, y no titubeó en encender la guerra civil en el país. Tacho habría cedido á la fatalidad, renunciando la corona, si no le hubiese salvado Agesilao con su valor y su conducta. En dos batallas decisi-

vas el general espartano batió completamente al ejército rebelde, muy superior en número al de Tacho, y pudo afianzar á éste en su vacilante trono.

Sin embargo, no necesitaron mucho tiempo los rebeldes para rehacerse de su derrota; pues si Agesilao no se unió á ellos, cuando menos se retiró de la lucha, pasando á Cyrene, donde murió en edad avanzada. Abandonado entonces Tacho por sus partidarios, huyó del Egipto, refugiándose en Sidón, desde donde cruzó el desierto pasando á la corte del gran rey; y aun cuando Ochus que por este tiempo había sucedido á Mnemón, le recibió muy favorablemente y hasta llegó á manifestarle el propósito de defender su causa, nada al fin hizo á favor suyo, de modo que Tacho vivió largos años en la corte de Ochus, sin que se realizara ningún plan para devolverle su perdida posición. Finalmente murió de disentería, y con su desaparición quedó legitimado el usurpador que ocupaba su trono.

El reino egipcio tocaba en sus postrimerias. Nekhtnebf, á quien los Griegos llaman Nectanebo II, creyó, pasado algún tiempo, que su Imperio estaba bastante consolidado, y después de haber anulado á todos los pretendientes, siguió la política ambiciosa de su predecesor, entrando en alianza con el país de Sidón y sus vecinos, que se habían sublevado contra la Persia. Pretextó para ello que algún tiempo antes Ochus había enviado una expedición contra el Egipto, que él rechazó con el auxilio de dos generales griegos, Diophantes de Atenas y Lamius de Esparta; más esta expedición pertenecía ya á la historia, y como ningún daño había causado al Egipto, ninguna venganza reclamaba. Nadie llamó á Nekhtnebf para que se uniera á la rebelión que en el año 346

antes de J. C. levantó su estandarte contra la Persia, á pesar de que aquélla procuró aumentar sus filas con el mayor número posible de aliados; pero él airadamente quiso comprometerse, y envió á Sidón, como contingente suyo para el ejército que allí se formaba, un cuerpo de 4.000 mercenarios griegos bajo el mando de Mentor de Rodas. Con su ayuda, Tennes, rey de Sidón, deshizó y venció completamente las tropas que Ochus habia enviado en contra suya, echando á los Persas de la Fenicia.

Pero esta victoria, así alcanzada por los rebeldes, exasperó al rey persa, moviéndole á hacer un último y desesperado esfuerzo: comprendió que habían pasado los tiempos en que las tropas podían confiarse al mando de los sátrapas, ó en que podían enviarse generales con un reducido ejército para vencer aquellos turbulentos caudillos: la situación reclamaba medidas de carácter extraordinario, y el gran rey decidió dirigir personalmente la expedición. Para ella adoptó toda suerte de precauciones; acumuló armas y provisiones de todas clases; reunió las mejores tropas de los cuatro ángulos del Imperio; aparejó una flota suficiente, y, en fin, lo dispuso todo de manera que los rebeldes no pudiesen menos de caer anonadados ante el estandarte real. De los pueblos sujetos á su dominio, reunió Ochus 300.000 soldados de infantería, 30.000 caballos, 300 galeras trirremes y 500 transportes ó buques para provisiones. Luego dirigió sus esfuerzos á obtener efectiva asistencia de los Griegos, y aunque Atenas y Esparta le negaron su apoyo, pudo conseguir de Tebas 1.000 soldados acaudillados por Lacrates, 3.000 Argivos á las órdenes de Nicostrato, y 6.000 Eolios, Jonios y Dorios de las ciudades griegas del Asia Menor. Ver-

dad es que tal fuerza era pequeña, pues su número no excedía de 10.000 hombres, es decir una trigésima parte de la indígena; pero unida á la de mercenarios griegos del Egipto (que luego se le unieron) formó el núcleo en que depositó toda su confianza, y al cual se debió por completo el éxito de la expedición.

Conducida por Ochus á la Siria tan enorme fuerza, alarmó á los jefes de la confederación rebelde; entre los que Tennes, monarca de Sidón, fué quien más se aterró viendo que no podía resistir con éxito la avalancha persa; y como único medio de salvación concibió el proyecto de calmar la cólera de Ochus haciendo traición á sus amigos y partidarios. Comunicados tales designios á Mentor de Rodas, jefe de los mercenarios griegos procedentes del Egipto, obtuvo plena conformidad, y unidos ambos entregaron á Sidón en manos de los Persas, admitiendo dentro de sus murallas un destacamento que hizo imposible toda resistencia. Entonces fueron los Sidonios víctimas del cruel carácter y sanguinario espíritu del rey persa, quien mató á flechazos á 600 de los principales ciudadanos; pero no queriendo aquéllos sufrir tanta ignominia, resolvieron incendiar la ciudad y morir en las llamas. También satisface el consignar que el cobarde y traidor Tennes, causa de tantas desgracias, recibió el premio merecido por su conducta, pues no bien Sidón cayó en poder de Ochus, cuando fué ejecutado por orden de éste.

Á la toma de Sidón siguió inmediatamente la invasión del Egipto, pues además de sus 330.000 Asiáticos, Ochus tenía entonces á sus órdenes los 14.000 mercenarios griegos de Mentor, que se le habían unido. Dividió el ejército en cuatro columnas, tres de las cuales estaban formadas por Griegos y Persas,



bajo el mando de dos jefes, uno de cada nacionalidad; los Griegos de la primera división, compuesta especialmente de Beocios, iban dirigidos por Lacrates, tebano de enorme fuerza, que se consideraba como un segundo Hércules, é iba vestido con el tradicional traje del héroe, es decir, la piel del león y la maza: su colega persa era Rhosaces, sátrapa de la Jonia y la Lidia, que se preciaba de ser descendiente de los famosos *Siete* que descubrieron la conspiración de los Magos. En la segunda división, formada de mercenarios argivos, iban el jefe griego Nicostrato, y el persa Aristazanes, ujier de la corte y uno de los más fieles partidarios del rey. Mentor y el eunuco Bagoas, primer ministro de Ochus durante los últimos años, iban en la tercera división: Mentor con sus mercenarios, y Bagoas con los otros Griegos alistados por Ochus en sus propios dominios, en unión de un numeroso cuerpo de Asiáticos. El rey mandaba personalmente la cuarta división, y también conservaba la dirección de toda la hueste. Por su parte, Nekht-nebf sólo pudo oponerle un ejército que numéricamente no alcanzaba á un tercio del persa, aunque había alistado unos 70.000 soldados egipcios, 20.000 mercenarios griegos y otros tantos soldado libicos.

Como de costumbre, Pelusa fué el primer punto atacado. Nekht-nebf, que había aprovechado la larga detención de Ochus en Siria para poner en buen orden las defensas del Egipto, preparóse para resistir en las siete bocas del Nilo y guardó á Pelusa con especial cuidado. Según esperaba, Ochus avanzó á lo largo de la costa, presentándose delante de la ciudad. Parte de su ejército se dirigió hacia la estrecha lengua de tierra que separa el lago Serbonis del Mediterráneo, y, al atravesarla, sufrió un desastre, pues

levantándose un fuerte viento Norte que echó las aguas del Mediterráneo sobre los bajos de arena, ordinariamente secos, que servían de pasos, y confundíendolas con las aguas del lago, hizo perecer un numeroso destacamento; sin embargo, el grueso de las tropas, que probablemente había seguido por la derecha del lago Serbonis, llegó felizmente á su destino. Siguióse una escaramuza entre las tropas tebanas de la primera división de Lacrates y la guarnición de Pelusa al mando de Philophron, sin ningún resultado definitivo.

Los dos ejércitos permanecieron algún tiempo en la rama pelusiaca del Nilo, bien defendida por sus torres, sus ciudades fortificadas, y su red de canales que servían como de fosos. Sin duda llegó á esperarse entonces que Nekht-nebf dilatara por mucho tiempo y aun quizás frustrara el ataque de los Persas, guardando resueltamente su frontera con todos los recursos que había acumulado; pero no fué así, pues antes bien le perdieron su desprecio hacia los demás y su timidez. Quiso dirigir personalmente todas las operaciones, sin pedir consejo á sus capitanes griegos; pero ni mostró ninguna cualidad de gran general, ni pudo resolver una sola de las dificultades que bien pronto le surgieron; y habiendo sido parcialmente rota su primera línea de defensa por un atrevido movimiento de los Argivos al mando de Nicostrato, en vez de intentar, por medio de un movimiento opuesto, recuperar lo perdido, ó concentrar sus tropas, apresuradamente abandonó á sus generales la tarea de continuar la resistencia en la frontera, y se retiró á Memphis, preparándose con gran actividad para resistir un sitio.

En tanto los Persas seguían avanzando, El tebano

Lacrates se encargó del sitio de Pelusa, y habiendo hecho derivar el agua de uno de los canales, pudo llevar á pie enjuto sus máquinas de guerra hasta los muros de la ciudad. Mas en vano derribó parte del muro; los defensores habían levantado otro á su espalda: en vano hizo avanzar sus torres; otras torres movibles le eran opuestas. Nada adelantaban los sitiadores, cuando de pronto se debilitó la resistencia de los sitiados, pues corria ya dentro de la plaza la noticia de la precipitada fuga de Nekht-nebf, y si el rey se retiraba, ¿con qué objeto iban ellos á derramar su sangre? En su consecuencia hicieron proposiciones á Lacrates para rendir la plaza, á condición de que se permitiera á los mercenarios volver á Grecia con todos los efectos que pudieran llevar consigo. Bagoas vacilaba en aceptarlas, pero las aprobó Ochus, y sin más combates Pelusa pasó á poder de los Persas.

Casi al mismo tiempo, Mentor se habia dirigido hacia el Sur, sitiando á Bubastes. Después de poner cerco á la ciudad, hizo advertir indirectamente á sus defensores que Ochus habia decidido perdonar á las ciudades que se entregaran sin resistencia, pero que trataría con el mayor rigor á las que se obstinaran en defenderse. Por este medio introdujo la discordia dentro de la plaza, ya que los indígenas egipcios y sus aliados griegos no estaban en buena inteligencia y desconfiaban unos de otros. Los Egipcios de Bubastes fueron los que primero se movieron; y, no bien empezado el sitio, enviaron un emisario al colega de Mentor, Bagoas, ofreciendo entregarle la ciudad; pero esta conducta disgustó á los Griegos de fuera, que cogieron al enviado, se enteraron de su mensaje, y al instante atacaron á la guarnición egipcia, cau-

sando en ella gran número de víctimas. Aunque así derrotados, persistieron los Egipcios en entregarse á Bagoas, llegando hasta fijar el día para posesionarlo de la ciudad. Mentor, que quería para sí la gloria de aquella rendición, aconsejó á sus subordinados griegos que ejercieran gran vigilancia, y si veían ejecutar aquel movimiento, se opusieran con toda su fuerza; lo que hicieron con gran éxito, pues no sólo lo evitaron, sino que llegaron á capturar dentro los muros de la ciudad al mismo Bagoas, quien tuvo que implorar la intervención de su colega, prometiendo que desde entonces nada haría sin el conocimiento y permiso de Mentor; con lo cual éste consiguió su objeto, pues sólo á él se rindió la ciudad. Es evidente que, con otro jefe más activo y hábil, habrían sacado los Egipcios gran partido de estas rivalidades entre los jefes persas y sus colegas griegos, que ponían en peligro su expedición.

Desgraciadamente el monarca egipcio, á la vez incapaz y pusilánime, no tan sólo no hacía ningún esfuerzo para tomar la ofensiva, sino que ni siquiera estaba en condiciones de proteger á su capital del ataque de los invasores. Cuando supo que Pelusa y Bubastes se habían entregado y que los Persas tenían libre el camino de Memphis, abandonó esta ciudad con todas las riquezas de que pudo apoderarse, y huyó á Etiopia. Ochus no quiso perseguirle: contentóse con haber reconquistado una valiosa provincia, que la corona persa había perdido durante los últimos cincuenta años, sin haber sido vencido en una batalla campal ni en un sitio difícil. Según los escritores griegos, el monarca mostró su animadversión hacia las creencias egipcias matando un Apis y violando la santidad de muchos de los más

renombrados sagrarios; pero la historia del Apis es probablemente cuento, y la violación de los templos obedeció más al deseo de robarlos que al de insultar á los dioses egipcios. No se encuentra ningún indicio de que tratara al pueblo conquistado con crueldad, ni con severidad siquiera. La prudencia le aconsejó destruir las murallas y otras fortificaciones de las principales ciudades egipcias, y la avaricia le hizo llevar á Persia todos los tesoros que Nekht-nebf había abandonado en su fuga; así como por causa de su valor pudo haberse llevado los libros sagrados que sustrajo de los templos. No se sabe en cambio que sacara prisioneros, ó impusiera castigos á la comarca por culpa de su rebelión; ni siquiera se ha dicho que aumentara los tributos.

No sorprende, ciertamente, el hecho de que pocos meses fueran suficientes á los Persas para subyugar al Egipto, cuando de una manera resuelta intentaron realizar este propósito. Los recursos de la Persia eran incomparablemente superiores á los egipcios, tanto en lo que respecta á los hombres, como en lo que al dinero se refiere; y lo único que hasta entonces había favorecido al Egipto era el gran número de enemigos que Persia tenia, las muchas guerras que hubo de sostener continuamente, y la falta de un monarca atrevido, enérgico y guerrero. Pero tan pronto como toda la fuerza del vasto Imperio de los Achemenidas cayó sobre la pequeña comarca desunida por una rebelión, y declarada independiente, su triunfo era más que seguro. No podia el Egipto sostener una guerra contra todo el poder de la Persia, como no puede el lince combatir con el león; mas aunque todo esto aparezca con indubitable evidencia, no es menos cierto que el fin del Egipto habria podido ser más

digno, más glorioso de lo que fué. Nekht-nebf, su último monarca, se nos presenta como tipo muy rebajado de los reyes faraónicos. No tuvo ninguna de las cualidades de un gran rey, ni siquiera supo sucumbir con dignidad. Si hubiese concentrado todas las tropas que reunía en sus dominios para oponerlas á Ochus en campo abierto y perder su corona en la batalla, ó si hubiese siquiera defendido á Memphis hasta el último momento, no dejaría de atribuírsele cierta gloria. En cambio, el Egipto cayó miserablemente; su arte, su literatura, su espíritu nacional, decayeron hasta extinguirse, y con su temprana desaparición de entre las naciones de la tierra expió el privilegio de haber tenido tan precoz y extraordinaria grandeza.



ESTATUA DE UN ESCRIBA

El original se conserva en Londres.

LAS  
MOMIAS REALES DE BULAQ

POR

D. EDUARDO TODA

D. EDUARDO TODA





# APÉNDICE

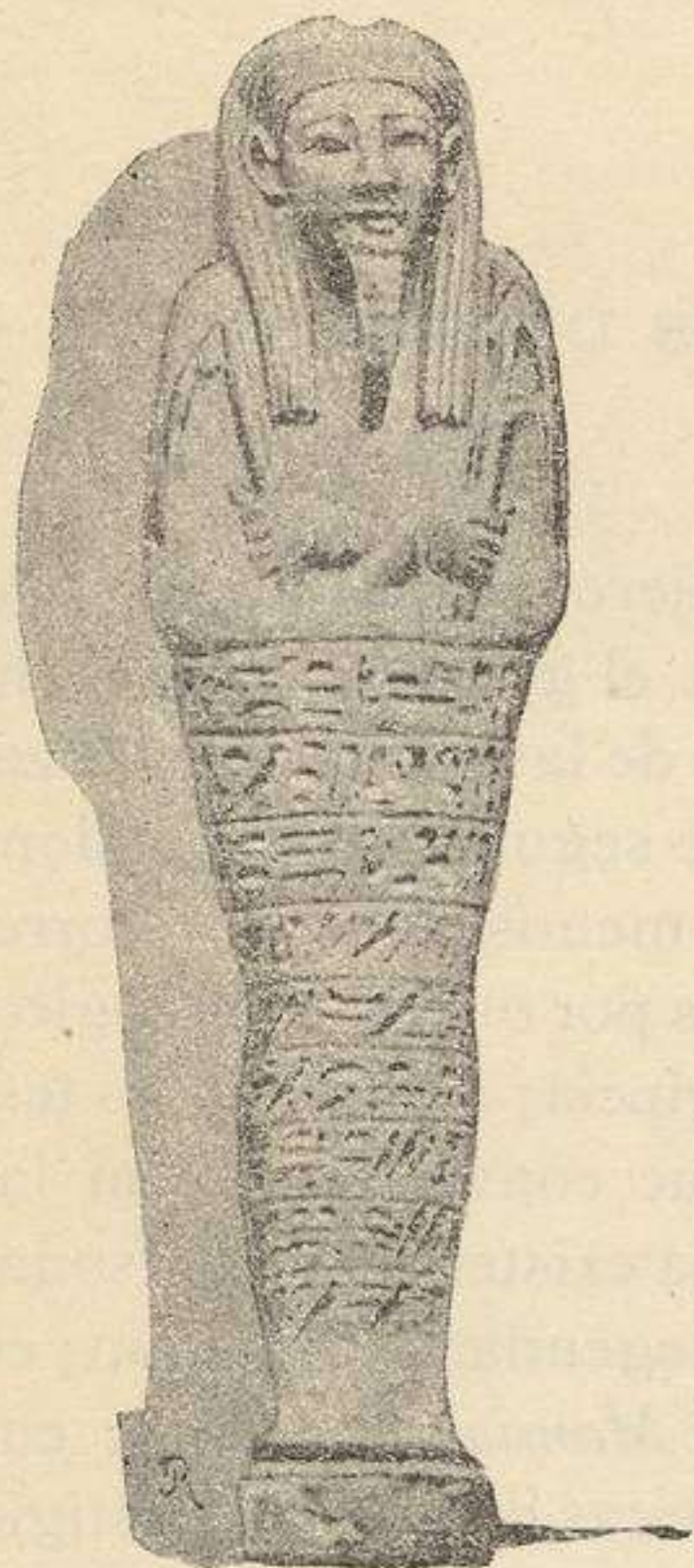
---

## LAS MOMIAS REALES DE BULAQ

**C**ONOCIDO de todos los viajeros y anticuarios es el museo de Bulaq, donde el gobierno egipcio ha ido reuniendo los restos de las antiguas civilizaciones del país, que de seguir en el abandono hubieran podido sufrir deterioro ó menoscabo. Al recorrer las salas de aquel museo, dispuestas por orden cronológico, se pasa revista á toda la historia egipcia; se hallan los testimonios de los grandes hechos que consigna; se ven las pruebas materiales que evidencian la existencia de personas cuya vida de otra suerte parecería legendaria. Mas aun; en uno de los salones, llamado *de las Momias Reales*, se encuentran los cadáveres de los monarcas de mayor prestigio que tuvo el antiguo Imperio. Estos cadáveres fueron hallados en un pozo de Deir el Bahari junto á Tebas el año 1881, y la historia de su descubrimiento es harto interesante y curiosa para dejar de contarla, pues además prueba á qué extrañas casualidades pueden deberse muchas veces los hallazgos arqueológicos en Egipto, cuyo suelo aun oculta inapreciables tesoros y elementos muy valiosos de la vida de aquel antiquísimo pueblo.

Sospechábase en el Cairo hacía algunos años, que los árabes del Alto Egipto habían descubierto un hipogeo real en la necrópolis tebana, pues de vez en cuando aparecían

en los mercados de antigüedades de la capital de Luxor, de Suez y hasta de Siria, telas, papiros, estatuas y otros objetos pertenecientes á los reyes tebanos de las últimas dinastías y á los sacerdotes-reyes que les sucedieron al fraccionarse á su caída el gobierno del país. Un inglés, Campbell, compró en Tebas el ritual hierático del gran sacerdote Pinotmu II ó Pinotém; en Siria, De Saulcy



ESTATUA FUNERARIA  
DE LA REINA HONTOUI

halló el papiro de la reina Notmit; en Suez encontró Mariette Bajá otros dos papiros pertenecientes á una reina en su época aun desconocida, Tiu Hathor Hontoui. Por todo el Egipto se hallaban desde 1876, unas estatuas funerarias cubiertas por brillante barniz azul, con los nombres de los reyes á que pertenecían, escritos con tinta negra desde la altura de las rodillas hasta los pies. No cabía, pues, dudar del hallazgo de un hipogeo real, ó mejor, de un sepulcro de familia cuyo recinto guardara las momias de antiguos y venerados monarcas egipcios.

Al encargarse en 1881 el profesor Gastón Maspero de la dirección de museos del Egipto, comprendió que su primer deber era buscar por todos los medios imaginables aquel panteón regio, que escondería tesoros inestimables, sólo á juzgar por los descubiertos hasta entonces. Marchar al Alto Egipto, tomar Luxor como centro de investigaciones, ya que era evidente que en su necrópolis se hallaba el hipogeo, y empezar las primeras pesquisas, fué para él obra tan pronto concebida como realizada. Algunos viajeros europeos que habían comprado objetos procedentes de aquel

recinto, dieron al director los nombres de los árabes vendedores, por lo cual se supo que Mustafá Aga Ayad, mercader de antigüedades de Luxor, al par que agente consular honorario de Inglaterra, y Abd el Rassul Ahmed del pueblo vecino de Gurnah, eran quienes facilitaban á los extranjeros la adquisición de los papiros y estatuas pertenecientes á los reyes tebanos.

El primero de éstos estaba protegido por la inmunidad diplomática de que altos y bajos abusan en Oriente, y por tanto nada pudo intentar Maspero contra su persona. Pero á Abd el Rassul alcanzaba la acción de la justicia ordinaria, y á ella fué entregado cuando el director del museo se convenció de que ni promesas, ni halagos, ni amenazas conseguían sacarle del mutismo en que se encerró desde un principio.

Reducido á prisión con uno de sus hermanos, ambos fueron enviados á la ciudad de Kench, cuyo gobernador empezó á instruir un proceso. Dos meses de prisión, con las molestias y disgustos inherentes á una cárcel árabe, nada pudieron contra los dos vecinos de Gurnah. Las autoridades del museo tenían las pruebas morales ó el íntimo convencimiento de que aquellos bribones conocían perfectamente el lugar del hallazgo que explotaban, pero faltó toda prueba material para condenarles, y además, y esto era lo importante, el hipogeo regio no parecía. Los mismos viajeros europeos que les compraron objetos, habían abandonado ya el Egipto, mientras que á su vez los notables y personas más salientes de Gurnah se presentaron ante el tribunal de Kench á declarar que los hermanos Abd el Rassul eran dos vecinos honrados, incapaces de dañar á nadie, y mucho menos de ir á buscar sepulcros antiguos en la montaña ni violar tumbas reales. Preciso fué á la justicia desarmarse ante tales razones, dejando que los dos árabes volvieran á sus hogares limpios y sin mancilla.

Mas el miedo por una parte, y por otra el aguijón de una buena recompensa ofrecida por Maspero á quien descubriera la codiciada sepultura, sembraron pronto la discordia

entre los hermanos Abd el Rassul, hasta el extremo de que un mes más tarde, en Junio de 1881, el mismo Abd el Rassul Ahmed se decidió á ir secretamente á Keneh y manifestar al gobernador la historia del descubrimiento y el sitio donde se hallaban las momias reales. Maspero había salido para Europa, dejando instrucciones á sus subalternos del museo, quienes al enterarse de la revelación del árabe, tomaron las oportunas medidas para salvar y recoger cuantos objetos se hallaran aún en el hipogeo. El señor Brugsch Bey, hermano del célebre egiptólogo alemán, se dirigió en seguida hacia Gurnah, precediendo al vapor del museo que le siguió por el Nilo. El día 5 de Julio el mismo Ahmed señalaba á los empleados de Bulaq el pozo del sepulcro en el valle de Deir el Bahari.

Nadie podía soñar que aquella tumba encerrase los ricos tesoros que se hallaron dentro. Su entrada, cerca del mismo aduar de Gurnah, está hábilmente disimulada entre los pliegues naturales del terreno. El pozo, excavado según costumbre de los egipcios en la roca viva de la montaña, tiene once metros y medio de profundidad y dos de anchura, dando acceso en su fondo á un corredor irregular de veintisiete metros de longitud, que conduce á la cámara mortuoria, casi cuadrada y de unos ocho metros de lado. En aquél lóbrego lugar, desde el principio de la galería hasta el último rincón de la sala subterránea, se veían tirados sin orden alguno los cadáveres de los reyes, su ajuar funerario, sus cajas de imágenes, sus guirnaldas de flores, sus ofrendas y vasos, y hasta la tienda de cuero que debió servir en uno de los entierros para cobijar al muerto.

La importancia del descubrimiento puede juzgarse, no sólo por el hallazgo de veintinueve regios cadáveres ocultos en aquel escondrijo, sino por el interesantísimo dato que á la historia ofrece poder reconstituir con aquellas inertes momias las cronologías de los soberanos que reinaron en Egipto desde el siglo xix hasta el x antes de nuestra Era. Maspero se entregó á este trabajo de reconstitución de las antiguas familias reales, facilitado por los

papiros y otras inscripciones halladas en los sarcófagos, reuniendo los cadáveres en tres grupos según se hallan depositados en el museo de Bulaq. Más claro será clasificarlos aquí por dinastías, y poner debajo de cada monarca la genealogía de los miembros de su familia hallados en Deir el Bahari.

## XVII DINASTÍA

*Soknunri III Tiuaiken.*

*Ansi*, mujer ó madre del anterior.

*Ahhotpu I*, probablemente mujer del rey Kamos y madre de Ahmos I.

## XVIII DINASTÍA

*Ahmos I Nibpehtivi.*

*Nofirtari*, mujer del anterior.

*Siamón*, su hijo mayor.

*Sitamón*, hija suya.

*Sitka* . . . . .

*Honttimihu* . . .

*Mashonttimihu.*

} princesas de la familia de Ahmos I.

*Amenhotpu I Zosorkeri.*

*Ahhotpu II*, su mujer.

*Thutmos I Akhopirkeri.*

*Thutmos II Akhopirinri.*

*Thutmos III Menkhopirri.*

## XIX DINASTÍA

*Ramsisu I Menphetivi.*

*Siti I Minephtah Menmari.*

*Ramsisu II Miamun Usirmari Sotpenri* (Sesostris).

De los restantes monarcas de esta dinastía, así como de los que gobernaron el país durante la XX siguiente, no se encontró rastro alguno en el escondrijo de Gurnah. Los demás cadáveres allí hallados pertenecen á los grandes sacerdotes de la familia de Hrihor, que se proclamaron reyes en Tebas cuando la dominación tanita ocasionó el fraccionamiento del Imperio en el siglo XII antes de la Era cristiana. Entonces la dinastía de los Miamún trasladaba

á Tanis la capital del reino, mientras que el sacerdote Hrihor Siamón inútilmente se esforzaba en continuar dentro de Tebas las tradiciones heroicas de los extinguidos Ramesidas. De esta familia sacerdotal, cuyo reinado duró un centenar de años, son las siguientes momias:

*Totmit*, madre de Hrihor Siamón, fundador de la dinastía sacerdotal tebana.

*Tuhirit*, princesa, cantatriz de Ammón, hija de Khonsumos.

*Tiu Hathor Hontoui*, mujer de Pinotmu I.

*Pinotmu II*, sacerdote rey.

*Makeri*, reina, quizás la primera mujer de Pinotmu II. En su sarcófago se encuentra el feto de una niña que recibió el nombre de princesa *Mutemhait*, y fué enterrado con su madre muerta, al parecer, de resultas del parto.

*Masahirti*, sacerdote rey, hijo de Pinotmu II.

*Isimkheb I*, hija de Masairti y mujer del sacerdote rey Menkhopirri.

*Pinotmu III*, sacerdote rey, hijo de Isimkheb I.

*Nsikhonsu I*, mujer de de Pinotmu I.

*Nsikhonsu II*, sobrina de la anterior y nieta de Isimkheb I.

*Nsitnibashru*, hija de Pinotmu III.

Estas fueron las momias de los reyes, reinas y príncipes reales halladas en el pozo de Deir el Bahari, entre las cuales se habrá notado que existían la del gran Sesostris y la de su padre Seti I. ¿Cómo fueron á parar allí todos aquellos ilustres miembros de las dinastías tebana y sacerdotal, y por qué razón se encontraban mejor ocultos que enterrados en el fondo de humilde cámara funeraria, cuando no lejos del lugar tenían sus espléndidas sepulturas? Las costumbres de la época y el hábito del robo que se desarrolló por todas partes durante el segundo Imperio egipcio, han conservado hasta nuestros días aquellos regios cuerpos, que de ocupar el mausoleo que les fuera destinado en el famoso Biban el Moluk ó *valle de los Reyes* seguramente habrían sido destruídos en la antigüedad.

En aquellas épocas remotas, y durante mucho tiempo, hubo en Egipto bandas de ladrones, formadas con exclu-

sivo objeto de robar los cementerios. Todo lo saqueaban; los cadáveres, para despojarlos de sus adornos, telas y pinturas; las cajas, para venderlas con destino á otros difuntos; el ajuar funerario, del que siempre obtenían algún provecho. Esas compañías estaban compuestas de labradores, comerciantes, obreros, pequeños empleados y mujeres; y objeto de su codicia fueron, no sólo los hipogeos particulares, sino también las necrópolis reales, en las que violaron las tumbas de los más venerados reyes de las dinastías tebanas. Temeroso de las depredaciones de esas bandas, el Gobierno instituyó una seria vigilancia en los cementerios, creando comisiones especiales que visitaran los regios mausoleos para ver si alguno de ellos había sido abierto.

Pero cuando el poderio de Tebas comenzó á declinar al final de la XX dinastía, descuidóse la vigilancia que se ejercía en las necrópolis; aquellas bandas de ladrones se cebaron en las desiertas sepulturas, y osaron entrar en el sagrado valle donde los monarcas antiguos habían cavado sus cuevas funerarias. Impotente el Gobierno para evitar estas profanaciones, decidió salvar siquiera los cadáveres de los reyes, y sacándolos de su ostentosa sepultura empezó á trasladarlos de unas tumbas á otras, consiguiendo con estas peregrinaciones sustraerlos á toda violación, y aun evitar que los bandidos llegaran á saber el lugar donde estaban ocultos.

Los comisarios regios que de vez en cuando reconocían los cuerpos de los monarcas, consignaban sobre las telas de sus vendajes el día que los habían inspeccionado, merced á lo cual sabemos que las momias de Ramsés I, Seti I y Ramsés II ó Sesostris fueron primeramente reunidas en la tumba de Seti: más tarde se las trasladó al sepulcro de Amenhotpu I, en donde se hallaban ya algunos principes y princesas de la XVII y XVIII dinastías, y finalmente, un sacerdote rey de la XXII dinastía bubastita, probablemente Uaput, reunió todos los reales cadáveres en el hipogeo abierto en Deir el Bahari, donde á su vez los grandes sacer-

dotes del Ammón tebano habían depositado los miembros de sus familias.

De allí salieron Sesostris y las demás momias para ser conducidas al museo de Bulaq, en donde yacen bajo modestas vitrinas de cristal en el centro de la sala que también alberga los demás individuos de las familias reales egipcias. Para describir la más importante, nos ocuparemos sólo de la de Sesostris. Está encerrada en una caja blanca de madera de sicomoro, admirablemente tallada en forma humana, sin otra pintura que la que marca el globo de los ojos. Una pequeña inscripción jeroglífica puesta sobre el pecho y encerrada en dos óvalos ó cartuchos, da el nombre y los títulos del famoso monarca: *Usirmari Sotpenri, Ramsisu II Miamún*. Debajo de ella hay otras tres inscripciones, creo que en caracteres hieráticos, haciendo constar que la momia de Ramsés fué restaurada el año IV del rey Hrihor Siamón, que en el año XVI del mismo rey, en el cuarto mes de Pir ó Pirit, se sacó el cadáver del sepulcro de su padre Seti I, en donde había sido enterrado, y que en el año X de Pinotmu I, ambos regios cuerpos fueron trasladados á la tumba de Amenhotpu I. Desde este sitio debieron pasar al pozo de Deir el Bahari para ser exhumados de nuevo en nuestros días.

En 1886 se efectuó en el museo de Bulaq la operación de descubrir las dos momias de Sesostris y de su padre Seti, y de ella ha dado cuenta el profesor Maspero en el acta oficial que redactó para explicar cómo había hallado el cuerpo del primero de aquellos reyes. Documento tan curioso es una página de historia egipcia que tiene aquí su lugar indicado, por lo cual lo reproducimos textualmente.

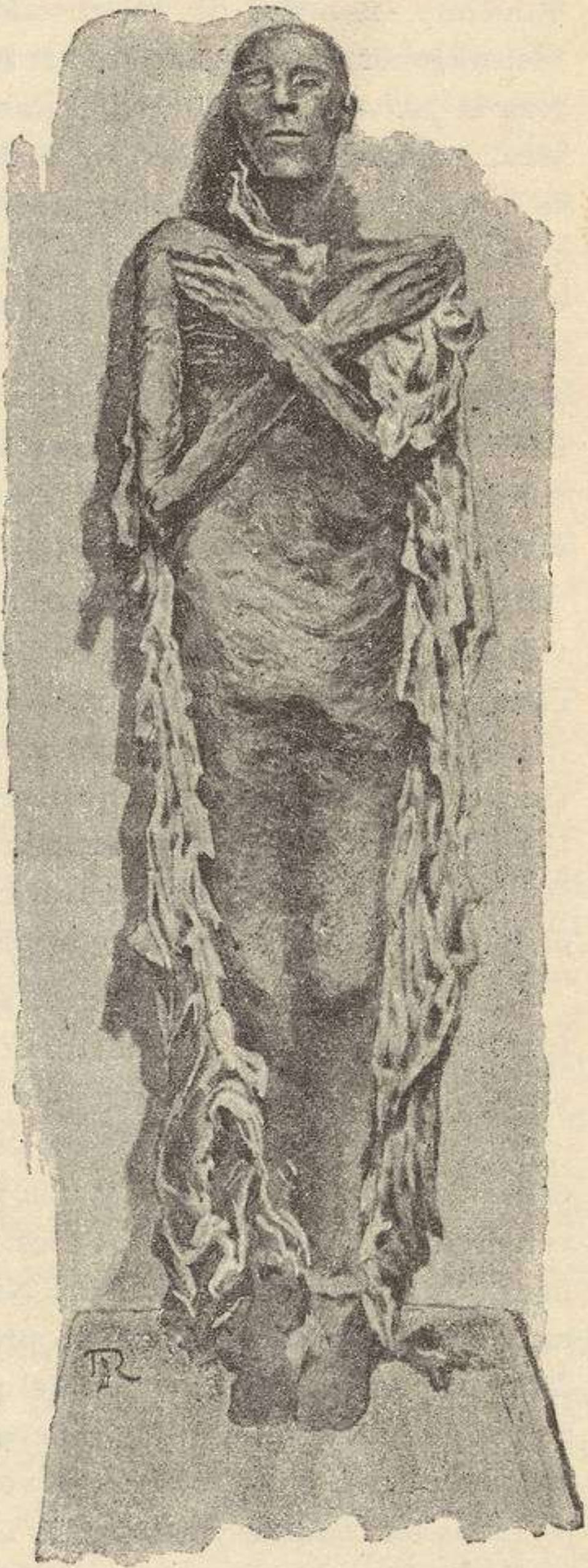
Dice como sigue:

«En el año de 1886, primer día de Junio, que corresponde al día 28 de Sha'ban del año 1303 de la Hégira; á las nueve de la mañana, por orden y en presencia de Su Alteza Mohamed Bajá Teufik, Jative de Egipto, y en presencia de sus Excelencias Mukhtar Bajá Ghazi, gran Comisario de S. M. el Sultán; Sir Henry Drummond Wolff,





MOMIA DE SESOSTRIS



MOMIA DE SETI I

gran Comisario de S. M. Británica; Nubar Bajá, presidente del Consejo de ministros; Abd el Kader Baja Himy, ministro del Interior; Mustafá Bajá Tehmy, ministro de Hacienda; Abderramán Bajá Rouchdy, ministro de Instrucción y Obras públicas; De Hitrovo, cónsul general de Rusia; Khairi Bajá, director del Maich de Su Alteza el Jetive; Zulpicar Bajá, gran maestro de ceremonias de Su Alteza; Salém Bajá, médico de S. A.; Abdallah Bey Hamdy, ayudante de campo de S. A.; Chuky Bey; Daninos Bey; Takla Bey; Walpole, y Abra. Los señores Gastón Maspero, director general de excavaciones y antigüedades del Egipto; Emilio Brugsch Bey, conservador, y Urbano Bouriant conservador auxiliar del museo de Bulaq, procedimos, en el salón llamado *Sala de Momias reales*, a descubrir las dos momias que en el catálogo impreso están señaladas con los números 5229 y 5233, siendo ambas de las encontradas en el subterráneo de Deir el Bahari.

La momia número 5233, sacada en primer término de su urna de vidrio, es la de Ramsés II ó Sesostris, como lo testifican las inscripciones que llevan las fechas del año sexto del reinado del gran sacerdote Herhor Se Amán y décimosexto del gran sacerdote Pinotém I, escritas con tinta negra, la primera sobre la cubierta de madera de la caja de la momia, y la segunda en su envoltura exterior, sobre la región del pecho. Esta última inscripción fué comprobada por S. A. el Jetive y por los ilustres personajes aquí reunidos.

Quitada la primera envoltura, se descubrieron sucesivamente una banda de tela de 20 centímetros de ancho, arrollada en torno del cuerpo; una segunda sábana que envolvía á la momia, hallándose ajustada por estrechas bandas colocadas á distancias regulares: dos capas de pequeñas vendas, y una pieza de lino que cubría el cadáver desde la cabeza hasta los pies. Sobre esta tela hay dibujada una figura que representa á la diosa Nut, de un metro de longitud, pintada en rojo y blanco como lo prescribía el ritual. El perfil de la diosa se proyecta á la manera del puro y delicado contorno de Seti I en las pinturas de los bajos relieves de Tebas y Abydos. Debajo de este amuleto se encuentran otros vendajes, una capa de piezas de lino plegadas en cuadros y salpicadas con la materia bituminosa que se usaba en los embalsamamientos. Quitada esta última cubierta, apareció Ramsés II.

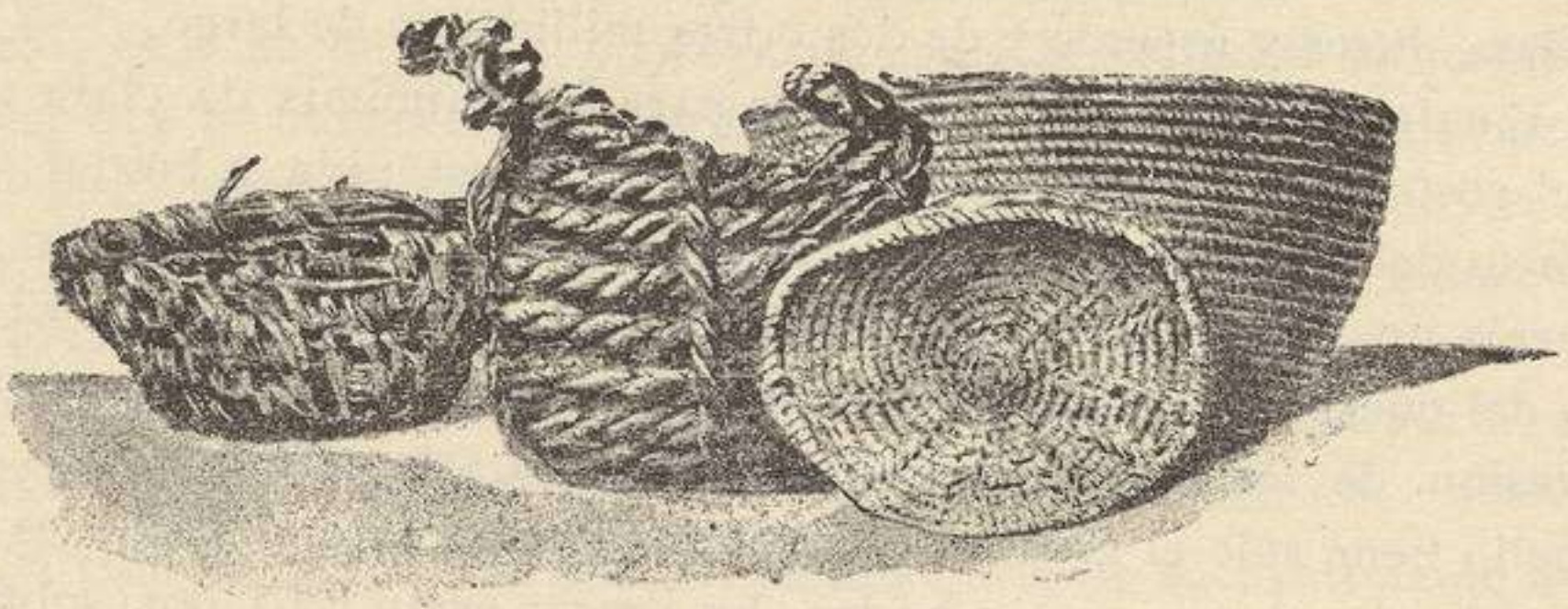
La cabeza es larga y pequeña en proporción del cuerpo. La corona de la cabeza aparece completamente calva: sobre las sienes hay pocos cabellos esparcidos, pero en la nuca el pelo es espeso, forman-

do mechones rectos de cinco centímetros de longitud, que fueron blancos á la hora de la muerte y han tomado luego un ligero tinte amarillo por causa de los líquidos usados en el embalsamamiento. La frente es baja y estrecha; el entrecejo prominente: las cejas son espesas y blancas: los ojos pequeños y juntos; la nariz es larga, delgada y encorvada como la de los Borbones, viéndose ligeramente comprimida en la punta por la presión de los vendajes; las orejas son redondas, muy hacia atrás de la cabeza, y agujereadas como para usar en ellas pendientes; la quijada es sólida y fuerte; la barba saliente; la boca pequeña, pero de labios gruesos, y está llena con una especie de pasta negra. Habiendo quitado parte de esa pasta, se descubrieron algunos dientes muy gastados y quebradizos, aunque blancos y al parecer bien conservados. El bigote y la barba son delgados y parecen haberse afeitado en vida del monarca, pero probablemente se dejaron crecer durante su última enfermedad ó tal vez crecieron después de su muerte: son canos como los cabellos y las cejas, duros y ásperos y de dos ó tres milímetros de largo.

Finalmente puede decirse que la cara de la momia da clara idea del rostro del rey vivo. Su expresión es algo estúpida y bestial, por efecto del grotesco disfraz de la momificación, pero á pesar de ello revela un aire de soberana majestad, de resolución y orgullo. El resto del cuerpo está tan bien conservado como la cabeza, aunque la presión de los lienzos le ha dejado menos semejanza de vida. El cuello tiene sólo el grueso de la columna vertebral: el pecho es ancho, los hombros son cuadrados, los brazos están cruzados sobre el pecho, las manos son pequeñas y aun están teñidas, la incisión del lado izquierdo del cuerpo, por donde los embalsamadores extrajeron las vísceras, es ancha y no fué tapada; las piernas aparecen enjutas, los pies son largos y delgados, algo oprimidos y pintados como las manos. El cadáver pertenece á un anciano que fué robusto y vigoroso.

Envueltos de nuevo los cadáveres en sus vendas, fueron depositados en las urnas del Museo de Bulaq, que custodia celoso aquellos venerandos testimonios de la grandeza del antiguo Egipto. No sin emoción se acercará ahora el viajero ante la momia de Sesostris. Cerca de cien años tenía aquel rey cuando murió, y á pesar de los treinta y dos siglos que después han transcurrido, es casi un milagro ver cómo se conservan perfectamente sus facciones, la cara altiva y severa que no contrajo la muerte, apagado el ojo

que antes brillara lúcido en la guerra. Duerma en paz el anciano monarca de *las dos tierras*, y feliz él si ya en la eternidad consiguió la resurrección entre los justos que forman el séquito de Osiris, pues si el poder de Dios le volviera á la vida en este mundo, al ver las miserias presentes de su patria sucumbiría acabado por el dolor y la vergüenza.



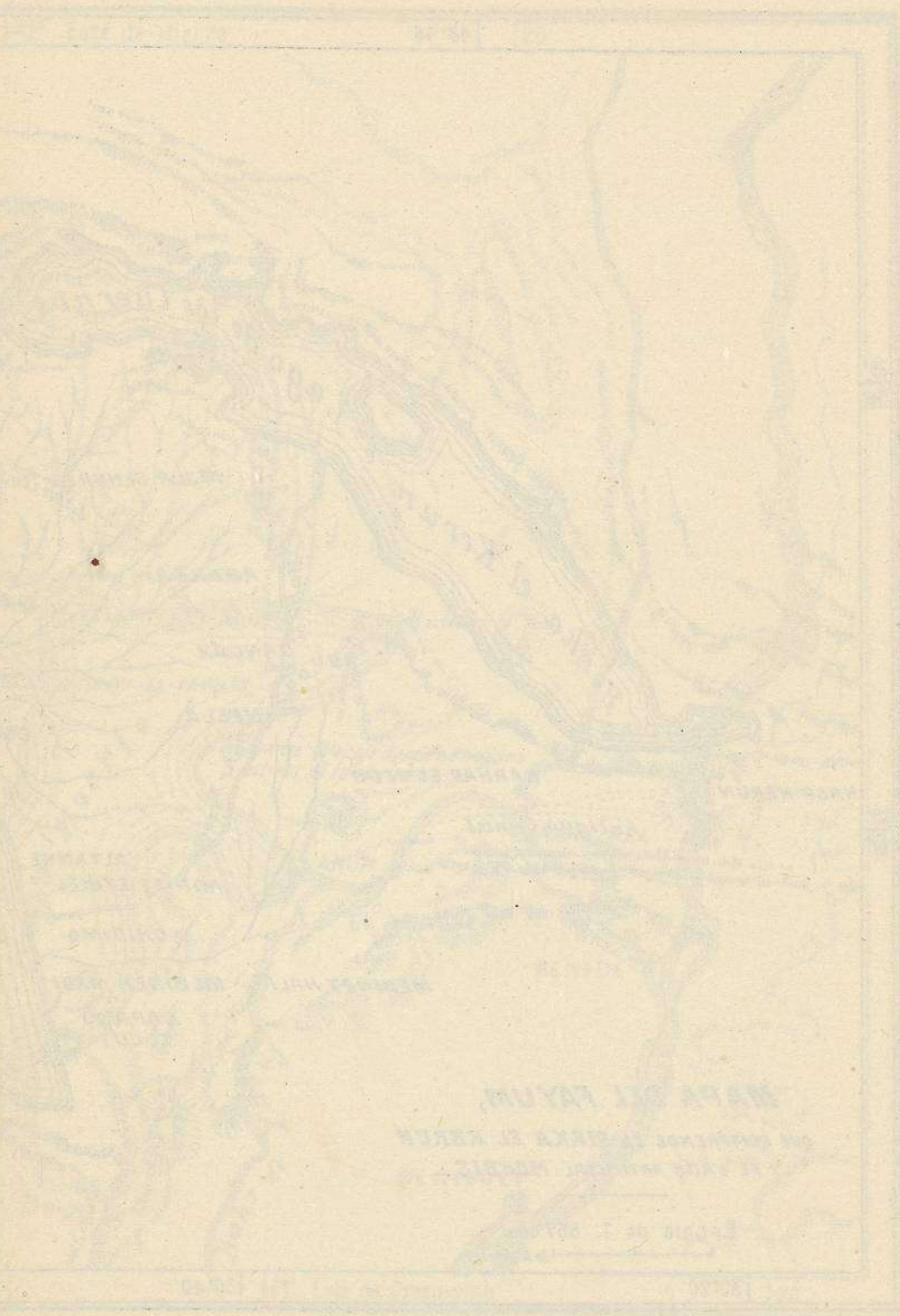
CESTAS FUNERARIAS EGIPCIAS  
Museo Arqueológico de Madrid.

## NOTA

---

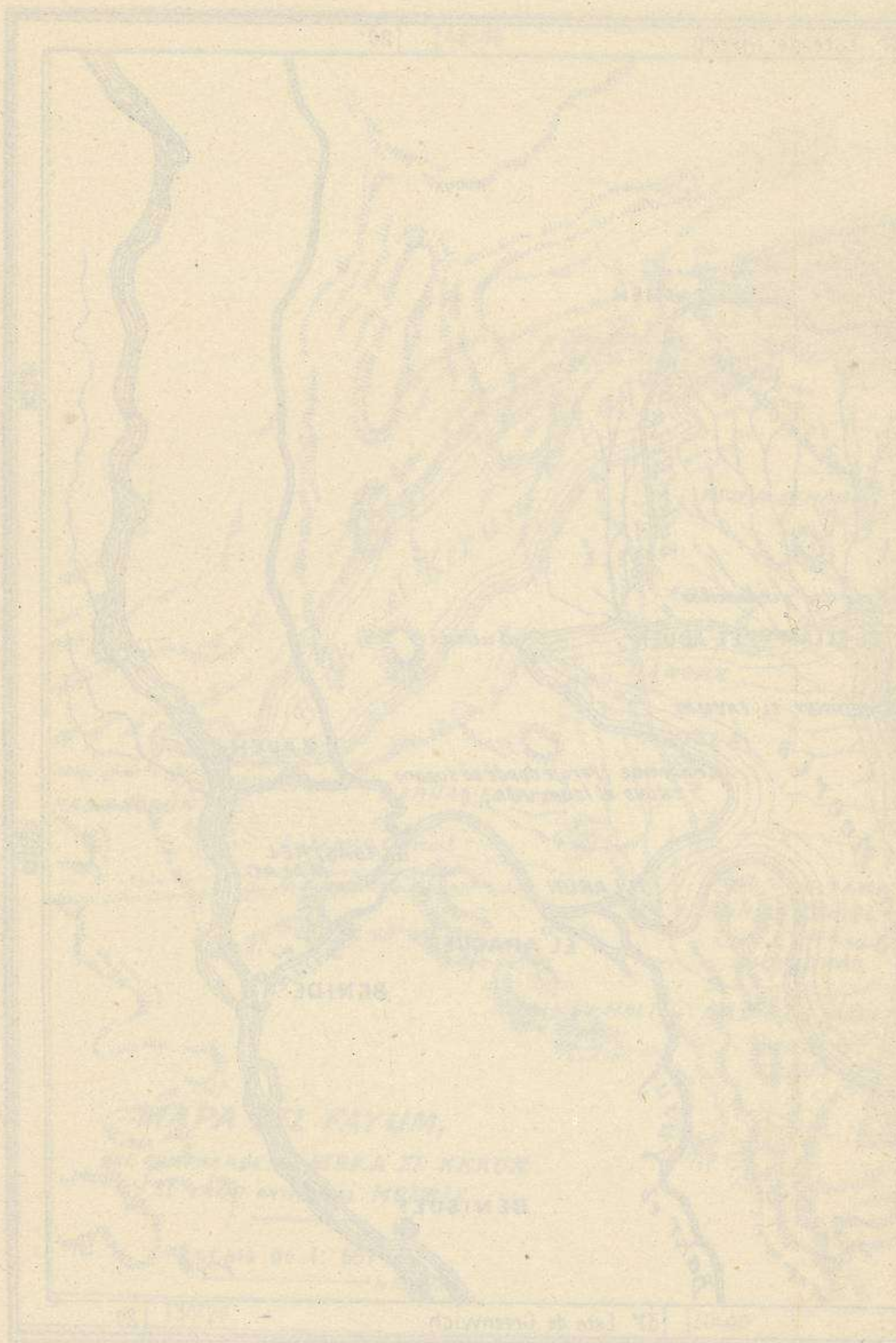
Para evitar confusión á los lectores que puedan conocer el texto original de esta obra, el traductor ha conservado, en el libro inglés, la transcripción extranjera de los nombres egipcios, algo distinta de la que suele usarse en España, según ha podido verse por la que á los mismos nombres corresponde en el Apéndice. Es de sentir que no se haya aún adoptado una versión uniforme de aquellos nombres en las lenguas europeas.











# ÍNDICE

---

## A

- Aahmes I, 159.  
Sus guerras, 160.  
Aahmes Pennishem, 173.  
Aa-Khepr-ka-ra, morada de, 175.  
Abraham en Egipto, 133.  
Su marcha por el desierto, 135.  
Su expulsión, 138.  
Abusha, caudillo semita, 118.  
Aclimatación en Egipto, 186.  
Acta oficial del descubrimiento de la momia de Sesostris, 418.  
Alto Egipto ó « Said », 2.  
Amasis, 365.  
Sus leyes, 370.  
Sus obras, 371.  
Sus expediciones, 376.  
Amenemhat I, 112.  
Sus guerras, 113.  
Sus cacerías, 114.  
Amenemhat II, 117.  
Amenemhat III, el Bueno, 123.  
Canal de su nombre, 128.  
Amenemhat IV, 177.  
Amenhotep, gran sacerdote, 291.  
Amenhotep II, 207.  
Amenhotep III, 209.  
Sus obras, 216.  
Sus guerras, 217.  
Amenhotep IV, 227.  
Amen Ra, el dios, 152.  
Amoritas, 230.  
Ammón, templo de, 174, 180, 201.  
Nuevo templo, 188.  
Ammón y otras divinidades, 36, 37, 48.  
Amu, emigración de los, 118, 139.  
Antef, 109.  
Antef « el Grande », 109.  
Apé ó Apiu, Tapé ó Tapiu, 108.  
Apéndice, 409.  
Apepi, el rey, 151.  
Apis, 40, 313.  
Apries, 367.  
Sus guerras, 369.  
Arbán, 217.  
Artajerjes, 388.  
Arte saita, el, 354.  
Asa restablece la independencia de la Judea, 308.  
Efectos de su victoria, 310.  
Ashur, 142, 195.  
Asshur-bani-pal, 338.  
Reconquista el Egipto, 340.  
Aten, 224.  
Athor, 48.

Auaris, ciudad de, 147.  
Sitio de, 160.

**B**

Babilonia, primera monarquía en, 169.  
Bacis, 42.  
Batallas en el Egipto (carácter de las) 380.  
Bes, 45.  
Brazo bubástico del Nilo, 143.  
Tanítico y pelusiaco, 147.  
Bulaq, museo egipcio de, 411.

**C**

Cambises, 378.  
Su marcha al Egipto, 379.  
Toma á Memphis, 382.  
Se conforma con los usos egipcios, 384.  
Camino del Egipto, 14.  
Canal del Nilo al mar Rojo, 359.  
Canción de los Egipcios, 30.  
Carchemish, batalla de, 363.  
Cargos civiles y militares, 311.  
Chefren, pirámide de, 88.  
Chen-Heu-nefer, región de, 187.  
Cheops, pirámide de, 91.  
Chipre, 199.  
Ciro, 375.  
Sus campañas, 378.  
Comercio con Punt, 185.  
Conspiración contra los Asirios, 338.  
Creso de Lidia, 375.  
Su derrota en Pteria 376.  
Cronología de los reyes egipcios hallados en Deir el Bahari, 415, 416.  
Cushitas, 161, 163.  
Su sumisión, 235.

**D**

Darío I, 384.  
Darío II, 391.

Delta, 1.  
Desarreglo meteórico, 125.  
Disco, adoración del, 222.  
Disturbios en Egipto, 312.  
Divinidades egipcias, 36.  
Dominación etíope, 325.  
Dos tierras, las, 2.  
Duodécima dinastía, 112.

**E**

Elam, 142, 169.  
Eltekeh, batalla de, 329.  
El-Tij, arenales llamados, 171.  
Emigraciones semitas, 139.  
Esarhaddón, 333.  
Esfinge, 103.  
Estelas del Serapeo, 313.  
Etiopía, 218, 315.  
Éufrates, flota egipcia enviada al, 199.  
Éxodo de los hebreos, 263.  
Ezequiel, profecía, 382.

**F**

Fayum, 6.  
Fiestas egipcias, 33.  
Flotas trirremes, 359.

**G**

Garu ó Zalú, puesto de, 191.  
Gatos, adoración de los, 39.  
Gaza, se rinde á Thothmes III, 191.  
Gobiernos hereditarios, 311.  
Guerras asiáticas, 230.  
Gyges de Lidia, 348.  
Distribución de sus tropas, 350.

**H**

Har-em-ebi, 228.  
Hatasu, la reina, 177.  
Sus construcciones, 180.  
Sus expediciones mercantiles, 182.  
Decora el templo de Ammón, 188

Heptarquía, 271.  
 Her-hor, 291.  
 Hermopolis, sitio de, 321.  
 Herodoto, 33.  
     Visita el Egipto, 390.  
 Hittitas, los, 230, 232.  
 Horus, 43, 44, 45.  
 Hyksos, invasión de los, 146, 161.

I

Inmortalidad del alma, 50.  
 Inspección de las momias reales, 417.  
 Inundación, 15, 123.  
 Iphicrates invade el Egipto, 394.  
     Sus disputas en Pharnabazo, 395.  
     Su derrota, 396.  
 Ipsambul, templo de, 247.  
 Isis, 44.

J

Jeremías, profecía de, 363.  
 Jerjes, 388.  
 Jeroboam, 302.  
 José, primer ministro de Apepi, 153.  
 Judea, conquista de la, 305.

K

Kadesh, batalla de, 236.  
 Kareer ó hanat, canales subterráneos, 126.  
 Karnak, sala del templo, 244.  
 Kashi, los, 161.  
 Khabash, el rey, 387.  
 Khem, 48.  
 Khirabu, el rey de, 241.  
 Khnum-hotep, alto empleado, 118.  
 Khom, 48.  
 Khuenaten, 221, 224.  
     Cambios en la corte, 227.  
 Khufu, 96.  
 Kudur-Nakhunta, 169.  
 Koommeh, fortaleza, 119.

L

Laberinto, 130.  
 Ladrillos de arena, 249.  
 Ladrones de sepulturas, 417.  
 Lago de Amenhotep III, 220.  
 Leones, regalados al templo de Karnac, 219.  
     Su caza en Arbán, 220.  
 Leyenda osiriana, 44, 45.  
 Liga contra Ramsés II, 236.  
 Luxor, templo de, 216.

M

Manetón, relato de, 143.  
 Marmaiu, confederación de, 256.  
 Mastemut, mineral, 118.  
 Maut, 48.  
 Megabazo invade el Egipto, 389.  
 Megiddo, batalla de, 192.  
 Memnón, colosos de, 210.  
     Su constructor, 211.  
     Sonidos que emitían, 212.  
     Su restauración, 213.  
     Explicación del fenómeno, 214.  
 Memphis, 68.  
     Saqueo de, 335.  
     Su toma por Cambises, 382.  
 Mena ó menti, indígenas de la península sinaítica, 141.  
 Men-nefer, 68.  
 Menephthah I, 254.  
     Sus guerras, 255.  
 Menkaura, pirámide de, 86.  
 Men-khepr-ra, 295.  
 Mentu-hotep I, 109.  
 Meydum, pirámide de, 76.  
 Mi-Ammón-Nut, 340.  
 Miserables Kashi, los, 316.  
 M'na ó Menes, 65.  
 Mnevis, 42.  
 Moeris, el lago, 129.  
 Momias reales, presunción de que existían, 412.  
     Pesquisas hechas en Luxor para

hallarlas, 413.  
Su descubrimiento, 414.  
Muralla de Seti, 235.

## N

Nabopolassar, 362.  
Nairi, los, 197.  
Su matanza, 173.  
Namrut, padre de Shishak, 301.  
Napata, ciudad de, 317.  
Narahain, tierra de, 194.  
Naucratis, factoría de, 355.  
Nebuchadnezzar, 366.  
Sus guerras, 368.  
Neco, el rey, 359.  
Sus campañas, 361.  
Nectanebo I, 394.  
Restaura el arte, 397.  
Nectanebo II, 400.  
Huye á Etiopia, 406.  
Nefer-hotep, 30.  
Neferhotep, escriba, 118.  
Nefertari-Aahmes, 163.  
Nepheritis, rebelión de, 391.  
Nephthys, 44.  
Ni, ciudad de, 195.  
Nilo, el, 5 10, 123, 124.  
Nitocris, la reina, 178.  
Nomos, 46.  
Num ó Keneph, 48.  
Nut, 48.

## O

Obeliscos de Hatasu, 189.  
Obeliscos de Thothmes III en Roma,  
Constantinopla, Lóndres y Nueva  
York, 204.  
Obelisco de Usurtasen I, 146.  
Ochus, rey de Persia, 401.  
Toma á Sidón, 402.  
Invade el Egipto, 403.  
Opresión de los hebreos, 249.  
Osiris, 44.  
Osorkón I, 307.

Osorkón II, 308.

## P

Panteón egipcio, 37, 47.  
*Papyrus*, 18.  
Parihú, rey de Punt, 185.  
Pelusa, batalla de, 380.  
Pelusium, ciudad, 147.  
Pentaour, poema de, 238.  
Persas, dominan el Egipto, 407.  
Perros de Antef-aa, 109.  
*Persea*, planta sagrada, 18.  
Petti de Nubia, los, 166, 167.  
Phthah, 48.  
Piankhi, 318.  
Sus guerras, 319.  
Su derrota en Heracleópolis, 321.  
Sus conquistas, 322.  
Pinetem, 294.  
Pirámides egipcias, 85.  
Pirámide de Meydum, 76.  
Poder asirio al N. del Egipto, 326.  
Primera batalla naval, 281.  
*Primer papyrus Sallier*, 158.  
Príncipe de Cush, 167.  
Prosopis, batalla de, 260.  
Psamético I, 346.  
Reta á la Asiria, 349.  
Su victoria sobre los príncipes, 349.  
Sus construcciones, 352.  
Rebeliones en su reinado, 358.  
Psamético II, 365.  
Sus campañas, 367.  
Punt, la reina de, 185.  
La tierra de, 183.  
Tierra sagrada de, 111.

## R

Ra, 48, 63.  
Ramsés II, 236.  
Sus guerras, 237.  
Sus construcciones, 246.  
Descubrimiento de su momia en  
Bulaq, 418.

Ramsés III, 273.  
 Sus guerras, 275.  
 Sus caricaturas, 285.  
 Rangos sociales, 55.  
 Ra-Sekenen III, 152, 158.  
 Recepción de emigrantes semitas,  
 117.  
 Rehoboam hijo, y sucesor de Salomón,  
 303.  
 Religión de los sacerdotes, 47.  
 Rut Ammón, 339.  
 Rutenses, derrota de los, 194.  
 Su tributo, 198.

**S**

Sabak-nefru-ra, la reina, 178.  
 Sabak, 46.  
 Saccarah, pirámide de, 77.  
 Sacerdotes-reyes, 289.  
 Sala de columnas de Karnak, 244.  
 Sala de la Verdad, 50.  
 Salat's (ó Saites), 143, 147.  
 Salomón, imperio de, 296.  
 Sankh-ka-ra, 111.  
 Sargón, 327.  
 Sati, invasores, 144.  
 Semneh, 166.  
 Semneh, fortaleza, 119.  
 Sennacherib, 329.  
 Destrucción de su ejército, 330.  
 Senkara, príncipe de, 195.  
 Sepulcro antiguo en Saccarah, 77.  
 Sequías en Egipto, 124.  
 Sesostris (V. Ramsés II).  
 Seb, 48.  
 Seti I, 233.  
 Sus triunfos, 235.  
 Sus construcciones, 244.  
 Set ó Sutk, 44, 151.  
 Set-nekht, el rey, 272.  
 Shabak, el rey, 325.  
 Shabatok, el rey, 328.  
 Shafra, 96.  
 Sharuben, sitio de, 161.  
 Shepenput, la princesa, 351.

Shishak, 299.  
 Siria, aumento de la, 295.  
 Sneferu, 71.  
 Sol, gran templo del, 116.  
 Susania, reino de, 169.  
 Sut-Aapehti, 147.  
 Sut, culto de, 150.

**T**

Taa-ken, 152.  
 Tabla de los cuatrocientos años, 147.  
 Tahennu, 234.  
 Tahí, los, 197.  
 Tafnekht, el rebelde, 324.  
 Taia, la reina, 225.  
 Takelut II, 312.  
 Takhisa (campana de Amenhotep  
 en) 207.  
 Tanis, 147.  
 Taour ó Taourt, 45.  
 Tebas, asalto de, 336.  
 Te-her, el rey, 399.  
 Tehenru, vigilante de la jauría de  
 Antef-aa, 110.  
 Tell el Amarna, 224, 227.  
 Tehrak, derrota de, 335.  
 Toma á Tebas, 337.  
 Templo de Phthah, 67.  
 Terah, 142.  
 Thoth, 45, 62.  
 Thothmes I, 165.  
 Sus guerras, 166.  
 Sus construcciones, 174.  
 Thothmes II, 178.  
 Thothmes III, 187.  
 Sus guerras, 190.  
 Su caza del elefante, 197.  
 Su armada, 199.  
 Sus construcciones, 201.  
 Comparado con Alejandro, 205.  
 Su retrato, 206.  
 Timaeus, el rey, 143, 144.  
 Tirhakan, el rey, 331.  
 Toma de Jerusalén por Shishak,  
 304.

Tombos, 166.

Tribus nubianas, sumisión de las,  
166.

Tributos ofrecidos á Thothmes III,  
198.

### U

Usurtasen, 115.

Sus obras, 116.

Usurtasen III, 119.

Su expedición á Cush, 119.

Sus recuerdos, 120.

### W

Wady Magharah, 71.

### Z

Zedequías, rey de Judá, 367.

Sus desgracias, 368.

Zerah, general etíope, 308.

Su derrota, 309

HISTORIA DE LAS NACIONES

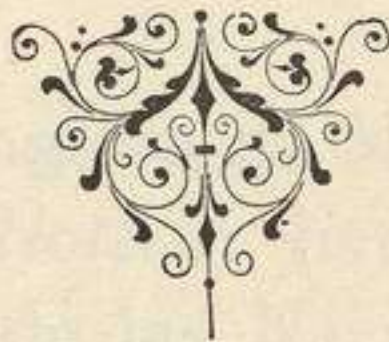
CATÁLOGO

DE LAS

PRINCIPALES PUBLICACIONES

DE

EL PROGRESO EDITORIAL





1924

CONTENIDO

Principales publicaciones

1924

Tratado de matemáticas

1924

Tratado de física

1924

# CATALOGO

de las

PRINCIPALES PUBLICACIONES

de

# EL PROGRESO EDITORIAL



# HISTORIA DE LAS NACIONES

---

## BIBLIOTECA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS

POR LAS PRINCIPALES AUTORIDADES CIENTÍFICAS DE LA GRAN BRETAÑA

y de las naciones más adelantadas de Europa y América.

VERSIÓN ESPAÑOLA

ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE EXCELENTES GRABADOS

Y CONSIDERABLEMENTE AMPLIADA Y CORREGIDA

bajo la dirección

DE REPUTADOS ACADÉMICOS Y PROFESORES DE NUESTROS

PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA

---

La Casa editorial inglesa de Mr. T. Fisher Uuwin que publica esta *Biblioteca*, viene dando á luz con el título de «Historia de las Naciones» una serie de interesantísimas monografías que están llamadas á facilitar la adquisición de este orden de conocimientos á toda clase de personas, especialmente á aquellas á quienes no permiten sus ocupaciones consagrarse por entero al estudio.

La circunstancia de comprender esta colección en tomos independientes, reducidos y económicos la historia completa de los pueblos antiguos y de las naciones modernas que han predominado en el cur-

so de la civilización, explica fácilmente acogida tan favorable.

Los primeros volúmenes que esta Casa se propone publicar son los siguientes:

**I HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO**, por Jorge Rawlinson, individuo de la Real Academia de la Gran Bretaña y catedrático de Historia antigua en la universidad de Oxford; versión española por don Eduardo Toda, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia.

**II HISTORIA DE CARTAGO**, por Alfredo J. Church, individuo de la Real Academia de la Gran Bretaña y catedrático de Latín en la universidad de Londres; versión española por el Excmo. señor don Francisco Fernández y González, catedrático en la universidad de Madrid, é individuo de número de la Real Academia de la Historia y de San Fernando.

**III HISTORIA DE CALDEA**, por Zénaide A. Ragozin, individuo de la Sociedad Etnológica de París; versión española por el Excmo. Sr. D. Juan de D. de la Rada y Delgado, Director y catedrático de la Escuela Superior de Diplomática, é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

**IV HISTORIA DE ASIRIA**, por Zénaide A. Ragozin, individuo de la Sociedad Etnológica de París; versión española bajo la dirección de D. Manuel Sales y Ferré, catedrático de Historia Universal en la universidad de Sevilla.

**V HISTORIA DE LOS SARRACENOS**, por Arturo Gilman, versión española por D. Francisco

Guillén Robles, individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

**VI HISTORIA DE LOS GODOS**, por Enrique Bradley; versión española bajo la dirección de D. Juan Ortega y Rubio, catedrático en la universidad de Valladolid é individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

**VII HISTORIA DE HUNGRÍA**, por Arminius Vambéry, profesor en la universidad de Buda-Pesth; versión, española bajo la dirección de don José de Caso, profesor en la universidad de Madrid y en la Institución libre de Enseñanza.



**NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, LA TIERRA Y LOS HOMBRES**, por Eliseo Reclus. Traducción española bajo la dirección del Excmo. Sr. Don Francisco Coello y del Ilmo. Sr. D. Martín Ferreiro.

Esta obra, ilustrada con gran número de mapas intercalados en el texto y estampados aparte y con profusión de magníficos grabados, goza de fama universal, como lo acredita el hecho de estar apareciendo, á la vez que la española, las traducciones rusa, inglesa é italiana. Se publica por cuadernos de 32 páginas de todo lujo, que iguala y supera en ocasiones al de la edición francesa, al precio de **una peseta**.

**HISTORIA DE ROMA, DESDE LOS ORÍGENES ITÁLICOS HASTA LA CAÍDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE**, escrita en italiano por Francisco Bertolini, ilustrada por Luis Pogliaghi. Obra premiada por el Consejo superior de Instrucción pública de Italia. Versión española de D. Salvador López Guijarro.

Se recomienda esta obra por su importancia científica extraordinaria, el lujo de la edición y lo módico en su coste: aparece profusamente ilustrada con magníficos grabados intercalados en el texto y tirados separadamente.

Consta de tres tomos de esmeradísima impresión y excelente papel, siendo su precio total el de **35 pesetas** en rústica y **40 pesetas** encuadernados con artísticas tapas.

También se publica por cuadernos de cuatro entregas, ó sea 32 páginas. El precio del cuaderno es el de **50 céntimos de peseta**.

---

**LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN Y LA CONDICIÓN PRIMITIVA DEL HOMBRE** (estado intelectual y social de los salvajes), por Sir John Lubbock, miembro del Parlamento y de la Sociedad Real de Londres. Traducción de la cuarta edición inglesa por José de Caso, profesor de Filosofía en la Universidad Central y en la Institución Libre de Enseñanza.

El precio de esta obra, de cerca de 500 páginas en 4.º é ilustrada con excelentes grabados, es de **nueve pesetas** en rústica y **diez** artísticamente encuadernada.

---

**ANALES DE LAS CIENCIAS MÉDICAS.** Resumen y examen crítico de los progresos y trabajos de interés é importancia relativos á los nuevos tratamientos de las enfermedades.—1887 y 1888.

*Colaboradores:* Sres. J. Mitchell Bruce, T. Bryant, F. H. Champneyr, A. Cooper, Sidney Coupland, Dyce Duckworth, G. P. Field, J. F. Goodhart, R. Harrison, D. Berry Hart, R. Maguire, S. P. Phillips, R. Douglas Powell, H. Power, C. H. Ralfe, B. Ross, W. G. Smith, F. Treves, W. J. Walsham.

Versión española del Dr. D. Avelino Benavente. Cada tomo en 8.º, **cinco pesetas** en Madrid y **5,50** en provincias.

---

**BIBLIOTECA CLÁSICA DEL CATOLICISMO,**  
LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA Y ESCRITORES ECLESIAÍSTICOS GRIEGOS Y LATINOS, traducción literal al castellano de todas sus inmortales obras, calcada sobre las mejores ediciones admitidas por la Iglesia, y publicada con la censura y aprobación de la Autoridad Eclesiástica, por una sociedad de teólogos y humanistas, bajo la dirección de D. Antonio Agustín García, teólogo, licenciado en Derecho civil y canónico y abogado del ilustre Colegio de Madrid.

Se publica por cuadernos de veinticinco páginas al precio de **veinticinco céntimos de peseta** el cuaderno. También puede hacerse la suscripción por tomos sin que su precio pueda exceder de **cinco pesetas**.

---

**A TRAVÉS DEL EGIPTO,** por D. Eduardo Toda, individuo correspondiente de la Academia de la Historia.

Un solo tomo en 4.º mayor impreso con gran lujo, con profusión de notabilísimos dibujos hechos por el reputado artista Sr. Ruidavets, fotograbados por Thomas, Joaritz y Laporta, y tomados de fotografías y apuntes del natural traídos por el mismo autor, estampados en variedad de tintas. El libro es un estudio amenísimo de aquel país.

Se publica la obra por cuadernos de 24 páginas, siendo el precio del cuaderno **una peseta**.

---

**ANTROPOLOGÍA,** introducción al estudio del hombre y de la civilización, por Edward Tylor, traducida del inglés por D. Antonio Machado y Álvarez, doctor en filosofía y letras é individuo de la Junta Directiva de la Folk-Lore Society.

Un tomo de más de 500 páginas con multitud de grabados en el texto y un prólogo especial del autor para la edición española.

Precio: **nueve pesetas** en rústica y **diez** artísticamente encuadernada.

---

**CLÍNICA DE LAS ENFERMEDADES DEL TUBO DIGESTIVO.**—1.<sup>a</sup> parte: Fisiología de la digestión. 2.<sup>a</sup> parte: Enfermedades del estómago, por el Dr. C. Ewald. Versión española del Dr. D. Eduardo Moreno, médico-director por oposición de aguas minerales, Presidente de la Comisión de publicaciones de la Sociedad Hidrológica, laureado de la Ginecológica, corresponsal de la de Hidrología médica de París, etc.

---

**EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EXEGÉTICA DE LA TEORÍA DE LOS PROCEDIMIENTOS CONTENCIOSO-ADMINISTRATIVOS DE ESPAÑA Y SUS POSESIONES DE ULTRAMAR** por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Nicolás de Paso y Delgado, Senador del Reino, Consejero de Estado, Fiscal que ha sido de lo Contencioso de este alto Cuerpo, antiguo catedrático de término de la Facultad de Derecho y Rector que fué de la universidad de Granada, etc.

---

**LA VIDA DEL DERECHO EN SUS RELACIONES CON LA VIDA SOCIAL.** Estudio comparado de Filosofía del Derecho por Giuseppe Carle, profesor de Filosofía del Derecho en la real universidad de Turín. Versión española de D. Hermenegildo Giner de los Ríos, doctor de la Facultad de Filosofía y Letras, catedrático de Instituto y profesor en la Institución libre de Enseñanza.

---

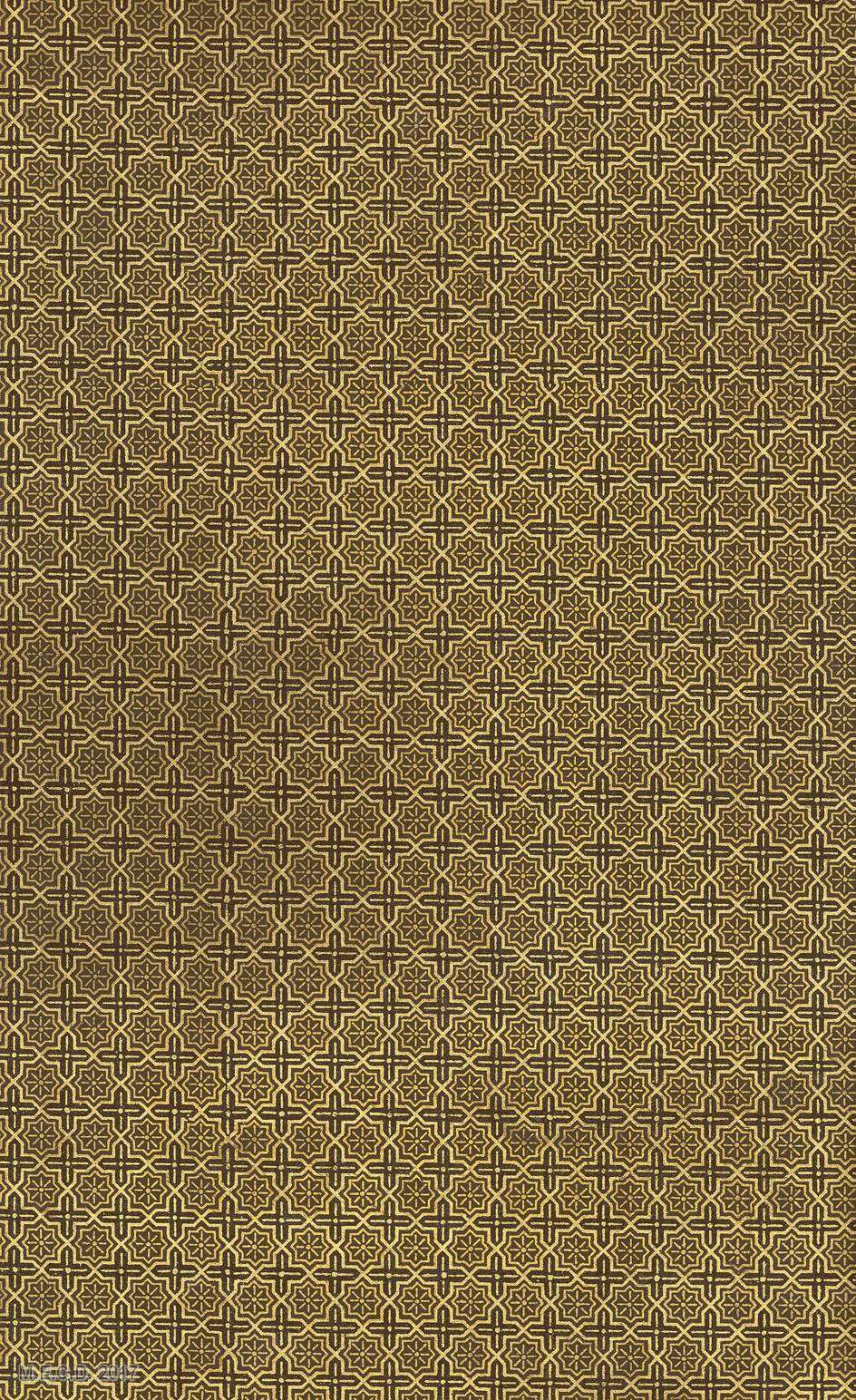
**LAS FRONTERAS DE LA LOCURA**, por el doctor A. Cullerre, individuo correspondiente de la Sociedad Médico-psicológica de París; versión española por D. Antonio Atienza y Medrano, abogado del ilustre Colegio de Madrid y ex profesor en la Institución libre de Enseñanza.

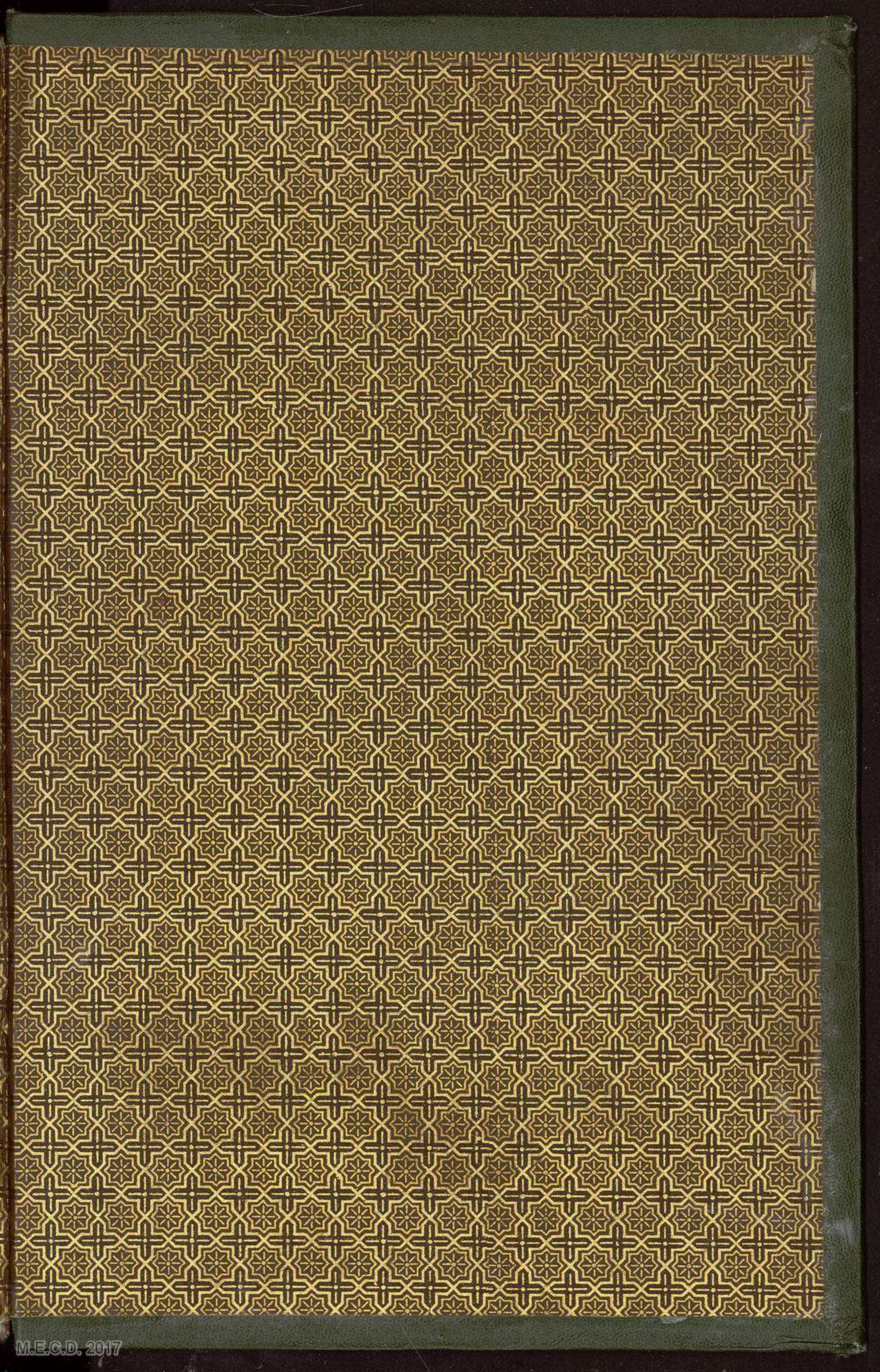


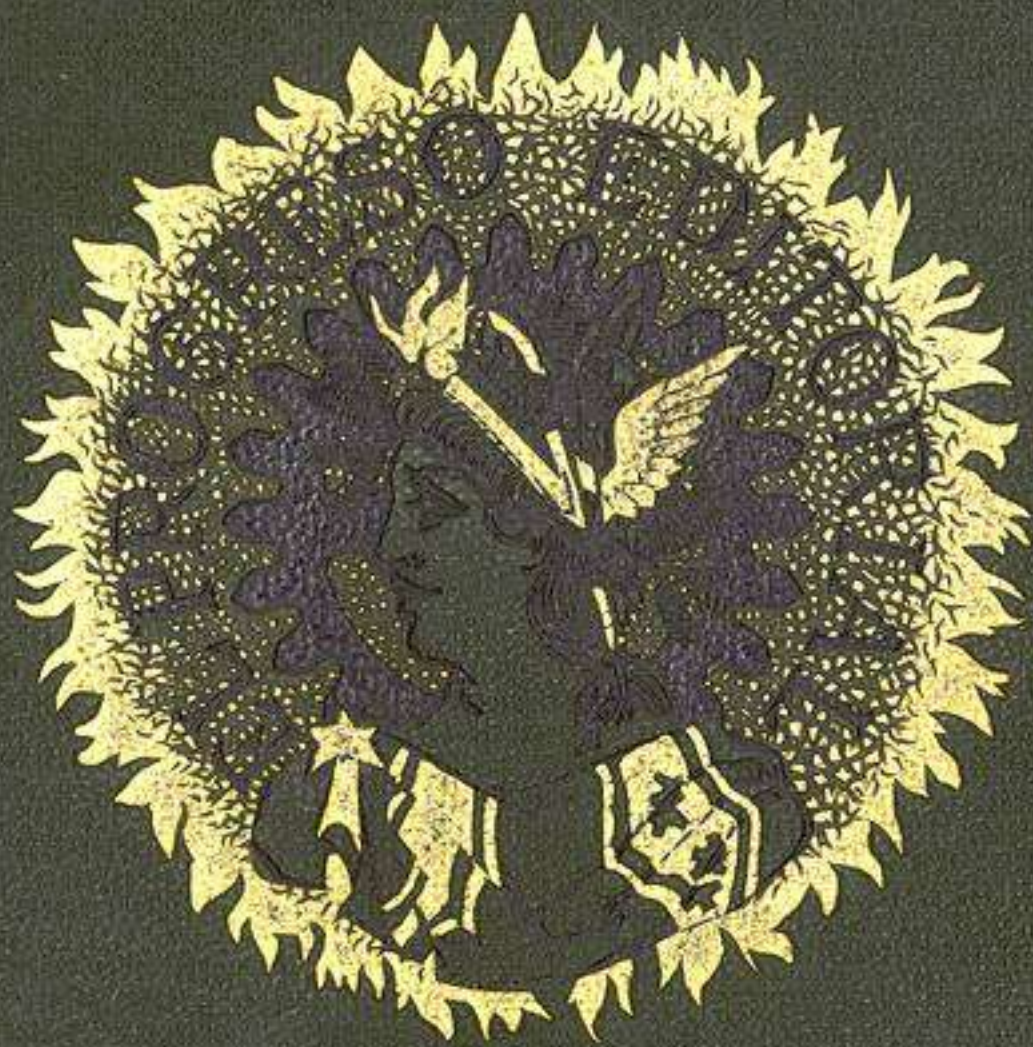












FR  
M  
S  
R  
R  
R

HISTORIUM  
DE  
REBUS  
SACRODUM



RAWLINS ON

